**SOBRE EL CONOCIMIENTO DEL COMUNISMO POR PARTE DE LA CLASE OBRERA DE NUESTRO PAÍS**

**(Guiones para comentar)**

**Anarquistas, socialistas y comunistas en los comienzos de las organizaciones obreras.-**

Los trabajadores en general, y los obreros en particular, han sido los más interesados en el comunismo y sus problemas.

Los grupos y organizaciones comunistas y socialistas han sido, principalmente, las que han estudiado, promovido, explicado, difundido, practicado el comunismo.

A lo largo del siglo XIX el socialismo y el comunismo han sido motivo de estudio, discusión, y con su nombre se han emprendido y se han dirigido gran parte de las luchas obreras.

A partir de los años 20 del siglo XX se ha empezado a distinguir entre las ideas socialistas y las ideas comunistas. Al principio en forma poco clara, pero a medida que tomaba forma el movimiento obrero en toda Europa, se difundían por una parte los grupos, sindicatos y partidos socialistas, y por otra parte los comunistas.

En la segunda mitad del siglo XX los socialistas (su pensamiento, su organización y su práctica en la sociedad) se han diferenciado de los comunistas.

Los gobiernos y los partidos políticos que les dan soporte en el Parlamento, en la República Popular China, Vietnam, Cuba, Corea del Norte, son comunistas; y los gobiernos y partidos que los apoyan en Alemania, Reino Unido (Inglaterra), son socialistas.

En la medida en que las ideas socialistas fueros conocidas y hechas propias por buena parte del movimiento obrero, pasaron a formar parte del mismo, junto a otras ideas y otras practicas, como son las procedentes del movimiento anarquista.

En la España de finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX, ambos movimientos, socialista y anarquista, orientaban la mente y guiaban la acción de las organizaciones obreras que han protagonizado la respuesta de los trabajadores a su mala situación en el trabajo. Dependiendo de las regiones y de la época, estos movimientos, anarquismo y socialismo, han llevado la dirección de las luchas obreras en nuestro país.

Tanto el movimiento anarquista como el socialista han tenido su origen fuera de España, y se han introducido en el país en forma de ideas y prácticas (forma de actuación) que han ido tomando cuerpo en organizaciones y programas, imprecisos en un principio y mejor definidos y arraigados a medida que su puesta en práctica las afinaba u obligaba a corregir y mejorar su dirección. Las ideas generales y los programas recibidos iban adaptándose a las condiciones particulares de nuestro país, a las condiciones concretas del trabajo aquí, y fruto de esa aplicación son las organizaciones que nacen, se desarrollan y llegan, las más importantes de ellas, hasta nuestros días: la U.G.T. (Unión General de Trabajadores), la C.N.T.(Confederación Nacional del Trabajo), P.S.O.E (Partido Socialista Obrero Español), P.C.E. (Partido Comunista de España). Unas formas quedan por el camino como la F.A.I. (Federación Anarquista Ibérica), otras llegan transformadas (C.N.T.), otras aparecen con nombre y estilo nuevo CC.OO. (Comisiones Obreras). Estas organizaciones obreras no eran apoyadas en su día por el conjunto de los trabajadores del país, las de ahora tampoco lo son, pero el empuje y la inteligencia puestos en su actuaciones, y el resultado de las mismas, sí que afectan a todos los trabajadores. En ese sentido, el movimiento obrero y el conjunto de sus organizaciones, siempre han estado y están en el área de los intereses del conjunto de los trabajadores, aunque solo una minoría participe activamente en ellas.

Los anarquistas tienen en el movimiento obrero español un lugar de primer orden.

Proceden de diversos grupos muy activos que operan en varios países europeos y que, junto con socialistas y comunistas, en los años centrales del siglo XIX, aparecen formando la Asociación Internacional de Trabajadores, de la que posteriormente dejan de formar parte. Sus ideas, y sobre todo su aplicación a la práctica, los van separando progresivamente de la práctica socialista-comunista.

Los grupos anarquistas que se van creando en España encuentran su mejor encaje en Cataluña y Andalucía.

Sus ideas son sencillas y claras. Sus líderes son honestos y desinteresados, normalmente obreros manuales. Recorrían los talleres y los campos sin más equipaje que sus ideas y su ilusión, siendo siempre para los trabajadores un compañero más. Los intelectuales que formaban parte de este movimiento han sido siempre, igualmente apasionados de la sencillez y la generosidad. Siempre han tenido como herramientas de su trabajo la educación, la instrucción, la acción directa, es decir, la participación directa de los propios trabajadores en la implantación de sus ideales.

El núcleo duro de estos ideales ha consistido siempre en conseguir que los trabajadores se liberen de las condiciones de trabajo que les vienen impuestas, y por extensión de las formas de pensar y de vivir, asimismo impuestas.

Con la misma claridad y sencillez identificaban a los responsables de crear y mantener los obstáculos que impiden el avance de sus ideales: los patronos, los banqueros, los curas, los militares (y sus servidores).

La idea, o ideal, de una sociedad de trabajadores hermanados, en la que sobraran todas las categorías de personas que acabamos de citar, prende con facilidad en los obreros, desde los talleres industriales de Cataluña hasta los jornaleros más olvidados de Andalucía y del resto del país.

Para sacar adelante estos ideales los anarquistas han utilizado las armas habituales en este tipo de tarea. Desde la huelga para mejorar condiciones concretas de trabajo (salario, jornada), hasta la huelga política con finalidad más ambiciosa (cambiar a una autoridad particularmente dura, debilitar un gobierno). Se han organizado en agrupaciones locales, en organizaciones por sectores, en sindicatos, asociaciones; si bien, han sido muy reacios a participar en organizaciones políticas, no obstante han tenido ocasionalmente algún Ministro en el Gobierno del país.

Herederos de este importante componente del movimiento obrero español son, el actual sindicato C.N.T., (en sus diversas ramas y denominaciones), diversos círculos y grupos de pensamiento, y sobre todo, lo que más nos interesa en este estudio sobre el comunismo: la levadura de los ideales anarquistas, del pensamiento libertario, que permanece diluida, formando parte del imaginario de los trabajadores españoles. Con frecuencia las organizaciones comunistas se han enfrentado con éste poderoso continente ideológico, unas veces en forma de choques incluso violentos, otras por haberse engendrado éste en el propio seno de las organizaciones comunistas.

Los socialistas, nacidos en los mismos ambientes que los anarquistas y, compartiendo con ellos, tanto el tronco común de sus ideales como el protagonismo en la dirección del movimiento obrero europeo, unos y otros se han ido diferenciando, sobre todo en el camino a seguir para conseguir el cumplimiento en la realidad de esos ideales compartidos.

La diferencia más reconocible a lo largo de la práctica real de ambos movimientos ha sido una cierta tendencia de los socialistas a disputar al enemigo la dirección de la sociedad en su propio terreno, en los propios órganos de la dirección de la sociedad (el Estado); en tanto que los anarquistas se han inclinado por la destrucción, por la supresión de dichos órganos, facilitando así la ordenación de la sociedad por parte de los trabajadores mismos.

Esto explica que los socialistas, desde el principio de su actuación en el movimiento obrero, han ido creando una respuesta propia a los problemas de los trabajadores con respecto a los órganos oficiales de la sociedad (el Parlamento, el Gobierno, los Tribunales, el Ejército). Esta respuesta se ha centrado en la creación de un partido político, es decir, un instrumento capaz de introducirse en los órganos mencionados, controlarlos y dirigir su acción a la consecución de los ideales de los trabajadores. Los anarquistas, por su parte, nunca confiaron en que este camino socialista pudiera tener buen fin.

En el imaginario comunista (conjunto de imágenes y representaciones, de ideas y de ideales) hay una primera etapa, lejana y prácticamente olvidada, en que se concibe el camino comunista como la implantación de pequeñas comunidades en las que todas las necesidades del grupo son atendidas por los propios miembros del mismo. La puesta en común de los medios de trabajo y del trabajo mismo para atender las necesidades individuales y comunes, aparecen como la realización de la sociedad más perfecta posible. Montando este tipo de comunidades ejemplares se suponía que el resto de la sociedad podría seguir el camino señalado. En Inglaterra y Francia llegaron a adquirir una cierta resonancia este tipo de iniciativas, si bien nunca representaron ningún peligro para el orden de la sociedad existente. Hay que considerar que estas iniciativas tenían por promotor normalmente a un rico empresario bienpensante.

En el movimiento obrero moderno, las organizaciones anarquistas y socialistas tienen desde su origen un esquema, en su ideario y en su acción real, en el que aparece con toda claridad un enemigo a quien enfrentarse y a quien combatir: el patrón, el amo.

A lo largo de este enfrentamiento (que normalmente se ha conocido como lucha de clases por tratarse de dos grupos en disputa de sus intereses) van tomando conciencia de la existencia de otro actor en la escena. No están solamente, por un lado los trabajadores y sus organizaciones, y los patrones y las suyas por otro, sino que hay un tercer actor: el Estado. O al menos así lo interpretan unos y otros.

Los anarquistas piensan que no se trata de otra cosa que de servidores de los amos, organizados y armados por ellos para que defiendan sus intereses, y que por tanto, se les ha de hacer desaparecer junto con sus amos y financiadores.

Los socialistas, por su parte, no lo han visto siempre así. Es decir, admitiendo que se trata de un conjunto de organismos creados, organizados y mantenidos por los patrones para defender sus intereses frente a los intereses de los trabajadores, no obstante han pensado, y siguen pensando, que ese conjunto de organismos que llamamos Estado puede ser válido si se consigue su control y se le señala como fin la consecución de los intereses de los trabajadores, en lugar de hacerlo a favor de los intereses de los patronos. Se trataría, por tanto, de un instrumento neutro en sí mismo, que se puede utilizar a favor de unos u otros intereses.

En consecuencia, tanto en la identificación del enemigo, como en el lugar y destino que se le asigna a éste en la confrontación, hace diferentes, en su pensamiento y acción, a socialistas y anarquista

Llaman las organizaciones de los trabajadores la “lucha”, su lucha, al conjunto de acciones, normalmente colectivas, que estos llevan a cabo para obtener o defender unas condiciones de vida y trabajo que “el enemigo” les niega, o entorpece y dificulta su consecución. La forma de estas luchas ha sido muy variada.

Como principio, y tratándose de actuaciones colectivas, era imprescindible una concertación (acuerdo) mínima, bien previa a su inicio, o bien alcanzada en el transcurso de las mismas. Justamente para cumplir esta función de acuerdo y concertación fueron apareciendo las organizaciones de los trabajadores, creadas por ellos mismos. La experiencia adquirida en estas interminables batallas es el tesoro más valioso del conjunto de estas organizaciones. De ellas han de obtener la sabiduría y el conocimiento que les permita iluminar el camino y el sentido de su marcha.

Estas organizaciones han encarado sus luchas de distinta forma. Las organizaciones anarquistas, apuntando a la desaparición del enemigo, partiendo de la destrucción de su instrumento de guerra, el Estado. Y los socialitas-comunistas intentando la derrota del enemigo, mediante el asalto y ocupación de su fortaleza, el Estado, y el uso del mismo para la consecución de los intereses de los trabajadores.

Esta distinta orientación se traduce en la forma misma de las propias organizaciones.

Los anarquistas ponen el acento en el ataque frontal a los organismos del Estado, lejos de buscar la forma de penetrarlos y utilizarlos, y al mismo tiempo ponen el mayor empeño en la autoorganización del trabajo, en la creación de órganos que autogestionen (que gobiernen ellos mismos), y así mismo la implantación de una gran central sindical que dispute al enemigo, día a día, las mejores condiciones en la realización y pago del trabajo.

Los socialistas-comunistas se centran, sin embargo, en que sus organizaciones permitan la penetración o la disputa en el dominio de los órganos del Estado.

En el día de hoy la práctica de estos principios, de estos ideales, ha llevado a estas organizaciones a puntos de llegada naturalmente distintos. Los anarquistas, fieles a sus ideas, no tienen presencia en los órganos del Estado de ningún país; mantienen su presencia sindical, si bien no son la fuerza dominante en ningún país europeo; y representan, sin embargo, un ideario brillante y atractivo, presente en no pocos sectores de las juventudes europeas.

Comunistas y socialistas han penetrado y, en no pocos países, dominado, controlado el Estado durante largos periodos de tiempo, manteniendo, al mismo tiempo, una importante presencia sindical.

Estas prácticas diferentes han supuesto, como no podría ser de otra manera, que el enemigo, que era común a todos los obreros organizados en los inicios, aparezca ahora muy desdibujado.

Hasta el punto de que, en determinadas circunstancias, se llegue a considerar como enemigo a algún sector del mismo movimiento obrero.

**La separación de comunistas y socialistas**.-

La separación entre los socialistas y los comunistas, entre los partidos socialistas y los partidos comunistas europeos, no se debió en sus principios a diferencias esenciales en los respectivos programas, sino que tuvo como ocasión las distintas posturas que tomaron los partidos obreros frente a sus Estados correspondientes en la llamada primera guerra mundial. Eran conscientes de que los protagonistas de la misma no eran los obreros, ni los intereses que se ventilaban eran los suyos, sino los de los capitalistas que se los disputaban entre ellos, y por tanto se oponían a que sus Gobiernos respectivos participaran en la misma. Sin embargo, algunos partidos obreros apoyaron a sus Gobiernos, rompiendo así lo que parecía en aquellos momentos un objetivo importantísimo: conseguir un frente obrero europeo, en contra del frente capitalista. No fue así, y los obreros se vieron así enrolados en una guerra entre sus países que los dividió y los convirtió en enemigos en el frente de guerra.

Esto fue el comienzo de la separación entre comunistas y socialistas. Al mismo tiempo, y relacionado con él, había otro motivo.

En Rusia habían ocupado, a consecuencia y con ocasión de la misma guerra, todos los poderes del Estado, los bolcheviques, un partido que enseguida pasó a llamarse partido comunista de Rusia. Se formó una unión, una federación de estados vecinos, donde también habían tomado el poder los comunistas, y pasaron a constituir la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (la U.R.S.S.). Como vemos, aunque eran comunistas seguían llamándose “Socialistas”.

Los Soviets (Consejos) eran unos organismos de gobierno formados por obreros, soldados y campesinos, que se crearon en cada pueblo, en cada ciudad, y que luego se dividían por sectores.

En realidad nunca tuvieron el poder, pero sí acabaron dando el nombre al nuevo régimen soviético. El partido comunista era el verdadero dueño de todos los poderes del Estado (Gobierno, Parlamento, Ejercito), y de todas la propiedades industriales, agrícolas, etc. del país.

Frente a este Estado nuevo, visto por toda Europa como el primer Estado obrero del mundo, los partidos socialistas tenían que tomar postura. Una parte de sus afiliados formaron nuevos partidos que se decidieron por ponerse al lado de sus "hermanos comunistas". Otros siguieron militando en sus antiguos partidos socialistas. Los primeros son los que hoy conocemos como los partidos comunistas europeos.

Este proceso de separación fue muy complicado, muy duro y muy largo en el tiempo. El partido comunista ruso pasó a convertirse, en unos años, de ser un partido socialista más, como uno cualquiera de los países europeos, a dominar los organismos de un Estado que pasó a ser una de las dos superpotencias del mundo, la URSS.

Todos los partidos obreros europeos que tomaron la opción de Rusia, es decir, los partidos comunistas, se convirtieron prácticamente, en representantes en su país del régimen soviético; y esto, por una parte los beneficiaba y por otra los perjudicaba.

Los partidos socialistas, por su parte, quedaron en una situación, a su vez, muy comprometida. Eran organizaciones de los obreros, pero no conectaban con el único Estado obrero que funcionaba en el mundo.

Vemos, por tanto, que en un principio, los partidos obreros eran todos socialistas. Con el nacimiento y el funcionamiento posterior del Estado ruso (soviético, comunista), los partidos europeos que se alinearon con él, pasaron a llamarse comunistas, y a seguir su modelo y su programa.

En los años 50 del siglo pasado estos partidos inician un movimiento de desencuentro con el partido "padre" ruso, movimiento que madura y acaba en una clara separación de los

partidos comunistas europeos con el ruso. Este movimiento se conoció como “eurocomunismo”.

En la actualidad, el partido comunista ruso perdió el control del poder, y ya, por tanto, no sirve de modelo de ningún partido comunista europeo. Ahora, en los partidos comunistas europeos, el nombre no aclara nada sobre su contenido, su programa, sus ideales; ha pasado a no ser significativo, a no saberse qué significa el nombre comunista.

**Nuevo encuentro en el camino.-**

Los socialistas a partir de la existencia del partido soviético en el poder en Rusia, y del tirón de éste sobre los partidos comunistas europeos, creyeron necesario separarse claramente de este camino, y señalar el suyo propio. Este proceso desembocó en establecer claramente, en su ideario y en sus estatutos, que no perseguían tomar el control de los organismos del Estado por la fuerza, y que si lo conseguían pacíficamente, de esta misma forma podían perderlo sin oponer a ello la violencia.

Como quiera que los comunistas europeos, en los últimos años 50 del siglo pasado, habían iniciado un movimiento en el mismo sentido (rechazar la toma violenta del control de los organismo del Estado y admitir la existencia de fuerzas políticas-partidos- del “adversario” –ya no era “enemigo”- de clase), nos encontramos nuevamente con dos partidos (comunistas y socialistas) que representan y defienden los intereses obreros, con programas, objetivos y maneras (métodos), que un simple trabajador tendría, tiene, serios inconvenientes, para saber sus diferencias. Pero lo más inquietante no sería que no diferencie entre comunistas y socialistas, sino que no alcance a saber qué significa ser socialista o ser comunista en el siglo XXI.

**Problemas de identificación.-**

¿Puede un joven militante del partido comunista de nuestro país dar cuenta de los fundamentos de su militancia a un compañero que no milita en ningún partido y le pregunta qué hay que saber, qué hay que hacer para ser comunista?

Si se lee el artículo primero de los Estatutos del partido, es muy posible que deje de preguntarle y se acabe la conversación, dado que esos Estatutos no están redactados probablemente con el objeto de que los entienda un joven trabajador. En cualquier caso, las palabras clave de este texto precisarían cada una de una larga explicación para su comprensión, y aún así, al final de toda la explicación, se encontraría a faltar un resumen claro y breve que permita a un trabajador entenderlo y poder tomar postura a favor o en contra.

La larga práctica existente (tantos años de batalla en los talleres, en las fábricas, en los campos) y la reflexión y la crítica sobre esa práctica (el conocimiento científico no sería otra cosa), deberían proporcionar, al menos, una especie de indicadores que, como en las carreteras, nos informaran, una vez recorrido un tramo, si seguimos en el camino del comunismo o hemos errado la dirección (y hemos de deshacer el camino y corregir la equivocación). Los indicadores en el camino deben de poder interpretarlos los trabajadores mismos. En otro caso no podrían hacerse comunistas, como el joven que hacía la pregunta y no le respondían nada inteligible.

Si hay una meta comunista y un camino comunista para conseguir esa meta, un trabajador corriente de nuestro país debería poder distinguir dicha meta y dicho camino de otras metas parecidas y de otro caminos parecidos pero que no son los propios de los comunistas. Cuando un trabajador afiliado a Comisiones Obreras dice que es comunista; cuando uno afiliado a UGT, uno no afiliado o uno afiliado a una central anarquista, dicen que son comunistas ¿qué quieren decir? ¿que están afiliados al Partido Comunista? ¿sólo si se está afiliado al PC se es comunista? ¿Hay algún signo que identifique al pensamiento y la acción de los comunistas?

Luchar por los intereses de la clase obrera será propio de un comunista, pero también de un socialista o de un anarquista o de un cristiano de base. Perseguir la desaparición de las clases sociales es también común a otras organizaciones obreras. Luchar contra las injusticias desde sus causas y raíces, luchar contra la pobreza, luchar por la libertad, por los derechos humanos, por la liberación de los pueblos oprimidos etc., es común, no solo a otras organizaciones obreras, sino también a múltiples organizaciones que no tienen mucho que ver con la clase obrera.

Si los comunistas tienen como metas todas las indicadas (comunes con otras muchas organizaciones no comunistas), ¿hay un camino, un método, una forma de actuar propia de los comunistas? ¿son estos métodos los que utilizaba Lenin, los que utilizó Stalin, los que utiliza Castro? Porque, ciertamente, las metas a conseguir sí que son , en estos casos, la lucha contra la pobreza, la defensa de la clase obrera, acabar con las clases sociales, la defensa de los pueblos oprimidos, etc. El no respeto a las libertades y a algunos derechos humanos elementales, podría ser la diferencia entre el camino comunista y el de las demás organizaciones citadas.

Si es así, y nuestros partidos comunistas europeos han corregido el camino, eligiendo el respeto a todas las libertades democráticas y al conjunto de los derechos humanos, el problema continua existiendo, ¿cuál es entonces el camino propio de los comunistas, que identifique a sus organizaciones frente a las demás que persiguen metas comunes o parecidas?

O es que más bien, comunistas y socialistas, en nuestra Europa de hoy, se diferencian nada más que en parte de su historia y en el nombre que adoptaron en su momento, sin que exista en sus objetivos a corto y largo plazo más que diferencias de matiz o de urgencias; o en diferencias de lenguaje y talante histórico; o en declaraciones que constan en sus estatutos pero que no aparecen en sus prácticas reales.

Si los comunistas acuden a Porto Alegre, juntos a tantos grupos altermundistas (otro mundo es posible), ¿llevan una propuesta propia, puede ser ésta entendida por los otros compañeros que acuden a la c

En este lento avance hacia lo que puede entenderse por comunista en nuestro días, nos encontramos con una herramienta intelectual, con un concepto, en el que nos debemos detener, para averiguar si nos es de alguna utilidad, o si por el contrario representa un estorbo para seguir en nuestro camino de acercamiento a lo que se pueda comprender sobre el comunismo. Se trata del concepto izquierda-derecha.

En el origen de esta distinción (izquierda-derecha) el movimiento obrero no jugó ningún papel.

Cuando los organismos del Estado estaban en manos de la nobleza y la Iglesia, cuando la riqueza de los países europeos estaba en manos de los nobles y la Iglesia, no existía esta diferencia entre izquierda y derecha.

Entre finales del siglo XVIII y primeros años del XIX se produce en los países más importantes de Europa el paso de lo que se llamaba el “antiguo régimen” a lo que se conoció como regímenes constitucionalistas. El resultado más aparente de este cambio es el pacto, el acuerdo en el reparto del control de los organismos del Estado, que pasan, de ser dominados absolutamente (por eso le llamaban régimen absolutista) por la monarquía (los reyes) los nobles y la Iglesia, a ser compartidos por estos y por los que se conoce como clase burguesa (los nuevos ricos). Este pacto solía ser escrito y se le llamaba Constitución.

Estos cambios han ocurrido a lo largo de mucho tiempo, en procesos largos, pero con sobresaltos rápidos y violentos en forma de guerras o revoluciones. La revolución francesa ha quedado como la más famosa por sus cambios radicales y espectaculares. Estos cambios supusieron, principalmente, colocar en cabeza de los órganos del Estado, en lugar de un rey rodeado de la Iglesia y la nobleza, una asamblea, y de esa asamblea dependían todos los demás órganos del Estado.

Hay que aclarar que en algunos países mataron al rey y desapareció la monarquía, mientras que en otros el rey siguió, pero

ya sin que él, ni la nobleza, ni la Iglesia controlaran la dirección, el mando de los nuevos órganos del Estado.

La Asamblea o Parlamento es el órgano principal del Estado y por eso pasan a llamarse regímenes parlamentarios (monarquías parlamentarias, si hay rey, repúblicas parlamentarias si la monarquía desapareció). Esta asamblea es elegida, al principio, solo por los propietarios (para poder votar había que estar en el censo como propietarios, por eso se le llamaba voto censitario), es decir por los ricos. Solo votaban los hombres. Lo que hoy llamamos sufragio universal, es decir, poder votar todos los mayores de edad, es algo muy reciente. Por tanto, los trabajadores, no tuvieron presencia alguna en estas asambleas en sus primeros tiempos de existencia.

Pues bien, en estos Parlamentos (de parlamentar, hablar, discutir), había un puesto destacado, en alto, que ocupaba el orador, el que hablaba, y enfrente, en semicírculo, se sentaban los demás parlamentarios. De esta forma, frente al que hablaba (normalmente el que gobernaba), se podía distinguir un ala izquierda y un ala derecha. En el caso de la revolución francesa se sentaron a la derecha los más cercanos al antiguo poder (la nobleza y la Iglesia) y a la izquierda los recién llegados, los nuevos ricos o burgueses, o sea, los más interesados en el cambio, es decir, los más revolucionarios. Este es el origen de lo que hoy llamamos izquierda y derecha.

Actualmente se intenta dar un contenido concreto a estas dos denominaciones. La izquierda estaría, como en su inicio, a favor del cambio, y la derecha por conservar el mismo orden existente. Pero esta explicación no serviría en Cuba, en China, donde el cambio lo representaría lo que en Europa se considera la derecha. También se dice que la izquierda representaría los ideales de igualdad, justicia, libertad, y la derecha los de orden y seguridad; o que la izquierda representaría el progreso y la derecha la tradición. Pero lo cierto es que ni la izquierda ni la derecha admiten este reparto de papeles, ya que una y otra dicen defender a todos y cada uno de los ideales que hemos citado.

Se ha intentado unir la izquierda a la defensa de los trabajadores y la derecha a la de los empresarios, cosa que rechazan ambas, ya que la derecha niega no defender los intereses

de los trabajadores, y otro tanto dice la izquierda de la de los empresarios, además de que en Europa ambas se alternan con frecuencia en el poder, y esto no se compagina con la defensa de solo una parte del electorado. Los partidos de la izquierda europea difícilmente admiten que haya otro partido, también de izquierda, que diga que es más de izquierda que ellos, porque ¿qué querría decir eso, que defienden a los trabajadores más que ellos? ¿y si aparece otro más a la izquierda? En cuanto a la derecha, le ocurre igual con los partidos que están más a la derecha.

Se habrían de establecer con cierta claridad los conceptos de igualdad, justicia, progreso, bienestar, seguridad, defensa de los trabajadores, ya que, los propios trabajadores, en las elecciones creen una veces que los defiendan mejor los partidos de izquierda y otras veces los de derechas. En Estados Unidos de Norteamérica, los electores trabajadores unas veces votan a un partido considerado de derechas (el partido demócrata), y otras a uno ( el partido republicano) considerado más de derechas todavía.

Quiere decir todo ello que los conceptos de izquierda y derecha no nos van a ayudar en el objetivo que buscamos aquí, que de forma principal pretende aclararnos lo que puede significar hoy para los trabajadores el comunismo. Casi se podría decir que son conceptos inventados y utilizados por las clases propietarias para enredar y distraer el verdadero interés de los trabajadores que estaría centrado en otro concepto, éste sí propio de su clase: el socialismo, el comunismo.

**Un imaginario común.-**

En el inicio de este estudio ha habido ocasión de echar un vistazo a lo que dentro del movimiento obrero significaron los socialistas como grupo organizado y en qué forma surgió del seno de este grupo un nuevo grupo que, en adelante, se llamó, comunista.

En realidad, lo que hemos contemplado ha sido la presencia en el movimiento obrero del partido y el sindicato socialista y del partido y sindicato comunista.

Unos y otros se han organizado (al hablar de organizar se quiere decir separar en el grupo las diversas actividades – administrar el dinero, ocuparse de la formación de los miembros, representar al grupo en su conjunto, admitir y expulsar miembros -, y poner al frente de cada actividad a unas personas responsables de esa actividad, y a estos responsables se les llama órganos – de igual manera que la mano, el corazón, etc., son órganos del cuerpo humano a los que se encarga una función diversa. En este sentido, hay grupos humanos organizados – una sociedad anónima- y grupos humanos no organizados – los espectadores de un partido de fútbol en un estadio-.) decíamos que se han organizado y han actuado, y actúan, uniendo a los trabajadores en torno a un imaginario, unas ideas, a unos ideales, a la propuesta de alcanzar unas metas (más lejanas unas, a más corto término otras). Este imaginario no se compone solo de ideales, sino que incluye también las gestas en el combate, las gloriosas victorias en la larga lucha y las numerosas, pero también gloriosas derrotas frente al enemigo de siempre. Tanto las derrotas como las victorias dejan su huella en el propio imaginario obrero, con lo que éste se compone de unas ideas, de unos ideales originales, pero que luego resultan transformados, modificados, “encajados” en la larga práctica social (huelgas, insurrecciones, guerras, represiones sangrientas, y también, pactos, acuerdos tras una victoria o una derrota, así como la gestión del Estado cuando se ha alcanzado ésta).

Se le suele llamar así, imaginario, porque por una parte, las ideas, los ideales que lo componen (la justicia, la igualdad, la verdad, la razón, la revolución, la emancipación de la clase obrera) dependen ampliamente de lo que cada obrero imagina en su cabeza cuando emplea uno de estos conceptos, tan amplios, tan vagos; y de otra parte, por el importantísimo componente emocional que significa compartir gloriosas (así se las imagina) victorias y derrotas protagonizadas por nuestros compañeros (en batallas antiguas o recientes) en las que no estuvimos presentes, o evocar entusiasmados lo que podrá ser nuestra vida en la sociedad ideada.

Y en muy buena medida a esto vienen referidas las expresiones “comunismo” o “socialismo”. El comunismo no es solo el partido comunista, ni el socialismo es sólo el partido socialista.

El socialismo sería así, el conjunto de ideas e ideales en torno a los cuales se agruparon y organizaron un conjunto de trabajadores, los cuales a lo largo de su práctica, de sus batallas, fueron dando forma y aplicaciones concretas a ese núcleo de ideas e ideales iniciales. Y el comunismo sería también algo similar. Lo que ocurre es que el camino recorrido por ambos ha sido diferente, y por tanto, hay elementos diferentes.

Todo esto podría ayudar a entender cómo los comunistas siempre han estado por el socialismo, siempre se han considerado socialistas, pero siempre se han considerado diferentes del partido socialista. Sin embargo, los socialistas, los partidos socialistas, no han estado por el comunismo, y se han considerado siempre diferentes del partido comunista, y siempre han dicho combatir por el socialismo.

Por tanto, si el socialismo es el objetivo común a los partidos socialistas y comunistas europeos, en ello deberemos detener nuestra atención.

Cuando Stalin, jefe del Gobierno Soviético y Secretario General del partido comunista soviético, dice en el año 1.950 que en la URSS se está construyendo el socialismo; cuando anteriormente Lenin dice que la lucha del partido comunista ruso es por el socialismo; cuando Fidel Castro nos dice que en Cuba se está defendiendo la revolución socialista ¿se están refiriendo todos ellos a lo mismo que dicen estar persiguiendo los partidos socialistas europeos del siglo XXI?

Cuando los partidos comunistas europeos actuales (hayan cambiado o no de nombre) continúan sosteniendo que lo que ellos persiguen es conseguir una sociedad socialista ¿también se están refiriendo a lo mismo?

¿Existe algo, un concepto que se llama socialismo, y que es el objetivo a alcanzar en común por todos los partidos socialistas y comunistas conocidos?

Se dice que un partido, un sindicato o un Gobierno es socialista ¿pero el socialismo qué es?

El Socialismo es un conjunto de ideas y de prácticas. El trabajo es el centro alrededor y sobre el cual actúan las prácticas que llamamos socialistas, y de la reflexión y la crítica que hacemos sobre esas prácticas surgen, nacen y se desarrollan las ideas socialistas. De esas ideas, y guiadas por ellas, saldrán nuevas prácticas...

Las ideas que tenemos en la cabeza, como sabemos, no nos han caído del cielo, sino que son el reflejo en nuestra mente de la realidad que nos rodea. El mundo real pasado a través de nuestra mente son nuestras ideas.

El conjunto de relaciones que tenemos con los demás, nuestras relaciones sociales, lo que llamamos nuestra práctica social nos proporciona las ideas que tenemos sobre la realidad social.

Nuestras relaciones sociales que tienen como referencia el trabajo serían el objeto sobre el cual, y en base a una labor de observación, reflexión y crítica, versarían el conjunto ordenado de ideas al que llamamos socialismo.

Cómo y cuándo nacen estas prácticas y estas ideas correspondientes; quién las identifica, las observa, selecciona y recopila; quién las conserva; quién se responsabiliza de defenderlas, diferenciarlas; quién las hace propias.

Los problemas que plantean estas preguntas están en el corazón de la definición del socialismo El socialismo surgió históricamente, y surge y muere cada día en nuestro mundo actual, con la respuesta que se da a estas preguntas.

El socialismo en Europa se manifiesta, a tenor de lo indicado, en las nuevas relaciones que en el trabajo introduce la llamada revolución industrial, y en los estudios y consideraciones que sobre esta misma realidad social se hace desde las Universidades y en general desde el mundo de los intelectuales.

**Los inicios del moderno trabajo obrero.-**

Cualquier sociedad, para conservarse, para reproducirse, precisa que una parte de sus miembros se dedique a producir los bienes materiales que permitan esta reproducción física. Esta tarea consiste en, mediante el correspondiente esfuerzo físico y mental (brazos y cabeza), hacer asimilable el medio natural en que vivimos, transformar los elementos que la naturaleza nos ofrece en forma bruta, en productos que se puedan aplicar directamente a nuestras necesidades (alimentos, vestidos, construcciones, medios de transporte, etc.).

Estas tareas, con anterioridad a la revolución industrial (mediados del siglo XIX), venían referidas básicamente a los campesinos y a los artesanos de las ciudades. Y venían efectuadas en forma individual, con medios individuales, organizados individualmente y consumidos también individualmente por la familias (sin perjuicio, claro está, de que una parte del producto obtenido fuese para el amo, el señor feudal o la Iglesia). Tanto la preparación de la tierra, la siembra, la siega, etc. , así como las tareas del carpintero, herrero, picapedrero, sastre, etc., eran habitualmente procesos de trabajo individuales.

El cambio sustancial y relativamente rápido (por eso le llaman “revolución industrial”) consistió en modificar la herramienta, el instrumento de trabajo.

De la hoz a la cosechadora, del carpintero a la fábrica de muebles, hay un trecho, recorrido rápidamente, pero en forma escalonada, con fases intermedias.

Reunidos en una misma nave, carpintero, herrero, tapicero, pintor, ejerciendo cada uno las tareas de su oficio, dan como producto un coche de caballos. Los cambios habidos consisten en que la nave, las materias primas necesarias y el producto final son propiedad de un empresario, que a cambio paga a cada profesional por el trabajo realizado. Se ahorra en local (uno solo para todos los profesionales), iluminación que es común, paso del material de un profesional a otro, etc.

Esta forma de organizar el trabajo (que se llamó la manufactura – hecho a mano-) llevó casi de manera imperceptible a que, con el tiempo, el carpintero, que antes hacía muebles, carpintería de obra, reparación de enseres de madera, etc., se convierte en especialista de una sola tarea, hacer la parte de carpintería en un coche de caballos, y esto les ocurrió a todos los demás trabajadores de oficio, (desprendiéndose, al mismo tiempo, de las herramientas propias de la tareas que no hacían).

Así mismo, los trabajos de todos ellos pasan a realizarse no individualmente, cada uno a su ritmo y cadencia, sino en forma enlazada y combinada entre ellos, con el consiguiente ahorro de tiempo, y la pérdida progresiva de autonomía en la tarea de cada uno. Al perder independencia los trabajos y ser necesaria su concertación, se impone la coordinación y dirección general, que pasa a desempeñar el empresario o un encargado suyo.

Otro tanto ocurre en los demás sectores de la producción material, y de forma significativa en el textil.

En todos ellos el trabajo combinado de los distintos profesionales se contempla como un todo, se descompone analíticamente en sus tareas parciales más sencillas, que ya poco tienen que ver con las que realizaba cada profesional, y para desempeñar cada una de estas sencillas tareas se ponía a unos trabajadores que no precisan de los conocimientos de los oficios anteriores. A partir de aquí, tanto la descomposición en tareas

parciales, como su posterior combinación, coordinación y control pasan a ejercerse por el empresario o sus encargados en su nombre.

Descompuestas y descoyuntadas las tareas propias de los viejos oficios, y reducidas a sus movimientos más sencillos (cortar, anudar, empujar, enlazar, rellenar, vaciar, subir, bajar, etc.) las antiguas herramientas empiezan cambiar de forma y tamaño. Los cuchillos que cortan el tallo del trigo ya no tienen forma de hoz, porque no la sostiene ni la guía ya la mano del trabajador, sino que se alinean en forma adecuada para ser movida mecánicamente al unísono y en la forma más adecuada para conseguir su efecto útil.

La aplicación, al mismo tiempo, de nuevas energías, como el vapor de agua o la electricidad, independiza la herramienta de la fuerza humana como motor, con lo que la herramienta no tiene que guardar la proporción con la potencia del brazo humano (un martillo hidráulico multiplica extraordinariamente su potencia al liberarse de esta limitación), ni a la forma de la mano (con lo que se libera de la limitación no solo de la potencia de ésta, sino también de su habilidad).

Los distintos movimientos sencillos (rotación, elevación, compresión, etc.), propios de las tareas parciales en que se descompone cualquier proceso de trabajo, no dependen, como acabamos de ver, ni de la fuerza del trabajador ni de la destreza de su mano. Las herramientas, acomodadas ya a su función particular (solo cortar, solo enlazar, solo golpear) y a su nuevo motor, desaparecen de la propia vista y pasan a la barriga de la máquinas, que moviéndolas adecuadamente, combinando sus movimientos, desempeñan con más velocidad, más destreza, más perfección y cadencia más sostenida, las tareas que antes desempeñaban directamente los trabajadores.

Ni hoces manejadas por los segadores, ni trillos conducidos a mano y arrastrados por animales de tiro, ni horcas para aventar, ni manos y brazos para acarrear y ensacar; una máquina cosechadora y un trabajador que maneja el volante y los pedales, y se encarga de alimentarla para que funcione (que ni es campesino, ni necesita saber demasiado de campo).

La máquina, como ordenación y combinación de herramientas especializadas a las que se aplica una energía poderosa a través de un motor, pasa a convertirse en el medio de trabajo al que ha de dedicar su actividad el trabajador. Un conjunto de máquinas debidamente combinadas componen lo que llamamos una fábrica.

**Condiciones materiales necesarias.-**

Para que tengan lugar estos cambios en la manera de trabajar ha sido necesario que se cumplan, al menos, dos condiciones.

Una concentración de medios de trabajo en manos particulares. Esta acumulación inicial de medios de trabajo, o de dinero para poder adquirirlos, tiene varios orígenes.

El comercio que se desarrolla en el Mediterráneo y que se amplifica extraordinariamente con los grandes descubrimientos en el siglo XVI, hace que los grandes mercaderes venecianos, genoveses, y más tarde holandeses e ingleses concentren, juntamente con los prestamistas, compañeros fieles en todas las aventuras, grandes fortunas en forma de dinero.

En Inglaterra, junto con los grandes comerciantes de las ciudades, en el campo los nobles terratenientes dedican las rentas que reciben a sus gastos personales y sociales, pero sus arrendatarios y encargados, que son quienes dirigen la explotación de las tierras, acaban convirtiéndose en verdaderos empresarios agrícolas, que emplean a trabajadores asalariados pagándoles por su trabajo, pagan igualmente la renta al propietario y se apropian de la ganancia que les queda de la venta del producto. Esto les permitió acumular una cantidad de dinero disponible que pudieron dedicar a la incipiente industria.

Esta acumulación de medios de trabajo en pocas manos privadas es una de las condiciones necesarias para que se dieran las modificaciones que hemos visto en las condiciones del trabajo. Es cierto que con anterioridad, a lo largo de la historia, ha habido (en concreto en la Edad Media) grandes fortunas, pero estas se gastaban improductivamente (palacios, catedrales, fiestas, servidumbre doméstica, vestidos lujosos, alhajas, gastos de guerras, etc.). Ahora sin embargo, se acumula para invertir en forma productiva, principalmente.

La otra condición necesaria para que se diera lo que llamamos revolución industrial es la existencia de trabajadores "libres", para poder así contratarlos. Libres quiere decir que no están sujetos con lazos de servidumbre.

Estamos hablando del final de una época en que los campesinos formaban parte de las tierras del señor (un noble o la Iglesia) como si fueran los utensilios de trabajo o como si fuesen ganado, formaban un conjunto productivo todo ello. No podían salir de una finca y buscar trabajo en otra, eran propiedad del señor. Así mismo, libre quiere decir que, además de no estar sujeto por la atadura de los siervos, no dispusieran de medios de trabajo propios con los que poder buscarse la vida (ganado, herramientas, tierra) dado que entonces no buscarían trabajo, pues ya lo tenían. Se trata por tanto, de un tipo de trabajador que, con carácter general, no ha existido en la historia anterior. Es lo que vino a llamarse un proletario (no tenia como bien propio más que a sus hijos, su prole), y su conjunto, el proletariado.

Estas dos condiciones, la acumulación de medios de trabajo en manos privadas y la existencia del trabajador libre, no se han cumplido de una forma rápida y clara, sino como ocurren las cosas en la historia, lentamente, con altibajos y normalmente de forma imperceptible, es decir, que quien las está viendo y viviendo puede no percibirlas claramente.

Este empujón histórico que estamos considerando, la revolución industrial, es la manifestación de un fenómeno que en términos más amplios y más generales podríamos describir de la siguiente manera: es la separación progresiva entre el trabajador y

sus medios de trabajo y de vida. En la sociedad se van formando dos polos, dos extremos, en uno se acumulan los medios de trabajo y de vida (en su propia forma física-fábricas, tierra, oro, medios de transporte-, o en forma de dinero), y en el otro extremo se agrupan los trabajadores, que no tienen sus medios de trabajo para poder ejercer su actividad y que tienen que acudir al otro polo para poder trabajar y obtener así sus medios de vida (alimento, vestido).

Este proceso que tiene sus raíces en el siglo XV-XVI en Europa, toma su forma completa en el siglo XIX, y no cesa de extenderse y profundizarse en la actualidad en el mundo entero, con las variedades y los ritmos propios en la historia de cada país.

Una sociedad cuya producción se monta sobre este modelo la llamamos una sociedad capitalista, y a su producción, una producción capitalista o de libre empresa.

**Efectos sobre los trabajadores de la nueva forma de trabajar**.-

Este tipo de sociedad y en concreto su producción, su forma de ordenar la producción, tienen unos efectos muy característicos sobre los trabajadores.

El proceso de elaboración de un producto es considerado en su conjunto, analizado en forma científica, y descompuesto en sus distintas partes o elementos más sencillos (por ejemplo en la producción textil, la lana se corta, se lava, se carda, se hila, se tinta, se teje, se cose, etc.). Pues bien, cada uno de estos movimientos, que antes hacía un trabajador, con oficio propio, ahora lo realizan unas máquinas compuestas de herramientas combinadas que no maneja el hombre, sino que éste se dedica a vigilar, accionar y alimentar la máquina.

Una de las consecuencias principales de ello es que el trabajador se queda sin su oficio. Su destreza, su experiencia adquirida y su fuerza se hacen innecesarias. La destreza pasa a la máquina que, en su propio funcionamiento mecánico incluye ya la memoria, la destreza, la cadencia que antes estaban en la persona del trabajador. El trabajador pasa de manejar y servirse de la herramienta, a servir a la máquina. La sabiduría, el conocimiento, la aplicación de la ciencia (la tecnología) va incluida en la máquina, al trabajador no le es necesaria.

Al mismo tiempo y por las mismas razones el trabajador pierde el control de la totalidad del proceso de elaboración del producto, pierde la visión del conjunto. Antes el producto era fruto de su trabajo, ahora es fruto de un conjunto complejo de factores en el que su trabajo es una pequeña parte. El trabajador no solo no controla el conjunto de la elaboración del producto, sino que ni siquiera conoce la totalidad de las fases de su elaboración, él se limita a hacer su trabajo cuya significación exacta en el conjunto desconoce.

Pierde la propiedad del producto de su trabajo. Antes, lo que él elaboraba era suyo, ahora trabaja para que le den una cantidad de dinero, desconociendo la proporción que puede guardar con su participación en la elaboración del producto, el cual una vez terminado pasa a la posesión del empresario. El empresario es el dueño de los medios de trabajo y del producto, y es también el director del proceso de producción. El trabajador que presta su actividad en estas condiciones se le llama trabajador por cuenta ajena porque todo en el trabajo le es ajeno.

El trabajador pasa, asimismo, de trabajar aislado individualmente, a hacerlo colectivamente en las fábricas y talleres. Esto implica un trato directo y continuo con compañeros, que antes no tenía.

Del hecho de trabajar en grandes centros de trabajo se deriva que pase a vivir, a residir en grandes ciudades, en grandes aglomeraciones, y por tanto, a compartir con numerosos compañeros, no solo las mismas condiciones de trabajo, sino

también las mismas condiciones de vivienda, de transporte, y en general, de modo de vida.

Los inversores en medios de trabajo, los empresarios no colocan su dinero en forma de instalaciones, materias primas, salarios, etc., para retirar una cantidad igual a la que invierten, sino que pretenden obtener una cantidad adicional, un plus, al que llaman ganancia. Como suelen vender su producto en el mercado, para abaratar los costos y ganar más, han de vigilar que los costos sean los mínimos, procurando hacer sus adquisiciones a los precios más ajustados posibles. Entre los géneros que adquieren, y que intentan que lo sea al mínimo coste, están los trabajadores, es decir, el trabajo de los trabajadores. Para ello procuran pagar lo mínimo de salario, y una vez contratado el trabajador obligarle a que rinda durante el máximo posible de horas al día.

Para conseguir salarios más bajos, contratan a mujeres y niños, a quienes pagan menos de la mitad que a los hombres y con jornadas de 16 y 18 horas.

Si el negocio no marcha todo lo bien que se pretende, o el mercado no solicita en la cantidad prevista la mercancía que se produce, se prescinde de parte de los trabajadores o de la totalidad de los mismos, que como no tienen otro medio de vida que vender su trabajo, irán a vendérsela a otro empresario por el salario que éste ofrezca. Si no se encuentra trabajo se pasa a engrosar el ejército de parados, que siempre es un buen instrumento en manos de los empresarios (si no quieres trabajar por este salario, otro lo hará).

En este escenario nace el movimiento obrero. En este ambiente de miseria material e intelectual de los trabajadores hunden sus raíces el primer comunismo, el primer socialismo, el primer anarquismo.

Lo que tienen enfrente, el enemigo, es una montaña inmensa de riqueza, al mismo tiempo que de sabiduría y maestría en el manejo de todos los órganos del Estado. Defenderse de tamaño poderío puede explicar lo áspero, lo largo, lo duro de la marcha del

movimiento obrero, y de que en su jerga se hable de batallas, derrotas, enfrentamientos y, en resumen, de “lucha de clases”.

**Toma de conciencia de su situación por parte del trabajador**.-

La visión de estos trabajadores sobre la realidad que viven tiene como foco principal su trabajo y las condiciones en que lo prestan, dado que de él obtienen los medios de vida para ellos y para sus familias. Esta realidad, hemos visto, tiene como rasgo más esencial lo que hemos llamado la ajenidad. Tanto el producto, como las condiciones del trabajo, y su propia organización, le son ajenos. Son, por tanto, las condiciones de su propia vida las que no le pertenecen, las que no controlan.

Los trabajadores de finales del siglo XIX y, primeras decenas del XX que comienzan a tomar conciencia, a darse cuenta, de su situación lamentable, guardan además en su memoria la condición de siervos de sus bisabuelos y la de esclavos de sus tatarabuelos; por lo tanto, no se hacen muchas ilusiones.

Esta visión se agrava por el hecho de que, en esas fechas, y al mismo tiempo que se dan grandes avances en la industria y en los descubrimientos científicos, es cuando mayor es su miseria. La parte de la sociedad dueña de las tierras, de las fábricas, de los bancos, y que así mismo acapara el mando de todo los órganos del Estado, luce las galas de sus fiestas, de su cultura, de su sabiduría, en una palabra del absoluto dominio y protagonismo en la sociedad.

Esta sociedad, profundamente dividida en la forma que vemos, es la que sirve de espejo a los primeros grupos de trabajadores que se reúnen para juntos intentar defender sus intereses más elementales: no pasar hambre, no vivir amontonados en chabolas, poder trabajar.

Los impulsos más violentos dirigidos a destruir las bases de esa sociedad no pueden, por lo tanto, sorprender a quien, desde la altura de la Europa del siglo XXI, quiera entender el nacimiento y evolución del movimiento obrero. La meta de construir una “nueva sociedad”, tan frecuente en los programas de anarquistas, socialistas y comunistas, arranca de la desoladora e insoportable situación de la clase obrera en una sociedad que, por otra parte, presumía de progreso, libertad, fraternidad, justicia, cultura.

Las primeras ideas, las primeras representaciones, las primeras reflexiones de las que nacen los ideales, las metas a conseguir por parte de los trabajadores agrupados, asociados, tienen como punto de origen real que las explica, la realidad que viven ellos mismos.

Los trabajadores parten, en los inicios de la creación de sus asociaciones, del único lazo que los une entre sí: las mismas condiciones de trabajo y de vida. Como éstas son tan miserables, el primer impulso es mejorarlas. Sus acciones colectivas tendrán como meta concreta una mejora en las condiciones de trabajo. Los primeros movimientos colectivos (paros, huelgas) tienen esta finalidad, y cuando la consiguen, arrastran a nuevos trabajadores en acciones futuras. Así se van creando asociaciones estables, que no solamente se forman para gestionar una huelga, sino que sirven de soporte para cualquier acción que se plantee, se considere conveniente, y se lleve a cabo. Son la semilla de los sindicatos.

Al mismo tiempo, y muchas veces en el seno de los propios sindicatos, algunos grupos de trabajadores, se proponen considerar no solo las condiciones de trabajo sino también las condiciones generales de vida de los trabajadores. Con sus tremendas limitaciones de tiempo (dadas las larguísimas jornadas de trabajo), de medios materiales (lugar donde reunirse, muebles, material para escribir e imprimir, libros, etc.), de conocimiento (las inmensa mayoría de los trabajadores no sabía leer ni escribir); estas asociaciones, muy modestas al principio, llegan a convertirse en auténticos focos de cultura (ateneos obreros, centros excursionistas, centros naturistas, alfabetización de adultos, teatros populares,

estudios del esperanto para comunicarse con trabajadores de todo el mundo, etc.).

Otras asociaciones, con un campo más amplio, se orientan especialmente en la preparación y entrenamiento para la participación de los trabajadores en la dirección de los órganos del Estado (Ayuntamientos, Diputaciones y el propio Gobierno del país). Son los partidos políticos de los trabajadores.

Para la creación de cualquiera de las asociaciones que hemos considerado, se ha de contar con una visión especial de la realidad. Es decir, si se crea una asociación (que no sea copia o modificación de otra existente) que pretenda modificar la sociedad en la que se desenvuelve, es porque el trabajador tiene una visión, una imagen, una representación en la mente, de esa sociedad, y al mismo tiempo, una idea, una imagen también de la sociedad en la forma que quedará una vez transformada, modificada.

La pregunta a considerar es la siguiente: ¿de dónde proceden, de dónde han salido estas imágenes? ¿se las inventan los obreros?

En realidad, se trata de dos cuestiones:

- Cómo fabrican, cómo elaboran los obreros la idea, la imagen, el reflejo en la mente de la realidad que viven y sufren.

- De qué materiales se valen para imaginar (montar las imágenes) de una realidad que aún no conocen (es una realidad futura).

**Identificación del “enemigo”: el amo.-**

En el otro extremo de la sociedad, en la acera de enfrente, se encuentra el que hemos llamado el “enemigo”, el amo de todas las condiciones materiales del trabajo -medios de trabajo- , de las condiciones no materiales del mismo –la organización y el mando-, y del producto; así como también el poseedor de toda la destreza, la sabiduría y la experiencia para manejar todos los organismos del Estado.

¿Por qué el “enemigo”? Porque en la forma que organiza el trabajo el protagonista es él, y no el trabajador; y como consecuencia, y a causa de ello, organiza (a través del Estado) a la sociedad en su conjunto, de tal forma que el protagonista de ella es él y no el trabajador.

No resulta extraño que en estas condiciones el trabajador lo considere el “enemigo”, y lo vea como tal.

Pero, cómo se ve el “enemigo” a sí mismo.

El amo, a lo largo de la historia, ha necesitado montar una especie de representación teatral para poder contemplarse a sí mismo. Se inventa un guión, una historia, unos personajes, unas pantallas... El amo no quiere verse ni ser visto en la vida real, sino en el escenario que él montó, en el personaje que él inventó, representando el papel que él escribió, con los ropajes y los atributos que él se colgó...

En tiempos pasados el viejo y el nuevo testamento (la Biblia) así como los relatos de los grandes literatos suministraban suficiente material para vestir al amo de los ropajes más brillantes y de los papeles más respetables que éste pudiese desear. El era el héroe, el santo, el protector, el sabio. Con este formidable depósito de ideas, de representaciones mentales, de ideales, el amo podrá cómodamente verse a sí mismo metido en la realidad diaria, pero una vez transformada ésta mentalmente en el escenario inventado.

De que todo esto funcionara correctamente se ocupaba una inmensa estela de especialistas, bien pagados (Iglesia, poetas, literatos – la llamada “intelligentzia”-). Los trabajadores, en este

imaginario, no eran ni la comparsa; no salían en el escenario, estaban trabajando en el campo.

La revolución industrial irrumpe en esta imagen que de sí mismo tienen los amos, obligándolos a cambiar el guión, los personajes, los actores y buena parte de luces y perifollos.

En esta nueva operación, no se olvida lo dicho anteriormente. Ni se olvida ni se elimina. Simplemente se pasa al primer plano la nueva trama, pero la vieja sigue viéndose detrás. Los viejos héroes, los santos, los protectores siguen siendo la referencia de los nuevos. Ahora la trama es la producción, el intercambio, el consumo (es decir, la Economía). Una trama, una representación de la realidad dónde no obstante ser el tema central la producción –el trabajo-, el protagonista sigue siendo el amo (Empresas estatales, Bancos, Grandes superficies, Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial). El trabajador aparece por fin en el escenario, pero como comparsa, al fondo de la escena.

Los nuevos dioses son la productividad, la competitividad, el crecimiento económico, la creación de empleo. Los héroes son los empresarios. Los viejos dioses, sin embargo, reaparecen en cualquier recodo del camino –el Dios (musulmán, judío o cristiano) y la Patria-.

Por contraste a tanta brillantez, en el otro lado de la acera, los amos no ven sino ignorancia, incompetencia, atraso. Frente a Dios y Patria, desorden, maldad y caos.

El mundo actual lo imagina el amo en un escenario como éste. Es el montaje producto de su visión de las cosas, y en una circunstancia así se precisa la utilización conjunta de todos los dioses, antiguos y modernos.

**La realidad material como origen de las ideas del movimiento obrero.-**

¿De dónde, nos preguntábamos, sacan las ideas los trabajadores para formarse una imagen de la sociedad en que viven, y al mismo tiempo imaginarse la sociedad nueva que piensan construir, la “nueva sociedad”?

Las ideas, las representaciones que tienen los trabajadores, a este respecto, arrancan de la misma realidad de donde las sacan los amos. Pero la visión respectiva cambia, al ser distinta la posición que ocupan en esa realidad.

La realidad referida es la relación que existe entre el trabajador y el amo. Lo que es distinto son los elementos que une esa relación, el trabajador en un extremo y el amo en otro. La relación es la misma, pero la función que, cada uno desempeña en esa relación es distinta. La visión que cada uno tiene de la misma relación es, por tanto, distinta.

La función, el papel del amo es el saber, el mando y el enriquecimiento. El trabajador, por su parte, obedece, no se enriquece –saca para vivir- y no sabe más que lo que al amo le interesa para que produzca más y mejor.

El amo, al imaginársela, se apropia de la relación entera, de todo el protagonismo (la producción es él, la productividad es él, el empleo es él, él es el motor del progreso).

El trabajador arranca de su situación en la relación. Su soporte real es más bien negativo, por tanto, su representación mental también lo es. Su reacción, su lucha, por esa misma razón, se centra en el rechazo de su situación en la relación. Su impulso es de rechazo, no es de creación. El amo, crea, avanza; el trabajador se resiste, se apalanca.

El movimiento obrero arranca teniendo frente a sí esta realidad, y a lo largo de su existencia se fija como tarea más directa la resistencia.

Una resistencia que en la práctica se presenta con dos sentidos contrapuestos: resistencia frente a los movimientos del amo (modernización de la maquinaria, revisión de los tiempos de trabajo,

cambio de método), para no perder posiciones, y entonces aparece el sentido conservador del movimiento, el sentido retardatorio, antimoderno, antiprogreso; o bien, el sentido revolucionario, que pretende cambiarlo todo de golpe, aunque rara vez se ponen los medios para hacerlo.

Estos impulsos contradictorios del movimiento obrero (conservadores y revolucionarios al mismo tiempo) tienen su base, en buena medida, en los escasos conocimientos sobre su situación real en el seno de la producción y en el conjunto de la sociedad. Estos escasos conocimientos vienen sustituidos (como ocurre con todo tipo de saber), por emociones, imaginaciones, representaciones, falsas interpretaciones, que están al alcance de cualquiera, sea el que sea su nivel cultural. A ello se une el más escaso todavía conocimiento de la meta hacía la que se aspira. La "nueva sociedad" está normalmente construida con los elementos citados, dominados claramente por la fantasía

El conocimiento que los trabajadores tenían en los comienzos del movimiento obrero sobre la sociedad en que desenvolvían su trabajo era muy pobre. A lo largo de su práctica, a lo largo de sus acciones, en sus victorias y derrotas, iban sacando conclusiones, iban aprendiendo. Los amos también.

La enorme diferencia estaba, y está, en que ellos, los amos, ya disponían de la sabiduría, la destreza y el conocimiento que los largos siglos de mando les habían proporcionado. Los trabajadores tenían en su contra los largos siglos de ignorancia y sometimiento.

Desconocimiento e ignorancia, exactamente de qué. Los trabajadores conocían bien su oficio, sabían obtener los productos del campo, de la mar, de las minas, y fabricar las herramientas necesarias para estos menesteres. En caso de guerra ellos eran el elemento necesario e indispensable en la tarea de matar y morir. Ellos hacían, y hacen, funcionar el mundo cada día. ¿Qué es lo que no saben? ¿Qué es lo que saben los amos que no saben los trabajadores?

Estas preguntas no tienen una respuesta sencilla y corta, ya que se trata de un camino, de un proceso, largo en la historia. La producción de los saberes y la apropiación de ellos en la sociedad ha cambiado mucho, ha ocurrido de una forma determinada en cada fase histórica.

En la fase que se conoce como comunismo “primitivo” (aunque en la actualidad existe en diversas partes del mundo –la Amazonia, en Centroáfrica), el saber, los conocimientos son compartidos por el grupo completo, con las diferencias propias del vigor físico (niños, ancianos), de la propia tarea (lanzadores de flechas, rastreadores). En la fase que contemplamos en los países europeos, los amos disponen en una forma de los conocimientos (y se benefician de ellos), que los trabajadores no se encuentran en situación de poseer y utilizar.

¿Cómo ha ocurrido esto?

El saber, los conocimientos, tienen que ver con la experiencia, con la práctica social. Los conocimientos más elementales, más sencillos, arrancan directamente de la experiencia.

Un niño pequeño aprende que no se puede arrimar al fuego, porque se ha quemado él (puede advertirlo a su hermano para que no le ocurra lo mismo, con lo cual éste ha aprendido con la experiencia, pero no la suya propia, sino la de su hermano). Con ello han adquirido un cierto conocimiento sobre el fuego, un conocimiento en grado elemental, un saber muy incompleto, pero ya es un saber. El movimiento obrero en sus inicios tenía un conocimiento muy superficial de la realidad en que se desenvolvía y de su propio ser.

Este conocimiento, como todos, es un saber sobre la realidad, pero no la realidad misma. Es el reflejo de la realidad en la mente; la realidad entra en la mente a través de los sentidos y construye una imagen de esa realidad. Esta imagen, esta representación mental, no es un objeto real, no pertenece a la realidad, pertenece al mundo de nuestra mente. Los pensamientos no son cosas reales, son su imagen en la mente. Con nuestra mente no podemos hacernos con la realidad tal como es. Lo que hacemos es reflejarlo en nuestra

cabeza en forma de idea. En nuestra cabeza no cabe la realidad, sino una idea sobre la realidad.

Un mayor conocimiento de la realidad nos permite actuar sobre la misma con mayor eficacia, equivocarnos menos. Esta eficacia confirma la validez de las ideas que sobre la misma teníamos antes de actuar. En caso contrario sería necesario rectificar la idea deformada que teníamos de la realidad.

Es la historia del conocimiento, elaborada con la larga experiencia de la humanidad.

En el seno de este proceso de conocimiento y control de la realidad ocupa un lugar muy importante el conocimiento científico. Puede venir referido a la naturaleza (ciencias naturales) o a las relaciones sociales (ciencias sociales). Hay ciencias, por otra parte, sin objeto propio en el mundo material (matemáticas, lógica) pero que auxilian a las anteriores en el manejo, selección y otros tratamientos de datos.

El conocimiento científico no tiene como objeto los seres reales, concretos. La ciencia no trabaja con objetos concretos, sino con abstracciones. El objeto concreto es tratado, considerado solo desde uno de sus aspectos, por ejemplo, el de ser pesado, y se hace abstracción de este aspecto respecto a todos los demás. Para estudiar la gravedad, abstraeremos de este zapato un solo aspecto, que es pesado, y prescindiremos de su color, su tamaño, etc. Compararemos este aspecto suyo, con el mismo aspecto de otros objetos concretos (un caballo, un mueble, una pluma) y nos habremos introducido en un concepto, una abstracción también, la gravedad, que nos permitirá un conocimiento sobre el comportamiento de los objetos desde el punto de vista de su pesantez, mucho más preciso que cualquier otro obtenido por la experiencia directa solamente.

Este tipo de abstracciones con las que trabaja la ciencia tienen, no obstante, momentos en su proceso de elaboración, de gran sencillez (recogida de datos – minerales, plantas, animales, en el campo; familia que vive en un barrio – número de miembros-, ingresos, edades, etc.). Para recoger los datos, no obstante, ya hay

que haber escogido previamente, el aspecto que nos interesa. Cuando se dispone del material necesario, se formulan hipótesis, que son abstracciones de segundo grado, abstracciones de abstracciones; con lo que el trabajo se hace más reflexivo, más delicado. Las hipótesis han de probar su eficacia al actuar sobre la realidad o al encarar la validez de una nueva hipótesis.

En la actividad científica normalmente no se parte de cero, sino del resultado de innumerables procesos anteriores. Así se van depurando los conceptos, las abstracciones anteriores que, sometidas constantemente a la reflexión y a la crítica de los nuevos datos aportados, o de los mismos tratamientos de éstos, hacen de la ciencia en su estado actual, una nueva visión, una reconsideración de esa ciencia en los años y siglos pasados, y una materia de crítica y reconsideración de la ciencia de los años que vienen.

El recorrido del conocimiento científico referido a la naturaleza (ciencias naturales) es mucho más largo y está mucho más asentado que el de las ciencias sociales. Este atraso seguramente no es ajeno al escaso interés de los amos en esclarecer la madeja en que enredan a los trabajadores, en una sociedad opaca, atravesada en todas direcciones por representaciones y visiones, ilusiones e ideales propios de su posición privilegiada en la misma.

**Otra realidad: los valores.-**

El mundo en que el hombre se desenvuelve, el medio en que habitualmente desarrolla su vida no se compone solo de objetos y hechos materiales que pueden ser objeto de conocimiento científico, sino que se rodea también de un mundo cultural, inventado, paralelo y ajeno al conocimiento científico. Se trata , principalmente, del mundo de los valores.

En este mundo de los valores no se trata de conocer sino de creer. Los valores no son objeto de conocimiento, sino de creencia;

a ellos no se llega mediante la ciencia, sino mediante la adhesión o creencia.

El punto de partida es un conjunto de ideas que luego nos servirán de patrón o marco de comparación. Una acción o una manera de pensar nos parecerá acertada o justa si coincide con ese patrón o vara de medir del que partimos nosotros. Partimos de una idea-patrón de lo que es la belleza, y cuando encontramos un objeto concreto lo comparamos con esa medida; si coincide con ella diremos que el objeto es bello. Partimos de un patrón o molde sobre la justicia y ante una acción cualquiera haremos la comparación con el modelo para ver si se trata de una acción justa o injusta. Arrancamos de un modelo-patrón de la corrección social, y con él mediremos lo correcto e incorrecto en el comportamiento social de nuestro entorno, y lo mismo haremos con el buen gusto y con la educación.

En esta actividad, como vemos, no se persigue obtener ningún conocimiento. Se persigue el convencimiento.

De estos marcos, moldes o patrones de medir no se puede decir que sean verdaderos, ni falsos. No se les enfrenta a la ciencia para comprobar su validez, simplemente se cree en ellos, y una vez creemos en ellos, una vez estamos convencidos procuraremos acercar a los demás a ellos mediante el convencimiento y la argumentación. Argumentamos para que nuestro interlocutor compare sus gustos, ideas, proyectos, preferencias con nuestro marco o patrón de referencia; si coinciden, estas serán buenas, correctas; en caso contrario, serán malas, feas, incorrectas.

Se trata de la realidad social vista desde el plano de lo bueno, lo justo, lo bello.

Son patrones desde los que se mide y se compara un hecho, una acción social, con el patrón correspondiente. Acciones buenas, justas, correctas o sus contrarias.

Estos patrones pueden mostrarse en formas completas, muy acabadas, como las religiones o como las grandes construcciones de los filósofos, que pretenden contemplar la vida en su totalidad y

además ser válidas universalmente. Otras veces su alcance es más limitado en el tiempo y en el espacio, por ejemplo los modos y gustos aristocráticos europeos en los siglos XIX y XX; o la llamada cultura popular de nuestros pueblos y barrios.

Los valores, estas varas de medir las conductas, las ideas, los proyectos, tienen una enorme importancia en la vida social. Su pretensión es encuadrar, dirigir las acciones individuales y colectivas en el sentido, en la dirección más conveniente para el grupo que protagoniza la vida social y que es quien los fabrica y los patrocina.

El naciente movimiento obrero va tomando cuerpo en el seno de los valores existentes en la Europa del siglo XIX. Los obreros que comienzan a asociarse para conocerse y defenderse mejor se encuentran con unos instrumentos de medir la justicia, el deber, el comportamiento, las aspiraciones, lo que es bueno y lo que es malo; todo ello elaborado y manejado por la Iglesia y por los nobles, adaptado posteriormente al nuevo grupo que acabará como dominante en la sociedad europea de entonces: los burgueses. Aunque la presentación de éstos es muy aparatosa en Francia (por eso se llama “revolución”), los valores propios de su dominio social se extienden lentamente y con muchos altibajos por toda Europa.

Qué entiende la sociedad de dominio social burgués, la sociedad burguesa, por justicia, por libertad, fraternidad, honradez, etc.; qué encierran dentro estas expresiones, hay que buscarlo en el tipo de sociedad que ellos han montado. Esos valores se corresponden con la sociedad en que han nacido y con los intereses del grupo protagonista de la misma. No se corresponden con la realidad de esa sociedad en el sentido de que la describan en su forma concreta. Los burgueses no perciben que la sociedad que ellos dirigen sea un sociedad de justicia, libertad, fraternidad y honradez. Estos valores, lo que señalan es un tipo de comportamiento social compatible con los intereses reales (materiales) del grupo que los promueve. Y son compatibles con esos intereses tan concretos, porque los mismos valores se describen en términos muy vagos (qué es ser libre, qué es ser honrado, qué es ser justo), muy vagos y como si apuntasen a un ideal futuro en el que se cumplirá su realización. Como si hubiese un proyecto ideal de sociedad futura perfecta hacia la que caminamos,

y en la que serán realidad los valores que ahora, evidentemente, no lo son.

La visión de esta sociedad ideal perfecta y los cauces para reconocerla y conseguirla (los valores), son los moldes en que los trabajadores y los amos toman conciencia y perciben los problemas reales (materiales) que sus relaciones plantean. Los trabajadores y sus asociaciones se encuentran en la vida social, en el trabajo, en el barrio, en sus lecturas, con estos moldes creados, trabajados, moldeados a lo largo de la historia para dar forma y significado a una sociedad en la que ellos no han protagonizado más que el trabajo material de ejecución, lejos siempre de las tareas de dirección.

Las asociaciones de los trabajadores han visto la luz aprisionadas en el uso de esos valores (alguno de ellos tan rancios- la gallardía, el honor – por hundir sus raíces en la sociedad de los nobles medievales), y no han encontrado otra salida que la de utilizarlos también, aunque tratando de cambiar su contenido, y así, para distanciarse de ellos, le añadían la palabra “burgués”, el honor burgués, la justicia burguesa, la libertad burguesa.

Pero como los valores no se dan sueltos, sino representando, formando parte de, toda una visión ideal global de una sociedad soñada, las asociaciones de los trabajadores contraponen esta sociedad ideal, otra sociedad también ideal, pero esta será la “verdadera” sociedad del futuro, con sus correspondientes valores, también “verdaderos”, la verdadera justicia, la verdadera libertad, la verdadera igualdad...

La larga historia de enfrentamientos, muchas veces sangrientos, de los trabajadores con los amos nos enseñan cómo ambas posturas vienen habitualmente revestidas con el ropaje de los valores. Se combate por el orden, la justicia, el honor, la libertad, por los dioses, por la igualdad, por la patria, por el progreso.

Estas cáscaras, estas envolturas brillantes, cuyo interior, cuyo contenido es tan vago, tan moldeable, tan incontrastable, tienen una importancia extraordinaria en el nacimiento y el desarrollo del movimiento obrero.

En el seno de este cuadro de valores, discutibles y discutidos, va tomando consistencia el movimiento obrero. A través de estos valores interpretan las asociaciones de los trabajadores las realidades en que se mueven. A través de estos valores, en el interior de este juego de valores, toma conciencia el trabajador de su posición en el trabajo y en la sociedad. De ellos se valen, como armas, para defender y plantear sus pretensiones frente a los amos.

**La ciencia, fuente de conocimiento.-**

En los primeros decenios del siglo XIX hace acto de presencia en forma significativa la ciencia en la producción. Las matemáticas, la física, la química, la geometría, comienzan a orientar los procesos de trabajo, primero en los talleres manufactureros pasando posteriormente a las fábricas. La aplicación de la ciencia se traduce en nuevas tecnologías que transforman espectacularmente las formas de trabajo. Estas nuevas técnicas permiten, a su vez, aplicar a la producción nuevas fuentes de energía que multiplican la potencia de las máquinas.

Esta implicación de la ciencia en los procesos de trabajo afecta directa y principalmente a los trabajadores, pero quien la decide y dirige son los amos, y como es lógico, estas decisiones y esta dirección se hace en vista de sus intereses. Si les es más rentable su aplicación, así lo harán, y adoptarán las modalidades que mas favorable les resulte. La entrada y las modalidades de aplicación de la ciencia en la producción no tienen nada que ver con el punto de vista o con los intereses de los trabajadores.

Las formas en que la ciencia se ha aplicado a la producción no ha respondido a los propios principios científicos, sino al interés de los amos. Es decir, si la aplicación de una determinada tecnología no significaba una mayor rentabilidad al amo, no se aplicaba, por muy ajustada que resultara al proceso técnico; esto de una parte, y de otra, la modalidad aplicada no se correspondía con la mayor

facilidad o comodidad para los trabajadores afectados, sino con el solo interés del amo.

Esto significa que la materialización de los principios científicos en las tecnologías que hemos heredado no son, como podría pensarse ingenuamente, la aplicación de la ciencia a la producción, sino la elección de la aplicación de los principios científicos que más provecho dió a los amos.

En la propia materialidad de la máquina, de la ordenación de los procesos, en la cadencia de sus movimientos, en la modalidad de sus manejo, etc., viene marcado este fin específico de la misma, la rentabilidad para el amo.

No se trata, por tanto de “la aplicación” de la ciencia a “la producción”, sino de la aplicación que han hecho los amos de los principios científicos que les pudieran resultar rentables, aplicados éstos, a una producción organizada y dirigida por ellos.

A manera de ejemplo actual no hay más que fijarse en la aplicación que de la ciencia hacen los grandes laboratorios farmacéuticos, colocando en primer lugar sus derechos económicos, por encima de cualquier necesidad o urgencia en el tratamiento del sida en los países pobres de África.

La ciencia en su aplicación directa a la producción en el entorno de espacio y tiempo que nos venimos refiriendo, ha caído del lado del amo, se trata de un instrumento más a su servicio.

Estas consideraciones es conveniente retenerlas, porque con mucha frecuencia en las asociaciones del movimiento obrero ha aparecido, y aparece, la ciencia vestida con un ropaje blanco y colocada en un pedestal; y ese color y esa posición no se corresponden con el esfuerzo oscuro y anónimo que significan los millones de experiencias que en último termino dan base y soporte al conocimiento científico; ni, por otra parte, los pasos inseguros (por imaginativos) de sus caminar se identifican en manera alguna con una marcha hacia un porvenir radiante (pensemos en la bomba atómica y demás armas de destrucción masiva).

**Las ciencias de la naturaleza y las ciencias de la sociedad.-**

La ciencia ha realizado grandes avances en el sector de la física y la química y son esos conocimientos, principalmente, los que se han aplicado a la producción material de bienes.

No tiene comparación con el campo de las relaciones sociales, donde su penetración ha sido tardía y muy irregular.

Hemos visto más arriba que cada ciencia, cada campo sectorial de la ciencia, se ocupa sólo de un aspecto de la realidad que contempla (la pesantez, la gravedad, en el caso del zapato en el ejemplo empleado), ni su color ni su forma tenían relevancia en el caso, sino el hecho de presentarse como un cuerpo que pesa. Para estudiar el concepto de gravedad, solo nos interesa si un cuerpo pesa, haciendo abstracción de sus demás características, que sí interesarían a otra rama de la ciencia.

Las ciencias aplicadas a la producción, la física y la química, principalmente, contemplan cada una el aspecto particular que han seleccionado para formar su objeto de estudio. Las propiedades de la materia y la energía en tanto que son medibles, la física, y la composición de las mismas, por parte de la química.

Pues bien, a lo que llamamos la producción, además de ser contemplada desde el punto de vista de las ciencias citadas, puede ser considerada desde el ángulo de las relaciones que, en el seno de la misma, se establecen entre los individuos que en ella participan. Es decir, puede ser objeto de las ciencias sociales.

En el periodo que estudiamos, la producción ha sido considerada, sobre todo, como el escenario en que se han producido enormes avances técnicos, es decir, espectaculares aumentos en la producción (masa total de bienes producidos) y en la productividad (cantidad de productos elaborados por hora de trabajo y trabajador).

Y ello en base a la aplicación a los procesos de trabajo de los principios de las ciencias naturales señaladas.

La aplicación de los principios, de los conceptos, de las ciencias sociales a la producción han sido escasos; entre otras razones porque las ciencias sociales, a su vez estaban muy poco desarrolladas.

La sociedad, considerada en su totalidad, y la producción como una parte de ella, en los tiempos a que nos referimos, han sido ampliamente objeto de la religión (que ha tratado sobre su origen, su fin, sus reglas, sus jerarquías, castigos, premios, ¡todo!), de la literatura (teatro, poesía, leyendas, romanceros), de los grandes sistemas filosóficos (la naturaleza humana, la razón, la ética, el hombre como ser social), de la llamada sabiduría popular, sentido común o filosofía de los pobres.

Como vemos, pocos conocimientos derivados de una práctica y una reflexión científica. Poca recogida de datos, desde una criba previa del ángulo escogido para su separación de los demás aspectos, y sobre los mismos una imaginativa hipótesis, con las consiguientes correcciones críticas de los demás observadores, y de los nuevos aportes de la práctica.

Poco de esto constaba en las bibliotecas y archivos, y poco de ello llegaba al naciente movimiento obrero, y sí mucha religión, mucha moral, mucha literatura, mucha filosofía, todo ello producto e invención de los amos. La sabiduría popular, o es un subproducto de lo anterior, o procede de su propia práctica social, es decir, el mando visto desde el sometimiento y la ignorancia, que a lo que más enseña es a adaptarse lo mejor posible a las condiciones reales existentes.

Las primeras consideraciones escritas sobre la producción y el trabajo, y su papel en el conjunto de la sociedad, que no fuesen moralistas, religiosas, literarias o filosóficas, aparecen en Francia. A partir de considerar que el trabajo productivo era el de la agricultura, principalmente, y todo lo demás, trabajos improductivos, se coloca en el escenario público, por primera vez la necesidad de disponer de un concepto manejable de lo que sea el trabajo, la producción y su

función en la sociedad. Producir riqueza nueva en una sociedad no lo hace más que la agricultura, los demás trabajos no crean bienes nuevos, no hacen más que modificar la riqueza ya existente. Así lo entienden.

Porque ¿qué es la riqueza?, pregunta un profesor escocés que formó escuela. En qué consiste el hecho de que haya naciones ricas y naciones pobres. Cómo se crea y en qué consiste la riqueza de las naciones. Se trata de un profesor acostumbrado a trabajar con ideas abstractas, con conceptos y entra de lleno en este terrero en barbecho con sus intenciones de trabajar como se trabaja en el terreno de las ciencias naturales, entonces en pleno desarrollo ya.

Unas décadas más tarde otro estudioso, inglés éste, prosigue el camino de su paisano británico con la intención ya manifiesta de utilizar en su investigación el camino, el método que se sigue en las ciencias naturales. Se da la particularidad de que él es un gran conocedor de las ciencias naturales (geología, química...) y por tanto, habituado al método científico, es decir, a la manera de producir los conocimientos en las ciencias naturales. Ahora se propone aplicar este método a las ciencias sociales.

Estos dos pensadores, como cabezas más sobresalientes de todo un grupo de estudiosos formaron lo que se conoce como la escuela clásica de economía en Inglaterra.

Unos años más tarde un grupo de estudiosos (filósofos) alemanes, partidarios de la escuela filosófica que en este país partía de la convicción de que la realidad no es sino una copia imperfecta de la idea, y que el camino del progreso humano consiste en ir acercando esta realidad a su modelo ideal. Este grupo inició un giro en su pensamiento que desembocó en que la idea no era la perfección hacia la que había de correr la realidad, sino que, por el contrario, era la realidad el fundamento de la idea; las ideas son producto de la realidad en que han nacido, y no al revés.

Uno de los estudiantes de este grupo, partiendo de este punto, se separó de ellos y comenzó lo que para él era un camino desconocido. Había estudiado derecho y filosofía y en ambas materias había manejado la palabra realidad con mucha frecuencia,

pero lo cierto es que no conocía aquello que en sus estudios se llamaba realidad. ¿Cómo debería estudiarse la realidad? ¿Quién habría estudiado antes que él esa realidad que desconocía?

Este joven recorrió repetidamente Alemania, su país, Francia e Inglaterra. En los tres países estudió, se documentó, y, al mismo tiempo, participó en las actividades del todavía joven movimiento obrero europeo.

En Alemania aprendió filosofía, en Francia e Inglaterra estudió en profundidad las obras de los pensadores a los que hemos hecho referencia, y en los tres países tubo un excelente escuela de práctica y teoría política. Es decir, acabó encontrando el camino del conocimiento de lo que los filósofos llamaban la realidad; lo que andaba buscando.

**La ciencia y su alejamiento del mundo obrero**.-

La sociedad, tantas veces objeto de atención por parte de religiosos, moralistas, poetas, novelistas, dramaturgos, cancioneros populares, cuentos, moralejas populares y refraneros, se coloca por primera vez en el punto de mira de la ciencia, de lo que se llaman ciencias sociales. Dada su relativa juventud la penetración de sus conocimientos no es muy profunda, ni su herramientas propias (los conceptos) están muy acabados, ni los límites que separan unas de otras están muy claros. No obstante, como ocurre en las ciencias naturales, nos proporcionan una precisión en el conocimiento de determinados aspectos de su objeto, que ningún otro saber nacido de la sola experiencia nos podría suministrar.

De los distintos escenarios objeto de las ciencias sociales la producción es, para nosotros, uno de los más significativos.

Hay que señalar, sin embargo, que el lugar, el centro de su elaboración no está en los talleres y en las fábricas, junto a los

obreros. El tratamiento científico del trabajo como relación social entre individuos en la sociedad, se inicia, como ocurre también con las ciencias naturales, en los centros de estudio de los nobles y de los burgueses, en las bibliotecas en que éstos y la Iglesia atesoraban todos los conocimientos científicos de la época. Los trabajadores son objeto de estudio, ellos no son los estudiosos.

Los primeros acercamientos teóricos a las relaciones de trabajo se producen en los centros de estudio de los amos. Son ellos los que inician un tratamiento abstracto de estas relaciones, es decir, empiezan a abordar, su conocimiento con intención científica.

El entrecruzamiento entre estas fases iniciales de la nueva ciencia y los conocimientos prácticos adquiridos por el movimiento obrero en su brega contra los amos para mejorar sus condiciones de vida y trabajo, hace difícil diferenciar cuándo las asociaciones obreras hacen uso de estos nuevos y poco pulidos conocimientos, y cuándo utilizan sus viejas herramientas de lucha (justicia, libertad, revolución, es decir, ideales).

Los propios científicos (nobles, burgueses o clérigos), cuando participan directamente en la batalla, y no se limitan a su tarea propia, cuando se colocan frente al adversario para rebatir sus ideas – en los libros, en los periódicos, en el Parlamento, en los panfletos, en la calles, en los locales de las asociaciones, en las reuniones, en los mítines-, los propios productores de la ciencia, no siguen el discurso que exige el camino que conduce al conocimiento, sino las ideas y expresiones que conducen al convencimiento. Es decir, se salen del camino de la ciencia y combinan elementos científicos con otros que no tienen este carácter.

Esto hace particularmente laboriosa, complicada, la identificación de estos conceptos, de estas abstracciones por parte del movimiento obrero y sus asociaciones, y por tanto, su apropiación correspondiente, su sometimiento a reflexión y crítica, con el consiguiente enriquecimiento teórico, científico. Este servirá, cuando menos, para, a la vista de las nuevas adquisiciones teóricas, desechar por equivocadas ideas, conceptos que se venían utilizando anteriormente. Así ocurre también en el camino de la ciencia en general, la depuración y limpieza de las viejas herramientas teóricas,

más quizá que la adquisición de otras nuevas, ayuda a actuar con mayor eficacia sobre el objeto a que se aplique.

El ser mismo de la ciencia, su propia forma de crearse, existir, y profundizarse la aleja del obrero. La ciencia es reflexión serena, recogida paciente y selectiva de datos, sometimiento a crítica de la selección hecha y del propio criterio selectivo, comparación del proceso seguido con otro proceso llevado a cabo por un observador distinto, para ver si hay identidad o no del método y resultado, propuesta imaginativa de hipótesis, etc. El obrero, el trabajador real del periodo estudiado, el trabajador típico de fábricas o del campo, realiza una función en su trabajo y vive en unas condiciones que lo alejan de la práctica teórica, de la práctica científica. Practica en su trabajo las aplicaciones de las ciencias (naturales, sobre todo), pero no tiene una idea ni siquiera elemental del conocimiento científico y su papel en la sociedad.

La consecuencia de todo ello merece una doble consideración.

De una parte, el movimiento obrero no nace ni se desarrolla en un terreno adecuado para el cultivo de la ciencia.

De otra, esta ciencia, tanto de carácter más general, como la que tiene como objeto las relaciones sociales en el trabajo, viene ejercida, promocionada, y por tanto guiada en su aplicación, por los amos. Y aunque a los principios científicos se les puede tener por ”puros”, su nacimiento, cultivo y aplicación corren a cargo del sujeto que el movimiento obrero encuentra siempre en la acera de enfrente, de los amos.

**La aplicación de la ciencia a las relaciones de la producción. El concepto de “valor”.-**

El conocimiento científico, o incluso el mero intento de seguir el camino que lleva a su adquisición, provoca normalmente un movimiento de ajuste en el conjunto de los conocimientos anteriores.

Un día, un observador curioso y paciente comienza a recoger datos sobre las distintas especies de animales y a compararlas según su desarrollo en las distintas épocas y países. Cuando comienza a proponer nuevas hipótesis, en función de los datos recogidos y seleccionados, se le viene encima todo el poder de la Iglesia, poseedora y distribuidora del saber sobre el origen de las especies y particularmente de la humana; de tal modo que a uno de sus seguidores, por mantener estas ideas, como era un fraile, le mandan callar. Estaba en peligro toda una forma de ver la realidad, el mundo y su evolución.

La ciencia abría una brecha en la representación de la vida animal, incluida la humana, que hasta entonces se imponía y este derrumbe de antiguos saberes lo provoca un estudio de ciencias naturales (!).

Los primeros avances hechos con intención científica en las ciencias sociales provocan la misma inquietud en los saberes establecidos. Y decimos con intención científica porque la juventud de esta rama de las ciencias, la consiguiente falta de elaboración en muchos de sus conceptos, hacen que no se disponga de la ya larga experiencia de que disfrutan las ciencias naturales.

En el terreno concreto de la producción, donde se ventilan los problemas del trabajo en forma directa, una de las primeras, y en todo caso más importante abstracción que se introduce en el tratamiento teórico, es decir, mental, del conocimiento de estas relaciones de trabajo, es el concepto de valor.

El valor no es ningún objeto material concreto. El valor es un concepto, es decir, una herramienta intelectual que permite alcanzar un conocimiento de las relaciones de trabajo que la sola experiencia, por muy amplia y muy rica que sea, no permite adquirir.

Por ejemplo, en un proceso de trabajo individual, un ceramista termina un jarro y lo lleva al mercado. Todavía no existe la moneda

(luego veremos qué significa el dinero) y cambia el jarro por una herradura para su caballo. El necesita la herradura y el herrero que la hizo necesita el jarro para sus necesidades domésticas.

¿Qué dice de este hecho, de esta experiencia, el concepto de valor? ¿Qué es lo que nos ayuda a entender que con la simple experiencia quedaba oculto? Nos dice que el trabajo del ceramista, que ha quedado pegado, encerrado, materializado en su jarro es comparable al del herrero materializado en su herradura. Por eso se pueden intercambiar estos dos objetos, porque ambos encierran la misma cantidad de trabajo. Si el del herrero encerrase el doble de trabajo que el del ceramista, el cambio se haría entre dos jarros y una herradura. Y así todos los intercambios de mercancías que en el mundo se dan. Tanto trabajo encierra el objeto que te doy, tanto ha de encerrar el que me das. O bien, lo hacemos en proporción al que encierra cada mercancía.

Estos millones de intercambios que ocurren cada día en el mundo los facilita la existencia del dinero. Yo voy con dinero al mercado y no tengo necesidad de esperar a tener terminado el jarro que intercambiaré. O bien, he acabado el jarro, lo llevo al mercado y lo intercambio por dinero y lo guardo. Cuando necesite algún objeto iré al mercado y cambiaré mi dinero por el objeto que deseo.

El dinero es un instrumento de cambio, y lo es porque es también un valor, porque encierra también una cantidad de valor. El oro o la plata encierran el trabajo que ha costado extraerlos, trasladarlos, fundirlos en trozos con unas medidas concretas, y por lo tanto se sabe la cantidad de trabajo que encierran. Unas monedas encierran el doble, la mitad, la décima parte, de trabajo para facilitar su intercambio por cualquier mercancía (cualquier producto del trabajo humano que viene al mercado, de ahí viene su nombre).

El dinero, por tanto, no encierra ningún misterio. Es una mercancía más, que por su fácil conservación y fraccionamiento, presta una gran ventaja al intercambio de las demás mercancías.

Esto que llevamos dicho incorpora ya unas cuantas abstracciones, y sin embargo, en nuestra vida diaria las utilizamos como si se tratase de objeto reales, y no de representaciones de

objetos reales. ¿Cómo se puede cambiar el trabajo de un herrero por el trabajo de un ceramista? ¿Cómo se pueden comparar si son evidentemente distintos? Se podría comparar el trabajo de un ceramista con el trabajo de otro ceramista. Para poder utilizar los mecanismos del mercado, la práctica ha enseñado a lo largo de millones de experiencias la necesidad de las abstracciones; de los conceptos, manejados por productores y mercaderes, y han acabado ajustando los distintos trabajos entre sí, y por tanto, el valor de los distintos productos- mercancías entre sí. Se intercambian unos con otros haciendo abstracciones sucesivas de los trabajos concretos, e inventándose un trabajo general, que se transforma en cada caso en un trabajo más sencillo que el general o más complejo que el general, el doble de complejo o la mitad. Y con estas gradaciones, con estas proporciones se intercambian los millones de mercancías en mercados cada vez de más dimensiones y cada vez más interconectados.

Al comparar un trabajo concreto –el del ceramista- con otro trabajo concreto –el del herrero- hemos dejado de lado las características concretas de cada uno de ellos, y hemos abstraído una que es común a los dos: tratarse de un desgaste humano en energía y atención (la fuerza y la mente). En el trabajo que hay materializado en el oro o en la plata, podemos también hacer esta abstracción, y por eso podemos compararlo con todos los trabajos que hay en todas las mercancías. Como todos tienen una sustancia común, el desgaste de energía humana, podemos medir la cantidad de esa sustancia que se ha materializado en cada mercancía e intercambiarlos según la cantidad de ella que se contenga en ellas.

En realidad, la sustancia que estamos midiendo en cada mercancía es un objeto abstracto, es una representación mental de algo que no se da en la realidad, el trabajo en general. El trabajo no existe más que en formas concretas –ceramistas, herrero-, pero nosotros, en una operación intelectual, en la mente, lo convertimos en el trabajo, sin más características, particulares, en el trabajo general.

Esta operación intelectual la hacemos con frecuencia en la vida ordinaria. Cuando decimos que la mujer es más emotiva que el hombre, no estamos hablando de ninguna mujer en concreto, sino

de la mujer en general (que no existe), y nos entendemos muy bien; pues lo mismo hablamos y consideramos al trabajo.

Este trabajo considerado en general, es la sustancia del valor, es el valor. Las cosas tienen valor, valen, porque tienen trabajo incorporado. Y valen tanto cuanto trabajo tienen incorporado. El oro vale más que la plata porque hay que mover más toneladas de tierra para obtenerlo que para conseguir la plata.

Solo el trabajo produce valor, dijo en un libro famoso sobre la riqueza de las naciones el profesor escocés de que hablábamos en otro sitio. Una afirmación así, hecha por un estudioso perteneciente a las clases poderosas de uno de los países más poderosos del mundo, sorprende por su claridad, por su utilidad para un mejor conocimiento de las relaciones de trabajo, y muy particularmente sorprende por venir de quien viene.

Este importante concepto es recogido, depurado y enriquecido por estudiosos posteriores.

Se distingue entre valor y valor de uso. El valor de uso lo tendría todo objeto que sirva para satisfacer una necesidad humana, intervenga en ello o no el trabajo (valor de uso tendrá la comida y el aire que respiramos). Y el concepto valor, o valor de cambio, se utilizará solo para las mercancías, productos de trabajo humano que van al mercado (que se intercambian).

Se profundiza en el proceso de creación de valor. Acabamos de decir que sólo el trabajo produce valor, pero esto es así, con una condición: que se trate de un trabajo ejecutado en las condiciones corrientes, normales en el lugar y tiempo concreto de que hablemos. Se trata aquí de la productividad (como sabemos, es la cantidad de producto elaborado por cada unidad de tiempo de trabajo). Un trabajador medio, utilizando las herramientas y las formas de trabajo normales en una rama de la producción, en un país y en una fecha determinada, rendirá normalmente la misma cantidad de producto en una hora que otro trabajador en las mismas condiciones. Es decir, ambos obtendrán la productividad media, y por tanto, su trabajo crea valor, cada hora de trabajo, creará una hora de valor. Un trabajador inexperto o mal dotado de herramientas tardará el doble de tiempo

en obtener el mismo producto. En el mercado se lo comprarán (se lo convertirán en valor) como si hubiese sido elaborado con la productividad media, el resto de trabajo no se habrá convertido en valor, se habrá perdido.

El trabajo, por tanto, produce valor si se ejecuta con las condiciones y tecnología media (con la productividad media).

**Dos modelos de proceso de trabajo: por cuenta propia y por cuenta ajena.-**

Con lo que hemos visto hasta aquí podríamos construir un modelo ideal, que no existe en la realidad, pero que nos sirve de ayuda para mejor conocerla.

Se trataría de una sociedad compuesta de productores individuales, que se relacionan entre sí a través del mercado, a donde llevan sus respectivos productos para intercambiarlos. Los llamamos productores porque con su trabajo elaboran productos para llevarlos al mercado; pero observamos que cuando acuden al mercado ya no se comportan como trabajadores –productores, sino como propietarios de su mercancía. Como tal propietario de una mercancía se enfrenta a los demás propietarios de las demás mercancías.

Esto nos ayuda a distinguir dos escenarios. Uno es el escenario de la producción, donde el trabajador realiza su actividad, donde trabaja. Otro escenario es el mercado, donde el trabajador aparece como propietario de su mercancía para intercambiarla.

En este modelo que proponemos, tan simple, el mismo trabajador cambia de escenario, y pasa de la producción al mercado. En otros modelos más cercanos a la realidad actual, normalmente el propietario de la mercancía que acude al mercado no es el trabajador; éste, el trabajador se limita a trabajar y producir

mercancías, pero éstas no le pertenecen a él, sino a otra persona que es quien las lleva al mercado.

El primer modelo nos muestra lo que se conoce como trabajo por cuenta propia, y el segundo lo que llamamos trabajo por cuenta ajena.

Al darles estos nombres se está haciendo hincapié en el aspecto muy importante de la producción. En el trabajo por cuenta propia, el ceramista, el joyero, el campesino, el carpintero, dispone de los medios con que trabaja –el local o el terreno en que lo hace las distintas herramientas, las materias primas que utiliza, etc.-; a ellos aplica su trabajo, y una vez elaborada la mercancía ésta pasa a ser de su propiedad. Sin embargo en el trabajo por cuenta ajena, todos los medios de trabajo –locales, herramientas, materias primas- no son propiedad del trabajador, y la mercancía que resulta de su trabajo, tampoco. De manera que, el propietario de los medios de trabajo es también el propietario del producto elaborado por el trabajador, y por tanto es él el que acudirá al mercado como propietario de su mercancía.

El dueño de los medios de trabajo se convierte, también, en el director del proceso de trabajo. Si todos los elementos materiales, incluido el producto final le pertenecen, es lógico que sea él quien ordene y decida en el conjunto de toda la actividad.

El trabajador se convierte, así, en alguien ajeno a la propiedad de los medios de trabajo, a la organización y dirección de su propia actividad y a la propiedad del producto de su trabajo. Por todas esas características, se dice que trabaja por cuenta ajena, por cuenta de otro.

A quien pone todas las condiciones materiales que hacen posible el trabajo, dirige el desarrollo del mismo y se apropia de su resultado, se le llama empresario. El trabajador presta su trabajo por cuenta ajena, por cuenta de un empresario.

**El proceso de trabajo por cuenta propia.-**

Estos dos modelos expuestos de una forma tan somera, tan superficial, están en el fondo de lo que en la realidad actual llamamos economía de mercado.

Cabe profundizar un poco más en el primer modelo señalado.

Los trabajadores por cuenta propia desarrollan su actividad en su proceso de trabajo individual. Las condiciones materiales de su trabajo –que, recordemos, son de su propiedad- han de adaptarse a esta característica fundamental. También en la extensión del terreno – en el caso del labrador- o del local, como en las modalidades de las herramientas o en las cantidades manejadas en materia prima, hay que prestar atención a esta limitación: se trata de un solo trabajador. Esto acarrea necesariamente una limitación severa en la productividad de su trabajo. Con la limitación en la extensión del terreno, del local y en las herramientas o máquinas utilizadas, al tener que adaptarse a las capacidades de un solo trabajador, no se puede pretender una cantidad de producto por hora de trabajo que supere estas condiciones limitadas. Es inútil, en este caso, compararse, como veremos más adelante, con la llamada productividad a escala (un solo proceso de trabajo, pero combinando gran cantidad de trabajadores y utilizando más máquinas y más complejas; la productividad es mucho mayor).

Esta característica del trabajo por cuenta propia, presente en el caso de los campesinos y artesanos europeos del período que consideramos, ha desempeñado un papel fundamental en procesos históricos tan importantes en nuestro pasado reciente como ha sido la experiencia comunista en la desaparecida Unión Soviética. Esta baja productividad del campesino individual aparecía ante Lenin, y sobre todo ante Stalin, como el gran obstáculo a superar mediante la agrupación en grandes explotaciones agrícolas colectivas. Más adelante veremos con algún detalle este proceso que tan mal acabó.

Este modelo sencillo de producción individual por cuenta propia, es también de utilidad para hacer algunas consideraciones sobre el valor y su comportamiento en el seno de este modelo.

Habíamos empezado a introducirnos en el concepto valor a través del ejemplo del ceramista y el herrero. Habíamos supuesto, en el caso del primero, que el valor del jarro consistía en la cantidad de trabajo que el ceramista había encerrado, había materializado en él (arrancar y transportar la arcilla, seleccionarla, acarrear y almacenar el agua necesaria, hacer el barro, trabajarlo en el torno, introducirlo en el horno o transportarlo al secadero, etc.), a esta suma de horas de trabajo habría que añadir las horas que le costó hacer el torno, y si no lo hizo él, las horas de su trabajo que debió entregar en forma de mercancías propias para que se las intercambiaran por el torno. Claro que estas horas de trabajo que costó el torno hay que repartirlas entre todas las mercancías que se producirán con él, lo mismo que ocurre en todas las herramientas. Esta operación, una vez practicada millones de veces en la realidad diaria, no ofrece especial dificultad, apareciendo en la contabilidad de las empresas con el nombre de amortización.

O sea, el valor contenido en las condiciones materiales del trabajo –locales, terrenos, herramientas, máquinas, materias primas- van pasando al producto a medida y en la proporción que participan en su elaboración. De forma que trasladan al producto las horas de trabajo que encierran, es decir, su valor. Ni una hora más, ni una hora menos, su valor. De esta manera la mercancía, una vez terminada, encierra las horas de trabajo que, en proporción, le han trasladado los medios de trabajo, más las horas de trabajo directo del propio ceramista. Horas de trabajo muerto las primeras, horas de trabajo vivo, las segundas. Así las denominan los estudiosos.

Observaremos que las condiciones materiales del trabajo, a medida que van trasladando su valor a las mercancías en cuya elaboración participan, lo van perdiendo hasta llegar a no tener valor ninguno. Esto normalmente coincide con su total desgaste funcional y su reposición.

Este característico comportamiento del valor en las condiciones materiales del trabajo, cobra una importancia especial

en la prestación del trabajo por cuenta ajena. Y sobre todo, en su teorización, en la reconstrucción mental del proceso real al que nos referimos.

Este modelo de productores individuales y sus intercambios mercantiles, nos permite también desvelar, parcialmente, el misterio que rodea al dinero ("el dinero lo puede todo", "el dinero mueve al mundo"). El dinero hemos visto que en principio es una mercancía más (antes que los metales preciosos había sido utilizado el trigo, el ganado, la sal). El oro y la plata, como todas las mercancías tienen un valor de uso para cubrir determinadas necesidades –dientes postizos, joyas- y un valor de cambio (unas horas de trabajo intercambiables). Para facilitar esta función (la de servir de cambio por todas las demás) estas mercancías tienen la ventaja de su durabilidad, fácil transporte, se las puede fraccionar (dividir en partes más pequeñas para adaptarse al valor de la mercancía comprada o vendida). Esto las hace adecuadas en nuestras sociedades para funcionar como dinero, es decir, como la mercancía en la que todas las demás se miden (tal mercancía tiene tantas horas de trabajo –valor- como un gramo de oro – que tiene esta moneda-).

Si tenemos monedas (trozos) de oro o plata, tenemos almacenadas horas de trabajo, que podemos intercambiar por mercancías que tengan las mismas horas de trabajo, y además eso lo haremos cuando queramos; mientras, las guardamos, las atesoramos. Quien tiene muchas monedas guardadas, puede, cuando quiera, tener las más variadas mercancías. Por lo tanto, el ansia de dinero se explica por ese deseo de tener cubiertas las necesidades presentes y futuras, cosa que no parece encerrar demasiado misterio.

El dinero, que siempre es un medio para facilitar el intercambio de las mercancías, puede tener un soporte físico distinto del metal, el papel, por ejemplo. La cuestión consiste en que el papel pasa a ser, no un valor en sí, sino una representación de valor. Es suficiente que el Estado –y en su nombre el Banco Oficial– certifique que ese papel representa tal cantidad de oro (valor), para que nos sirva como si efectivamente se tratase de ese metal. Igualmente se puede guardar o intercambiar por otra mercancía. Con lo cual, el

sentido mágico que tenía el dinero-oro, pasa a ocuparlo el dinero-pape

Por último, este modelo nos permite empezar a entender un serio problema que se planteó a los comunistas en la Unión Soviética.

Lenin y su Gobierno, y Stalin y el suyo, se plantearon que para aumentar la productividad de los campesinos –procesos de trabajo individuales-, se hacía necesario agrupar sus parcelas y por lo tanto sus trabajos, para así poder utilizar medios y herramientas de trabajo más potentes –tractores y cosechadoras en lugar de arados y hoces-. Se utilizarían abonos químicos en lugar de abono animal. Se trataba, pues de aumentar la productividad mediante la utilización de gran maquinaria y organizar la producción agrícola con arreglo a un plan previamente estudiado y acordado. Este plan a su vez, venía incluido en otro mayor que comprendía la industria, la minería, la pesca y por fin, también el consumo.

Pretender que toda la producción, el intercambio, y el consumo del país se ordenara de acuerdo a un plan previamente elaborado, significaba un cambio brutal.

En la teoría, en la representación mental, se expresaba de la manera siguiente. En el mercado expresan las mercancías su valor, enfrentándose unas con las otras. Para que pueda existir el mercado es necesario que existan productores independientes los unos de los otros, que elaborando las mercancías en sus procesos de trabajo, independientes estos también los unos de los otros, las intercambien entre sí. El valor, lo que entendemos por valor, es por tanto, una forma de organizar el reparto del trabajo y sus productos en una sociedad. La existencia de productores independientes que se relacionan en el mercado es la base necesaria de este tipo de organización.

Otra forma de organizar en una sociedad, el reparto del trabajo, y sus frutos, es la planificación. La distribución de los medios de trabajo, de los trabajadores y del fruto de su trabajo, se hace en este caso de una forma estudiada, discutida, acordada y global. Se

calcula cada año (cada cinco años –planes quinquenales en la URSS), lo que se ha de producir, cómo se va a producir, quién lo producirá y cómo se distribuirá el producto.

Organizar la producción en una sociedad, de forma previa, significa evaluar las necesidades de esa sociedad y adecuar a ellas la producción, es decir, aislar, estudiar y evaluar cada una de las operaciones que integran la producción (adquisición, reparto y control de maquinaria, materias primas, organización técnica del trabajo),coordinar todo el conjunto y armonizarlo con el conjunto de necesidades individuales y sociales a las que han de dar solución (que también han de ser aisladas para su estudio, así como evaluadas y coordinadas). Todo ello requiere un nivel de conocimientos técnicos, un grado de madurez cultural y sobre todo, un grado de penetración y dominio social por parte de los trabajadores y sus organizaciones, que en la Europa de la época analizada, y menos en la Rusia de entonces, no existía en el grado que se hubiera necesitado.

Sabemos, sin embargo, que el comunismo apunta hacia algo muy parecido a lo que acabamos de indicar.

El mercado se apoya en unas bases para poder existir, y funciona mientras éstas existan. La planificación, igualmente, exige unas condiciones técnicas y sociales que en el período estudiado no existían.

Para hacernos una idea de los problemas que representa una planificación de la producción, la distribución y el consumo a la escala de una sociedad, no tenemos más que trasladarlos al marco de una sociedad más pequeña, la familia (una familia campesina).

Una familia campesina no tienen problemas especiales para planificar la producción del año próximo. Prepara la tierra, almacena la simiente necesaria, cuida y repara los aperos y los animales o la maquinaria que se utilizará, distribuye previamente las tareas entre los miembros de la familia.

Para la distribución y el consumo entre sus miembros, la familia tampoco tendría dificultades especiales en su ordenación previa, en su planificación.

Y si la familia fuese más grande, mucho más grande ¿podría planificar su reproducción, esto es, su producción, distribución y consumo?

La familia que conocemos en la actualidad (la familia campesina del ejemplo) se reproduce según las pautas indicadas. Planifica su reproducción distribuyendo las tareas de producción entre sus miembros (de cada uno según sus capacidades), y reparte el producto obtenido entre los mismos (a cada uno según sus necesidades). El Manifiesto Comunista señalaba con estas palabras precisas el futuro que intentaba construir. Solo que aquí hablamos de la organización interna en el seno de la familia, y esas palabras del Manifiesto se refieren a la sociedad entera, o sea, a un conjunto de familias o unidades económicas. Por grande que sea la distancia entre la unidad económica (producción, distribución, consumo) pequeñita, la familia y la unidad económica grande (un país), o muy grande (toda la humanidad), los mimbres con los que se construye el cesto de su planificación son los mismos: capacidad técnica y control social.

Estas ideas nos irán introduciendo en el fondo de lo que se ventila cuando se habla de planificación y de comunismo. Hay que sentar primero unas ideas, unos conceptos sin los que el comunismo no es más que un sentimiento, y no, al mismo tiempo, un conocimiento.

**El proceso de trabajo por cuenta ajena**.-

Nos introduciremos ahora en la forma de trabajar que se conoce como “por cuenta ajena”.

Ya conocemos lo que es una mercancía (producto del trabajo que se dedica al intercambio), y cómo se comporta el valor en la elaboración de la misma. Recordaremos que a las horas de trabajo directamente aplicadas a la misma se le suman las que van cediendo las herramientas, máquinas y demás medios de trabajo. Esa suma de horas será su valor de mercado.

Haremos un breve aparte sobre los precios (decía un poeta famoso que “es de necio confundir valor y precio”). El precio lo señala la oferta y la demanda. Si hay muchos vendedores de tomates en el mercado y pocos compradores, los tomates bajaran de precio, y mientras se dé la misma proporción entre oferta y demanda, seguirán los precios bajos. Si esta situación se mantiene, habrá productores que dejaran de producir tomates, acudirán menos tomates al mercado, y subirán los precios. Si siguen altos los precios, se producirán más tomates... y así. Este juego de oferta y demanda, que no es otra cosa que el mercado mismo (el mercado no es más que el escenario donde juegan oferta y demanda, comprador y vendedor) lo que hace es ajustar los precios a los valores. Es decir, los precios andan siempre alrededor del valor. El precio que se paga por una mercancía se ha de acercar a las horas de trabajo que en ella se han materializado; pueden subir o bajar, pero siempre alrededor de su valor.

El valor, por tanto, es un concepto, es una medida ideal del trabajo. La medida real la van dando los distintos precios sucesivos en el mercado. Los precios no explican más que una relación monetaria (siempre cambiante) entre la oferta y la demanda. El concepto valor, profundiza más, y nos explica por qué los precios no suelen separarse de una media, y esa media es el valor, la cantidad de horas, que en promedio se han dedicado a la elaboración de esa mercancía. Por mucha demanda de tomates que haya, sus precios no se acercarán a los de un coche, por ejemplo, porque las horas de trabajo entre uno y otro producto (su valor) es evidentemente distinto. El concepto valor nos ha ayudado a conocer mejor una realidad: los precios.

Es importante ir distinguiendo entre los hechos concretos, reales, y los conceptos. Los precios y los trabajos concretos, que

vemos directamente en la realidad, por un lado, y el concepto valor, que se elabora en el mente, aunque partiendo, naturalmente, de las informaciones que proporcionan a la mente los mismos hechos, por otro.

Las cosas concretas no entran tal como son en la cabeza. Para entrar en nuestra cabeza las cosas reales se convierten en una imagen (mental). Nosotros no tenemos en nuestra cabeza cosas reales, sino la idea que nos fabricamos de las cosas reales. Que no es lo mismo.

Cuando la ciencia nos abre un resquicio entre las realidades (las apariencias), solemos decir: “!quien lo iba a decir, con lo claro que parecía!” (por ejemplo que las cosas pesadas se hundían en el agua, y resulta que los grandes barcos son de hierro y sin embargo flotan, o que el sol era el que giraba alrededor de la tierra –¡así lo parecía!-)

En la materia que ahora contemplamos, el trabajo por cuenta ajena, se nos ofrece también una realidad concreta, con su apariencia, es decir, el conocimiento que nos proporcionan directamente los sentidos. Este conocimiento directo o apariencia, es siempre muy incompleto. Debajo de esa apariencia se esconden unas relaciones que hay que desvelar, y que nos proporcionaran un conocimiento más profundo, lo que a su vez permitirá una actuación más eficaz sobre la realidad. Esta es, en definitiva, la finalidad del conocimiento científico.

En el proceso de trabajo por cuenta ajena, los fenómenos físicos y químicos que se desarrollan durante el mismo son exactamente iguales que los del trabajo por cuenta propia: se elaboran mercancías. Y en el proceso de creación de valor también encontramos los mismos fenómenos: el trabajador con su actividad va incorporando horas de valor al producto, y a este valor se suma el que van cediendo las herramientas y, en general, todos los medios de trabajo a medida que a su vez se van desgastando.

Ahora podemos apreciar con más detalle que, mientras las máquinas, herramientas, y otros medios ceden su valor al producto muy lentamente (a lo largo de toda su vida activa), lo que llamamos

materias primas ceden su valor de una vez (la harina del pan, la arcilla en el ladrillo).

Veamos ahora de más cerca el proceso de creación de valor en el trabajo por cuenta ajena.

El empresario comienza adquiriendo los elementos necesarios para iniciar su proceso de producción. Todos se encuentran en el mercado en forma de mercancías, tanto los medios materiales como los personales, los trabajadores. Estos, una vez contratados, comienzan a trabajar. Cada una de las horas de actividad se transforma en valor, que se incorpora a la mercancía que elaboran.

Los medios de trabajo van cediendo su valor en forma proporcional a su uso, en la manera que hemos visto, y comienzan a aparecer las mercancías. Irán al mercado y sus precios girarán alrededor de su valor. El empresario con los importes de su venta las irá reponiendo con la cadencia que hemos visto.

El empresario ha comprado las mercancías en el mercado y con ellas ha elaborado otras que igualmente lleva al mercado.

Todas ellas las ha comprado y vendido por su valor, por lo tanto, ¿dónde está el negocio? Porque la experiencia nos dice que quien se hace rico es el empresario, no el trabajador.

Todas las mercancías, excepto una, ceden al producto su valor , no más de su valor. Con ellas el empresario no obtiene ninguna diferencia de valor. Con lo que obtiene de ellas compra otras para su reposición. En el valor final de un edificio, los hierros aparecen con el mismo valor que entraron, los ladrillos y los demás componentes también. Su valor lo pasan al producto, pero con la misma magnitud.

Hay una mercancía especial, el trabajo. En realidad lo que el empresario adquiere en el mercado no es el trabajo, puesto que el trabajo no se ha desarrollado todavía cuando lo adquiere. Lo que compra es la capacidad de trabajo que el obrero encierra en su

persona, y que, una vez adquirida por el empresario, desplegará en su taller.

La persona material del trabajador, sus músculos, su cerebro, sus nervios, etc. es el soporte físico de esa capacidad de trabajar. Hay que reproducir ese soporte físico para seguir extrayendo de él su actividad. El coste de esa reproducción será el coste de la obtención de su trabajo. El trabajo, adquirido como mercancía a través de un contrato, cuesta, como todas las mercancías, lo que cuesta producirlas, es decir, el número de horas de trabajo que se invirtieron en su creación.

¿Cuánto cuesta producir un obrero? Hay que sumar las horas de trabajo que encierran las mercancías que consume para reproducirse (alimento, ropa, vivienda, etc.). El valor de su reproducción es el valor de su fuerza de trabajo.

El valor de la fuerza de trabajo es su coste de producción, como cualquier otra mercancía. Como la simiente que adquiere el campesino, como un animal de tiro para su arado, valen las horas que costó producirlas.

La experiencia, otra vez, nos dice cómo ocurre esto en la realidad. El coste de la fuerza de trabajo de un país se calcula sumando los salarios que han cobrado el año pasado el conjunto de todos los trabajadores. Es su gasto de reproducción.

En la era esclavista el cálculo era más fácil, no interfería el mercado. El esclavo entregaba todo lo que producía, y no recibía más que lo necesario para reproducirse materialmente (incluyendo naturalmente el consumo de su hijo que lo sustituirá cuando él muera).

Al trabajador se le paga en el mercado por su trabajo, como se paga cualquier otra mercancía, por lo que costó su producción. Y ahí se acaba el juego del mercado. El empresario que ha regresado del mercado con todas las mercancías que ha adquirido. Con ellas se encierra en su taller.

Todos los medios materiales de trabajo se comportan, respecto a su valor, como ya hemos visto, trasladando éste a la mercancía.

La mercancía capacidad de trabajo tiene, por su parte, un comportamiento distinto. Su uso, el trabajo vivo, se traduce en valor. Cada hora de trabajo crea valor, añade valor nuevo a la mercancía. Según va elaborando mercancías el trabajador va creando valor. Hasta que llega un momento en que crea tanto valor como su propio coste. El trabajador, después de crear valor suficiente para cubrir su coste, sigue trabajando, sigue creando valor, y este valor suplementario le resulta gratis al empresario, puesto que nada le costó.

Nuevamente podemos observar que el esclavo y el siervo les ocurría igual. Con su trabajo producían más trigo, más ganado, más producto del que consumían, y que se apropiaba el señor (fuese el rey, el noble o la Iglesia).

**Una primera aproximación al concepto de "capital".-**

En la sociedad europea se dan actualmente, al mismo tiempo, procesos de trabajo por cuenta propia, y procesos de trabajo por cuenta ajena. Estos últimos, sin duda, son los dominantes, son los que dan el carácter que hoy tiene la economía europea, y, junto con ella, la economía mundial.

En un proceso de trabajo por cuenta propia los medios de trabajo no tienen un nombre especial, ni considerados uno a uno, ni considerados en su conjunto. En el proceso de producción por cuenta ajena no es así. Tanto en conjunto como separadamente se les conoce con el nombre de capital. El capital, es por lo tanto, los medios de producción en los procesos de trabajo por cuenta ajena. O lo que es lo mismo, los medios de trabajo dedicados a que el

trabajador rinda, mediante su trabajo, al empresario más valor del que a él le costó.

Como los medios de trabajo los adquiere y los repone el empresario adquiriéndolos con dinero, al dinero empleado en estos fines se les llama también capital, porque en realidad se trata de la misma cosa.

De esta manera, simplificando mucho, la gente dice que el dinero da dinero. Al fin y al cabo el empresario empieza invirtiendo una cantidad de dinero y acaba recuperándola aumentada.

La experiencia hace que la gente no se espante con esa operación, puesto que están hartos de ver cómo el Banco te da un dinero y luego tú lo tienes que devolver aumentado, el capital (que lo llaman) y el interés.

Otra vez las apariencias y lo que éstas esconden debajo.

El dinero prestado a interés ha existido desde hace muchos siglos, pero tenía otra significación. Se pedía dinero para el consumo (un vestido, una joya, una casa, un apuro) y, por la comodidad o necesidad de disponer de él en el acto, se pagaba una cantidad. Así funcionaba y así funciona también actualmente. Te dan dinero, tu lo consumes y pasado el tiempo lo devuelves junto con el interés (las letras del coche, la hipoteca del piso).

El dinero de los Bancos, los miles de millones de los Bancos no provienen de ahí. El dinero de los Bancos, el embalse de billones de los Bancos proviene de su participación en las operaciones de los empresarios. Los empresarios toman el dinero de los Bancos, lo utilizan en la forma que hemos visto, y comparten con ellos el incremento de valor que obtienen en la producción.

Es en la producción, solo en la producción, donde se crea valor, ya lo dijo el viejo profesor escocés: solo el trabajo produce valor. No lo dijo un obrero comunista, sino el cabeza de fila de la escuela clásica económica inglesa. El dinero produce más dinero sólo si se transforma en medio de trabajo y con ello emplea trabajo vivo. Este trabajo vivo es la fuente del nuevo valor. El valor de los

medios de trabajo ya hemos visto que lo que hace es re-aparecer, revivir en el nuevo producto, pero ese valor, su valor, ya existía. El valor nuevo proviene del trabajo vivo. Y ese incremento de valor, se lo reparten, como es natural, quien facilitó el dinero y quien lo introdujo y utilizó en la producción (el Banco y el empresario). Ningún misterio. El dinero no produce dinero. La operación que el Banco hace prestándote el dinero para que te compres un traje, un coche, un piso, no crea ningún valor, no hay ningún valor nuevo. Un valor que tú tenias lo pasas al Banco en forma de dinero, a cambio del servicio que te prestó aquel. Los usureros se hacían, y se hacen, ricos prestando dinero a interés, pero ni ellos ni sus clientes producen ningún valor, transfieren un valor ya existente y reciben otro, mayor, también existente. El capital, sin embargo, sí crea valor. Ya hemos visto cómo.

El valor es el otro nombre que damos al trabajo, y el capital lo que hace es poner los medios materiales para que el trabajador cree valor con su trabajo, más valor que lo que él cuesta.

Esta es la razón de que al dinero que hay en los Bancos se le llama capital. Igualmente al dinero que se mueve en la Bolsa. Precisamente a la Bolsa se la conoce como el mercado de capitales. En ella se compran y venden los títulos de las empresas que invierten en la producción. Muchas empresas, las más grandes, dividen su propiedad en pequeñas partes, y a cada una de estas partes las llaman acciones, y estas acciones las venden en Bolsa. Quien las compra adquiere una parte del capital de la empresa. Por eso se llama mercado de capitales. Y el precio que en el mercado diario adquieren esas acciones se le conoce como su cotización.

Los Bancos, a su vez participan como compradores y vendedores en Bolsa, y ellos mismos, a su vez, dividen su capital en acciones que también se negocian en ella.

Los grandes Bancos, en la grandes Bolsas, son los que protagonizan el mercado de capitales, el mercado del dinero, repartiéndose el plus valor. El valor nuevo creado por los trabajadores y que excede de su valor de coste. Llevarse la mejor parte de este plus valor es lo que guía el movimiento de capitales en las grandes Bolsas del mercado. Dado que funcionan como

mercado, en las Bolsas no se crea ningún valor, solo se reparte el ya existente.

Si nos fijamos bien, el capital cuando sale de la producción en forma de mercancía, va al mercado y allí se convierte en dinero. De este dinero, una parte va al empresario y otra al trabajador. La parte que recibe el trabajador, normalmente se la gasta en mercancías para su consumo. Mientras que el empresario, dedica una parte, como el trabajador, a su propio consumo, y otra la vuelve a invertir en la empresa. La parte que destina el empresario a su consumo se conoce como renta y por tanto deja de ser capital, y la parte que reinvierte se convierte nuevamente en capital.

Se trata, como vemos, de la rotación del capital. Primero existe como dinero. En esa forma de dinero acude al mercado donde se transforma en mercancía (al comprar las medios de trabajo y la fuerza de trabajo). El mercado es la zona de circulación del capital, en cuyo recorrido éste no aumenta su valor. En forma de mercancías entra en la fase de producción (aquí es donde aumenta su valor), y sale de la misma en forma de producto, para encaminarse nuevamente al mercado, a la circulación, donde vuelve a tomar la forma de dinero.

Hay que retener, por tanto, que el capital recorre un ciclo, compuesto de una fase de circulación y otra de producción. En la de producción es donde brota la nueva riqueza que no existía, el nuevo valor (el capital entra con una medida y sale con ésta aumentada), y en la de circulación es donde se recoge y reparte esta ganancia.

Es importante volver, una y otra vez, a esta consideración, porque, con el sistema capitalista (el sistema del capital) ocurre como con el Sol y la Tierra. La Tierra es la que gira alrededor del Sol, el Sol es el centro, la Tierra la que gira y sigue sus movimientos, recibe su calor, etc. El Sol es la producción (las Empresas), la Tierra es la circulación (los Bancos, la Bolsa, etc.).

La producción es la que protagoniza todo el sistema económico, y esta realidad normalmente aparece enmascarada. En el trabajo, en el lugar de trabajo de las empresas es donde se elaboran todos los bienes materiales producto del trabajo, y donde

se crea todo el valor que existe en la sociedad. Sin embargo, como estos productos y su valor se convierten en dinero para poder circular, es éste, el dinero el que brilla como si tuviese un poder mágico, y no hay nada de mágico, se trata de trabajo vestido de dinero, y además, trabajo ajeno. Y las arcas en que se atesora (los Bancos) aparecen con el esplendor y el poderío de los templos de la antigüedad.

La diferencia más significativa entre un proceso de trabajo por cuenta propia y otro por cuenta ajena consiste en que en el primero el protagonista de todo el proceso es el trabajador, y en el segundo no es así.

Hemos de considerar con más detalle en qué consiste ese protagonismo.

Un carpintero, un campesino, un pastelero, etc., comienzan su proceso de producción disponiendo de un espacio material (un terreno, un local). El propio trabajador es quien dispone de ese espacio que servirá de soporte físico a su actividad. Disponer significa que es él quien decide el destino que se le dará, el cambio de destino (si así conviene), el comienzo de la actividad o su cese. El propio trabajador es quien decide las herramientas que adquirirá, los instrumentos auxiliares, y en general la instalación material, así como las materias primas necesarias. El organizará las distintas tareas, su cadencia, la duración de la jornada, el horario, descansos, vacaciones, etc., y él decidirá, y es lo más importante, el destino de su producto, el destino del valor de su producto; si lo dedica todo a la venta, o una parte es para su propio consumo. Decide la parte dedicada a la amortización de la instalación (reposición de los elementos que se desgastan por su uso), y gastos generales (seguridad social, seguros, impuestos) y de lo que le queda limpio, él mismo decide si lo destina todo a consumo propio, o ahorra una parte como reserva, o para consumo futuro, o bien, si decide destinar una parte a mejora y modernización de la instalación. Y decide, por último, cuándo y cómo, dejará el negocio, vendiéndolo, cerrándolo o dejándoselo a su hijo.

Todo eso sería protagonizar un proceso de trabajo y ello exige desempeñar al mismo tiempo dos papeles: el de propietario de los medios de trabajo y el de director del proceso de trabajo.

Este doble protagonismo aparece con especial claridad cuando el proceso de trabajo por cuenta propia es individual, es decir, lo realiza un solo trabajador.

En el caso de que sea una familia la titular propietaria y la que, al mismo tiempo, desempeña el trabajo, estaríamos también ante un proceso de trabajo por cuenta propia, dada la identidad entre propiedad de los medios de trabajo y prestación del trabajo. Fijémonos bien en esto: el hecho de que la propiedad sea colectiva y el trabajo se preste también colectivamente no impide que se trate de un proceso de trabajo por cuenta propia. Recordemos que lo que nos dice que un proceso de trabajo es por cuenta propia es el hecho de que coincida el control, la propiedad, de los medios de trabajo (las personas propietarias), y las personas que prestan el trabajo.

Cómo se organiza, cómo funciona la propiedad colectiva de los medios de trabajo (si decide las cuestiones un miembro de la familia en nombre de todos, o todos en común); y cómo se organiza el trabajo colectivo, es una cuestión que veremos en detalle más adelante. Lo esencial es que coincidan propiedad y trabajo.

Por el contrario, y de forma paralela, lo esencial en el trabajo por cuenta ajena, es la separación entre el control sobre los medios de trabajo (la propiedad) y la prestación directa del trabajo mismo.

En este estudio sobre el socialismo y el comunismo en comparación con el capitalismo es importantísimo destacar lo esencial entre estas dos formas de trabajar, por tratarse precisamente del concepto que sirve de guía en el proceso histórico largo y complicado en que van construyéndose y tomando forma los fenómenos sociales a los que llamamos capitalismo, socialismo y comunismo.

Se trata, en todo caso, de fenómenos históricos (reales), y al mismo tiempo de la imagen de los mismos, es decir, la impresión que dejan en nuestra mente. Una cosa es lo que ocurre en la

realidad, y otra lo que significa para los distintos sujetos o grupos que participan en los hechos o tienen noticia de ellos. La expropiación de los grandes propietarios rusos que llevó a cabo el gobierno de Lenin, tienen una significación real, y al mismo tiempo un reflejo en el imaginario de las organizaciones obreras, distinta de la que produce en los sectores de los grandes propietarios europeos. Son representaciones distintas de un mismo fenómeno histórico.

Hechos menos relevantes, pero más cercanos en el tiempo y en el espacio al movimiento obrero europeo y al correspondiente club de empresarios, a lo largo de siglo y medio, van creando una realidad cambiante y una representación de la misma (cambiante también). La forma de producir, la forma de trabajar, va evolucionando mucho en siglo y medio. Tanto los obreros y sus organizaciones como los empresarios y las suyas, también han cambiado mucho. Por lo tanto, pretender que estas realidades y su representaciones pueden quedar encerradas, durante tantos años, en unos conceptos, en unas “pastillas mentales” (en unos comprimidos) que siempre han significado lo mismo, sería simplificar mucho las cosas.

Tanto el capitalismo, el socialismo y el comunismo, como sus representaciones en el imaginario obrero y en el patronal, han ido cambiando a lo largo del periodo que consideramos. De forma tal que, cuando utilizamos uno de estos términos en la actualidad, no sabemos bien si lo debemos entender en su versión primitiva o en una de las formas que fue tomando a lo largo de su existencia. Cuando, por ejemplo, leemos lo que dijo un representante obrero socialista de Andalucía en 1.915, o lo que defendía Lenin en 1.921,o lo que hacía Stalin en 1.947, tenemos la impresión de que se trata de un proceso cambiante, tanto de los fenómenos históricos que vivían, cómo de las representaciones mentales que de los mismos tenían en esos momentos.

En los comienzos del periodo considerado, el capitalismo no era un sistema que dominase la economía mundial. Su desarrollo, por lo tanto, era incipiente, y su estudio y conocimiento poco acabado.

El capitalismo como ordenación de la producción en base a la relación capital-trabajo tiene unas bases o fundamentos sin los cuales no podría existir. Lo hemos visto anteriormente. Se precisa una cierta acumulación de medios de trabajo, o de dinero para obtenerlos, de una parte. Y de otra, un tipo de trabajador que no disponga de medios de trabajo para el desarrollo de su propio trabajo, ni medios de vida para mantenerse.

Si nos fijamos bien, estos dos componente están al mismo tiempo, en su origen y en su resultado. El capitalismo para existir necesita separar al trabajador de los medios de trabajo, los necesita separados, pero en su funcionamiento también reproduce esta separación: produce por un lado más capital, y por otro más obreros.

En la fase madura del capitalismo esta separación, que se inicia con la manufactura, se consuma. Las condiciones materiales del trabajo que, cuando es por cuenta propia, son sometidas, dominadas, controladas por el trabajador, pasan a someter y dominar el trabajador, personificándose con toda su potencia en la persona del empresario.

**La ganancia del empresario. Composición del capital y sus efectos.-**

La ganancia del empresario es parte de lo que el trabajador entrega a cambio de su salario. La diferencia entre lo que el trabajador entrega con su trabajo (el valor nuevo que crea) y lo que recibe como salario, no se la queda entera el empresario, puesto que tiene que restarle lo que ha de entregar al Estado (impuestos, Seguridad Social), al Banco, en su caso, etc.

Por eso se distingue entre plusvalía (todo lo que se le saca al trabajador, vaya a donde vaya), y ganancia (lo que se queda realmente el empresario).

El capital se invierte, parte en medios de trabajo y parte en salarios. Con lo invertido en medios de trabajo, el empresario no gana nada (ya vimos que lo que hacen es reaparecer en el producto, pero con el mismo valor). Esto es así, pero también es cierto que es una condición necesaria para poder sacar la ganancia de la parte invertida en salarios.

Ambos tipos de capital, el que reproduce su valor en el proceso de producción (por eso se le llama capital constante) y el que aumenta su valor en el proceso productivo (capital variable), se combinan en proporciones que no son caprichosas, sino que obedecen a una lógica material, técnica. Para fabricar tantas toneladas de jabón al año hacen falta un número determinado de millones invertidos en la nave, la maquinaria, la materia prima, el mantenimiento, etc.; y para poner en funcionamiento ese proceso de trabajo concreto hacen falta un número de trabajadores preciso y con una calificaciones precisas. Esta proporción física, técnica entre materiales y trabajadores se corresponde, materialmente, con sus costes correspondientes. A esto se llama composición del capital.

Hay procesos de producción con una alta composición del capital (mucho capital en medios de trabajo en comparación con el invertido en salarios), como las obras públicas, donde la maquinaria es costosísima; y otros tienen una baja composición (una empresa quesera artesanal).

Hay que recordar otra vez que la única parte del capital que produce plusvalor es la invertida en salarios.

Esta precisión al empresario no le parece muy importante, dado que para él significa lo mismo el dinero invertido en medio de trabajo que el invertido en salarios. A él lo que le interesa es la proporción entre lo que invierte en total y lo que obtiene en limpio. O lo que es lo mismo, lo que obtiene por cada peseta (euro) que invierte. A esta proporción se la conoce como tasa de ganancia. La ganancia total, la masa de ganancia saldrá de multiplicar esta tasa por el número de pesetas (euros) invertidos.

El empresario tenderá a invertir donde se dé la mayor tasa de ganancia. Todo el movimiento de capitales, dentro de nuestro país y en el mundo entero, persigue esa meta: la mejor tasa de ganancia posible.

La práctica no contradice esto. Cualquier empresario diría que él busca la mayor tasa de ganancia, sin necesidad de haber estudiado tantas cosas, sin tanta teoría. Recordemos, sin embargo, que hay muchos grados de conocimiento, según vimos con el ejemplo del niño y el fuego. Un empresario medio puede, individualmente, tener un conocimiento elemental de los movimientos del capital, los expertos de los grandes capitales serían en este caso como el químico, en el ejemplo del fuego y el niño.

El movimiento obrero necesita, a su vez, conocer bien al que hasta aquí hemos llamado “el enemigo”. El comportamiento de éste no es caprichoso, obedece a unas leyes, a unos principios, que sólo el camino de la ciencia nos ayuda a desvelar.

El capital no es un objeto, como vamos teniendo ocasión de descubrir. El capital es una relación social, una relación social en que una parte es el trabajador. El capital, por tanto, no tiene vida propia, independiente, sus movimientos van íntimamente ligados a los trabajadores y al movimiento obrero. Solo el juego de las apariencias lo hacen aparecer como autónomo, como independiente, moviéndose con fuerza propia.

Estos grandes movimientos de capital obedecen, a dos principios o tendencias.

Una de las tendencias viene referida a la búsqueda constante de una mayor productividad del trabajo con la finalidad de abaratar el producto, y ganar más mercado por parte del empresario que lo consigue al producir más mercancías por cada hora de trabajo, al repartirse el valor entre más unidades producidas, éstas resultan más baratas.

La otra tendencia tiene el mismo origen (la mayor productividad del trabajo), pero el efecto es el contrario. Para hacer más productivo el trabajo se hace necesario utilizar maquinaria más

compleja, con tecnología más avanzada, y por lo tanto, más costosa. La consecuencia es que aumenta la parte del capital que no produce plusvalor, y por ello mismo rebaja la tasa de ganancia. No obstante, una tasa de ganancia menor, se puede conseguir el aumento de la masa de ganancia, con la condición de que se aumente considerablemente el capital invertido (se gana muy poco por cada euro invertido, pero se compensa con la gran cantidad de lo que se invierte).

El mismo empuje hacia la consecución de una mayor productividad del trabajo que abarate la mercancía producida y hace ganar mercado, tiene la consecuencia de hacer mayor la composición del capital (medios materiales cada vez más costosos en comparación con lo invertido en salarios), con lo que disminuye la tasa de ganancia, pero se compensa con la gran masa que se obtiene (cada vez se gana menos por euro invertido, por lo que hay que invertir más euros, lo que hace a su vez que se gane otra vez menos por euro invertido).

La consecuencia de este constante movimiento (más inversión en medios para obtener una mayor productividad, lo que lleva a la disminución de la tasa de ganancia, lo que lleva a más inversión para contrarrestar esta disminución de la tasa) es doble:

Acumulación del capital, mayor cantidad de capital invertido, mayor masa de ganancia obtenida al aumentar el producto vendido (aunque por cada producto se gane menos). Para ello los capitales se incrementan con el plusvalor obtenido. Cada vez son mayores.

Centralización del capital. Para realizar las enormes inversiones necesarias para, por ejemplo, construir una gran central hidroeléctrica, un tren de alta velocidad, se reúnen un gran número de capitales individuales y se someten a un acuerdo común. Se centraliza su control.

Pues bien, todos estos movimientos que el capital, en su funcionamiento global impone a todos y cada uno de los capitalistas particulares, nos hace aparecer a estos últimos como representantes del capital global, como sus funcionarios. Lo que vemos como un ansia personal de ganancia ilimitada en el capitalista particular, no

es sino la exigencia incondicional de seguir el paso al movimiento general del capital. Es lo que se llaman las reglas del sistema. Aquí no juega, la cultura, la religión, la moral particular del empresario. Por simpático, generoso, ético, religioso que sea el capitalista, en el cumplimiento de su función de empresario ha de observar los principios esenciales del funcionamiento del capital, o desaparece del escenario.

Los dueños de esclavos, en su día, y los señores medievales (monarcas, nobles o Iglesia), respecto a sus siervos guardaron rigurosamente las reglas de su sistema. Algunos de ellos eran filósofos (cuya sabiduría todavía brilla en nuestros libros y nuestras universidades), arzobispos, cardenales, santos, poetas, etc. Todos ellos guardaron y sobre todo, hicieron guardar lo esencial de su sistema: al trabajador se le entregará, de lo que él ha producido, sólo la parte necesaria para su reproducción; el resto nos lo entregará para que nosotros dispongamos.

Este funcionamiento global del capital (en círculos concéntricos –nuestro país, Europa, todo el mundo-), se presenta en forma de mandatos salidos de los centros de decisión correspondientes (Fondo Monetario Internacional, Organización Mundial del Comercio, Banco Mundial, Bolsa de Nueva York, Banco Central Europeo, Gobierno del país, etc.). Estos mandatos vienen a ser el marco dentro del que necesariamente se ha de mover el capitalista (son los llamados datos macroeconómicos ganancia media de la Bolsa, interés del dinero, previsión de marcha de la economía de los principales centros de decisión empresariales).

A la vista de estos marcos generales, el empresario ha de contemplar las barreras más cercanas que le estrechan el camino a seguir. El salario del convenio colectivo del sector, la jornada señalada en el mismo, etc., etc., son otras tantas condiciones generales que vienen impuestas como exigencias del sistema. Las decisiones y los datos en base a los cuales va decidiendo el día a día el empresario se le conoce como la microeconomía.

Nuestro movimiento obrero, por lo tanto, no tiene enfrente al empresario de nuestro país, sino a todo un sistema económico, profundamente enraizado en lo que se llama el mundo occidental

(Estados Unidos, Europa, Canadá, Japón, Australia), y ampliamente extendido por el mundo entero.

**La reproducción del proceso de trabajo. Un primer acercamiento al concepto de "institución".-**

Un proceso de trabajo aislado, sea por cuenta propia o por cuenta ajena, no deja de ser una abstracción que hacemos para entendernos. En la realidad la producción se presenta como una sucesión de procesos de trabajo encaballados los unos sobre los otros sin separación apreciable. Ningún joyero produce una sola joya y ningún carpintero produce solo una mesa.

Es decir, la producción es siempre reproducción. El campesino, que es el ejemplo más usado por su claridad, reproduce en los ciclos sucesivos de su tarea todos los elementos que intervienen en la misma. El producto que obtiene lo transforma en dinero, lo que le permite reproducir, comprándolos, los instrumentos de trabajo, las materias primas y su propia persona (comprando las mercancías que consume para su manutención). Si bien los tiempos y modos de sustitución de los elementos sean distintos. La simiente y los abonos normalmente se reproducen (porque se consumen), cada ciclo. Los aperos, sin embargo, y su propia persona, van sufriendo una reproducción o sustitución parcial (un arado o un tractor pueden tardar en reproducirse completamente diez o doce años).

Esta reproducción que describimos es también, a su vez, una abstracción de la realidad. Efectivamente esta reproducción la hace posible la existencia del comprador del producto del campesino, el productor y vendedor del abono, de los arados, el criador de los animales de tiro (caballo, mulos, bueyes), el productor de todas las mercancías que el campesino necesita para reproducirse (el campesino y su hijo, ya que en otro caso no habría reproducción del

trabajador cuando éste muriera). Es decir, la reproducción del proceso de trabajo, para estudiarla, la abstraemos, la separamos del campo más amplio en el que tiene lugar.

Es muy importante la consideración de la reproducción porque permite la entrada en escena de un tipo de trabajo que se resiste a ser clasificado por los estudiosos de estos temas. Suelen llamarlo trabajo no productivo.

Veamos. Nos hemos imaginado que el productor que va al mercado a vender su mercancía, encuentra éste lleno de productores que pretenden vender la suya y comprar la que necesitan. Sin embargo, es más frecuente que quien vende las mercancías en el mercado no sea su productor, sino alguien que se ha encargado de comprar una determinada cantidad de tomates y los ofrece en el mercado a quien los quiera comprar; y así con el pescado, la carne, etc. El trabajo de este individuo consiste en eso, comprar y vender. Es un comerciante. No produce nada.

Habría que decir que su existencia no es estrictamente necesaria para la producción. El productor puede ir al mercado, vender su mercancía y comprar al otro productor la suya.

Con la presencia del comerciante se facilita el intercambio, porque a quien tu vendes tu mercancía, puede no producir la que tu necesitas. El mercader, el comerciante hace más ágil el intercambio, es decir, la realización de la venta de la mercancía del productor. Los productores están interesados en que existan los comerciantes como colaboradores suyos en el funcionamiento de la producción. Por ese motivo comparten con él el valor del producto. La mercancía tiene el mismo valor si es vendida directamente por el productor que sí lo es a través del comerciante. Este valor se reparte entre el comerciante y el productor. Luego veremos en qué proporción.

Pues bien, ya tenemos en escena un trabajador que no participa en la producción, y sin embargo es un trabajador.

Los mercaderes, interesados en el buen funcionamiento del lugar (local, plaza, espacio), donde se realizan los intercambios,

deciden dar trabajo a un individuo que se encargará de la vigilancia y buen orden del mercado. A cambio le dan una cantidad de dinero que no llaman salario, sino sueldo (que es lo que cobraban los soldados, también ajenos a la producción).

De la misma forma, tanto los productores como los comerciantes están dispuestos a pagar de su bolsillo otro sueldo para la persona que se encargue de la limpieza y mantenimiento de las instalaciones del mercado.

Este ejercicio de repaso de trabajos no directamente productivos, experimentaría una enorme subida si consideramos periodos de tiempo más cercanos a nuestros días, cuando se produce un extraordinario crecimiento en el rendimiento en el trabajo, que permite costear, no solo la vigilancia del mercado y la limpieza del mismo, sino destinar parte de la renta que perciben los comerciantes y productores a su reproducción personal, mejorada en calidad, mediante el pago de un sueldo a un individuo que se encarga de la instrucción de sus hijos, que un día los sustituirán en su tarea. Este nuevo trabajador percibirá un sueldo que saldrá de la renta (es decir, el dinero dedicado a su consumo personal) de comerciantes y productores.

Este nuevo tipo de trabajador no participa directamente en la producción, pero aparece realizando una función que, en principio, parece necesario o conveniente para una correcta reproducción del proceso de trabajo, a cambio cobra, también, una cantidad llamada sueldo (puesto que no se trata de un salario, aquí no hay capital, sino renta, es decir, dinero para el consumo).

Este tipo de trabajador no directamente productivo acaba alcanzando una gran importancia en el conjunto (ejército, funcionarios públicos), de ahí la importancia de su colocación correcta en el conjunto.

Haremos una pequeña observación, un pequeño aparte, antes de continuar con las instituciones y sus problemas.

La utilidad de las instituciones, su función, es la de servir de instrumento a la reproducción de los procesos de trabajo. Es su

único sentido. Para eso nacen; y cuando su utilidad en esa función se debilita o desaparece, también desaparecen ellas. Así por ejemplo, se debilitó, hasta prácticamente desaparecer, la nobleza; igualmente las Ordenes Militares (Santiago, Montesa, Calatrava), y otras muchas.

Su campo de actuación es, por lo tanto, la reproducción de los procesos productivos. Es su escenario exclusivo.

Pero eso no quiere decir que tengan la exclusiva en las tareas de la reproducción.

La reproducción ocupa un campo muy extenso, y las instituciones no lo ocupan en su totalidad. De manera que, siempre quedan espacios en estas tareas de la reproducción, a los que las instituciones no llegan, o no han llegado todavía.

Es decir, el grueso de las funciones de reproducción, lo desempeñan las instituciones, pero no hemos de olvidar a los trabajadores que se ocupan de tareas de reproducción, y que, sin embargo, no prestan estas tareas en el seno de una institución.

Vamos a ver unos pocos ejemplos, para entendernos mejor.

La enseñanza, en nuestro país, es una tarea de reproducción, que desempeñan unos instituciones (escuelas, colegio, academias). Estas instituciones dejan unos espacios en su función (las vacaciones), que precisan ser atendidos en alguna forma.

La sanidad, es una tarea de reproducción, cubierta de forma general por las instituciones (Hospitales, Clínicas, Sanatorios). Estas instituciones cubren solo una parte de la restauración de la salud. Las convalecencias, las enfermedades leves, las enfermedades crónicas que no exigen la hospitalización, etc., exigen la atención de unos trabajadores que, igualmente, no suelen estar encuadrados en una institución.

Las tareas domésticas, la gestión y ordenación de las comidas, limpieza, higiene, lavado, ocio y distracción de los

miembros de la familia; especialmente el cuidado y atención de bebés y personas mayores.

Este conjunto de tareas, que en nuestro país ocupan a varios millones de personas, pueden quedar en la sombra, al no tratarse, en su mayoría, de trabajadores contratados para las mismas, ni desempeñándose en el seno de una institución.

En un país capitalista desarrollado, como el nuestro y como toda Europa (Unión Europea), la tendencia es incluirlas dentro del orden productivo y del orden de las instituciones de este sistema. Y siguiendo este camino, aparecen las Cínicas privadas con residencia para enfermos crónicos, residencias para mayores, guarderías infantiles privadas, todas ellas con forma de empresa capitalista; empleadas de hogar a asistentes contratados como asalariados; y en forma de instituciones, empiezan a generalizarse, las guarderías municipales, las casa de colonias de vacaciones, los campamentos, los clubs deportivos, culturales, los clubs de personas mayores.

La tendencia, por tanto, es la de incluir estas tareas reproductivas de forma progresiva, en el espacio de las instituciones, de una parte; y de otra; ir convirtiéndolas en trabajos asalariados. Impulsando, al mismo tiempo, una simplificación profunda en las tareas domésticas; mecanizando, de una parte las más duras (lavadora, lava-vajillas, cocina, hornos eléctricos, pre-cocinados) y aligerando el número de comidas, al generalizar su realización al mediodía fuera del hogar.

Todo ello va descargando, aliviando, a esta gran cantidad de trabajadores (mujeres en su gran mayoría), que, en la sombra (sin aparecer en ninguna lista), cumplen, junto a las instituciones las tareas básicas de la reproducción.

**La reproducción del proceso de trabajo por cuenta ajena.-**

En los procesos de trabajo por cuenta ajena la reproducción reviste mayor complicación a causa de la participación de un elemento que en el proceso por cuenta propia no existía: el empresario.

Aquí se reproducen los elementos materiales, las personas del trabajador y el empresario, y además, la relación que existe entre ellos.

La reproducción de ambas personas, trabajador y empresario, no encierra, como hemos visto, especial dificultad. Las personas, todas, nos reproducimos teniendo al alcance, a nuestra disposición, las mercancías que necesitamos para sostener materialmente la vida; y en cuanto a la reproducción biológica (la creación de nuevas personas) solo hace falta la existencia de varones y hembras que se unan a tal efecto.

Sin embargo, la reproducción de la relación ya no es tan sencilla. Se trata de lo siguiente: si al inicio del proceso de trabajo la persona del trabajador se caracteriza por trabajar, con medios ajenos, bajo dirección ajena, para producir mercancías que también serán ajenas, y a cambio de un dinero que permita escuetamente la reproducción de su persona; si estas son las condiciones de su actividad cuando la comienza, se trata de que sean las mismas cuando inicie el nuevo proceso de trabajo, es decir, la reproducción del proceso. De forma que, enlazando un proceso con otro, un día con otro, un año con otro, su participación en la producción tenga siempre las mismas condiciones: medios ajenos (capital), dirección ajena, producto ajeno, a cambio de unas mercancías, o su valor en dinero (salario) que permita la reproducción escueta de su persona (para poder presentarse al día siguiente, al año siguiente, al lugar de trabajo –él o su hijo- en las mismas condiciones).

Estas mismas condiciones, vistas desde el lado del empresario, permiten la reproducción de éste: propietario de los medios de producción (capital), director del proceso de trabajo,

propietario de las mercancías producidas, pagador del salario. Con estas condiciones inicia el primer proceso de trabajo y con las mismas lo termina o inicia el siguiente y el siguiente.

En esto consiste la reproducción de las personas y de las condiciones en que participan en la producción.

Ahora se entenderá mejor algo que dijimos anteriormente, que el capital no es un objeto sino una relación. Con unos objetos materiales (el terreno, las herramientas, la semilla) y su trabajo, un campesino produce unos tomates que le sirven de alimento a él ya su familia, sin que aparezca por parte alguna el capital. Si parte de los tomates los lleva al mercado, los vende y con el dinero se compra una carretilla para trabajar, no aparece tampoco el capital. Ha habido trabajo, medios de trabajo, producto, intercambio (mercado), dinero, sin embargo no ha aparecido el capital. El capital no es un objeto.

Una determinada manera de combinar al trabajador con los medios que utiliza en su actividad, convierte a éste en obrero, al propietario de los medios en empresario, y a la relación entre ambos en capital.

Este tipo de proceso de trabajo con estas condiciones, es el núcleo de la producción capitalista, y la reproducción de la producción capitalista nos da como resultado la sociedad capitalista.

Una sociedad capitalista, como sociedad real, como hecho real concreto que podamos contemplar, no existe. Esta expresión (sociedad capitalista, mundo capitalista, país capitalista) es una abstracción que hacemos de la realidad (como venimos viendo) para entenderla mejor.

Es un concepto elaborado, a su vez, con abstracciones recogidas de la realidad (trabajar, medios de trabajo, producto, mercancía, salario), que no son la realidad misma, pero nos permiten conocerla mejor.

Si nos acercamos a una realidad concreta, nuestro país por ejemplo, y aplicamos estos conceptos, podremos apreciar que

existen, al mismo tiempo, procesos de trabajo por cuenta propia y procesos de trabajo por cuenta ajena.

Si aplicamos nuestra atención a un solo sector de la producción, la agricultura, por ejemplo, podremos ver como existen, efectivamente, procesos de trabajo por cuenta propia (campesinos) y procesos de trabajo por cuenta ajena. Aquí aparece el capital. Y podemos ya identificar al empresario agrícola, al obrero agrícola (jornaleros) y su relación salarial.

Si hacemos esta misma operación en los demás sectores de la producción material de nuestro país (industria, minería, pesca, construcción, obras públicas, etc.) nos aparecen también las dos formas de presentarse el trabajo en la actualidad. Forma no capitalista (por cuenta propia), y forma capitalista (por cuenta ajena).

El trabajo prestado por cuenta ajena constituye la mayor parte, y la más importante, de la producción material de nuestro país. Los estudios hechos sobre el terreno así lo acreditan. Este hecho es el que, en otras palabras, llaman el dominio y control por parte del capital de la producción material española. Los sectores más importantes de la producción en nuestro país se desarrollan bajo la forma de trabajo por cuenta ajena (forma capitalista).

********

La producción capitalista, dicho de esta forma, es una abstracción sacada, separada, de un conjunto más extenso al que pertenece: la producción material de nuestro país, por ejemplo. Y así es, porque la producción material comprende también a la que se realiza por cuenta propia. Ambos juntos comprenderán la producción material española.

Esta última viene, a su vez, referida o integrada en un conjunto más amplio (sin el cual hoy no podría existir): la producción material europea y la mundial.

Al modo como hablamos del cerebro humano, por poner un ejemplo, que no tiene existencia real si no es componiendo un conjunto que llamamos persona. El cerebro humano existe alojado en una caja de hueso (el cráneo), apoyado en un esqueleto consistente y articulado, alimentado por un sistema sanguíneo y un aparato digestivo, y extendido a través de un entramado de la médula y el sistema nervioso. Es decir, el cerebro existe, y podemos hablar y escribir de él, pero siempre entendido dentro, en el seno, de un conjunto. La producción material, de la misma manera, no es más que una parte del conjunto que llamamos sociedad.

La producción, como centro motor del conjunto de la sociedad que compone un país, es además, su centro de interpretación. Es el hombre haciéndose hombre con sus compañeros, es el hombre reproduciéndose con sus compañeros. Ninguna zona, ninguna parte, ningún aspecto de la sociedad puede existir y por lo tanto no puede explicarse, que no sea desde esta actividad humana, la producción material y el trabajo que es su motor.

Por lo tanto, la mejor forma de conocer una sociedad y sus fundamentos, así como la manera en que funciona, es la que comienza conociendo su producción material (y su motor, los trabajadores). Qué se produce, cómo se produce y qué papel, qué relaciones establecen los trabajadores en la producción.

Esta forma de acometer el conocimiento de una sociedad, este método que comienza estudiando su producción tiene su fundamento en que una sociedad para vivir necesita, en primer lugar, producir medios materiales para su existencia física, para no desaparecer.

Todas las demás actividades, que podemos apreciar y enumerar en una sociedad, tuvieron su origen y función en la producción, o para ser más exactos, en la reproducción de la producción.

En cualquier sociedad que analicemos hoy en Europa en la fase histórica que venimos considerando, si empezamos su estudio por la producción, apreciamos enseguida la existencia conjunta de procesos de trabajo por cuenta propia y por cuenta ajena.

Para poder reproducir lo procesos por cuenta propia ya hemos visto como surgen unos trabajadores no productivos, que se agrupan según la función que desempeñan (limpieza y seguridad en el mercado, mantenimiento de las instalaciones) y que reciben los medios de trabajo y su sueldo de los propios productores o de productores y mercaderes.

Estos trabajadores no productivos ( no participan en forma directa en la producción) agrupados por funciones y dotados de medios de trabajo para el desempeño de las mismas, constituyen lo que en nuestras sociedades se conocen como instituciones. Las instituciones, por lo tanto, nacen de las necesidades de la producción. No participan directamente en la misma, pero su función es imprescindible para la reproducción del proceso de producción. Ya lo hemos visto en el mercado. Para que éste funcione bien, y las mercancías acudan y encuentren comprador, es preciso y conveniente que el local o espacio donde se realizan los intercambios, esté limpio, bien conservado, así como asegurado su orden y tranquilidad. Las brigadas de trabajadores encargados de estas tareas, y dotados de los medios necesarios (hay que pensar enseguida que uno de los medios para guardar el orden es la autoridad, el mando, y que esta autoridad y mando la reciben de mercaderes y productores para ejercer su función; es importante recordar este origen y finalidad de la autoridad de estos trabajadores) constituyen lo que en nuestras sociedades conocemos como instituciones.

Una institución es el mercado, y también lo es el ayuntamiento, el ejército, la iglesia, la escuela, la policía, el juzgado, el gobierno.

Las instituciones en su origen son muy sencillas. Tan sencilla como lo es, en el momento en que nacen la producción, a la que sirven. La seguridad de la propiedad rústica, de las fincas, en la Edad Media es defendida por un puñado de guardas del señor noble, y la seguridad en los caminos se la proporcionaban unas docenas de hombres armados. En 1844, sin embargo, fue necesaria ya, para esas funciones exactamente, nuestra guardia civil.

Quiere esto decir, que para entender bien las instituciones es preciso, ir a su origen y a la circunstancia en que nacieron. ¿Por qué es tan importante esto? Porque muchas de las instituciones citadas, si no todas, nacieron para reproducir un tipo de relaciones de trabajo (de proceso de trabajo), claramente contrarias al interés de los trabajadores. Sin embargo, se presentaron y se siguen presentando, como neutras, como independientes del enfrentamiento de los trabajadores con los propietarios de los medios de trabajo. Más adelante veremos esto.

Porque nacen tan sencillas, las instituciones en sus principios apenas tienen organización interna. Con la ampliación del mercado, por seguir este ejemplo, las necesidades de orden, limpieza y mantenimiento se multiplican. Las ciudades con más población necesitan más de un mercado y se crean varios. Para atender estas nuevas necesidades, las brigadas de trabajadores no solo se multiplican, sino que se separan por funciones. Uno se encarga solo de la limpieza en todos los mercados de la ciudad, otros de su seguridad y otros de su mantenimiento.

Los encargados de la seguridad acaban organizándose jerárquicamente. Habrá unos jefes coordinadores y otros que ejecutaran las ordenes que ellos habrán dado. Estas ordenes serán producto de un estudio previo de las necesidades concretas a las que hay que ir haciendo frente. Se hará precisa una formación especial para estas tareas y particularmente para los jefes, los responsables, que normalmente llegaran a estos puestos de mando mediante adquisición de unos conocimientos especiales.

La relación más importante que se ha de reproducir es la del trabajo por cuenta ajena, dada su mayor importancia en el conjunto de la sociedad.

Esta relación, la relación de producción capitalista, exige para su reproducción el sometimiento del trabajador. El sometimiento que el noble o la Iglesia imponen a los trabajadores, exigiéndoles la entrega de parte de sus productos, hacen necesaria la existencia de un tipo de instituciones, como son: la Iglesia que enseña (y a quien defiende lo contrario lo hace perseguir y matar) que los señores-nobles y ellos mismos (la Iglesia) representan el orden de Dios, el

dueño de todo (incluidas nuestras vidas); enseñó y quiere que se mantenga, que ellos son los administradores de todos los bienes, y que a los trabajadores les corresponde, en este orden querido por Dios, trabajar y entregar parte de lo que producen a los administradores puestos por Dios; a estas enseñanzas (órdenes) de la Iglesia hay que asegurar su cumplimiento, y para ello los señores-nobles contribuyen con sus tribunales de justicia (ellos mismos), y sobre todo con sus hombres armados que ejecutan las sentencias, matan o detienen para encerrarlos en las mazmorras a los delincuentes (los que no cumplen las ordenes citadas) y aterrorizan, para que sean cumplidores, al conjunto de la población trabajadora.

Estas instituciones eran necesarias para mantener un tipo de relación de trabajo como la del siervo. Toda la población trabajadora productiva obligada a mantener a una minoría, que se elegía a si misma, no se aguanta si no es con una fortísima represión, física (hambre, palizas, matanzas, humillaciones) y mental (lo de los curas, frailes, obispos, cardenales y papas, de aquellos tiempos, solo se entiende si se compara su vida con la de los pobres trabajadores).

Estas instituciones también reciben el nombre, por parte de los estudiosos, de aparatos, y así se refieren a ellas llamándoles: el aparato represivo, el aparato ideológico. El aparato represivo sería el conjunto de instituciones que se encargan de imponer el orden (policías, jueces, funcionarios de prisiones), y el aparato ideológico sería el conjunto de instituciones encargadas de que el orden existente sea entendido por los trabajadores como el orden normal, el orden necesario, el orden lógico, el único orden existente (los medios de comunicación, televisión, radio, prensa-, la familia, la escuela, las iglesias-musulmanas, cristianas- los partidos políticos).

**Las instituciones se van adaptando a las dimensiones y necesidades de la producción.-**

Las instituciones, a medida que la producción se amplia y se multiplican sus productos, se van adaptando a estas nuevas dimensiones y necesidades.

La producción se ensancha y se complica. Y ese mismo movimiento siguen las instituciones.

De un monarca (que no era más que uno de los señores-nobles), con su corte, y unas docenas de nobles, y eclesiásticos, con sus respectivos servidores, pasamos a toda una ordenada y jerarquizada administración en nuestras sociedades actuales.

Los sencillos procesos de trabajo de los campesinos y los artesanos, se convierten en las empresas transnacionales con procesos de trabajo que se enlazan a través de varios países y con una masiva aplicación de los principios científicos.

Para hacer frente al inmenso desarrollo de la producción, las instituciones se han multiplicado en número, y sobre todo, en su desarrollo interno.

El sencillo aparato represivo del señor-noble (las leyes , las dictaba él, o su compañero, el rey; el juez era él mismo, y disponía de unos grupos armados para apresar a los que violaban el orden y ajusticiarlos en su caso ejecutando la sentencia de su señor), se convierte en nuestra asamblea parlamentaria y su órgano ejecutivo –el gobierno-, apoyados en un ordenado ejército de funcionarios civiles y militares, cumplidores de las órdenes que reciben, los jueces se encargan de decidir si se incumplieron o no las ordenes escritas de los señores parlamentarios.

El nervio central de las instituciones medievales que acabamos de ver, era el de obligar a los trabajadores a entregar a los señores nobles y a la Iglesia, una parte del producto de su trabajo.

Esto se conseguía mediante la coacción (amenaza) de los grupos armados organizados y pagados por los señores-nobles. El terror a estos grupos armados que no tenían otro control que el de su amo, hacía que la entrega de los productos de su trabajo fuese

hecha por campesinos y artesanos con la apariencia de una pacífica aceptación.

La Iglesia, todopoderosa colaboradora de los señores-nobles, era a su vez una más en recibir parte del producto arrebatado a los trabajadores. La recibía, bien directamente de los trabajadores (los llamados diezmos y primicias), o bien a través de los señores, como pago al servicio que les prestaban. La Iglesia era la encargada de convencer a los trabajadores de su deber de entregar parte del producto de su trabajo a los señores, y en general de bendecir, como obra de Dios, el orden existente en la sociedad.

Por si el convencimiento de sus sermones no funcionaba, siempre estaban preparadas las bandas armadas del señor-noble para hacer cumplir el orden querido por Dios.

De la cantidad de producto arrebatada a los trabajadores españoles, por citar un ejemplo, dan cuenta los castillos, los palacios y las catedrales que siembran nuestra geografía. Productos desviados de su destino, que no hubiese sido otro que el consumo de los propios creadores del mismo, los trabajadores, que de esta forma, con estos medios, se vieron privados del mismo.

Hemos de observar, por ser de gran utilidad para nuestro estudio, que los señores-nobles y la Iglesia, no juegan ningún papel de importancia en la producción propiamente dicha. Se limitan a vigilar desde el exterior a través de sus servidores, que se trabaja, que se produce y que se entrega la parte de los productos que ellos han establecido. Por ese motivo, la razón que presentan para que se le entregue una parte del producto de una actividad en la que no han intervenido, no tiene relación con esa actividad productora, sino que es una razón exterior a ella. Se trata de la pura fuerza, revestida normalmente de las explicaciones y justificaciones inventadas por la Iglesia.

No se trata de ninguna especialidad de nuestra Iglesia Católica, ya que en otros lugares y en tiempos distintos, se ha actuado de forma análoga. Las pirámides de Egipto, los palacios y jardines de Babilonia y las residencias de los Marajás de la India, por no citar los alcázares de los reyes árabes en España, nos están

recordando la inmensa cantidad de horas de trabajo robadas a los trabajadores para delicia y recreo de sus señores. La justificación siempre es la misma, los dioses así lo quieren, y si no te convence la Iglesia correspondiente –hindú, musulmana, cristiana,- te decidirá el discurso elemental de la fuerza. Las dos instituciones siempre: los cuerpos armados, de una parte, y los cuerpos de los sabios – con sus razones-, de

El paso de este esquema de funcionamiento de la producción material al nuevo esquema central de nuestras sociedades actuales, se produce en un largo espacio de tiempo, y de una forma muy irregular según la geografía europea.

Los dos esquemas, el de la servidumbre y el del asalariado o capitalista, tienen en común lo esencial. Al menos así lo es desde el punto de vista del trabajador. Al siervo le arrebatan parte del producto de su trabajo, y al asalariado también. Para el trabajador, eso es lo esencial.

El cambio más importante ocurrido es el aumento de la productividad del trabajo, porque eso permite que, el trabajador que producía 10, pasa a producir 20, y como consecuencia, en lugar de recibir 5, recibe 12. El amo recibe más, y él también. Este es el motor que empuja al amo a buscar ese aumento de la productividad, y abre al trabajador una posibilidad de mejorar su situación. Individualmente puede no cumplirse, pero colectivamente, y a largo plazo, la situación del trabajador mejoró considerablemente (la del amo, más, naturalmente).

En concreto, según los países, se produjo un doble movimiento. De una parte, en las ciudades, las primeras formas de las manufacturas, particularmente la textil, empezaban a necesitar un número de trabajadores inusual en los antiguos pequeños talleres familiares; igualmente las antiguas fraguas comienzan a fabricar sus productos –herraduras, herramientas para el campo- aprovechando las ventajas del aumento de carbón disponible; las serrerías, los talleres de curtidos, etc., comienzan a necesitar más trabajadores. El taller artesano (el maestro y su aprendiz), comienza a convertirse en el taller manufacturero.

De otra parte, en el campo, como consecuencia de la demanda de la incipiente manufactura textil, la lana aparece como un producto muy buscado por los manufactureros laneros, lo que incita a los grandes señores a dedicar un mayor cantidad de terreno a la ganadería lanar. En algunos países, Inglaterra por ejemplo, este fenómeno dio lugar a un gran movimiento de siervos licenciados, liberados por los señores, para dedicar la tierra a la ganadería lanar, que acudieron en masa a las ciudades en busca de algún trabajo para poder subsistir, creándose una enorme bolsa de trabajadores disponibles, entre los cuales podrían escoger cómodamente los manufactureros.

Las necesidades de la nuevas manufacturas en las ciudades europeas y el fenómeno del licenciamiento de siervos en el campo, van dando forma a una nueva manera de producir. El trabajador ya no es un siervo (en el taller de manufactura de camisas no necesitan siervas que vivan en el taller, sino trabajadoras que vengan, trabajen y se vayan). Y el amo ya no es un señor-noble, sino el dueño de unos medios de trabajo que ofrece un salario al trabajador por su actividad, y que dirige él o sus encargados todas las operaciones del taller.

Ya hemos visto en otro lugar cómo nace el capital, y cuales son sus movimientos fundamentales.

Ahora corresponde ver cómo se acomodan las instituciones de una forma de producir a la otra. Si en la producción servil era precisa la fuerza de los grupos armados del señor-noble y las justificaciones de la Iglesia, para que el trabajador entregase, sin nada a cambio, una parte del producto de su trabajo ¿en qué se han convertido aquellos grupos armados y la Iglesia justificadora, al cambiar la forma de reproducirse la producción material?

Las bandas armadas de los señores-nobles y la Iglesia, siguen existiendo en nuestras modernas sociedades y siguen cumpliendo la misma función. Han cambiado, sin embargo, la forma de cumplirla. Han cambiado la forma, porque ha habido cambios en la situación de los trabajadores, pero como estos cambios no se

refieren a lo esencial de su relación con los medios de trabajo, la función es esencialmente la misma.

El cambio más importante, lo hemos dicho ya, es el extraordinario aumento de productividad de los trabajadores en la producción material.

Numerosas consecuencias se derivan de este hecho fundamental. Y como acabamos de decir, estas consecuencias hacen cambiar la forma en que la fuerza y el consentimiento hacen que el trabajador entregue parte del producto de su trabajo. Iremos viendo estas consecuencias.

La productividad aumenta, principalmente, porque cambian los medios de trabajo (de la hoz a la cosechadora). Al aumentar la productividad (rendimiento por cada hora de actividad del trabajador), aumenta la producción.

El enorme crecimiento de la producción material, exige un parejo crecimiento de los sectores que permiten la reproducción. Aumentan los comerciantes y el número de trabajadores que emplean. Aumentan los bancos y sus empleados, las compañías de seguros, las comunicaciones (correos, telégrafos), la enseñanza en sus diversos grados y especialidades, los servicios de seguridad.

El crecimiento de los trabajadores de todos estos sectores hace que decir “trabajador” no sea decir “obrero”. El obrero y el empleado en estos sectores, son ambos trabajadores pero no desempeñan la misma función en el conjunto de la sociedad. Uno trabaja en la producción material, y el otro no. El otro puede trabajar en un banco o en la enseñanza o es policía.

Una primera consecuencia es que el movimiento obrero está compuesto por trabajadores de la producción y por trabajadores de sectores bastantes alejados, algunos, de la producción. Y esta composición variada tiene sus efectos en la historia del movimiento (recordemos los tremendos problemas que tuvieron los obreros al tomar el poder el movimiento obrero en la Unión Soviética –los obreros nunca encontraron su lugar en la nueva situación–; recordemos, igualmente, los problemas que encuentran los obreros

en la organización y control de nuestros sindicatos y partidos políticos propios).

Otra importante consecuencia es que la tecnología, es decir, la aplicación de los conocimientos científicos a la producción material y a sus procesos de reproducción, hace de los medios materiales de trabajo, objetos de gran valor (buques, aviones, maquinaria de precisión, instalaciones, naves industriales), así como de sus productos. Ello obliga a un formidable reforzamiento de su defensa y seguridad. Y así se modernizan los registros (de la propiedad, tanto de bienes inmuebles como de los objetos muebles), las notarias y corredurías de comercio (para la rápida y segura circulación de bienes y valores) los juzgados para hacer cumplir todas la normas que sostienen a las instituciones citadas (normas civiles, mercantiles, penales).

Las relaciones en el seno de la producción material, en las empresas del sector productivo, se atienen también, y además de a las citadas normas, a las normas llamadas laborales o de trabajo, dictadas como las anteriores por la institución encargada de esta función en el proceso de reproducción, la asamblea parlamentaria o parlamento.

Protegidos y defendidos por las instituciones citadas la propiedad de los medios de trabajo y su producto, así como la circulación de unos y otro, el funcionamiento como capital de estos, solo requiere los medios institucionales (normas en este caso) que permitan adquirir, disponer de la actividad de los trabajadores necesarios en cada caso para poner en funcionamiento los medios de que ya dispone el empresario.

Y esto lo facilita el conjunto de normas que conocemos como derecho del trabajo. Estas normas en esencia proporcionan al empresario el mando y la dirección del proceso de trabajo (en realidad lo que hacen es reforzarlo y detallarlo, ya que antes de iniciarse la relación de trabajo, el empresario es ya el propietario de toda la instalación y del producto que resulte de la actividad).

También le otorgan la facultad de, no solamente iniciar la relación cuando a él convenga, sino de ponerle fin a la misma (en las mil formas permitidas).

Con estas bazas en la mano, el empresario capitalista solo precisa dominar bien dos variables (dos cuestiones que pueden variar): la duración de la jornada y la cuantía del salario.

Las armas de que dispone el empresario (las instituciones se las proporcionan), y la principal, ser el propietario de “todo” (junto con sus colegas son los propietarios de todo el aparato productivo), le permiten con cierta comodidad imponer estas dos variables, y con ello, controlar el coste de su actividad. O lo que es lo mismo, le permiten operar en unas condiciones que le aseguran obtener (junto con sus colegas) la tasa media de ganancia del capital.

Sus preocupaciones en adelante serán: sólo subirán los salarios si sube la productividad (para seguir, al menos, en las mismas condiciones); sólo se mantiene la plantilla si la ganancia sigue constante; si se reduce la ganancia se reduce la plantilla hasta la proporción que la asegure; si no es así se cierra la empresa y se inicia nuevamente la actividad en las condiciones citadas, en el mismo sector o en otro que ofrezca las condiciones adecuadas.

Veamos una versión muy resumida de lo dicho últimamente.

Los señores-nobles medievales necesitan someter a su dominio total a las personas de los productores y así obligarlos a entregar parte de lo que producen. Para ello necesitan la ayuda de dos organizaciones. Una, la fuerza armada, para imponer sus decisiones por la violencia. Otra, encargada de obtener el consentimiento. La primera la constituirán los grupos armados al servicio del señor, y la segunda era la Iglesia, con sus obispos, arzobispos, cardenales, órdenes militares, extendidos por todo el territorio y presentes en todo el conjunto de la sociedad de aquel tiempo. El señor y el siervo quedan ligados personalmente, el siervo es una propiedad del señor en la totalidad de su persona y para siempre. La fuerza armada lo impone y la Iglesia explica por qué es así y por qué debe ser así.

El empresario no necesita someter personalmente al trabajador-productor. El empresario y sus colegas, consiguen la propiedad de los medios de trabajo (en su totalidad o en su parte esencial). Y a partir de ahí, necesitan como el señor-noble, dos instituciones: la de la violencia organizada para defender se propiedad, y la encargada de obtener el consentimiento (de convencer que así es y que así debe de ser).

Esto es así en una primera fase. Pero a partir de finales del siglo XVIII, las cosas cambian en la forma que hemos visto más atrás. Los medios de trabajo comienzan a funcionar como capital. Esto fenómeno se extiende de forma que acaba por dominar la producción.

Con este importante cambio, las instituciones se adaptan y afinan su función. La violencia organizada (ejército, policía, tribunales) solo ha de garantizar la seguridad del capital, y la seguridad en la circulación del mismo (tanto en forma de mercancías como de dinero). Las instituciones encargadas del consentimiento, por su parte, y en forma similar a las medievales, solo se encargan de convencer al trabajador de que este es el único y mejor sistema de trabajo que existe en el mundo.

**El trabajo "improductivo" (no directamente productivo).-**

Hemos recorrido un largo trecho, avanzando poco a poco, buscando, principalmente, localizar y situar lo que entendemos por producción, en el conjunto de la sociedad.

Ya tenemos una noción de lo que es la producción. Y ya tenemos también una noción de lo que son las instituciones, de su nacimiento y de sus funciones.

Al mismo tiempo hemos visto los problemas de interpretación que plantean sus relaciones mutuas (las instituciones giran alrededor de la producción y no al revés, como nos las presentan las apariencias).

Para aclarar a este respecto algunas cosas más, dedicamos unos renglones a las instituciones y sus problemas.

La institución más sencilla que vimos en su nacimiento, la encargada de la limpieza, el mantenimiento y el buen orden y seguridad en el local del mercado, vimos como a medida que va aumentando de cantidad y extensión la producción, la propia institución, en el servicio de esa mayor complejidad en la producción, ve aumentar el volumen de sus trabajadores, de sus medios, de su organización.

El aumento de personal y medios lleva a la necesidad de una mayor organización interna en todas ellas. Se diversifican las tareas creando niveles de competencias, hay jefes que dirigen y mandan, y dirigidos y mandados que ejecutan las tareas encomendadas. A los distintos niveles de mando o ejecución corresponden sueldos distintos. Ello lleva a la necesidad de establecer unas reglas, unas normas que establezcan cómo se asciende en la escala en funciones (funcionarios) y retribuciones. Se crean así cuerpos, escalas, categorías. Se regula así mismo, la entrada en el cuerpo, mediante oposiciones (un examen para demostrar conocimientos necesarios) o concursos (demostración de las capacidades ya ejercidas en otros puestos o en el mismo en caso de ocuparlo interinamente).

Nos estamos introduciendo en un mundo “nuevo”. Tiene de nuevo que estamos hablando de trabajadores y sin embargo no hay producción material. Estamos hablando de trabajadores y no hay capital productivo, ni capitalista productivo. Se trabaja y no se producen mercancías.

Son muchos miles de trabajadores los que desarrollan su actividad sin tocar directamente el mundo de la producción.

Los problemas inmediatos de estos trabajadores y la forma de solucionarlos tienen mucho que ver con la institución a que pertenecen y la organización especial de cada una de ellas. Y ello hace que se creen grandes parcelas de trabajadores con problemas especiales y que hace difícil la acción conjunta de todos ellos.

Las grandes instituciones europeas en la actualidad (y en nuestro país igualmente), son el Gobierno (con todos sus funcionarios –trabajadores – civiles y militares) la Iglesia y los partidos políticos.

Entre los primeros, normalmente, se suelen diferenciar los funcionarios militares del resto. La diferencia fundamental es que llevan y utilizan armas para matar, o amenazar, disuadir.

Los trabajadores que prestan su actividad en la Iglesia, tienen como característica más importante que en su función, enseñar, su punto de vista sobre las distintas materias es indiscutible, es el verdadero, el único verdadero. Las distintas Iglesias no cristianas, cada vez más presentes en Europa, no se diferencian en esto de las iglesias cristianas, lo que ellos enseñan es lo único verdadero.

Los trabajadores de los partidos políticos desarrollan su actividad, en contraste los de uno con todos lo demás, teniendo como punto de mira que sus miembros, los más adecuados, ocupen los puestos de dirección de todas la instituciones. Hay muchas, muchísimas instituciones. Señalamos éstas porque son muy significativas, y además porque (y por eso son muy significativas), abren el surco por el que transitan las demás (la sanidad llamada privada, la enseñanza llamada privada, los servicios públicos privatizados, etc.).

Los trabajadores de las instituciones, en su conjunto, se proponen conseguir con la prestación de su trabajo, lo mismo que los trabajadores de las distintas ramas de la producción. Aquí no hay ninguna especialidad. La particularidad está en la dirección. El director, la dirección, no es un capitalista que pretende la mayor ganancia posible y exige para ello la mayor productividad. El dinero invertido en medios de trabajo y gastado en sueldos, no proviene de la venta de las mercancías producidas, viene, como vimos en el

primer ejemplo de lo que es una institución, del dinero que, para su funcionamiento, aportan productores y mercaderes. Todo el dinero de las instituciones viene asignado por los administradores de los productores en el Parlamento, por los parlamentarios, en la ley que se llama, por esa razón, de presupuestos. Al Parlamento ha llegado a través de los impuestos.

Esta característica especial es, en el fondo, la diferencia más importante entre el inmenso grupo de trabajadores de las instituciones y los que prestan su actividad en el seno de la producción.

Otra diferencia proviene de la especial función que desempeñan muchas de las instituciones. Esta función puede ser tan vistosa y tan importante como la que desempeña el Banco de España (controla la creación y circulación del dinero-moneda, vigila a todos los bancos) y la sombra de esta importancia llega hasta el simple conserje. Bien es verdad que su distinción viene también de que ganan más dinero que los empleados de otros bancos. Pero lo cierto es que, siendo un simple trabajador, resulta un trabajador distinguido.

En cualquier caso, el conjunto de los trabajadores de las instituciones (los llamados funcionarios y demás trabajadores de las administraciones) constituyen una parte importante del movimiento obrero organizado (partidos y sindicatos), y actúan cada vez más en unión con los trabajadores de la producción material.

**Finalidad específica de cada institución. Finalidad del conjunto de las instituciones.-**

Hemos contemplado uno de los aspectos de las instituciones. Están constituidas por un conjunto de trabajadores. Y mucho de estos trabajadores forman parte de las organizaciones del

movimiento obrero. Y forman parte de este movimiento aportando precisamente sus especialidades, que acabamos de ver.

Las instituciones, sin embargo, tienen otras caras, alguna de ellas más importante que ésta anterior. Y aquí hay que distinguir, entre todos y cada uno de los trabajadores, y la institución en su conjunto. Es decir, hay que distinguir entre lo que intenta conseguir cada trabajador realizando su función, y lo que persigue la institución en su función global. Los trabajadores persiguen con la prestación de trabajo, ganarse la vida, ganar un sueldo para hacer frente a sus gastos; nada más. La institución, sin embargo, tiene una función particular que tiene que cumplir, y para la que ha sido creada. Para entenderlo mejor, basta pensar en un par de instituciones. Los trabajadores del museo del Prado, trabajan para ganar un sueldo; el museo, sin embargo, cumple, ha de cumplir, la función para la que se ha creado, de lo contrario dejará de recibir el dinero que para su funcionamiento recibe del Parlamento; los trabajadores del ejército solo buscan un sueldo, el ejército, sin embargo, ha sido creado para aplicar la violencia masiva en los casos necesarios.

Estas funciones características de las instituciones (hacer posible la reproducción de un proceso de trabajo), pueden plantearles problemas con sus propios trabajadores. Hemos dicho que los trabajadores de las instituciones buscan con la prestación de su trabajo la obtención de un sueldo, nada más. Mientras que la institución en sí puede perseguir un fin concreto que choque con el interés de los propios trabajadores. En muchas dictaduras, la policía (una institución) ha perseguido y encarcelado –mediante la participación de otra institución (los jueces, el juzgado)- a los sindicalistas representantes de los propios trabajadores de estas dos instituciones.

Este tipo de contradicciones, de choques entre los trabajadores de las instituciones y su dirección, es características de estos trabajadores.

En la producción el choque lo produce la mejoría de las condiciones de trabajo como exigencia de los trabajadores, y la búsqueda de la máxima ganancia como exigencia del empresario;

de ésta constante confrontación nace la principal línea de actuación de la parte sindical del movimiento obrero.

Los trabajadores de las instituciones no repiten exactamente este tipo de confrontación. Su dirección no persigue la máxima ganancia (ellos no producen mercancías ni crean valor), sino el cumplimiento de un objetivo. Y aunque ellos, en principio, no buscan más que un sueldo y una jornada favorables, se ven implicados en el objetivo de la institución. Lo vimos con el conserje del Banco de España. El es un “machaca”, un simple trabajador que ejecuta tareas muy sencillas, pero... la institución en que trabaja es muy importante. El no es un obrero. Este enorme tirón de la institución sobre sus trabajadores (más evidente cuanto más se sube en la escala de la organización propia de la institución), tiene una gran influencia sobre la inclusión de éstos en la organizaciones del movimiento obrero.

Y esto tiene un gran interés, por lo siguiente. La relación de trabajo más importante y más representativa en nuestro país ( y su entorno) es la relación de trabajo por cuenta ajena. Y para reproducir este tipo de relación (trabajador, siempre “trabajador”, y empresario siempre “empresario”) es para lo que ha nacido y funcionan las instituciones (Parlamento, administraciones, etc.). Es decir, nuestras instituciones tienen como finalidad general (luego, cada una tiene una finalidad específica para lograr el fin general) la reproducción de la producción en forma capitalista. La reproducción ordenada y “pacífica” del capital, por un lado y del trabajador por otro.

A esta repetición ordenada de los procesos de trabajo por cuenta ajena, apoyada por todas las instituciones que hacen posible esta repetición, y adornada con todas las instituciones no estrictamente necesarias, pero muy convenientes, se le llama el sistema. La institución que no encaja en este engranaje, desaparece.

Las instituciones, según hemos visto anteriormente y acabamos de repetirlo, encajan en el sistema porque es la producción, como eje del sistema, quien las crea y las mantiene. La producción, en general, no existe. Existen diversos tipos de producción; según la relación que se establece entre el trabajador y sus medios de trabajo. Existe y se puede estudiar, la producción que

se dio en el antiguo Egipto, con las instituciones de apoyo necesarias (el Faraón y sus soldados armados, y los sacerdotes y sabios que lo asistían) y así pudieron dejar obras (de derroche de trabajo inútil para los trabajadores) como las pirámides.

En nuestro sistema, igualmente las instituciones las mantiene (las crea de nuevo o las adapta) la producción. Pero la producción, en nuestro sistema, tiene una dirección, puesta por el capital. Por tanto, las instituciones, que las identifica precisamente su finalidad, han de tener una dirección siempre controlada para que cumpla con fidelidad. Para ello se establece por norma que la dirección de la institución la nombre siempre quien dirige la producción.

De manera que, de los dos grandes conjuntos que constituyen lo esencial de la fuerza del trabajo de nuestro país, se puede decir lo siguiente.

El que trabaja en la producción material, lo hace en su mayoría, bajo el mando, y por cuenta de los dueños de los medios de trabajo, que de esta forma controlan su conjunto.

El otro conjunto, el que trabaja en las instituciones bajo las órdenes de la dirección y dentro del cuadro de funciones que la vienen señaladas a la misma por quien la crea y mantiene, viene asimismo controlado por quien manda en la producción.

De lo dicho, retendremos que el conjunto de las instituciones de nuestro país tienen como finalidad general el pacífico y normal funcionamiento de la producción capitalista, o lo que viene a ser igual, su reproducción ordenada. Esta será la señal que nos indicará cuándo las instituciones pierden importancia, o ganan, en el conjunto de ellas y en sus relaciones. Un ejemplo de estos corrimientos de las instituciones, en la escala de importancia de unas con otras, lo tuvimos en nuestra guerra civil. El ejército y la policía, que normalmente no son protagonistas visibles de la reproducción capitalista, en un momento dado, los amos de las producción (y de la reproducción) entienden que deben corregir el funcionamiento de otras determinadas instituciones (sindicatos obreros, partidos obreros, el mismo Parlamento y el Gobierno). Suprimen por la violencia, cumpliendo con su especialidad, las instituciones

supuestamente poco servibles, y ponen en su lugar un tipo de partido y de sindicato, de Parlamento y de Gobierno perfectamente adecuado para facilitar al capital su absoluto dominio. La Iglesia pasa también a primer plano para, como siempre, tener por bueno y saludable el nuevo orden.

Cuando, pasados unos años y lograda una considerable acumulación de capital, éste comienza a tener lazos importantes con el capital americano y europeo. De nuevo las exigencias de su reproducción (en este caso su reproducción ampliada, con importantes entradas de capital europeo), exigen una redistribución de funciones entre las instituciones y llega la llamada transición. Los militares se van a sus cuarteles y los curas a sus Iglesias (no se van lejos, pueden ser necesarios en cualquier momento -de vez en cuando lo recuerdan-). Aparecen, reaparecen, sindicatos y partidos obreros, Parlamento y Gobierno elegidos... y... a cumplir su función: la ordenada reproducción de la producción capitalista (en la nueva forma).

**El doble juego de las instituciones.-**

Algo más sobre las instituciones.

Se trata de su capacidad de disimulo y de doble juego. Teniendo una clara función, pueden presentarse como si cumplieran otra, a veces contrarias entre sí.

Enseguida un ejemplo y seguimos después.

Los señores-nobles en la Edad Media organizan y pagan a sus grupos armados para someter a los siervos y obligarlos a la entrega de parte del producto de su trabajo. Sin embargo son presentados a la sociedad como los defensores de los siervos ante los posibles ataques de los grupos armados de otros señores. Se

dice que los siervos pagan con sus entregas de productos este servicio de protección que les presta el señor.

La Iglesia medieval predica y enseña que la forma de vivir el señor-noble y la propia Iglesia (a costa de las entregas de trigo, carne, vino, aceite, etc., por parte de los trabajadores) es el orden que Dios quiere, y el único orden que debe vivirse y defenderse. Sin embargo, quiere aparecer ante la sociedad como la predicadora y defensora de la verdad y la justicia, como la defensora de los desvalidos y la representación ante los hombres de las bondades de Dios.

Esta doble cara de las instituciones, también en nuestras sociedades actuales, en las sociedades de dominio del capital, es el reflejo de la relación de trabajo que reproducen.

Los propios capitalistas, al presentar la relación que establecen con los trabajadores, emplean la expresión “dar trabajo”; son ellos los que “dan”. Dicen que en nuestra sociedad los únicos que “crean riqueza” son ellos. Dicen que son los protagonistas de la “creación de empleo”.

Como vemos, ya en el origen de las instituciones en la relación de trabajo a la que sirven, a la que reproducen, aparece esta doble cara o doble versión.

Y es que no puede ser de otra manera. Nosotros estamos haciendo un estudio del trabajo “desde el lado del trabajador”. El señor-noble veía su función en la producción desde su perspectiva, desde su sillón de juez, desde el caballo dando órdenes a sus soldados, desde su casa-castillo. Tanto sus hombres armados, como su corte de poetas, músicos y demás servidores, así como la Iglesia (enseñante, en ese tiempo, de todos los saberes), no podían tener otro punto de vista, dado que su función era precisamente presentar y defender ese punto de vista; por eso les pagaba el señor; se jugaban su modo de vivir.

Nadie presentaba ante la sociedad la perspectiva del siervo, del trabajador. Nadie, quiere decir ninguna institución. Las instituciones de esa época histórica tenían por misión, por función, la

reproducción del señor como señor, del siervo como siervo, y por lo tanto de la relación que une a ambos. Al reproducir al siervo, lo reproducen tal como es en la relación, es decir, sometido. Por lo tanto, si lo reproducen bien, hay que entender que están haciendo bien su labor. Los soldados solo los apalean o los matan si no son buenos siervos (trabajar y entregar parte del producto que corresponde). Si cumplen su tarea como buenos siervos, no tienen nada que temer de los armados; todo lo contrario, ellos serán los que les den seguridad y orden. Esta función de seguridad y orden, que es la que se aprecia en la vida ordinaria de todos los días, se convierte en la cara principal y positiva de la institución. La cara oculta, el sometimiento por la violencia para obtener parte del producto del trabajo, queda tapada para la observación superficial, para el observador que se queda en las apariencias.

Las instituciones en nuestras sociedades capitalistas, nacen y tienen como función reproducir el capital en todos sus ciclos. Recordemos que el capital reviste formas distintas. En forma de dinero compra los medios de trabajo y la capacidad de trabajo. Los combina en la fase de producción, obteniendo mercancías, que también son capital, las lleva al mercado y las cambia por dinero. Parte de este dinero se vuelve a invertir como capital en la producción. Parte pasa a reproducir a la persona del capitalista, que lo gasta en forma de renta (comida, vivienda, vestido, diversiones, hijos, etc.). Parte pasa en forma de salario al trabajador, que asimismo lo gasta en forma de renta.

El conjunto de estos ciclos impulsa el movimiento en que se desenvuelve el día a día de nuestras sociedades.

Este movimiento regular y pacífico, representa en su apariencia el buen orden, el orden natural.

Este orden natural, pacífico, debe ser defendido. Sus perturbadores deben ser castigados. Esta es la función de las instituciones. Unas defenderán el orden con la violencia (si la perturbación es grave aparecerá un primer plano el ejército; si se trata de perturbaciones ordinarias, el ejército se esconde en sus cuarteles y solo funciona la policía, los jueces y los carceleros); otras se encargarán de encuadrarnos con toda naturalidad en este orden,

de manera que sea apreciado como bueno, como aprovechable, o al menos, como el menos malo.

Si cumplen con eficacia estas funciones, apreciamos su cara buena y aparente.

Si consideramos el tipo de relación esencial que reproducen (el capital, o su otro nombre, el asalariado), estaremos contemplando su cara real y oculta.

El conocimiento que en nuestra sociedades tenemos de nuestras instituciones se corresponde con su cara aparente y buena. Así se las estudia en las escuelas, institutos, universidades, y así se les trata en los medios de comunicación (radio, televisión, prensa). Y es natural que así sea, porque quien nos las enseña son a su vez instituciones, nacidas y pagadas para cumplir la función de reproducir el orden. Las instituciones pertenecientes a un orden, quiere decir a un tipo de relación de trabajo; nacen y viven para reproducir ese tipo de relación. Y pueden ser críticas, incluso muy criticas. Si son tan críticas que ponen en peligro el orden que debían defender, se las hace desaparecer por la fuerza. Si solo son críticas, servirán para mejorar el sistema que soporta al orden y éste, al final, resulta mejor defendido.

**Las incursiones del capital en el campo de las instituciones.-**

Más consideraciones sobre el mundo un poco aéreo de las instituciones.

El capital productivo, el que se invierte en la producción de mercancías, hace a veces la siguiente operación: separa del conjunto de su proceso de trabajo, un sector, por ejemplo la vigilancia nocturna. Y con este sector monta un proceso de trabajo

independiente, diríamos una empresa distinta. Como antes de separarla conocía perfectamente los costes en personal y medios que el sector representaba en el conjunto así como la parte de ganancia que este sector la reportaba, el funcionamiento independiente no plantea ningún problema, hasta el punto de que puede venderla a otro capitalista en las mismas condiciones de costes y ganancias. Con lo que tendríamos una parte del capital (en este caso un capitalista independiente) funcionando fuera de la producción, o al menos, aparentemente fuera de la producción.

A este tipo de empresas se las suele llamar empresas de servicios. No producen, por sí mismas, mercancías, su producción no es material, pero si se mira bien, no son más que el complemento de otra empresa productiva que si no recibiera del exterior este trabajo aparentemente improductivo, tendría que incluirlo como una parte de su proceso, con el consiguiente aumento de medios y de plantilla.

Como son funcionalmente (por su función) parte del proceso de producción material, el problema de costes, salario y ganancias viene calcado de la empresa de la que realmente forma parte. Es decir, el capital y el trabajo se relacionan de la misma forma.

Empresas como éstas las hay en muchos sectores; estudios técnicos, vigilancia, inspección, limpieza, contabilidad, gestión burocrática (de papeleos), etc.

Otro sector no productivo, de por sí, en el que el capital se introduce de forma progresiva es en los servicios personales. Uno puede afeitarse, o que le afeite un barbero, sin que la relación de capital intervenga para nada. Pero un capitalista puede agenciarse con los instrumentos de trabajo, y contratar a cinco barberos, y prestar sus servicios a los clientes. Su trato, su relación con los trabajadores responderá a las mismas cifras que si el empleo de estos produjesen mercancías que él vendiese. Y es la misma relación, porque los ingresos por los servicios, descontando todos los costes, le deberán reportar la ganancia media de cualquier sector de la producción, en otro caso abandonará este sector y se irá a la producción material. Ejemplos de este tipo de trabajo son los salones de belleza, los gimnasios, etc.

La reproducción de los elementos personales de la producción, los trabajadores y los empresarios, tienen un aspecto físico que se concreta en las mercancías que se consumen en la conservación de la propia persona (comida, vivienda, vestido, etc.). Pero hay otros aspectos referidos no a mercancías, sino a servicios. Por ejemplo la enseñanza y la sanidad. Uno puede aprender por sí mismo. O contratar a un maestro (como al barbero), para que nos preste un servicio que le pagaremos. O acudir a una institución cuya finalidad sea la enseñanza. Y en ningún caso nos habremos encontrado con la relación propia del capital. Pero se puede adquirir o arrendar un local, comprar el mobiliario y demás medios necesarios, contratar a profesores y cobrar a los alumnos que acudan. Si establecemos, como es normal, la relación entre el coste de medios y personal y lo obtenido por las cuotas de los alumnos, similar a la ganancia media en el sector productivo, estamos así mismo ante una penetración del capital en un sector que no le era habitual. No repetiremos el mismo relato en el sector de la sanidad porque es exactamente paralelo.

En instituciones tan alejadas de la producción material y del capital como el ejército y la administración de justicia, permiten que las empresas capitalistas penetren en su interior y en él desempeñen sus actividades. Así, por ejemplo, las empresas de seguridad prestan determinados servicios de vigilancia de locales de las fuerzas armadas, le prestan un servicio de catering (de comida); en algunos países europeos hay empresas capitalistas que ofrecen sus servicios a la justicia para la vigilancia y manutención de presos, etc.

Estas incursiones del capital a zonas que en principio no se sitúan en lo que consideramos su “hogar”, la producción, nos recuerdan, que al fin y al cabo la relación de trabajo a la que llamamos capital se distingue por la apropiación de trabajo ajeno a partir de la propiedad de los medios de trabajo. Y los sectores a los que hemos dado un repaso (enseñanza, sanidad, servicios personales) permiten este tipo de relación.

Pero hemos visto, además, que el capital (la forma de relación de trabajo que llamamos capital) penetra incluso en los alrededores

de las propias instituciones. Hemos visto que empresas capitalistas pueden prestar su servicio al ejército, a la administración de justicia.

De otra parte, sectores enteros de la producción, que funcionaban como parte de las instituciones (transporte aéreo, producción y distribución de electricidad, astilleros, siderurgia) han pasado a funcionar como empresas capitalistas.

Al primer fenómeno se le ha llamado externalización de tareas, es decir, sacar al exterior una tarea particular (la contabilidad, por ejemplo). Y al segundo se le conoce como privatización (Telefónica, Iberia, etc.).

¿Nos ayuda todo lo que acabamos de contemplar, a entender mejor qué son las instituciones y cuál es su relación con el capital?

**Las instituciones instrumentan la reproducción del conjunto de procesos de trabajo de la producción material.-**

Hemos de avanzar otro poco para que esta relación se perciba con mayor claridad.

Las instituciones nacen para apoyar un tipo de relación de trabajo. Por eso cada país y cada época tiene un tipo de instituciones. La ferocidad de las instituciones de la Edad Media europea solo se explican por el tipo de trabajo que realizaban los siervos (sometimiento personal y entrega de parte del producto al amo).

En la actualidad, en nuestro país (y en toda Europa), las instituciones nacieron y permanecen para apoyar ¿qué tipos de relación de trabajo?.

En primer lugar, las principales instituciones tienen como función la reproducción de la relación de trabajo por cuenta ajena.

En segundo lugar, han de apoyar también la reproducción del trabajo por cuenta propia, principalmente el de los campesinos.

No se trata de reproducir simplemente las relaciones de trabajo por cuenta ajena, sino de reproducirlas en tales condiciones que no destruyan por completo las relaciones que existen con los procesos de trabajo por cuenta propia.

Y no se trata de reproducir simplemente el trabajo por cuenta propia, sino de hacerlo de forma que no se pongan trabas importantes al desarrollo del capital (trabajo por cuenta ajena).

Un ejemplo de estos equilibrios lo vemos en el trato que dan las instituciones europeas (Unión Europea), y las españolas a los campesinos (cuenta propia), por una parte, y al gran capital de las industrias agroalimentarias por otra.

Quiere esto decir, que las instituciones españolas actuales se han de contemplar (para poder entenderlas), desde este punto de vista. Están al servicio del capital, al servicio de su reproducción, pero en las condiciones que hemos visto respecto a la producción por cuenta propia (campesinos). No deben defender solo al capital, pero han de servir principalmente al capital.

Haremos otra consideración. Lo que llamamos el capital, no es un objeto –lo hemos visto ya-, sino una relación, pero una relación entre capitalistas y trabajadores, por un lado y capitalistas entre sí, por otro.

Esta última relación, la de los propios capitalistas entre ellos, tiene una importancia especial para las instituciones.

Lo que hemos llamado la ganancia media, es eso, la ganancia media, pero cada capitalista intenta que la suya sea la mayor ganancia. Para ello, para competir entre ellos en busca de la mayor ganancia, existe lo que se llama la competencia. Para que pueda funcionar una cierta competencia, se establecen una reglas que

todos deben guardar. Y el contenido de estas reglas, así como el cumplimiento de las mismas, es también una de las funciones de las instituciones.

Para terminar este apartado pondremos nuestra atención en la relación principal que deben reproducir las instituciones: la que se establece entre el asalariado y los capitalistas.

Este tipo de relación especial tiene como puntos más importantes en discusión, la cuantía del salario y la duración de la jornada. Decimos que esta relación es especial, porque, como hemos visto, en ella, una parte manda, organiza y distribuye el producto, y la otra obedece, trabaja y recibe una cantidad de dinero a cambio, decidida esta cantidad por el conjunto de los empresarios. Y decimos que jornada y salario son los puntos más importantes en discusión porque es lo único que pueden discutir (no decidir, sino discutir) los trabajadores.

Jornada y salario son las principales condiciones (referidas a los trabajadores) que el capitalista maneja para obtener frente a la competencia la mayor tasa de ganancia posible. Los trabajadores, por el contrario, y dado que todas las demás condiciones de su trabajo le vienen impuestas, intentan que el salario sea el máximo (en ello va su reproducción) y la jornada la mínima.

Estas dos condiciones del trabajo normalmente se discuten y negocian en forma colectiva, por sectores (convenios colectivos).

Aquí el papel de las instituciones es, así mismo, procurar que el capital consiga las condiciones que le permitan reproducirse a comodidad, siempre guardando unos mínimos que permitan, a su vez, reproducirse a los trabajadores.

Por tanto, la reproducción de la principal relación que las instituciones han de procurar ha de ser cuidadosa con todas las condiciones que acabamos de ver, dado que dicha relación, el capital, ha de contar con todas ellas.

Por ejemplo, la producción agrícola es en buena medida por cuenta propia y con empresas de tamaño medio o pequeño. Este

tipo de empresas no puede presentarse a la competencia con empresas capitalistas que producen en mejores condiciones y sin embargo comparten con ellas condiciones (costes) tan importantes como los precios de las materias primas. Ante el riesgo de que estas empresas (muchas de ellas empresas familiares) desaparezcan y con ellas también toda la economía rural, las instituciones actúan normalmente mediante subvenciones, de forma que la reproducción del capital sea compatible con la supervivencia de este tipo de empresas.

**A manera de resumen. Una primera noción del concepto de "Estado".-**

A la vista de todo ello, llegamos a las consecuencias siguientes.

Las instituciones en nuestro país (y en su entorno europeo) tienen asignadas unas funciones por parte de los dirigentes de la producción material, que consisten básicamente en crear las condiciones que permitan la reproducción de esta producción, con los elementos y las relaciones propias de esa forma concreta de producir.

Para cumplir esas funciones se las dota de los medios necesarios, que normalmente consisten en una entrega de dinero periódico, que la propia institución administra, bien con autonomía amplia, bien bajo la dirección y vigilancia de una institución superior.

Se trata, no de un conjunto de instituciones solamente, sino de un sistema organizado. Se trata de un sistema ordenado por materias (agricultura, obras públicas, seguridad pública, enseñanza, etc.), y por escalones jerárquicos (cuanto más alto el escalón, mayor es el mando, la responsabilidad y el sueldo).

Vistas una a una, cada institución aparece como cumpliendo una función puramente técnica. Los bomberos apagan fuego, los inspectores de Hacienda vigilan que se paguen los impuestos, los militares se adiestran en el manejo de las armas cada vez más complicadas, los curas nos invitan a vivir como ellos dicen, los jueces aplican las leyes, los parlamentarios las hacen, los empleados de prisiones vigilan a los presos, los maestros y profesores enseñan lo que dicen los libros, los policías protegen el orden.

El conjunto de todas ellas sí que apunta en una dirección concreta: la creación y mantenimiento de las condiciones que permiten la pacífica reproducción de la relación que domina la producción material, es decir, el capital (en nuestro caso).

El conjunto de las instituciones, que hemos visto que es un sistema (es decir, todas ellas actúan siguiendo un mismo plan, todas están enlazadas entre sí para alcanzar las finalidades del plan trazado, no va cada una por su lado), tiene una cúpula, un mando superior, y una escalera de jefes que acaban en el ejecutor de las funciones que tenga asignadas la institución.

A las instituciones se les ponen nombres propios. El rey, el Parlamento, el Gobierno, la Administración (los funcionarios) o mejor dicho, las Administraciones (la General, las autonómicas, las locales -Ayuntamientos, Diputaciones-).

Al conjunto de todas las instituciones se les nombra como el Estado.

El Estado, por eso mismo, es el encargado del funcionamiento como un todo del conjunto de la producción material. La producción material con sus complicaciones, como hemos visto (el capital se ha de reproducir en un medio que no es todo él capitalista, sino que hay también productores por cuenta propia).

Además, y como función principal, ha de reproducir al conjunto tan complejo de la producción material. Y a ello dedica el grueso de sus medios (un ejército de funcionarios civiles y militares, con su consiguiente equipamiento e instalaciones).

El propio control y reproducción de los aparatos (conjunto de personas y medios dedicados a un fin –se utiliza la expresión igual que si decimos el aparato digestivo refiriéndonos al cuerpo humano-) utilizados (cuerpo de jueces, cuerpo de la guardia civil, cuerpo de profesores) requiere nuevas instituciones encargadas de esta función (la reproducción y control del conjunto de las instituciones).

Este "mundo" especializado en funciones aparentemente ajenas a la producción, aparece a los ojos de un obrero como algo absolutamente ajeno a sus intereses, y al mismo tiempo algo muy difícil de entender. Sin embargo, existen, se han montado, para él. Sin los obreros, sin la producción material, las instituciones no existirían.

No hay que extrañarse; realidades más cercanas a nosotros, como es el cuerpo humano, nuestro propio cuerpo, lo conocemos muy mal. Si lo queremos conocer tenemos que hacer un esfuerzo de conocimiento distinto del que con su trato diario tenemos, hemos de dar unos pasos "en el camino del conocimiento científico": Hemos de estudiar anatomía (los elementos del cuerpo humano), fisiología (el movimiento y funcionamiento de éstos) y estos conceptos primeros nos parecen un poco extraños, e incluso innecesarios. Pasa igual con el conocimiento del trabajo y del trabajador. Suena al principio un poco raro que para tener un conocimiento científico (o "en el camino de la ciencia") de los mismos deben tenerse una nociones de lo que es una institución, y de cual es la función, el papel, del conjunto de las mismas, del Estado. Pero al hacerlo así se nos abre una posibilidad de comprender mejor el papel del trabajador en la sociedad y descubrir al mismo tiempo las posibilidades de conformar esa sociedad a los intereses de quien soporta sus trabajos más duros, los obreros.

Hemos interrumpido el hilo que llevábamos, para hacer hincapié en la estrecha ligazón entre el Estado (el conjunto de las instituciones) y la producción material, es decir, los trabajadores productivos.

Pero esta ligazón hay que descubrirla, porque no aparece a la vista, directamente (igual que ocurre en todas las ciencias, que

descubren los movimientos reales de los fenómenos que estudian y que resultan distintos de lo que las apariencias hacían pensar).

El Estado (las instituciones) aparece constantemente ocupado en el funcionamiento interno de las distintas instituciones (oposiciones, concursos, organización del trabajo, sueldo, competencia) y de las relaciones entre ellas (competencias de las Comunidades Autónomas) El lenguaje de las instituciones no es el común de los ciudadanos, sino especializado y oscuro, de forma que, en su conjunto resultan ajenas a los intereses de los trabajadores.

Esta forma, lejana, especializada, oscura, de ser y comportarse el Estado, tiene como efecto unas consecuencias muy importantes para el movimiento obrero.

Al Estado (sus instituciones) lo mueven sus trabajadores, no se mueve solo. Lo hemos visto, un inmenso ejército de funcionarios (militares y civiles) y trabajadores públicos (quiere decir de las Administraciones), arrastran diariamente el carro del Estado. Trabajan a cambio de un sueldo. Pero, como aclaramos más atrás, quien los emplea no es un empresario, no participa directamente en la producción y sobre todo no busca una ganancia. Solo puede gastar en sueldos lo que recibe para ello por parte del Parlamento en la ley de presupuestos. El Parlamento, a su vez, como es una institución también, ha de pagar a sus funcionarios con el dinero que señala el propio Parlamento. Se trata, por lo tanto, de una relación de trabajo distinta de la del obrero, de la del trabajador de la producción material.

Estos trabajadores, los públicos, los de las instituciones (los de todas las instituciones), además de esta característica que los diferencia, tienen otra, a la que nos queríamos referir. La forma especializada, lejana y oscura (semisecreta) de comportarse las instituciones, contagia a los trabajadores que las sirven. Y los contagia en el sentido de que su trabajo es distinto, más “distinguido”, que el de un trabajador de la producción.

Esta característica se da en forma de tendencia, es decir, todos los trabajadores públicos no se sienten “distinguidos”, pero la generalidad de ellos, sí.

Y esta tendencia se acusa en los cuerpos de funcionarios que están más cerca del centro en que se juntan las funciones esenciales del Estado: la violencia organizada y el encuadramiento en la aceptación del orden propuesto (en nuestro caso el orden capitalista). Los cadetes de la academia Naval de Marin (por poner un ejemplo), y los miembros de la Conferencia Episcopal Española (por poner otro), se sienten (tienden a sentirse) bien “distinguidos”, bien distantes y distintos de los trabajadores de la producción.

Esta distinción o lejanía respecto al trabajador de la producción, va unido en estos cuerpos centrales en las funciones del Estado, a una ocultación o distracción de los efectos de su actuación en la sociedad. Todas las organizaciones armadas de nuestro entorno europeo, se resistirán a aceptar su papel central en la defensa y conservación de un orden que persigue fundamentalmente la reproducción en la mejores condiciones del capital. Como tal institución lo enmascararán en la función constitucional, en la voluntad popular, etc.; es su obligación, todas las instituciones necesarias para conservar un orden basado en la separación de los trabajadores de sus medios de trabajo y de su producto, tienen como función ocultar la causa de su existencia, ocultarla o enmascararla, en caso contrario se la sustituirá por otras más eficaces.

Los señores cadetes (así creo que se les trata en su institución) y los señores obispos, desempeñan una función, como institución que son, a cambio de la cual reciben un sueldo que señala el Parlamento, que es la institución central que reparte el dinero entre todas las instituciones.

Esta retribución se les hace a cambio del servicio que prestan a la tranquila y segura reproducción del capital. Los cadetes adiestrándose con las armas, esperando que no sea necesario utilizarlas y disuadiendo con su sola existencia; los obispos, indicándonos el camino para ser buenos y felices, camino que coincide con el que el capital necesita para reproducirse. En la

medida en que cumplan este cometido, el capital se encarga, vía Parlamento, de retribuirlos; en la medida en que su función empiezan a desempeñarla mejor otras instituciones empieza su decadencia.

Las instituciones, para cumplir bien su misión, siempre tienen una justificación, una explicación interna, una razón que tranquilice y haga sentirse seguros a sus miembros. De forma que tienen dos caras. Una, la que la propia institución mantiene y explica. Otra, la que resulta en la realidad al enlazar su función con de las demás instituciones, y la del conjunto con la producción (con los obreros).

Los señores cadetes nos dirán que ellos ni matan ni asustan a nadie. Los obispos, que ellos enseñan a las almas el camino que las llevará al paraíso y mientras tanto a que hagan el bien. Si esto fuese así, si el efecto sobre la sociedad de su existencia y su actuación fuese tal como ellos explican, no recibirían un céntimo del Estado, deberían pensar en “trabajar”. Instituciones así no sirven.

Todas las instituciones importantes (las de la violencia organizada y las creadoras de opinión, de consentimiento), tienen siempre una explicación interna y una función real, que no coinciden. Los cadetes dicen ahora que defienden el orden constitucional. Cuando no había constitución, con la dictadura, ¿qué defendían? ¿y los obispos? Su función no ha cambiado. Su justificación, sí.

Por eso es tan importante para los trabajadores, para el movimiento obrero, que el conocimiento del entorno en que se desarrolla, que el conocimiento que tenga de la sociedad de la que forma parte, no provenga de las instituciones. Las instituciones, ya lo vamos viendo, tienen una visión de su función en la sociedad y de la sociedad misma, muy distinta de la que el movimiento obrero necesita para llevar adelante sus acciones y plantear sus proyectos.

Las instituciones no son unas mentirosas, ni sus miembros unos engañosos; es que funcionan así. Los cadetes son valientes, disciplinados y alcanzan una alta calificación en su formación (son unos chicos excelentes). Pero eso no guarda relación con la función global real de las fuerzas armadas, que es la de ser seguro final de un orden que, lo acabamos de ver, se basa en el trabajo por cuenta

ajena, en el capital  y su reproducción. No hay una valoración moral, es la descripción de hechos reales y su estudio. Los obispos son santos, buenos, decentes, instruidos, buena gente, habitados por el espíritu santo, salvadores de almas, etc. Si toda su actividad en la sociedad no tuviera como resultado real una forma de pensamiento y de conducta en la mayoría de los miembros de esa sociedad que facilita y permite una fácil reproducción del capital, no recibirían del Estado ni un real (como no lo reciben allí donde su influencia en la sociedad en este sentido ha disminuido). Seguirán existiendo y salvando almas, pero dejarán de ser una institución necesaria, y por eso pagada, para el capital. Y esa es la función que aquí nos ha interesado; en todo lo demás, que nos dispensen cadetes y obispos, que su existencia solo nos interesa si afecta de un modo directo e importante a los trabajadores.

No es novedoso que las instituciones, consideradas una a una, o en su conjunto formando el Estado, den una visión de sí mismas muy favorable. Solo hay que acudir a los hechos observables directamente. La dictadura del General Franco era, según sus instituciones, lo mejor que podía desear la sociedad española; solo perseguía el bien común de todos los españoles. Sus apoyos institucionales más importantes, la violencia organizada –el ejército-, y la formación de las conciencias- la Iglesia-, así lo creían y así lo manifestaban. El orden a que servían una y otra institución, el orden del capital, se lo retribuía económicamente.

Desaparecida la dictadura, ambas instituciones siguen en su sitio. Es cierto que esto es así porque siguen sirviendo al mismo orden, pero en forma diversa. Sin embargo, sin libertades y con libertades, ambas instituciones se veían a sí mismas como los pilares del único orden justo. La Iglesia y el ejército, pilares de la libertad, y la Iglesia y el ejército pilares de la dictadura.

Es decir, las instituciones hay que estudiarlas desde fuera y en su función real (no en la propia que ellas confiesan).

Esta función real es siempre la conservación del orden que las crea y las paga. Las crea y las paga para que ejecuten bien su tarea. Un grupo de ellas, mediante la violencia, la coacción; el otro,

mediante la presentación de este orden como el más lógico, más natural, más justo, más bueno, más humano.

Esto es así, cualquiera que sea el orden que se defienda. Tanto en Cuba (comunista), como en Estados Unidos, las instituciones las monta y paga el amo de la producción. Y en uno, y otro sitio, las violencia y el consentimiento son los centros alrededor de los que se construyen las instituciones.

Siendo esto así, es inútil que preguntemos a las instituciones por el orden que protegen o embellecen. Siempre será el mejor.

Como el orden que protegen y embellecen las instituciones es el orden de la producción, o lo que es lo mismo, el orden del trabajo, al movimiento obrero le es de un gran interés el asunto que las instituciones se traen entre manos.

Y es, así mismo, del mayor interés, tener siempre presente que la visión que las instituciones dan del orden que las creó es siempre favorable a ese orden. Las instituciones que el capital paga y utiliza, si cumplen bien su tarea, presentaran y defenderán la creación y mantenimiento de las condiciones que más favorezcan el desarrollo y reproducción del capital.

El orden económico en nuestro país, o lo que es igual, la forma de prestarse el trabajo, ya hemos visto que no es simple, sino complejo, no es sencillo, sino complicado. La relación de trabajo por cuenta ajena es la principal, por lo tanto el capital tendrá todas las preferencias. El trabajo por cuenta propia gozará de las mejores condiciones para su desarrollo y reproducción pero siempre que no entorpezca las preferencias del capital.

Este es el orden (la forma de trabajar) que las instituciones españolas tienen como tarea defender y presentar como el mejor, el único, el más racional, el más natural, el más lógico, el más humano.

El trabajo por cuenta ajena (el capital) y el trabajo por cuenta propia, en su caminar, en su reproducción, tienen un lugar, un escenario, en el que se encuentran, se reúnen, diariamente, y ese lugar es el mercado.

En el mercado se encuentran todas las mercancías. Las elaboradas trabajando por cuenta propia y las elaboradas por el trabajo por cuenta ajena.

A pesar del distinto origen de los productos, los precios serán únicos (una naranja que compramos en el mercado, no sabemos si ha sido producto de un proceso de trabajo por cuenta propia o ajena). Así mismo las materias primas y las máquinas utilizadas en el trabajo, se encuentran en el mercado, al mismo precio para un tipo de trabajo y para el otro.

El capital, sus amos, con su gran capacidad para introducir en el proceso de trabajo los medios más modernos y costosos, consiguen una productividad a la que el trabajo por cuenta propia le cuesta llegar, sobre todo al campesino con una producción de tipo familiar.

El capital consigue así disciplinar, hacer acatar sus ordenes, a todo proceso de trabajo por cuenta propia. Con lo cual los coloca en trance de desaparecer, si no se ponen a su nivel.

Y en este punto, en este desequilibrio, aparecen las instituciones para recordar que la reproducción del capital se realiza, no en solitario, no es una reproducción simple, sino conjuntamente con la reproducción de los procesos de trabajo por cuenta propia.

Es decir, unas mismas instituciones, las instituciones de un mismo Estado, han de responder a las exigencias de la reproducción del capital, pero también a las del trabajo por cuenta propia. Como tiene exigencias distintas, las instituciones han de aparecer, a un observador ingenuo, como poco conjuntadas, poco coherentes, mal armonizadas.

Como además, en esta reproducción conjunta, han de prevalecer los intereses del capital, este observador citado, acaba pensando que las instituciones, ofrecen una cara, pero luego actúan siempre a favor del más fuerte. Cuando en realidad están cumpliendo fielmente su tarea.

Nos introducimos un paso más en el conocimiento de las instituciones en nuestro país y en nuestro entorno europeo.

Las principales instituciones tienen como misión central la reproducción del capital. Pero la reproducción del capital, no desenvolviéndose en solitario, sino en forma conjunta con otra forma de trabajar, la que se hace por cuenta propia (particularmente los campesinos, las empresas familiares campesinas).

Esta forma de actuar de las instituciones, atendiendo a exigencias del capital, y al mismo tiempo tratando de crear las condiciones para que no desaparezca la forma de trabajar por cuenta propia, hace que aparezcan poco claras en su acción, poco definidas.

Otras veces, una institución aparece defendiendo claramente al capital y otra, la forma tradicional campesina de trabajar.

Las instituciones que crean y gestionan las ayudas o subvenciones para determinados cultivos, los cereales por ejemplo, son la muestra más clara de los que decimos. Aparentemente se conceden para ayudar al campesino (por cuenta propia), y la mayor parte va a para a empresas o propietarios que contratan a trabajadores (cuenta ajena) y ellos se quedan la subvención. Es un efecto claro de la reproducción del capital en forma paralela con el trabajo por cuenta propia.

Otro motivo de actuación sospechosa, o poco clara, de las instituciones, es que los capitales no son todos iguales, sino que hay grandes diferencias de tamaño. Cuando las instituciones emprenden una actuación favorecedora del capital, han de tomar precauciones para que todas las ventajas no las acapare el gran capital. Y esta acción a favor del pequeño capital, puede aparecer como que se enfrenta al gran capital, cuando en realidad lo que hace es regular su mejor funcionamiento.

La misma actuación de las instituciones regulando las relaciones de los distintos capitales, grandes y pequeños, de unos y otros sectores, para establecer el coste de los trabajadores (salarios), así como su rendimiento (jornada, intensidad del trabajo,

seguridad y prevención de riesgos), hace aparecer a veces a estas instituciones inclinándose, en ocasiones a favor del capital, y en otras a favor de los trabajadores.

Todas estas circunstancias (que recordamos aquí) hacen que las instituciones aparezcan como en continuo arbitraje entre intereses encontrados, buscando una especie de término medio entre ellos. Cuando hemos visto, que las continuas intervenciones de todas las instituciones en nuestros países europeos, no tienen otra guía fundamental que la de acomodar al conjunto del capital, una reproducción (que suelen llamar desarrollo) compatible con otras formas de trabajo (por cuenta propia) y con la reproducción de sus propios elementos (por ejemplo el trabajador).

Esta forma de trabajar las instituciones, procurando que, sobre todo, salga adelante (se reproduzca) la relación capital-trabajo, sin romper los equilibrios entre los capitales entre sí, entre estos y sus trabajadores, y entre éstos y la otra forma de trabajar (por cuenta propia); esta forma de actuar, consistente en reproducir una relación entre dos elementos, las hace aparecer como árbitro independiente que tercia en la disputa en forma imparcial. Siendo así que, tratándose de una relación de sometimiento, su reproducción no hace sino eternizar la relación favorable al capital y contraria el interés del trabajador.

En los ejemplos puestos, podemos apreciar que las instituciones referidas pueden aparecer como defensoras de los intereses de los campesinos, de los pequeños capitalistas y de los trabajadores por cuenta ajena, frente al gran capital que pretende imponer su solo interés y que lo conseguiría, si no fuese por la intervención protectora de la institución que acude en ayuda del débil.

Esta versión salvadora de la institución, la hace necesaria e imprescindible, no solo para la parte fuerte de la relación (el capital), sino también para la parte débil. Necesaria para el capital porque prepara las condiciones para su cómoda reproducción; y necesaria para el trabajador porque lo protege de la voracidad del capital y obtienen para él las mejores condiciones posibles de vida y de trabajo.

Esta doble función de las instituciones en nuestro países, las hace objeto de estudio y conocimiento preferente para el movimiento obrero. Ya que, sin conocer bien cómo se forman y cómo funcionan las instituciones, es fácil caer en su juego y perder de vista las metas propias de los trabajadores y de sus organizaciones.

El conjunto de instituciones que preparan, crean y mantienen las condiciones para un cómodo desenvolvimiento del capital en nuestras sociedades constituyen lo que llamamos el Estado.

Para las organizaciones de los trabajadores no es preciso tener un conocimiento técnico de la organización y ensamblaje de las instituciones del Estado. Bastaría con retener que la violencia organizada (ejército, fuerzas de la seguridad del Estado) y las organizaciones u organismos de la formación de opinión o encuadramiento de las formas de conciencia, constituyen la estructura del cuerpo del Estado y, por tanto, han de estar bajo su control.

Sin ello no existiría el Estado, ya hemos visto lo que son las instituciones. Cómo son creadas, o se utilizan otras ya existentes, para reproducir las relaciones económicas fundamentales.

Los organismos de opinión, por ejemplo, la Iglesia, que ya trabajan en el sentido deseado, no hay por qué encuadrarlos técnicamente dentro del Estado, pero evidentemente cumple una función muy importante para el Estado, por eso le paga los sueldos a curas y obispos y les concede muchas facilidades económicas, con lo que consigue tener su control, y eso es suficiente.

Todas las instituciones, acabamos de verlo, para contribuir a reproducir el capital, se colocan en una especie de equidistancia (igual distancia) entre los dos extremos de la relación que concretamente reproducen (capitalistas pequeños y gran capital, capitalistas entre ellos –competencia- formas capitalistas y no

capitalistas de trabajar la tierra, capitalistas y trabajadores, reproducción de los propios trabajadores (seguridad social, sanidad, enseñanza). Esta equidistancia es solo aparente, en realidad esa posición se adopta para mejor encajar el interés del capital en su conjunto.

Sin embargo, esa posición de las instituciones, su plan de aparente árbitro entre los dos intereses de la relación que se trata de reproducir, repetida y multiplicada por la gran cantidad de sus intervenciones unido a la forma pública de las mismas, da al conjunto de todas ellas, al Estado, una apariencia de defensor del interés general muy extendida en la opinión de los ciudadanos.

Esto no es más que una apariencia, pero por eso mismo, hay que recordar en el punto en que estamos, que las apariencias son la primera forma que tenemos de conocer las cosas. Se empieza teniendo noción de una cosa o persona por la apariencia (recordamos aquí como la apariencia se creía que el sol giraba alrededor de la tierra).

Esto lo podemos comprobar en cualquier institución concreta. Por ejemplo, las instituciones que se ocupan directamente de las relaciones del trabajo por cuenta ajena: las que redactan y aprueban la ley del Estatuto de los Trabajadores, las que la aplican –Ministerio de Trabajo-, las que resuelven en caso de litigio –Tribunales de los Social-. Son instituciones cuya tarea consiste en regular la entrega por parte del trabajador de su propio trabajo y la entrega del empresario, a cambio, de un salario. La cantidad del trabajo entregado –jornada, rendimiento mínimo-, así como la forma de realizarlo –deber de obediencia del trabajador, mando del empresario-, o la cuantía del salario, es decir, las condiciones en que se presta el trabajo, vienen establecidos por esas instituciones. Y vienen reguladas de forma que permitan una cómoda reproducción del capital. Así es, y se trata de un dato comprobable. Y el propio Estado lo admite. El es quien establece las condiciones para que, por ejemplo, se establezca una gran empresa japonesa en nuestro país. Establecerá las mejores condiciones para el capital.

Pues bien, a pesar de todo ello, las normas que regulan la relación del capital y del trabajo, se presentan por parte del Estado,

como unas normas “protectoras” del trabajador. El Derecho del Trabajo que se enseña en nuestras Universidades, se presenta como un derecho “tuitivo”, que quiere decir protector del trabajador. Así se presenta a los estudiantes y así se presenta a los trabajadores y a los ciudadanos en general.

Lo que se desprende de este ejemplo particular, es aplicable al conjunto de las instituciones y particularmente a las más importantes. Las fuerzas armadas, la policía, los tribunales y las prisiones, por una parte, y el conjunto de organizaciones encargadas de presentar y que se acepte como razonable y normal, el orden del capital, es decir el trabajo por cuenta ajena. Estas instituciones, cuya finalidad acabamos de repetir, se nos presentan sin embargo por parte del Estado, es decir, por parte de sí mismas, como protectores de algo que se presenta como el bien general.

No dejamos de aprovechar la ocasión para situar en su lugar adecuado este llamado bien general.

Pensemos, por ejemplo, en una gran huelga, tan extensa y tan larga, que acaba comprometiendo la continuidad –la existencia- de todo un sector de la producción. Intervendrían todas las instituciones que hemos señalado anteriormente –Inspección del trabajo, Ministerio del Trabajo, Tribunales de lo Social, etc.-. Si logran una solución, se presentará ésta como que se ha salvado el bien general, lo mejor para todos los implicados, las empresas y los trabajadores. Nosotros, sin embargo, ya sabemos que lo que se ha salvado es el normal funcionamiento de reproducción del capital y a eso es a lo que el Estado llama el bien general, el bien de todos.

El normal funcionamiento de todas las instituciones es la principal meta de los estados de nuestro entorno europeo y de nuestro propio estado ¿Esto que quiere decir? Quiere decir que, si el conjunto de las instituciones tienen como finalidad el buen funcionamiento del capital en su continua reproducción, el normal funcionamiento de éstas quiere decir el buen orden creado por el capital.

Sin embargo, y hay que insistir nuevamente en esta idea, el Estado se presenta a todos, y en particular a los trabajadores, como

el medio, como el instrumento, a través del cual se encontrará la seguridad y la protección, ante situaciones de desamparo o de trato desigual. Ya se trate de situaciones individuales o de grupo, sociales. Y esto ocurre, no solo en nuestro país, sino y de manera mucho más acusada entre nuestros vecinos europeos más cercanos.

¿Es que acaso no es así? ¿El Estado no es a quien hay que acudir para tratar de resolver problemas personales, sobre todo sociales? Esto ¿es así? ¿Es cierto o es falso?

Ni es cierto ni es falso.

Cuando se dice que el empresario es quien crea riqueza y empleo en un país capitalista ¿es cierto o es falso? Es cierto y es falso. O ni es cierto ni es falso.

En una relación de trabajo en que el trabajador no controla los medios con que trabaja, no participa en la organización de su trabajo, y no es dueño del producto de su trabajo, y quien controla los medios, dirige la organización y es dueño del producto, es el empresario, no carece de sentido (sería cierto) la expresión anterior. El empresario es el protagonista en este tipo de producción y a esta forma de producir la llamamos capitalista.

El conjunto de instituciones creadas y utilizadas para la reproducción del tipo de relación de trabajo que acabamos de describir, le hemos llamado el Estado. Como esta relación de trabajo se ha de reproducir (desarrollar) en condiciones no puras, ni simples, sino en una sociedad donde todas las relaciones de trabajo no son capitalistas (hay trabajo tradicional familiar campesino, hay talleres de artesanos de trabajo por cuenta propia, hay el trabajo en cooperación por cuenta propia, hay el inmenso océano de trabajo doméstico que no sale hacía el exterior –hacer la comida, la limpieza, ordenar la casa, ropa, etc.-, hay los trabajadores de las administraciones –civiles y militares-), el número y la especialidad de instituciones que han de ajustar todo este tipo de trabajos y su reproducción es enorme y puede aparecer como un conjunto desordenado.

Sin embargo sabemos que, lo que llamamos el Estado, tiene una unidad, funciona en su conjunto en una dirección, la reproducción, en las mejores condiciones posibles dentro del terreno en que opera, del capital, de todo el capital, el pequeño y el gran capital, el de casa y el que viene de fuera, el que entra y el que sale.

Si esa es la función del Estado, la frase anterior (¿nos resolverá nuestros problemas sociales –empleo, pensiones- el Estado?) es cierta; si nuestros problemas sociales o personales concretos entran en el orden del capital, es decir, si su solución está en el camino que recorre el capital para desarrollarse. Si no, no. Nuestros problemas de trabajadores tendrán que adecuarse a las formas y ritmos de desarrollo del capital, y no al revés, el Estado se encarga precisamente de eso.

La estructura de los estados europeos y americanos (Norteamérica, Canadá, Japón, Australia, etc., lo que llamamos el mundo occidental) es muy parecida. Llamamos estructura a lo que los constructores de viviendas se refieren cuando tienen ya construidos los cimientos, los pilares, los techos, es decir, los elementos esenciales de una vivienda.

Todos los estados de la zona referida tienen la misma estructura, porque tienen una misma función: la reproducción del capital. Las instituciones fundamentales son las mismas, aunque cambien de nombre o de forma.

Sin embargo, aunque la estructura sea la misma y la función también, no se trata de estados idénticos. La misma finalidad puede ser perseguida por caminos y medios que no sean exactamente iguales, se trataría de “modelos” que persiguen la misma meta, pero cada uno a su estilo.

Por poner un ejemplo, elegiríamos dos estados, el norteamericano (Estados Unidos), y el sueco, como representación de lo que decimos.

En ambos, el capital consigue sus condiciones de reproducción de forma muy aceptable, y tan parecida, que pasa de uno a otro país sin dificultad alguna.

Sin embargo, la reproducción de los trabajadores no se hace en condiciones idénticas. En ambos países, la productividad de los trabajadores es muy alta y como consecuencia, sus salarios también son muy altos, pero, mientras en Suecia, las instituciones, con el dinero que reciben por los impuestos que pagan los trabajadores, hacen frente a las necesidades de éstos mediante pensiones de vejez, de desempleo, atención sanitaria, educación, vivienda, ocio, etc., en forma muy significativa; las condiciones de reproducción de los trabajadores en Norteamérica se dejan básicamente al cuidado y atención privada de ellos mismos, a las que hacen frente a través de sus altos salarios. Las funciones de las instituciones suecas que hemos referido, en Norteamérica cubren unos niveles mínimos, para los trabajadores de salario muy bajos.

Son dos formas, como vemos de reproducirse el capital, y ambas formas tienen defensores, seguidores e imitadores. En un mismo país puede haber partidarios de uno u otro estilo.

La existencia y defensa de uno y otro modelo, obteniendo ambos el mismo resultado (la cómoda reproducción del capital), nos está diciendo que, en el fondo, se trata efectivamente de estilos, de modo de reproducción de uno de los elementos de la relación del capital, el trabajador; la relación, sin embargo, sigue siendo la misma. Reproducción del capital es lo que buscan y obtienen las instituciones suecas y las americanas. Además, reproducción del mismo capital, dado que no hay prácticamente barreras para que emigre de uno al otro país.

Hay que advertir que los capitalistas norteamericanos encuentran más apropiada y cómoda su vía, y lo que es más llamativo, los trabajadores y sus organizaciones (el movimiento obrero mayoritario norteamericano) también.

Otro tanto hay que decir de los capitalistas suecos, sus organizaciones patronales, y los trabajadores y las suyas; todos ellos encuentran más válido su modelo.

En el resto de países de economía capitalista, las preferencias se reparten entre ambos modelos, habiendo,

naturalmente, quien se queda con elementos de uno u otro modelo, o quien se sitúa en medio del camino de uno u otro.

Admitamos, por último, aunque sea repetir, que se trata de buscar las fórmulas que mejor se adapten a la reproducción del capital en las condiciones concretas de su país. Y que, de estas dos formas que pueden servir hoy de modelo, las organizaciones de los trabajadores se inclinan por una u otra, sin que aparezca un motivo o una razón que decida cual de las dos es preferible para todos los trabajadores ligados por la misma relación al capital.

## CUADERNO II

### Una primera incursión al campo de “la política”.-

Las instituciones cumplen, según venimos viendo, la función que les encomiendan los amos de la producción; en el caso de las sociedades capitalistas, los amos del capital.

Pero una cosa es quién señala la función a las instituciones y otra quién las hace funcionar, es decir, quien las conoce y sabe ponerlas en movimiento. El amo del coche de caballos es quien decide la dirección y el destino en el viaje, pero el cochero es quien sabe poner en movimiento al coche con los caballos. No es frecuente que el propio amo conduzca el coche y cuide los caballos.

La función general de todas las instituciones en nuestros países capitalistas es reproducir el capital. Pero, acabamos de ver, esto no se hace en el detalle en la misma forma en todos los países sino que hay variantes en la forma de llevar a la práctica diaria esta finalidad común.

En el estado norteamericano y en el sueco hay variantes en las instituciones que se encargan de la reproducción de los trabajadores. En un estado se ha elegido un camino distinto que en el otro.

¿Quién estudia estos caminos distintos, quién los propone, quién crea las instituciones que serían adecuadas y quién las dirige en su ejecución?

También puede hacerse la pregunta en general. Dado que las instituciones tienen señalada su función general ¿quién propone los distintos caminos para cumplir esta función? Y ¿quién propone las instituciones concretas para llevarlos a termino? Y por último ¿quién dirige estas instituciones?.

Esta actividad requiere equipos numerosos y fuertes, compuestos por especialistas en diversas técnicas y habilidades. No se trata de una improvisación, sino de propuestas que pueden acabar en la responsabilidad de dirigir, una, varias o el conjunto de las instituciones de un país.

Se conoce comúnmente esta actividad como política, y como partidos políticos a los distintos equipos que hacen las distintas propuestas. A las personas que se dedican a esta actividad se les conoce como políticos y si hacen de ella la forma habitual de buscarse la vida, se les llama políticos profesionales. Si se trata de una dedicación por un tiempo determinado, se dice que se han "metido" en la política y que después se han "salido". Si la dedicación es ocasional y no remunerada (no pagada), o seguida con interés sin intervención directa, se dice que se está interesado por la política.

Los partidos políticos tienen, pues, unas tareas amplísimas. Han de preparar a las personas que aspiran a dirigir instituciones (Gobierno, Parlamento, Comunidades Autónomas, Diputaciones, Ayuntamiento, etc.); han de preparar las propuestas que se convertirán en las formas concretas de actuación si llegan a dirigir la institución; han de hacer una labor de búsqueda de personas que quieran pasar a formar parte de los equipos del partido; y han de hacer un esfuerzo de presentación y defensa de sus propuestas para que resulten las más apropiadas para las soluciones que se proponen, así como que estas soluciones respondan a los problemas de las personas a quien se proponen.

Los grandes partidos europeos se presentan de la forma que acabamos de ver. Todos ellos proponen formas concretas de reproducción del capital, y el personal elige unas veces a unos y otras a otros, lo que traduce más o menos la idea de que todos tienen una misma meta.

Esto no quiere decir que no haya habido o pueda haber partidos cuya propuesta no sea la reproducción del capital. Lo cierto es que ninguno ha presentado una propuesta que haya merecido, pacíficamente, el apoyo necesario para pasar a dirigir las

instituciones. Este asunto, que nos parece fundamental, lo consideraremos más adelante.

Las personas que no forman parte, en una o otra forma, de uno de estos equipos llamados partidos políticos, tienen una intervención muy limitada en lo que hemos llamado actividad política. Periódicamente, cada cuatro años en la mayor parte de los casos, será invitada a elegir entre los distintos partidos que pretenden dirigir las instituciones.

Nos referimos naturalmente, a la actividad, no a la opinión. Una opinión sobre estas cuestiones (qué instituciones, para qué finalidad, con qué medios, con o sin partidos, etc.), por muy poco precisa que sea la opinión, la tienen todas las personas. Lo que ocurre es que la realidad concreta en que se produce nuestra vida social, reduce extraordinariamente nuestras posibilidades de acción política, y sin embargo da rienda suelta a nuestra opinión sobre las posibilidades que podría haber, si las circunstancias fuesen otras.

Concretamente, el hecho de que los amos del capital señalen el terreno en el que se moverá la actividad política (la reproducción del capital), hace que el juego que permiten las instituciones sea mínimo (en Norteamérica, de hecho, se permite votar, elegir, a un partido de conservadores y a un partido de ultraconservadores). En Europa, normalmente el juego de las instituciones, permite votar a un partido conservador (mucho) o a otro menos conservador. Cuando aparece un partido cuyo juego, sus propuestas , se salen del terreno señalado por las instituciones, el apoyo electoral que obtiene es mínimo.

**El concepto de “poder”.-**

En una relación de trabajo por cuenta ajena, el dueño de los medios de trabajo, el capitalista, es el que tiene el dominio, el

control, del proceso de trabajo. Decide cuándo empieza y cuándo acaba, qué se produce, lleva la dirección de todo el proceso y decide sobre el uso que se da al producto obtenido. El conjunto de los capitalistas decide, por lo tanto, lo que se hace, y cómo, en el conjunto de la producción (con las consideraciones que hemos visto para la parte de producción no capitalista).

El capital, en su desarrollo, en su reproducción, precisa una serie de apoyos, sin los que no podría existir ni reproducirse; a esos apoyos los hemos llamado instituciones.

Esas instituciones no funcionan desempeñando cada una su tarea por su lado, sino que lo hacen siguiendo un impulso ordenado. A ese conjunto de instituciones ordenado y siguiendo un impulso unitario (quiere decir, persiguiendo una misma finalidad esencial), le hemos llamado Estado.

La producción, el capital en nuestro caso, es quien crea, mantiene y por lo tanto, señala la dirección en las tareas de las instituciones. Veíamos cómo los equipos que se proponen como candidatos para dirigir las instituciones, los partidos políticos, encuentran ya acotado el terreno en el que se han de mover sus propuestas (en otro caso, éstas no tendrían ninguna viabilidad).

*A esta capacidad para crear, mantener y señalar la dirección a las instituciones se llama "el poder". Naturalmente para llegar a hacer esto, hay que haber llegado antes a dirigir la producción.*

Las instituciones en consecuencia, son instrumentos de poder, no son el poder. Esto lo aprendió muy bien un dirigente socialista que, después de llevar unos meses en la dirección del Estado, después de haber ganado unas elecciones decía: "¡ojo! solo hemos ganado, solo tenemos, el Gobierno, no el poder".

Las instituciones (Gobierno, jueces, Parlamento), no tienen poder propio, no se autodirigen. El terreno en que desempeñan su función está señalado de antemano. Fuera de ese terreno acotado, les falta el oxigeno, les falta el impulso. La producción es el oxígeno, la producción es el impulso, la producción es el poder.

A veces se habla del poder económico, del poder político y del poder ideológico. El primero seria el que la gente llama el “poder del dinero”; el segundo sería el poder de las instituciones (el poder de los militares, el poder de los jueces, el poder de los políticos); y el tercero sería el de los intelectuales, los curas, la radio, la tele, la prensa. En realidad, si nos fijamos bien, solo el primero es el poder. Todos los demás citados, o son instituciones, o son empresas. Si son instituciones (radio y tele del Estado, militares, jueces, políticos y curas), ya hemos visto quién las paga y les señala el terreno de juego. Si se trata de empresas (prensa, radio y televisiones privadas), deberán obedecer, primero de todo a la ley de la ganancia máxima, o también es posible en este tipo de empresas, defenderán a la parte del capital que las financia. Es decir, hablar de poder político o ideológico, es una forma de hablar de las instituciones llamándolas de otra forma o con otras palabras.

Sin embargo, hablar de poder económico es repetir dos veces el mismo concepto. La economía, cuando viene referida a una forma concreta, la economía capitalista, por ejemplo, ya lleva en su interior los instrumentos de poder a su servicio. Sin las leyes que dicen quién es el propietario, cuáles son sus derechos, qué tribunales los defienden, cuales son los deberes del trabajador, y sus derechos, no habría economía capitalista. Es decir, la producción no señala a las instituciones sus funciones para que le presten una ayuda en caso de que falle algo, no. La función de las instituciones penetra la producción hasta el fondo de su propio ser, dándole la estructura y la forma que tiene, y luego, tienen que seguir actuando durante la reproducción, para que siga ésta manteniendo la misma entidad (para que el capitalista siga siendo capitalista, y el trabajador asalariado, trabajador asalariado).

Por lo tanto, no existe la economía capitalista, y a su lado las instituciones del Estado, no. Las instituciones, el Estado, están en el corazón de la economía capitalista, como hemos visto. Los parlamentarios y los jueces entran en la producción misma para definir y mantener los papeles, las funciones de cada uno, las del capitalista y la del trabajador. Y si para mantenerlas y defenderlas hace falta la policía, ésta entrará también, es parte de su construcción. La producción capitalista, el trabajo por cuenta ajena, lo construyen los capitalistas, los trabajadores, los legisladores, los

jueces, los policías. Todos ellos juntos. Lo construyen, y reproducen cada día las condiciones de su reproducción.

Por eso, es mejor hablar de poder. Los instrumentos de poder, son solo eso, instrumentos de poder.

Los ejemplos históricos que podamos poner no harán más que confirmar lo dicho. Al comienzo del Gobierno del General Franco hubo la propuesta, por parte de los falangistas (una especie de partido político que apoyaba al Gobierno), de que el jefe de empresa fuese distinto del propietario y fuese elegido. No prosperó la propuesta porque no se correspondía con las exigencias de la reproducción del capital, que era la tarea que éste último señalaba al Gobierno militar, pues para eso lo financió, comprándole armas y corriendo con todos los gastos del levantamiento contra el Gobierno de la República. También el Gobierno de la República se movía dentro de los límites que le señalaba la reproducción del capital, pero una parte de éste, del capital, temió que el rumbo que tomaba el último gobierno republicano, podía poner en peligro la reproducción en la forma que él prefería, (por ejemplo, la que le ofreció Franco durante cerca de cuarenta años). Sin embargo, el paso del último gobierno de Franco, al primero de Adolfo Suárez, le pareció bien al capital, dado que uno y otro cumplían las condiciones de su reproducción, este último quizá con más facilidades para el movimiento de los capitales con Europa y Norteamérica. Es decir, al capital le da igual qué tipo de institución concreta le asegura una reproducción cómoda. Le da igual que se trate de un gobierno militar o civil, que haya partidos políticos o no, que la prensa, la radio y la televisión las cree directamente el Gobierno, o que sean empresas privadas del capitalista que quiera crearlas, lo único que exige es que sean un buen instrumento para su buen caminar.

Otro ejemplo que enseña bien dónde está el poder y cómo condiciona el papel de las instituciones, es lo que se llamó la revolución bolchevique o comunista en Rusia en el año 1.917.

En este año, la producción rusa estaba en manos, fundamentalmente, de los propietarios industriales y de los grandes propietarios agrícolas (éstos mismos combinaban estas propiedades con el dinero que tenían en los bancos). Ellos señalaban a las

instituciones rusas (el Estado), las funciones que correspondían a un desarrollo de sus capitales que contara con los intereses de la mediana y pequeña propiedad campesina, claro está.

En esa situación, y como consecuencia de la primera guerra mundial, en que el ejército ruso se está llevando la peor parte y se retira de los principales frentes, las demás instituciones comienzan un reajuste que permita mantener a los propietarios al menos lo esencial de la producción en sus manos. Comienzan echando al Zar (una especie de emperador), creándose un gobierno provisional; pero éste tampoco dura mucho, y lo que viene es un hundimiento de todas las instituciones. Esto quiere decir que se interrumpe el curso de la reproducción tal como iba hasta entonces, sin que los antiguos propietarios dispongan ya de los instrumentos que componían su poder. No hay ejército, ni policías, ni jueces, ni Iglesia; mejor dicho, lo que queda de esas instituciones no tiene ese impulso unitario que indica la dirección de sus funciones: la producción se ha desorganizado.

Lenin improvisa, con su partido bolchevique, un ejército, una policía y unos funcionarios, y monta un gobierno provisional, junto con los representantes de los pequeños y medianos campesinos.

Lo primero que hace este gobierno es decir quiénes son los dueños de la producción (industria, transportes, bancos y grandes propiedades agrícolas): el pueblo trabajador. Los antiguos grandes propietarios son expropiados sin indemnización y la propiedad pasa al estado, que la recibe en nombre de los trabajadores.

Aquí se ve cómo la violencia organizada (el nuevo ejército de soldados y campesinos) y la organización del consentimiento (el partido bolchevique), están presentes en la creación de las condiciones de la nueva producción (la producción que luego se llamará comunista). El estado (violencia y formación de conciencia) está presente en el nacimiento de la nueva producción (en realidad forma parte de ella), y luego son las condiciones, los instrumentos de sus reproducción.

Una vez decidida la forma que tendrá la producción, ésta (los que manden en la producción) será quién indique la dirección que

han de seguir las instituciones (las nuevas y lo que quede de las antiguas). Y así se hizo. El Estado que fue el verdadero propietario de la producción –aunque en nombre del pueblo-, fue quien fue dando forma a las nuevas instituciones y liquidando o reformando las antiguas.

Como el Estado fue copado (ocupado) por el partido bolchevique (posteriormente llamado comunista), ha sido éste quien ha ocupado el poder hasta fechas muy recientes.

Vemos, en consecuencia, que el poder en Rusia (luego Unión Soviética) lo tenía el Estado. Esto podría resultar contrario a lo que hemos visto en el capitalismo, que quien tiene el poder es el que manda en la producción, y por mandar en la producción es quien guía a las instituciones (al Estado). Pero lo que ocurrió en la Unión Soviética es que el Estado era el dueño de la producción y como tal dueño de la producción, tenía poder propio, no solo era, el estado soviético, instrumento del poder, sino el poder mismo.

**Las realizaciones prácticas de los partidos socialistas.-**

En la primera parte hemos hecho un pequeño recorrido por una serie de cuestiones que nos servirán para poder centrar mejor nuestro interés, en lo que es el objetivo de todas estas páginas: lo que ha significado, y significa hoy, el comunismo para los trabajadores.

Recordemos cómo el socialismo y el comunismo, los socialistas y los comunistas, arrancaron juntos en la historia; cómo se separaron a partir de la existencia de la Unión Soviética (1.917), y cómo, no obstante, los comunistas siempre han mantenido y siguen manteniendo que ellos persiguen construir la sociedad socialista.

Para seguir avanzando, nos detendremos, por separado, en las realizaciones de unos y otros. Haremos unas consideraciones sobre lo que han hecho en la realidad, cuando han tenido en sus manos el Gobierno de un país, tanto los que siguen llamándose socialistas, como los que siguen llamándose comunistas.

Empezaremos por los socialistas. Cuando nos referimos a los socialistas, estamos señalando a los partidos políticos (europeos principalmente, para simplificar así las cuestión), que tienen ese nombre, o que, aunque tengan otro nombre, consideran que se mueven en el terreno que se suele llamar de la socialdemocracia.

Son partidos políticos que han llegado a gobernar, a través de procesos democráticos, en Alemania, Reino Unido, Francia, España, Italia, Holanda, Bélgica, Portugal, etc., con programas de gobierno muy parecidos. En el Parlamento europeo forman un grupo sus representantes, y se les conoce también como el grupo socialista.

Qué significa que un partido político europeo se llame, o se le considere socialdemócrata, no ha sido lo mismo antes que después de la segunda guerra mundial. Nosotros nos vamos a referir solamente al periodo posterior, que es cuando, a través de procesos democráticos periódicos, estos partidos han podido llevar a la práctica sus programas, su ideario, y habíamos quedado en que es esta práctica real lo que íbamos a considerar.

Después de acabada la segunda guerra mundial, y durante un cierto tiempo, se distinguía entre los partidos socialistas socialdemócratas y lo que podríamos llamar partidos socialistas-socialistas (o verdaderamente socialistas). Una vez todos los partidos socialistas europeos han pasado largos periodos en el gobierno de su país, es decir, una vez se les ha podido apreciar no solo por lo que dicen (su programa) sino por lo que hacen, esa diferencia ha dejado de existir. Tanto en un país como en otro, la práctica de estos partidos cuando llegan al gobierno es muy parecida, y a esta práctica es a lo que se conoce como socialdemocracia.

Por lo tanto, todos los partidos socialistas europeos que han gobernado (los grandes partidos socialistas) son, y así se consideran

ellos mismos, partidos socialistas socialdemócratas. Esto no evita que en todos ellos exista una tendencia (un ala, suelen decir) que no se sienta cómoda con este nombre, pero, en todo caso hemos quedado en que analizaríamos lo que los partidos socialistas llevan a la práctica cuando ocupan el gobierno, y no lo que pueda decir una minoría del partido que no consigue hacer realidad sus ideas en el propio partido.

La práctica de estos partidos socialistas (socialdemócrata), en Suecia, Alemania, Francia, Reino Unido (Inglaterra), Bélgica, España, etc., donde han gobernado en periodos más largos, puede analizarse desde varios puntos de vista.

La comparación la haremos enfrentando la práctica socialdemócrata a la práctica de los adversarios. Los adversarios de la socialdemocracia en toda Europa, los que ganan las elecciones, cuando no las ganan los partidos socialistas, están representados por partidos con nombres muy distintos. Además de liberales, también se les conoce como partidos conservadores y últimamente como partidos populares. Ellos también forman grupo en el Parlamento Europeo, y son allí también el adversario político de los socialistas.

Todas estas diferencias desaparecen en la práctica cuando gobiernan. Estos partidos conservadores, liberales, populares, tienen también en su seno, cuando gobiernan, una tendencia o un ala, que no se encuentra cómoda con la práctica que se realiza, pero continúan prestando su apoyo, y, por tanto, gobernando. Una variante de estos partidos lo constituyen los partidos nacionalistas o los partidos confesionales (religiosos). Estas circunstancias no los hacen esencialmente diferentes; son partidos conservadores adornados con particularidades más o menos folclóricas que, en cuanto no coinciden con su práctica real, las silencian, o las contradicen con la mayor tranquilidad

Consideramos, por lo tanto, las diferencias y las coincidencias de estos dos grupos políticos, para dejar lo más claro posible la práctica socialista, desde el punto de vista de los trabajadores, o sea, esa práctica política en lo que afecta a los trabajadHemos

quedado en que la socialdemocracia la vamos a contemplar desde el punto de vista del interés de los trabajadores.

En la relación de trabajo por cuenta ajena, el trabajador ocupa una posición subalterna, que quiere decir sometida, dependiente, de otra posición, que es la dominante. La posición dominante de los empresarios dijimos que es concretada en que son los que, en forma colectiva, es decir, en su conjunto, señalan las condiciones en que se presta el trabajo, tanto las condiciones técnicas (dirigiendo todo el proceso), como las que se refieren a la duración de la jornada o el montante del salario. No es necesario que los empresarios impongan directamente estas condiciones en forma autoritaria; simplemente se trata de que las negociaciones con los representantes de los trabajadores (los sindicatos) en los convenios colectivos se señalen unas condiciones que les permitan obtener la mayor ganancia posible, y en todo caso, la ganancia media del capital. Si no lo aceptan los trabajadores, el capital emigra, la empresa se cierra.

Pues bien, esto es así, tanto si gobierna el socialismo como si gobiernan los conservadores. Encargar al conjunto de los instituciones (al estado) que preparen las condiciones para que el capital se reproduzca cómodamente, es el primer mandato del partido gobernante en cualquier país de la Europa actual; tanto da que el partido sea el socialista o el conservador.

Por lo tanto, para los trabajadores, en el punto más importante de sus relaciones con los empresarios, tanto les da que las instituciones la dirija el partido socialista como el conservador. La prueba práctica de ello es que a la hora de decidir en unas elecciones generales, unas veces encargan la dirección de las instituciones a los partidos socialistas, y otras veces lo hacen a partidos conservadores.

Los partidos, en sus programas, en su propaganda, no lo presentan así, como es natural.

El partido socialista dirá que él es el que defiende a los trabajadores, de manera que obtengan las mejores condiciones en salario, jornada, etc. y el partido conservador dirá que él se ocupa de

que los empresarios creen empleo y pueda haber trabajo para todos. Pero el uno y el otro admiten como forma normal y generalizada de prestar el trabajo, la de hacerlo por cuenta ajena. Los conservadores dirán que es la mejor forma y los socialistas dirán que no hay otra que sea viable.

Estando de acuerdo en esto (que es lo esencial) cuáles son, entonces, las diferencias.

Nos mantendremos como hemos dicho, contemplando estos problemas, en lo que ellos afectan directamente a los trabajadores.

Los partidos conservadores, cuando les toca dirigir las instituciones, procuran que éstas ofrezcan al capital las más variadas formas de prestación del trabajo (a tiempo parcial, por periodos de tiempo –más o menos cortos-, por tiempo indefinido), así como las mayores facilidades en la adecuación de las entradas y salidas de trabajadores (incorporaciones, despidos) de la empresa, a las necesidades cambiantes de la misma; sirviendo especialmente para estos menesteres las empresas de trabajo temporal. Si el capital encuentra todas estas facilidades, arriesgará más, invertirá más, habrá más puestos de trabajo. Estos son los argumentos de los partidos conservadores. Con lo cual los trabajadores pueden decir que esto significa ponerse del lado del capital. Y ellos pueden contestar que, al final, los que salen (también) beneficiados son los trabajadores, porque encuentran trabajo con más facilidad.

La práctica socialdemócrata (lo que los socialistas hacen cuando están en el gobierno), arranca también, como es lógico para ellos, de las necesidades del capital, en lo que se refiere a mano de obra; pero a estas necesidades ellos responden con unos medios que es lo que distingue en este terreno a la socialdemocracia.

Lo hemos visto ya en otro lugar. Los socialistas crean, instruyen, exigen, vigilan, dotan de medios, a una serie de instituciones que se encargan de enseñar, instruir y disciplinar a los trabajadores para que puedan rendir una alta productividad. Esto permite a los empresarios obtener una alta tasa de ganancia y, a la vez, pagar unos altos salarios. De esas ganancias y esos salarios, las instituciones obtienen unos altos impuestos. Con esos impuestos

se costean las enseñanzas generales (escuelas) que sirven sobre todo para disciplinar a los jóvenes en el sentido de trabajar bien y ser buen ciudadano (pagar los impuestos) ; las enseñanzas técnicas (para la alta productividad); la sanidad pública (general); las pensiones en caso de vejez, invalidez, desempleo (que crea una amplia red de seguridad). Todo esto permite a la socialdemocracia presentarse como defensora, especialmente, de los trabajadores. Y a este conjunto de instituciones, con las funciones que hemos visto, se las conoce con el nombre de estado del bienestar

Los conservadores, cuando recuperan la dirección de las instituciones después de un largo periodo de gobierno socialista, respetan en cierta medida esta forma de reproducir la fuerza de trabajo (los trabajadores). Al fin y al cabo al capital sólo le interesa obtener una alta tasa de ganancia, y ésta se puede obtener aunque los salarios sean altos, con la sola condición de que la productividad lo sea aún más.

De esta manera, en los años finales del siglo XX, se va creando en Europa, en los estados europeos, una red de instituciones que generalizan la protección a los trabajadores y sus familias (el lugar de su reproducción) en situaciones en que se encontrasen económicamente desvalidos (Seguridad Social); así como prevenir su asistencia en caso de enfermedad o accidente (Sanidad), y en todo caso, el apoyo en cualquier situación de desvalimiento (asistencia social). Al mismo tiempo, lo hemos visto, se crean las instituciones que educan, que inician en el sentido de la disciplina y el “respeto” a la jerarquía, al mando, que tan necesario resultará en el trabajo por cuenta y dirección de otro. También las enseñanzas técnicas, que tan necesarias resultan para la aplicación de las tecnologías que el capital incorpora para poder aumentar la productividad (Universidades, Institutos tecnológicos, Centros de investigación, etc.).

Este conjunto de instituciones, recibe su impulso y sostén económico (como todas las instituciones) de los Presupuestos Generales del Estado, es decir, de los impuestos, y los impuestos, como también lo sabemos, salen de todos los trabajadores, ya que

los que paga el capital lo contabilizan como en coste más para calcular su ganancia neta.

Quiere esto decir que, esta forma de organizar la reproducción de los trabajadores, que hemos llamado Estado del bienestar y que impulsan los partidos socialistas, sin que los partidos conservadores se atrevan a desmontar del todo cuando llegan a dirigir el conjunto de las instituciones del Estado, es solamente eso, una de las formas especiales de ordenar la reproducción de la fuerza del trabajo necesaria siempre al capital.

La prueba de que esto es así la tenemos en el país que dirige el movimiento de los capitales del mundo entero. En este país, los Estados Unidos de Norteamérica, los trabajadores, prefieren otro tipo de funcionamiento de su propia reproducción.

Comparten los capitalistas y trabajadores norteamericanos con sus colegas europeos, la idea central sobre la reproducción de los trabajadores: ha de hacerse ésta de manera que permita la más cómoda reproducción del capital. Sin embargo, admiten que no hay un modelo único.

El modelo que ellos prefieren se ordena sobre una idea central. Con una alta productividad (recordemos, una alta cantidad de producto por cada hora de actividad de cada trabajador), se pueden cobrar altos salarios (respetando siempre la tasa de ganancia). Con estos altos salarios, los trabajadores, individualmente, privadamente, organizaran los costes de su sanidad, sus pensiones, su educación. Siempre habrá un mínimo de protección para los salarios muy bajos, y esto será la excepción, el modelo es el individual privado. Las instituciones que en Europa, la socialdemocracia fomenta y defiende, a los norteamericanos (trabajadores y capitalistas), les parecen innecesarias e inútilmente costosas.

La consecuencia más importante, a nuestro entender, de esta forma de actuar los partidos socialistas europeos es que el centro de su programa, la dirección hacia la que apunta su proyecto, es la manera de reproducirse los trabajadores en la relación de trabajo por cuenta ajena, es decir, en la relación de trabajo y capital. Se trata,

por lo tanto, de relacionarse con las instituciones (dirigiéndolas, si se está en el Gobierno, tratando de influirlas, si se está en la oposición), para que favorezcan una reproducción del capital que permita la existencia y funcionamiento del conjunto de éstas que antes hemos señalado: Seguridad Social, Sanidad, Asistencia Social, Red de Organismos de Enseñanza, Transporte, Vivienda, etc.

Siempre es conveniente señalar que este tipo de instituciones que son objeto del proyecto (y de la práctica) socialista, no se enfrentan al capital. Una sanidad bien organizada, una Seguridad Social bien gestionada, una enseñanza general (o técnica) bien dirigida, etc., no son un obstáculo para el buen funcionamiento del capital, todo lo contrario, pueden asegurar los carriles por los que transcurre el desarrollo del mismo.

Si el funcionamiento de estas instituciones significara, en algún momento, un obstáculo en la reproducción del capital, habría que reajustarlas, de forma que dejaran de serlo.

En realidad, la práctica, y los programas de los partidos socialistas europeos en la actualidad, vienen referidos a la existencia de estas instituciones y la conveniencia o no de reforzarlas, mejorarlas, o en su caso ajustarlas.

Como hay un modelo distinto, el norteamericano, que funciona también (para el capital, naturalmente), siempre hay la tentación, o puede haberla, de sustituirlo, o al menos, buscar un acercamiento a ese modelo.

Y en este terreno es en el que encontramos la práctica, el funcionamiento real, de los partidos socialistas. De forma que cuando el modelo utilizado es el norteamericano (alta productividad, alto salario y organización individual privada de la reproducción), el partido socialista se hace innecesario y desaparece o ni siquiera nace.

Por lo que se refiere a los partidos comunistas europeos se observa una práctica similar; se trata, por lo tanto de partidos igualmente socialdemócratas.

## La práctica real de los partidos comunistas. La U.R.S.S..-

Vista la práctica de los partidos socialistas europeos, al menos de los que alternan con los conservadores en la dirección del conjunto de las instituciones, o sea, del Estado, y visto que los partidos comunistas (con este nombre o con el nuevo nombre que hayan elegido), tienen una práctica parecida, solo nos restaría considerar la práctica de los partidos comunistas que ocupan y dirigen el Estado (China, Corea del Norte, Vietnam, Cuba), para tener una visión global de las prácticas reales de lo que en un principio llamábamos socialismo-comunismo.

Los partidos comunistas, normalmente, han seguido el camino que les mostró el primero que se hizo con la dirección de las instituciones de su país, el partido comunista ruso (conocido también como bolchevique- durante un tiempo se llamó así- y también soviético).

El esquema seguido por todos estos partidos es muy parecido. La propiedad de los medios de trabajo y producción más importantes son arrebatados a sus propietarios y puestos bajo la dirección y control de una institución (un organismo) que conduce y vigila el propio partido.

Se procura que el conjunto de la producción obedezca a un plan general, que se va concretando por sectores y por zonas territoriales. De esta forma se persigue asegurar el funcionamiento de una reproducción sostenible. Esta reproducción como vemos, no tendría como instrumento principal el mercado, sino la planificación realizada por los organismos controlados por el partido.

Los trabajadores tienen poco control directo sobre el destino de los medios con los que trabajan (a qué se dedican o se pueden dedicar), sobre el proceso técnico, ni sobre el reparto del producto obtenido, puesto que todo eso lo dispone el plan o los planes

aplicables. En la elaboración de los planes participan, los miembros del partido (es una de sus tareas más importantes), y las personas (o instituciones, éstas también dirigidas por el partido-Universidades, Institutos Técnicos-), cuyos conocimientos se estiman necesarios.

Todo este conjunto de instituciones (organismos) que aseguran la producción ordenada y la reproducción de la misma, tienen en su dirección a miembros del partido comunista, y su única meta, su finalidad última, es que los trabajadores sean los únicos beneficiarios de toda esta forma de organizar la producción. Se puede decir que por eso se llaman comunistas, y creen representar a todos los trabajadores.

Este es el esquema general de funcionamiento. Los problemas en la práctica real, han venido principalmente, de la dificultad para alcanzar una alta productividad en el trabajo. Donde ésta permita una reproducción ampliada (un crecimiento notable en lo que se dedica a mejorar los medios de trabajo y las condiciones-sobre todo económicas- de los trabajadores), sostenida, como es el caso de la República Popular China, el sistema se sostiene, si bien introduciendo correcciones (participación del capital nacional y extranjero en la producción), no previstas en el esquema general indicado anteriormente.

Donde la productividad del trabajo no permite una reproducción ampliada constante, como es el caso de la fenecida Unión Soviética, o de Cuba, el sistema, tal como se presenta (comunismo = mejora de los trabajadores) carece de justificación. Decimos “tal como se presenta”, o se le representa, porque ahí puede haber lugar a hacer algunas reconsideraciones, de las que nos ocuparemos más adelante.

En resumen, el comunismo, en su práctica real, ha sido entendido por los comunistas (de los partidos comunistas), como la organización de la producción de un país, como un todo que se planifica, y se hace funcionar de forma coordinada. La dirección y control de la elaboración y ejecución del plan corresponden a las instituciones (organismos) dirigidas por miembros del partido comunista. La dirección de las instituciones que permiten ese tipo de producción y encauzan su reproducción (violencia organizada y

ordenación del consentimiento), corresponde así mismo al partido comunista. Los trabajadores seguirán en su trabajo las líneas señaladas por los redactores y ejecutores del plan o planes que les correspondan. Todo este conjunto organizado, el Estado Comunista, no tiene otra finalidad que la mejora constante en las condiciones de trabajo y de vida de los propios trabajadores.

La experiencia más larga en la dirección de todas las instituciones de un país ha sido la del partido comunista ruso. De esta larga etapa, más de setenta años, podemos recoger algunos rasgos de lo pretendido y de lo realizado.

Lo que pretendían los comunistas rusos lo podemos deducir de los numerosos discursos de sus dirigentes, y de los acuerdos de los órganos de gobierno del partido.

Se trataba de acabar con los abusos de los grandes propietarios y con la miseria de la inmensa mayoría de la población trabajadora, particularmente los pequeños campesinos. Los medios que utilizaron fue, la expropiación sin indemnización de las grandes propiedades, y el reparto de la tierra a los campesinos más pobres. Esto por lo que se refiere a la tierra, al campo. En la gran industria, también expropiada, se siguió otro camino, al continuar funcionando de la forma que lo hacía, pero bajo el control de los trabajadores, en realidad era el partido el que controlaba, ya que los comités de control estaban formados por trabajadores miembros del partido comunista.

La gran preocupación de la dirección del partido (en la primera época, Lenin), era cómo conseguir la mayor productividad del trabajo y así elevar el nivel material de vida sobre todo de los campesinos, que eran la mayoría de los trabajadores.

Para aumentar la productividad en el campo hacía falta suministrarles mejores herramientas (tractores), mejor abono (químico), y mejores medios de transporte para los productos. Todo ello debía provenir de la industria, que era poca y muy atrasada y ella misma necesitaba de mejor tecnología para modernizarse. Por todo ello, los esfuerzos se centraron en lograr un potente y rápido crecimiento de la industria, y particularmente de la industria pesada,

que sería el motor de las industrias ligeras, y sobre todo, del suministro de mejores medios técnicos para la agricultura.

Para todo este inmenso esfuerzo, que convirtió a la URSS en la segunda potencia mundial, no se contaba, al principio, con más recursos que los que se consiguieran en la agricultura. Los cereales eran uno de los primeros renglones de la exportación, y con ello se conseguían divisas (dólares, libras, francos) con los que poder comprar la maquinaria (tecnología) necesaria para arrancar con todo este proyecto de desarrollo económico.

Para poder obtener de los campesinos la entrega anual al Estado de una parte de su cosecha., hubo que utilizar todos los medios. Primero se permitió a los campesinos medios (a los que no se expropió), que se enriquecieran a cambio de entregar una buena cuota al Estado. Con estas cuotas obligatorias, en los años de malas cosechas, se acabó arruinando a los pequeños campesinos y expropiando también a los medianos, porque ocultaban parte de la cosecha y se negaban a entregar su cupo.

Para conseguir el enorme ritmo de crecimiento de la industria, la agricultura (la venta de cereal, además de permitir la adquisición de maquinaria, debía ayudar a la compra en el mercado internacional de otros productos de los que se carecía), no era suficiente, al menos en el Estado en que se encontraba, es decir, con una muy baja productividad.

En plena industrialización y para mantener su crecimiento, los dirigentes comunistas rusos (ya era secretario general Stalin) solo encontraron un camino para el crecimiento de la productividad en la agricultura, y este camino, como en la industria era el empleo masivo de maquinaria (cosechadoras, tractores, etc.). Para un empleo lo más racional posible de la maquinaria, se hacía necesario un agrupamiento de parcelas que permitiera el uso de esta moderna maquinaria.

Se intentó la colectivización voluntaria, los campesinos, en su inmensa mayoría no la siguieron, y entonces ocurrieron las colectivizaciones obligatorias, con la consecuencia de matanzas y destierros que alcanzaron a varios millones de trabajadores.

La colectivización del campo y la industria consiguió unas tasas de crecimiento que permitieron la modernización de los grandes medios de transporte, del ejército, de la Administración, de la enseñanza, de la vivienda, de la investigación.

Toda esta inmensa transformación del país la dirigió el partido comunista, y este partido siempre sostuvo que su objetivo era que se llegase a producir tal cantidad y calidad de bienes, que los trabajadores gozasen de una abundante oferta de ellos donde elegir, y en todo caso viviesen mejor que los trabajadores del mundo capitalista. Sin embargo, al final, no han sabido o no han podido, cumplir sus deseos.

**Dos sistemas: el socialdemócrata y el comunista**.-

Todo esto que estamos viendo, nos llevaría a pensar que, de una parte, los socialistas (los partidos socialistas) siguen una práctica socialdemócrata; los comunistas, tienen también una práctica socialdemócrata. Nos referimos a los comunistas europeos (italianos, españoles, franceses, portugueses). Y de otra parte, los comunistas que gobiernan en la actualidad, siguen un camino que les conduce al control por el partido de toda la producción, así como el control y la dirección de las instituciones que aseguran su reproducción en las mismas condiciones (la policía, el ejército, el Gobierno, los periódicos, libros, televisión, radio, escuelas, iglesia, etc.).

Se trataría, por tanto, de dos sistemas, el socialdemócrata y el comunista. Las dos ramas en que se dividió el socialismo europeo en los años veinte del siglo XX, han acabado diferenciándose cada vez más y están en este momento, en las posiciones que hemos visto.

Los socialistas han acabado asentados en el terreno del trabajo por cuenta ajena, coincidiendo en esto con los partidos conservadores. Unos y otros orientan las instituciones, cuando las dirigen hacía una cómoda reproducción del capital, manifestando en sus programas (y sobre todo demostrando en sus prácticas) que ésta es la mejor forma de favorecer a los trabajadores.

No obstante, los partidos socialistas no comparten con los conservadores la manera de reproducirse los trabajadores. Los conservadores ven esta reproducción como algo privado individual del trabajador, que ordenará y gestionará a su manera (se buscará y pagará su médico y su medicinas, se buscará y pagará la enseñanza de sus hijos, contratará un seguro para su vejez o invalidez, orientará sus diversiones y se las pagará con su dinero, asimismo su vivienda su asistencia jurídica, etc.). Los socialistas por su lado son partidarios de que todas estas necesidades las gestione de forma colectiva una institución especializada para cada caso. Se crea así una red de instituciones que responden con sus medios económicos y técnicos a las necesidades más comunes de los trabajadores en caso de necesidad (Sanidad, Seguridad Social), o para facilitar su integración en la sociedad en que viven (enseñanza, ocio, cultura, etc.). Estas instituciones se pagan, en parte, a través de los presupuestos generales del Estado, es decir con los impuestos, y en parte, con las cuotas que pagan los propios trabajadores. Por esta razón los impuestos han de ser muy altos, ya que hay que hacer frente a unos servicios que son muy caros. Es el caso de Suecia y los demás países escandinavos, donde los impusieron los socialistas.

Hay que aclarar, sin embargo, que los conservadores, incluso en los países donde gobiernan hace muchos años (por ejemplo en los Estados Unidos, donde el socialismo ni siquiera existe como partido político que cuente en las elecciones), crean unos servicios mínimos (en sanidad, desempleo, asistencia social) para la reproducción de los trabajadores de salarios más bajos, sobre todo para los emigrantes.

Como dijimos antes, el movimiento obrero y sus organizaciones, no se inclinan en forma general hacía uno u otro sistema. Los argumentos son numerosos hacía uno y otro lado. El

conjunto de instituciones que prestan en forma colectiva los servicios que hacen frente a las necesidades de los trabajadores en su reproducción (el llamado Estado del Bienestar), cuestan muy caros y las pagan con sus impuestos los trabajadores (ya que los que pagan las empresas no hacen más que trasladarlos a los consumidores de sus productos o servicios, como es natural). Los conservadores piensan que todo el dinero que se gasta en la organización y funcionamiento de todo ese entramado de organizaciones, se puede ahorrar y aplicarlo a mejorar los salarios. Los socialistas, por su parte, entienden que la reproducción organizada en forma colectiva es la que mejor garantiza un relevo ordenado de la fuerza del trabajo. El capital, por su parte, no tiene preferencias, lo que necesita para funcionar bien, se lo proporcionan ambas opciones

La reproducción en ambos sistemas, el capitalista y el comunista, hemos visto que persigue mantener al trabajador en el mismo grado de dependencia.

En un caso, quien decide lo que se produce, cómo se produce, y qué se hace con lo que se produce, es el capitalista; y en el otro, estas mismas decisiones las toma quien redacta el plan (los planes, el gran plan y los planes que los desarrollan), y quienes lo ejecutan.

En la práctica es así. En la propaganda, en la forma de presentarse a sí mismos, los representantes de uno y otro sistema, sin embargo, no es así.

En su programa, en sus proyectos, en su presentación ante los trabajadores para obtener su apoyo, el partido comunista chino, cubano, ruso, pide este apoyo y esta cobertura de los trabajadores, precisamente para acabar con esa dependencia a que se encuentran sometidos en el trabajo, y, por lo tanto, en su propia vida. El partido indicará el camino y acompañará en él a los trabajadores para acabar con esa dependencia, para acabar con el sometimiento que sufren en su forma de trabajar.

El capital, y los partidos políticos que lo representan, solicitan el apoyo de los trabajadores, prometiendo conseguir una mejora

constante en sus salarios, en sus pensiones, en su jornada de trabajo, en la mejora de las escuelas de sus hijos, en la atención sanitaria, una amplia participación, mediante sus representantes, en todas las instituciones, y con todo ello, una vida material más rica y segura, y una vida cultural más amplia. Sin embargo acabar con las condiciones de dependencia en que se presta el trabajo, no aparece en ninguno de sus programas.

Los trabajadores directos de la producción material (los albañiles, los mineros, los pescadores, los jornaleros del campo, los trabajadores de los talleres y fábricas industriales, los ferroviarios), desarrollan su actividad diaria, en uno y otro sistema, con un grado de dependencia muy parecido. En un sistema y en otro, obedecen, ejecutan y se les paga por ello.

Estamos considerando la práctica. Lo que ha ocurrido y lo que está ocurriendo.

En el país donde el capital ha llegado a sus consecuencias deseadas más elevadas, los Estados Unidos, la situación de los trabajadores es la descrita. Y en el país en que un partido comunista ha dirigido la producción y las instituciones que la reproducen un periodo más largo de tiempo, la Unión Soviética, tanto el partido comunista como las instituciones y trabajadores han decidido pasarse al sistema capitalista. En la República Popular China, con un crecimiento económico que los propios dirigentes capitalistas admiran, parece que su objetivo principal sea, por el momento, la mejora en el conjunto de los trabajadores. Y para ello, cuentan con la participación de los capitales extranjeros, y de los propios capitalistas chinos, a quienes han admitido en el seno del propio partido comunista.

El sistema que no contempla, ni en su propaganda ni en su práctica acabar o al menos transformar las condiciones de dependencia en que se presta el trabajo por cuenta ajena, es el más aceptado, prácticamente en todo el mundo por los trabajadores y sus organizaciones. Mientras que el que se presenta como liquidador del sistema capitalista, acaba, en la práctica, manteniendo al trabajador en una situación de dependencia en el trabajo muy similar al anterior.

Estas consideraciones vienen fundadas en el abandono del comunismo en la URSS, y prácticamente media Europa, y por la aceptación progresiva del funcionamiento del capital en el seno de la República Popular China.

En la Unión Soviética ha sido donde ha tenido lugar el experimento comunista con mayor profundidad y mayor extensión en el tiempo.

Se trataba de llevar a la práctica el conjunto de ideas, proyectos, y programas que venían predicando los socialistas desde el comienzo de su existencia.

En el terreno de la práctica, el movimiento socialista había impulsado la mayor parte de las organizaciones obreras que enfrentaban diariamente a los capitalistas en la busca de mejoras en las condiciones del trabajo y de vida de los trabajadores. Las huelgas, manifestaciones, insurrecciones eran sus armas, y las represiones y todo tipo de violencias la respuesta habitual que obtenían.

En el terreno de las ideas, acumulaban las antiguas aspiraciones emancipatorias, utópicas, y los más cercanos estudios de intención científica como eran algunas de las obras de Marx y Engels, y las de carácter más de acción de partido de Lenin y sus compañeros en la lucha y en la reflexión.

En Rusia con ocasión de la primera guerra mundial, se encontraron con la coyuntura de poder hacerse, a través de la acción del partido bolchevique, con la dirección del gobierno y del ejército (lo que quedaba de ellos en el final de una guerra que se iba perdiendo).

Las primeras acciones de gobierno se encaminaron a poner fin a las operaciones de la guerra que habían arruinado completamente a la población. A poner un poco de orden en el transporte ferroviario (tan importante en un país tan inmenso), y a organizar la producción, después de poner toda la industria y las grandes fincas agrícolas bajo la dirección del gobierno. Salvar la primera cosecha de cereales y lograr que estos a través del

ferrocarril, llegaran a los lugares donde la gente moría de hambre, fueron su primer desafío.

El comunismo de guerra, así lo llamaron, consistió en controlar desde el gobierno (partido realmente, porque el jefe de gobierno era el secretario general del partido) toda la producción, distribución y consumo. La industria trabajaba principalmente para mandar el frente armas y municiones y los campesinos trabajaban para alimentar a los trabajadores de la industria y a los soldados. Esta práctica, este funcionamiento de la economía, tuvo una gran influencia en el pensamiento posterior del partido, nunca olvidaron esta especie de tarjeta postal –esta foto fija-: todos los trabajadores trabajando para todos los trabajadores. Algo así debe ser el comunismo, debieron pensar.

Terminada la guerra, volvieron a planteárselo todo. Y lo que consideraron más importante en aquel momento fue aumentar la productividad en la agricultura (la mayor parte de la producción agrícola estaba en manos privadas de los campesinos) para poder, según hemos visto ya, aumentar la productividad de la industria y suministrar así maquinaria a la agricultura. Así venía escalonado y así decidieron hacerlo. No encontraron otro camino que la colectivización de la agricultura (la industria ya estaba en manos del gobierno), y bajo la dirección (la planificación) del gobierno, poner todo el aparato productivo a funcionar al máximo que permitiera el conjunto

Así superaron la tremenda embestida de la segunda guerra mundial (veinte millones de ciudadanos rusos muertos), y lograron convertirse en la segunda potencia mundial.

Lo que se ha llamado el sistema comunista en la Unión Soviética, nació como hemos visto sin una preparación previa. Sí que hubo rebeliones campesinas contra los grandes terratenientes que acabaron reprimidos por el ejército y la policía y huelgas y protestas de los obreros industriales, pero lo cierto es que no se trataba de una situación que contase con un movimiento campesino y obrero que hiciese irresistible su empuje. Y que, por lo tanto, tuviese preparada su alternativa de gobierno. La cosa surgió como

hemos visto, y el movimiento insurreccional hizo venir a San Petersburgo a Lenin para estudiar la situación.

Una parte importante del partido se inclinó por hacerse inmediatamente con el gobierno mediante la actuación de la tropa con que contaban, y así se hizo, en medio del desbarajuste que la guerra provocaba en el país.

No era, por lo tanto, una situación apropiada para iniciar con reflexión cómo se montaba un ejército, un gobierno, una producción, unos tribunales, un comercio, que se pudieran llamar comunistas.

Todo se improvisó rápidamente, para terminar cuanto antes una guerra que les arruinaba un poco más cada día.

Se intentó montar unos órganos, formados por obreros, campesinos y soldados, los soviets, que se harían cargo de substituir a toda la administración que desaparecía, así como la organización de la nueva producción, distribución y consumo.

Pero lo cierto es que quien debió comenzar el primer día a tomar decisiones fue el gobierno formado por Lenin y sus camaradas del partido. Y este gobierno, formado por dirigentes, del partido comunista, hubo de montar todas las instituciones, dirigidas, así mismo por miembros del partido, para lograr acabar la guerra, organizar las tareas de reconstrucción, y sacar adelante un país atrasado y dominado durante siglos por los nobles, la iglesia y los militares.

Todo el aparato productivo se puso a funcionar a marchas forzadas para conseguir elevar su nivel técnico, así como para dotar adecuadamente el nuevo ejército reorganizado.

Esta inmensa y urgente tarea no la podían dirigir, como es natural, los obreros, ni lo campesinos, ni los soldados. Los trenes, los barcos, los tanques, los cañones, las minas, las fábricas, las movían y hacían funcionar los obreros, pero los dirigían los ingenieros. La redacción de las leyes, el funcionamiento de los tribunales y de todas las instituciones, tampoco podían ponerse en manos que escasamente sabían escribir. Los movimientos de un

ejército que tenía que hacer frente a los mejores ejércitos del mundo capitalista (alemanes, ingleses, franceses), tenían que estar en manos de oficiales educados en academias superiores. Por fin, la ordenación y planificación de la nueva economía, precisaba unos conocimientos técnicos, que obreros, soldados y campesinos no podían ni soñar tener en aquellos tiempos.

El propio partido comunista, para dirigir y controlar este inmenso aparato en funcionamiento necesitaba que buena parte de sus miembros estuviesen a la altura de sus funciones de control, vigilancia y dirección. Formándose así un grupo de dirigentes comunistas altamente cualificado que, de hecho, ejercían estas altas funciones.

Los obreros, los campesinos y los soldados no se podría decir que quedaron olvidados. En primer lugar, todo este inmenso aparato no tenía otra finalidad que procurarles mejor alimentación, mejores condiciones materiales de vida, mejor educación, y se puede decir que esto estaba en primer lugar, porque siempre, durante la existencia de la Unión Soviética, la mejora en las condiciones de vida de los trabajadores ha sido el norte de todos los gobiernos que han dirigido sus instituciones. Así lo han manifestado siempre.

En segundo lugar, los obreros han formado parte siempre de los órganos dirigentes, de la Unión Soviética. A veces llegaban a componer la mitad de los miembros del órgano correspondiente.

Los que llegaban a estas alturas de la dirección, es cierto que normalmente eran buenos dirigentes del partido, y por lo tanto, con una cierta formación para hablar en público, para dirigir una reunión, para comprender las consignas del partido y saber transmitirlas. Los que no tenían esta formación mínima, pronto la adquirían en sus nuevos puestos, y si no era así, su función era puramente de presencia.

Los trabajadores, en las fábricas, en el campo, de soldados en el ejército, empujaron, pusieron su esfuerzo y en muchas ocasiones su entusiasmo, en lograr lo que se les proponía, hacer un gran país en el que los trabajadores fuesen los destinatarios de todas las mejoras que se lograsen. Pero ellos no dirigieron nada, no

decidieron nada. En el trabajo eran tan dependientes como los obreros trabajando para el capital. El hilo invisible que indica la dirección del capital, de los capitales, es la tasa de ganancia, donde sea mayor allí van ellos, y los trabajadores ni son consultados ni informados, han de amoldarse ellos a esos movimientos y estar a sus resultados. Como la tasa de ganancia depende en gran medida de la jornada de trabajo y del salario, el hilo invisible impondrá a los trabajadores estas dos condiciones, si no quieren que el capital emigre y los deje buscando otro capital que los quiera emplear, con la misma dependencia. Los trabajadores en el comunismo pasan a depender del plan. Salario, horario, jornada, rendimientos, etc., dependerán de los redactores del plan y de sus ejecutores, sin que los trabajadores tengan mucha influencia en las decisiones que afectan a sus condiciones de trabajo.

La práctica nos dice que los trabajadores en los países comunistas, como en los capitalistas, visto que su situación de dependencia no se piensa modificar, se inclinan por buscar las mejores condiciones de trabajo posibles.

Así se explica lo ocurrido en la Unión Soviética y sus vecinos. Y así se explica también que, en los países capitalistas, los trabajadores prefieran, en unas ocasiones gobiernos socialistas (pensiones sanidad y enseñanza a través de instituciones, con impuestos muy altos) y en otras, gobiernos conservadores que aligeren estos gastos y bajen los impuestos.

*Buscar las mejores condiciones de trabajo y vida ha acabado siendo el norte de los trabajadores y sus organizaciones. Entendiendo por tales condiciones, fundamentalmente el salario, combinado éste con el sistema de pensiones, sanidad, educación, vivienda, etc.*

Que la relación de trabajo, universalmente generalizada sea por cuenta ajena, ha dejado de ser un problema, ha dejado de estar en el centro de las preocupaciones de los trabajadores y sus organizaciones, partidos y sindicatos.

Mejorar sus condiciones de trabajo y de vida pasa a ser el objetivo de los trabajadores y sus organizaciones en los países capitalistas.

En los países comunistas, el Estado (es decir, el conjunto de las instituciones que dirigen la producción y aseguran su reproducción) tiene como primer objetivo también la mejora constante de las condiciones de trabajo y de vida de todos los trabajadores.

Lo que ocurre es que se trata en los dos casos de un trabajo dependiente. Del capital y su reproducción, en un caso, y del cumplimiento del plan, en el otro.

**Un concepto de revolución: "dar la vuelta a la tortilla".-**

Hemos dado una vuelta larga. Hemos dado un largo paseo alrededor del socialismo, del comunismo y de los trabajadores.

Comenzamos con unas consideraciones sobre los primeros pasos del movimiento obrero en los países europeos y hemos llegado a nuestros días, cuando el movimiento obrero se concreta en dos realidades. De un lado los partidos comunistas y sus organizaciones, en los países en que ocupan el gobierno (República Popular China, Cuba, Vietnam). De otro lado los partidos comunistas y partidos socialistas que forman lo que se llama la socialdemocracia. En este último grupo consideramos que hay que contar también los partidos comunistas que gobernaban en Rusia (con la Unión Soviética) y los llamados países del este (Chequia, Eslovaquia, Hungría, Polonia, etc, que también tenían gobiernos comunistas.)

En eso ha desembocado, por el momento, el conjunto de ensayos, intentos, idas y venidas, de los movimientos de los trabajadores y sus organizaciones, en la defensa de sus intereses.

En nuestro país, a grandes trazos, las principales organizaciones de los trabajadores se pueden alinear con la corriente socialdemócrata europea; los principales partidos y sindicatos que pueden considerarse como el actual movimiento obrero europeo se consideran socialdemócratas. El Partido Socialista Obrero Español, el Partido Comunista de España, los demás componentes de Izquierda Unida, Esquerra Republicana de Catalunya, Iniciativa Verds de Catalunya, el Bloque Nacionalista Galego, los sindicatos de Comisiones Obreras, Unión General de Trabajadores, Unión Sindical Obrera, son formaciones socialdemócratas. De manera que algunos sindicatos de representación e implantación limitada, y algún partido de implantación más limitada, son la única excepción a este dominio de la socialdemocracia en las organizaciones de los trabajadores en nuestro país.

Conociendo ya, de una manera bastante precisa, en qué consiste la socialdemocracia, cuál es su práctica y cuál su objetivo a corto y largo plazo, parece necesario hacerse algunas preguntas sobre el recorrido al que nos hemos referido, y más concretamente a algunas cuestiones que al parecer se han ido descolgando por el camino.

Por ejemplo, la revolución. Hasta los años 50 del siglo XX no se podía oír ni leer la intervención de un representante obrero, sin que cada 10 palabras no apareciera la palabra revolución o revolucionario. Hoy, en el movimiento organizado de los trabajadores europeos, esa palabra ha desaparecido, más aún, ese concepto ha desaparecido.

Otro ejemplo, igualmente la palabra obrero era referencia constante en las intervenciones de representantes sindicales o de partidos obreros. Hoy se ha sustituido por “trabajadores y trabajadoras” o “compañeros y compañeras”. Ha desaparecido la palabra obrero y el concepto de obrero.

Han ido desapareciendo las expresiones “liberación”, “emancipación”, “acabar con la explotación de clase”, etc.

Nos quedamos sólo con la primera cuestión, porque seguramente encierra también en su interior a las demás. ¿Qué debía entender por revolución el movimiento obrero en sus primeras apariciones en el escenario público?

En el siglo XIX hubo diversas escaramuzas, pero lo más brillante a los ojos de los obreros, fue la toma por las armas de la ciudad de París. Se hicieron fuertes, rodeados por el ejército y durante un tiempo organizaron su vida a su manera, a la manera de los obreros. Fue la famosa Comuna, la mayor gesta realizada hasta entonces por los obreros, y un ejemplo para ellos, de lo que harían un día en Francia entera, en Europa y en el mundo entero.

La idea más sencilla, pero con más fuerza, de la revolución, la empleaban los jornaleros andaluces en los años finales del siglo XIX, y primeros del XX. “Darle la vuelta a la tortilla “, decían.

La revolución, según esta manera de verla, consistía en poner arriba lo que estaba abajo y abajo lo que estaba arriba. Pero, no se complicaba la idea, sino que los “pobres pasaban a ser ricos y los ricos, pobres”. Esta versión, lo que tenía de simple, tenía de luminosa. Para unos mineros, para unos jornaleros del campo, para unos obreros de una fábrica, en aquellos años, en aquellas circunstancias, el solo pensamiento de que eso pudiese ocurrir, les aparecía como un horizonte de esperanza y les animaba a unirse a las organizaciones obreras que los llevarían a cabo.

La idea, esta idea sencilla, permaneció en el pensamiento de los trabajadores y sus organizaciones, prácticamente hasta que desembocaron en el camino socialdemócrata.

Sin embargo, numerosos dirigentes del movimiento obrero, y estudiosos e intelectuales preocupados por estos problemas fueron dando formas más concretas y elaboradas a aquella primera, tan elemental.

La toma violenta del Estado, pasó a ser el eje central por el que pasaría cualquier revolución. Eso quiere decir hacerse con la dirección del ejército; desde esta posición de fuerza, hacerse con la

dirección del gobierno, y desde estos dos centros, hacerse con la dirección de la economía.

En la práctica, en todos los países donde el partido comunista ha gobernado, se ha seguido ese camino, y parece lógico que así fuese. Para llegar al gobierno por la vía de la violencia, había necesariamente que pasar por el enfrentamiento con el ejército que le daba soporte. Vencido este obstáculo, en unos casos en forma bastante rápida, como en la Unión Soviética, en otros después de una larga lucha (Vietnam, China Popular), y una vez instalados en la dirección del gobierno, la toma de posesión de las fábricas, las grandes fincas, las minas, los grandes medios de transporte, los Bancos, etc. , era el paso inmediato.

Ciertamente, así ocurrió en la práctica. Pero antes de que ocurriera en la práctica, la idea estaba en la cabeza; en la cabeza de los obreros, y en la cabeza de los dirigentes de sus organizaciones. De la simple idea de dar la vuelta a la tortilla, se fue pasando a la forma de hacerlo. Esta idea, fue intensa y extensamente discutida en los círculos obreros y en los círculos intelectuales. Se hablaba y discutía de ello en el campo, en las fábricas, en las tabernas, en los folletos, en los libros, en los discursos, en las reuniones. Era un objetivo, un proyecto, una meta.

En los primeros ensayos para llevar esta idea a la práctica en los países europeos, apareció entre el movimiento obrero una honda división, que podríamos describir de la siguiente manera. Unos partidos obreros entendieron la idea de la toma del Gobierno como la hemos descrito, y serían los partidos comunistas, y otros partidos obreros entendieron que la entrada en el gobierno podría conseguirse sin recurrir a la violencia y serían los partidos socialistas.

En esta coyuntura, con ocasión de esta división en el movimiento obrero (en los años veinte del siglo XX), comenzó a perfilarse más la idea que sobre la revolución tenían unos y otros.

Ambos bandos pensaban que había que darle la vuelta a la tortilla; y en lo que diferían era en la forma de hacerlo.

Pues bien, en la práctica real, en la historia, ambos han llegado al Gobierno por la vía que cada uno proponía y ambos han tratado de dar la vuelta a la tortilla.

Ya hemos visto lo que en la práctica ocurrió, pero nos interesa pararnos un momento en la idea que sobre la revolución tenían unos y otros.

En la mente sencilla de un obrero, en los comienzos del movimiento obrero en nuestro país, la tortilla era la riqueza y el mando, y quien le daría la vuelta sería la unión, la voluntad y la lucha de todos los obreros. Para sus dirigentes la tortilla era la producción, y la sartén con la que se le daría la vuelta, sería el Estado. Había que coger la sartén por el mango (el ejército), y darle la vuelta, pensaban los dirigentes comunistas; o bien, coger la sartén (el Estado) y darle la vuelta, según los socialistas.

En lo que estaban todos de acuerdo es en que había tortilla (la riqueza, la producción), y una sartén (el Estado, la fuerza), y que, con la una se podía dar la vuelta a la otra.

La práctica, la historia, se ha encargado de corregir severamente esta visión. Ni en la Unión Soviética, ni en Cuba, ni en China, ha ocurrido nada que se parezca a la idea representada por una tortilla dando la vuelta. Si en estos países ha mejorado la condición material en la vida de sus ciudadanos y en particular de los trabajadores, nada hace pensar que se encuentran en la posición que anteriormente ocupaban los poderosos de su país, es decir, no se ha dado la vuelta a la situación anterior, en que los obreros estaban abajo y se ha llegado a la situación actual en que ellos se encuentren arriba. Ellos, los obreros, se encontraban en la parte de debajo de la tortilla, y después de la revolución, se encuentran en la parte de abajo de la tortilla. La práctica ha demostrado que lo de “dar la vuelta a la situación” era una idea, una imagen, que no respondía a ninguna realidad. Ninguna revolución existente ha dado “la vuelta” a la situación existente que encontró. En todo caso la habrá cambiado, pero sin darle la vuelta.

*Y la idea, la imagen de una cosa, como sabemos es el reflejo en nuestra mente de una realidad. Y la idea primitiva que los obreros*

*tenían de la revolución no respondía, como se ha podido comprobar, a ninguna realidad social. La realidad social funciona de otra manera.*

Desechada en la práctica esta idea primera de la revolución, fue siendo sustituida por otra menos ambiciosa, ya no se trataría de poner lo de abajo arriba y lo de arriba abajo, sino de hacer un cambio rápido y profundo, que liberaría a los obreros de las condiciones de dependencia y sumisión en que prestan su trabajo. Los intentos llevados a la práctica, en uno y otro campo del movimiento obrero europeo y mundial, no han tenido, en ningún caso otro efecto, que conseguir, cuando han tenido éxito, unas mejores condiciones salariales o sanitarias y educativas para los obreros, pero no lo pretendido, es decir, la liberación de la condición de dependencia y sumisión en su trabajo.

Dada esta experiencia, en las organizaciones obreras, tanto socialistas como comunistas se ha abandonado la palabra y el concepto de revolución. En la mente de los trabajadores y de sus dirigentes, este concepto no responde a ninguna realidad presente ni futura previsible. Lo que los americanos llaman su revolución ( su proceso de independencia, 1783) y los franceses la suya (1.789), no tenían nada que ver con los obreros, se trataba de un ajuste brusco en las instituciones representativas de los propietarios, los militares (los altos jefes, naturalmente), y los altos funcionarios al servicio de los anteriores. Sí que fue un cambio rápido en las instituciones, por eso le deben llamar revolución, pero nada o muy poco, se reflejaron una y otra en la situación de dependencia de los trabajadores. Estas revoluciones no se referían a los obreros.

**Pensar la revolución como un “vuelco”.-**

Cuando en los procesos reales se produce un atasco, o nos extraviamos en el camino, es que teníamos un conocimiento deficiente sobre el camino. Cuando en la práctica sale mal el

proyecto iniciado, hay un problema de conocimiento. Algo conocíamos mal. Y este fracaso nos enseña que hay que pararse a pensar. Hay que avanzar en el conocimiento para avanzar en la acción. También es cierto que sin acción, sin experiencia, no se avanza en el conocimiento.

Una cosa no es contraria a la otra. Con la experiencia (la práctica) y la reflexión, se avanza en el conocimiento, y con el conocimiento se puede avanzar en la práctica.

Eso ha ido ocurriendo en el caminar del movimiento obrero. Numerosos parones en la marcha; ocasiones para repasar lo ocurrido, ordenarlo y reflexionar sobre ello. Corregir lo equivocado, que en eso consiste avanzar en el conocimiento. Recibir conocimientos elaborados en otras prácticas distintas de la propia (Universidades, publicaciones científicas –ciencias naturales y sociales- literarias), y apropiárselos para un más amplio y más profundo conocimiento del terreno propio (el trabajo sometido, dependiente).

Pensar, como lo hacía el movimiento obrero, la revolución como un vuelco en la sociedad (lo de arriba abajo y lo de abajo arriba) ejecutado a través de la toma del Estado por los trabajadores (o sus representantes), significa varias cosas.

En primer lugar, una imagen muy borrosa de cómo quedará esa sociedad cuando la coloquemos boca abajo o boca arriba (es decir, cuando le demos la vuelta). En la revolución rusa, por ejemplo, se acusó este problema inmediatamente. Los dirigentes del partido comunista pasaron a controlar el funcionamiento de toda la gran producción (grandes fincas, fábricas, minas, transporte), Bancos y todas las instituciones (Ejército, Parlamento, Gobierno, Tribunales), es decir ocuparon la parte de arriba de la sociedad. Pero los obreros siguieron ocupando la parte de abajo.

Los dirigentes del partido tenían, sin embargo, un control muy relativo de las instituciones y de la producción, en el sentido de que el control técnico seguía en manos de quien lo tenía antes de la revolución (ingenieros, juristas, oficiales del ejército, profesores, funcionarios). Lenin, al final de su vida, en sus escritos y en sus

discursos, acusaba este tremendo peso muerto. Es cierto que nadie, ni el mismo Lenin, esperaba que las cosas ocurrieran como ocurrieron, ni en el momento en que ocurrieron. No se tenía nada preparado en el partido y hubo que improvisarlo todo sobre la marcha.

Pero lo cierto es que no se produjo el “vuelco” esperado. La inmensa mayoría de los de “arriba” siguieron estando arriba (marcharon, murieron o se les despojó, sólo a los grandes propietarios, grandes banqueros, generales), dirigiendo empresas, bancos, compañías navieras, etc., eso sí, bajo el control de los dirigentes comunistas.

Y los obreros siguieron estando “abajo”, trabajando bajo la dirección de los jefes comunistas que controlaban todo y bajo la dirección técnica del mismo que les dirigía antes de la revolución.

Los obreros rusos y sus dirigentes, aprendieron con la práctica que nunca más dirán que una revolución consiste en poner en una sociedad lo que está arriba abajo y lo que está abajo arriba. Lo han aprendido los rusos y con su experiencia, todos los demás obreros de Europa y del mundo. La revolución, es un concepto, que ha resultado poco útil y muy engañoso, en el camino del movimiento obrero mundial. Mejor no utilizarlo, a menos que quien lo haga, diga y explique antes cómo quedará la sociedad y en particular, los obreros, después del brusco y violento cambio en que consiste una revolución. Si de lo que se trata en una revolución concreta, es de cambiar un gobierno civil por uno militar, o uno militar por uno civil, se explica así, y hasta los obreros, a lo mejor, salen ganando con el cambio; pero la idea del “vuelco” en la condición de los obreros a través de una revolución, no ha resultado ser cierto nunca.

Lo que nos enseña este fracaso histórico, en lo que a nosotros nos interesa, es el conocimiento tan limitado que los trabajadores y sus organizaciones tenían sobre dos cosas referentes a la revolución: lo que se había de cambiar y el instrumento con el que se pretendía cambiar, con el que se pretendía realizar el cambio.

En todos los casos en que históricamente, en la práctica, se ha pretendido llevar a cabo una revolución, la intención siempre ha sido dar un vuelvo a la situación de los trabajadores. Cuando el movimiento obrero de un país o el conjunto de los representantes de los obreros más significativos del mundo han hablado de revolución, siempre se han referido a este cambio brusco en que la situación de los obreros cambiaría, de forma que éstos quedarían arriba y lo que estaban arriba irían abajo.

Cuando lo que se proponía era un cambio gradual, a través del cual los obreros irían mejorando sus salarios, sus horas de trabajo, su pensión de enfermedad o de vejez, etc. estaba claro que no se proponía una revolución sino una evolución. ¿Por qué? Pues porque los obreros seguirían estando “abajo”, aunque mejoraran sus condiciones de vida y trabajo.

Quedaba claro, por tanto, que la revolución consiste en que los obreros pasan de “abajo” a “arriba”. Todo lo demás son paños calientes. Eso defendieron siempre los comunistas y los anarquistas. Los socialistas eran los de las mejoras progresivas de las condiciones de trabajo y vida, sin volver a plantearse más lo de “arriba” y lo de “abajo”.

Los anarquistas siempre plantearon que eso no se podría conseguir sin destruir previamente al Estado, al Estado de las clases dominantes y poseedoras.

Socialistas y comunistas, sin embargo, contaban para su proyecto con el Estado. Los socialistas para a través de él ir consiguiendo las mejoras para los obreros. Para esto, naturalmente, hay que conseguir controlar democráticamente ese Estado. Los comunistas para utilizar al Estado como palanca para el “vuelco”, para lo que previamente había que asaltarlo como una fortaleza que se resiste y ocuparlo violentamente.

Los anarquistas no lograron llevar a término su proyecto hasta el final en ningún país europeo, si bien su meta no ha cambiado. Socialistas y comunistas sí que se han permitido comprobar los efectos provocados por la realización de sus proyectos, con los resultados que ya hemos comentado.

**El objeto al que se da el vuelco.-**

Pensemos separadamente en los dos elementos a que nos referíamos al hablar de la revolución: lo que hay que cambiar, y el instrumento con el que se cambiará.

Lo que se trata de cambiar, primero.

En cada país concreto el objeto que hay que cambiar será distinto, aunque siempre se tratará de las condiciones en que presta su trabajo el obrero.

Veamos cómo era esto en Rusia, ya que se trata de la experiencia más completa de una revolución comunista.

La producción material, en el año 1.917, al comienzo de la revolución se desarrollaba con un nivel de productividad muy bajo. En la agricultura, la parte más importante de la producción de cereales, carne, leche, madera y leña para el hogar, estaba a cargo de campesinos, la mayor parte de los cuales utilizaban su sola fuerza de trabajo, o ayudados por la familia, usando como instrumento el arado y algún animal de tiro, y como abono el de origen animal.

Los grandes propietarios utilizaban los mismos métodos, pero con mano de obra a jornal o a través de arrendatarios o aparceros. En cada pueblo había una especie de órgano de gestión del conjunto de las tierras, que teóricamente se ocupaba del reparto de las parcelas en cultivo entre las familias que componían el municipio. Los grandes propietarios fueron siempre, en realidad, quienes regían estos organismos que gozaban de una tradición arraigada en todo el campo ruso.

Por lo tanto, la mayoría de los trabajadores de Rusia eran campesinos por cuenta propia, con un nivel de productividad muy bajo, y unas condiciones de trabajo y vida muy duros. Los campesinos arrendatarios y aparceros, así como los jornaleros, al tratarse de trabajo por cuenta ajena, su nivel de consumo, educación, etc., era aún más bajo y su grado de dependencia en el trabajo aún mayor. Las minas, muchas de ellas en manos de compañías extranjeras, ocupaban una pequeña parte de los obreros, también con unas condiciones de trabajo y vida, tan dura como la de los campesinos.

Los obreros industriales, muy pocos en proporción a los campesinos, trabajaban para los capitalistas dueños de las empresas, y en condiciones parecidas a las de los obreros europeos de la época, es decir, desarrollando su trabajo en un grado de dependencia muy acusado.

Las instituciones, Gobierno, Ejército, Administración Pública, Tribunales, Ayuntamientos, etc., emplean a un reducido número de trabajadores, comparando con el total, pero de una gran significación, porque no se trata ni de obreros (con capitalista), ni campesinos, sino que trabajan a sueldo de los que dirigen las instituciones; su trabajo es de una gran dependencia también, pero las condiciones materiales del mismo, incluido el sueldo y horario, mucho mejores que los anteriores.

A lo que se trataba de dar la vuelta era a este conjunto de trabajadores y a sus condiciones de trabajo. La revolución se lo había planteado como si fuera un conjunto todo igual, pero no tardó mucho en advertir que se trataba, a grandes rasgos, de tres grupos muy distintos entre sí. Los obreros industriales eran trabajadores por cuenta ajena, y los dueños de las empresas eran los que les dirigían técnica y económicamente su trabajo. Esta era una de las relaciones de trabajo a los que había que darle la vuelta.

Los empleados de las instituciones no se ocupaban de trabajos productivos, sino como es característico de las funciones de estas instituciones, se trata de facilitar la producción material, es decir, trabajos de represión (policía, juzgados, cárceles, militares) o de adoctrinamiento (escuelas, iglesias, prensa, etc.). Su trabajo es

totalmente dependiente de quien dirige la institución, y las condiciones de sueldo, horario, etc., mucho mejor que la de obreros y campesinos.

En cuanto a los campesinos, hay que hacer diferencia. Las grandes propiedades agrícolas representan en realidad, una pequeña parte de la total producción agraria, pero, en todo caso, sus relaciones de trabajo, al ser por cuenta ajena, pueden emparejarse con las de la gran industria. Sin embargo, el campesino medio y el pequeño campesino, representan en gran medida la mayor proporción de la producción agroganadera. Su trabajo se presta por cuenta propia, y en consecuencia con un grado de autonomía muy considerable, dentro siempre del dominio que sobre todos los campesinos ejercían los grandes propietarios.

Pues bien, el partido comunista ruso, promotor principal de lo que se llevó a cabo en la revolución rusa, se encontró, frente a la idea general de una revolución en general, con estos tres tipos de trabajadores, a los que se suponía que sus relaciones de trabajo sufrirían un vuelco (vuelco que se suponía en beneficio de los trabajadores).

En la gran industria y en las grandes explotaciones agrícolas, al tratarse de relaciones de trabajo por cuenta ajena, el cambio consistió en sustituir al propietario por un representante del partido comunista. En numerosas ocasiones en las industrias y bancos, el antiguo propietario y el grupo que lo dirigían, perdieron la propiedad pero continuaron como empleados ejerciendo la dirección técnica. En las grandes propiedades agrícolas (en manos de los nobles y la iglesia), los propietarios huyeron o se les ajustició, al frente de las mismas se colocó un comité del partido, asistido por uno o varios ingenieros agrónomos.

Es decir, lo que cambió fue la dirección, los obreros siguieron desempeñando en el trabajo la misma función que realizaban antes, un trabajo dependiente, en el sentido de que, los medios de trabajo se dedicaban a lo que decidiese la dirección, la dirección técnica les era completamente ajena, así como los era también ajeno el producto obtenido. El hecho de que existiese un comité obrero en cada fábrica hacía mejorar en muy buena medida las relaciones de

los obreros con la dirección, pero no hacía cambiar los tres rasgos que hemos señalado sobre la dependencia de su trabajo. Lo mismo hay que decir respecto a que la dirección estuviese controlada siempre por los miembros del partido que éste señalaba; y que tanto estos compañeros concretos, como el partido en su conjunto, tuviese y ejerciese el poder, todo el poder en nombre de todos los trabajadores. Eso era cierto, y esto les infundía seguridad y esperanza, pero no cambiaba en nada su condición de obrero, que continuaba siendo lo que era. La enseñanza mejoró, la sanidad mejoró, la productividad mejoró, los salarios mejoraron, pero ellos seguían prestando su trabajo por cuenta ajena, con las características que esto acarrea.

Los campesinos medios y los pequeños campesinos, el grupo más numeroso, de largo, de los trabajadores rusos, eran, como hemos dicho, trabajadores por cuenta propia. La revolución tubo para ellos dos fases.

En la primera, los cambios consistieron en que, de una parte, el gobierno del partido comunista les quitó de encima a los chupasangre de los grandes terratenientes que los sometían con su poder (imponiendo los precios en los productos, en los abonos, en los aperos, en los animales de tiro, etc.), y de otra, los obligó a entregar una parte de su producción (en géneros o en dinero) con la que realmente se pudo pagar el enorme coste de la modernización de la industria. Sin embargo, ni una cosa ni la otra, cambió el carácter de su trabajo. Siguieron prestándolo por cuenta propia. Eran los tiempos de Lenin como jefe de gobierno y secretario general del partido (o sea, años 1.917 – 1.923).

En la segunda fase, el gobierno les obligó a todos a agruparse en grandes colectivos que sustituyeron a sus propias fincas. A los que se opusieron a estas medidas, los desterraron a Siberia o los mataron (fueron varios millones). Las granjas colectivas eran grandes explotaciones (dependiendo su extensión del tipo de producción a que se dedicaban –cereales, ganadería extensiva, granjas, regadío intensivo), en las que vivían los trabajadores con su familia. La maquinaria (tractores, cosechadoras), así como el abono, semillas, etc., pertenecían y se gestionaba a través de un sistema de grandes almacenes o parques, cuya misión era la distribución de los

productos y el mantenimiento y distribución de la maquinaria. Así mismo a estos almacenes se entregaba toda la producción obtenida. Un plan, por sectores y por zonas, regulaba tanto el destino del producto, como la distribución de maquinaria, simiente y abono y así mismo la cantidad y periodicidad de entrega a los trabajadores, de géneros para su manutención y sostenimiento (alimento, vestido, jabón, calzado, etc.). Todas las familias disponían de una pequeña huerta de la que obtenían, para su propio consumo, verduras, frutas y carne y huevos de los animales que en ella cuidaban.

De esta manera su trabajo acabó adquiriendo todas las características del trabajo por cuenta ajena.

Las llamadas granjas estatales, apenas se diferenciaban de estas granjas colectivas. Su origen se encontraba en las grandes fincas del Zar, de los nobles o de la iglesia, que al quedar abandonadas no fueron repartidas entre los pequeños campesinos o los campesinos pobres (los que se habían arruinado y se habían quedado sin tierras). Eran dirigidos por miembros del partido comunista y por técnicos agrícolas bajo su control. Los trabajadores, igualmente, prestaban su trabajo bajo la dependencia y dirección de aquellos por cuenta de quien realizaban sus tareas.

Los trabajadores de las instituciones, quitados la mayor parte de los dirigentes, que huyeron o fueron hechos prisioneros o ejecutados, siguieron prestando sus servicios en la forma característica en que lo hacen en todos los países, con una dependencia muy acusada (pensemos en los funcionarios, militares y civiles o en los trabajadores del partido y sus organizaciones), por lo tanto, para ellos se trató, fundamentalmente en cambiar de dirección, pero siguieron tan dependientes en su trabajo como lo eran antes.

Como vemos, a lo largo de la revolución, acabaron todos trabajando bajo la dirección técnica de mandos que, en definitiva venían controlados por el partido comunista, que se convirtió así en el que disponía y dirigía la aplicación concreta de todos y cada uno de los medios de trabajo, de su dirección técnica, así como del destino o aplicación de todo el producto obtenido. Ello lo hacía

dentro de las líneas que señalaban los planes aprobados por ellos mismos.

En eso consistió la revolución rusa, por lo que toca a la situación de dependencia de los obreros en su trabajo, de los campesinos en el suyo, y de los trabajadores de las instituciones en el suyo.

Hacemos hincapié en esto, por dos razones. Una porque los revolucionarios dicen y prometen que harán eso, cambiar la situación de los obreros, colocándolos en el sitio donde ahora están los de arriba y otra, porque las condiciones de los trabajadores, de los obreros, pueden cambiar en otros aspectos, como alimentarse mejor, salir del analfabetismo, tener mejor atención sanitaria, asegurar vejez y enfermedad mediante pensiones y subsidios. Pero eso ocurre también sin que se haga ninguna revolución obrera, por ejemplo en Holanda, en Dinamarca, en Suecia, en Suiza, etc.

Esto quiere decir que la revolución rusa no cambió la situación de dependencia de los obreros. Pero además, si mejoró sus condiciones materiales de vida, para eso no hacía falta una revolución, puesto que más han mejorado materialmente los obreros europeos sin que hiciesen ninguna revolución. Hay otra razón importante. Los rusos y todos los europeos que hicieron la revolución (los llamados países del Este), vuelven ahora sobre sus pasos y colocan, como forma más importante de prestar el trabajo la de hacerlo por cuenta ajena.

**El instrumento con el que se provoca el vuelco.-**

En el apartado anterior hemos considerado lo que en una revolución se dice que se va a cambiar. Concretamente lo hemos visto en la rusa y hemos repasado en qué consistió el cambio en cada uno de los grupos en que podrían dividirse los trabajadores rusos.

Decíamos que veríamos también el instrumento con el que se hacía el cambio. Y lo vamos a ver.

Los comunistas mantenían, antes de conseguir el gobierno en ningún país, que los obreros, guiados por el partido comunista, conseguirían por la violencia la dirección del gobierno (ellos hablaban del Estado, es decir, el conjunto de todas las instituciones), y con este instrumento en sus manos harían la revolución.

Así lo mantenía Lenin, a lo largo de todas sus intervenciones, y de una manera muy especial en un libro que precisamente acababa, cuando sus compañeros le pasaban aviso para que volviera a Rusia, de donde estaba desterrado, para hacerse cargo de la toma de la dirección del nuevo Estado, cosa que ocurrió ya con la presencia de Lenin allí.

Con esta idea sobre el Estado, con este concepto sobre qué es el Estado, contaron para hacer la revolución.

La experiencia, la práctica, no los sacó del error, porque la práctica no saca de ningún error, pero les puso delante de la cara, que el instrumento que pretendían utilizar no era como ellos lo veían. La práctica, la experiencia, no saca de ningún error, del error se ha de salir uno. La práctica nos proporciona datos que ponen en cuestión el concepto que estamos utilizando y nosotros (el que dirige la práctica), ante el mal funcionamiento del concepto, al operar sobre la práctica, podemos hacer dos cosas. Una, insistir y seguir con el mal funcionamiento evidente. Otra, parar y reflexionar, admitiendo que el concepto tal y como lo utilizábamos no opera bien en la práctica, y tratar de reelaborarlo a la vista de los malos resultados. Esos malos resultados son el nuevo dato con el que hay que rehacer el concepto para volver a aplicarlo, a ver qué ocurre. Así avanza el conocimiento y su aplicación a la realidad concreta.

Lenin así lo entendió, y cuando corría el quinto aniversario de la Revolución, es decir, cuando había ya transcurrido un tramo significativo de práctica revolucionaria, empezó a desconfiar de que el Estado fuese el instrumento tan dócil que él pensó manejar en beneficio y para hacer avanzar la revolución. Y empezó a repensarlo

todo. No sirvió de mucho. Hubo de sentarse en su sillón de enfermo, e ir perdiendo fuerzas, y por consiguiente presencia en el partido, es decir en el Estado. Murió y su sucesor Stalin, tiró adelante con la idea original, con el concepto que al principio Lenin tenía del Estado.

El Estado no es una “cosa”. No es un cañón que maneja el enemigo y que, cuando cae un nuestras manos., le damos la vuelta y lo utilizamos contra él. El Estado no es una fortaleza a la que ponemos cerco, y que cuando logramos asaltarla y conquistarla, la arrasamos para que nunca más la pueda utilizar el enemigo. Hay que destruir el Estado de los burgueses, dicen siempre los revolucionarios, con ese Estado están avasallando y explotando a los obreros. Y se nota que se refieren al Estado como si fuera una cosa en manos de los burgueses, y que cuando los obreros, mediante la violencia, agarren con sus manos esa cosa, destruirán esa cosa y acabarán con los burgueses.

El paso siguiente se presentó en la teoría y en la práctica. Una vez tomado el Estado, acabado con la burguesía y destruido el propio Estado, ¿qué se hace? ¿Se monta un nuevo Estado, el Estado de los obreros?

Los estudiosos, los teóricos, los interesados en estas cuestiones, estuvieron de acuerdo en que efectivamente, había que sustituir al Estado de los burgueses con el Estado de los proletarios y se llamaría la dictadura del proletariado (esto viene a significar que sólo estaría dirigido por los obreros – por eso se llamaría dictadura-, los burgueses no participarían porque lo tendrían expresamente prohibido).

Llevar esto a la práctica no resultó tan fácil cuando se presentó la ocasión. Manejar el Estado ruso no era, evidentemente cosa de obreros. Mantener en funcionamiento el Ministerio de Asuntos Exteriores, el de Defensa, el de Hacienda, etc. exigía la actuación de unos trabajadores de altísima cualificación técnica que quedaba lejos de las capacidades de los obreros. Lo que sí se podía hacer era poner al frente de la dirección de cada ministerio a uno o varios miembros del partido comunista que se ocuparían de que se siguieran las líneas de actuación que el partido hubiese decidido. Y eso se hizo.

Ya hemos visto cómo ocurrió. Lenin, que en su persona reunía a la vez la condición de gran teórico y mejor dirigente en las batallas diarias de la revolución, creyó percibir que, después de cinco años de rodaje, aquel nuevo Estado no sólo no funcionaba, sino que era un obstáculo para que las cosas marchasen. Seguramente empezaba a desprenderse de la idea de que el Estado era una cosa que se manejaba en una u otra dirección y que en cualquiera de ellas funcionaba.

Lenin había estudiado a Marx. Y había asumido las ideas y los análisis que éste había hecho con ocasión de la Comuna de París, referidas gran parte de ellas al Estado. Pero, igual que Lenin comenzaba un giro en su idea sobre el Estado, cuando le sobrevino la muerte, Marx trabajaba sobre un libro – El capital- cuando murió sin poder acabarlo, en el que dejaba las huellas de un concepto sobre el Estado mucho más elaborado que el del Estado "cosa", que se puede utilizar en varias direcciones.

Lenin partió de la idea que Marx y Engels utilizaban en sus numerosas obras, muchas de ellas conjuntas, y en sus también numerosas intervenciones en organizaciones obreras.

Stalin, por su parte cuando le tocó actuar, colocó toda la producción bajo la dirección del Estado, cosa que no había hecho Lenin, y todo el Estado bajo la dirección y control del partido comunista. Hay que añadir que todo el partido comunista estaba sujeto a la jerarquía de su Secretario General, con lo que éste ejercía la dirección suprema de la producción y de todas las instituciones del Estado ruso.

Este es el modelo de Estado que se siguió en la práctica totalidad de los países en que gobernó el partido comunista.

**La revolución en la U.R.S.S.. Un planteamiento imposible.-**

Con Stalin dirigiendo al partido comunista, el partido comunista ocupando al Estado en su totalidad, y el Estado convertido en el propietario de todos los medios de producción, la revolución se hace imposible. Si la revolución consistía en dar la vuelta a la situación, de manera que los obreros, que estaban abajo, acabaran arriba, con la organización que se dio a la producción y al Estado, la revolución no se podía abrir camino.

En la sociedad rusa, como en la sociedad francesa de los últimos años del siglo XVIII, con la revolución, cambió la parte de arriba; mejor sería decir que se reajustó la parte de arriba. La parte de abajo, los obreros, en su conjunto, no cambiaron. Los obreros siguieron empujando a la producción; simplemente empujando; la planificación, la ordenación, la dirección, la inspección, continuó siendo función de los de arriba. Los trabajos de simple rutina técnica o de simple ejecución, en todas las instituciones del Estado, quedaron así mismo en manos de quien las realizaba ya. La dirección pasó también a la nueva minoría reinante, a la vieja minoría reajustada (con el desmoche de nobles, patriarcas y generales, pero conservando el escalón superior técnico –oficiales militares, diplomáticos, ingenieros, profesores, investigadores, magistrados-), combinada con los dirigentes del partido.

En adelante, cuando la producción (su dirección, se entiende) estuvo en manos del partido, así como todas las instituciones del Estado, la revolución pasó a significar una cosa distinta. Ya no se entendía por revolución poner lo de abajo arriba y lo de arriba abajo. Ese vuelco ya había ocurrido. Los explotadores (terratenientes, grandes capitalistas, la iglesia) ya habían sido expropiados y apartados de los puestos de dirección y en su lugar ya estaban los obreros, representados por el partido. El Estado era ya el dueño de toda la producción, pero el Estado no era otra cosa que el representante de los obreros.

Ahora lo que había que hacer era consolidar, reforzar la revolución. Y eso se conseguía, apoyando al partido, fomentando la disciplina en el trabajo, y sobre todo, aumentando la productividad del trabajo. Aumentar la productividad se convirtió en la preocupación preferente de la dirección del partido, y por lo tanto del partido entero. Con mayor productividad se conseguiría renovar todo

el utillaje industrial, dotar bien a la industria pesada., tecnificar la agricultura. Y esta sería la base técnica, que junto a un gran esfuerzo de inversión en la enseñanza y la investigación, situaría al conjunto de la Unión Soviética en los primeros lugares de los países del mundo.

Como se puede observar, la revolución se daba ya por hecha una vez estuvo en manos del partido la dirección de la producción y del Estado en su conjunto. En los países que siguieron el modelo de la Unión Soviética, entre ellos varios africanos, una vez conseguida la dirección del ejército y, a través de ella, la ocupación del gobierno, ya se hablaba de "triunfo de la revolución". Ya se daba por hecha, aún antes de tomar la dirección, por parte del gobierno, de los principales medios de producción, los Bancos, etc. En adelante, se trataba de consolidar, profundizar la revolución, preservar los logros revolucionarios, etc.

*Este es el tipo de revolución comunista que ha manejado el movimiento obrero mundial durante largo tiempo. Y nosotros, a los efectos del estudio del comunismo que hacemos, retendremos de él varias cosas*.

Según este tipo de revolución comunista, los obreros son explotados por los capitalistas, los terratenientes, los Bancos. El instrumento que utilizan para esta explotación es el Estado. El partido comunista encabeza la insurrección de los obreros contra esta situación, conquista el Estado, expropia a los explotadores, y organiza la producción bajo la dirección del partido. El Estado de los obreros, ya no es propiamente un Estado, ya que no persigue su explotación, sino por el contrario su mayor nivel de vida material y cultural. La función de este Estado es principalmente organizar bien la producción, de forma que los obreros alcancen un nivel alto de vida material y cultural. Y en segundo lugar, defender del enemigo de la revolución los avances conseguidos por ésta.

Ahora podemos recordar, cómo quedó grabada en la mente de los dirigentes comunistas rusos, lo que ellos llamaron el comunismo de guerra. Los campesinos trabajando al límite de sus fuerzas para producir lo necesario para su propio mantenimiento, el de los obreros industriales que fabricaban todo el material de guerra,

y para el mantenimiento de los soldados en el frente. Los obreros industriales fabricando, además del material de guerra, todo el utillaje necesario para una agricultura mecanizada. Y los soldados defendiendo en el frente la seguridad de sus compañeros. Todo el conjunto, ordenado y controlado por el Estado, y éste, dirigido por el partido. Este era el esquema del comunismo de guerra.

Este esquema, no tubo más interrupción en su funcionamiento que el periodo en que, con Lenin, se ensayó lo que se llamó nueva política económica. Al objeto de obtener el máximo de grano, con el que hacer frente a las crecientes necesidades de la rapidísima industrialización, se exigió a los campesinos la entrega de una determinada cantidad, pudiendo llevar el resto al mercado por cuenta del propio campesino. Poco después, y particularmente con Stalin ya en la Secretaria General del partido, se abandonó esta experiencia, se colectivizó toda la agricultura y se volvió al esquema anterior, acusando particularmente algunos rasgos.

Se planificó toda la producción (planes quinquenales) y se puso toda ella bajo la dirección del Estado.

En dichos planes se señalaba el crecimiento previsto, con lo cual el crecimiento de la productividad se puso en el centro del interés en las preocupaciones de los órganos superiores del Estado.

Pasó así de medirse el éxito o fracaso de la revolución, por el cumplimiento o no de las previsiones de los planes, y los miembros del partido empezaron a ser bien o mal considerados en relación con su aportación al cumplimiento de los planes. Un comunista modelo era el minero que al frente de su equipo logró el mayor número de toneladas de carbón, por encima de las exigidas por el plan. Y se le entregó una medalla, señalándolo entre los miembros del partido como un modelo a imitar.

**La confusión teórica y la confusión práctica.-**

Puestos así los raíles de la revolución rusa, la locomotora y los vagones no tienen que hacer otra cosa que, con el empuje de la primera, llevar los segundos, con su carga, al lugar de destino. Este lugar es el comunismo.

El comunismo es un lugar donde los productos con los que se satisfacen las necesidades individuales y sociales (comida, vestido, vivienda, sanidad, escuela, libros, transporte, diversiones), serán tan abundantes, que no habrá problemas de reparto; cada uno retirará lo que necesite. El trabajo serán tan productivo que pasará a ser, en vez de una necesidad (tenemos que trabajar todos, tantas horas), una pura condición de vida (no se puede vivir sin hacer absolutamente nada). El trabajo se hará voluntariamente, y aún sobrará gente para hacerlo. Naturalmente estamos hablando de un punto de llegada, tras un largo recorrido.

Pues bien, los comunistas rusos y los que les siguieron (medio mundo) veía así el proceso. Un largo y difícil camino, y un lugar de llegada.

Dicho de otra manera. Unas metas escalonadas, a corto y medio plazo, y una meta a largo plazo.

A las primeras le llamaron el socialismo (se estaba construyendo el socialismo) y a la meta finnal o meta a largo plazo, el comunismo.

Del comunismo se sabía poco. En todo caso, sería el lugar de la abundancia, ya que el crecimiento constante de la productividad del trabajo haría abocar en él necesariamente. En algún caso los dirigentes del partido se permitieron señalar un plazo (20 años en una ocasión, si bien en otras señalaban tiempos tan dispares como 5 años o 50).

Sin embargo, los primeros tramos del recorrido sí que nos son conocidos. Y después de lo dicho, hemos de reconocer que lo que los revolucionarios rusos y sus continuadores llamaban socialismo (construcción del socialismo), no coincide con lo que los partidos socialistas europeos actuales llaman socialismo. Al mismo tiempo

que, a lo que actualmente en Europa llamamos comunismo (lo que existía en la URSS), ellos los rusos, no lo llamaban así (ya hemos visto que a eso solo se llegaría al final del proceso).

*Podemos ir ya aclarando algunos términos, para, al menos con las palabras, empezar a llamar a cada cosa con su nombre. Esta labor de desescombro siempre ayuda a cualquier búsqueda que se haga más adelante.*

Los rusos, en su revolución que ha durado más de 70 años, llamaron "socialismo" o "comunismo en su primera etapa", a la organización de la producción y del Estado que se dieron a sí mismos a través del partido comunista.

A este tipo de organización correspondería una meta final que, para ellos, sería el "comunismo" o "segunda fase del socialismo".

Nunca alcanzaron los rusos la fase del comunismo, dado que pusieron final a su experiencia socialista antes de llegar a la fase final.

A esta experiencia rusa se la conoce hoy, y durante toda su duración, como "el comunismo". Cualquier país que se dio ese tipo de organización, se dijo de él que era un "país comunista". No obstante, ya sabemos el poco sentido que tiene esta expresión, ya que ellos mismos nunca pensaron, ni mantuvieron, que su país hubiese alcanzado el comunismo. Por el contrario no se le conoce como el "país socialista", ni a lo que pusieron en práctica se conoce como "el socialismo", siendo así que ellos consideraban que en eso consistía su intento.

Hay que pararse a considerar que la experiencia rusa, lo que ellos consideraron el socialismo (o primera etapa para llegar al comunismo), no coincide con lo que en la actualidad defienden y practica un partido socialista europeo. Y esto no hace más que confundir a cualquier joven trabajador que no tiene armas, no tiene medios, para saber qué tiene que ver el partido en el que milita, o que intenta militar, con el comunismo y con el socialismo.

Tampoco coincide esta experiencia con lo que hoy ofrece y practica un partido comunista europeo. Y esto es aún más desorientador, porque los socialistas ya han admitido como práctica la socialdemocracia (trabajo por cuenta ajena, pero con las mejores condiciones que el sistema permita para los trabajadores); pero el partido comunista (español, francés, portugués) aún no sabemos si siguen diciendo que son anticapitalistas (no al trabajo por cuenta ajena) o si parten ya, como los socialistas, de la no discusión ni replanteamiento del sistema en que trabajan los obreros en nuestros países.

Lo que más nos interesa, en resumen, es haber recorrido el camino que han seguido los dos conceptos, socialismo y comunismo y poder señalar lo que en la práctica significa hoy el comunismo (lo que se experimentó en Rusia), y lo que significa hoy el socialismo (la socialdemocracia).

Así mismo, y como resumen también, recordamos que socialistas y comunistas, mientras fueron revolucionarios, entendieron que había una “cosa” a la que había que darle la vuelta como a una tortilla, y que para ello utilizarían una “cosa”, que era el Estado.

Al llevar a la práctica estos conceptos, al aplicarlos a la realidad, descubrieron que la primera “cosa”; aquello a lo que tenían que dar la vuelta, no era una “cosa” (no era como una “tortilla”), sino una relación, la relación que se establece entre el trabajador y los medios materiales con los que trabaja y entre el trabajador y el producto de su trabajo. Y cuando estos medios y el producto son de una tercera persona, el propietario, la relación a que nos referimos se establece entre éste último y el trabajador.

Como la revolución, según la concebían los unos y los otros, decía que los trabajadores, los obreros, debían acabar en la parte de arriba al dar el vuelco. Y como eso lo encontraron extraordinariamente difícil. Unos y otros, comunistas y socialistas, dejaron de hacer referencia a lo del vuelco; y la revolución, en adelante, se concretó en intentar lograr las mejores condiciones de trabajo, y vida para los obreros, pero dejándoles donde estaban, “abajo”.

**Consecuencia: las dificultades prácticas son determinantes.-**

Como vemos, tanto comunistas como socialistas al final se inclinaron por señalarse como meta la mejora de las condiciones de trabajo y vida de los obreros. Olvidándose de aquello de que acabarían estando “arriba”, en lugar de “abajo” como estaban. En definitiva, los obreros lo que quieren es tener un buen salario, una vejez segura, una buena atención sanitaria y buenas escuelas para sus hijos. Normalmente, eso es lo que predican, socialistas y comunistas, en sus programas. Ellos darán satisfacción a esos deseos de bienestar de los obreros.

*Ese cambio de actitud, ese cambio de meta, ese cambio de programa debió obedecer a las dificultades encontradas en la práctica. Que los obreros, que son los que ejecutan todos los trabajos de la producción (en el sector que ellos trabajan), pasen a desempeñar la dirección de esos trabajos, seguramente no es imposible. Pero que eso ocurra de forma rápida, eso es imposible. Y sin embargo, eso era lo que exigía una revolución, un cambio profundo y rápido. Imposible.*

¿Y la revolución francesa? ¿Y la revolución norteamericana? ¿Y la revolución mejicana? El tema, el argumento, de estas revoluciones no era la relación del obrero con sus medios de trabajo y su producto. En esas revoluciones se discutía, principalmente una reorganización, un ajuste en el otro bando, en la parte de “arriba”. Se reajustaba entre nobles, Iglesia y altos funcionarios, el reparto con los nuevos ricos (los burgueses –los nuevos propietarios de las ciudades o burgos-), del mando, la gestión, la dirección de la producción y de las instituciones. Para ellos, este cambio era una auténtica revolución. Los campesinos, sin embargo, seguían siendo campesinos, los jornaleros seguían siendo jornaleros, y los obreros,

obreros. La parte de “abajo” seguía en su sitio. A esto le llamaron entonces una revolución.

Sin embargo, la revolución de los obreros en los siglos XIX y XX, la revolución por la que morían en las barricadas de las ciudades industriales, la revolución de los jornaleros en el campo, llevaba dentro algo más que la mejora del salario o la jornada. La llamarada de la revolución debía arrasar la situación que combatía y abrir el camino a un mundo nuevo. Eso es lo que se pretendía, y a eso es a lo que se renunció.

*Protagonistas en intentos revolucionarios, como Lenin o Mao, fueron testigos en primera línea, del foso de dificultades que se abría a sus pies en el camino de convertir a obreros y campesinos en órganos colectivos directores de la ordenación y gestión de su propio trabajo, en dirigentes únicos de la producción material a la que dedican su esfuerzo, así como a la creación, orientación y mando colectivo de las instituciones necesarias para reproducir esa producción*.

En ambos casos, y ante las resistencias de todo tipo presentadas por obreros y campesinos a la realización de las ideas y proyectos de los dirigentes del partido, éstos últimos decidieron imponer estos proyectos por la violencia masivamente utilizada.

Este modelo, este método de utilizar la violencia para imponer una determinada actuación tiene una ventaja y un inconveniente. La ventaja es que se zanjan las cuestiones por lo sano y se avanza más rápidamente. El inconveniente es que el proyecto y su ejecución pasan a ser una cuestión exclusiva de los dirigentes, sin que los que ponen en él lo más importante, el trabajo, tengan la menor responsabilidad en todo ello.

Stalin y sus compañeros en la dirección del partido entendieron (y seguramente entendieron bien) que los campesinos no estaban dispuestos a aceptar el papel que se les asignaba en los planes quinquenales para poder hacer frente a la enorme inversión que estos asignaban a la industria pesada. Debían organizarse en granjas colectivas, en la forma que ya hemos visto y con las consecuencias que hemos visto. Los pasaron a cuchillo y la reforma

se hizo, pero no era su reforma, era la reforma de los dirigentes del partido.

Con este tipo de revolución, el vuelco pretendido es imposible. Los trabajadores están obligados a cumplir el plan. Como en el capitalismo, ellos no tienen más que trabajar y trabajar bien; los dirigentes del partido hacen lo demás.

Las dificultades de la práctica, como vemos, son las que hacen que se deba desechar la idea de revolución de la que se partía. De la revolución –vuelco, se ha pasado a la revolución –bienestar del trabajador. La práctica, la experiencia, no ha permitido otra cosa. No se puede hacer un cambio profundo y rápido en un terreno tan complicado, como se puede comprobar. Pero el concepto de revolución se compone de dos elementos que se añaden al cambio. Ha de ser un cambio rápido y profundo.

Lo de rápido es lo que la experiencia ha venido a demostrar que no es posible. Un cambio rápido, no ha sido posible, ni siquiera en la que hemos llamado revolución-bienestar del trabajador. Este tipo de cambio (en realidad no es una revolución) tampoco es posible que en la realidad sea rápido.

De todo esto podemos concluir varias consideraciones.

Una. Las llamadas revoluciones no han cambiado la relación que el obrero tiene con los medios de su trabajo y con el producto que obtiene.

Dos. Si una revolución significa el cambio rápido y profundo de esa relación, por la misma experiencia, podemos deducir que un cambio rápido de esa relación ni ha sido posible, ni parece que lo sea.

Tres. El cambio en la relación citada no ha sido rápido, en las llamadas revoluciones, pero es que tampoco ha sido profundo.

Cuatro. Si no ha habido un cambio que haya sido rápido ni profundo, y por lo tanto no puede hablarse propiamente de revoluciones (por lo que se refiere a los obreros), puede uno

preguntarse si sería posible en la práctica un cambio lento y profundo en la relación obrero-medios de producción-producto.

Cinco. Podría uno, así mismo, preguntarse si existen las bases teóricas (el conocimiento y sus fundamentos) que orienten el camino de la práctica en este terreno.

**El cambio puede ser profundo; rápido no.-**

El capital, es decir, la relación de trabajo por cuenta ajena es la forma de trabajo típica de nuestras sociedades; por eso las llamamos sociedades capitalistas, ya hemos visto cómo funciona esa relación, es decir, cómo se reproduce.

Esa relación es la que, en un principio, se propusieron cambiar socialistas y comunistas, y la que, según hemos visto también, desistieron en su intento de cambiarla. Sustituyeron este objetivo por el de conseguir mejoras progresivas en las condiciones de trabajo, particularmente salario y jornada, y en las condiciones de vida (pensiones, asistencia sanitaria, educación, cultura, participación en las instituciones).

Pues bien, el cambio de esa relación, cabe pensar que podía seguir siendo el objetivo primero y principal de comunistas y socialistas; sin dejar de perseguir, como lo hacen ahora, la mejora en la condición de los trabajadores.

*De manera que, el objetivo propio, el que distinguiría a socialistas y comunistas sería precisamente el de conseguir cambiar la relación de trabajo por cuenta ajena. Mientras que compartiría con otros grupos sociales (sindicatos, asociaciones, otros partidos) la lucha diaria por la mejora en las condiciones de los trabajadores.*

La diferencia con los ensayos anteriores estaría en que el cambio buscado y perseguido no se pretendería que fuese rápido,

aunque sí profundo. Con lo cual no estaríamos ante un cambio revolucionario, sino ante una transformación lenta y progresiva, y que apuntaría, desde el principio a la sustitución de la relación de trabajo capitalista, por otra que no tuviese este carácter.

*El camino revolucionario no condujo al cambio pretendido, por muchas razones, pero una de las principales era que la revolución no era obra de los trabajadores, sino de los dirigentes de un partido político. Y cuando se trata de cambiar una relación de trabajo, el protagonista ha de ser el trabajador.*

Podrá tener apoyos, indicadores en el camino, consejeros, instructores, o lo que es más, coautores en el cambio, pero el conocimiento previo del camino a seguir, y el empuje en el recorrido, ha de hacerlo el obrero, los obreros. Es “su” cambio. O lo hacen ellos, o lo hacen otros por ellos, pero en este caso el cambio es de esos “otros”. Así ocurrió en Rusia, está ocurriendo en China y ocurre en Cuba.

El cambio en una relación de trabajo, como la capitalista, no puede ser rápido. La propia relación capitalista ha tardado en instalarse y generalizarse en todo el mundo, unos cuatro siglos. La relación de trabajo anterior era de otro tipo, y para desbancarla, había que remover toda su base, todos sus fundamentos, y así se hizo, pero no en un proceso revolucionario, sino en una larga marcha, con muchos retrocesos, muchas curvas y muchos parones. *Los procesos de cambio, en geología (los cambios en la tierra), en biología (los animales) y también en las sociedades humanas, no son rápidos y espectaculares, sino lentos e inseguros.*

El deseo revolucionario es eso, un deseo. La transformación en las relaciones de trabajo va precedida de muchas experiencias, de muchos intentos, en los que se va tanteando el nuevo terreno del cambio y en el que hay que distinguir constantemente qué es obra del deseo, y qué del conocimiento y de la práctica.

El movimiento obrero, en sus dos siglos escasos de funcionamiento, ha abundado en deseos, más que en la reflexión y consideración sobre su ya también abundante práctica.

Los deseos y el empuje fueron los motores de las primeras batallas contra los abusos del capital.

De esas primeras batallas se obtenían, normalmente, mejoras en las condiciones de trabajo, que era lo que se pretendía. Pero la larga contienda, diaria, constante, acababa aportando al joven movimiento obrero una sabiduría, un conocimiento: cómo combatir mejor frente al capital. Les enseñó cómo plantear una huelga, cuándo anunciarla, cuándo hacerla, cómo negociarla, cuándo terminarla. Van conociendo cada vez mejor al adversario en el combate. Van adquiriendo una técnica en el enfrentamiento y en la negociación, tanto con el capitalista individual, como en los enfrentamientos colectivos.

Este enriquecimiento en el saber hacer frente al capital, llega hasta nuestros días, en formas mucho más tecnificadas y profesionalizadas (los Sindicatos disponen de los mejores profesionales –ingenieros, profesores, abogados, etc.-, y de las mejoras técnicas de informática para fundar las peticiones de los trabajadores).

Este alto grado de conocimiento y de buena técnica en el enfrentamiento o negociación (normalmente las dos cosas), frente al capital, no ha aportado, sin embargo gran cosa, en el conocimiento y buena técnica en la sustitución del mismo como protagonista en la relación de trabajo, y en general, en la producción. Se le conoce bien para combatirlo, pero poco para sustituirlo.

Dicho de otra manera, todo el esfuerzo desplegado por el movimiento obrero frente al capital ha ido dirigido a su destrucción. Todo el conocimiento que sobre el capital ha proporcionado al movimiento obrero su eterno enfrentamiento con él, ha consistido en el descubrimiento de sus flancos más débiles para atacar por ellos en el momento más favorable.

Se llegó así a la convicción de que el sistema del capital no tenía unos fundamentos firmes, y que en todo caso, en su propio seno se movían unas fuerzas contra otras, de forma que más pronto que tarde todo el sistema se resentiría y se vendría abajo. Se trataba , por tanto, y de una manera preferente, de empujar para provocar el

derrumbamiento total. Una vez producida la caída, los partidos obreros se suponían preparados para organizar el postcapitalismo, lo que vendría después del capitalismo.

**Un obstáculo: la pobreza teórica del movimiento obrero.-**

No estaban de acuerdo las distintas direcciones de los partidos obreros europeos respecto al grado de madurez en el desarrollo capitalista que sería favorable para desencadenar la revolución. Unos pensaban que al llegar a un grado avanzado de desarrollo el propio capitalismo se ciega las salidas y entra en una fase de autodestrucción, que la revolución debía aprovechar para tomar el relevo. Otros pensaban, que dado que la revolución debía ser en todos los países europeos (en realidad, debía ser mundial), mientras que el grado de desarrollo del capitalismo era muy desigual según los países, habría que empezar por el que presentara la mejor situación, y los demás seguirían tras las huellas de este primero.

Con todas estas dudas sobre la mesa, ocurrió lo que ya sabemos. Que en un país de campesinos, donde la industria y por tanto los obreros, eran muy minoritarios, y el capitalismo muy poco desarrollado, se presentaba como el más propicio para que un partido comunista se hiciese por la violencia con la dirección del gobierno.

Aquí no servía ni el grado de madurez ni el consiguiente agotamiento de las propias fuerzas del capitalismo.

Había que improvisar algo que no estaba previsto: montar el comunismo (el socialismo-primera fase) sin pasar previamente por el capitalismo desarrollado. Lenin en más de una ocasión hubo de lamentar la falta de preparación que significaba el hecho de no haber pasado Rusia por un capitalismo maduro como era, por ejemplo, el caso de Inglaterra.

En todo caso, este comunismo, no derivado, no nacido, del agotamiento de las posibilidades del capitalismo, sino de un intento de hacerlo crecer y arraigarse en unas condiciones distintas de las previstas, no prosperó. Ya hemos visto cómo los rusos y los vecinos que les siguieron en su experimento desistieron de éste.

El otro camino, es decir, el que vendría preparado, allanado, por la existencia de un capitalismo muy avanzado, con una larga práctica que habría demostrado que era un sistema inviable por sus muchas contradicciones, esa vía de acceso al comunismo, no llegó nunca. El capitalismo siguió invadiendo prácticamente todos los sectores de la producción de casi todos los países del mundo, consiguiendo así, hacer desistir a los partidos obreros de sus planes de destruirlo.

Sin embargo, lo que se ha cerrado con estas experiencias históricas es el camino revolucionario hacia el cambio de la relación del obrero con los medios de trabajo y el producto obtenido con su trabajo. O lo que es lo mismo, lo que ha quedado en vía muerta, es el intento de conseguir ese cambio desde el Estado. Igual da que el Estado haya sido ocupado violentamente o democráticamente.

Eso es lo que la práctica, la experiencia histórica, ha certificado.

Las razones de este estancamiento deben ser muchas, pero aquí nos interesan de una manera muy particular, las razones teóricas. Quiere decir, el deficiente, el pobre conocimiento, que el movimiento obrero de entonces y de ahora tiene sobre la “tortilla” y sobre la “sartén” con la que darle la “vuelta”.

*La pobreza teórica del movimiento obrero tiene hondas raíces, por ello se debería escarbar sin descanso. Escarbar, escarbar, y escarbar. Sin compasión, mejor dicho, sin autocompasión. Por las manos de los obreros han pasado todo los objetos materiales que nos permiten seguir viviendo, que nos permiten reproducirnos como grupos humanos. Hay que explicarse, los obreros tienen que explicarse, cómo ha ocurrido, cómo ocurre que ellos no pintan nada en estos grupos humanos en que viven. Peor todavía, sí pintan algo,*

*son los que empujan. Pero nada más. Los que empujan. Sin ellos no se haría nada; pero ellos no dirigen nada, no deciden nada, no controlan nada. Así no nació el mundo. Hay que explicarse lo que ha pasado y una vez comprendido, cambiarlo. Pero quien ha de explicárselo y comprenderlo son los obreros mismos. Y quien ha de cambiarlo, son los mismos obreros. Esto no quiere decir que lo hagan solos; pueden servirse para este fin de todo y todos los que les rodean. Que aprendan de los capitalistas, lo utilizan todo y a todos, para controlarlo todo. Los capitalistas no saben física, ni química, ni matemáticas, ni informática, ni historia, ni filosofía, y sin embargo utilizan todos estos conocimientos; cuando los necesitan los ponen a su servicio.*

La pobreza teórica del movimiento obrero tiene mucho que ver con los partidos que normalmente organizan a estos movimientos.

El partido socialista y el partido comunista han sido en nuestro país los dos organizadores, junto con los sindicatos, de lo que se llama el movimiento obrero. Esto, en palabras llanas, quiere decir que grupos de obreros, preocupados por su mala situación, se han reunido, han puesto algunos fondos para alquilar un local donde reunirse y reflexionar sobre las acciones que podrían llevar a cabo para hacer frente a esta situación. Como todas las asociaciones, es decir, reuniones o grupos que no se juntan para un día, ni para un tiempo corto, sino que pretenden desarrollar una acción a lo largo del tiempo, han debido servirse de órganos para poder funcionar (una persona que realiza los pagos y reciba las aportaciones de los socios, otra persona que representa al grupo cuando haya que tratar con otros grupos o con las autoridades). En resumen, el partido es una asociación de obreros que se organiza para mejor defender sus intereses.

De ese instrumento inicial tan sencillo, se pasa a la organización mucho más complicada de uno de esos partidos obreros en la actualidad. Los obreros asociados van de vez en cuando por los locales, pero los órganos de dirección y gestión (lo que se conoce como el “aparato”) son los que acaban dando la medida de la capacidad de dirección y arrastre del partido respecto al resto de obreros.

El hecho de que el aparato esté compuesto por cargos retribuidos (es decir, pagados), hace que sean apetecidos por los militantes. Como un número de ellos, de los dirigentes, son elegidos para puestos en el Parlamento o en el Gobierno, o bien son designados para puestos en las instituciones, el partido acaba teniendo pagados (algunos muy bien pagados) a sus propios dirigentes.

Como por cada voto obtenido en las elecciones, y por cada escaño ganado, se recibe de los presupuestos generales del Estado un tanto de dinero. La actividad del partido se convierte también en una actividad profesional remunerada de sus dirigentes.

Todo eso quiere decir, que las preocupaciones más urgentes y más cercanas del partido, es decir, de su dirección, tienen que ver principalmente con esa batalla diaria de las elecciones, pues de ahí es de donde brotan las posibilidades de subsistencia o de crecimiento del propio partido; al menos de sus fondos económicos.

Ninguno de los dos partidos de los obreros españoles da la sensación de que en su seno haya grupos de trabajadores reflexionando sobre su situación. No hace falta que todo el grupo sea de obreros solos, puede haber algún economista o abogado o sociólogo, pero en todo caso que quien sostenga la reunión sean los obreros.

Y no solo en los partidos españoles ocurre eso, en todos los europeos también. Las reflexiones las llevan a cabo los servicios de estudios, que publican sus propias revistas. En estas ocupaciones, lógicamente no hay obreros (quizá algún antiguo obrero, pero que hoy habla y escribe como sus nuevos colegas); los obreros están trabajando en el tajo o el taller, que es lo suyo; y mientras el servicio de estudios, estudia.

**Atasco en la práctica, se corresponde con atasco en la teoría.-**

El servicio de estudios del partido trabaja para el fortalecimiento de éste. El propio partido planea, estudia su acción y la lleva a cabo contemplando siempre alcanzar las mejores condiciones de trabajo y vida para los obreros. Y sin duda, cuantos más votos saque el partido, y más escaños consiga el partido, más medios tendrá para defender los intereses de los trabajadores.

Sin embargo, aún logrando que el partido sea muy fuerte y gane las elecciones, lo que ofrece a los obreros son mejores condiciones de trabajo frente el capital. Pero estas condiciones pueden también ser mejoradas por el partido del capital, a quién, por tanto, resultaría más favorable votar. Y de este modo, el partido del capital gana todas las elecciones en los Estados Unidos (los dos partidos que se enfrentan representan los intereses del capital); y en nuestro país en 1996 ganó las elecciones el partido del capital y en 2000 la victoria la obtuvo por mayoría absoluta. Eso quiere decir que los obreros han pensado que les ofrecían mejores condiciones que su propio partido. Y eso contando con que había que descabalgar al propio partido para colocar al adversario en su lugar. (La gente lo que quiere es vivir bien, y santas pascuas. Este es el argumento central del partido del capital).

Esta situación es, cuando menos, curiosa. El partido del capital gana el favor de los obreros, frente al partido de los obreros. Esto es lo que se llama un atasco en el terreno de la práctica. Y un atasco en la práctica siempre se corresponde con un atasco paralelo en la teoría, en el terreno del conocimiento.

A esta extraña confrontación entre el partido del capital y el de los obreros, en el que ninguno de ellos pretende la desaparición del otro, mejor dicho, en que el partido de los obreros no persigue la desaparición del capital, ya que el partido del capital no puede ni desear la desaparición de los obreros (la del partido de los obreros, ya hemos visto que ha ocurrido en países como los Estado Unidos).

A esta extraña confrontación, decíamos, se corresponde en la teoría, la confrontación entre la izquierda y la derecha.

Si la experiencia de la lucha obrera contra el capital ha llevado a este culo de saco en que el partido del capital es apoyado por los obreros; La representación en la mente de este proceso viene fielmente interpretada por la confrontación entre la izquierda y la derecha. Un culo de saco en la práctica, interpretado por un culo de saco en la teoría.

Si los violentos choques en la práctica han ido recortando, limando las aristas más salientes del movimiento obrero hasta engarzarlo en las articulaciones del capital, el aparato teórico de los obreros (el conjunto de ideas, ideales, proyectos, conceptos, conocimientos), es decir, su guía, ha quedado enredado en la frenética y brillante marcha del capital. Tanto el uno como el otro, tanto el movimiento obrero europeo en su caminar diario, como su "imaginario" (su proyecto propio), han quedado desfigurados en el torbellino imparable del capital.

Como restos aprovechables del naufragio han quedado la socialdemocracia y su Estado del Bienestar. En todos los naufragios quedan restos aprovechables. Pero, son restos de un naufragio. El barco naufragó. Perdió el rumbo y naufragó

La figura del naufragio es una figura, es una forma de interpretar el presente, a la vista de todo lo acontecido al movimiento obrero en sus ya largos años de existencia. Los naufragios no han impedido seguir recorriendo, mejorando los rumbos, de las grandes rutas marinas.

La actual falta de rumbo propio por parte del movimiento obrero, puede no ser sino el punto de partida en la búsqueda del mismo. Colón murió creyendo que había abierto una ruta hacia la India; fueron sus continuadores quienes pudieron encajar en su verdadero alcance el rumbo que Colón evidentemente no llegó a interpretar bien.

Al igual que los continuadores de Colón aprovecharon los nuevos mapas que permitieron sus repetidos viajes y su tanteos en el nuevo continente, el movimiento obrero europeo, puede en nuestros días estudiar, considerar, los resultados de sus últimas derivas y encajar en sus conocimientos los nuevos datos de sus experiencias.

Las experiencias de más largo recorrido y de mayor significación para los obreros, han sido sin duda, el gran ensayo comunista de Rusia, y la actual práctica de los socialistas europeos (la socialdemocracia).

Las dos guardan puntos de comparación con los viajes de Colón.

En los mapas de Colón no aparecía América. Adonde su conocimiento alcanzaba, al oeste de Europa, más adelante, se había de llegar a la India, dado que no había ninguna otra tierra. Y como llegó a otra tierra, ésta debía ser la India. Posteriormente, se cruzó el nuevo continente, se encontró el nuevo océano (el Pacífico), se navegó el nuevo océano y entonces se arribó a la India. Colón, en su experiencia ni estaba equivocado, ni no estaba equivocado.

Simplemente avanzaba en un terreno poco conocido, y en terreno así, cada paso que se da, es un ensayo más del que se dispone, y con muchos ensayos se puede construir un nuevo conocimiento. Cuando se ha adquirido, de esta manera, un nuevo conocimiento, los pasos que se han dado, y que han servido para su adquisición, nunca son considerados como un error, sino como un componente más en el camino del nuevo conocimiento.

En eso se puede comparar al ensayo ruso. El comunismo no estaba dibujado en los mapas que manejaban los bolcheviques. Nadie lo había dibujado. Nadie lo conocía. Colón se encontró con una tierra que suponía que conocía, eran las Indias, a las que normalmente se iba por otro camino ya conocido, pero él había llegado por otro mucho más corto. El partido bolchevique (comunista ) ruso, tuvo la experiencia contraria; buscaba un continente del que tenía referencias muy vagas sobre su existencia, y muy vagas también sobre el camino para encontrarlo, y acabó encontrando un

continente conocido (partió en busca del comunismo- continente poco conocido- y después de 70 años, de travesía se encontró con un continente bien conocido –el capitalismo-).

Colón no estaba, exactamente, equivocado. El y su equipo, se valieron de los conocimientos de que, en aquel momento, se disponía, y hicieron el viaje, la experiencia, que aquellos conocimientos les permitieron. Los comunistas rusos iniciaron su búsqueda del comunismo con las escasas referencias que la práctica anterior y la teoría disponible les permitieron; y no abandonaron la experiencia hasta que tuvieron una cierta seguridad de que el camino seguido no llevaba al continente buscado.

Los continuadores de la obra de Colón, no siguieron exactamente el rumbo de Colón y la prueba es que continuaron viajando a la India por donde lo hacían antes. Sin embargo, acabaron haciéndose cargo de lo que en realidad significó el encuentro con un nuevo continente.

Los continuadores de la experiencia rusa encontrarían mucho material y muy valioso para seguir avanzando en el conocimiento, y conquista de ese nuevo continente: el comunismo.

La otra gran experiencia obrera, o de gran interés para los obreros, es la socialdemocracia. En ella encuentra su apoyo en sus deseos de mejora en sus condiciones de trabajo y de vida, y hacia ella inclinan sus preferencias frecuentemente frente al partido del capital en las batallas electorales.

Si comparamos, como hemos hecho antes, esta experiencia con la de Colón, se podría decir que los socialistas también partieron en busca de un continente del que se tenían pocas referencias: el socialismo; a diferencia de Colón, que buscaba un nuevo camino para alcanzar más fácilmente un continente conocido, la India. Colón se encontró con algo nuevo que él no identificó, pero sus continuadores pusieron en el mapa, y dieron nombre a un nuevo continente, y sin embargo siguieron utilizando el viejo camino para ir a la India. Los continuadores del primer socialismo, desconfiaron de las posibilidades de encontrar (si es que existía) el continente buscado, y se decidieron por dirigir el rumbo hacia el continente

conocido, el capitalismo; si bien, mejorando las condiciones de la travesía y acondicionando de la manera más decidida la instalación en el mismo de sus viajeros.

**El movimiento obrero no es una revuelta cualquiera: es una manera de pensar la realidad.-**

Hay en el corazón de estas experiencias del movimiento obrero una serie de cuestiones que no debían morir con el final de la experiencia. Cuestiones éstas que tienen que ver con la intervención de los propios obreros en estas aventuras.

El obrero no es un trabajador como cualquier trabajador en general. El trabajador en general no existe. El trabajo en general no existe. El trabajo en general, es un concepto, no una realidad.

En la realidad, el trabajo es una actividad que se realiza en el seno de unas condiciones concretas.

Como vimos más atrás, hay un tipo de trabajo cuya finalidad es el consumo del producto obtenido por el propio trabajador o por él y su familia. Cuando los grupos humanos utilizan con carácter general este tipo de trabajo, el trabajador es el protagonista completo de su trabajo y de su vida. Así han vivido las tribus antiguas y así viven las tribus actuales (en la Amazonia, por ejemplo).

Cuando este tipo de trabajo se perfecciona, aparece el intercambio. Especialmente, cuando además de la caza como forma de aprovisionarse de carne y sangre de animales, se comienza a criar a los animales para luego matarlos y consumirlos; o cuando, en lugar de recoger los frutos silvestres, se empieza a cultivarlos para su consumo; es decir, cuando aparecen lo que llamamos la agricultura y la ganadería, la mayor productividad del trabajo permite

no consumir todo el producto obtenido, se puede dedicar una parte de él a intercambiarlo por otros productos de los que no se dispone (sal, para conservar los alimentos, especias para condimentarlos, herramientas para trabajar mejor- para aumentar la productividad -).

El mercado, como vimos, no hace cambiar las condiciones del trabajo, lo que sí hace es facilitar su especialización, cada uno se dedicará a lo que mejor produce y todos salen ganando.

Este cambio técnico, la agricultura y la ganadería, hace posible lo que hasta entonces no tenían ningún sentido: someter a los trabajadores al sistema de trabajo por cuenta ajena.

Y aquí aparece la distinción más importante entre los distintos tipos de trabajo: por cuenta ajena y por cuenta propia.

Los trabajos por cuenta propia van, desde el técnicamente más primitivo, hasta el que se realiza con las técnicas más modernas. Todo el secreto consiste en que el trabajador (individual o en grupo) controle su trabajo y el producto que con él se obtiene.

El trabajo por cuenta ajena, igualmente comprende desde el más rudimentario, al realizado en las condiciones que permitan los mayores adelantos técnicos. Lo que lo distingue del anterior es que el trabajador no dispone de las condiciones materiales de su trabajo (el campo, los aperos, los animales de tiro, el abono, el ganado, la mina- para los mineros- con su maquinaria y herramientas, los barcos, etc.) y, como consecuencia, quien dispone del producto de su trabajo es el propietario de esas condiciones reseñadas.

En relación con la productividad del trabajo, el trabajador por cuenta ajena, va recibiendo el nombre de esclavo, siervo u obrero. El esclavo obtiene, en las fincas en que trabaja, en las minas en que se le utiliza, en los barcos en que rema, una productividad muy baja, y la parte que se le asigna para su reproducción es asimismo muy corta. El siervo acaba apareciendo con perfil propio cuando comienza a tener interés material en el resultado de su trabajo. Deberá entregar al señor una parte de lo que obtenga, pero el resto queda para su propio consumo. Mejor trabaja, mejor vive.

El obrero aparece cuando el dueño de las condiciones materiales de su trabajo se hace cargo de la ordenación técnica de las mismas. Herramientas y máquinas son proyectadas para su más perfecta combinación, introduciendo en su propia estructura, los movimientos, cadencias y ritmos que suplen, con ventaja, la sabiduría que antes se centraba en la persona del maestro u oficial de los viejos oficios. La sabiduría pasa del trabajador a la composición técnica del conjunto de la maquinaria. Ese trabajador es un obrero.

Al esclavo y al siervo le arrebataban parte del producto de su trabajo, al obrero también. Pero el siervo que hacía de pastor, era un pastor, a quien le quitaban parte de sus corderos, pero seguía siendo pastor. Al tonelero, al carpintero, al fragüero, a la modista, al carbonero, al tejero, al yesero, al vidriero, cuando su taller se convirtió en una fábrica, sus saberes se hicieron innecesarios. Se convirtieron en obreros. Se quedaron sin herramientas y sin oficio.

Este proceso de pérdida progresiva del protagonismo técnico en el proceso mismo de trabajo, se suma al de la pérdida de la propiedad de los mismos talleres que pasaron a integrarse en las grandes unidades de producción capitalistas.

Esta doble carencia, la de la propiedad de las condiciones materiales de su trabajo (que conlleva la de los productos obtenidos con él), y la del control técnico del mismo, son las dos características que convierten al trabajador por cuenta ajena, en obrero.

El movimiento obrero, por lo tanto, no es solo una protesta, una revuelta contra las malas condiciones en las que prestan sus servicios los trabajadores. Es, sobre todo, una manera de pensar los obreros.

Para mejor entenderlo, podemos compararlo con una revuelta campesina. Por ejemplo, en Rusia, en 1917 había protestas y revueltas obreras, y protestas y revueltas campesinas. Los campesinos querían y esto lo entendió muy bien Lenin, que les quitasen las tierras a los terratenientes, a los nobles y se les repartieran a ellos. Así se hizo, y por eso, los campesinos apoyaron al Gobierno del partido bolchevique (más tarde se complicó la cosa,

pero con Lenin fue así). Los campesinos solo querían seguir siendo campesinos; mejorar sus aperos, sus animales, su simiente, y lograr mejores cosechas y vivir mejor.

Los obreros, sin embargo, no tenían en la cabeza este tipo de planteamientos. Ellos partían de otras bases, arrancaban de otra situación. Los campesinos disponían de las condiciones materiales para su trabajo (tierra, arados, animales de tiro, simiente, abono) y con ellas sabían obtener los productos con los que vivían (se reproducían). Solo pedían a las instituciones (al Estado y el partido comunista que lo dirigía), que les permitieran tener más tierra y de mejor calidad (la que acumulaban los nobles terratenientes), que se les facilitara poder adquirir mejores herramientas (maquinaria), abono y simiente mejores. A cambio, pagarían los impuestos necesarios para estas mejoras y para sostener la propia existencia de las instituciones. Este fue precisamente el pacto que hizo Lenin con ellos. Los campesinos suministraban grano y carne, y recibían maquinaria, simiente y abono.

Para los campesinos, trabajadores por cuenta propia, el triunfo del partido comunista ruso, representaba para ellos mejorar las condiciones materiales en que prestaban su trabajo por cuenta propia. Por esta razón ellos apoyaban al partido comunista.

Había otro tipo de trabajador del campo, que también apoyó al Gobierno del partido comunista ruso, y eran los trabajadores agrícolas por cuenta ajena.

Una parte de ellos pasó a formar parte del campesinado, al recibir una de las parcelas en que se dividieron las grandes fincas de los terratenientes para ser repartidas, y se convirtieron así en trabajadores por cuenta propia. Otra parte de ellos siguió trabajando en la propia finca en que lo hacía, pero bajo la dirección del organismo que se hizo cargo de lo que se llamaron granjas estatales, es decir, siguieron trabajando por cuenta ajena, solo cambiaron de propietario director.

Para este conjunto de trabajadores (la mayor parte de todos los trabajadores que en aquellos años había en Rusia) la revolución bolchevique les abrió el camino hacía el cambio, hacía el proyecto

que ellos tenían como propio: desaparición de sus enemigos (nobles terratenientes, usureros, funcionarios a sueldo de los anteriores), y facilidades en la adquisición de maquinaria, simiente, animales y abonos para mejorar la calidad de su trabajo y del producto del mismo.

Apoyaron al partido comunista y su Gobierno, porque les permitía ir realizando su propio proyecto, la mejora de su trabajo.

Sin embargo, este entendimiento duró lo que la vida de Lenin. Este tuvo siempre en cuenta que los campesinos y los obreros (y sus organizaciones), eran las dos patas sobre las que se apoyaba en el terreno el proyecto comunista en Rusia. No se podía avanzar un paso sin contar con estos dos elementos. Por eso Lenin, dentro del proceso revolucionario, siempre procuró avanzar paso a paso, y procurando que el paso lo dieran ambos componentes, obreros y campesinos. Y además, buscando que el paso dado lo fuera como un avance en el propio proyecto de cada grupo.

**Partido Bolchevique (obreros) y Partido Menchevique (campesinos).-**

Hemos dado unos primeros pasos en lo que para los campesinos y sus organizaciones significó que el partido bolchevique consiguiera la dirección de las instituciones en Rusia. Las ventajas materiales obtenidas y la dirección de esas ventajas coincidían, como hemos dicho, con las aspiraciones campesinas expresadas a través de antiguas y numerosas revueltas, y a través de las propias organizaciones, una de las cuales, el partido menchevique, vino a convertirse en el representante más importante de este sector en el mundo de las instituciones (Gobierno, Parlamento, Ejército).

Partido Bolchevique y mundo de los obreros industriales, por un lado, y Partido Menchevique y mundo de los campesinos, por otro, fueron el soporte del Gobierno formado por Lenin. Los primeros pasos de lo que se suponía que acabaría en el comunismo, se tuvieron que negociar entre estos dos grandes sectores.

Las primeras medidas tomadas por el Gobierno revolucionario, referidas al mundo del campesinado, fueron copiadas del proyecto que tenía preparado el partido menchevique. Por lo tanto se trató de llevar a la práctica, algo que no coincidía con el proyecto del partido bolchevique, el de los obreros industriales. Hubo que pactar, porque, según el punto de vista de Lenin, en un país en que el grueso de la producción estaba en manos campesinas, no se podía aplicar sin más un proyecto pensado y elaborado por un mundo bastante ajeno a éste, como es el de los obreros industriales.

Este acuerdo entre el mundo de los obreros y el de los campesinos, era un acuerdo temporal, es decir, desde el comienzo se sabía que tendría una duración limitada. Y esto era así porque el proyecto del partido comunista, bolchevique, no coincidía con el que tenían los campesinos. Por lo tanto, se trataba de conseguir el apoyo de los campesinos y de sus organizaciones (especialmente del partido menchevique) al nuevo Gobierno revolucionario, y a cambio de ese apoyo se les permitía organizar la producción en el campo al modo como lo concebían los campesinos. Sin embargo, el Gobierno tenía otro proyecto para el conjunto de la producción, incluida, naturalmente la producción agrícola. El acuerdo era un compás de espera mientras arrancaba la nueva producción industrial; cuando ésta, saliera del estado lamentable en que se encontraba había que replantearse el pacto alcanzado. Y así ocurrió, como veremos más adelante.

El proyecto global que manejaba el Gobierno, era el proyecto que tenían los obreros industriales, representados por el partido bolchevique (el partido comunista).

Las diferencias de este proyecto respecto al de los campesinos arrancan de las distintas maneras en que uno y otro se encuentran en el proceso de trabajo en que participan.

El campesinado se representa (en su mente, en su cabeza), su porvenir, su proyecto partiendo de la realidad que tiene entre manos. Cada campesino es un trabajador, dueño de sus tierras, su ganado, sus herramientas.

Con el producto que obtiene, se procura cuanto necesita para vivir. Si se plantea mejorar su vida, enseguida le aparecen en su imaginación unas tierras mejores, unas herramientas, una maquinaria, una simiente, un abono, mejores. Pero él sigue siendo un campesino, un trabajador –propietario individual. No se plantea cambiar la forma de trabajar ya le va bien la que tiene.

La revolución rusa para el campesinado abría esas posibilidades, y por eso la apoyaron. Es curioso que, hoy día, y en otro lugar (en Brasil), los dirigentes del movimiento de “los sin tierra”, se quejan de que sus seguidores, en cuanto consiguen una parcela y sus aperos y animales, consideran haber conseguido lo que querían, y dejan el movimiento, porque ya les ha dado lo que perseguían. Esa era su revolución.

Un obrero, sin embargo, como hemos visto, es otra cosa. Trabaja para el capital. La dirección, la iniciativa, los resultados, todo corresponde al capital. El es un “ajeno” en el trabajo. No es que trabaje por cuenta ajena, es más bien él el “ajeno”; nada es suyo, de cuanto le rodea en el trabajo.

Cuál puede ser el ideal (el proyecto de futuro mejor) para un obrero, o mejor, para el mundo de los obreros, De esa pregunta arranca el pensamiento del movimiento obrero, el pensamiento comunista.

Ya hemos ido viendo cómo se han ido acumulando los materiales de los que está compuesto este pensamiento. Como en un movimiento de aluvión en el tramo final de un río, se encuentran todos colocados por épocas, cada riada dejó los suyos; a través de ellos podemos conocer la historia del río, y de las tierras que a él mandan sus aguas.

Entre los materiales con los que se ha ido construyendo el proyecto que los obreros llevan en su cabeza, la forma en que se

realizará el futuro mejor que esperan, hay de todo: fantasías, deseos, aspiraciones, conocimientos.

Todo este material ha sido recogido, ordenado, estudiado y explicado a los obreros por parte del partido socialista y el partido comunista (con los nombres y las variantes que tenían y tienen en todos los países europeos, incluida Rusia).

Al partido bolchevique le tocó en Rusia el papel de dibujar primero sobre el mapa el proyecto que los obreros rusos tenían sobre su futuro, y embarcarse después en la aventura de la travesía, siguiendo el rumbo trazado.

El rumbo consistía, en pocas palabras, en hacerse con la dirección y control de toda la producción, y desde esta posición, controlar todas las instituciones. Este proyecto parecía cumplir con las mejores aspiraciones de los obreros. Las dificultades aparecían al ponerlo en práctica. Ya hemos visto lo difícil que resultaba que los propios obreros pusieran en funcionamiento, no sólo la producción, sino las instituciones necesarias para asegurar la reproducción.

El partido comunista ruso fue el primero en advertir que el proyecto que él presentaba, como proyecto propio de los obreros (la prueba era que los obreros lo apoyaban masivamente), tenía muchos agujeros, era muy incompleto.

**El significado de la evolución rusa para el obrero.-**

Un obrero, a diferencia de un campesino, no controla el conjunto de funciones o actividades necesarias para obtener el producto de su trabajo, y una vez obtenido este producto no controla el destino que se le da.

La pérdida del control técnico de su proceso de trabajo de los artesanos ya hemos visto que fue una larga secuencia histórica, que acabó trasladando toda la sabiduría técnica de los trabajadores a las máquinas y a la organización de éstas por parte del capital.

*La creación del trabajo obrero, de la condición de vida obrera, del movimiento obrero y del pensamiento del movimiento obrero, es la otra cara de la creación del capital; es un mismo fenómeno. Por lo tanto se han de considerar, tratar y estudiar siempre como un mismo movimiento*.

*El capital, dijimos más atrás, no es una cosa, es una relación. Intentar destruirlo es, por lo tanto, un error. Y es un error porque se trata al capital como si fuese una "cosa", y al capitalista como si fuese propietario de esa cosa.*

En un primer momento el movimiento obrero pudo considerarlo así, y el motivo era, como siempre, el fiarse de las apariencias.

El capitalismo en su formación y desarrollo ha seguido dos fases muy importantes, que vamos a recordar enseguida. El obrero, el movimiento obrero, ha seguido en su formación y desarrollo esas dos mismas fases. Como hemos dicho, son el haz y el revés de un mismo fenómeno.

En una primera fase, el capitalista se limita a ser el sujeto que dispone de condiciones materiales (tierras, ganado, naves, minas, edificios, herramientas, materias primas- o, como ya sabemos, dinero para adquirirlos), que le permiten proponer al trabajador, que no disponga de ellas, que desempeñe su trabajo utilizándolas, quedándose el producto el dueño de las mismas, y pagando éste al trabajador lo que se llama su salario.

Ya hemos visto antes cómo se produce la ganancia, lo que ahora interesa reseñar es que, en esta primera fase, el trabajador conserva el control técnico de su actividad. El sillero sabe hacer sillas, el pastor criar ganado, el tejero hacer tejas y ladrillos, el albañil hacer casas. Lo que ocurre es que, como ellos no tienen los

elementos necesarios para hacerlo por su cuenta, lo hacen por cuenta ajena.

En esta fase, el sistema se ve como reversible. Quien hace las casas, cría ganado, labra la tierra, hace sillas o tejas, por cuenta ajena, si dispusiera personalmente de los medios necesarios, lo haría por cuenta propia. Un ejemplo real fueron los jornaleros rusos que pasaron a ser campesinos cuando les repartieron las tierras de los nobles. Es decir, en esa fase del capitalismo, los distintos trabajos se podían realizar por cuenta propia o por cuenta ajena. La cuestión consistía en disponer o no de las condiciones materiales necesarias.

Es entonces cuando se puede pensar que el capital es una "cosa". Si se dispone de ella se puede trabajar por cuenta propia, en otro caso se hará por cuenta del que dispone de esas cosas.

Es entonces cuando se puede pensar que la revolución consiste en coger por la fuerza esas "cosas" y cambiar así el sistema. Es lo que piensan en el movimiento de los sin tierra en el Brasil, actualmente. Es lo que pensaban los pequeños campesinos y los campesinos sin tierra (llamados campesinos pobres) en la Rusia de 1.917. Era la base de las peticiones de las reformas agrarias a comienzos de ese siglo XX en toda la Europa campesina.

El movimiento obrero, en esa fase, aún no ha madurado. Y esto es así porque lo que hemos llamado el obrero, el trabajo obrero, no existe; y no existe aún en su forma completa, porque el capitalismo aún no ha pasado a su segunda fase, a su madurez.

Cuando el capitalismo pasa a su segunda fase , el capitalista y su asesores (sus colaboradores) se plantean el trabajo, el proceso de trabajo, de otra manera. No parten del trabajador, de la persona del trabajador, para ordenar y planificar todo el proceso. La sabiduría, la habilidad, la experiencia y la fuerza del trabajador es sustituida por la aplicación racional de los principios científicos, incluida la aplicación de nuevas fuerzas físicas no consideradas hasta entonces como aprovechables en procesos de trabajo de tamaño individual, como por ejemplo el vapor de agua. Considerado así, se planifica el conjunto (por ejemplo la antigua carpintería),

separando tareas a las que se aplican fuerzas masivas (por ejemplo la serrería, que ya no es movida por el brazo del hombre, sino por el salto de agua o por la electricidad), o herramientas distintas (el pintado a pistola), o el trabajo en cadena (en que el material va pasando por trabajadores distintos que le van haciendo aplicaciones distintas).

De forma que del carpintero que sabia realizar y realizaba todas las tareas propias de su oficio, pasamos al trabajador que vigila el funcionamiento de una máquina en la serrería y que ni siquiera ha visto hacer un mueble.

Este proceso de descomposición del proceso de trabajo individual en sus distintas tareas, para después ensamblar sus resultados parciales en el producto final, se ha hecho a espaldas del trabajador. Este proceso lo ha dirigido, lo ha promovido, lo ha protagonizado el capital, y en su nombre el capitalista.

*El nuevo armazón material en el seno del cual entra a trabajar un obrero cuando lo contrata el empresario, ha sido montado sin contar, en ningún sentido, con sus características, ni con sus conocimientos: unas y otros han de adaptarse, por el contrario, a las exigencias técnicas del conjunto ya organizado.*

La aportación que el obrero hace al conjunto es adaptada y aplicada al mismo por parte de la dirección del capital que, por lo tanto, es la que conoce su significado y su alcance. El obrero la desconoce, y no hay ninguna razón técnica para introducir al obrero en ese saber de conjunto.

Esta nueva organización del trabajo, completa la expulsión del trabajador del control o dominio de su propia actividad.

*Privado desde la antigüedad, del poder de disponer de los frutos de su trabajo (esclavo, siervo , asalariado), ahora es apartado de la planificación, ordenación y dirección del mismo.*

*Esta "doble miseria" de la que hablan los estudiosos, convierte al trabajador en obrero.*

En esta segunda fase del capitalismo es en la que éste, mediante la transformación técnica del proceso de trabajo, toma en su mano la dirección del mismo, y coloca al trabajador, ahora ya, en una doble subordinación: dependencia económica y dependencia técnica. Es decir, lo convierte en obrero.

El obrero, y su situación en el trabajo, y su situación en su reproducción (lo que llamamos su situación social o su situación en la vida), es la base de la que parte el movimiento obrero y el pensamiento del movimiento obrero. Ahora hablamos ya del movimiento obrero propiamente dicho o el movimiento de los obreros (no de manera más general, el movimiento de los trabajadores, sino el de los obreros).

Con esta realidad como motivo de sus reflexiones, el pensamiento del movimiento obrero se centra y madura. Y se empieza a distinguir entre el movimiento obrero y el movimiento campesino, entre las exigencias de uno y otro, así como en los posibles acuerdos en las acciones de uno y otro movimiento.

Los campesinos, cuando se habla de revolución la interpretan como la expropiación de las grandes propiedades agrícolas y su reparto entre lo que no tienen tierra para trabajar, o para mejorar la dimensión de las que ya la tienen. Y en eso es en lo que consiste, en principio, la revolución.

Los obreros, al actuar sobre una realidad (la segunda fase del capitalismo) mucho más complicada, buscan unas respuestas a su situación, mucho menos concretas que las de los campesinos.

Los campesinos piden a la revolución (en Rusia por ejemplo), que les suministre “cosas” (tierras, maquinaria, abonos, simiente). Los obreros esperan, exigen de la revolución un cambio; este cambio no consiste solamente en que les den, como a los campesinos, “cosas”; “cosas” para trabajar mejor; sino que el cambio que se exige cubre un campo mucho más extenso; más extenso y más profundo que la simple entrega de “cosas”. La tierra y sus instrumentos para trabajarla al campesino son , efectivamente,

“cosas”, y se pueden, por lo tanto, arrebatar a un sujeto y entregárselas a otro sujeto.

*Los obreros, sin embargo, utilizan “cosas”, para realizar su trabajo, pero lo hacen bajo unas condiciones impuestas que las convierten en objeto de una relación. Dicho de otra manera, solo aceptando unas determinadas condiciones, el obrero puede utilizar en su trabajo esas “cosas”. Por lo tanto, esas “cosas” llevan gravadas, con una marca que no se borra, esas condiciones de utilización. De tal forma, que quien trabaja con ellas se somete a esas condiciones.*

Esas condiciones las impone el propietario de esas “cosas”, y de esta forma, donde vemos una de estas “cosas” utilizada por un obrero en su trabajo, es como si viéramos las condiciones que le unen con el propietario de las mismas. Estas “cosas” que solo se pueden utilizar en el trabajo aceptando las condiciones de su propietario, se llaman el capital. Y por eso decimos que el capital no es una cosa, sino una relación, una relación entre el trabajador y el propietario de los objetos con los que trabaja.

En la que hemos llamado segunda fase del capitalismo, los titulares del capital han transformado éste en su instrumento de sometimiento doble del trabajador: de una parte se les extrae parte del valor que produce con su trabajo, de otra parte, se inserta al trabajador en un entramado técnico del que no conoce, ni el movimiento del conjunto, ni la clave de su funcionamiento.

En estas circunstancias se puede comparar, a manera de ejemplo, las expectativas ante la revolución rusa, de un campesino y de un obrero.

El campesino pide tierras y mejores herramientas. ¿Qué pide el obrero? ¿qué esperaban los obreros rusos de su revolución?.

Estas preguntas se hacen sin ánimo de obtener respuestas que no las pueda entender un obrero. Sino del tipo tan concreto y tan claro como las que daba (y luego las cumplía) Lenin a los campesinos. Les prometió tierras y se las dio; les prometió liquidar a

los terratenientes y los liquidó. Cumplió el Gobierno de Lenin con las preguntas, con las peticiones de los campesinos.

El problema con los obreros consistía en que no se presentaba en términos tan claros como el de los campesinos. Un obrero, partiendo de su situación en el trabajo, sus expectativas no se pueden individualizar, sus proyectos de cambio no pueden ser referidos a uno o varios individuos, dado que no estamos tratando de procesos de trabajo individualizados (como los campesinos), sino colectivos.

El primer movimiento que las organizaciones obreras rusas hicieron fue, en forma paralela al campesinado, exigir y conseguir del Gobierno revolucionario, arrebatar a los propietarios de las grandes empresas la propiedad de las mismas.

Sin embargo, lo que resultaba claro y fácil de llevar a término con los campesinos, no lo era con los obreros. Con las tierras de los grandes propietarios se realizaba un reparto, y se asignaban por lotes a los campesinos individualmente.

Pero, una vez perdida la propiedad de una fábrica por parte de su dueño anterior ¿a quién debía el Gobierno entregar en propiedad a la misma?

Una primera respuesta sería: como no se puede repartir entre los obreros, habría que entregarla a todos ellos.

Y aquí apareció en la realidad, en lo que llamamos la práctica social, el verdadero nudo de toda la cuestión que venimos estudiando. La solución que se da a ese problema práctico, real, tendrá su fundamento en la teoría (el conocimiento), que sobre la producción (el trabajo) y su reproducción, tendrá el motor de esa Revolución, es decir, el partido comunista ruso como forma organizada de los obreros rusos.

**El proyecto del Partido Bolchevique.-**

El partido bolchevique ruso era la forma organizada que tomaron los obreros en ese país. Y los obreros rusos se organizaron y crearon el partido bolchevique para conseguir llevar a la realidad un proyecto de transformación de su forma de trabajar, y por lo tanto de su forma de vivir. En sus manifiestos, en sus discursos y en su propaganda , lo representaban de una manera mucho más general. Hablaban de acabar con la explotación del hombre por el hombre; de crear un sociedad más justa, de acabar con los privilegios, de acabar con la opresión del capital, de acabar con el dominio de unos pueblos sobre otros, de desterrar el imperialismo. En una palabra, se trataría de ir construyendo el socialismo, para acabar un día viviendo en una sociedad comunista.

Una buena parte de los obreros rusos debió encontrar que un proyecto así los beneficiaba y se engancharon a él.

La medida en la que estos obreros entendían, comprendían y compartían este proyecto, no debe desprenderse solo de que lo apoyaron, porque es fácil admitir que en la situación concreta que vivían, la oferta de unos compañeros como los bolcheviques era mucho más atractiva que la situación en que los mantenían los gobiernos de los capitalistas y los terratenientes.

Es importante pararse un poco en este detalle porque cuando se hace referencia al experimento comunista ruso, se le contempla como un fracaso obrero, cuando no está tan claro que fuesen los obreros quienes llevaron la dirección a lo largo de esta experiencia.

Debe aclararse, así mismo, que el pensamiento de los obreros no lo conocemos sino a través de sus organizaciones y concretamente a través de lo que estas organizaciones dicen y hacen.

Es por lo que decían y hacían las organizaciones obreras rusas durante las dos primeras decenas del siglo XX, que sabemos cuales eran los planes y proyectos para el caso de que cayera en sus manos la posibilidad de llevarlos a la realidad.

Las ideas que tenían sobre la organización general de la sociedad derivan, como hemos tenido ocasión más atrás de

considerarlo, de las ideas que tenían sobre la producción o lo que es lo mismo, sobre el trabajo.

La idea general diría así, más o menos:

- nosotros trabajamos y ellos recogen los frutos.
- eso lo pueden hacer porque son propietarios de las condiciones materiales de nuestro trabajo.
- El Estado, su Estado, es el arma que les permite este despojo continuado.

Por lo tanto,

- asaltaremos y nos haremos con el Estado.
- Pondremos, a través del Estado, la condiciones materiales del trabajo a disposición de los obreros.
- Así se acabará el despojo y la explotación del hombre por el hombre.

En octubre de 1.917 el partido bolchevique se hizo con el control del Estado ruso y acto seguido empezó a actuar. Expropiación sin indemnización de los grandes capitalistas.

Y... en este punto estábamos, cuando advertíamos de que se actuaría, según la idea que se tuviese sobre las realidades y los conceptos que se estaban manejando.

Se ha arrebatado la propiedad a los capitalistas por parte del Estado, y ahora, ¿a quien se entrega?

La entrega de la propiedad a los obreros plantea problemas distintos de los que presentaron con los campesinos. Principalmente porque ahora se trata de procesos de trabajo colectivos y con los campesinos eran procesos individuales.

Sin embargo, el problema era más profundo. Se trataba de lo que se entendía por propiedad, del concepto que se tenía de la propiedad.

El primer concepto de propiedad que maneja el movimiento obrero, en toda Europa y en Rusia en esos años, se refiere sobre todo a la tierra, a las herramientas, a los animales. En ese tiempo, la riqueza se mide por la cantidad que se dispone de esos elementos. El trabajador que dispone de ellos, dispone también del fruto del trabajo que obtiene utilizando estos elementos.

El que no dispone de ellos, ha de acudir a quien los tiene y a cambio ha de entregar una parte del producto que obtiene con su trabajo. Al sujeto que dispone de estos objetos le llamamos su propietario.

Este concepto de propiedad es el que manejan terratenientes y campesinos en la revolución rusa. Las tierras y los elementos para cultivarla pueden ser arrebatados a sus propietarios y entregado a sus nuevos propietarios, sin que la producción sufra ningún desarreglo. Los campesinos seguían trabajando igual, simplemente, al recoger la cosecha, no tendrán que entregar una parte al propietario de la tierra, porque ya es suya.

Es el mismo concepto que utilizan los capitalistas en lo que hemos llamado la primera fase del capitalismo. El que dispone de naves construidas con sus instalaciones de alumbrado, herramientas y las materias primas necesarias y contrata a oficiales o maestros de los diversos oficios para que trabajen para él sería también el propietario. Y si, en una revolución fuera privado de la propiedad de esos elementos, los maestros y oficiales seguirían, podrían seguir, fabricando baúles, sillas, herraduras o los productos a los que dedicaran su actividad, quedándose el producto elaborado y corriendo con los gastos que provocara la nueva propiedad (en el caso, naturalmente, en que la propiedad les fuese adjudicada a ellos).

Se quiere aclarar con estos dos ejemplos, que la propiedad no significa siempre lo mismo, aunque se utilice la misma palabra. Que depende su concepto, su idea, del objeto a que se refiere. Cuando la propiedad se refiere a un objeto que puede ser utilizado por una persona para hacer su trabajo (una pala, un arado, un carro, un martillo), el concepto no presenta muchos problemas para entenderlo. Si el propietario es el propio trabajador (campesino,

artesano), el producto de su trabajo se lo apropia él mismo. Si el propietario es uno y el trabajador otro, éste último tendrá que compartir el fruto de su trabajo con el propietario. En el primer caso tenemos un proceso de trabajo por cuenta propia y en el segundo uno por cuenta ajena.

Con estas condiciones que acabamos de anotar, lo que más nos interesa reseñar es que la situación que se crea con el cambio de propiedad es reversible, es decir, un trabajador por cuenta ajena, si adquiere la parcela en que trabaja, se convierte en propietario de los medios con que trabaja y seguirá desempeñando el mismo trabajo que hacía, pero por cuenta propia. Si nuevamente adquiere la parcela el antiguo propietario, el trabajador volvería a serlo por cuenta ajena, pero, en ambos casos su tarea, técnicamente variaría poco. Esto quiere decir que la situación es reversible. Que el cambio de trabajador por cuenta ajena a trabajador por cuenta propia, o viceversa, no cambia la tarea que el trabajador realiza. Y esto hace que el cambio de una situación a otra sea pensable, se piense que es realizable.

Estas ideas nos ayudaran a entender los diversos planteamientos que fue haciendo el gobierno revolucionario ruso respecto a los medios de trabajo que expropió a grandes terratenientes y capitalistas.

**Tropiezo teórico: el objeto a expropiar por parte del Estado no es una “cosa”.-**

Si los procesos de trabajo en que eran utilizados los bienes expropiados eran individuales y los ejercía el trabajador profesional de oficio, se lo podían adjudicar individualmente a cada trabajador. Era el caso de los campesinos. Labraban para el propietario, y ahora labran para ellos mismos.

Pero en una fábrica, que era donde estaban los obreros, las cosas no se presentaban de la misma forma. La fábrica se había montado, se había proyectado, a espaldas de los trabajadores. El capitalista y su técnicos conocían al detalle el fundamento económico (por qué fabrican esto y no otra cosa) comercial, administrativo (papeles), relaciones con la competencia. Es decir, y según hemos visto ya , el capital tiende a convertir a todos los trabajadores (excepto a sus ayudantes directos), en obreros, o sea, en trabajadores alejados de las tareas de dirección, desconocedores del funcionamiento global de la fábrica, y dedicados a tareas concretas que les hacen siempre y en cualquier momento sustituibles por otro obrero.

Aquí el objeto expropiado, la “cosa” arrebatada al propietario, no era manejada por el trabajador, como en el caso del campesino. Un campesino sabe y puede poner en funcionamiento su explotación, sea ya en propiedad o arrendada. Un obrero no sabe ni puede manejar una fábrica; ni un obrero, ni todos los obreros de esa fábrica. A la fábrica sabe ponerla en funcionamiento y puede ponerla en funcionamiento el equipo de técnicos (ingenieros, encargados, técnicos comerciales, juristas, etc.) que dirige y paga el propietario y que son como sus representantes.

La fábrica nació como hija de la manufactura y la manufactura arrancó de los antiguos oficios, en el proceso de formación del capital que ya hemos visto. La división de las tareas que realiza un artesano, él solo, en sus distintos movimientos especiales, para atribuir cada uno de ellos a un trabajador que se especializará en ese solo trabajo, hace perder el oficio a todos ellos. Ahora, el que coordina los trabajos parciales es el verdadero creador del objeto manufacturado (hecho a mano) y éste es siempre el capitalista o un representante suyo.

La adaptación de las herramientas a su nueva tarea especializada, su agrupamiento y combinación por especialidades y la sustitución, en su movimiento, del esfuerzo del trabajador por una energía muy superior, desemboca en la creación y utilización de las máquinas. Y el emplazamiento, distribución, coordinación y combinación en las funciones de las máquinas acaba creando lo que hoy llamamos una fábrica.

Este tremendo vuelco en la ordenación de la producción, es decir, en la forma de trabajar, sorprendentemente no la ha hecho el trabajador.

El señor, dueño de todos los elementos que el esclavo y el siervo necesitaban para, con su trabajo, obtener cuanto éste necesitaba, nunca tuvo el deseo ni la necesidad de entrometerse en los detalles técnicos de la forma en que éstos elaboraban los productos. Sin embargo, en el capitalismo no es así.

El dueño de los talleres, en que se inicia la manufactura, sin la utilización, por lo tanto, de máquinas todavía, comienza a proyectar, planear, innovar, nuevas formas de realizar el trabajo.

Las ventajas de la economía de escala, son los primeros beneficios que el capitalista obtiene como fruto de su iniciativa. Efectivamente, diez sastres trabajando en una nave, rebajan los costes en iluminación, en calefacción, en limpieza, en el transporte de las materias primas.

Y esto no es más que el comienzo. La especialización en las tareas y la posterior cooperación y coordinación de los trabajos especializados, van otorgando nuevas ventajas al capitalista, que se multiplican con la aplicación de la máquinas, que permiten nuevas especializaciones y nuevas formas de combinación de los trabajos en cooperación.

Todo este largo movimiento, largo y profundo movimiento de transformación del trabajo, ha sido protagonizado, dirigido por el capital.

Con ello ha conseguido, novedades de gran importancia.

Una enorme acumulación de medios de trabajo y de dinero (con el que se pueden adquirir medios de trabajo). Una progresiva centralización de capitales, es decir, multitud de capitales, pequeños, medios o grandes, puestos bajo la dirección de uno de ellos (un gran banco, por ejemplo).

Este recorrido que acabamos de hacer brevemente, nos muestra con claridad, cómo se han ido formando en nuestras sociedades europeas dos polos. Uno, que tiende a poner a su servicio o a orientar en el sentido de sus intereses al resto de la sociedad y lo hace mediante el control, el dominio de la producción, es decir del trabajo. Otro polo, el trabajo, que, sintiéndose soporte de toda la producción (fundamento de toda la sociedad), se siente excluido de toda labor de dirección en la sociedad.

El control, la dirección de la producción, del trabajo, se presenta como el punto central en nuestras sociedades.

Y volvemos al punto, al hilo, por donde íbamos. Los capitalistas rusos han sido apartados de la propiedad, de la dirección de sus empresas; y estábamos en el momento en que el gobierno revolucionario ruso debe decidir a quien entrega esta dirección.

Pero, ahora ya sabemos a quien no se puede entregar esa dirección: a los obreros. Este tipo especial de trabajador ha sido creado por el capitalismo, precisamente para que trabaje de tal forma que no dirija nada. Esto lo han estudiado Marx y Lenin (entre otros muchos), y lo han experimentado los propios obreros miembros del partido comunista. Y Lenin y el partido comunista, sabiendo esto, deben decidir ahora quién dirigirá en adelante las empresas expropiadas donde trabajan los obreros rusos.

De hecho, las empresas industriales pasan a depender de una institución creada por el partido (por el gobierno), y en definitiva su actividad viene encuadrada en los planes que impone el Gobierno. Por lo tanto, el Gobierno (el Estado decían los comunistas), pasa a convertirse en el propietario de las empresas. Y los obreros, todos, pasan a trabajar por cuenta del Estado, si bien les dicen que trabajan para el Estado, pero para “el Estado de los obreros”.

Todos los intentos encaminados a que los obreros rusos dejaran de ser obreros, no parece que al final les hayan convencido: al margen, naturalmente, de los responsables de que esto haya sido así.

## Aportaciones de la revolución rusa al acervo teórico del movimiento obrero actual.-

La revolución rusa, por ser una experiencia, ha aportado muchos datos al movimiento obrero mundial, y también naturalmente, al movimiento obrero de nuestro país.

Al aportar nuevos datos reales, pone en cuestión, obliga a revisar los conocimientos que forman la teoría del movimiento obrero actual.

Por ejemplo, y vayamos a un punto que está en el centro de todos estos problemas y que proponemos porque ha nacido en los hechos, en la práctica; no es un problema inventado para entretenerse, sino para orientar la práctica, para saber en qué dirección damos el próximo paso.

Los campesinos rusos, les llamaban y les llamamos así, porque el objeto sobre el que trabajan es el campo pero su diferencia con cualquier otro trabajador es solo ésa. Eran trabajadores por cuenta propia en un proceso de trabajo individual.

Un carpintero, con su pequeño taller, es así mismo un trabajador por cuenta propia en un proceso de trabajo individual. Un frágüero, un calafate, una modista, un zapatero, también lo son.

Los campesinos rusos eran la otra pata (así lo decía Lenin), de la revolución, que descansaba en ellos y en los obreros.

Los campesinos rusos plantearon a la revolución muchos problemas, muchos y muy graves. Pero no por trabajar la tierra y producir prácticamente todos los alimentos, sino por la forma en que trabajaban. Exactamente por trabajar por cuenta propia en un proceso de trabajo individual.

Estas dos características eran, ciertamente, lo contrario de la forma de trabajar los obreros, que es por cuenta ajena y en un proceso de trabajo colectivo (muchos trabajadores con tareas combinadas que desembocan en el producto final).

Hemos de recordar que la revolución rusa era, como todas las europeas en aquellas fechas, una revolución obrera.

El ejemplo (el paradigma le llaman los estudiosos, pero significa lo mismo), el esquema, que los obreros y sus organizaciones tienen en la cabeza cuando piensan, planean y proyectan, su revolución, es una empresa capitalista industrial. Y esto es lo que tienen en su cabeza, porque es lo que tienen ante su vista y en sus propias manos cada día.

El modelo de que parten, no se confunde con el modelo al que se quiere llegar; pero, mientras que éste es real, el modelo deseado es más bien un resultado final, cuyos pasos intermedios habrá que ir contrastando con los resultados en la práctica.

Los campesinos, en esto del modelo de la revolución obrera, quedan absolutamente fuera de juego, no va con ellos. Simplemente pactan con el gobierno comunista porque éste les ayuda a mejorar su modelo, que, como hemos visto es prácticamente el contrario que el de los obreros. Es decir, ellos no tienen ninguna participación en la creación del modelo que servirá de ejemplo en la idea central que la revolución maneja sobre la producción.

Los demás ejemplos que hemos reseñado de procesos de trabajo individuales y por cuenta propia (carpinteros, sastres, etc.), existentes en la Rusia de los primeros años de la revolución, tampoco formaban parte de la realidad en que se basaban los obreros para construir su modelo de empresa. Al igual que los campesinos, más bien formaban lo que se podría llamar el antimodelo. Lenin comenzó a señalarlos como lo contrario de lo deseado en la nueva ordenación del trabajo, formando con ellos y los campesinos, un conjunto al que llamaba “la pequeña producción”, y al que atribuía todo tipo de influencias contrarias al curso de la revolución. Stalin, posteriormente, combatió como el peor enemigo esta llamada pequeña producción.

El modelo, por lo tanto, de la nueva producción revolucionaria era la gran empresa capitalista, por la que, por otra parte, y a lo largo de toda la revolución, mostraron los dirigentes rusos una gran admiración, sobre todo las grandes empresas americanas.

Esta gran empresa capitalista se ha ido moldeando desde su inicio, de tal manera que, es el principal escenario en el que el capital (y en cada empresa, el capitalista), ha ido materializando el tipo de trabajo, el tipo de trabajador, que mejor se adapta a la consecución de sus intereses.

Y decir que ha ido “materializando” el tipo de trabajo y de trabajador que le interesaba, quiere decir que los cambios introducidos por el capital en el seno mismo del trabajo, en el puro funcionamiento del trabajo, en el proceso de actuación del trabajador sobre la naturaleza, el capital ha ido dejando señales materiales del dominio de su interés sobre otra cualquier consideración.

Las grandes palancas en que se ha apoyado la llamada revolución industrial, así lo atestiguan. Y son, efectivamente, testimonio de ello, considerándolas una a una , y en su conjunto.

Es la primera de estas palancas la cooperación. En los procesos de trabajo individuales la cooperación, dentro del propio proceso de trabajo, no tiene papel alguno. Por las manos del trabajador único van pasando todas y cada una de las tareas necesarias para obtener el producto.

Hablamos, por lo tanto, de procesos de trabajo donde interviene más de un trabajador.

La cooperación aporta una forma distinta de actuación del hombre sobre la materia. A donde no llega el trabajador, por su limitación física, llega el trabajador cooperante. Cargar un gran tronco en un carro, mover un barco con tres pares de remos, supera la capacidad de un trabajador. Sin el concurso de varias fuerzas de trabajo sería imposible conseguir el efecto útil deseado.

Estamos ante la cooperación simple, puesto que todos los trabajadores que actúan hacen la misma tarea, todos reman o todos se esfuerzan por levantar el gran peso.

En la cooperación compleja cada trabajador desempeña una tarea distinta, y de su combinación resulta el producto.

Esta distintas tareas, antes aparecían juntas componiendo los saberes y habilidades de cada oficio. El capital, como organizador técnico del trabajo ajeno, es quien dirige este desmembramiento de la tarea, de la función de cada viejo artesano, convirtiéndola en diversas funciones simples, al frente de cada una de las cuales coloca a un trabajador limitado a su muy limitada tarea. La sabiduría y destreza de un trabajador (el artesano), pasa al coordinador, al director de los trabajos parciales. Pasa al capital. Los nuevos trabajadores, para desempeñar su función solo tienen que saber lo suficiente para hacer los sencillos movimientos que componen su tarea.

La especialización de las tareas lleva a la especialización de las herramientas. La herramienta que servía para varios cometidos, ahora sólo se necesita para la limitada función del especialista, con lo que cambia su forma y dimensiones.

La segunda palanca en la revolución industrial fue la masiva utilización de los principios y métodos científicos en la producción, la aplicación de la ciencia a los procesos de trabajo.

La física, la química, las matemáticas, la lógica, son aplicados a unas actividades antes sometidas a la sola experiencia directa del propio trabajador.

La producción de escala (fabricar dos mil ventanas, en lugar de doce), solo es posible incorporando formas de trabajo que aplican conocimientos que se derivan de la química (tratamientos de la madera), la física (construcción y utilización de la maquinaria especializada), de la matemática (control de costes, cálculo de amortizaciones).

El estudio de los movimientos de las herramientas para su mejor adaptación a la producción de escala, y el estudio de la composición interna, así como de las propiedades de las materias primas, son los campos en los que la física y la química han tenido una aplicación más notable.

La tercera palanca es la aplicación a la producción de nuevas formas de energía: vapor de agua, electricidad, petróleo y derivados. Alguna de ellas ya conocida, pero nunca utilizadas masivamente como ahora.

En rigor, el espectacular cambio en la forma de trabajar, es fruto de la combinación de lo que hemos llamado estas tres palancas.

La cooperación viene, juntamente con la especialización, reforzada y profundizada con la aplicación de la ciencia; y las nuevas energías significan un nuevo impulso en la aplicación de la ciencia (tecnología) a la producción en masa.

Y es el capital el indudable protagonista de esta combinación de factores que han dado como resultado material la empresa industrial capitalista.

El capital ha dirigido este proceso de modificación de la forma de trabajar, a lo largo del cual los cambios han quedado materializados, tanto en las herramientas, como en la máquinas que las combinan, de forma que los movimientos y las cadencias de este combinado mecánico son las pautas que el trabajador ha de obedecer ciegamente. Es el mando del capital sobre el trabajo traducido al lenguaje técnico.

Todo el proceso descrito ha estado montado a espaldas del trabajador. Todo él, dirigido por el capitalista, no ha tenido otro norte que su mayor enriquecimiento. Es como un molino triturador, decía Marx, que constantemente produce, reproduce, capitalistas por un lado y obreros por otro. Nosotros podríamos remachar: para eso se ha construido.

Pues bien, ese “aparato” de producir, esa empresa capitalista, es la que ha servido de paradigma, de modelo, al partido bolchevique para proyectar la nueva producción revolucionaria. Naturalmente, quitando de en medio al capitalista.

**La consideración del capital como una “cosa”. Error teórico que se paga en la práctica.-**

Los obreros rusos, por lo tanto, no cambian de escenario en su trabajo.

El lugar de la dirección, de la iniciativa, de la coordinación ahora lo ocupa un miembro del partido, en sustitución del capitalista.

La función principal de la empresa pasa ahora a ser aumentar la producción, para cumplir los cupos que, dentro del sector de que se trate, les señala el plan aplicable.

A la vista de la finalidad que se le señala en la revolución a la empresa industrial en los planes a los que ha de servir la misma, y a la vista de la dirección que se le imprime por parte del partido (o del Gobierno, da igual), el “aparato” que heredan y que acabamos de describir, ya les va bien. Un aparato diseñado para obtener un excedente de lo que produce sobre su coste (la ganancia del empresario), y cuidadosamente ordenado de forma que la imposición del mando absoluto de la dirección sea la norma sin excepción en su funcionamiento, es precisamente el instrumento para un partido bolchevique que se asigna como metas principales el aumento en la producción y la imposición de una disciplina de hierro en el trabajo.

Esto quiere decir que el obrero, que era un producto de la forma de organizar la producción (el trabajo) el capital, y la causa de que contra esta forma surgiera una revolución; una vez triunfó esta revolución y dio nueva forma a la producción, asignó al trabajador el

mismo “papel”, el mismo lugar que tenía en la producción capitalista. La pescadilla que se muerde la cola. Eso deben pensar los obreros industriales de las actuales empresas rusas.

Muchas cosas, muchas ideas, muchos conceptos, no estaban maduros en el movimiento obrero para que las cosas hayan ido así. Sobre todo, se puede pensar ahora, muchas de la ideas y conceptos utilizados en los proyectos que el movimiento obrero ofrecía a los trabajadores, no tenían otro fundamento que los deseos y las aspiraciones de estos. Una consideración más reposada de los mismos hubiera obligado a cambiarlos o incluso a desecharlos.

Pensemos de dónde se partía, de dónde se arrancaba. La realidad era y es la siguiente: la producción, el trabajo productivo es un escenario en el que los propietarios del capital han ordenado la forma en que el mismo se lleva a cabo. La forma en que el trabajo se lleva a cabo quiere decir: quién trabaja y quién no, qué producto se elabora y cuál no, cómo y cuánto producto se elabora, cuánto tiempo se trabaja (jornada), qué salarios se pagan, en qué lugar geográfico se trabaja. Y también quiere decir, que la parte de lo producido que no va a reponer los elementos gastados (herramientas, materias primas, mantenimiento) o a salarios, corresponde al capitalista decidir si lo dedica a gasto propio (renta), o lo acumula a su capital aumentando el tamaño de su explotación o creando otra nueva.

Este mando absoluto en la ordenación del trabajo ajeno, ejercitado a lo largo de más de siglo y medio en Europa, tiene consecuencias inesquivables (que no se las puede quitar de en medio) para el movimiento obrero en sus consideraciones. Esto ha hecho que, a veces, lo que era una auténtica muralla en su camino haya sido tratada como una pequeña valla fácil de saltar; pero como en la realidad era una muralla; se la ha tratado de esquivar, con los resultados conocidos.

En el centro de las consideraciones del movimiento obrero ha estado desde el comienzo, acabar con el sistema del capital. Sin embargo, esto se ha entendido, la mayor parte de las veces, como si la meta fuese acabar con los capitalistas.

*Esto es, como vimos, tratar al capital como si fuese una cosa. Y eso es un error teórico que, como siempre, se paga pronto en la práctica. Efectivamente, en Rusia acabaron pronto con los capitalistas, y enseguida trataron de utilizar al capital en función diversa de la que desempeñaba para el capitalista.*

*Efectivamente, la realidad la sacaron por la puerta y se metió por la ventana. Los obreros seguían y siguen estando allí. Si existen los obreros, que son elemento necesario (absolutamente necesario) para que exista el capital, es que existe el capital. Si han quitado el capitalista, alguien se ha disfrazado y está ocupando su lugar, pero el capital sigue existiendo. En Rusia no han tenido otro remedio que admitirlo, pero a los setenta años.*

*El obrero es parte de la relación en que consiste el capital. Si el movimiento organizado de los obreros se pone como meta acabar con el capitalismo, deberá acabar también con los obreros.*

*Y esta parte de la tarea es la que ha sido bastante descuidada, o bien, ha quedado oscurecida por la otra parte de la tarea, más lucida, la de acabar con los capitalistas.*

*Acabar con una relación no es acabar con sus elementos, sino modificar la forma en que se combinan.*

Por lo tanto, conocer estos elementos y sus interrelaciones será el punto de partida para intentar su cambio.

Los elementos a tener en cuenta son: el trabajador, los elementos materiales que permiten el trabajo y el propietario de estos elementos.

Las relaciones más importantes son: el propietario dispone el destino y la aplicación concreta de todo los bienes, incluidos los productos del trabajo obtenidos con ellos, y el trabajador pone en funcionamiento estos medios bajo la dirección técnica del propietario.

El efecto más espectacular de la combinación de estas relaciones es, ya lo veíamos, la acumulación y la centralización de

estos medios en muy pocas manos (la dirección del capital mundial es cuestión, efectivamente, de unos pocos centros poderosísimos).

Sin embargo, queda mas escondido un efecto, demoledor para los trabajadores, de la combinación de estas relaciones, y es la división del trabajo.

En los procesos de trabajo individuales (un campesino, un artesano) no cabe hablar de división del trabajo. Lo que sí hay, es división de tareas, pero todas ellas las desempeña el mismo trabajador (serrar, cepillar, lijar, clavar, dar barniz).

Fue en la manufactura donde, el dueño de los medios de trabajo se convierte en director de los procesos de trabajo que se realizan juntos en la nave industrial, también de su propiedad. Bajo su mando y dirección, las distintas tareas que realiza cada artesano, se independizan unas de otras, y cada una pasa a realizarla un trabajador. Ha nacido la especialización dentro de la misma nave industrial (aserradores, barnizadores, montadores, pintores). Y, como consecuencia de estos trabajos parciales especializados se hace necesaria la cooperación entre ellos y esta tarea de separar la funciones, encargarles a un trabajador especialista, coordinarlas todas ellas, ensamblarlas en el producto final; esta tarea de director de orquesta, se la reserva el propietario de los medios de trabajo.

Estos procesos de división y subdivisión de tareas no hace sino profundizarse con la utilización de las máquinas y la aplicación de fuerzas energéticas de gran potencia.

Este papel de director técnico viene, en el caso del capitalista, acompañado del de inspector vigilante de que se cumpla la finalidad de la existencia misma de la empresa: la obtención de la mayor ganancia posible y en todo caso de la ganancia media.

**El “trabajo obrero” es una creación paciente y meticulosa. Es el reverso de la creación del capital.-**

La doble función del capitalista no la realiza, normalmente, él mismo sino, a través de sus equipos.

Estos trabajadores que forman el equipo directivo del capitalista, por desempeñar trabajos propios del capital, nunca han sido considerados como parte del movimiento obrero, sino como parte del otro extremo en la relación capital-trabajo.

Estos agentes del capitalista aparecen con dos caras. Unos representan “el saber” y otros “el mando”. Unos conocen y aplican la técnica, los otros aplican la disciplina y exigen la obediencia.

La rama de los “sabios” investiga la posible aplicación a la producción de los principios científicos, con la condición de que aumenten la ganancia del capital. Esto normalmente significa una simplificación de las tareas mediante la introducción de técnicas (máquinas) que permiten prescindir de un cierto número de trabajadores, o bien, de producir más con el mismo número de éstos.

Todos estos fenómenos que analizamos son parte de lo que se conoce como división del trabajo.

A nosotros nos interesa mencionarlo aquí para tener un mejor conocimiento de cómo se ha ido formando lo que llamamos la relación del capital y el obrero. Para ir tomando conciencia de que dicha relación está asentada sobre unos datos concretos que no cabe desconocer cuando se dice que se va a cambiar.

Esos datos concretos nos obligan a colocar al obrero en el centro del cambio.

Si el partido comunista ruso dice que va a suprimir el capitalismo, los obreros rusos podrían haber pensado que los iban a cambiar a ellos, que iban a cambiar la relación de trabajo que tenían con el capital. Sin embargo, pensarían: cómo se cambia un obrero

para que no siga siendo obrero; cómo se cambian todos los equipos de “sabios” y de “mando” que son los que hacen que la empresa funcione en una determinada dirección día a día; o es que ya no harán falta ni los sabios ni el mando.

*Y recordarían cómo el tipo de trabajo que desempeñan ellos, el trabajo de un obrero, no se crea espontáneamente. Al obrero hay que crearlo paso a paso. Estos pasos son históricos (es decir, reales, concretos y conocidos). Cada paso que hemos estudiado al repasar la creación, la formación del capital, es un paso en la creación en la formación del trabajo obrero.*

Todas las transformaciones que el capital promovió (división del trabajo en la manufactura, cooperación de esos trabajos parciales, introducción de las máquinas, aplicación de nuevas energías) tocó de lleno a los obreros, en el sentido de que fue creando el “molde” en el que desempeñarían su función. Pero ninguna de estas transformaciones podría ser bien entendida, bien explicada, si no se ve debajo de todas ellas su finalidad primera: apropiarse, aprovecharse, del trabajo de los obreros.

Eso, principalmente, significa al capitalismo. Eso significa “trabajar como obrero”.

Hemos repetido varias veces que el trabajo siempre se presenta en la realidad en una forma concreta, bajo unas condiciones concretas. El trabajo en general, no existe como realidad, es un concepto.

El trabajo obrero es la forma concreta que toma el trabajo cuando se presta por cuenta de un capitalista. Y eso significa que este trabajo ha ido adaptándose, a lo largo de siglo y medio, a la finalidad que con él persigue el capitalista: obtener la máxima ganancia.

La división de las tareas en la manufactura, la cooperación posterior de los trabajadores para combinar sus distintos trabajos, la aplicación de los conocimientos científicos, y la utilización de nuevas fuentes de energía, no las ha introducido el trabajador para obtener

alguna ventaja. No. Todo se ha realizado a iniciativa y bajo la dirección del capitalista y para su beneficio.

Esto quiere decir que las modificaciones que va adoptando el trabajo no son novedades técnicas sin más, sino que son modificaciones técnicas que permiten una mayor ganancia al capitalista.

En conjunto, todas las modificaciones en la forma de prestar el trabajo, han significado, de un lado, enriquecer la función, el papel, del capitalista (equipos de “sabiduría” y de “mando”), y por el otro lado, el empobrecimiento progresivo del papel de trabajador (obediencia, disciplina, ignorancia del significado de su trabajo en el conjunto de la empresa), es decir, la conversión de su trabajo en “trabajo obrero”.

La enorme crecida de la productividad del trabajo en estos años que estudiamos, se produce en estas condiciones concretas que hemos citado: creciente ganancia del capitalista, iniciativa y creatividad total por su parte, y absoluto dominio del mando y la dirección del proceso; con la correspondencia, por parte del obrero, basada en la obediencia, la disciplina y la ignorancia.

Estas condiciones, hemos dicho, toman cuerpo en el propio proceso y forman ya un todo con él. En una empresa capitalista nos encontramos ya como un dato todos estos procesos. En las propias máquinas y su funcionamiento viene ya introducido el papel del obrero en el conjunto de la empresa.

*Por todo ello, resultaría sorprendente que en una revolución obrera se le diera la vuelta a esta situación, tan laboriosamente creada y tan sólidamente asentada*.

La experiencia rusa no parece que en ningún momento se propusiera desmontar este “aparato” productivo que tan buenos resultados había dado a quien lo manejaba en todos los países. En todo caso, esta unidad básica en la producción capitalista, la empresa, se mantuvo en sus rasgos esenciales. Trabajo obrero, disciplinado y obediente; dirección dotada con “sabiduría” y “mando”,

y todo ello supeditado a obtener los resultados estudiados y decididos en todo caso, fuera de la empresa.

Esto último quiere decir que los obreros no podían hacer nada para dejar de ser obreros. Puesto que, como hemos visto, el reparto de “papeles” (de funciones) dentro de la empresa, venía decidido desde fuera, y la decisión consistió en no cambiarlos, en mantenerlos como estaban cuando la empresa era capitalista.

**La experiencia rusa no contempló la profunda “miseria” del “trabajo obrero”.-**

*La pregunta sería si el socialismo, si el camino al comunismo, pasa necesariamente por el desmontaje, pieza a pieza, del “aparato” que montó, como pieza maestra de la producción, el capitalismo: la empresa capitalista.*

Los comunistas rusos no se encontraron con las condiciones que hubiesen permitido este camino. Tampoco lo intentaron. Se inclinaron más bien porque el protagonismo en la producción, y su reproducción, lo acaparara el Estado. Un Estado de los trabajadores (de los obreros, los campesinos y los soldados).

Si el Estado no es otra cosa que el conjunto de organismos, de instituciones, que crean y organizan quienes dirigen la producción, para asegurar su reproducción, los comunistas rusos, y concretamente los dirigentes del partido comunista, acabaron dirigiendo ambas cosas, la producción y el Estado.

En estas circunstancias, los papeles se entrecruzan, las funciones se desdibujan, y el propio Lenin ya advertía que los obreros ya no eran obreros, ni el Estado era un Estado como los demás. La dirección de la empresa ya no era un capitalista, y los propios sindicatos obreros dudaban de cúal era su papel.

No era ésta la situación en la que había nacido y se había desarrollado el movimiento obrero, europeo y mundial. Y en esta extraña situación, empezaron a perder sentido, o a cambiar de significación, el conjunto de conceptos que servían de base a la teoría (al conocimiento) y a la actuación del movimiento obrero europeo.

*El movimiento obrero se llama así porque tiene como base a los obreros. Y el trabajo obrero ya hemos visto que no es otra cosa que la forma en que se trabaja para un capitalista. Y esta forma de trabajar se ha ido asentando, perfeccionando, profundizando en sus rasgos esenciales: la ganancia se extrae, utilizando como instrumento, la exclusiva en el conocimiento técnico utilizado, y en los resortes del mando.*

*Esto tiene como efecto principal el vaciado profundo de competencia, responsabilidad y sabiduría en los trabajadores, convirtiéndolos en obreros. Es decir, la cara opuesta de la competencia, la sabiduría, la responsabilidad*: el capital.

Esto, en la experiencia rusa, se convirtió en otra cosa. Su problema central derivó hacia la organización de la producción en forma colectiva, planificada y dirigida por el Estado (con la particularidad que hemos comentado sobre el papel fantasmal de un Estado que ejerce todas las funciones). En esta organización, los obreros nunca encontraron el lugar que correspondía a sus proyectos propios. Y cuando el experimento acabó, pudieron comprobar en la práctica, que nunca estuvieron en el camino que los llevara a dejar de ser obreros. Consiguiendo controlar el Estado a través de su partido; poniendo toda la producción bajo la dirección de éste, y tratando de encajar toda la actividad productiva en los moldes de un plan, se creyeron haber puesto los raíles del camino que les llevaba directamente al comunismo. Lenin y los gobiernos que él dirigió, tuvieron muy serias dudas de que así fuera.

No obstante, las indicaciones que el movimiento obrero tenía al respecto, no se apartaban mucho de estas líneas del proyecto. La conquista del Estado, la toma de posesión de los medios de producción, y la planificación de la economía, habían sido la “cartilla”

que habían leído todos los socialistas-comunistas, llegando esta tradición (en formas ya algo desdibujadas) hasta Allende en Chile, Miterrand en Francia, Castro en Cuba.

Todos ellos tuvieron ocasión de comprobar que estos rasgos del socialismo no eran fórmulas concretas para aplicar directamente, sino indicaciones que en algún lugar del camino aparecerán, acreditando que no se erró en su recorrido; o que se erró, y hay que tomar otra trocha para llegar al mismo lugar que se pretendía.

Lenin, y el comité que con él dirigía el partido y el Gobierno, pronto comprendieron que estas señales servirían para acreditar que se transitaba por el camino correcto, pero no daban ninguna receta sobre la forma de hacer el recorrido. Esto último había que improvisarlo. Y así lo hicieron. Y recorrieron el camino hacia adelante y hacia atrás, varias veces. Por ejemplo, nunca supieron cómo planificarían la producción agraria cuando la mayor parte de las tierras productivas estaban en manos de los campesinos (en manos privadas) medios y los pequeños campesinos, que eran aliados suyos en la revolución.

Por ejemplo, después de cuatro o cinco años de revolución, reconocen que con el Estado nuevo que han montado (al que llegan a llamar “trasto” y “monstruo inútil”) no es posible gestionar ni planificar las empresas públicas, hasta el punto de admitir en público si no sería preferible partir de cero.

Lenin repite una y otra vez que se está recorriendo un camino nuevo, y que los nuevos pasos hay que darlos con valentía, porque si nos equivocamos, habremos aprendido que ése no era el camino, y así es como se avanza, decía.

Lenin buscaba la forma en que llegaría a la toma de posesión de los medios de trabajo por parte de los trabajadores, como seña de identidad del socialismo. Que la forma provisional tuviera que ser a través del Estado y que la planificación fuese también estatal, podían no ser sino instrumentos que llevarían a formas más ajustadas a sus objetivos.

Se trataba, por tanto, de una experiencia, y de ella se había de aprender para seguir avanzando en los objetivos socialistas.

Muerto Lenin, Stalin cambió el rumbo.

Stalin cambió los pasos de tanteo por los pasos en firme. Visto que el objetivo socialista de que los obreros tomen a su cargo, controlen, los medios de trabajo es una operación que encierra muchas dificultades; visto que la pequeña producción era un obstáculo al rápido crecimiento de la productividad, y que sus pequeñas dimensiones y su gran número dificultan su coordinación; Stalin entiende que lo que no hagan los trabajadores por sí mismos directamente, lo hará el Estado en su nombre.

Y así, valiéndose de los resortes de fuerza del Estado, agrupa de forma obligatoria todas las parcelas campesinas en grandes granjas colectivas, y junto con toda la industria, encaja toda la actividad productiva en los estrechos marcos de un plan cuyas cifras de producción deben ser estrictamente cumplidas.

El aumento de la producción deberá permitir alcanzar niveles parecidos al de los más adelantados países capitalistas. Con la importante diferencia de que aquí todo ello tiene como finalidad el mayor bienestar de los obreros.

*Durante muchos años trabajaron los obreros rusos en esta creencia. Durante muchos años, trabajando y mejorando sus niveles de educación, sanidad, alimentación, vivienda, etc. Durante muchos años, trabajando como obreros, olvidando que toda la aventura socialista se inició para dejar de ser obreros.*

Durante el tiempo que duró la experiencia rusa, la mayor parte de los obreros, o al menos buena parte de los obreros, y en todo caso, los obreros comunistas, tuvieron por buena la idea de que el Estado, dirigiendo la economía en la forma planificada en que lo hacía, y no teniendo otra meta que su bienestar, lograría alcanzar un nivel de abundancia de bienes materiales (alimentos, electricidad, vivienda, muebles, vestido, calzado, etc.) para toda la población, que se acercaría mucho al pensamiento que se tenía sobre el comunismo.

**Lenin, entre lo deseable y lo posible: el protagonismo de los trabajadores o la eficacia en favor de los trabajadores.-**

Eso no se alcanzó; pero importa reseñar, que había, y hay, una parte del movimiento obrero, que pensaba y entendía que la experiencia no salió bien, pero podía haber salido. Algo falló, pero la idea era buena.

Unas fuerzas armadas, unas fuerzas de seguridad, un gobierno apoyado en una administración competente, todo ello controlado por el partido de los obreros, puede conducir a algo muy parecido a lo que tenemos por comunismo. Y como el camino hacia el comunismo lo hemos llamado socialismo, una sociedad, un país, en esas condiciones se les podía tener como socialistas.

La experiencia rusa, sin embargo, viene a dejar en claro, por el contrario, que la herencia que recibió del régimen zarista el nuevo régimen bolchevique, la empresa capitalista (en la industria), y el campesinado (en la agricultura), siguen siendo el paradigma (el modelo) al que deberá ajustarse la producción rusa en nuestro siglo XXI. Ni fuerzas armadas, ni servicio de seguridad, ni control del gobierno y la Administración, han servido para cambiar lo que había que cambiar: la forma de trabajar de obreros y campesinos.

La razón de ser de estos deslizamientos puede ser el cambio en el punto de mira. Lenin mantuvo siempre en el centro de los grandes debates en el partido y fuera del partido, el cambio en la forma de trabajar los obreros y los campesinos. Sin embargo, en múltiples ocasiones, pasó por delante de este objetivo, otro, menos importante, pero más urgente (y, por lo tanto, en aquel momento y para él, jefe del gobierno, más importante). Acabar con la guerra en la que les cogió metidos al tomar el poder; guerra contra países muy poderosos, y que les suponía una sangría de recursos. Arreglo urgente del sistema ferroviario, que estaba destrozado. Acabar con la hambruna en el campo, ocasionada por la guerra misma y por las continuas revueltas campesinas en los últimos años del Zar. Recomponer un ejército maltrecho y desmotivado. Recomponer todo el tejido industrial, arruinado por la guerra y la propia revolución.

El propio Lenin, recostado en su hamaca, en los últimos meses de la enfermedad que le llevó a la muerte, repasaba todas estas tareas, superadas todas ellas a los cinco años de la revolución. Pero no se le olvidaba la meta principal: el socialismo. ¡Qué poco!, tenía que admitir, ¡qué poco hemos hecho por el socialismo!.

Ahora no tiene urgencias. Ya no es el jefe del gobierno. Ahora puede ordenar por su importancia real las tareas. Y la principal, la esencial, es la que ha quedado prácticamente arrinconada. El hambre, la guerra, la desorganización, a todos estos frentes había que acudir, pero la forma de hacerlo, la forma de trabajar no se había cuidado con la preferencia que ahora podía apreciar.

Y, no obstante tener en su mente, el control por el Estado de los medios de trabajo y la planificación de su uso, como los instrumentos para construir el socialismo; no obstante entender que es así; sin embargo lo que añora como no hecho, y se lamenta de no haberlo hecho, es el apoyo que se podía haber dado a las cooperativas. Esta forma de puesta en común de algunos o todos los medios de trabajo, se le aparece ahora como la que podía haber sido la elegida y protegida por el partido y del Gobierno. No le queda tiempo para nada. La nueva dirección del partido y del gobierno reafirma la colectivización y la planificación por parte del Estado, como los mejores instrumentos para conseguir una sociedad socialista, y ponen al servicio de esta idea el inmenso poder de que disponen.

Stalin y su nuevo gobierno no dan un paso que no digan que Lenin lo habría hecho así. En sus discursos, en sus informes, se utiliza como única autoridad la palabra de Lenin.

Y es que, en realidad, se trataba del mismo partido con los mismos proyectos, con la misma teoría, con los mismo apoyos entre los trabajadores.

Stalin no introduce ninguna novedad en el programa del partido, y no hace sino seguir las líneas que se iniciaron con Lenin en la Secretaria general del Partido y en la jefatura del Gobierno.

Hay que pensar que Lenin y Stalin fueron compañeros de partido largos años, y éste último no fue secretario general sino a la muerte del primero. Este cargo lo ocupó contra la opinión de Lenin, que advirtió por escrito –estaba ya en la cama- a sus compañeros, de que las condiciones personales de Stalin no eran las mejores para un cargo así.

No obstante, sus compañeros lo eligieron y el partido siguió su camino, en la misma dirección que llevaba: colectivización y planificación.

Se puede pensar en una línea de mayor participación de los trabajadores en las decisiones del Gobierno en tiempos de Lenin. Por ejemplo, los campesinos y sus representantes negociaban con el gobierno la cantidad de cereales, carne, etc, que debían entregar al Estado.

Por el contrario, Stalin colectivizó por la pura fuerza, y los sujetó al cumplimiento obligatorio de los planes redactados por los expertos y los dirigentes del gobierno y del partido.

Esto no nos puede ocultar la fuerza de los hechos. Y estos son: que el Estado era el que tomaba en sus manos la producción (no los trabajadores); que la ordenación del trabajo (la planificación) tampoco era obra de los trabajadores; y que la reproducción en su conjunto, estaba en las manos exclusivas del partido.

Estos rasgos del proyecto comunista lo compartían todos los miembros del partido, incluidos naturalmente los Secretarios Generales. Los ritmos, las urgencias, las maneras concretas de llevarlos a cabo, no permiten pensar en proyectos distintos. Lenin, Stalin, y los secretarios generales que les sucedieron, compartieron una misma y sola experiencia.

Siendo esto así, ¿qué sentido puede tener el “guiño” de Lenin?

Porque, en realidad, no solo se fija en las cooperativas para decir que son el mejor camino hacia el socialismo, sino que se arriesga a decir que son el socialismo mismo.

Hay que aclarar que Lenin está pensando en los campesinos. Y asimismo, que da por sentado que el poder del Estado está en manos de los obreros.

No obstante, no deja de ser un apunte en una dirección que, en definitiva, no se siguió. Y no se siguió porque planteaba problemas que afectaban al conjunto de la revolución.

El partido se propone metas, y sobre todo ritmos de producción, que no concuerdan con los ritmos de la pequeña producción campesina. Hay que pasar, y muy deprisa, a una productividad en la agricultura, que no seria posible con la dimensión de las parcelas campesinas existentes, que no permiten una utilización masiva de maquinaria (tractores).

Estos son los motivos, como vemos, motivos reales, que exigieron la colectivización agrícola que llevó a cabo el partido en tiempos de Stalin.

Sin embargo, aunque la colectivización de la tierra planteara, en primer plano, un problema de ritmos en la marcha de la producción global, hay que advertir también un problema de fondo.

Ciertamente, para crear una industria pesada había que disponer de moneda extranjera para adquirir la maquinaria adecuada, que no se construía en Rusia. Y así mismo, es cierto que la venta de cereales a esos países de moneda fuerte, era el renglón más fuerte de que se disponía en las exportaciones rusas; y la producción de esos cereales no se podía multiplicar sino introduciendo en su cultivo la maquinaria (tractores), lo que, a su vez, exigía una mayor dimensión de las parcelas existentes y la dirección centralizada de sus labores para ajustar su producción a las exigencias de los planes que se iban elaborando.

Sin embargo, todo este planteamiento, como se aprecia fácilmente, no es un planteamiento campesino. Este proyecto, que Lenin proponía a los campesinos, sin que nunca se lo aceptaran, Stalin lo ejecutó por encima del parecer y de la voluntad de los campesinos.

El partido que representaba en mayor medida los intereses de los campesinos, el partido menchevique, era también un partido comunista (socialista), y siempre estuvo en contra de la colectivización estatal de la agricultura.

Y a esto nos referíamos cuando apuntábamos que aquí se planteaban problemas de fondo. Que haya problemas de fondo, quiere decir que hay desacuerdos en la base, en el punto de arranque de la ejecución de los proyectos, aunque se esté de acuerdo en los puntos más importantes de los proyectos.

El socialismo y el comunismo tuvieron, como vimos, un arranque común. Compartida era la práctica, dura y larga, en el movimiento obrero europeo y mundial. Y compartida era la teoría, es decir, el conjunto de enseñanzas que la reflexión, discusión y ordenación de esos hechos, producían en el pensamiento colectivo de los obreros.

Esta teoría es un marco, un cuadro de ideas. O, sea, un marco de representaciones mentales, de imágenes de una realidad. Esa realidad es la vida de los obreros, o sea, su trabajo y lo que con él consiguen para poder reproducirse y poder seguir trabajando.

De esta bolsa sacan los obreros los materiales para montar sus proyectos.

Comunistas y socialistas han sacado su teoría de la bolsa común durante largo trecho del camino, común también.

¿Qué decía esa teoría común?

Los trabajadores con su actividad acondicionan los materiales de la naturaleza para poder aprovecharlos en la reproducción de la vida sobre la tierra. Los trabajadores no dirigen, sin embargo, esa

actividad. En cada época histórica, esa dirección se la ha apropiado un grupo no perteneciente a los trabajadores(normalmente representantes de las divinidades- los dioses disponían que unos debían producir y otros dirigir-). En nuestra época actual, el capital se ha hecho con la dirección. Los obreros debemos hacernos con ella.

Eso decía la teoría común. A eso era debido que no se hicieran diferencias entre comunistas y socialistas.

Es verdad que esa teoría, en la forma que se acaba de exponer, aparece todavía en un grado muy grande de abstracción, en trazos aparentemente muy generales. Sin embargo, hoy día, la comparte una parte solo del movimiento obrero. La mayor parte de los obreros organizados europeos, la socialdemocracia, no tiene entre sus objetivos desbancar el capital de sus puestos de dirección.

Quiere esto decir, que lo que le ocurrió a los comunistas rusos, y que referíamos a propósito de Lenin y la colectivización de los campesinos, no es otra cosa que una curva más en el camino laborioso que los socialistas se propusieron hace siglo y medio en Europa.

Lenin añoraba la ocasión perdida al no haber apoyado el partido, en forma decidida, al movimiento cooperativo existente en aquel momento en Rusia. Debía referirse, mayormente, a las cooperativas de consumo que utilizaban los campesinos para sus adquisiciones de aperos, abonos, y también ciertos productos alimenticios (sal, especias, etc).

En cualquier caso, sorprende la mirada lateral que un dirigente comunista del peso de Lenin, dirige a un instrumento tan “débil”, frente a los métodos “fuertes” preferidos por la revolución en todos los campos de la producción.

Los métodos preferidos, efectivamente, por la revolución fueron la imposición y la fuerza. Y así los usaron para lanzar del poder (fuerzas armadas, gobierno, empresas, bancos) a quien en ese momento lo dirigía. Pero, y esto era nuevo, también los utilizaron contra los trabajadores, los campesinos. Contra los otros

trabajadores, los obreros industriales, no cabía violencia alguna, no eran dueños de nada. Los campesinos, sí.

La colectivización y planificación estatales de toda la economía, la llevó a término al partido comunista ruso, en el convencimiento de estar realizando en la práctica lo que indicaba la teoría: los obreros tomarán en sus manos la dirección de la producción, y por tanto, de toda la sociedad.

Y para ello, utilizaron todos los medios que estimaron adecuados.

Era una forma paralela a la utilizada por el capital para lograr la dirección de las sociedades europeas. Solo que el capital se tomó su tiempo (algo más de cuatro siglos, entre preparativos y desarrollo), y el partido comunista creyó poderlo hacer en unas decenas de años.

Atropellar a los campesinos, echarlos de sus tierras, apropiarse de las tierras comunes de los vecinos, han sido prácticas comunes en los países europeos, hasta lograr ahormar al trabajador del campo, adaptándolo a las necesidades del capital (jornaleros, los necesarios; ganaderos, los que necesite la agroindustria; trabajos masivos de temporada, emigrantes). Esto lo hizo, y lo hace, el capital, pero según unos ritmos que hoy llamaríamos “sostenibles” (cuando hay que matar, se mata -en Alemania, en España, en Irak- pero según una medida soportable). Sostenible quiere decir que no interrumpa la producción. El camino emprendido por Lenin tenía en cuenta, como el capital, este tipo de compromisos temporales, parciales, con los campesinos, que permitían, seguir avanzando en el camino de la colectivización sin romper los equilibrios del conjunto.

El capital siempre ha trabajado así en el campo, dando los empujones necesarios en un momento, pero sin comprometer el continuo avance en la dirección del conjunto de la producción.

Stalin, sin embargo, rompió con cualquier compromiso con los campesinos, y señaló como metas incondicionales, la colectivización y planificación estatales de toda la actividad agrícola, utilizando para ello toda la fuerza del aparato de fuerza estatal.

*Y aquí aparece con toda claridad el contraste entre dos formas posibles de aplicación de la teoría socialista-comunista. Una, que coloca en el centro de su preparación y realización a los trabajadores mismos. Y otra, que persigue la mayor eficacia, en beneficio de los trabajadores, aunque no se cuente con su participación efectiv*a.

**Las dos patas del comunismo en Lenin: los campesinos (cuenta propia), y los obreros (cuenta ajena)-**

El paradigma o modelo de cada una de estas formas, en su representación más extrema, serían, de una parte el modelo de producción colectiva planificada estatal (Lenin, Stalin), y de otra, el percibido, señalado y añorado por Lenin, las cooperativas.

Ambos modelos tienen en común que responden a la misma teoría comunista: conseguir la dirección de la producción, y por tanto, de la sociedad en su conjunto, por parte de los trabajadores. Por responder a un mismo impulso teórico (a una misma forma de entender la sociedad), ambas maneras podían ser contempladas por un teórico y al mismo tiempo dirigente comunista como era Lenin.

El hecho de que pensara en las cooperativas a propósito de los trabajadores campesinos, y no de los industriales, tiene una base real. Los trabajadores industriales trabajaban por cuenta ajena, mientras que los campesinos lo hacían por cuenta propia.

Se podría pensar, en consecuencia, que por la cabeza de Lenin pasó la posibilidad de que al socialismo (al comunismo) se podía llegar por ambas vías; partiendo del trabajo por cuento ajena y partiendo del trabajo por cuenta propia.

Lenin y el conjunto de socialistas y comunistas que lo precedieron (y de los que aprendió la teoría), tuvieron siempre como

muy probable que al socialismo se entraría por la puerta del capitalismo. El capitalismo prepararía las condiciones que permitirían que los obreros tomaran las riendas de la producción, del trabajo. Es decir, que la vía probable de acceso al socialismo pasaría a través del trabajo por cuenta ajena. Y para ello se prepararon, y para ello hicieron todas las previsiones, todos los preparativos. De ahí la perplejidad y las vacilaciones de Lenin y su partido bolchevique cuando se encuentran con la realidad de que la mayor parte de la producción agraria (nada menos que toda la alimentación), no es capitalista; sus trabajadores no son obreros, trabajan por cuenta propia. Este frente, lo reconocen ellos mismos,, no lo tenían muy trabajado.

Y la diferencia es fundamental, no es de detalle.

En el caso de los campesinos, por la condiciones de su trabajo, es como si nos encontráramos con que la mayor parte de la industria (o toda ella) se encontrara en manos artesanas, es decir, en manos de trabajadores por cuenta propia y con proceso de trabajo individuales.

O, por el contrario, que los campesinos rusos fuesen una minoría, porque la mayor parte de la producción agropecuaria estuviese ya dirigida por el capital.

En estos dos casos (todos los trabajadores por cuenta propia, o todos por cuenta ajena), los comunistas rusos lo hubieran tenido más claro. Pero se encontraron con una gran parte de la producción en cada banda. La industria en manos de los capitalistas y la agricultura en manos de los propios trabajadores (los campesinos).

Cabían, por lo tanto, dos posibilidades: una, tratar de una forma a los trabajadores por cuenta ajena, y de otra a los trabajadores por cuenta propia. Otra, tratarlos a todos con el mismo rasero. Lenin intentó reiteradamente la primera, y Stalin y sus continuadores acabaron aplicando la segunda.

Estas dos realidades distintas son la causa de que en la cabeza de Lenin aparezca en forma de reflejo el recuerdo añorado de las cooperativas.

Sí se profundiza más en la realidad que tiene delante Lenin y su partido, nos encontraremos con lo siguiente. La penetración del capital en la producción, intercambio y consumo rusos, en esta época, es muy irregular. Banca, obras públicas, minas, industria, comercio exterior, es donde está más presente, pero deja todavía extensas zonas (la agricultura, por ejemplo), en manos de la llamada pequeña producción.

La teoría socialista utilizada decía que cuando el capital domina toda la producción (por tanto, también intercambio y consumo), se empiezan a dar las condiciones para la irrupción del socialismo. Por tanto, en la Rusia de Lenin y Stalin no se daban las circunstancias necesarias para que el socialismo se abriera paso, o, al menos, para que se abriera paso en la forma prevista. En realidad la previsión era que esa penetración del capital tuviese lugar en todos los países del mundo, o al menos, en los más desarrollados. Sin embargo, la situación que consideramos, tenía lugar en un solo país, y en el que el capital no controlaba el conjunto de la producción.

A la vista de la falta de correspondencia entre las previsiones y la realidad, el partido se inclina al final por un modelo único: la colectivización y planificación estatal de toda la producción, el intercambio y el consumo. Y este modelo queda momificado en Rusia, de forma que, hasta su desaparición, no sufre ninguna modificación que permita hablar de una evolución.

Como se puede comprobar en las distintas experiencias del socialismo, en numerosos países de todo el mundo, los modelos utilizados no han sido exactamente iguales.

En el que más nos hemos detenido ha sido en el ruso o comunismo soviético. La razón es que fue el primero y sirvió de modelo para otros: el chino, vietnamita, coreano del norte, cubano y todos los países llamados del este (Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía, Bulgaria, Albania, etc). Se llamó soviético y en realidad no lo fue; se suponía que los soviets (consejos), formados por obreros, campesinos y soldados, serían los organismos que dirigirían y controlarían toda la actividad económica. Esto no fue así,

porque el partido comunista, el gobierno y la administración ( todos ellos controlados por el secretario general del partido y un pequeño grupo de dirigentes), fueron los verdaderos protagonistas, y sin embargo, se le conoce, se le sigue conociendo, como el comunismo soviético, Otra razón es que ha completado un ciclo, es decir, ha cerrado su experiencia y se ha incorporado al sistema capitalista, de nuevo.

De su largo recorrido de ida y vuelta, en el movimiento obrero europeo, y más concretamente en el movimiento obrero español, ha quedado una herencia, que ahí está. A cualquier comunista o socialista en nuestro país, se le recuerda con frecuencia su parentesco con el comunismo ruso, y se le atribuye un final parecido.

Los socialistas se defienden enseguida, diciendo que nunca compartieron el modelo soviético; y que su modelo nunca consistió en el control por los obreros del Estado, y a través de él de la producción y del conjunto de la sociedad; ellos, y sus organizaciones, siempre se centraron en la mejor defensa de los obreros y del conjunto de los trabajadores, en el seno del sistema capitalista, es decir, en el modelo que hoy se conoce como socialdemocracia.

Y hay que admitir que es así. Socialistas y comunistas eran la misma cosa, hasta que la experiencia rusa los separó, adoptando cada uno su modelo.

Los comunistas españoles, sin embargo, admitieron como bueno el camino de comunismo ruso durante largos años. Posteriormente se separan por entender, básicamente, que el control del Estado podría alcanzarse por la vía de las elecciones; con lo que, al mismo tiempo, admitían la existencia de otros aspirantes a controlar total o parcialmente el Estado (las instituciones). Por esta misma razón relativizaron (convirtieron en posible, pero no obligatorio, como los rusos) tanto el control de la producción (con la posibilidad, al mismo tiempo, de que el control solo fuese sobre los medios de producción más importantes –electricidad, transportes, bancos, industria básica-), como la planificación de la misma (admitiéndose una planificación indicativa, es decir no estrictamente obligatoria).

Al admitir todas estas variantes sobre el modelo ruso, los comunistas españoles estaban señalando a los representantes del capital que estaban dispuestos a convivir con ellos en el seno del modelo o sistema capitalista.

Esta separación de caminos con el modelo ruso, se hizo antes de que tuvieran ni sospechas de que éste se hundía. Con ello los comunistas españoles no entendieron que con el hundimiento del modelo ruso, se hundía el suyo también. Sin embargo, al igual que el modelo ruso, el comunismo español ha ido perdiendo el soporte de los obreros. En fechas recientes, un dirigente comunista español se lamentaba de tener más apoyos en ambientes de profesionales (técnicos, funcionarios, empleados), que en ambientes obreros.

Habrá que recordar que los obreros rusos siempre esperaron que con el comunismo, dejarían de ser obreros. Pensaban que en eso consistía el comunismo, en que ellos dejarían de ser obreros. Sus dirigentes, sin embargo, soñaban con una Rusia fuerte, rica, moderna, avanzada, motor de una revolución mundial que llevaría la paz y el progreso a todos los países de la tierra. Y para ese fin, pusieron los cimientos, levantaron los pilares, fabricaron la estructura del gran edificio. Los obreros, sin embargo, seguían viendo que aquello no debía ser el comunismo, porque ellos seguían siendo obreros. Al final, se cansaron.

**Vuelta al origen del problema: la separación del trabajador de sus medios de trabajo y del producto.-**

*Porque ese era el origen del problema: los obreros; o, lo que es lo mismo, el capital. El comunismo es una respuesta al capitalismo, al proceso que se sigue para convertir un trabajador en obrero. Si ese es el origen del problema, a él habrá que volver.*

El proceso de trabajo individual en que el trabajador controla el manejo técnico de sus medios de trabajo y del producto que obtiene, aunque luego haya de entregar una parte del mismo, es el modelo de trabajador del que se arranca para transformarlo en obrero. El artesano en la producción industrial, y el campesino en la agrícola, son los protagonistas de lo que los comunistas rusos llamarán luego la “pequeña producción”; pequeña porque se ajusta a la existencia de un solo trabajador, pero de gran importancia por la aportación que hacen en conjunto a la producción global. Todas las herramientas para el trabajo las fabrican los artesanos, así como todos los enseres que constituyen el menaje de un hogar. Los campesinos, a su vez, terminada la fase histórica de los siervos; aportan la mayor parte de la producción agrícola en todos los países europeos en las fechas a que nos referimos.

Unos y otros cumplen su labor en los límites que les imponen los medios de que disponen. La productividad de su trabajo, contando con un grado de destreza medio, depende del instrumento con el que trabajan. Cada instrumento o herramienta utilizada es, a su vez, producto de otro proceso de trabajo individual. El carretero utiliza el carro que le fabrican el herrero y el carpintero, y así, cada artesano utiliza herramientas hechas por él o por otro artesano. Y el campesino utiliza el arado que le hacen el herrero y el carpintero, así como los aparejos, cordeles y demás arreos para las bestias de tiro y carga, que le sirven los talabarteros, cordeleros, tejedores, etc.

Sobre este aparato técnico, sobre este aparato productivo comienza sus ensayos el que se convertirá con el tiempo en el nuevo sistema, el sistema capitalista.

Es oportuno recordar en este momento que este aparato técnico-productivo no es más que el esqueleto de un conjunto mayor (con músculos, nervios, sistema circulatorio, digestivo, cerebro) que es a lo que llamamos una sociedad (un país)

El aparato productivo no está quieto, sino funcionando, es decir, se va gastando y se va reponiendo, o dicho de otra manera, se va reproduciendo. Y para que esta reproducción tenga lugar, se van creando los elementos que resultan necesarios: mercado, escuelas,

caminos, bancos, servicios de vigilancia, inspección, seguridad, con el personal necesario para poner todo ello en funcionamiento.

Todo este aparato “no productivo”, es decir, no dedicado directamente a la producción, en la época de que hablamos, estaba en manos de los nobles y de la iglesia. El uso de este aparato les proporcionaba todos los medios materiales para su propia reproducción, mediante la entrega que le hacían los productores directos de una parte de los productos obtenidos con su trabajo.

El ensayo capitalista consiste, básicamente, en tratar de conseguir un aumento de la productividad del trabajo. Y la finalidad perseguida es conseguir que el trabajador, al producir más, entregue mas cantidad de producto a su “nuevo señor”, al nuevo propietario de los medios que utiliza el trabajador.

Los instrumentos técnicos utilizados para conseguir el aumento de la productividad son, la especialización de las tareas de los trabajadores y la correspondiente cooperación de estos trabajadores especializados.

Esta operación lleva aparejada la del cambio en las herramientas, en los métodos de su utilización, en los tiempos, etc.

La novedad para los trabajadores es, que han comenzado a ordenarle técnicamente el trabajo desde fuera. Nunca antes el abad de un monasterio o el duque o marqués correspondiente, había indicado a ningún trabajador la forma de ejecutar un trabajo.

Ahora, sin embargo, la especialización de las tareas la estudia y ordena el nuevo señor. Y él se reserva también para sí la coordinación de las mismas. Es decir, separa y se reserva para sí, el “saber” y el “mando” en el trabajo. Se ha convertido en el director técnico del proceso de trabajo, en el que con anterioridad no participaba.

Este periodo, conocido como el de la manufactura, desemboca en el que se denomina del maquinismo. Las tareas, muy simplificadas, que se encargaban a un especialista, se vuelven a descomponer en sus movimientos más sencillos y éstos, se le

encomiendan a una máquina, y el especialista pasa a vigilar la máquina.

Este periodo profundiza la separación entre el “saber” y el “mando”, de una parte, la ignorancia y la obediencia de la otra, en el seno del proceso del trabajo. Y el continuo avance en esta separación (cada vez más distancia entre la ejecución de una tarea constantemente simplificada y subdividida, y el conocimiento y control del movimiento de conjunto) es el rasgo característico del nuevo sistema de trabajo capitalista.

A esta característica típica del capitalismo, hay que añadirle la otra a la que va unida: utilizar todo el artilugio técnico descrito para obtener la máxima ganancia posible.

Esta segunda característica, de sacar un beneficio, ya le viene de las formas anteriores de trabajo, en que también existía. La diferencia está en que en la esclavitud y la servidumbre, cada ciclo, cada año, el señor obtenía una parte del producto de los trabajadores sensiblemente igual, es decir, los procesos de trabajo se reproducían a la misma escala, mientras que en el capitalismo, la tendencia es ir hacia la acumulación de las ganancias, o sea, a aumentar la escala del proceso de trabajo (todas las empresas tienen la tendencia a crecer constantemente).

Este proceso descrito, visto desde el lado del trabajador consiste en una pérdida constante en el contenido y el valor de su trabajo, en un profundo vaciado, no solo de sus habilidades y saberes, sino en su creatividad y su responsabilidad. Esto va unido, a que, lo que recibe a cambio de su trabajo no guarda relación con lo que él aporta.

*Resulta así, que lo visto desde el lado del capital, como riqueza, creatividad, riesgo, responsabilidad, iniciativa, conocimiento; eso mismo, visto desde el lado del trabajador, es todo lo contrario.*

*Ese empobrecimiento progresivo del trabajador, y el correspondiente enriquecimiento del capitalista, es el motivo del nacimiento y la existencia de socialismo.*

**El socialismo utópico y el socialismo científico**.-

Ante este hecho, el empobrecimiento del trabajador y el enriquecimiento del capitalista, el trabajador ( en este caso ya un obrero) reacciona asociándose para defenderse del capital. Entre otras ramas del movimiento obrero, la socialista, ante un acontecimiento poco estudiado y poco conocido, como es el desarrollo del capitalismo, inicia unas respuestas puramente defensivas (huelgas, plantes, negociaciones). Al mismo tiempo, aparecen las primeras respuestas teóricas, los primeros proyectos "alternativos", que diríamos hoy.

En un primer momento estos proyectos son puramente ideales. Se trata de pensar en una forma de trabajo, en una forma de sociedad, donde el trabajador se encuentra rodeado de todo tipo de facilidades; donde el trabajo aporta todos los bienes materiales necesarios para una vida plena, y las relacione derivadas del mismo son armónicas con todas las personas que intervienen en la vida social.

De este primer momento proceden las ideas de igualdad, de justicia en las relaciones de trabajo, de armonía en las relaciones sociales, de confianza en el progreso, en la ciencia, en el futuro, en la bondad natural del hombre.

Es el primer socialismo. Algunos estudiosos de estos temas, le han llamado a este periodo el del "socialismo utópico". Utópico viene a significar un lugar que no existe, y al que, por lo tanto no se puede llegar. Al menos no se puede llegar en el momento que se habla de él; años después, no es la primera utopía que se convierte en un lugar real, y visitable.

*La mayoría de las características que los obreros atribuyen al comunismo, pertenecen a esta época del socialismo. Son ideas muy*

*sencillas, muy fáciles de aceptar, muy fáciles de transmitir y de un gran poder de arrastre a la acción*.

*En realidad, a los obreros no ha llegado otro comunismo que éste, cargado de utopías*.

Una utopía era, en 1.917,esperar que los obreros, los campesinos y los soldados, dirigirían el Estado y la producción y construirian una sociedad comunista. Y era una utopía porque los obreros ( igualmente los campesinos y los soldados) no tenían formación que les capacitara para semejante tarea.

Guiados por el partido comunista ruso, sí fueron capaces de derribar al gobierno, y poner en la dirección del Estado y de la producción a los que estaban en la dirección del partido. Sí fueron capaces, bajo la dirección también del partido comunista, de rechazar la tremenda embestida de los alemanes en la segunda guerra mundial, dejando en la batalla 20 millones de compañeros muertos. Igualmente, han sido capaces, asimismo bajo la dirección del partido comunista, de conseguir con su trabajo de obreros, colocar a su país en las primeros lugares del mundo en muchos sectores de la producción y la ciencia.

Todo esto lo hicieron con la mayor ilusión, persiguiendo una utopía. Caminando hacia un lugar que no existía. No existe un Estado obrero. Los obreros no pueden montar un Estado, no saben. Claro que pueden aprender, pero aprenderán cuando dejen de ser obreros. Un obrero, ya hemos visto lo que es, ya hemos visto en qué lugar de la producción está colocado: en el sitio opuesto a la competencia, la sabiduría, la responsabilidad, la creatividad (lo opuesto a un emprendedor). En ese lugar emprendieron la experiencia rusa, ilusionados y en ese lugar la han abandonado, decepcionados.

Este socialismo elemental, idealista, sencillo, se va enriqueciendo poco a poco, con la experiencia del movimiento obrero en su conjunto, y muy principalmente con la reflexión crítica de estas experiencias. Vamos a ver un ejemplo de ambas cosas.

Una experiencia que obliga a la reflexión, a volver a pensar las cosas, es el hecho de que la esperada revolución obrera no se produce en Alemania, ni en Inglaterra, ni en ninguno de los países europeos industrializados. Y ese era un dato importantísimo con el que contaba Lenin en los primeros tiempos de la revolución. Al no producirse, tuvo que convocar al partido y reflexionar sobre el rumbo de la revolución, a la vista los nuevos datos de la experiencia.

Una reflexión crítica, puede querer decir, un trabajo de reflexión serena y profunda que incorpora elementos del conocimiento científico. Carlos Marx, por ejemplo, hizo un estudio sobre el nacimiento y desarrollo del capitalismo, que permitió revisar, y poner en cuestión no pocos conceptos que el movimiento obrero manejaba hasta entonces.

El propio Marx hubiese hecho una profunda revisión de sus anteriores obras, si hubiese vivido para ello. Es sabido que murió trabajando en esta obra, "El capital, crítica de la economía Política", de la que no vio publicado más que un tercio más o menos. En este mismo sentido recordamos que en una ocasión tuvo que advertir que él no era marxista (es decir, ya no trabajaba con conceptos que él mismo había utilizado antes).

Es decir, la práctica y la teoría del movimiento obrero, han de ir revisando y poniendo al día, las herramientas que mejor permitan ir sustituyendo los impulsos del sentimiento y del deseo, por un mejor conocimiento de la realidad del trabajo obrero, así como poner proyectos realizables desde hoy, en el lugar de utopías lejanas que haya que creerse que un día llegarán.

*A este socialismo, abierto a la reflexión crítica, a la ciencia, y a las nuevas experiencias, se le conoció en su tiempo como "socialismo científico"*

El socialismo utópico, hemos dicho que podía penetrar con cierta facilidad en la mente de un obrero medio; y estas ideas sencillas han permanecido como un poso en el fondo del pensamiento comunista. Y han permanecido idénticas a sí mismas, a pesar de los cambios habidos en lo que rodea al movimiento obrero.

Y esta permanencia de estas mismas ideas, ha resultado, al mismo tiempo, positivo y negativo. Positivo, porque, aunque se haya hundido la Unión Soviética  con todo los demás países que la seguían; aunque la situación de la Cuba comunista no sea brillante; aunque el capitalismo campee por el mundo como el gran triunfador; si se escarba un poco en el pensamiento de cualquier obrero europeo, enseguida aparecen intactas estas ideas (en el fondo, tenían razón los comunistas -es su razonamiento-). Con lo cual, queda una especie de rescoldo, que no se acaba de apagar.

Y es, al mismo tiempo, negativo, porque estas pocas ideas sencillas y generales no pueden servir de soporte para alcanzar el paraíso que prometen. Esas ideas generales hay que convertirlas en conocimientos que permitan armar proyectos realizables.

Lo que se llamó el socialismo científico, era un esfuerzo en ese sentido. Los partidos comunistas (y los socialistas hasta que se separaron) europeos hicieron una gran tarea de esclarecimiento en sus ideas, de racionalidad en sus metas, en sus proyectos. Fueron ordenando sus conocimientos, afinando su teoría, y ensayando la puesta en práctica de la misma.

El conjunto de sus experiencias y el enriquecimiento de su teoría, colocó al movimiento obrero en la esquina de la historia europea, que hemos considerado más atrás. Ante la posibilidad de dar la vuelta a la tortilla, creando Estados obreros, que acabarían llevando la revolución al mundo entero. Así lo creyeron, y así lo ensayaron. No lo creían todos los partidos socialistas (por eso se dividieron y separaron), ni lo creían todos los miembros de los partidos comunistas que intentaron esta experiencia.

En la dirección del propio partido comunista ruso había opiniones contrarias a ese tipo de revolución obrera.

Pero, una vez iniciada la vía de los comunistas rusos, los ojos y la mente de todos los obreros comunistas del mundo entero quedaron deslumbrados por este foco luminoso irresistible. Era su Estado, el primer Estado obrero de la historia. Allí vieron todos los obreros comunistas su futuro.

Y en adelante, el comunismo, para los obreros y sus organizaciones, fue el comunismo ruso. Para los obreros, y para los capitalistas también.

Las formas concretas de la revolución comunista rusa, se canonizaron (se convirtieron en normas obligatorias –cánones- para toda la revolución comunista futura), y se cerraron las vías a otras posibles experiencias comunistas.

Apoyar a la primera experiencia comunista de la historia, se convirtió en el primer deber de todo obrero comunista. Con lo cual, los nuevos miembros de los partidos comunistas europeos, se encontraban ya, al ingresar en el partido, con esta norma indiscutible: el comunismo es el comunismo ruso. Y parecía natural, puesto que no existía otro.

Lo grave de todo esto es que, cuando desapareció el comunismo ruso, había desaparecido también el comunismo. Y pareció también natural.

El comunismo ruso era, eso es cierto, la primera experiencia comunista estatal. Esto quiere decir que el estado era el protagonista de la revolución, de la experiencia que se iniciaba.

**Consideración de las dos experiencias reales (comunismo ruso y socialdemocracia), como meros ensayos en el camino del socialismo**

Como hemos visto ya, el Estado, no es otra cosa que el conjunto de instituciones –organismos, aparatos- que montan y financian los dirigentes de la producción para facilitar y asegurar su reproducción ordenada.

La producción se puso en Rusia bajo el control de los dirigentes del partido comunista, y bajo el control de esos dirigentes ha permanecido hasta el final. Eso ha sido así porque de ello se han

encargado, los cuerpos de seguridad, el ejército, el gobierno, la administración, instituciones todas ellas, creadas controladas y pagadas por los dirigentes de la producción (los del partido).

Los obreros, al final se han preguntado, cuál era su papel en toda esa experiencia. No hacia falta que nadie les contestara: han hecho de obreros, era su papel. Si al menos cobraran, al final, unos salarios como los de los obreros suecos. Estos no han hecho ninguna revolución, y cobran salarios diez veces mayores que los suyos. Aunque también es verdad, que siguen siendo obreros, como los obreros rusos, de antes, y de ahora.

*El Estado no es protagonista de nada. El Estado no va a hacer ninguna revolución. El Estado no va a cambiar la condición de los obreros. El Estado lo crea la producción para poder reproducirse. Quien organice la producción, organiza el Estado.*

*Hay que recordar que hablar de producción es hablar de trabajo. De manera que ordenar la producción, es ordenar el trabajo.*

*Hay que recordar, así mismo, que, excepto los elementos de la propia naturaleza, todas las condiciones materiales del trabajo, son a su vez producto del trabajo*.

En consecuencia, si el Estado no es más que el conjunto de las instituciones controladas y financiadas por quien dirige la producción (para reproducirla), y la producción la controla quien dirige y manda en el trabajo (vivo y muerto –las condiciones materiales necesarias para poder realizarlo las hemos llamado en otro momento trabajo muerto o trabajo dormido-), debe quedar bastante claro que, lo que llamamos ordenar la sociedad, no es otra cosa que ordenar el trabajo.

¿Quién ha ordenado, desde la antigüedad, las sociedades que conocemos? Faraones, Emperadores, Caudillos guerreros, Jefes de las Iglesias. Ninguno de ellos admitiría que lo que ordenaba era una forma concreta de prestar su actividad los trabajadores. Esta función real viene velada, disimulada, por una serie de funciones aparentes, que impiden que sea apreciada directamente.

Ese conjunto de funciones, con sus aparatos correspondientes (las personas y los medios que las llevan a cabo), forman el Estado. Cada tipo de Estado necesita unas instituciones y unos aparatos para cumplir esta tarea de organización del trabajo, dado que se trata de reproducir ese tipo concreto de organización.

El movimiento obrero europeo, y concretamente el socialista, ha sido el más interesado en cultivar esa idea: el trabajo material, y su forma de prestarse, está en el fondo de toda la ordenación social de nuestras sociedades. Desvelar una a una las capas engañosas (cultura, costumbres, leyes, instituciones, religiones) que lo ocultan, ha sido, y es, una de sus principales tareas. Pero hay otra más importante aún: recomponer esa ordenación, de forma que quien trabaja, sea quien ordene las formas de prestar su trabajo.

La pretensión del sistema capitalista es la de ordenar el trabajo de los obreros y el de todos los trabajadores. Su título es la propiedad de las condiciones materiales del trabajo. Esto le da pié para, además, apropiarse de los frutos del trabajo, y pasar a dominar la dirección técnica de los procesos de trabajo.

Frente a esta pretensión, el movimiento obrero socialista ha concretado dos respuestas. Una, la socialdemocracia; otra, el comunismo ruso.

La socialdemocracia ofrece a los obreros su apoyo y defensa desde las posiciones que consigue en las instituciones que constituyen el Estado de los capitalistas (gobierno, parlamento, administraciones). En nuestros días es la cara más visible del movimiento obrero europeo, junto a sus correspondientes sindicatos. Partidos socialistas y los sindicatos de esta tendencia son hoy día el contrapeso más importante en Europa a las organizaciones capitalistas.

La otra respuesta ha sido el comunismo ruso. La propuesta ha consistido en: suprimir los capitalistas, poner en manos del gobierno (del partido) la propiedad de todos los medios materiales de trabajo, así como su dirección técnica. Su ordenación del trabajo se concretó en ampliar la escala de las unidades productivas, para lo cual impuso la agrupación en unidades (empresas) de mayor tamaño

(colectivizaciones), así como la sujeción de todas ellas al cumplimiento de unos planes que redactaba el gobierno.

Una y otra, comunismo ruso y socialdemocracia, no son sino experiencias, ensayos, en el camino hacia el comunismo.

*Esto será así, si entendemos el comunismo como el camino hacia el control de su trabajo por parte de los obreros y demás trabajadores. Y si entendemos, asimismo, que todos los ensayos son provisionales, que todos los procesos son reversibles (todos los caminos tienen ida y vuelta), y que el camino hacia el comunismo no está señalado por ningún dios de la historia de la humanidad como una obligación que ésta debe cumplir.*

Visto así (que casi nunca ha sido visto así), las experiencias pasadas, las actualmente existentes, y las que se pueden emprender, no serán sino hechos revisables, discutibles, y en su caso, desechables.

El caso del comunismo ruso es un ejemplo de esto último. Lo han desechado los propios trabajadores rusos. Sin embargo, treinta, veinte años antes, esto no estaba en el propio proyecto, y no se pudo, ni corregir ni desechar (al que lo intentara, lo eliminaban).

La socialdemocracia, se puede decir que, hoy en Europa, es la cara del socialismo obrero y de los demás trabajadores. En los partidos socialistas europeos encuentran los trabajadores su mejor defensa y la protección de sus derechos.

Esto no debía impedir que, desde el comunismo y desde el propio socialismo, se pueda dejar constancia de síntomas y situaciones que deberían, o mejor, que podrían, servir de motivo para revisar, en el sentido de volver a mirar, la teoría que fundamenta el proyecto y el funcionamiento de proyecto mismo.

Que buen número de obreros señale como representantes suyos en las instituciones a los delegados del capital, no figura en el proyecto socialista. Y como es un hecho que se produce en la realidad, puede significar que el proyecto está desdibujado, y se

podría señalar algún punto en que ese proyecto está necesitado de alguna aclaración.

*Por ejemplo, mientras que en el comunismo ruso el partido fue el señalado para ser el protagonista en la dirección de la producción y en la dirección de todas las instituciones, para desde esta posición llevar a cabo un proyecto; en la socialdemocracia, tanto los partidos socialistas como los sindicatos, no tienen papel alguno directo en la ordenación de la producción, y sí solamente un papel de vigilantes para que no opere fuera de sus límites el proyecto de producción capitalista.*

En un caso, el partido sustituyó a los obreros en la tarea de ir tomando en sus manos la dirección y control de la producción; y en el otro, es que no hay nada previsto sobre ello en el propio proyecto.

Nada tiene de extraño que en el primer caso, el comunismo ruso, los obreros acabaran perdiendo el interés por un partido que lo que hacía era sustituirlos en las tareas que se suponía, en el propio proyecto, que les correspondían.

Tampoco extraña que, en el caso de la socialdemocracia, los obreros alternen su apoyo para representarles en las instituciones, votando unas veces al partido socialista y otras a los partidos del capital.

El caso más llamativo, ya lo hemos señalado, es el de los obreros norteamericanos. Siempre votan a los partidos del capital. Es el mejor proyecto que se les ofrece.

Todo ello puede ser resultado de una mala, o defectuosa, transmisión del mensaje, o también de un mensaje, un proyecto, no creíble, no realizable

**Se ha prestado más atención a denunciar el capitalismo que a crear las condiciones de desarrollo del socialismo.-**

Recordemos que los primeros gestos del movimiento obrero, cuando nacía, eran defensivos, se trataba para los obreros de aparecer, al menos, unidos frente al todopoderoso empresario.

Solo más tarde comienzan a aparecer las ideas sobre otro tipo de realidad, en la que los obreros se convertirían en ciudadanos de una sociedad de iguales, donde reinaría la abundancia y la armonía. Era la aparición el socialismo utópico.

A partir de este periodo idealista y voluntarista (con buena voluntad por parte de todos lo conseguiremos todo), comienza una fase, en la que aún nos encontramos, que se caracteriza por un mejor conocimiento de la situación real de la que parten los obreros, y por consiguiente, por un drástico recorte en la amplitud de las metas y, sobre todo, de los plazos señalados para conseguirlas.

Lenin, con un aporte considerable de toda la teoría elaborada por pensadores y dirigentes, y por la práctica ya larga de las luchas sindicales, principalmente, arranca el mayor intento de convertir a la práctica, toda la teoría acumulada.

Largos años de experiencia en el poder, provocan severas correcciones a unas teorías que hasta entonces no se habían enfrentado a su puesta en práctica.

La fórmula aplicada, colectivización y planificación estatal de la producción, planteó más problemas que los que resolvió.

*La teoría decía, asociación libre de productores, que aprovechando las ventajas que aportan la cooperación y la aplicación a la producción de la ciencia, abrirán una nueva era para la humanidad. Los trabajadores serán dueños de su trabajo (los medios, la dirección técnica y los frutos), y se acabará la explotación del hombre por el hombre.*

La teoría por su propio ser, opera en abstracto, sin datos concretos, solo señala principios generales.

La asociación voluntaria de productores, tal como la presenta la teoría, supone lo siguiente.

Que se trata de productores, no de obreros. Los productores disponen de sus medios de trabajo, los dominan técnicamente y se apropian sus productos. Es decir, son trabajadores por cuenta propia.

Por lo tanto, los obreros quedan fuera de la definición de la teoría. Al menos, individualmente.

Otra cosa sería considerarlos formando parte de una empresa, en cuyo caso, trabajadores y empresario juntos constituirían un productor. Pero su unión voluntaria no sería la realidad que contempla la teoría.

Al encontrarse con dos tipos de producción, en Rusia, la campesina y la industrial, Lenin tuvo esa sorprendente alusión a las cooperativas con respecto a los campesinos. Y es que le vino a la cabeza la teoría socialista, que venía como anillo al dedo a los campesinos (asociación voluntaria de productores). ¡Cómo lo habían descuidado!, se lamentaba Lenin al final de su vida de dirigente. De pronto, volvió el Lenin teórico, que conocía muy bien todo lo estudiado y escrito por Marx y Engels.

Este hubiese sido el camino correcto, según la teoría, si toda la producción rusa hubiese sido campesina. Campesina y artesana, es decir, con procesos de trabajo por cuenta propia. La asociación voluntaria de todos o de la parte interesada en ello, constituiría sin duda un ahorro de costes y un gran salto en la productividad del trabajo en común. Una producción así ordenada, iría creando sus instituciones propias que, presumiblemente, serían más transparentes, sencillas y eficientes que el Estado que tenían. Y así, estarían en el camino que puede llevar el comunismo, es decir, en el socialismo. ¡Tampoco es tan complicado! (En la teoría).

Pero se encontraron con los capitalistas y los obreros en la industria principalmente. Y esto complicaba las cosas. Si el capital hubiese penetrado en el campo como lo había hecho en la industria, el problema sería el mismo en ambos sectores. Pero, la realidad es que se encontraron con dos maneras de prestar el trabajo, es decir, con dos tipo de producción; Uno por cuenta propia y otro por cuenta ajena.

Marx había estudiado muy detenidamente la forma de ordenar el trabajo material por parte del capital. Sus estudios le llevaron a la conclusión de que el capitalismo, es decir, el régimen de funcionamiento del capital, obedece a ciertas normas o leyes, que llevadas a su pleno cumplimiento, resultaban contradictorias entre sí. Es cierto, que también advirtió que se trataba de leyes de tendencia (si no se opone nada, tienden a funcionar así), es decir, si les quitas todos los obstáculos, funcionan; en otro caso quedan sin efecto hasta desaparecer el obstáculo.

Por ejemplo. El capital tiene que estrujar al obrero para obtener su ganancia; si lo estruja más, más ganancia obtiene. Esta es una norma o regla de funcionamiento del capital. Y es contradictoria con otra que dice que cuanto más produzca el capitalista más gana; y la contradicción viene de que un obrero cada vez más estrujado, cada vez compra menos, por tanto, no habrá quien le compre a los capitalistas y se arruinarán.

Las dos son leyes de tendencia. Si no se impide, acaban con el sistema ¿cómo se impide? Aumentando la productividad del obrero (antes produciría 10 al día y ahora produce 15. Antes su salario eran de 5 y la ganancia 5, y ahora la ganancia es de 8 y el salario de 7). De esta manera se sale del atasco, momentáneamente porque lo cierto es que las dos leyes siguen amenazando con su contradicción.

Y como éstas, hay otras leyes que rigen el funcionamiento del capital, y que con su puro cumplimiento harían inviable todo el sistema. Marx y Engels estudiaron en profundidad estos temas y los hicieron asequibles con su publicación a cuantos estudiosos y dirigentes estaban interesados en estas cuestiones. El movimiento obrero recogió todos estos nuevos conceptos, enriquecimiento con

ellos su teoría. Por esta razón, a los partidos comunistas se les ha atribuido su condición de marxistas.

Estas leyes del capitalismo, estudiadas por Marx, están presentadas de tal modo, que se asemejan a lo que sería una profecía. Por ejemplo, la ley de la tasa decreciente de ganancia, recordaremos que, de manera muy simplificada dice así: un capitalista individual, en su lucha con la competencia, para abaratar su producto, invierte en maquinaria, que le permite distribuir entre el mayor número de unidades que produce los costes de producción, saliéndole menos valor por cada unidad producida. Pues bien, con esa operación, lo que ha hecho es aumentar la parte del capital que no produce valor (recordemos que medios de trabajo y materias primas, no crean valor, reproducen el que contiene), reduciendo, en proporción, el que sí produce plusvalor, es decir, el invertido en trabajo vivo, en salarios. Como la ganancia resulta de dividir el capital invertido por los productos obtenidos, cuanto más crezca el capital que no produce nuevo valor, menor será la ganancia por cada peseta invertida, es decir, lo que se llama la tasa de ganancia disminuye; aunque, al producir más unidades, se gana menos por cada una (tasa de ganancia), pero se aumenta la ganancia total (masa de ganancia), porque se invierte más.

Esta ley conduce a que, cada aumento de la productividad significa una disminución en la tasa de ganancia. Como el crecimiento de la productividad es constante en el capitalismo, la tasa de ganancia decrece también de manera constante.

Este tipo de razonamiento, frecuente en los estudios de Marx, lleva a sus seguidores al firme convencimiento de que la vida del capital tiene los días contados. Esta convicción, que Marx y Engels compartieron, tuvo, ha tenido, una extraordinaria influencia en el pensamiento comunista y muy particularmente en la teoría manejada por los partidos comunistas.

“Esto se hunde, preparémonos”, ha sido el lema de los comunistas europeos durante un montón de años. Había que prepararse para recoger la herencia capitalista. En un lugar se hundió, lo hundió, lo hundieron (en Rusia), y descubrieron que no tenían nada preparado para sustituirlo.

*Los comunistas han prestado una atención preferente a derrumbar al capitalismo, y menos, mucha menos, a montar las condiciones de desarrollo del socialismo, del comunismo. De forma que parecía que ser socialista o comunista solo era ser anticapitalista.*

## CUADERNO III

### Las "profecías" de Marx.-

La obra más significativa de Marx es un estudio del capital, pero un estudio con intención científica, con intención de identificar los elementos que componen la producción y las relaciones que se establecen entre ellos. Lo hace centrándose en la producción capitalista, pero la forma en que va desvelando los perfiles de los elementos (el trabajo, los medios del trabajo) y las relaciones entre ellos (la propiedad de los medios de trabajo, el salario), así como de las formas en que se presentan esa combinación de relaciones (el valor, la plusvalía, la ganancia), va permitiendo dibujar otras formas de producir, por ejemplo, el socialismo.

Esta aportación a la teoría por parte de Marx, se ha visto arrastrada por las "profecías" de las que hablamos antes.

Marx no necesita ser defendido. La ristra de hombres de ciencia que con sus investigaciones han ayudado a conocer mejor el cuerpo humano y su funcionamiento, han ayudado a mejorar nuestra salud, aplicando sus conocimientos. Las investigaciones de Marx han significado un aporte muy valioso a la teoría del movimiento obrero, en lo que significa el conocimiento de las relaciones de trabajo de los obreros, de manera que la mejora de esas relaciones

tenga el mejor fundamento teórico, basado en la observación de la realidad y en la reflexión.

En la parte más discutida de Marx, en la parte de sus estudios en que se diría que está describiendo lo que va a ocurrir en el futuro (empobrecimiento progresivo de los obreros, desorganización total de la producción capitalista, etc.), hay que tener en cuenta que él está describiendo un modelo, no una realidad. Está describiendo un modelo que responde en su funcionamiento a unas leyes. Dentro del modelo, esas leyes están bien estudiadas y bien descritas. Sin embargo, ese modelo, al aplicarlo a una realidad ajena a sus leyes, da resultados que no tienen por qué obedecer a lo prevé el modelo. Marx describe las leyes de funcionamiento del capitalismo como si éste hubiese penetrado en la producción de todo el país, y en todos los países del mundo.

Este modo de analizar la realidad, aplicando los métodos de las ciencias naturales a las ciencias sociales (o al menos, intentándolo), no conduce a predicciones del futuro, sino, simplemente a conocer mejor la realidad social, así lo hacia un prestigioso científico, como era el inglés David Ricardo, al exponer su teoría del salario, y nadie ha pretendido que su famosa ley de bronce tuviese un cumplimiento exacto en la realidad de su país, sin embargo, ayudó a entender el funcionamiento de las subidas y bajadas de salarios, aún en el día de hoy.

Es cierto, sin embargo, que muchas de las hipótesis de trabajo de Marx, y muchos de los conceptos que utilizó como herramientas de análisis, empezaron a utilizarse, no como lo que eran, sino como si se tratara de las “verdades” de una nueva religión.

Este fenómeno se acentuó con la aplicación que de estas “verdades” hizo Lenin en Rusia. Es cierto que Lenin, buen conocedor de Marx, no hizo sino concretar en la realidad lo que en Marx eran afirmaciones teóricas en el estudio de un sistema económico, que no era el comunista, sino el capitalista.

De este modo, el marxismo-leninismo, se convirtió para el movimiento obrero socialista (luego comunista), en el carné de ruta,

que indicaba todas y cada una de las situaciones que se producirían en el camino y la respuesta exacta que había que dar a cada una. El guía e interprete en todos estas situaciones era el partido comunista.

Esto, ahora, contado así, parece una caricatura. Pero así se presentó, y así funcionó. Y no puede extrañar que aún, hoy, funcione en China sin que nadie se extrañe, y creciendo su economía más del doble de la europea y la americana.

Lo cierto es que, con este bloque de verdades y con el partido como su vigilante, los obreros comunistas se quedan bloqueados. En Rusia, el partido es apeado de las instituciones, y en el resto de Europa, el partido pasa a ser una fuerza secundaria.

En situaciones así, se suele decir: ¿dónde nos hemos equivocado? Naturalmente la expresión correcta sería: ¿dónde nos hemos equivocado los obreros?

Si recordamos las condiciones en que un trabajador se convierte en obrero. Si recordamos las condiciones concretas en que trabajan los obreros, cuando ocurrían los acontecimientos que les animaron a intentar dejar su condición de obreros. Si recordamos todo esto, se puede entender también que, para ellos, Lenin, Marx eran sus dioses, y sus palabras eran sagradas. Eran unos intelectuales que les prestaban sus conocimientos para ayudarles a salir del hoyo en que estaban. Eran sus guías. Pero, eso sí, no eran obreros.

Esto último nos ayuda a recordar que los científicos trabajan la teoría, lo que llamaríamos la ciencia básica. Los físicos o químicos teóricos, no están en las empresas, están en laboratorios donde solo se cultiva la teoría, la ciencia. En las empresas se decide qué parte de esa ciencia se aplicará a los procesos de la empresa, y cuándo se hará esa aplicación. En las ciencias sociales es igual que en las ciencias naturales.

Ahora, que podemos considerar reflexivamente, serenamente, que Lenin y Marx no eran dioses; ahora, hoy en día, podemos preguntar si estaban en un laboratorio haciendo ciencia, o en la empresa, decidiendo si se aplicaba o no, y cuándo convenía hacerlo.

Por lo que sabemos de la vida de ambos, podemos establecer que estuvieron en los dos sitios. Tanto uno como otro tuvieron fases en su vida, dedicadas al estudio, a la teoría; los dos se encerraron en una biblioteca a estudiar (Marx en Londres, Lenin en Ginebra), a reflexionar y a escribir sus reflexiones (El Capital de Marx y El Estado y la Revolución de Lenin, son obras principalmente teóricas); y los dos tuvieron numerosas intervenciones directas en las acciones del movimiento obrero (naturalmente, mucho más Lenin).

Esto tiene su interés, sobre todo por lo que se refiere a sus "verdades sagradas". Todo este bloque de verdades que un obrero comunista tenía que hacerlas propias, si se las somete a análisis, una de las dos cosas: o son conceptos científicos, o son directrices, órdenes de un dirigente comunista.

En ningún caso se trata de verdades, y en ningún caso son sagradas. Los conceptos científicos nos aclaran la realidad y nos ayudan a entenderla y manejarla mejor. La fórmula química del agua no es una verdad que descubrimos; el agua ya era así antes de que supiéramos su composición química, y no era tampoco una verdad; lo que ocurre es que ahora la conocemos mejor y nos puede servir mejor. La ciencia nos ayuda a entender mejor la realidad, solo eso.

El concepto de valor nos ayuda a entender mejor el intercambio de mercancías, y cómo, en realidad, se trata de intercambio de trabajos, no solo de objetos.

Estos son conceptos científicos. No hay por qué creerlos. No se trata de creerlos o no, sino de conocerlos y utilizarlos correctamente.

Tampoco se trata de que sean sagradas; lo sagrado es lo que no está permitido discutir, y es cosa de las religiones. En la ciencia no hay nada sagrado, la propia ciencia es producto de la duda, la discusión, la reflexión, la corrección, la puesta en cuestión de lo que parecía más claro.

Así es como deben ser tratadas las aportaciones científicas de las dos personalidades citadas.

Y uno de los problemas principales, en este terreno, es que, ninguno de los dos, separó en sus escritos, cuándo intentaba construir ciencia, y cuando proyectaba lo que él entendía más apropiado para conseguir sus metas. Al estar una y otra cosa entreveradas, esto ha permitido que lo primero haya quedado tapado por lo segundo, con la consecuencia lógica de que, si un proyecto emprendido no ha dado el resultado esperado, en él ha aparecido comprometido el contenido científico también. Por ejemplo, en un proyecto de nuevos regadíos que fracasa, no se debería poner en tela de juicio la ley de la gravedad en el comportamiento del agua.

Cuando Willy Brand, secretario general del partido socialista alemán proponía renunciar a las tesis (verdades) marxistas, o cuando de igual forma el secretario general del partido socialista obrero español, Felipe González hacia la misma propuesta, y ésta se aprobaba, se puede uno preguntar a qué, exactamente, renunciaban.

Podían renunciar al comunismo ruso. O sea, la toma del Estado por la fuerza, y la dirección de la producción y todas las instituciones por parte del partido comunista. Dicho de otra manera: colectivización y planificación estatal de la producción, y dirección de las instituciones por parte del partido comunista (lo que se conoció con el nombre de dictadura del proletariado).

¿Se podrá seguir siendo comunista después de esta renuncia?

Ellos entendían que, efectivamente, con esa renuncia no podían confundirse con los comunistas. Y así tomó cuerpo lo que más atrás hemos identificado como la socialdemocracia

Esta renuncia, aparentemente, se refiere a una forma concreta de llevar a la práctica el comunismo, y, efectivamente, de eso se trataba; pero, tanto el partido socialista alemán como el español, entendieron que la renuncia no era solo a la manera como los comunistas rusos aplicaban sus ideas comunistas a la práctica,

sino que también renunciaban a las ideas que servían de soporte a esta práctica.

Estas ideas vienen referidas, básicamente, a la lucha de clases. Marx llegó a la conclusión, en sus estudios, de que las clases sociales se enfrentan por sus intereses a lo largo de la historia. En el capitalismo esas clases son la obrera y la capitalista.

La clase obrera, como todas las clases oprimidas anteriores, tiene como misión más importante, suprimir a la clase capitalista, y terminar así con la explotación del hombre por el hombre.

En realidad, no es que Marx descubriera ninguna realidad nueva. De las clases sociales y de la lucha entre ellas, habían escrito numerosos autores, y hasta la propia Iglesia había intervenido con su doctrina en este terreno. Lo que a estos dos partidos y a sus dirigentes no les gustaba, era que se elevara a ley este comportamiento. Que se estableciera en forma de norma que los obreros tienen que organizarse para derribar del poder a la clase que los oprime.

Y esta postura podía obedecer, a un rechazo a este tipo de leyes marxistas que funcionaban como verdades indiscutibles; o bien, al fondo de la cuestión, o sea, si los obreros tienen ante sí la tarea de organizarse para dejar de ser obreros.

Y aquí sí que estamos tocando un punto que verdaderamente distingue a un comunista de uno que no lo es.

Desde los primeros momentos de la existencia del movimiento obrero (sindicatos, partidos, y demás asociaciones obreras), se han podido distinguir dos grandes corrientes de pensamiento, dos grandes tendencias. Una, más inclinada al pacto, al acuerdo, con el empresario para así ir obteniendo mejoras progresivas en las condiciones de vida y trabajo; otra, convencida de que esto, este sistema, hay que superarlo, y una vez fuera de él, se podrán mejorar las condiciones de vida y trabajo.

Estas dos tendencias siguen vivas en la actualidad, habiendo pasado por todo tipo de experiencias, de batallas perdidas y

ganadas, y sin embargo persisten y se hacen presentes constantemente.

Ambas se han ido afirmando y tomando cuerpo en distintas organizaciones y asociaciones obreras.

Una de estas asociaciones obreras donde iba tomando cuerpo, progresivamente, la idea del cambio de sistema, de funcionamiento de las instituciones y de la producción, fue el partido socialista. Antes de ser un partido, era un conjunto de agrupaciones donde acudían los obreros más preocupados por los problemas de su clase, donde se recibían publicaciones y noticias de otros grupos, de países europeos como Alemania, Francia, Inglaterra.

A este partido comenzaron a llegar las ideas y las publicaciones de Marx. Estas ideas no hacían sino afirmar las bases de hecho y el fundamento teórico de la orientación del partido. Los obreros tienen que organizarse, para defenderse de las condiciones de trabajo que les trata de imponer el capital, pero también para preparar las condiciones que permitan cambiar el sistema de trabajo, ir hacia otra forma de trabajar en la que el obrero no sea un obrero.

La primera parte la compartían con las demás organizaciones obreras y con la inmensa mayoría de los obreros no organizados. Incluso los patrones y la Iglesia comprendían esta actividad y esta postura de las organizaciones obreras de ayuda y apoyo al obrero.

La segunda parte, sin embargo, era mucho más problemática, y en todo caso, era la que distinguía al pensamiento socialista de otras organizaciones obreras.

Esta idea del cambio de modelo, compartida en principio, por todas las organizaciones socialistas, no es muy concreta. Se trataría sobre todo de superar la forma capitalista, sin que hubiese una fórmula que explicase la nueva manera de trabajar.

En el terreno de la teoría, las ideas, los escritos de Marx y Engels se empiezan a discutir y manejar en las reuniones socialistas. Estos estudios sirven sobre todo para conocer mejor al capital y su desarrollo, y solo a partir de ahí, se empieza a teorizar, a

ordenar los conceptos que permitían esbozar un sistema distinto del capitalista y que sería, una vez desarrollado, el sistema comunista o el comunismo.

Todo este nuevo material teórico entró en nuestro país de forma muy incompleta y poco ordenada, de manera que solo unos cuantos dirigentes socialistas tuvieron acceso a él, y con bastante retraso respecto a los colegas europeos.

Los obreros españoles, su inmensa mayoría, pudo concretar estas nociones sobre el comunismo, cuando se fue enterando de lo que iba ocurriendo en Rusia. Precisamente en ese momento es cuando se produce la separación entre los partidos comunista y socialista.

Quiere decir esto, que a partir de ese momento, tanto los dirigentes como los demás miembros del partido comunista, unen su historia a la del partido hermano de Rusia. Sus victorias son las victorias del comunismo, y sus derrotas las derrotas del comunismo, ruso, español y mundial. Y quiere decir, sobre todo, que el conocimiento que un obrero español tiene, sobre el comunismo, es el que tiene sobre el comunismo ruso.

**El comunismo ruso como escuela del comunismo.-**

Como el comunismo ruso ha sido la escuela en la que el obrero español ha aprendido lo que sabe sobre comunismo, vale la pena pararnos un momento en este punto.

Hay, que decir, antes que todo, que el socialismo español, antes de separarse en partido socialista y partido comunista, han tenido una muy interesante infancia y juventud vivida en común.

Las primeras ideas sobre la organización de los obreros, de su ingreso en asociaciones de defensa de sus intereses; la utilización de esas asociaciones para ir creando una opinión obrera, una forma de ver las cosas, distinta de la que tiene los patronos, la Iglesia, los militares; la conciencia de que todos los obreros españoles estaban en las mismas condiciones (los españoles, y todos los obreros europeos); las primeras lecturas de hombres de pensamiento que han estudiado estos temas del trabajo y que les ayudan a entender mejor la situación en que se encuentran; las primeras noticias de las reuniones de representantes de los obreros de Europa, América, y otros países del mundo, que se acuerdan de los españoles y les mandan saludos; las primeras asistencias a estas reuniones internacionales donde los compañeros españoles participan; la lectura emocionante del Manifiesto Comunista, con toda una manera de ver la historia desde el punto de vista de los trabajadores; la creación del sindicato socialista ( U. G. T ), del partido socialista; la maduración lenta de un proyecto, todavía no muy concreto, de ordenación distinta del trabajo y de la sociedad, y que sustituiría al sistema capitalista; todas estas ideas y mil batallas conjuntas, hacen que los comunistas compartan con los socialistas las primeras nociones sobre las cuales vendrá a implantarse el comunismo ruso.

Con una teoría, con unas bases de pensamiento, similares, los partidos socialistas rusos, que también se dividieron como los españoles, se encontraron con la oportunidad de hacerse con las fuerzas armadas y con el gobierno. Y aquí comenzó una determinada forma concreta del socialismo que tanto se había teorizado.

Lenin había estudiado todo este proceso, y estaba precisamente acabando la redacción de “El Estado y la Revolución”, cuando hubo de acudir a Rusia, de donde estaba desterrado, para ocupar la secretaria general del partido y la jefatura del gobierno.

*Este proceso, este camino, que se inicia en el mes de Octubre (Noviembre, según qué calendario- el suyo o el nuestro-) de 1.917, es evidentemente un proyecto comunista; un proyecto comunista que acaba no gustando ni a los propios comunistas rusos, hasta el punto de dejarlo caer.*

Hay que recordar que, desde el mismo inicio, partidos hermanos, como es el de los mencheviques, no comparten elementos esenciales del proyecto, y solo se unen al gobierno de Lenin, cuando éste acepta en su integridad su programa para la agricultura. Con este programa, aceptado por Lenin, podía estar de acuerdo cualquier socialdemócrata actual.

Lenin da siempre la sensación de estar ensayando, y así lo manifiesta en el partido y en público (esto nos ha salido mal, habrá que intentarlo de otra forma, decía con frecuencia). Lo que él llamó Nueva Política Económica, se parecía al comunismo (según lo entendió luego Stalin) lo que un huevo a una castaña; sin embargo, Lenin siempre entendió que se estaba ensayando el camino desconocido hacia el comunismo: el socialismo.

El abandono de esta búsqueda práctica y teórica fue cegada por el equipo de Stalin y sus continuadores. Quedó así establecido el camino hacia el comunismo. Pero no un camino, sino el camino, “el único camino”. Stalin y sus compañeros no admitían dudas, no había más comunismo que aquél.

Esto, evidentemente no era así. Ni era, ni es así.

El comunismo era, y es, un proyecto muy ambicioso, a muy largo plazo y que podría alcanzar dimensiones mundiales.

Si el capitalismo ha necesitado cuatro siglos para madurar y hacerse sentir en el mundo entero, el comunismo, si los obreros lo tomaran como proyecto propio, podría hacer otro tanto en un plazo parecido. Como el capitalismo, sin provocar trastornos espectaculares. Paso a paso, y abriéndose camino en el sistema dominante, como lo hizo el capitalismo en medio de las instituciones medievales.

El capitalismo es el nombre que damos al sistema de trabajo que tiene como base al capital y su pareja, el trabajo asalariado. El capital es una relación entre los medios materiales del trabajo y el trabajador, pero toma cuerpo material en los medios de trabajo. El trabajador, al separarlo de sus medios materiales con los que desarrolla su actividad, se convierte en una figura muy extraña, el

obrero. El obrero es como una sal que no sala, como un fuego que no calienta. Un trabajador que no dispone de los instrumentos para trabajar, ni siquiera es un trabajador.

De forma paralela, los medios materiales del trabajo, sin trabajador, no tienen ningún sentido.

Este aparente sinsentido se convierte en lógica aplastante cuando el capitalista une los dos elementos que estaban separados. De su unión obtiene una ganancia. Para eso sirve su previa separación, para obtener una posterior unión en las condiciones impuestas por el capital.

El comunismo es un concepto, para entender una realidad. Esta realidad es la unión entre el trabajador y los medios materiales con que trabaja.

Los procesos, las prácticas, a través de las cuales el capital logra establecer, profundizar y mantener esta separación que le caracteriza, constituyen el objeto, el argumento, de la obra de Marx que se titula así, el Capital.

En esta obra, Marx, al estudiar los pasos concretos dados por los capitalistas para establecer y mantener separados a los trabajadores de sus medios de trabajo, está al mismo tiempo dejando en hueco, señalando en negativo, los caminos, los trámites, para conseguir lo contrario, es decir, la unión de los mismos.

Se trata de un estudio específico sobre el capitalismo, pero es al mismo tiempo el mejor ensayo teórico que tenemos sobre el comunismo.

Esta no es la única obra en que Marx trata del comunismo. Había escrito mucho sobre el tema. Pero, en esta última obra, al estudiar la producción capitalista con abundantísimo material recogido en las propias fábricas por los inspectores de trabajo ingleses, así como toda, o la mayor parte, de la teoría existente en las Academias, los partidos, los círculos intelectuales y obreros; unido ello, al esfuerzo de atenerse en todo lo posible al método científico, hace que el contenido de este texto, corrija en buena

medida, expresiones y formulaciones anteriores, mucho más ideológicas, mucho menos exigentes.

Esto hace que, con frecuencia, lo que se llama el marxismo, no sea sino, en buena medida, el reflejo de lo que Marx dijo o escribió en un momento en que aún no había madurado su pensamiento. Ocurre esto cuando se citan obras suyas de lo que llaman el Marx “joven”.

El pensamiento del movimiento obrero comunista, está muy influido por el pensamiento marxista, pero no siempre se trata de los conceptos más afinados de su gran obra citada. Y sobre todo, de los conceptos extraídos en negativo.

**Los principios teóricos marxistas y la realidad rusa.-**

Marx descoloca las piezas de la producción capitalista, de tal forma que se pueda pensar en otra forma de encajarlas. Como en un puzzle, donde las piezas, una vez separadas, se pudiesen recomponer de varias maneras. La forma capitalista de producir no es eterna; empezó combinando, al trabajador desnudo de sus condiciones de trabajo, con esas condiciones separadas de su trabajador; cuando el trabajador logre disponer de sus condiciones de trabajo, estará poniendo en cuestión la forma capitalista de trabajar.

Esto nos abre un camino de reflexión.

Si la unión del trabajador con sus condiciones materiales de trabajo es el principal indicador del camino socialista, los campesinos y los artesanos son el mejor ejemplo del trabajo socialista.

Sin embargo, no debe ser así, porque tanto Lenin como Stalin tuvieron como una de sus tareas más importantes convertir en socialistas las formas de trabajar los campesinos.

Si los campesinos controlaban sus medios de trabajo así como los frutos de mismo, y hemos dicho que esa podría considerarse la seña de identidad de un trabajo socialista, qué debía faltar a los campesinos rusos para que pudieran ser bienvenidos al campo socialista.

Según el empeño crecientemente sostenido por Lenin, todo consistiría en que se asociaran y así comenzaran a producir e intercambiar en forma colectiva.

Cabría pensar entonces (estamos dislocando los elementos de la producción en la forma en que Marx nos invitaba a hacer), que sí Rusia, o cualquier otro país en la actualidad, tiene una producción esencialmente agrícola y llevada por campesinos, su camino hacía el socialismo consistiría básicamente en ir asociándose, poniendo en común su trabajo y sus medios. Las enormes ventajas de la cooperación y la aplicación de las tecnologías elegidas como más convenientes darían a este camino socialista las mayores ventajas.

¿ Por qué este planteamiento puede parecer ingenuo y utópico, cuando responde a las más claras nociones socialistas?

La razón puede ser que el socialismo ha nacido “contra” el capitalismo. No es un proyecto nacido entre campesinos o entre artesanos, es decir, entre trabajadores por cuenta propia, que solo buscan la mejor forma de acoplar su trabajo a sus necesidades, personales y colectivas; sino que, para poder alcanzar esos fines (que son los suyos), con los medios indicados, han de contar con la existencia de otro proyecto que no está dirigido ni controlado por los trabajadores, sino por una fuerza social cuyo fin es contrario a éste de los trabajadores.

Las organizaciones, los partidos socialistas y comunistas, no han encontrado una producción material en manos de campesinos y de artesanos a quienes hay que ayudar a pensar y actuar en el camino de la puesta en común de sus trabajos y medios para mejor

cubrir sus necesidades. Podía haber sido así, pero la historia se presentó de otra manera.

Lo que Marx en sus estudios, y Lenin y Stalin en sus actuaciones, se encontraron, fue una producción ordenada ya por el capital. Si no en su totalidad, sí en el núcleo más dinámico, en la industria.

Ordenada para el capital, quiere decir desordenada para el trabajador.

La finalidad perseguida con la ordenación, no guarda relación con los intereses de los trabajadores. Los medios utilizados, no lo son en razón de ninguna ventaja para los trabajadores. Se trata exclusivamente de obtener la mayor ganancia.

Esto quiere decir, que el mismo proceso, es decir, la llamada revolución industrial, llevada a cabo por los mismos trabajadores, hubiera seguido con toda seguridad otros caminos. Y quiere decir, sobre todo, que la organización dada a la empresa, resulta inservible para una organización socialista del trabajo.

Por tanto, Lenin encuentra en Rusia, una industria, organizada ya para producir ganancias, y una agricultura mayoritariamente desempeñada por campesinos individuales.

Con los campesinos tiene la tentación de guiarlos hacia la producción socialista, pero con los trabajadores de la industria, con los obreros, aplica lo que tenía estudiado y preparado.

Lo estudiado partía de la siguiente base. Como no se trata de partir de cero, es decir de procesos individuales de trabajo por cuenta propia (artesanos y campesinos), sino de procesos de trabajo por cuenta ajena ya socializados, es decir, ya colectivizados por el capital; esta colectivización se da ya por buena, y lo único que se cambia es el capitalista, el personaje del capitalista.

Como se pudo comprobar en cuanto se llevó a la práctica (en Rusia), este aparato de poder despótico (como lo describe Marx, y lo podía describir cualquier obrero) no servia nada más que para lo que se montó, para producir ganancia, y a eso lo dedicaron los dirigentes

comunistas, a producir excedentes para poder montar nuevas empresas, en busca de un aumento espectacular de la producción. Este aumento se consiguió, pero nadie (de los dirigentes) reparó en que no se estaba montando una nueva manera de trabajar, la manera socialista, la manera que querían los trabajadores.

Este modelo fue, por carambola, el que Stalin aplicó también a los campesinos. Visto que no querían asociarse voluntariamente, se les obligó a trabajar en la forma colectiva que la dirección del partido decidió.

De esta manera, resultó que el proceso de asociación voluntaria de trabajadores en que tomaría cuerpo el comunismo, en Rusia, no se pudo o no se supo organizar. Lo cierto, en todo caso, es que el punto de vista de los trabajadores no fue el que se impuso en lo que hemos llamado el comunismo ruso.

En el comunismo ruso no se aplicaron distintos programas a la industria (capitalista) y a la agricultura (cuenta propia), para que ambas iniciaran el camino socialista, sino que, a la agricultura se le señaló idéntico camino que a la industria.

O sea, no se tenía estudiado y preparado un camino al socialismo desde el trabajo por cuenta propia, sino desde el trabajo por cuenta ajena.

La colectivización y la planificación del comunismo ruso no es un camino indicado por los trabajadores por cuenta propia (los campesinos), sino por los trabajadores por cuenta ajena (los obreros).

El propio movimiento obrero, como su nombre indica, nace y crece en el seno del capitalismo, del trabajo por cuenta ajena. Y los estudiosos y teóricos de este movimiento y su historia y desarrollo, lo sitúan como uno de los elementos del nacimiento y desarrollo del capitalismo.

La corriente más conocida de estos estudiosos o teóricos es la marxista, y es seguramente la que más influencia ha tenido en los dirigentes del movimiento obrero.

Según esta doctrina (o conjunto de enseñanzas), la forma capitalista de trabajador iría avanzando en todos los sectores de la producción, incluida la agricultura, en todos los países del mundo. Y cuando toda la producción mundial sea capitalista, comenzarán las señales de que se avecina el socialismo. El capitalismo tiende (recordemos las leyes de tendencia, que actúan si no se les ponen obstáculos) a la acumulación (cada vez menos capitalistas, pero más grandes) y a la centralización (cada vez menos centros de decisión, pero más poderosos, al unirse varios de los capitales más fuertes para actuar juntos-en obras públicas, por ejemplo-).

Estos movimientos del capital, una vez avanzados y maduros, provocan la siguiente situación.

De una parte, los obreros encuentran su trabajo cada vez más socializado, es decir, enlazado con el trabajo de sus compañeros en la empresa; el trabajo final de ésta (su producto) cada vez más enlazado con el de las otras empresas de su propio país; y el producto de este país cada vez más enlazado con el de los otros países. Es decir, de una forma no preparada de antemano, se ha ido creando, como al azar, una verdadera planificación, dentro de la empresa, entre todas las empresas del país, y entre todos los países del mundo.

De otra parte, esta auténtica colectivización y planificación de la producción mundial, está dirigida y controlada por cuatro (pocos) capitalistas (personalmente o formando grandes centros de poder).

La consecuencia sería: desalojar a esos pocos señores de los pedestales desde los que mandan; sustituirlos por los propios obreros; y éstos tomar en sus manos las palancas de una planificación racional y al servicio de los propios obreros. (De la colectivización no se habla, porque ya la han hecho los capitalistas, según hemos visto que tenía que ocurrir.)

Esta era la película según el marxismo.

El comunismo ruso seguía las ideas marxistas, de manera que Lenin y sus compañeros del partido comunista esperaban, como todos los comunistas marxistas, que los primeros síntomas, las primeras señales de las cercanías del socialismo tendrían lugar en los países donde más avanzado estaba el control del capital sobre la producción, de una manera muy particular en Inglaterra y Alemania o Francia.

Probablemente todavía estaríamos esperando, dado que el avance del capitalismo en gran parte de los países de todo el mundo ha sido mucho más lento y menos profundo de lo que se había supuesto. Y a pesar de lo que se conoce como la globalización, los sectores globalizados no son muchos, ni son completos. No necesita el capital, para controlar un sector mundial, ni dominarlo entero, ni en todos los países.

En un momento, en que este proceso estaba aún atrasado, y, por lo tanto, no se daban las condiciones favorables, el Estado ruso entra en una fase de debilidad, que el partido comunista aprovecha para apoderarse de él.

El partido comunista ruso se dispone a apoyar a los obreros en su camino hacia el socialismo.

Como la única guía de la que se disponía en esa ruta era la que habían estudiado los marxista, al no darse las condiciones previstas por ellos, había que improvisar una variante de la doctrina general, pero que no estuviera en contra de ella.

Por lo pronto, la condición principal prevista, no se daba. Ni la producción rusa estaba enlazada en forma significativa con la del resto del mundo, ni, lo que era más importante todavía, el capitalismo ruso no había penetrado en forma importante todos los sectores de la producción rusa. Algún sector, como la agricultura, estaba todavía en su práctica totalidad sujeta a formas de trabajo distintas a las capitalistas. La producción rusa, por lo tanto no estaba ordenada, colectivizada y planificada (coordinada) por unos cuantos grandes capitalistas que la controlaban toda, de manera que se tratara de sustituirlos en sus funciones y nada más. No era así, los datos eran otros.

Entendieron, pues, que había que colectivizar lo no colectivizado y planificar lo no coordinado. Como no había la masa de obreros colectivizados y planificados por los capitalistas que debían existir en las previsiones, esta función la había de dirigir el partido. El partido debía llevar una labor de encuadramiento y encaje de los trabajadores en la dura disciplina y obediencia jerárquica que los capitalistas suelen hacer con gran acierto, y convicción, dado que son los amos de la empresa.

De esta forma, el partido se encontró haciendo el papel del empresario capitalista, y a la vez, el papel de las instituciones del Estado. Sin olvidar que, en esencia, su papel principal previsto era el de animador y guía del movimiento obrero.

No era, pues, el comunismo ruso una representación teatral de un guión escrito, conocido y estudiado por los actores hasta sabérselo de memoria. Sino la representación improvisada de una obra, cuyo guión y personajes se han cambiado en el último momento, y cuyo director de escena, el único guión que se conoce de memoria es el anterior, es decir, el de la obra que se suponía que se iba a representar.

Lenin no sabía qué hacer con los campesinos, puesto que, según la teoría,, debían estar encuadrados, como los obreros, en empresas bajo la dirección técnica y la disciplina propias del capitalismo; y, sin embargo, se los encontró fuera del guión. Al final, Stalin los encajó (a palos) en el papel que hubiese correspondido en el guión original, el mismo que el de los obreros.

**La previsión era que un capitalismo maduro llevaría por sí mismo al socialismo**.-

El modelo previsto por los pensadores y dirigentes marxistas tenía la particularidad de que se aplicaría cuando el sistema

capitalista estuviese maduro. Esta particularidad es muy importante porque obligó a imaginar cómo progresaría el sistema capitalista y con qué perfiles llegaría a su madurez.

No se podían trazar más que líneas maestras, a la vista del funcionamiento que el sistema mostraba. Estas líneas maestras permitían tener un conocimiento básico del comportamiento del sistema puro, pero el sistema puro es un concepto, no una realidad. El concepto del sistema capitalista, sirve para entender una realidad, no es la realidad misma.

Por ejemplo, el concepto del trabajo capitalista nos ayuda a entender mejor la realidad del trabajo en España. Pero, como gran parte del trabajo en nuestro país no responde al modelo capitalista (los funcionarios, los campesinos, las amas de casa, los profesionales, las cooperativas, las Cajas de Ahorros, los trabajos del voluntariado, etc), ese concepto nos queda corto. Y sin embargo, se suele decir que nuestro país tiene una economía capitalista. Lo que se quiere decir, normalmente, es que, el capital establece unas relaciones de trabajo en España que repercuten e influyen en todas las demás formas, ordenándolas en la dirección que más interesa al capital. Pero de eso no se puede deducir que el trabajo en España sigue el modelo de la relación capitalista, porque, como hemos visto, eso no corresponde a la realidad.

Si en España, en la actualidad, se quisiera aplicar el modelo del comunismo ruso, nos encontraríamos con problemas muy parecidos a los que se encontraron Lenin y Stalin. En Francia, en Alemania, en Italia, en Portugal, en Marruecos, ocurriría lo mismo.

Eso quiere decir que el capitalismo no ha funcionado como si fuera el único sistema de producción; por tanto, no ha seguido rígidamente las leyes en sus movimientos que se podrían derivar de su funcionamiento en solitario. Mas bien, ha tendido (leyes de tendencia) a convivir con múltiples formas de trabajo procurando imponer los movimientos en la dirección que le interesa. Eso puede significar el dominio mundial, pero no, como entendía la teoría marxista, la penetración de la forma capitalista en toda la producción mundial.

Por lo tanto, hubo que trabajar en un escenario no previsto y con un guión distinto del previsto. Esto hay que repetirlo porque, al hablar del socialismo científico, se puede tener la impresión de que se trabajó en un proyecto previsto previamente, pero que algún dato falló y acabó estropeándolo todo.

No es así, como hemos visto. Se trabajó en un país que no reunía las condiciones necesarias, y hubo que utilizar medios inadecuados.

Pero en todo caso, hay que recordar, que si las cosas hubiesen ocurrido de forma más acorde con las previsiones marxistas, tampoco las previsiones estaban muy ajustadas. Veamos.

Las previsiones eran que, cuando el capitalismo se desarrollara plenamente en toda Europa, en todo el mundo, las propias leyes de su funcionamiento impedirían el mismo, y se desembocaría en el socialismo. Y esto ocurriría porque todo el aparato productivo estaría ya colectivizado y planificado ("socializado") por los capitalistas, y lo único que faltaría sería sustituir a éstos últimos (siguiendo este patrón, los comunistas rusos se hicieron con el control de la industria).

Aquí hay una palabra, socialización, que al ser muy utilizada en el lenguaje marxista, y ser muy cercana a la palabra socialismo, vale la pena desmenuzar un poco.

El jardín del señor marqués tiene un uso exclusivo para él y sus familiares y amigos. Sí la autoridad dispusiese su uso público, diríamos que el jardín del marqués ha ido socializado.

El taller de un zapatero remendón es de uso exclusivo de su dueño. Hablar de la socialización de las funciones en el taller, no tendría mucho sentido. Se trata de un proceso de trabajo individual, llevado a cabo por el propio dueño del taller.

La socialización es posible o no, según el objeto que se pretende socializar.

Cuando nos referimos exclusivamente a proceso de trabajo, los procesos de trabajo individuales, por sí mismos, no pueden ser socializados. Ya hemos visto como ejemplo de proceso de trabajo individual, el del campesino, en el que él realiza todas las funciones. Sus herramientas, su simiente, sus animales de tiro, son de uso exclusivo del propio campesino.

Qué tendría que ocurrir para que tuviera algún sentido hablar de la socialización del arado de un campesino. Tendría que tratarse de un acuerdo con un campesino vecino, mediante el cual, éste podría utilizar el arado a cambio de que, en las mismas condiciones, el primero pudiese utilizar el carro del segundo. Esta experiencia puede llevar a la decisión de, junto con el vecino de ambos, comprar entre los tres un tractor para el uso en común. Posteriormente pueden comprar un medio de transporte, junto con otros tres campesinos, y adquirir en común la simiente, el abono, el pienso para los animales de cría.

Todos los elementos citados han pasado a tener un uso socializado. Sin embargo, los procesos de trabajo, en sí, siguen siendo individuales, todas las tareas las desempeña cada trabajador en su propia parcela, sin que haya ninguna tarea que se haga un común.

Suponemos que se trata de cultivo de viña. Y que los seis campesinos anteriores, puestos de acuerdo con otros seis, han comprado en común una prensa de segunda mano, unos depósitos y demás elementos para montar una pequeña bodega, en una nave, que asimismo han alquilado en común.

Cultivan cada uno su viña, utilizan en común el mismo tractor, etc, pero siguen siendo cultivadores individuales. Sin embargo, el proceso de trabajo de elaboración del vino lo hacen juntos, con elementos propiedad de todos ellos.

Vemos cómo se va produciendo la socialización, la puesta en común, de los distintos elementos de procesos de trabajo todavía independientes. Cómo se pone en común una nueva fase del proceso de trabajo (la elaboración del vino), conservando todavía la producción de la uva como procesos individuales.

Si nos fijamos bien, el proceso de trabajo de elaboración del vino, ya no es un proceso de trabajo individual. Ya hay tareas distintas que desempeñan distintos trabajadores. Ya hay que empezar a decidir en común quién de los doce se encargará de cada tarea, cómo se repartirá lo que se obtenga de la venta del vino, es decir, se repartirán las tareas de administración, de gestión y de dirección; y se hará en común, es decir, en forma socializada.

Si un día se decide poner también la tierra de las viñas en común, se seguirán los mismos pasos que con el proceso de trabajo de la elaboración del vino. Se integrarán los dos procesos, o sea, se hará un solo proceso nuevo que comprenderá los anteriores, con la redistribución de competencias, tareas, obligaciones, de todos los trabajadores-propietarios.

Ese fenómeno social que acabamos de describir se llama socialización del trabajo, y socialización de los medios de producción. Es un proceso lento y complicado, y como hemos podido apreciar, iniciado, proseguido y guiado por los propios trabajadores.

Se trata, en cualquier caso, del núcleo del trabajo comunista, y por esta razón, de la realidad en la que encuentra su sentido toda la teoría socialista

Acabamos de ver una forma de socialización de los medios de trabajo y del trabajo mismo.

Hay otra forma, mucho más estudiada que la anterior, Marx le dedicó sus últimos años de trabajo, y su obra más importante, el Capital. En ella recoge una enorme cantidad de datos, así como el resultado del trabajo que a ello dedicaron grandes autores europeos.

Todos ellos estudian de forma muy detallada el rápido y espectacular cambio de procesos de trabajo individuales (artesanos) a procesos de trabajo colectivos, donde distintas tareas se adjudican a trabajadores distintos que, enlazando su resultado, obtienen un

producto colectivo también. Se le conoce como la revolución industrial, y ya hemos tenido ocasión de repasarla.

Ahora, solo nos cabe ajustar las diferencias entre esta socialización y la que acabamos de ver.

Nos limitaremos a lo esencial, ya que las demás son una consecuencia de ésta.

En la anterior, el promotor, el ejecutor y el guía es el propio trabajador.

En ésta, el que la promueve, controla y guía, es el capitalista.

La consecuencia principal de este distinto protagonismo es que, cuando quien decide es el trabajador, antes de dar un paso, considera los inconvenientes y los beneficios que este cambio representan para él y para su trabajo. Cuando quien decide es el capitalista, los cambios se llevarán a efecto solo en el caso que representen para él una mayor ganancia, sin tener en cuenta los efectos negativos que pueda tener para el trabajador y las condiciones en que trabaja.

Por lo tanto, los profundos cambios que ha exigido la reorganización de las tareas y la coordinación entre los trabajadores que las desempeñan, así como el cambio en las herramientas y en las cadencias y ritmo en los movimientos, se han hecho todos ellos teniendo como finalidad la mayor ganancia del capitalista.

Se ha montado así, un aparato productivo, destinado a producir ganancia al capitalista. Y se le ha dado una ordenación en su funcionamiento, que ninguna relación guarda con el interés de los trabajadores.

Este aparato, en la mano despótica (quiere decir, con mando absoluto) del capitalista, crea un tipo de trabajador (el obrero), diligente, obediente, disciplinado, integrado (adaptado) al aparato y a sus exigencias técnicas y sociales (relaciones con los compañeros, los jefes, y el amo), es decir, un trabajador socializado.

Y este tipo de trabajador socializado, este tipo de socialización, es la que, entienden los marxistas, facilita el paso del capitalismo al comunismo, pues al final de este proceso, solo habría que suprimir a la persona del capitalista, ya que la empresa estaba ya “socializada”.

Particularmente los comunistas rusos, echaban de menos una producción en que el capitalismo hubiese llevado a cabo ya esta labor de encuadramiento y adiestramiento de los trabajadores. Y bien que lo lamentaban Lenin y Stalin, que se encontraron millones de trabajadores que no habían pasado por esa fase de “refino”: los campesinos.

Hay que admitir que el movimiento obrero, tanto la vertiente teórica, como el lado práctico, tenía, y tiene en este tema, no una laguna, sino un verdadero lago. Debido, con toda seguridad a la falta de práctica, a la falta de experiencias.

Hoy, esto es cierto, se cuenta con mucha más experiencia. Casi medio mundo ha pasado (algunos aún están pasando) por el ensayo copiado del comunismo ruso. Y a ello hay que añadir, los intentos de Chile (con Allende), los socialistas franceses (al comienzo de la era Miterrand), en la medida en que su rumbo recordaba en algo la misma (o, en algo, parecida) dirección.

De ellas se deriva un gran vacío, en lo que se refiere a la toma en sus manos, de la producción, por parte de los trabajadores.

En todas las experiencias citadas, los obreros han estado representados por el Estado. En la experiencia más larga, el Estado ruso pasó a hacerse cargo inmediatamente de las empresas industriales. Y se colocó en el lugar del empresario: dirección económica y dirección técnica. A los setenta años, el Estado conservaba el control y la dirección económica y técnica. Mientras tanto, se quitaron de encima el hambre, la ignorancia, el atraso; pero el Estado seguía representando a los obreros en el control de la empresa.

El Estado sabemos que es un concepto muy amplio, que apenas sirve para aclarar otros conceptos también muy amplios. Por

eso hemos preferido, utilizar siempre el concepto de instituciones, y aclarar que las instituciones se crean para poder reproducir los procesos de trabajo, y las crean y las controlan quien controlan los procesos de trabajo. El control y dirección de la producción quedó en la competencia del gobierno, y el gobierno lo controlaba el partido, que es otra institución.

Es decir, si la socialización de los medios de producción y del trabajo mismo es lo que distingue a todas las experiencias comunistas habidas, hay que pararse y considerar qué tipo de socialización ha tenido lugar, si la que hemos citado en primer lugar, o la socialización capitalista. Y hay que concluir que las empresas capitalistas mantuvieron con los comunistas, la socialización que ya tenían, y éstas sirvieron de modelo para las de nueva creación, incluidas las agrícolas.

La socialización que citamos en primer lugar, solo mereció una mirada lateral por parte de Lenin, pero no se utilizó de modelo en ninguno de los intentos comunistas que hemos referido. En la antigua Yugoslavia llamaron sistema de autogestión a la organización que, sobre el papel, dieron a la producción; pero la práctica fue la misma que en los demás países referidos. El partido comunista controlaba toda la producción a través del gobierno y de todas las instituciones.

**La “socialización” capitalista y sus efectos.-**

Por lo tanto, el concepto de socialización, encierra el peligro de que suena muy bien, pero no explica a un obrero (por ejemplo) qué harán con él cuando lo socialicen, ni siquiera si él se dará cuenta cuando lo estén socializando. Porque, ya es chocante, en principio, que a un obrero “lo socialicen”, que no sea él quien “se socializa”.

Lo mejor es atenerse a la realidad, y la realidad es que la primera socialización sistemática de los trabajadores, la emprendieron y le dieron forma los capitalistas europeos, alcanzando su perfil original en los finales del siglo XIX.

Poner a los trabajadores a mover colectivamente, en cooperación, un aparato productivo basado en máquinas creadas basándose en los principios de la física, y utilizando fuerzas mil veces superiores a la fuerza muscular humana, significó para ellos un tipo de relación con los medios de trabajo, con sus compañeros de trabajo, y con el director y dueño de todo aquel complejo, que los situaba en una total dependencia. Dependencia en cuanto a ser, o no ser llamado a trabajar; a continuar o no, cada día, en su función; en cuanto a la organización y dirección de todo el proceso de trabajo; y por último, respecto al resultado obtenido. Es lo que se conoce entre los estudiosos con la denominación de trabajo por cuenta ajena.

Este enorme cambio significó, efectivamente, la socialización de su trabajo, trabajaba solo (campesino, artesano), y ahora su trabajo aparece “ligado” al de sus compañeros, y “ligado” a los mandatos y a la dirección de su empresario.

Es importante recordar que las formas modernas de trabajo (la manufactura, el maquinismo, la fábrica), la profundización en la utilización de grandes fuerzas motrices (vapor de agua, electricidad, petróleo), van ligadas al trabajo por cuenta ajena, al trabajo bajo dirección capitalista.

El aspecto material que acaban adoptando las máquinas, su combinación (la fábrica), sus ritmos de funcionamiento, son las formas capitalistas del maquinismo.

Las formas concretas que adopta la cooperación en el corazón mismo del aparato productivo, es la forma capitalista de la cooperación.

Las características concretas del trabajo obrero al encontrarse sometido a todas estas formas capitalistas de organizar el trabajo, constituye la “socialización” de su trabajo.

Marx ha estudiado en detalle el nacimiento y el desarrollo de esta socialización del trabajo obrero. Lo habíamos repetido, la formación del capital y la del obrero, eran las dos caras de un mismo fenómeno.

Por eso, leyéndolo, es obligado pensar que el comunismo consistiría en recorrer el proceso inverso. Nunca lo dice Marx, pero de la radiografía que hace de la forma capitalista de producir, se desprende la “otra” forma de trabajar.

Se parecería Marx a un calafate experto que, al explicarnos cómo hacían los venecianos sus barcos, detallara de tal modo sus elementos, el engarce entre ellos, la función de cada uno, sus posibles modalidades, las variables de su combinación, tuviéramos, aunque él no lo pretendiera, las bases para poder intentar la construcción de cualquier nave, incluso de las que hasta entonces no se habían construido.

La formación del capital exige técnicamente (como una azada exige un mango, o un carro exige unas ruedas) al obrero.

El obrero es un trabajador que no dispone de los medios materiales para desarrollar su trabajo.

Pero con esta sola característica, no se convierte en obrero activo. Para trabajar como obrero necesita a otros compañeros. El obrero individual no existe, o en todo caso, no tiene significación alguna. El obrero es plural. No existe en la realidad el obrero, como contraparte del capital, sino los obreros.

Estas son las características de los obreros cuando los recibe el capitalista en la puerta de la fábrica. Todavía no son obreros, sino aspirantes.

(Estamos describiendo los elementos con los que se hace un barco, es decir, con los que hacían un barco los venecianos).

Cuando los obreros entran en el taller, encuentran un proceso de trabajo colectivo y en forma de cooperación compleja. Aquello lo

ha ordenado el dueño de toda la instalación. Él ha decidido las tareas, ha adjudicado a cada trabajador la que estima que se le dará mejor, ha puesto en forma escalonada (jerárquica- escalón de mando) las responsabilidades y el mando, así como el salario que recibirá cada uno. Toda la producción final le pertenece, naturalmente, a él.

Ahora podríamos ya decir, con conocimiento, que estos trabajadores han sido socializados, y a esta manera de socializar la llamamos capitalista, y el resultado de su socialización es que se han convertido en obreros.

Si estas piezas se hubiesen colocado en otra disposición, el resultado hubiese sido otro tipo de barco.

¿Qué piezas? El trabajador, los medios de trabajo, su propiedad, la forma o la división o la forma de dividir las tareas, la distribución de las tareas entre los distintos trabajadores, el escalonamiento o creación de niveles jerárquicos (de mando), la colocación de trabajadores concretos en cada nivel de mando, la distribución del resultado, la forma de entrar a trabajar, la forma de acabar la relación con los trabajadores.

Tantas combinaciones de estos elementos, nos dan otras tantas de socializar a un trabajador.

No son tantas. Es como los barcos. Lo que los diferencia, además del tamaño y el material de que están hechos, es mucho menos de lo que todos tienen en común.

Marx estudió con detenimiento la forma en que el capitalismo socializa a los trabajadores y a los medios de trabajo. También aludió a otras formas de socialización, pero, seguramente, su mayor contribución a la teoría del movimiento obrero, fue la forma de abordar la socialización de los trabajadores. Es decir, su gran aportación fue enseñarnos, que el lugar de observación para estudiar y comprender una sociedad, es el lugar que en ella ocupa el

trabajador de la producción material. Dicho en otras palabras, nos dará el secreto de su funcionamiento de conjunto.

Así trabaja él en el estudio de nuestras sociedades capitalistas, dándonos las llaves para que nosotros vayamos abriendo las puertas y ventanas de las sociedades que las tengan cerradas, o entornadas.

Con las herramientas que nos enseñó a utilizar, habría que armar, pieza a pieza, la combinación que permitiera a los trabajadores la propia socialización de su trabajo, apoyada por las instituciones que mejor sirvan esos fines.

No se trata de ninguna novedad. El movimiento obrero lleva siglo y medio en la tarea. Se trataría más bien, por tanto, de un pequeño repaso a la situación actual. Muy particularmente a la situación teórica.

Hasta ahora, hemos podido distinguir en el movimiento obrero, diversas familias teóricas. Los anarquistas y sus variantes anarco-sindicalistas, los socialistas, los comunistas. Las diferencias entre estos grupos son de varias clases. Algunas tan sencillas como la forma de organizase. Nosotros nos vamos a centrar ahora en las diferencias teóricas.

Se trata fundamentalmente de proyectos diferentes, es decir, de cómo se imagina cada grupo una nueva sociedad en la que los trabajadores ocupen un lugar más importante que el que tienen en ese momento.

Ya hemos visto más atrás que para alguno de estos grupos, se trataba de dar la vuelta a la sociedad, en lo que ellos llamaban una revolución.

Hemos visto ya, asimismo, que esta nueva sociedad proyectada, normalmente, se acercaba mucho a lo que hemos identificado como una utopía, con lo que el avance hacia ella quedaba siempre en una simple ilusión.

Uno de estos proyectos utópicos era el socialismo. Un día los trabajadores fundarían una nueva sociedad basada en el trabajo de todos, la educación para todos, en la justicia para todos; y la razón y el mutuo respeto serán las reglas que la regulen.

El contacto de este socialismo con el marxismo, significó un acontecimiento importante para aquél.

Lo que se conoce como el marxismo, tiene dos componentes: un proyecto de sociedad nueva, y una manera de acercarse a la sociedad para conocerla mejor.

El proyecto de nueva sociedad tenía la novedad de que no se presentaba como una utopía, sino como algo suficientemente elaborado como para llevarlo a término en un plazo que podía contemplar la vida de una persona.

El método, la manera de estudiar y comprender la sociedad, fue adoptado por los socialistas o, al menos, por la mayoría de sus dirigentes.

La forma de sociedad que se desprendía del marxismo, y que los socialistas hicieron suya, acabó concretándose en lo que acabó siendo el comunismo ruso.

De ahí que, a un militante actual del partido comunista de España le suenen muy parecidos los términos “comunista”, “marxista”, “soviético”. Y sobre todo, comunista y marxista.

Sin embargo, según hemos visto, el comunismo no era esperado por los comunistas marxistas con la forma y en las condiciones que se presentó en Rusia. Es decir, comunismo y comunismo ruso no eran ni significaban lo mismo. El comunismo ruso era una variante, muy singular de lo que los comunistas tenían como modelo.

Lo que ocurrió fue que, por necesidades prácticas, el comunismo ruso, acabó siendo el modelo de comunismo, el único modelo de comunismo.

Esto, si embargo, no evitó que los marxistas comunistas no se identificaran todos con el comunismo ruso. Esta forma concreta pasó a llamarse marxismo-leninismo, por ser Lenin quien acabó dándole una organización viable, y Stalin creyó haber encontrado la forma de producir que demostraría ser más eficiente que la forma capitalista.

Mao, a su vez, inició la construcción de una sociedad comunista, llegando en la actualidad a formas, singulares también, de aplicación del modelo comunista ruso.

De esta forma, como vemos, el movimiento obrero que tiene como guía el comunismo, tiene ante sí diversas vías y diversas interpretaciones de estas experiencias.

Entendemos como movimiento obrero en nuestro país, los sindicatos, partidos y grupos organizados en otras formas (asociaciones de vecinos, asociaciones de barrio, grupos culturales, etc), formados principalmente por obreros.

Dentro de este movimiento obrero, prestaremos ahora nuestra atención a la parte del mismo que tiene una matriz marxista. (La matriz es el seno en el que se engendran los mamíferos, y en un sentido más general, el molde para fabricar objetos iguales o muy parecidos).

La matriz marxista, para estos movimientos, tiene un doble significado. Una matriz teórica de estudio, de pensamiento, de conocimiento. Y una matriz, práctica, de acción, de experiencia, de actuar. (En el lenguaje actual “de la calle”, a la primera se le llamaría matriz ideológica y la segunda, programática; aunque se sepa lo que significa, es preferible prescindir de conceptos y palabras tan complicadas como “ideología”, pasa como “derecha” e “izquierda”; mejor dejarlas).

Miraremos con detalle qué quiere decir que, por ejemplo, el sindicato Comisiones Obreras, tiene o no, matriz marxista en su enfoque teórico, en su forma de entender su existencia y sus aspiraciones.

No haremos una encuesta entre sus miembros, entre otras razones, porque, probablemente, encontraríamos un número considerable de ellos que nos pedirían qué deben entender ellos por matriz marxista en su pensamiento.

Por eso, es mejor, mirar esto con todo detalle.

**¿Qué es una asociación con "matriz marxista"?.-**

Nos pegaremos a la realidad.

Cuando decimos que un partido o una asociación patronal es de matriz capitalista, o de corte capitalista o de tendencia capitalista, no se nos ocurre decir que lo sabemos porque hemos hecho una encuesta entre sus miembros, o porque ellos así lo han manifestado.

Tampoco hemos necesitado preguntar a sus miembros si saben lo que es el capitalismo, si lo han estudiado, si conocen las leyes de su funcionamiento, su historia.

Una cosa es ser capitalista y otra es estar afiliado a un partido, a una asociación patronal.

Un capitalista puede saber cómo funciona "su" capital, pero puede desconocer la teoría, el conjunto de saberes en que se apoya el sistema del capital.

El capitalista que se afilia a un partido o asociación patronal, ya sabe más cosas. Sabe que el capital no es un asunto individual, sino colectivo. Sabe que encuentra resistencia en su camino. Sabe que esa resistencia viene de los trabajadores. Sabe que, juntos, los capitalistas, defenderán mejor sus intereses. Sabe que los obreros están organizados, y que algunas de esas organizaciones quieren hacer desparecer el capital como forma de producción. Buscan y pagan, para que defiendan sus intereses, a los mejores intelectuales

y estudiosos. Buscan y apoyan en el Parlamento a miembros del mismo que sean sus valedores al hacer las leyes y al formar los gobiernos. Todo eso, y más, sabe el simple miembro de una de esas asociaciones.

Los dirigentes, salen de entre los miembros más interesados, más informados, mejor asesorados, más ordenados, más diligentes.

De igual manera, en el mundo organizado de los obreros, partido o sindicato, se tienen conocimientos más precisos sobre sus condiciones de trabajo y de vida, que la visión del problema que puede tener un obrero individual.

Este mundo organizado de los obreros, suele tener en común la visión de que sólo la defensa conjunta puede mejorar esas condiciones. Las diferencias comienzan a la hora de localizar el origen de su situación, y continuar con la manera de hacerle frente.

Las organizaciones obreras, especialmente los partidos, que hemos llamado de matriz marxista, arrancan, en su visión de la condición obrera, de su situación en el trabajo, bajo la dirección, el mando y la búsqueda de la mayor ganancia del capital.

Esta posición de partida, de alguna manera, la comparten casi todos los partidos y sindicatos obreros españoles, y casi todos nacieron con esa posición frente al capital.

Sin embargo, es precisamente la recepción, la asimilación de los estudios teóricos marxistas, lo que fomenta una postura más segura, más firme, en los planteamientos frente al capital.

Los conceptos marxistas no hacen más que profundizar el conocimiento sobre el trabajo y su conversión en valor; sobre los movimientos del capital para reproducirse y el papel de las instituciones ( el Estado) en facilitar estos movimientos; y, en fin, en qué queda convertido el trabajo de un obrero metido en medio de estos movimientos dirigidos por el capital.

Estas herramientas intelectuales entran en los partidos obreros a través de sus dirigentes. De la misma forma, es verdad,

que los dirigentes de los partidos del capital se agencian los conocimientos, argumentos y conceptos que apoyan las posiciones de su partido.

Pero en esta cuestión hay una diferencia importante.

Recordamos que un partido es una institución, creada y pagada por los capitalistas (en el caso de sus partidos), para conseguir controlar el gobierno a través de las elecciones al Parlamento. De esta manera conseguirán las normas (leyes) y organismos que favorezcan la vida y el desarrollo del capital.

Toda esta actividad, y el escenario en que se mueve, es a lo que llamamos política, y políticos a los que se dedican profesionalmente a ellas.

En este espacio o escenario es donde se habla, se discute, se acuerda y se desacuerda, desde una posición de “igualdad”. Aquí es donde juegan los valores: la solidaridad, la fraternidad, la justicia, la honestidad, la honradez.

Es este el lugar propio de los partidos políticos.

Y aquí esperan los partidos del capital a los representantes de los partidos obreros, que deben venir preparados para este nivel de batalla. Para esto deben estudiar, adiestrarse, entrenarse.

Hay, sin embargo, otro escenario, otro espacio donde el capital a través de sus funcionarios, los capitalistas, reina como en el más absolutista de los imperios: la producción.

El aparato productivo es de su propiedad, su dirección técnica es exclusiva, su control económico no admite interferencias, el destino de sus resultados es de su sola competencia.

Aquí no hay ni fraternidad ni nada de toda la retahíla del espacio político. Aquí no hay partidos políticos. Aquí se viene, el capital, para mandar y llevarse la ganancia; el obrero, para trabajar y llevarse el salario.

Hay que admitir que la diferencia entre la tarea de un partido representante del capital y del que represente a los obreros es evidente.

Queremos señalar en este momento una solamente. La formación, la educación, la preparación de unos y otros no admite comparación. El partido, los dirigentes del partido del capital (una institución), han de vigilar, acompañar, alimentar, el funcionamiento de una “máquina” con siglo y medio de recorrido brillante y tres siglos de experiencia (el sistema capitalista). El partido, los dirigentes del partido de los obreros, han de reparar, recomponer y alimentar una “máquina” con siglo y medio de experiencia, un recorrido no brillante, y un norte semiperdido en la niebla: el sistema comunista

Esta operación tendría como animador en nuestro país (y en el resto de Europa) a una organización, de matriz marxista, puesto que resultaría sorprendente que existiese ese tipo de planteamiento en todo el arco de asociaciones que giran en torno al capital. Y las organizaciones obreras mayoritarias, aunque de matriz marxista inicial, hace tiempo desistieron de pensar en una organización de la producción basada exclusivamente en los trabajadores, pues de eso, realmente, se trataría.

En una organización de esta cepa, se tienen las bases teóricas que permiten desbrozar el camino que hasta ahora se nos presentaba como impracticable.

El dinero es una forma del capital (aparte de su función en el intercambio), y el capital es trabajo objetivado, trabajo materializado en un objeto (una máquina, una nave-o el dinero con el que se las puede adquirir.). El capitalista, históricamente, ha sido el que ha acumulado el capital necesario para iniciar una industria, una empresa. No hay, sin embargo, obstáculo alguno, en el día de hoy, para que un grupo de trabajadores acumule el dinero necesario para emprender la misma actividad industrial que hemos dicho, solo que, en vez de hacerlo por cuenta ajena, lo van a hacer por cuenta propia.

Esto no es el comunismo todavía, pero ya no es el capitalismo.

El capital está en los Bancos en forma de dinero, los empresarios industriales lo toman para montar empresas. Pagan el interés que les cobre y aún les queda su ganancia. Eso lo pueden hacer, y lo hacen hoy, grupos de trabajadores por cuenta propia: cooperativistas.

Los mismos trabajadores cooperativistas pueden unir sus esfuerzos y montar su propia entidad de crédito, su propio Banco o su propia Caja de Ahorros, que funcionaran también con trabajadores propietarios por cuenta propia.

En nuestro país funcionan en forma de trabajo en cooperación una notable cantidad de empresas de todo tamaño y en todos los sectores.

Y en estas cosas ocurren situaciones como la de aquel, que un día descubrió que él hablaba en prosa. Y se puso tan contento, ya que, aunque no lo hacía como los poetas buenos, en prosa y en verso, al menos utilizaba una de las dos formas cultas; lo que pasa es que no se daba cuenta.

De aquí que se señale un poco más arriba que esta operación la ha de animar y promover una organización de corte marxista. Su enfoque teórico, su ángulo de visión, le permite ver más allá de las simples apariencias; le permite ir quitando capas a la cebolla que tiene entre manos hasta llegar al cogollo, los hechos, que están delante de su vista pero aparecen como desconectados unos de otros; y sobre todo, tiene la mejor escuela que existe en el mundo: el trabajo.

Marx y el marxismo (en realidad, Marx y sus discípulos, crearon, o al menos le dieron forma, a una manera de contemplar la sociedad, y a eso es a lo que aquí llamamos marxismo), colocaron en el centro de sus investigaciones, de sus estudios, de sus preocupaciones teóricas y prácticas (de pensamiento y de acción) el trabajo. Pero no el trabajo de los artistas, de los conquistadores, de los sabios, de los dirigentes políticos, de los hombres de fama y

renombre, no. El trabajo que pusieron en el centro de sus teorías, era el vulgar trabajo de la producción, el trabajo ordinario; y a partir de él, emprendieron el estudio y la interpretación de toda la sociedad.

Ciertamente, es un ángulo de observación singular, y además, novedoso. La historia, nos decían, la han hecho los grandes hombres (generales, Papas, Emperadores, sabios, santos, hombres geniales), y las obras y huellas que dejaron constituyen la cultura.

La historia tiene un protagonista colectivo: los trabajadores que alimentan y sostienen la vida de las sociedades, dicen los marxistas.

Dos puntos de vista distintos.

Un partido obrero puede tener, o no, una visión marxista de la realidad y de la historia que vive. Si coloca en el centro de su "saber", de su "doctrina", de sus enseñanzas, de sus opiniones, de su visión de la vida toda, al trabajo ordinario, al trabajador corriente, se ha colocado en el ángulo de visión de los marxistas.

Si ese partido entiende, asimismo, que ese trabajador ordinario será quien cambiará la forma de trabajar, dirigirá ese cambio y provocará con ese cambio, otras formas de organizarse la sociedad, tendrá un punto de vista marxista.

Si sostiene que solo en formas organizadas colectivamente por ellos se plantearan y se ejecutaran esos cambios, se tratará de un partido comunista marxista.

Con esos raseros, con esas varas de medir, se pueden hacer comprobaciones con las distintas organizaciones obreras, unas más lejanas, otras más cercanas.

El partido comunista ruso, sostuvo normalmente los puntos de vista marxista a que nos hemos referido. Probablemente acabó perdiendo el apoyo de los obreros rusos, porque siempre trató de sustituirlos. El protagonismo en el cambio siempre lo llevó el partido, y el partido no son los obreros.

Los partidos socialistas europeos, con raíz marxista casi todos ellos, en la actualidad no colocan en el centro de su teoría al trabajador corriente, sino, más bien colocan en ese sitio de honor, al bienestar del trabajador corriente. Ese bienestar lo procurará, una correcta y honrada gestión del sistema capitalista. Con esta visión no marxista, hoy disfrutan del apoyo mayoritario de los obreros europeos (mayoritario en relación con otros partidos obreros).

Los partidos comunistas europeos, de matriz marxista comunista todos ellos, han pasado en buena parte a compartir postura con la socialdemocracia, o se han aliado a organizaciones que no tienen en su núcleo teórico a la figura del trabajador (ecologistas, feministas, alter mundistas- antiglobalización-, etc).

En consecuencia, la visión marxista de cara a conseguir una sociedad comunista, no es una fuerza muy visible en la sociedad europea actual.

**Las semillas de donde nacen los distintos tipos de sociedades**.-

El trabajo por cuenta propia, al igual que el que se presta por cuenta ajena, no expresan en su realidad diaria, sencilla, en forma concreta e individualizada (un jornalero recogiendo aceitunas para el propietario que lo contrató; o, los dueños de una panadería trabajando en su propio establecimiento), que se trate de las primeras piedras de los dos tipos de edificios con los que se construyen las sociedades modernas.

Nadie diría que, contemplando los dos ejemplos de trabajo que hemos puesto, estaríamos ante la semilla de donde nacen los dos tipos de sociedades que hasta ahora hemos venido considerando: la capitalista y la comunista.

Lo que hoy conocemos como una sociedad capitalista (Francia, Italia, España, Alemania), se compone, como hemos visto, de un sistema o aparato productivo, y de un conjunto de instituciones que facilitan y hacen posible la reproducción de ese aparato (o por otro nombre, el aparato del Estado). La base sobre la que descansa todo el aparato productivo es el proceso de trabajo por cuenta ajena. Puede haber entreverados procesos de trabajo por cuenta propia, pero el gran peso de la producción descansa sobre los procesos de trabajo por cuenta ajena.

La reproducción del proceso de trabajo por cuenta ajena, precisa de un tipo peculiar de instituciones, según hemos tenido también ocasión de ver.

Es lo que hoy llamamos el Estado democrático parlamentario, y que, con ligeras diferencias, funciona en casi todos los países de economía capitalista.

El ajuste entre los procesos de trabajo por cuenta ajena y las instituciones que los reproducen no se ha hecho en un periodo breve, sino en los cuatro siglos anteriores al nuestro (nosotros hemos considerado de forma particular la mitad del siglo XVIII, y los siglos XIX y XX).

Este continuado ajuste permite una notable adecuación de éstas a sus fines, lo que se traduce en una considerable estabilidad. Esto es interpretado como prueba de la bondad y racionalidad de las instituciones y así es presentado a la opinión general por las instituciones encargadas de formar la opinión de los ciudadanos (escuelas, Universidad, radio, televisión, prensa, literatura).

De esta forma, partiendo de procesos de trabajo por cuenta ajena (base de la producción), se van montando y reajustando las instituciones que mejor permiten su reproducción, creándose así lo que hoy llamamos una sociedad capitalista.

No se trata de un proceso rápido ni automático, los capitalistas cuando lo iban montando, tuvieron que pelear, buscar ayudas en intelectuales, literatos, físicos, ingenieros, etc. Hoy día, en los países donde el capital se abre paso (Rusia, Polonia, Rumania,

países centroamericanos), instalándose por primera vez, o recomponiendo su sistema todavía no asentado, ha de recurrir a toda su creatividad y a toda su capacidad de imposición, para crear la red de instituciones que sirvan de soporte a la normal reproducción de sus procesos de trabajo por cuenta ajena.

Este camino de avance de sus posiciones lo ha hecho el capitalismo teniendo como punto de partida las formas de trabajo (servidumbre) y las instituciones medievales, que, ni se lo han puesto fácil, ni han comprendido sus nuevos planteamientos en forma pacífica. Tanto los nobles, como la Iglesia, han opuesto todas sus fuerzas a la entrada de las nuevas formas en la prestación del trabajo y en las nuevas instituciones para darles seguridad y estabilidad.

El siglo de las guerras, como ya se le llama al siglo XX , quizá por la dimensión de éstas, ya que el XIX tuvo también las suyas, fue escenario de estos ajustes violentos de las instituciones a la penetración y asiento del capital a lo largo y ancho del mundo entero. Estos ajustes violentos no son más que saltos puntuales del lento y silencioso proceso de sometimiento (económico, cultural, político) de los trabajadores a las exigencias de la reproducción (el desarrollo, se le suele llamar) del capital. Las herramientas con las que se lleva a cabo este sometimiento, le hemos llamado las instituciones. Y su creación y los sucesivos acoplamientos a que se las somete, deben servirnos de espejo para poder hacernos una idea del camino paralelo que deberán seguir las instituciones que tengan su fundamento en el proceso de trabajo por cuenta propia, en lugar de por cuenta ajena.

Todo el aparato del Estado en nuestros países europeos está diseñado para reproducir bien los procesos de trabajo por cuenta ajena. El hecho de conocerlos desde que empezamos a vivir la vida social, hace que los encontremos familiares, cercanos, normales. Casi diríamos que otro tipo de instituciones nos parecerían extrañas. “Estas”, son “las nuestras”, las de “toda la vida”, las normales. Pensar en otras, por lo tanto, significa un esfuerzo. Es la inercia social (en física se llama así a la circunstancia de que un cuerpo no

cambia su estado de movimiento o reposo, si no es por la aplicación de una fuerza).

Pues bien, con una base diferente, las instituciones serían diferentes.

Si la base de la producción en nuestro país, en lugar de estar constituida por procesos de trabajo por cuenta ajena, lo fuese por procesos de trabajo por cuenta propia, las instituciones corresponderían a las necesidades de la reproducción de estos procesos, y no, como es ahora, a las necesidades de reproducción del capital.

Así ocurrió anteriormente, cuando se cambió de la servidumbre al asalariado. Fue el cambio que conocemos como el paso de la Edad Media a la Edad Moderna. Cambió la forma de trabajar, cambiaron las instituciones.

Esto no ocurre de una forma rápida y espectacular, sino de forma lenta y callada. No puede ser de otra manera; no es nada fácil cambiar las formas de trabajar (que se lo pregunten a los obreros rusos). Lo que sí puede ocurrir, y ocurre a veces, es que la forma de trabajar va cambiando lenta y silenciosamente, pero no van cambiando de forma pareja las instituciones, y entonces sucede que, el ajuste entre formas nuevas de trabajo e instituciones que ya no se le corresponden, se hace de una forma rápida y violenta (la revolución francesa). Pero hemos de advertir nuevamente que lo que puede cambiar rápida y profundamente son las instituciones, las formas de trabajar, no.

Un ejemplo particularmente interesante para los obreros, fue la creación en Rusia de los Soviets. Se trataba de una institución creada por el gobierno comunista. Estaba compuesta por obreros, campesinos y soldados. Estaban especializados por sectores de la producción y por zonas territoriales. Contaban con todo el apoyo del gobierno y del Partido, pero no se correspondían con las necesidades de la reproducción de los procesos de trabajo existentes. Por esa razón nunca funcionaron con la intención que se les creó. Quedaron convertidos en una cáscara, que los trabajadores, al final, abandonaron.

*Fomentar, por lo tanto, procesos de trabajo por cuenta propia, y trabajar en la creación de las instituciones que facilitan su reproducción, estaría en el centro del interés en las actividades y reflexiones de una organización obrera con una orientación marxista.*

Parecen dos tareas distintas, pero en la realidad van muy unidas. Los procesos de trabajo por cuenta propia, en seguida buscarán las instituciones que en forma más adecuada sirvan a su reproducción.

De cualquier modo, la creación y fomento de procesos de trabajo por cuenta propia puede centrar la actividad de una organización obrera, sin perjuicio de que sean otras las que trabajen en la preparación y funcionamiento de las correspondientes instituciones.

Esa, que podría ser la tarea central de las organizaciones obreras de inspiración marxista (las que buscan que los obreros dejen de ser obreros), no tiene unos precedentes claros. Ninguna organización del movimiento obrero europeo, ha trabajado en esta dirección, dándole a esta tarea el lugar central en sus proyectos, en sus metas perseguidas.

Damos por sentado que todas las grandes organizaciones obreras que hemos citado, tengan o no orientación marxista, presentan como proyecto central la creación de una fuerza social, que obligue al capital a tener en cuenta las aspiraciones de los trabajadores, y mediante esta presión, obtener las mejores condiciones de trabajo y de vida para ellos.

Esto, hay que repetirlo, es común a todas ellas. Tanto las socialdemócratas, como las comunistas, a través de sus propios sindicatos y partidos, instrumentan esta acción de contrapeso al capital, buscando la mejora en las condiciones de los trabajadores. Desde Suecia hasta Marruecos; desde Polonia hasta Méjico, todas las organizaciones obreras tienen en común, comparten, estas funciones de dique de contención a las pretensiones y exigencias del capital.

Pero, más allá de esa función de defensa, en la actualidad, no es visible en ninguna, la presentación de un proyecto alternativo (distinto) al proyecto capitalista. La socialdemocracia, ya hemos visto que no.

En cuanto al comunismo ruso, no se puede negar que presentaron y tiraron adelante un proyecto propio, al igual que en China, Cuba, Vietnam.

Sin embargo, no se trataba de cambiar, en la base de la producción, el proceso de trabajo por cuenta ajena por el proceso de trabajo por cuenta propia, sino de una variante del trabajo por cuenta ajena, en que quien dispone de los medios de trabajo, de su ordenación y de sus frutos, en lugar del empresario privado es una institución, el Estado.

Este tipo de ensayo, de proyecto, puede funcionar mientras mejoran las condiciones de trabajo y de vida de los trabajadores, como ocurre actualmente en la República Popular China. En el caso de que se estanque la productividad creciente del trabajo (base material de esas mejoras), ocurre lo que en Rusia y todo el Este europeo. No son sociedades en que la ordenación del trabajo dependa de los trabajadores, sino de instituciones que le son ajenas. En eso se parecen a la socialdemocracia, su justificación consiste en mejorar las condiciones de los trabajadores.

Pero, como hemos visto ya, para eso no hay que llamarse socialista; los obreros norteamericanos (E.E.U.U) cobran altos salarios y, mayoritariamente, están satisfechos con sus condiciones de vida, y las instituciones que los gobiernan son las instituciones del capital.

El socialismo es otra cosa. En forma muy resumida, se trata de cambiar los procesos de trabajo que están en la base de la producción, en el sentido de que los que más pesan, sean procesos de trabajo por cuenta propia. No es necesario que lo sean todos, sino los más importantes, los más significativos.

**La semilla del campo socialista. Consideraciones teóricas.-**

Ya hemos visto que todos estos problemas tienen un lado práctico y un lado teórico. El lado práctico se refiere a la forma en que suelen presentarse en la realidad (con todo el peligro que tiene el quedarse con las apariencias y los engaños que encierran). El lado teórico se refiere al conocimiento más profundo que nos puede proporcionar un acercamiento más crítico, más reflexivo, más científico.

El aspecto práctico del trabajo por cuenta propia, hoy, en nuestro país, vendría referido a los trabajadores que son al mismo tiempo propietarios de los medios con que trabajan, y asimismo del producto que obtienen.

En principio a todos los campesinos que trabajan ellos mismos sus tierras, a los pastores con ganado propio, a todos los artesanos y pequeños talleres, transportistas, taxistas con coche propio, socios de las cooperativas de producción, agrícolas o industriales, a los trabajadores propietarios de las sociedades laborales, etc.

Es decir, no se presenta como problemático el hecho de trabajar por cuenta propia en nuestro país, ni en el resto de Europa. Existen empresas industriales cooperativas con las dimensiones y potencia productiva que otra cualquier empresa capitalista del mismo ramo. Y esto, tanto en la industria tradicional, como en la agroindustria, como en los trabajos puramente agrícolas. De forma que, en una primera mirada, podríamos decir que la base material necesaria para montar una producción por cuenta propia (es decir, socialista), podría conseguirse en un periodo de tiempo no excesivamente largo, es decir, en un periodo de tiempo que hace pensar en algo realizable y no utópico.

La propia existencia de empresas cooperativas no solo se ve como algo completamente normal, sino que por parte de las

instituciones se las considera como una forma conveniente e interesante de producir.

Desdel el punto de vista teórico se pueden hacer muchas consideraciones. Vamos a verlas.

Lo que acabamos de relacionar son una serie de procesos de trabajo por cuenta propia.

Pero, enseguida haremos una distinción. De un lado pondremos los procesos de trabajos individuales, y de otro, los procesos de trabajo en cooperación. Da igual de que sector de la producción se trate.

Nos referiremos en primer lugar a los individuales y recordaremos los dolores de cabeza que produjeron a Lenin y a su gobierno comunista.

Este tipo de proceso de trabajo desconcertó a un comunista marxista, como era Lenin. No aparecía en su pantalla, diríamos ahora. No constaba en sus esquemas. Marx había dirigido el foco de su labor investigadora a la empresa capitalista, al trabajador por cuenta ajena, y a él y sus problemas venía referido todo su estudio. Solo lateralmente y ocasionalmente se hacía referencia al trabajador individual.

Lenin y su gobierno se encontraron con toda la producción de alimentos (agricultura y ganadería) en manos privadas, concretamente en manos de trabajadores individuales y que disponían de su propia parcela. Su proceso de trabajo era técnicamente autónomo (producían lo que querían y en la forma que querían), y no enlazaban con el resto de la sociedad (de la producción), sino a través del mercado.

¿Qué caminos señalaba el proyecto socialista-comunista para este tipo de trabajador?

En principio, y según hemos dicho, el marxismo estudió la forma capitalista de producir, y ésta está compuesta de procesos de

trabajo colectivos, es decir, de empresas con varios o muchos trabajadores.

El gobierno comunista ruso precisaba un gran aumento de la producción agropecuaria, para alimentar a toda la población, de una parte, y para exportar cereales y obtener así divisas para poder adquirir a los países desarrollados la maquinaria que la industria y la propia agricultura necesitaban.

Para aumentar la productividad en este tipo de proceso de trabajo no hay otro camino que buscar las ventajas que proporciona la economía de escala, es decir, utilizar en común, uno, varios, o todos los medios materiales de trabajo: o tierras, o instalaciones, o maquinaria, o simiente, o abono, o conocimientos técnicos (tecnología). O, todos a la vez.

Se trataría de la colectivización, o uso colectivo, de uno, varios, o todos los elementos de los distintos procesos de trabajo individuales.

La principal ventaja de esta puesta en común de medios de trabajo es el enorme ahorro que proporciona, ya que los gastos en el mantenimiento se reducen en gran proporción, permitiendo adquisiciones en maquinaria moderna, que un solo trabajador no podría permitirse. Estos nuevos elementos (tractores, almacenes, almazaras, bodegas) hacen que se incremente la productividad de todos ellos.

Este camino en la colectivización, lleva inexorablemente, a la especialización en las distintas tareas por parte de los trabajadores que se adentran en la misma. Pasarán de hacerlo todo todos (como es lógico en sus procesos de trabajo individuales), a dedicarse, unos a utilizar el tractor u otra maquinaria, otros a cuidar y vigilar el almacén, otros al transporte de los productos, otros a su trasformación (almazaras, bodegas, molinos).

Se habrá pasado de unos procesos individuales con una baja productividad, a unos procesos colectivos con una productividad creciente.

**El significado del “acompañamiento” en estos procesos**.-

Este proceso que acabamos de ver, el paso de unos procesos de trabajo individuales con una baja productividad, a unos procesos colectivos de trabajo con una alta productividad, utilizando la puesta en común de sus elementos más importantes, y la especialización y cooperación entre los trabajadores; este proceso, si hacemos memoria, lo hemos tratado cuando nos ocupábamos de los primeros pasos del capitalismo.

Bajo el mando, la tutela y la dirección del capitalista, unos procesos de trabajo individuales (los artesanos), van progresivamente disolviéndose en un proceso colectivo, con trabajadores a cargo de distintas tareas parciales, que con la cooperación entre ellos, elaboran productos que no vienen referidos a ningún trabajador individual, sino a su conjunto.

El punto de partida es el mismo. Lenin, ante los campesinos, no tiene muchas alternativas. Si quiere aumentar la productividad de sus procesos individuales de trabajo, no hay otro camino que el de la cooperación.

Los campesinos no asumieron el problema con la rapidez que exigía la renovación industrial prevista, y Stalin siguió un camino parecido al de los primeros capitalistas; dirigió con puño de hierro la colectivización de los procesos de trabajo individuales de los campesinos.

Lo que los capitalistas hicieron con los artesanos en la industria, los comunistas lo hicieron en la agricultura con los campesinos.

Con todo ello, resulta que estamos tocando los problemas centrales del socialismo.

El primero es, seguramente, acompañar a los trabajadores con procesos de trabajo individuales, en el camino hacia la colectivización de estos procesos. De la manera más consciente e ilustrada (quiere decir con el conocimiento más preciso de lo que hace), posible. Y, en el bien entendido, de que no hay ningún dios, ni ningún Marx, que diga que esto debe ser así. Si se quiere aumentar la productividad del propio trabajo, hoy no conocemos otro camino que el de la cooperación. Pero, dado que el paso de, controlar tu propio trabajo tu mismo, a controlar conjuntamente con los compañeros el trabajo de todos, es un paso con complicaciones y compromisos, mejor dejar que sea el propio trabajador que decida dar o no el paso necesario. Lenin empezó siguiendo este camino, pero con unos problemas de urgencias que no le permitieron continuarlo. Luego Stalin cortó por lo sano.

Este acompañamiento en el camino de la cooperación, comprende asimismo, el correspondiente camino paralelo en las instituciones que fomenten, apoyen, financien, y en general hagan de soporte de la reproducción de todos los procesos de trabajo cooperativos.

El segundo (por seguir algún orden) seria acompañar a los obreros en el camino de transformación de las empresas capitalistas en empresas de trabajo cooperativo. En el supuesto, igualmente, de que todos los trabajadores (o la inmensa mayoría), y no solo los obreros, así lo deseen.

El acompañamiento, en ambos casos, no tendría otra justificación, ni fundamento, que el que tiene cualquier organización (partido, sindicato, asociación cultural, club), que agrupa a trabajadores y apoya, tanto sus posiciones teóricas, como sus acciones prácticas.

El hablar de acompañamiento tiene su explicación. En el camino de los trabajadores hacia los procesos cooperativos, o procesos de trabajo en cooperación, podemos distinguir dos modalidades. Una, cuando obedece a una decisión, organización y ejecución de los trabajadores mismos. Otra, cuando le viene impuesta por alguien distinto de los propios trabajadores.

La primera, sería la vía propia del socialismo.

La segunda, la hemos conocido con dos experiencias bien cercanas. De una parte, el capitalismo, donde la ordenación completa del trabajo en cooperación está a cargo del capitalista, sin que los trabajadores tengan participación en la misma. Por otra parte, el comunismo ruso, donde asimismo la regulación y planificación del trabajo no está en manos de los trabajadores.

En estas modalidades, el capitalismo y el comunismo ruso, quien controla los medios de trabajo, utilizando como palanca las instituciones que ellos mismos crean, da forma a la prestación del trabajo, en la manera que más conviene a sus intereses. Y en consecuencia, tienen a los obreros en funciones siempre alejadas de las tareas de dirección y control de los procesos de trabajo en su conjunto.

Al emplear la palabra “acompañamiento”, se está haciendo referencia al hecho de que uno es el que acompaña, y otro el acompañado. Y, al mismo tiempo, se está resaltando que el acompañante no dirige, no ordena, no “manda” en el acompañado.

El acompañado es el obrero.

Y el acompañante es un partido político (apoyado en un sindicato).

El acompañado es el obrero, porque es el trabajador típico del capitalismo. El capital hemos dicho que no es una cosa, sino una relación. Esta relación tiene en un polo a los capitalistas y en otro los obreros. Los capitalistas, para que el capital (los medios de trabajo) les rinda una ganancia, necesitan imponer un tipo de trabajo, en el que todas las decisiones referidas a la dirección, organización y mando, han de estar fuera del alcance de los trabajadores, así como lo estará también el producto del trabajo. Quien trabaja bajo esas condiciones, es un obrero.

*Habitualmente se llama así a las escalas más bajas en el trabajo capitalista. En realidad, y dado que el proceso de trabajo*

*capitalista está fuertemente socializado, enganchado un trabajo con otro, de forma que funciona como un todo, este todo es el que está sujeto a las condiciones que hemos mentado, eso todo trabaja como un obrero colectivo*.

*Así, cuando hablamos del trabajo obrero, estamos refiriéndonos al trabajo sometido a las condiciones del capital, ya que estas condiciones son impuestas al conjunto del trabajo que emplea.*

*El socialismo, por lo tanto, apunta directamente a este tipo de trabajador: al obrero. Y apunta a él, porque para que desaparezca, tienen que desaparecer las relaciones que ligan a éste con el capital y que son las que dan forma a su trabajo.*

El socialismo, al fin y al cabo, ha nacido "junto" a este tipo de trabajador, y a través de él y de sus condiciones de trabajo y de vida, ha ido construyendo una respuesta propia, o sea otro tipo de trabajo, otro tipo de sociedad, el trabajo socialista, la sociedad socialista, el camino hacia el comunismo.

Esta es, pues, la referencia constante, en un camino, el de la construcción del socialismo, donde las señales que lo identifican, ni son muchas, ni son tan fáciles de reconocer. La persistencia de las condiciones del trabajo obrero, nos indicarán que no hemos escogido el mejor camino. Y esto, aunque el salario, por ejemplo, sea muy alto, o la jornada muy corta, o las vacaciones muy largas. El socialismo es otra manera de convertir los procesos de trabajo individuales en colectivos. En las experiencias conocidas, el capitalismo y el comunismo ruso, la dirección de ese proceso de cambio no la han manejado los trabajadores mismos, y ello aunque en algunos casos (Suecia, Dinamarca, EE.UU.) hayan alcanzado condiciones económicas muy favorables, pero en todo caso son obreros, bien pagados, pero obreros.

Las señales equivocadas serian, por ejemplo, las que hemos dicho: la mejora de las condiciones económicas de los obreros. El socialismo no tiene como señal de identificación, los altos salarios de los obreros, sino, como hemos dicho antes, que el trabajo obrero se va transformando en trabajo en cooperación, dirigido y controlado

por los trabajadores (que empiezan a no ser obreros). Que los salarios sean altos será una preocupación constante de todos los obreros, incluidos, naturalmente, los obreros socialistas, Pero esa preocupación la tendrán, como obreros que son, sin que eso estorbe, ni impida que, como socialistas, la señal que esperen sea la desaparición de las condiciones que hacen de su trabajo un trabajo obrero. Y eso se puede decir de los obreros suecos y de los obreros del país más empobrecido del mundo. En ambos sitios, un obrero socialista tendrá las mismas señales para apreciar si el trabajo se presta en forma de trabajo obrero, o en forma de cooperación controlada por los propios trabajadores.

Naturalmente que en los países muy empobrecidos el punto de referencia de los trabajadores socialistas, puede que no sean los obreros de su propio país, porque sean muy escasos, pero el conocimiento que tienen como socialistas, de lo que es el capital, les orientará, como a Lenin con los campesinos, qué hacer ante unos procesos de trabajo individuales para que se conviertan en cooperativos sin que intervenga el capital (con la esperanza, claro está, que no venga un Stalin y les aclare las ideas de golpe).

Esta señal, la de los salarios altos, las pensiones aseguradas, la educación de los hijos, la sanidad al alcance todos los obreros; este tipo de señales son las que con más facilidad pueden desviar el punto de orientación del caminar del movimiento obrero socialista. Es el caso, por ejemplo, de la socialdemocracia. Su razonamiento es: el obrero, al fin y al cabo, lo que busca, lo que necesita es todo aquello que le procure su bienestar. Y este punto de vista, este enfoque, no significa nada que vaya en contra de los obreros, simplemente es un enfoque distinto del socialista. Un obrero socialista (o comunista) no está en contra de las mejoras que se puedan conseguir dentro del capitalismo. Lo que ocurre es que él ve el problema, precisamente en eso, en que trabaja para un capitalista, en que es un obrero, y por lo tanto, además de colaborar con todos los obreros que luchan por mejorar sus condiciones sin dejar de ser obreros; además de eso, su objetivo principal es otro, es acabar siendo el dueño y director de sus condiciones materiales de trabajo. Esa es su meta, y el objetivo que persigue todo el movimiento obrero comunista.

Otra señal falsa, lo hemos visto, es que la dirección y control de los procesos de trabajo, los lleve el Estado, en nombre y para el bien de los obreros, pero sin que sean los propios obreros los que decidan.

Es curioso que en uno y otro caso, tanto la socialdemocracia como el comunismo ruso, justifiquen su protagonismo con el mismo argumento: el bienestar de los obreros.

**El acompañante.-**

Hablábamos del acompañante y del acompañado en el caminar del movimiento obrero socialista.

El acompañado debe estar bien señalado, bien identificado, porque, como hemos visto, es quien define el camino.

Ahora nos detendremos en el acompañante. Tiene importancia pararse a considerarlo, porque visto a la ligera, podría pensarse que los obreros necesitan que se les eche una mano desde el exterior, porque ellos solos no serán capaces de llevar a cabo su transformación comunista.

Hemos dicho, echar una mano “desde el exterior”. ¿Es que hay un “exterior” y un “interior”?

Efectivamente, podemos decirlo con esas palabras. Recordemos, nuevamente, que la existencia y funcionamiento del capital, y la existencia y funcionamiento del obrero, se apoyan en una misma relación. Cada elemento de esa relación se sitúa, por así decirlo, en un extremo de la misma, en uno del capital, en otro, el obrero. No se puede entender ni el uno ni el otro, si no se estudia su relación.

Pues bien, vimos cómo el capital, para poder existir, mantenerse y reproducirse, precisaba de una serie de instituciones. Eran, estas instituciones, como su soporte, su apoyo, el instrumento (los instrumentos) a través de los cuales realmente se hacia paso en la sociedad y caminaba.

Recordemos que esas instituciones (muchas), en realidad, y para simplificar, las reducíamos a dos tipos. Las de la fuerza, la coacción o la violencia (cuerpos de seguridad, cuerpo judicial, sistema carcelario). Y las del consentimiento (iglesias, prensa, tele, radio, sistema de enseñanza).

Todas estas, a su vez, precisan de otras, que las sirven, facilitando su función y mantenimiento (Parlamento, partidos políticos, sindicatos).

Todas estas instituciones conforman, elaboran, mantienen y defienden el “sitio” del capital. Y, por lo tanto, el “sitio” del obrero, del trabajo obrero.

Ese lugar, ese “sitio”, no puede ser otro que el trabajo, es decir, la producción. Y eso, la producción, es a lo que hemos llamado el “interior”. El “exterior”son las instituciones.

El obrero es obrero, en la producción, en el trabajo. En el cine es un espectador, en su casa un padre, en la plaza un paseante. Y en el partido, un afiliado, un militante. En el Parlamento, un diputado. En el Ayuntamiento, un concejal.

De forma paralela, el empresario manda, dirige y decide sobre los obreros, en el trabajo, en la producción. En el paseo, es un paseante, etc.

Las instituciones, volvemos a recordar, se ocupan (es su función y para eso las mantienen) de que al día siguiente, después de pasear, ir al cine, cenar y dormir, el obrero, al entrar al trabajo siga siendo un obrero, y el empresario, un empresario. Es decir, que las condiciones del trabajo, sigan dibujando un “sitio” para el obrero (obediencia, diligencia, salario), y otro “sitio” (decisión, mando, ganancia) para el empresario.

En las instituciones no hay empresarios, ni obreros. Eso es solo en la producción, en el trabajo.

Las instituciones no tienen funciones productivas, sino funciones de apoyo y soporte a un tipo de producción.

Sí el tipo de producción al que prestan su apoyo se basa en una relación de trabajo, del tipo capitalista-obrero, en todas las instituciones se reflejará este tipo de relación. Es decir, en todas encontraremos un reflejo-correspondencia de esa relación de dominio entre los elementos de la relación.

Como es una relación entre dos elementos, en todas las instituciones se podrán reconocer estos dos elementos. Pero como es una relación con un elemento dominante, en todas ellas se notará ese dominio.

En este esqueleto que hemos dibujado, habría que colocar las principales instituciones que vemos funcionar en nuestra vida diaria (aunque solo las veamos funcionar por televisión, o de oídas).

El Rey, o la Corona como la llaman, no es una institución de los capitalistas, ni de los obreros. Es una institución que defiende la continuidad y pervivencia de la relación capital-trabajo tal como existe, o con los cambios que requiera su propia reproducción.

No lo repetiremos de todas y cada una de las instituciones, porque su función es idéntica a la de monarquía. Si hubiese una república, como en Francia, Italia o Alemania, sería igual. E igual es en Inglaterra (Reino Unido) o en Holanda y Bélgica, donde existen monarquías.

**Los acompañados: el capitalista y el obrero. Los acompañantes: las instituciones.-**

Eso que acabamos de ver, es lo quiere decir el acompañado y el acompañante, el “interior” y el “exterior”.

Los acompañados son el capitalista y el obrero, y los acompañantes son las instituciones.

El capitalista y el obrero no son dos personas, sin más, no. Es como un padre y un hijo, no son dos personas, sin más, no. En uno y otro caso, se trata de individuos ligados por una relación, que es la que hace que les llamemos, capitalista, obrero, padre e hijo.

Los acompañantes, las instituciones, igualmente no son acompañantes de personas simplemente, sino de empresarios y obreros. Quiere esto decir, que ninguno es “inocente” en el desempeño de su función. En el mismo sentido en que no es “inocente”ningún empresario. Todos saben lo que se traen entre manos. Sus representantes en las instituciones, exactamente igual.

Lo que hemos llamado el acompañamiento de los obreros no sería otra cosa que ese reflejo que la relación de trabajo capitalista-obrero produce en las instituciones. Todas ellas responden a ese dominio del capital sobre el trabajo, pero dentro de una gran autonomía en su funcionamiento. Por ejemplo, una asociación patronal es una institución, que apoya la reproducción de esa relación de dominio del capital sobre el obrero, pero tiene una gran libertad para su organización y funcionamiento. Un sindicato obrero, igualmente es una institución, e igualmente es soporte de la relación de dominio del trabajo por parte del capital, e igualmente tiene una gran libertad de organización y funcionamiento.

Los partidos políticos, tanto los del capital, como los de los obreros, son también instituciones, e igualmente que las anteriores, son el instrumento de reproducción de la relación capital-obrero.

Esto quiere decir, que lo que reproducen las instituciones, todas las instituciones, es la relación de trabajo, en la que el capital encuentra las condiciones para reproducirse. Pero, hay muchas formas de reproducirse, hay muchos grados de dominio económico; hay muchas formas de intensificar el trabajo, de acrecentar la productividad, de combinar las nuevas tecnologías con las existentes; hay muchas formas de escalonar los salarios, de repartir las primas, etc.

Y es en este conjunto de circunstancias en las que cada institución puede hacer hincapié o centrar su actividad. Eso permite que el conjunto de las instituciones tenga una finalidad única, pero cada una entienda a su manera el camino para alcanzarla. Eso hace que existan uno o varios partidos políticos del capital, y asimismo, haya varios partidos y sindicatos de los obreros.

De esto que decimos, se deriva que las instituciones referidas, son todas ellas “conservadoras”, es decir, su función conjunta (entre todas ellas) consiste en reproducir (conservar) la relación capitalista.

Naturalmente que esto suena un poco mal a un sindicalista comunista o a un afiliado al partido comunista de cualquier país europeo, pero es rigurosamente así. Las huelgas, los paros, las movilizaciones que apoyan unos y otros, solo persiguen mejorar las condiciones de los obreros, pero dentro de la relación que tienen establecida con el capital. En estas fechas (verano 2004), sindicatos y partidos obreros en nuestro país están tomando todo tipo de iniciativas para que no desaparezcan algunos astilleros, y su lema más repetido es: queremos más carga de trabajo. Es decir, queda clara su función: reproducir la relación que mantienen con el capital (y que no falte).

*El objetivo de las instituciones obreras (partidos, sindicatos, asociaciones) europeas actuales se centra en obtener las mejores condiciones para los obreros, conservando la relación capitalista de trabajo. En este sentido son instituciones conservadoras*.

Su acompañamiento, por consiguiente, consiste en crear las condiciones (materiales, jurídicas, políticas, culturales) que permitan al obrero vivir mejor, dentro, eso sí, de su condición de obrero.

Esto puede producir, en el ánimo de un comunista, una cierta frustración. Pero, siempre es preferible conocer lo mejor posible el terreno en que uno se mueve; y en lo que se refiere a la relación del capital con los obreros, las cosas funcionan como acabamos de ver.

**Acompañante y acompañado. “Exterior e “interior”.-**

¿ Por qué “exterior” e “interior” aparecen con comillas? Parece que se llame la atención de una manera especial sobre esas palabras.

Es cierto que hay que llamar la atención sobre el hecho de que el acompañado está en el interior, es decir, en la producción, mientras que el acompañante está en el exterior, o sea, en el mundo de las instituciones.

En el interior, en la producción, es donde las relaciones de trabajo que se establecen convierten al trabajador en obrero y al propietario en empresario.

En el exterior, sin embargo, los afiliados a un partido se convierten en miembros del mismo, los de un sindicato, en sindicalistas, los que pertenecen a una asociación en asociados de la misma.

Eso es lo que permite que en un partido del capital, militen obreros, o simplemente sea votado por una mayoría de obreros. O que una asociación de intelectuales, apoye las posturas de los obreros.

Tiene mucha importancia tener presente esta diferencia de campos, porque el capital tiene gran interés en confundir los dos escenarios. Y todavía más interés en difuminar, disolver las

relaciones del interior, sustituyéndolas por otras del exterior (la libertad, la democracia, principalmente). La propia idea del bienestar de los obreros, como función de las instituciones (del Estado), desenfoca la imagen de los dos escenarios confundiendo los límites de uno y otro, tratando de apartar el objetivo del escenario interior de la producción (los obreros están bien porque tienen buenas pensiones, buena educación para sus hijos, buena atención médico-farmacéutica, buena asistencia social), apartándolo de la producción.

Y es muy importante distinguir estos dos escenarios, porque el interior es lo que hay que cambiar, y lo exterior acompañará ese cambio. Y no al revés. Y no en otro orden.

La relación de trabajo entre capital y obrero, es el interior, es lo que hay que cambiar. El exterior, las instituciones, acompañarán este cambio. Este sería el orden, en el caso de cambio (que seria el supuesto del que parte un comunista).

Este es el orden que nos enseña la historia de la producción, la historia de la reproducción humana.

El capitalismo, la relación capital-obrero, se abrió paso entre las formas de trabajo que dominaban en ese momento la producción, que eran el trabajo servil y el trabajo de los artesanos, los trabajadores de oficio. Y las instituciones correspondientes a este nuevo tipo de trabajo, hubieron, asimismo, de abrirse camino desde el seno mismo de las instituciones medievales.

Es la presencia cada vez más importante, más visible, del nuevo tipo de trabajo, el que va exigiendo un tipo nuevo de instituciones que permita su reproducción. El dominio de la producción europea por parte del trabajo capitalista, la relación capitalista de trabajo, reporta la desaparición de las viejas instituciones, y su sustitución por lo que se conoce hoy como Estado moderno. Este proceso de ajuste, a veces es violento (Revolución francesa), a veces en forma de cambio escalonado (Inglaterra).

La aparición del nuevo tipo de trabajo, que podría sustituir al capitalista, ya existe en nuestras sociedades europeas, en la misma

forma que apareció el trabajo obrero en el seno mismo de las formas medievales de trabajo.

Como la forma capitalista en su comienzo, las formas socialistas de trabajo, no están aún bien dibujadas, ni cuentan, por la misma razón, con las instituciones, bien perfiladas también, que las acompañen en su marcha hacia el dominio de la producción y de sus instrumentos de reproducción.

Y aquí es donde cabría introducir las enseñanzas recogidas de las experiencias pasadas.

Del comunismo ruso, se podría conservar como idea central, que las instituciones no van delante y la producción detrás. Si se hace así, los obreros, que son la producción, se quedan, ellos, atrás. Y ellos, por el contrario, son los que tienen que lograr la dirección y el control de su propio trabajo. Las instituciones, el partido comunista y el sindicato comunista, no podrían sino acompañarlos en ese camino.

De la socialdemocracia se podría señalar, que el bienestar de los obreros, proporcionado por el capital y sus instituciones, no coincide del todo con el proyecto comunista: conseguir el control, la organización, y los frutos del trabajo, por los propios trabajadores.

De la relación del capital con el trabajo, y de la necesidad de su reproducción, nacen como sus instrumentos más adecuados las instituciones de la sociedad capitalista, el Estado democrático parlamentario (aunque lo de democrático no sea imprescindible –Chile de Pinochet, España de Franco, Argentina de Videla-).

Sin embargo, y según hemos visto en otro momento, lo que llamamos sociedades capitalistas, lo son, no porque toda su producción sea capitalista, sino porque el capital domina la parte más importante de esa producción, y desde esa posición de dominio, somete a sus condiciones a las demás formas de producción no capitalistas. Por eso decimos que el capital domina a toda la producción.

Pero, igual que la forma dominante de la producción medieval era la relación señor-siervo, y sin embargo, en los entresijos de esta producción (y sin seguir sus mismas reglas) se fueron abriendo paso los artesanos, organizándose en sus gremios (lo que hoy serian las organizaciones patronales), y los mercaderes y navegantes, con sus propias organizaciones (sus Lonjas, sus Ligas entre las ciudades abiertas al comercio marítimo); de forma que, con los medios de fortuna acumulados por estos últimos, y la base técnica de partida de los artesanos de las ciudades, fue fraguándose una nueva forma de producir, sin necesidad de presentarse, en forma dramática, como la suplantadora de la anterior. De igual forma (o al menos, aprendiendo de esa experiencia), las zonas, los sectores, no capitalistas de la actual producción europea (que como vimos conservan una gran importancia), podrían iniciar (en los casos en que aún no lo hacen), o seguir en otro caso, en el camino de la organización cooperativa del trabajo, ya que, como en la experiencia referida, aquí tampoco se presenta en forma dramáticamente opuesta a la forma capitalista, sino conviviendo pacíficamente con la misma.

Por otra parte, las instituciones europeas, de los países europeos, ya están previstas en su funcionamiento, para reproducir, no solo a la relación principal de producción (el capital), sino también a las formas de producción no capitalistas: procesos de trabajo individuales (campesinos y artesanos), y procesos de trabajo asociado o en cooperación de trabajadores propietarios.

Este funcionamiento polivalente (atendiendo a la reproducción de distintas formas de trabajo) de nuestras instituciones, hace que algunas veces oigamos los chirridos que producen los encontronazos de unas con otras o de los distintos intereses en su propio seno.

No obstante, ya vimos que la reproducción de las formas de trabajo no capitalistas siempre está supeditada al superior interés del capital. Así era también en la Edad Media, las instituciones apuntaban directamente al trabajo del siervo, sin embargo, no impedían, no impidieron, que los nuevos elementos se fueran formando y ensamblando, hasta conseguir una nueva y superior forma de producir. Forma nueva de producir que, a medida que fue

madurando, exigió la renovación de las instituciones, ya que las antiguas no aseguraban su reproducción.

Con este cuadro que acabamos de exponer, podemos repasar, comprendiéndolas mejor, algunas de las cosas dichas en las páginas que anteceden.

La relación capital-trabajo se reproduce a través de las instituciones creadas para ello. Entre todas ellas, nos quedamos, para contemplarlas aisladas, con estas dos parejas: organizaciones patronales / sindicatos, y partidos del capital / partidos de los obreros.

Lo que se trata de reproducir es una relación. Esta relación pone en contacto dos elementos: propiedad de los medios de trabajo y trabajador.

Por la forma de relacionarse estos dos elementos (dirección del trabajo, mando y apropiación del producto, en uno; y obediencia y obtención de un salario, en el otro), uno se convierte en capital y otro en obrero.

Las instituciones que hemos elegido (las otras también), tienen como función propia la reproducción de estas condiciones, es decir, la conservación de la relación. Se puede cambiar el modo de dirigir, la forma de ejercer el mando, la forma del salario, su cuantía, siempre que su aumento venga correspondido con un aumento de la productividad, la mejora en la jornada, supeditada igualmente a la mejora de la productividad, etc. Lo que no pueden cambiar estas instituciones es el tipo de relación (dirección, mando, etc).

En consecuencia, los sindicatos obreros, en la medida en que entran en relación con su pareja representante del capital, para tratar de los puntos que hemos mencionado (salarios, jornada, etc.), no hacen sino poner al día la relación capital-trabajo, y por tanto, reproducirla. Del mismo modo, los partidos obreros, cuando entran en relación con los partidos del capital, para tratar de corregir los efectos de la relación citada en las condiciones de vida de los obreros (seguridad Social, sanidad, Asistencia Social), no hacen sino facilitar la reproducción de la misma.

Perseguir, de una parte, la mejora de las condiciones del trabajo y la vida de los obreros, y contribuir por otra parte, al reforzamiento y la pervivencia de la relación capital-trabajo, es una función que realizan sindicatos y partidos obreros, y que producen sentimientos de incomprensión y duda entre no pocos trabajadores.

Sin embargo, el peor efecto, de este hecho, en el movimiento obrero, es seguramente, la convicción de que esto es lo más que se puede conseguir: mejorar el tratamiento de los obreros, siempre dentro de esa relación capital-trabajo.

El efecto de esta convicción en Europa es el reinado de la socialdemocracia. Y en los E.E.U.U., la desaparición de los partidos políticos obreros, y la fuerza de los sindicatos.

El conjunto de las instituciones, el Estado, está diseñado en nuestras sociedades actuales, de forma que, sirviendo principalmente de instrumento a la reproducción del capital, sirve, asimismo, de cauce a la reproducción de las formas no capitalistas de trabajo.

La defensa de la propiedad y la seguridad en sus procesos de intercambio- la libertad de contratación-, constituyen el núcleo, el esqueleto, del molde común, en el que encuentran un buen terreno de cultivo, todas las formas de trabajo citadas: el trabajo por cuenta ajena (capitalista), y el trabajo por cuenta propia, ya sea individual (campesinos y artesanos) o colectivo (cooperativas y sociedades laborales) - todos estos últimos no capitalistas-.

Es decir que, de igual manera que las instituciones de la Edad Media, no obstante estar diseñadas para reproducir el trabajo servil, no estorbaron que en su seno existiera, surgiera y se desarrollara un nuevo modo de producir; de la misma forma, en la sociedad capitalista, y bajo sus instituciones, existe, y puede prosperar, un nuevo modo de producir: la unión de productores asociados.

Este proceso de producción existe y opera, al mismo tiempo y de forma paralela, a la de los otros dos.

De manera que, bajo el amparo de las mismas instituciones que las sirven de instrumentos de reproducción, funcionan los tres tipos de procesos de trabajo citados. Los de forma individual (campesinos y artesanos, principalmente), y los de forma colectiva (por cuenta ajena o capitalistas, y por cuenta propia o en forma de trabajo en cooperación).

Las instituciones que apoyan su reproducción en común, son, sin embargo, especialmente apropiadas a la forma dominante de producción, la capitalista, dado que la producción de nuestro país es mayoritariamente de forma capitalista.

En el supuesto, posible, de que el mayor peso en la producción se hiciese en forma de trabajo cooperativo, las instituciones, seguirían sirviendo a la reproducción capitalista, pero muy previsiblemente harían un giro en su número y funciones, que reflejaría ese dominio en la producción.

Los procesos de trabajo en que el trabajador es uno, o a lo mucho es auxiliado por miembros de su familia, principalmente los campesinos y los artesanos, no suponen actualmente la parte más importante en la producción de ningún país europeo, y difícilmente llegarán a serlo; más bien se piensa que su tendencia es perder cada vez más peso en la economía del país. La razón no es otra que la dificultad en alcanzar una alta productividad, dada la limitación que representa la actuación de un solo trabajador. Por esta misma razón, su reproducción encaja cada vez peor en el juego de instituciones progresivamente más enfocadas hacia la reproducción capitalista. Estas circunstancias, sin embargo, no hacen apuntar hacia una rápida disolución de las mismas, dados los buenos servicios que pueden prestar incrustadas en los rincones y rendijas del sistema, donde los grandes procesos productivos tienen dificultad en penetrar.

Las asociaciones de trabajo cooperativo, tienen en común con campesinos y artesanos, que se trata de trabajo por cuenta propia. Se trata de trabajos no capitalistas. Y se diferencian de ellos, en que, como los capitalistas se trata de trabajos colectivos, y, al igual que éstos, utilizan las ventajas de la cooperación compleja y, en general,

de las economías de las producciones de escala (producciones en masa).

En este último siglo y medio (por ponernos en el terreno concreto de lo real), la producción capitalista ha crecido, en nuestro países europeos, extraordinariamente. La producción individual, ha seguido una clara y constante tendencia a ir perdiendo peso en el conjunto y la producción cooperativa ha ido creciendo lentamente, partiendo además de una base prácticamente inexistente.

Es importante situarse ante estas tres formas de trabajo, de producción, porque la perplejidad de un comunista, como Lenin, fue de la misma categoría, que la que puede producir a un comunista de hoy la misma o parecida realidad.

Perplejidad ante el trabajo capitalista; de tal forma que lo que se hizo fue aprovechar el aparato tal cual se recibió, utilizando su forma autoritaria para facilitar su funcionamiento. A los 70 años se la pasó a los nuevos dueños prácticamente con el mismo funcionamiento.

Perplejidad ante unos campesinos que entendieron que lo que se les proponía (la asociación para trabajar en cooperación) no coincidía con los proyectos que ellos tenían, y, por lo tanto, no hubo asociación de trabajo cooperativo campesino, sino colectivización militarizada, sin intervención alguna de los propios campesinos.

Perplejidad al comprender Lenin, ya tarde, que las cooperativas eran el camino socialista.

Ante tanta perplejidad, el partido comunista ruso, sus órganos de gobierno, decidieron, en su línea comunista de pensamiento y de acción, colocar a las empresas capitalistas bajo el control del gobierno (del partido), y con los campesinos, formar unidades de trabajo colectivo para aprovechar así las ventajas de la cooperación y la producción a escala.

Este planteamiento y su ejecución, no parecen ajenos al proyecto que para cambiar la suerte de los trabajadores (para hacer la revolución), tenía el partido comunista ruso. Es decir, en principio,

se hizo lo que se pensaba de antemano que se había de hacer. El comunismo en su práctica, era consecuencia del comunismo en su teoría, en pensamiento, en su proyecto.

Es cierto que el partido bolchevique era un partido de obreros; que los obreros, en proporción a la población rusa, eran una minoría; que había otros partidos obreros, distinto del bolchevique. Es decir, quien tomaba estas decisiones, lo hacía en representación de una, muy pequeña, parte de los trabajadores, y aún menor, de la población rusa. Pero esto entraba en el pensamiento del partido. No se trataba de una inconsciencia de cuatro dirigentes. Estos dirigentes, y el partido bolchevique, pensaban que ese era el camino de la eficacia. Pocos dirigentes, decididos y provistos de una visión correcta de la situación de la sociedad, y de las soluciones que hay que aplicar a sus problemas, pueden poner patas arriba a un país y hacerse con el control del mismo y aplicar sus recetas, Y así lo hicieron.

A ese tipo de visión y modo de actuar en los partidos, se le ha llamado Leninismo, y se ha utilizado en diversas revoluciones de países africanos, asiáticos y algunos de Ibero América.

Es una forma de entender el camino hacia el comunismo.

En Europa, hoy, este camino estaría lleno de dificultades. De orden práctico, porque la mayoría de las instituciones importantes se las elige a través de procesos electorales democráticos (todas no- el Rey, los Obispos-), que no permiten su ocupación por la fuerza.

De orden teórico. Si el norte del comunismo apunta al control y ordenación del trabajo por los propios trabajadores, la teoría y la práctica de estos partidos, no facilita caminar hacia ese norte. Los obreros rusos, e incluso los campesinos, estuvieron apoyando a un gobierno, a un partido, que parecía actuar en ese sentido. Posteriormente, quien controló la ordenación del trabajo, fue el partido, no los propios trabajadores.

Un partido es una institución, cuya misión central es ocupar la dirección y control de todas las instituciones. Y la función principal de todas las instituciones consiste en servir de instrumentos para la

reproducción de los procesos de trabajo que básicamente soporten la producción.

En una producción como la rusa, en que las instituciones ejercían al mismo tiempo la dirección y control de la producción misma, y la dirección y control de las instituciones que habían de facilitar su reproducción, los obreros se encuentran absolutamente bloqueados. Por más que el objetivo del partido comunista en su actuación fuera la mejora en las condiciones de trabajo y de vida de los obreros rusos, lo cierto es que el camino elegido, el método aplicado no conducía, ni aún a largo término, al control del trabajo, sus condiciones y sus frutos por parte de los propios trabajadores. El partido se había apropiado de esta función de dirección y control, la ejerció a través del gobierno y su Administración, y aunque dijese y repitiese que lo hacía en nombre de los trabajadores, nunca proyectó ni propuso, ir traspasando, aunque fuese lentamente estas funciones de dirección a los propios trabajadores. Y esto último hubiese dado un sentido a todo lo anterior. Todo lo anterior hubiese sido un periodo de preparación para iniciar el camino hacia el comunismo. Todo lo anterior hubiese sido un periodo de preparación para iniciar el camino hacia el comunismo. Todo lo anterior (incluidas las colectivizaciones forzosas) tendría que ser recibido por los comunistas rusos como una herencia de la generación comunista anterior. Y los comunistas europeos, hubieran recibido, igualmente, la experiencia rusa, como una experiencia comunista; con unos métodos iniciales desajustados, dolorosos, desechable como ejemplo a seguir, pero una experiencia comunista al fin y al cabo.

Sin embargo, la experiencia, en su conjunto, no resultó válida para el movimiento comunista. No dio ningún paso aprovechable (sostenible) para el conjunto de los comunistas y sus organizaciones del mundo entero.

En una primera consideración, sin embargo, los comunistas rusos, se pusieron en la senda que los acercaba a su ideal, a su proyecto. De una parte, arrebataron la gran producción industrial a los capitalistas y las grandes propiedades rústicas a los terratenientes; y de otra, hicieron pasar a los campesinos, de unos procesos de trabajo individuales, de baja tecnificación y más baja productividad, a otros, de dimensión adecuada a la maquinaria

utilizada y en que la especialización de las tareas permitía obtener todas las ventajas de la cooperación y de la producción a escala.

Con estos marcos de producción, hicieron un gran esfuerzo de racionalización, planificando el conjunto de la producción y ajustándola al conjunto de las necesidades del país.

Y toda esta inmensa tarea la pusieron en manos de los representantes de los trabajadores.

Esto dio, como era de esperar, sus resultados. Un inmenso país arruinado, pasó en unas decenas de años, a ser una de las primeras potencias del mundo. O sea, la cosa había funcionado.

Así lo vio, el mundo entero (como hoy está viendo a China), y así lo siguen viendo no pocos comunistas en la actualidad. Incluso en Rusia. Y a estos les llaman nostálgicos.

Sin embargo, la experiencia no apareció, al final, como sostenible, y se hundió; volviendo al capitalismo.

Consecuencia práctica: es altamente probable que las experiencias paralelas (China, Cuba), no sean sostenibles, y deriven (en China ya es así) hacia formas capitalistas de producción. Otra consecuencia práctica; otros países, sin recorrer este camino, también están en la cabeza de los países, en el terreno industrial, agrícola, bancario, educacional, etc. (Holanda, Bélgica, Noruega, etc). No era, por tanto, mérito del camino elegido.

Consecuencia teórica: la puesta en las manos de los obreros de la dirección y control de la producción y de las instituciones, nunca apareció en el centro de las metas buscadas, y muchas alcanzadas, por el partido comunista ruso. Si la teoría ha de ser una guía para la práctica, los comunistas, rusos, chinos, etc, han seguido una práctica basada en los principios de eficacia en la producción, y sometimiento absoluto al partido, en los aparatos de reproducción. Lejos, en consecuencia, del protagonismo de los trabajadores, en los dos campos indicados.

Cuando hemos hablado del “interior” y del “exterior”, hemos aclarado enseguida que el interior era la producción y el exterior, las instituciones.

No se trata de una separación radical, puesto que las instituciones reciben de la producción, el encargo de su función, y el pago de la misma; mientras que en el seno de la producción se aprecia claramente el reflejo de las instituciones. (Todo el aparato de fuerza que defiende la propiedad- Código Civil, Código Penal, el autor de ambos, el Parlamento, Jueces, cárceles, policía, etc- hace sentir su existencia en la fábrica misma, y su “respeto” hace normal su funcionamiento). Sin embargo, no es precisa la presencia de una en el terreno de la otra. Se trata, por lo tanto, de dos escenarios diferentes, donde se encuentran, eso sí, cara a cara, las dos mismas fuerzas sociales, el trabajador y el capital.

Cada escenario tiene sus normas de actuación, y los personajes, aunque sean los mismos, desempeñan papeles distintos.

En la producción, el obrero trabaja, obedece y recibe un salario; el capitalista, manda, decide y reparte el producto obtenido con el trabajo- una parte será su ganancia, y otra los salarios-.

En las instituciones- Parlamento, Gobierno, Tribunales-, por ejemplo, los personajes son los mismos, pero los papeles a desempeñar son otros. Se trata, no de producir, sino de decidir y señalar las condiciones en que se producirá, y lo que es más preciso, las condiciones en que se llevará a cabo la reproducción.

Como estamos en el caso de una producción concreta, la capitalista, lo que se trata de reproducir es la relación de trabajo capitalista, o por cuenta ajena. El personaje que representa al capital en la institución (el Congreso de los Diputados, por ejemplo), propondrá las medidas más favorables para su representado, y otra tanto harán los personajes que representan a los obreros, respecto a

los suyos. Estos personajes colectivos son, principalmente los partidos políticos.

En este esquema de funcionamiento reconocemos claramente a los partidos socialistas y comunistas socialdemócratas europeos. Sus funciones consisten, efectivamente, en facilitar la reproducción del capital, buscando las condiciones más favorables posibles para sus representados, los trabajadores.

Esto acaba con toda confusión respecto a lo que, en sus inicios, perseguían estos partidos: el cambio de sistema. Se trataba de hacer desaparecer al capitalismo, y sustituirlo por el socialismo.

Hoy, a la vista de la experiencia recogida, tanto los partidos socialistas como comunistas europeos han decidido centrar su proyecto en la obtención de las mejores condiciones para los trabajadores en su relación con el capital.

No todos los obreros entienden así de claro la teoría de los partidos que los representan, pero, ciertamente esta es la práctica que, ellos mismos siguen en sus relaciones con el capital.

De esta forma, en los dos escenarios citados, el de las relaciones de trabajo, y el de las instituciones que las apoyan y sostienen, los obreros dan por buenas éstas, y en su seno, procuran obtener lo que les sea más favorable.

Lo que acabamos de analizar se refiere a la relación del capital con el trabajo. Pero, recordamos que buena parte de la producción material de nuestros países no responde a ese tipo de relación.

Igual que Lenin y su partido comunista ruso, los partidos comunistas europeos actuales, se encuentran, junto a los obreros, un mundo de campesinos, cuyo trabajo no responde al tipo sobre el cual han motado toda su teoría y toda su práctica.

Como forman parte, importante, de la producción material del país, las instituciones han de contar con sus exigencias, sobre todo las referidas a su reproducción.

Esto es particularmente complicado, sobre todo porque han de acudir al mismo mercado, donde concurren empresas capitalistas con una productividad mucho mayor.

Habíamos dicho que el núcleo principal de las instituciones de la producción capitalista, responden también a las necesidades de la reproducción del campesino, fundamentalmente, defensa de la propiedad y seguridad de su libre intercambio. Pero, lo dicho antes, la diferencia de la productividad de su trabajo con la del trabajo capitalista, plantea a las instituciones encargadas de su reproducción, unos problemas muy graves.

Son tan graves como los que se le plantearon a Lenin ante los campesinos rusos. Este les exigía una mayor productividad para poder obtener una mayor producción de cereales para poder exportarla y obtener divisas. En nuestro caso no se trata de obtener una mayor producción pero sí una mayor productividad para poder acudir al mercado con productos tan baratos como los que producen las empresas capitalistas. En otro caso, se hace inviable su reproducción, su existencia.

El problema se plantea en los mismos términos en la Rusia de 1920 y en la Europa de los comienzos del siglo XXI: para aumentar la productividad del trabajo en los procesos de trabajo individuales, el camino más viable es convertirlos en procesos colectivos de trabajo.

Ya había antecedentes de este problema, y de esta solución. Efectivamente, el proceso de formación y desarrollo (reproducción) del capital, hemos visto que no fue otra cosa que la reconversión de procesos de trabajo individuales (los artesanos), en procesos de trabajo colectivos, las empresas capitalistas

El hecho de que los procesos de trabajo individual tengan como objeto principal la tierra (caso de los campesinos), no cambia para nada el problema.

Es decir, tanto los artesanos como los campesinos, tienen como problema principal, la limitación que a su productividad impone

el hecho de que en sus procesos se trabajo interviene un solo trabajador, limitando con ello la clase y la dimensión de las herramientas, máquinas, motores, tipo de energía, etc. utilizables, así como la cadencia y ritmo de sus tareas.

En realidad, éste es el corazón del comunismo. El corazón y el cerebro. Es el núcleo central en el que clavan sus raíces la práctica y la teoría comunista: la organización del trabajo productivo en una sociedad.

Que esta organización la lleven a cabo los propios trabajadores, sería el norte de toda la práctica comunista, de todos los proyectos comunistas.

La teoría comunista no sería otra cosa que la reflexión sobre esas prácticas, con la introducción intencionada y constante de cuantos conocimientos y métodos científicos hagan más transparente y reconocible el proyecto que sirve de guía.

**Capitalismo y socialismo arrancan de los procesos de trabajo en la forma que los encuentran.-**

Desde estas bases estudió Marx en su obra El Capital, el gran trabajo de organización llevado a cabo por la burguesía, con la intención de protagonizar y obtener los frutos, de ese espectacular vuelco en la producción material al que llamaron la revolución industrial.

Llamado así, “la revolución industrial”, se diría que la burguesía había realizado algo así como un invento, un hallazgo (el descubrimiento de un tesoro, por ejemplo), que había beneficiado a toda la sociedad.

Marx analiza el fenómeno. No resta ni un milímetro de mérito a la osadía y al empuje de la burguesía, promotora y directora de

todo el cambio, pero saca del fondo de todo este fenómeno, al actor principal, al obrero.

Y nos va relatando, Marx, en qué ha consistido, básicamente, la operación. Los burgueses (de burgo, ciudad) han ido introduciendo en la producción, los elementos materiales que han ido permitiendo el paso de los procesos individuales de trabajo de que se partía, hacia procesos de trabajo cada vez más socializados, más colectivos. Al principio socializan, ponen en común, la nave industrial en que se trabaja, su iluminación y limpieza, y progresivamente, según hemos visto, convierten todo el proceso de trabajo en un proceso colectivo, de trabajo en cooperación.

El paso de los procesos de trabajo individuales de los artesanos, a los procesos de trabajo colectivos de las empresas capitalistas, es en lo que ha consistido la labor directora de la burguesía en lo que llamamos el nacimiento y desarrollo del capitalismo.

El paso de los procesos de trabajo individuales de los campesinos, a los procesos de trabajo colectivo de las empresas rusas, es en lo que ha consistido la labor directora del partido en lo que llamamos el nacimiento y desarrollo del comunismo ruso. El sector de la producción industrial, poco extendido, por tener ya socializado (en forma capitalista) el proceso de trabajo, no hubo que modificar más que la dirección, pasando a desempeñarla también el partido comunista.

Y así, de esta forma que vemos, las dos veces que en la historia moderna europea, en el sector de la producción, se ha efectuado el tránsito de unos procesos de trabajo individuales a unos procesos colectivos, este tránsito ha sido protagonizado, en un caso por las organizaciones de los capitalistas, en otro por el partido comunista ruso.

El dato que nosotros retendremos es el siguiente. Siendo el actor principal de la producción el trabajador, puesto que la producción es el trabajo, en cuanto ha habido que organizarla colectivamente, esta labor de organización, de ordenación, ha acabado recayendo en alguien distinto del propio trabajador.

Algo tan cercano y tan propio de los trabajadores, como es el enlace y combinación de sus propias tareas, el ajuste de los ritmos y cadencias entre sus distintas funciones, la planificación y destino de sus actividades, así como la apropiación y reparto de los frutos colectivos, les ha sido arrebatado, vaciando de contenido su trabajo, y convirtiéndolos en “ajenos” a todo ello.

La teoría socialista-comunista arranca de esta situación, y apunta, por lo tanto, en la dirección opuesta. El control y la dirección que sobre su trabajo tienen el campesino y el artesano, ha de convertirse en un control y una dirección colectiva, de sus procesos colectivos de trabajo.

Nos ayudará en la comprensión del camino a seguir, el recorrer de nuevo los pasos que capitalistas y dirigentes rusos dieron en la “fallida” (para nosotros) colectivización.

Recordaremos que lo primero que hicieron los capitalistas fue poner bajo su dirección y control a un grupo de artesanos de distintos oficios para, al final del proceso de cada uno, unir sus resultados en un producto común (un coche de caballos, en el ejemplo que pusimos).

En el comienzo, por tanto, los trabajadores antes independientes, conservaban aún todo el control técnico sobre su actividad. Sin embargo, ya habían perdido lo que hoy llamaríamos la iniciativa. El producto final, el coche, ya no le era solicitado a él, que era carpintero, sino al capitalista que era el que fabricaba coches. La iniciativa de manufacturar coches, aunque fuesen elaborados solo por los trabajadores, ya no era de ellos, sino del capitalista. Habían perdido la posibilidad de haberse agrupado y fabricarlo y venderlo ellos. Sin embargo fue el capitalista el que se apropió esta tarea.

Esta fase del capitalismo, en su inicio, la habíamos citado antes, haciendo notar que se trataba de un camino recorrido, pero que aún se podía recorrer en sentido contrario, se podía deshacer. El carpintero seguía siendo carpintero, el herrero, herrero.

Estos primeros pasos en la colectivización, en la socialización de los trabajadores, bajo el control y dirección del capitalista, es una

primera fase que nos puede ayudar a entender mejor, la fase inicial de la colectivización, cuando voluntaria y libremente es decidida por los trabajadores. Decidida y dirigida por los trabajadores mismos.

Cuando el capitalista da sus primeros pasos, apenas hace otra cosa que poner la nave en que se trabaja, y facilitar las materias primas, porque en ese primer momento, hasta las herramientas son aún de los trabajadores, (las agujas del sastre, el palustre del albañil, la brocha del pintor). Es suficiente ésto para convertirse en propietario del producto y pagador del salario (que es la nota que caracteriza al capitalismo).

De forma paralela, cuando los trabajadores inician su asociación voluntaria para trabajar, apenas hacen otra cosa que adquirir ellos mismos los medios materiales necesarios para desarrollar su actividad. Pero ello es suficiente para apropiarse del fruto de su trabajo y decidir sobre su destino y reparto (que son ya las notas que caracterizarán al comunismo).

Es decir, tanto el capitalismo como el socialismo, cuando inician su recorrido histórico, lo hacen dentro de las condiciones en que el trabajo se realiza en ese momento. Es posteriormente, cuando someten todo el proceso técnico a las nuevas condiciones que interesen al nuevo “amo”.

Las modalidades, las formas, que ha ido adquiriendo la cooperación y las aplicaciones de la tecnología, ha sido las que han interesado al capitalista, y eso quiere decir que las formas de cooperación (de combinación entre las tareas de los trabajadores) y de aplicación de los principios de la ciencia (lo que llamamos la tecnología) que conocemos, son las formas capitalistas de esos dos motores de la productividad.

Sin embargo, el comunismo ruso, las copió en sus colectivizaciones, entendiendo, que se trataba de fórmulas ya ensayadas y aprobadas por el capitalismo en su búsqueda de la mayor productividad. De aquí se derivó que no tengamos una experiencia de desarrollo de la productividad dirigida por los propios trabajadores.

Todo ello viene a desembocar en que el comunismo (el ensayo de su camino), se ha de hacer, partiendo de las bases que ha establecido el capitalismo.

**La primera célula de la producción socialista.-**

Una cooperativa de producción (como forma comunista de trabajar) ha de arrancar su existencia, desde las condiciones creadas, mantenidas, y desarrolladas en toda la producción por el capitalismo. Como hizo el capitalismo, a su vez, arrancando de las condiciones medievales, entre las que se abrió paso.

Exigir demasiada pureza comunista hoy, a una cooperativa europea, sería como haber pedido verdadero funcionamiento típico capitalista a una empresa capitalista en el siglo XVII.

El capitalismo, el régimen del capital, funciona con su forma y ritmo propio, cuando se ha impuesto como dominante en toda la producción.

Para llegar a este punto, ha necesitado crear, mantener, conservar, las instituciones que le han permitido ir reproduciéndose. En este proceso de reproducción, no solo son precisas las instituciones que creen las condiciones necesarias, sino, al mismo tiempo, la lógica decadencia y pérdida de influencia de las viejas instituciones, correspondientes a otras formas de trabajo.

Este juego de correspondencia entre formas de trabajar e instituciones, hace que, cuando la forma de trabajar no sea una sola, haya, una dominante y otras dominadas. Por ejemplo, en estos momentos en nuestro país, podemos distinguir, la forma capitalista (colectiva por cuenta ajena), la forma de trabajo individual (por cuenta propia), y la forma socialista (colectiva por cuenta propia); en

que la forma dominante es la capitalista, y las formas dominadas, la de trabajo individual y la forma cooperativa.

Y, según vimos, en estos casos, las instituciones, como grandes paraguas, sirven de instrumento de reproducción a todas ellas, pero guardando siempre como interés principal, el de la forma dominante.

Esto, presentado así, podría hacer pensar en una cierta facilidad en la vida y desarrollo de las formas dominadas. Lo cierto es que esta aparente condescendencia de la forma dominante, tiene como base y fundamento el hecho mismo del dominio propio y el correspondiente sometimiento de la forma dominante. Esta es la forma de convivencia: el mantenimiento del dominio del capital.

Los campesinos y las cooperativas europeas en la actualidad, son un magnífico colchón donde los movimientos violentos del capital encuentran unos buenos amortiguadores. No estorbando, en absoluto, su reproducción, no está en su interés la desaparición de estas formas no capitalistas de producir, de tal manera que, en buena medida, el capital financia el mantenimiento de parte del campesinado, ya que su rápida desaparición plantearía problemas al conjunto que él domina (despoblación del campo, conservación del medio ambiente, amontonamiento en las ciudades, etc.)

Entre las dos formas dominadas, hay por lo tanto, una gran diferencia. El campesinado y el artesanado, formas de trabajo muy antiguas, solo pueden sobrevivir (o vivir espléndidamente, según los casos – piénsese en algunos joyeros, pintores, orfebres -), a la sombra de otra forma dominante, hoy día el capitalismo.

Sin embargo, la otra forma dominada, el cooperativismo, no tiene la enorme limitación que para la anterior representa su baja productividad. Por el contrario, la posibilidad de utilización a gran escala de las ventajas que proporcionan la cooperación y la aplicación masiva de los principios científicos a los procesos productivos, o en general, a los procesos de trabajo, hace del cooperativismo el rival más peligroso para el dominio del capital.

En principio, y según hemos considerado anteriormente, las instituciones que el capital utiliza actualmente para su reproducción, no representan un obstáculo importante, en el camino inicial de las formas de trabajo cooperativo, como se puede apreciar en la existencia de algunas empresas de este tipo, que en nada se diferencian, en cuanto a su reproducción a escala ampliada (crecimiento), o en cuanto a su diversificación de actividades y sectores (industrial, agrícola, educación, banca), de las empresas capitalistas presentes en los mismos sectores.

Es, no obstante, en el sector de la comercialización donde han adquirido un mayor desarrollo (tanto agrupando a compradores como a vendedores), llegando en algunos sectores de la misma a representar un papel muy importante en la reproducción del propio capital.

El trabajo en cooperación se concreta, toma cuerpo, en diversas formas. Hemos hablado de las cooperativas, pero también hay las sociedades laborales (anónimas, de responsabilidad limitada), y otras formas intermedias.

El nombre y las formas concretas tienen menos importancia que el esquema en el que se incluyen todas ellas: los medios de trabajo y el producto son propiedad de los mismos trabajadores.

Esa es la semilla del comunismo. De ahí nace, y esa es su enseña. Los trabajadores no tienen que romperse la cabeza para saber cuando están enfrente de un proceso de trabajo comunista: si es colectivo (más de un trabajador), y si, tanto los medios de trabajo, como el producto que se obtiene, les pertenece a los propios trabajadores.

Así, pero en sentido contrario, se identificaban los primeros procesos de trabajo capitalistas. Si eran colectivos, y tanto los medios de trabajo, como el producto eran propiedad del capitalista, y éste a cambio pagaba un salario a los trabajadores, estábamos ante un nuevo proceso de trabajo que hasta entonces no existía: el trabajo por cuenta de un capitalista.

Desde ese inicio, desde esa semilla, el proceso de trabajo capitalista ha necesitado revestirse de todas las condiciones que permitieran su mejor reproducción, su mejor desarrollo. O, lo que es decir lo mismo, se ha rodeado de las instituciones que mejor aseguran esa reproducción.

Apoyado en esas instituciones, el capital acaba dando forma a todo el entorno en que se mueve, es decir, acaba dando forma y nombre a la sociedad en que se desenvuelve. Acaba formando la sociedad capitalista.

Pues bien, lo que nos enseña esa experiencia es que, si ya tenemos el núcleo, la simiente comunista, el trabajo en cooperación; la tarea de los comunistas no puede ser otra que apoyar y montar todas las instituciones que creen y mantengan las condiciones en que mejor se desarrolle el trabajo en cooperación. El conjunto de los procesos productivos en cooperación y las instituciones que mejor lo desarrollen, lo reproduzcan, será lo que llamaremos la sociedad socialista, o de encaminamiento al comunismo.

Hemos de admitir que el camino seguido por la primera experiencia comunista, el comunismo ruso, no era éste. Los mencheviques, y el propio Lenin, en algún momento, – o al menos eso se desprendía de sus palabras –, en la medida en que partían de la realidad campesina – procesos de trabajo individuales –, eran partidarios de ese camino lento que consistía en acompañarlos en su progresivo agrupamiento y puesta en común de sus medios de trabajo, es decir, en convertir sus trabajos individuales en trabajos socialistas.

En lugar de ese camino de acompañamiento, de apoyo, propio de una institución como es el partido comunista, el partido mismo tomó la dirección del proceso de colectivización, sustituyendo en esa labor a los propios trabajadores, que quedaron apeados de esa función, y convertidos en simples ejecutores de las decisiones y el planeamiento de la dirección.

Esto produce el mismo empobrecimiento en la actividad del trabajador, que el que tuvo lugar, cuando el capitalista, al saltar de los procesos de trabajo individuales de los artesanos a los procesos

colectivos de la manufactura y la fábrica, se apodera, se hace cargo, de la iniciativa, de la coordinación, del control en la dirección, convirtiendo a los trabajadores en simples ejecutores, en obreros.

Y ésto lo hace, apoyándose en su condición de propietario de los medios de trabajo.

Porque es el dueño de los medios de trabajo, manda en los trabajadores y se convierte en dueño del producto del trabajo de éstos. Y eso es lo primero que hizo el partido comunista ruso, quitarles la propiedad a los campesinos.

Recordemos que ésta es la primera fase.

En la segunda fase, el capitalista y el partido bolchevique, se convierten en los directores técnicos de los nuevos procesos colectivos de trabajo. Las nuevas modalidades técnicas (las nuevas formas de enlace y combinación de las distintas tareas, la propia división, en tareas nuevas, de los antiguos oficios, la jerarquía – el escalonamiento, la escala – entre ellas, que se traduce en distinto mando y salario, así como la aplicación progresiva – poco a poco, pero continuamente – de los principios de las ciencias a la producción) en los procesos de trabajo pasan a depender exclusivamente de sus decisiones.

De tal manera ha sido ajeno el trabajador a la socialización de su trabajo, que ahora, una cooperativa que comienza, encuentra como modelos de trabajo colectivo, a los dos que acabamos de citar. Con la consecuencia lógica de que, excluido el modelo ruso (por razones que ya no hay que explicar), las categorías, conceptos, modelos, con los que organiza su trabajo, vienen copiados prácticamente de la empresa capitalista.

***Los primeros pasos del trabajo socialista. Sus rasgos esenciales***.-

La fase primera del socialismo consistiría básicamente en crear empresas en las que se den las dos características fundamentales que hacen que a una empresa le podemos dar el nombre de socialista: la propiedad de los medios de trabajo es de los trabajadores, y el producto que se obtiene les pertenece a ellos igualmente.

Recordemos que éste fue también el camino que siguió el capital en el primer tramo de su camino.

Tener esta experiencia anterior del capitalismo, tiene una ventaja. Y tiene también un inconveniente. La ventaja consiste en saber ya, en ir ya preparado, a sabiendas de que, quien dispone de los medios de trabajo y del producto, tarde o temprano, acaba dando forma a la mejor manera de ir organizando la reproducción. Lo que hicieron los capitalistas.

La ordenación técnica de los procesos de trabajo se irá adecuando al interés, a la conveniencia de los propios trabajadores, que son al mismo tiempo los propietarios. Esto les irá dando la seguridad de que serán ellos los que irán dando aliento a las novedades e iniciativas que en este terreno irán marcando un camino aún desconocido. Ellos serán los guías de esta nueva producción, y lo que será la nueva reproducción.

Y tendrán, además, la seguridad de que esto será así, mientras conserven la propiedad de sus medios de trabajo.

El inconveniente (dijimos que había una ventaja y un inconveniente) es que, la otra forma de trabajar, en medio de la cual se inicia el trabajo socialista, tiene ya ordenada y en pleno funcionamiento su propia organización del trabajo. Y el peligro, la tentación en la cual normalmente se cae, es copiar estas formas, aunque correspondan a otro sistema, a otro norte en la ordenación del trabajo. La mayor atracción de estas formas capitalistas es el hecho de tratarse de algo ya asentado por el tiempo y la experiencia.

No olvidemos que el capitalismo actual, en el seno del cual se inician las experiencias del trabajo socialista, está ya en su segunda etapa, en la que ha asentado ya su dirección y dominio técnico sobre la ordenación del trabajo, así como el dominio social que representa haber creado y moldeado las instituciones en que apoya su proceso de reproducción.

El trabajo en forma cooperativa se encuentra, sin embargo, en su primera fase, en la que no se diferencia de las otras dos formas (trabajo capitalista y trabajo individual) más que en sus características esenciales ( es colectivo y los trabajadores son al mismo tiempo propietarios de los medios de trabajo y del producto); en todo lo demás (formas de organización e instituciones que ayuden su reproducción), ha de servirse de los elementos y formas que ya vienen utilizando las otras dos, hasta tanto elabora los suyos propios.

La elaboración de las propias formas de organización y de las instituciones propias, por parte del trabajo cooperativo, tiene también un espejo en que mirarse: la forma en que lo hizo el capitalismo.

En primer lugar, introduciendo su forma de trabajo en la mayor cantidad posible de centros de producción, en todos los sectores, y territorios, y países.

En segundo lugar, el propio peso de la producción cooperativa, va imponiendo la presencia institucional (de instituciones) adecuado a la reproducción de esta forma de trabajo.

Entre tanto se dispone de instituciones propias, se utilizan las correspondientes a las otras dos formas de producir, y esto produce un efecto de difuminación, de desdibujamiento, de semiocultación del fenómeno del trabajo cooperativo, dificultando su identificación, y obstaculizando, por lo tanto, su progreso y desarrollo.

Es por tanto, una forma de falsear la realidad, y se hace con frecuencia, el comparar, hoy, las dos formas de producir más importantes, capitalista y cooperativa, poniendo una junto a la otra, sin tener en cuenta su distinta madurez, experiencia, volumen, y sobre todo, su apoyo institucional.

La forma socialista o cooperativa de trabajar, hay que apreciarla en su situación concreta. Teniendo en cuenta su cortísima experiencia, y sin embargo su enorme potencia.

Las nuevas empresas de que hablamos, que se distinguen por ser al mismo tiempo los trabajadores propietarios de sus condiciones de trabajo, toman la forma de cooperativas o de sociedades laborales.

Su número, en nuestro país al día de hoy, es de alrededor de 40.000, de las que dos terceras partes son cooperativas y el resto de sociedades laborales. Los trabajadores empleados en ellas estarán alrededor de los 450.000.

El valor de su producción representa alrededor de un 3% sobre el total nacional.

La gran mayoría (más del 80%) tienen plantillas que no pasan de los 10 trabajadores; aunque alguna de ellas, como ANECOOP, cooperativa – realmente un grupo de 110 cooperativas – de comercialización de productos horto - frutícolas, tiene una plantilla de 450 trabajadores, y Mondragón Corporación Cooperativa – noventa cooperativas - , tiene en plantilla cerca de 54.000 trabajadores.

Su trabajo lo realizan en todos los sectores, prácticamente; tanto en la industria, como en la agricultura, la construcción, la sanidad, la comercialización, la enseñanza, etc.

Debemos hacer notar, que este tipo de trabajo, como el del campesino, y el artesano, no responden al modelo del trabajo capitalista, y sin embargo, como hemos dicho antes, deben desenvolverse junto a éste, utilizando, y apoyándose, en las instituciones que tienen como guía las exigencias de la reproducción del capital.

En primer lugar, han de concurrir al mismo mercado, y competir con los productos de las empresas capitalistas. Con lo que ello representa: los mismos costes de las materias primas,

maquinaria, energía, instalaciones, personal. Es decir, las condiciones materiales vienen ya adaptadas a las necesidades de las empresas capitalistas, y sin embargo, con ellas se han de componer un tipo de producción distinta.

En segundo lugar, y esto es tan importante como lo primero, el conjunto de instituciones que se han de utilizar para reproducir la forma de trabajo socialista, no responde a este modelo, sino que se ha de recurrir a las creadas y adoptadas a la forma de producción capitalista.

Ni una cosa ni la otra son inconvenientes graves para la reproducción de la empresa socialista. Ello no obstante, es un dato a tener siempre en cuenta a la hora de enjuiciar a este tipo de empresas. No están en su propio terreno; están en corral ajeno. Por lo tanto, su comportamiento es un poco travestido. En un mundo de lobos, como es la economía capitalista, han de aparecer revestidas con una piel de lobo.

Es frecuente oír opiniones sobre estas empresas en el sentido de que “al fin y al cabo son empresas como las demás, solo les interesa el dinero”. En buena medida esto es debido a su apariencia, a las “formas” que ha de adoptar para presentarse ante las instituciones como una empresa más. Estas instituciones solo la reconocerán si se “parece”, si toma las mismas formas, que las empresas capitalistas.

Lo importante, sin embargo, es que su constitución, su guía, su norte es otro, distinto del de la empresa capitalista, y en la medida en que su número e importancia lo exija, irán creándose las instituciones correspondientes a las necesidades de su reproducción. Y, al mismo tiempo que se vayan formando las redes de instituciones que facilitan su reproducción, se podrán ir creando más empresas de este tipo.

A medida que comiencen a desarrollarse en un terreno apropiado, es decir, rodeadas de instituciones propias, los signos que las distingues como empresas socialistas podrán ser más visibles de forma progresiva.

Cuando así sea, comenzará a hacerse visible el desasosiego y el malestar de una sociedad como la capitalista que, hasta la presente, no ha medido el grado de atracción que esta forma de trabajar puede tener en los trabajadores. Limitándose, de momento, a valorarla como una forma de creación de empleo, en determinados sectores y determinadas condiciones, a los que el capital no tiene interés en acudir.

Dicen los biólogos que en el huevo están ya todas las características del pollo que luego nos comeremos.

Eso ocurre con una empresa capitalista o con una empresa cooperativa. Su desarrollo o reproducción acabará dándonos una sociedad capitalista o una sociedad socialista.

En la ordenación y funcionamiento de una empresa capitalista (mando y ganancia para el empresario, obediencia y trabajo para el obrero), están ya todas las características esenciales de las instituciones y demás elementos de una sociedad capitalista.

La cooperativa, por su parte, sería el “huevo” de la sociedad socialista. Su organización y funcionamiento será el modelo que inspirará todas las instituciones que se crearán para su desarrollo y reproducción.

La diferencia está en que, la empresa capitalista ha vivido su reproducción, montando o adaptando las instituciones que los capitalistas han entendido que mejor se adaptaban a esta función de reproducción, desenvolviéndose hoy la empresa en un medio absolutamente adaptado a sus necesidades, como es la sociedad capitalista.

La sociedad socialista, la experiencia de sociedad socialista que conocemos, el ensayo de los comunistas rusos, no partió, como el capitalismo, de un tipo de empresa, cuya reproducción desembocaba en un tipo de instituciones y en un tipo de sociedad.

La empresa socialista rusa fue, siguiendo un camino inverso, creada, montada por las instituciones, sin que, naturalmente, la propia empresa pudiera montar las instituciones adecuadas para su reproducción.

El dueño y director de las empresas socialistas rusas, el partido comunista, que, como propietario, dejó de ejercer de institución, hubo de asegurar, a su vez la reproducción de estas empresas, desembocando así en un modelo cerrado, en el que el dueño de los medios de producción y los trabajadores acabaron perdiendo sus papeles, sus funciones, y el modelo de empresa quedó completamente desdibujado, y con ello comprometida su reproducción.

Efectivamente, en la experiencia comunista rusa, nunca existió un “huevo”, un pequeño espacio ordenado, en el seno del cual los trabajadores hiciesen de dueños de sus medios de trabajo, de directores de su actividad, y de dueños del producto obtenido. Este pequeño espacio de trabajo socialista hubiese necesitado, para su reproducción, unas instituciones con unas características adecuadas, adaptadas, al tipo de trabajo que había que reproducir.

El orden que se siguió, sin embargo, fue otro, según hemos visto. En el sector industrial, el modelo encontrado fue la empresa capitalista, y con leves retoques fue el que se reprodujo.

En el sector agrícola, el modelo existente fue el del campesinado, y ante él, el partido comunista dudó al principio, para más tarde acabar imitando asimismo al modelo capitalista: medios de trabajo, dirección técnica del mismo y producto obtenido, en manos distintas de las del trabajador.

Nació así una ordenación del trabajo, que aunque no fuese exactamente capitalista, tenía sus rasgos esenciales muy parecidos. Y las instituciones para reproducirla, acabaron, asimismo pareciéndose a las de la sociedad capitalista; si bien, con un grado de elasticidad muy inferior a éstas.

Quiere esto decir que aún es el día, que el socialismo, que el comunismo, no ha reconocido en la práctica, en la realidad social, la simiente, el huevo, al que hay que desarrollar, reproducir, como centro ordenador de toda la producción, y por lo tanto, y a través de sus instituciones, de toda la sociedad; formando la sociedad socialista.

Y sin embargo, la teoría, de la que vienen sirviéndose como guía, se lo venía señalando. Tanto Marx, como Engels (este último con insistencia) concluían sus análisis indicando que la producción debía estar en manos de los trabajadores voluntariamente asociados. Para ser más precisos, decían "productores" voluntariamente asociados, es decir, trabajadores dueños de sus medios de trabajo, voluntariamente asociados.

Y eso es una cooperativa; y eso es una sociedad laboral, de las que existen en nuestras sociedades europeas actuales.

**Un acercamiento al Marx "socialista".-**

Lo cierto es que se produce un desenfoque teórico. El gran esfuerzo intelectual de Marx, desentrañando la mecánica con la que los capitalistas organizan el trabajo, es correspondido por los socialistas, sus seguidores, con un anticapitalismo, que pone su meta en la destrucción de este sistema.

Esto no quiere decir que la lectura de Marx no inspire estas consecuencias. Ciertamente Marx ve la destrucción del capitalismo como el paso necesario hacia la consecución del comunismo, haciendo creer que la secuencia se producirá así: destrucción del capitalismo, llegada del socialismo. En muy buena medida así lo pensaban los dirigentes del partido comunista ruso.

Es una manera de estudiar a Marx. Hay, sin embargo, otras direcciones en el estudio de su obra. Otras direcciones, no contrarias a la que acabamos de aludir, ni mucho menos contrapuestas a ella, sino como una suma, como un sentido más a añadir al anterior.

En el Capital, Marx hace una disección, un corte en el cuerpo de la producción capitalista, y nos enseña las tripas; las tripas, los

huesos, los músculos, los nervios. Los describe con detalle. Los describe quietos, en reposo, y en movimiento. De manera que se pueda apreciar su agrupamiento por funciones (aparato digestivo, esqueleto, aparato motor), y su funcionamiento como conjunto global.

El trabajador, los medios de trabajo y las relaciones entre estos dos elementos, son el eje central de este estudio.

El argumento de toda la obra es, la forma en que el capitalista se introduce en esta relación, da a la misma las modalidades que mejor sirven a su interés, y convierte a éste (a su interés) en el norte de toda la actividad del trabajador.

En la detallada explicación de toda la trama, el lector, quien estudia esta obra, puede ir anotando dos tipos de consideraciones.

Una sería: todo este delicado montaje que han realizado los capitalistas con el trabajo de los obreros, no tiene otra finalidad que enriquecerse ellos. Para ello han desprovisto al trabajador de todo, sus, medios de trabajo, la iniciativa y la creatividad, apropiándose de la dirección técnica y el mando en el trabajo, dejando al trabajador convertido en un ejecutor de sus órdenes. Y además, apropiándose del producto. Este sistema hay que destruirlo. Las organizaciones obreras, es lógico que tengan como meta principal la destrucción del mismo. Los estudios de Marx y sus continuadores han servido de gran ayuda para comprender hasta qué punto es preciso luchar contra el capitalismo para hacerlo desaparecer.

Otra consideración, otro enfoque de la obra de Marx, sería: el centro de atención de esta obra, el Capital, es el trabajo, o sea, el trabajador. Y el ángulo desde el cual lo contempla es el de las relaciones que establece a través, o como consecuencia, de su actividad, del trabajo. Y distingue, principalmente, dos tipos de condiciones que influyen en ello. De un lado, las condiciones técnicas, es decir, el grado de desarrollo del instrumento que utiliza en su trabajo, y eso influye directamente en su productividad, así como en el hecho de que se pueda (sea técnicamente posible) trabajar individualmente, o sea necesario hacerlo en forma colectiva.

Por otro lado, las condiciones llamadas sociales, es decir, si el trabajador es dueño, o no, de los medios de trabajo y del producto.

Se nos ofrecen así las herramientas intelectuales, la teoría, que permite penetrar en el conocimiento de la organización del trabajo que hace el capitalismo. Pero, al mismo tiempo que descubre, y va describiendo, las transformaciones que convierten al propietario en empresario, a los medios de trabajo en capital, al trabajador en obrero, y a las relaciones de todos ellos, en el funcionamiento del capital. Al mismo tiempo, está dejando en claro otra vía, es decir, cómo combinar los elementos descritos, de forma que las relaciones que se establezcan entre ellos no sean capitalistas. Y todo ello, con el rigor que caracteriza a nuestro autor

Seguramente, el principal aporte de esta obra, el principal hallazgo intelectual de quien la estudia, consiste en que describe los elementos y relaciones citados, en su nacimiento y su desarrollo. Es decir, los hace históricos, propios de un lugar y de una época (eso quiere decir históricos), o sea, lo contrario de naturales y eternos.

Los individuos, dice, no nacen obreros. Los obreros hay que fabricarlos. Y, efectivamente, nos describe las condiciones técnicas en que es posible que aparezca la figura del obrero: herramientas, máquinas, que solo las puede poner en funcionamiento un trabajador colectivo, que utiliza las formas más complejas de la cooperación. Y, asimismo, nos describe las condiciones sociales : que los trabajadores no dispongan de esos medios, ni de medios de consumo para poder reproducirse.

Esas condiciones, efectivamente, son históricas, se han dado en un lugar y en un tiempo (Europa y los siglos XVI a nuestros días). Y en un lugar y un tiempo pueden empezar a transformarse, o desaparecer, o pueden no aparecer.

Eso hace que el capitalismo aparezca como una modalidad más de las formas en que, de hecho, a lo largo de la historia se ha ordenado la producción. Esa no era la opinión general en los tiempos de Marx. Ni en los tiempos de Marx, ni ahora, en que hasta los socialdemócratas la dan como la más aceptable.

Esta visión histórica del capitalismo, a través del estudio de sus elementos y de las relaciones entre ellos, permite hacer mucho más permeable una realidad que se presenta a sí misma como sólida y acabada.

Y esto, en un doble sentido; teórico y práctico.

Empezaremos por la práctica. La práctica es el suelo sobre el que anda la teoría, de forma que cuando va evolucionando, cambiando, enseguida va abriendo grietas en la teoría.

Un ejemplo. Una de las condiciones, hemos visto, para que comience a montarse y a funcionar el sistema del capital, es la existencia de una acumulación de medios de trabajo, o de dinero para adquirirlos, de una parte, y de otra, la existencia de trabajadores que no disponen de esos medios.

Eso ocurrió cuando la productividad del trabajo era muy baja, y los salarios, en consecuencia, también eran muy bajos; de forma que apenas permitían la reproducción física del trabajador (no morirse de hambre, y poder criar a sus hijos, sus sustitutos mañana). Hoy, en Europa, la productividad ha crecido en forma espectacular, y ello permite pagar salarios altos, de tal forma que determinadas categorías de obreros, pueden ahorrar.. Y con los ahorros de un grupo de ellos, pueden adquirir los medios materiales de trabajo que les permitan montar una empresa cooperativa, donde propietarios y trabajadores puedan ser ellos mismos. Esto quiere decir, que las condiciones materiales han cambiado (concretamente la productividad del trabajo), y al cambiar éstas, abren la posibilidad a otra forma de relacionarse al trabajador con sus medios de trabajo. Si antes lo hacía teniendo como intermediario al propietario de los mismos, que era el empresario; ahora, ya puede prescindir de éste, y relacionarse con los medios de trabajo directamente. Y esto, en procesos de trabajo colectivos, que en los individuales ya lo podía hacer cuando era artesano.

La práctica, la experiencia, en su caminar semiciego, va abriendo lentamente vías que antes no existían. Y éstos cambios lentos, que casi no se perciben, dan pié a la teoría para hacer un

repaso de sus posiciones, así como de su herramental, no sea que se hayan quedado atrasados.

Marx suministró suficientes elementos teóricos como para, con su análisis del capitalismo, permitir concebir otros modelos de procesos de trabajo, y por tanto otros modelos de sociedad; considerando al modelo capitalista como la plataforma desde la cual se podría acceder al socialismo.

Estos elementos teóricos fueron recogidos por el movimiento obrero socialista y comunista, convirtiéndolo en parte de su teoría, en parte su pensamiento, en parte de sus ideales.

Como hemos visto anteriormente, a todo este conjunto de aportaciones se les ha venido llamando el marxism

El marxismo, por lo tanto, significaba, tanto una teoría, como un proyecto. Como ambas cosas se le utilizó. Y por eso se ha podido decir de él que es una pura falsedad, o que ha sido un fracaso. Lo de la falsedad vendría referido al aspecto teórico del marxismo, y el fracaso, a su aspecto de proyecto o programa para el futuro.

Las aportaciones que cualquier estudioso hace a la teoría del campo al que dedica su actividad, son recogidas por los demás estudiosos, en la medida en que les resultan valiosas y utilizables en la comprensión del objeto de que se trata.

Marx ha ayudado a avanzar teóricamente en la comprensión de la sociedad que vivimos, y muy particularmente en el papel del trabajo productivo en el seno de la misma.

Colocando en el centro de su investigación el trabajo humano, ha suministrado los elementos teóricos que permiten entender las formas concretas con que se nos presenta en la vida diaria, así como las palancas sociales con las que se crean y se manejan estos tipos concretos de trabajo.

Esta parte teórica de sus estudios nos parece muy útil para orientar la navegación del movimiento obrero. Y en cuanto a sus proyectos y “profecías”, no dejan de ser eso, proyectos y profecías.

Esta doble consideración del marxismo, como teoría y como proyecto, lo hace poco apropiado en algunas de sus utilizaciones habladas o escritas. Por ejemplo, cuando se dice de un Estado, o de un Gobierno, que es marxista, no es fácil entender a qué hace referencia esa característica. Sería propio aplicar lo de marxista a una forma de estudiar la sociedad y su funcionamiento; y, sin embargo, dejar para referirse a unas metas, a unos objetivos, la palabra socialista o comunista.

Así, se podría decir de un partido político, que propone como objetivo alcanzar una sociedad comunista, utilizando en su visión de la sociedad unos análisis de tipo marxista.

Lo que parece, en definitiva, poco esclarecedor, es aplicar a los resultados de la acción de un partido el adjetivo de marxista, aunque este partido, en la forma de enfocar su actuación, obedezca a una visión marxista.

De esta forma, podríamos decir que Lenin era marxista, como el resto de los dirigentes del partido bolchevique, pero no parece muy apropiado llamar marxistas al tipo de granjas colectivas que montaron, porque Marx estudió lo que estudió y mantuvo determinados conceptos para actuar sobre la realidad, pero él no montó ninguna granja, ni dijo cómo debían montarse.

Cada fracaso de la teoría capitalista, de la teoría liberal, es un fracaso de su aplicación, ya que otras muchas aplicaciones han sido un éxito. Las teorías, el conocimiento ordenado de las cosas y de sus movimientos, se elaboran a partir de la práctica y de la observación y reflexión sobre esa práctica. Los fracasos y los éxitos, lo que llamamos fracasos y éxitos, no son más que la propia práctica. La teoría, con esa práctica (fracasos y éxitos), va avanzando. El conocimiento, con la práctica, perfecciona sus instrumentos y nos ayuda a tener una visión de la realidad que nos permite actuar sobre ella con mayor precisión.

Todo esto, viene a cuento de la utilización que se hace de todos los términos de los que estamos tratando. Se dice que el comunismo ha fracasado, que el marxismo ha resultado falso, por ejemplo.

Sería más exacto decir que, el llamado comunismo ruso, dirigido por un partido político de inspiración y formación marxista, después de una experiencia de más de 70 años, no ha sido reconocido como obra propia por los mismos obreros rusos.

Es un fracaso del partido comunista ruso. Es el fracaso de un partido de formación marxista.

Ni el concepto de valor y plusvalor han dejado de ser útiles para la mejor comprensión de nuestra sociedad, ni el proyecto de una sociedad formada por productores libremente asociados han dejado de poder convertirse en un modelo atractivo para los trabajadores.

Cada cosa en su sitio. El marxismo, o sea, los estudios que Marx inició, con vocación de aplicar los principios científicos a la comprensión y conocimiento de la sociedad, es un instrumento válido como guía para la acción de una organización de trabajadores. Y el proyecto de una sociedad centrada en el trabajo en común de todos sus miembros, una sociedad comunista, sigue siendo una meta alcanzable. Los fracasos y los éxitos serán las señales en el largo camino; de ninguna manera los frenos en el caminar

Los estudios de Marx, lo que llamamos el marxismo permitió, abrió la vía para, que el movimiento obrero pudiera penetrar en los más íntimos secretos del poder.

Las apariencias dicen que un obrero, un pobre obrero, tiene muy difícil, extraordinariamente difícil, entrar en las cámaras blindadas dónde se forja el poder, el dinero, la sabiduría, el mando.

El marxismo, en lo que tiene de intención científica, de seguir el camino del conocimiento científico, se fija como meta tomar la realidad como se presenta, es decir, en su apariencia, y enseguida

empezar a escarbar, a investigar qué hay detrás de las apariencias. Si la realidad social, más concretamente, se presenta en forma de sujetos enmascarados, la ciencia, el método científico, nos invitará, primeramente a percibir que efectivamente van enmascarados, para pasar seguidamente a descubrir quién era el verdadero personaje que teníamos enfrente.

El escenario escogido por el marxismo es el del trabajo, el de la producción. La elección del escenario ya ha supuesto una labor de tipo científico, de desenmascaramiento. Las apariencias, lo hemos visto en otro punto anterior, no apuntan en este sentido; más bien, indican que el centro de gravedad de nuestras sociedades estaría en los centros financieros, en los centros políticos, en la influencia de las grandes religiones, en el sentido ético que hay en el interior del hombre, en la racionalidad humana, como principios ordenadores.

Un estudio histórico de las sociedades que nos han precedido, nos permite colocar, por delante de todos estos adornos que hemos citado, la producción material. Esta siempre está en la base de la propia existencia de la sociedad estudiada y, como es natural, de su reproducción. Es la condición misma de su existencia. Sin tribunales, sin escuelas, sin ejército, sin religión, sin dinero, sin gobierno, han existido sociedades; sin producción material no cabe ni pensar en ellas.

Y ya hemos visto cómo las exigencias de la reproducción acaban rodeando a la producción de los apoyos que la hacen posible. De este modo no queda ninguna duda sobre cual es el centro ordenador de cualquier sociedad, y cuáles los centros de segundo orden que siguen las exigencias e indicaciones del primero.

El marxismo, como teoría, resalta esta ley general en el movimiento de las sociedades: la producción marca el paso a todas las instituciones que la rodean. Y de esta forma, rompe las apariencias de que la religión, la política, las ideas, o la fuerza (militar) sea quien marca la dirección en una sociedad.

Decir la producción, es decir el trabajo. Y es decir el trabajo vulgar, el trabajo feo, no el trabajo artístico, creativo.

En esta teoría, el obrero se sitúa en el corazón de la sociedad, en el lugar donde se producen los impulsos que la alimentan y la mueven. En el mismo sitio sitúa a los siervos en la sociedad medieval, y a los esclavos en la sociedad que la precedió.

El estudio de estas sociedades nos pone en evidencia, cuáles son los medios a través de los que los trabajadores, siendo los protagonistas de la producción, no tienen papel alguno en la ordenación de la sociedad, ni siquiera en la ordenación de la producción.

Marx se centra básicamente en la sociedad capitalista para hacer sus análisis.

En la producción capitalista, los obreros son, efectivamente, sus protagonistas, en el sentido de que son quienes trabajan, quienes empujan, pero no son quienes la dirigen.

La dirección de la producción la ejercen los capitalistas, y la razón para ello es que son los propietarios de las condiciones materiales de la misma, sin las cuales el trabajo no es posible.

La propiedad de los medios de trabajo convierte a los capitalistas, de una parte en propietarios del producto obtenido, y de otro, en directores técnicos del proceso de trabajo.

El trabajador queda así, desprovisto del fruto de su trabajo, y ajeno a la finalidad y dirección técnica del proceso en el que participa.

Estas dos últimas condiciones son el marco en el que se ofrece contratar al trabajador. Este marco es intocable, y lo que se ofrece discutir para contratar, o no, es básicamente, el salario que se cobrará y la jornada, las horas que se trabajará. Una cosa y otra, deberán permitir al capitalista obtener una ganancia que girará alrededor de la ganancia media de todos los capitales.

Así es como se presenta la producción en el análisis de Marx, y de estos análisis se desprenden una serie de consecuencias teóricas que pasamos a considerar.

**Las reflexiones marcianas: un primer desbroce teórico.-**

La consecuencia más gruesa sería, seguramente, la posibilidad de que el trabajo se realice en otro cuadro de relaciones. Por ejemplo, que el propietario de los medios de trabajo sea el propio trabajador. Con lo cual reconquistaría la propiedad del fruto de su trabajo, y la dirección técnica del mismo.

Este cambio, en nuestros años de comienzos del siglo XXI es posible, y la práctica de las cooperativas de producción lo confirma. Existen y funcionan.

Sin embargo, los problemas que plantea esta perspectiva, desde la teoría y desde la práctica, son muy importantes.

Desde la teoría, nos toparemos con todos los apoyos intelectuales que las instituciones prestan al tipo de producción (al tipo de trabajo a quien sirven, y de quien reciben el sustento) basada en el capital; y desde la práctica se habrá de pasar por todo tipo de medidas, modelos y controles ajustados a ese tipo de trabajo por cuenta ajena.

Sin embargo, la labor de busca en medio de apariencias que se presentan como indiscutibles y basadas en unos principios que se pretende que son naturales, es decir, basados en la naturaleza misma, abrirán perspectivas teóricas que pueden dar pié a prácticas distintas.

En principio, el hecho de que una fábrica de pienso para animales, por ejemplo, pertenezca a sus propios trabajadores, significa que se ha dado el primer y más importante paso, en el camino del socialismo: ha desaparecido el empresario.

Es el comienzo, la puesta de la primera piedra en el edificio, en la construcción, del capitalismo, en un caso, y del socialismo, en el otro.

Ahora recordamos cuales fueron los siguientes pasos en la construcción del capitalismo. Simplemente recordarlos.

Apoyándose en el hecho de ser el propietario de los medios de trabajo y, por tanto, del producto que se obtenga, el empresario se hace con la dirección y coordinación de los procesos de trabajo que realizan los trabajadores que, asimismo, él ha contratado.

Buscando obtener una ganancia (es lo único que él pretende con esta operación), combina las tareas (cooperación) en la forma más rentable para él, aplica los principios científicos (tecnología) más apropiados, aprovechando las nuevas formas de energía (electricidad, petróleo y derivados, vapor de agua, etc).

Toda esta operación material le reporta, haber creado, montado, un aparato productivo, un nuevo aparato productivo, perfectamente adaptado a la finalidad buscada: obtener una ganancia con el trabajo ajeno.

Con la sencilla ordenación del trabajo artesanal puesto a sus órdenes (la manufactura), ya comenzó recolectando buenas ganancias, pero lo de ahora, el enorme aparato productivo capitalista, es la cima de la organización productiva puesta al servicio, especialmente, de la producción de ganancia.

Es, en una palabra, la ordenación del trabajo de los obreros, con la exclusiva intención de sacar de él la mayor ganancia posible.

Al capital le ha costado siglo y medio montar un aparato de sacar ganancia del trabajo ajeno.

Una cooperativa, comienza negando la mayor, pegando donde más duele: secando la fuente de la ganancia.

Sin embargo, se encuentra donde se encontraron los primeros empresarios ingleses, con todo el aparato por inventar y montar. El aparato productivo propio del trabajo en cooperación, está por

inventar y montar. Lo primero (inventar) exige un trabajo teórico y lo segundo (montar), una larga práctica

En el aspecto teórico del camino a recorrer, siempre serán una buena compañía las reflexiones que Marx hace ante el proceso que comentamos: la construcción del aparato productivo capitalista.

Siempre podrá servir de inspiración en el proceso de construcción del aparato de producción socialista.

El primer punto de reflexión podría venir señalado por el primer escalón que sube el empresario para llegar a la cima de todo el sistema.

Es el primer paso, tanto en la teoría, como en la práctica, de lo que hoy llamamos el sistema capitalista.

Se trata de la intervención directa en el proceso de trabajo, por parte de una persona ajena al mismo. En el pasado inmediato, el "amo" (nobles o Iglesia) recogen de las manos de los trabajadores (siervos-campesinos o artesanos-) el fruto del trabajo de éstos. Ahora no es así. El empresario se mete dentro del proceso de trabajo, y comienza a ordenarlo a su manera e interés.

A lo largo de toda la Edad Media, los siervos han trabajado siguiendo las tradiciones y conocimientos de sus mayores. Los "amos"no intervenían para nada en estos procesos de trabajo. La sabiduría, los conocimientos de los "amos", no tenían relación alguna con los procesos de trabajo de sus siervos.

Esto es lo que comienza a cambiar, cuando los primeros propietarios empiezan a convertirse en empresarios. Comienzan a aplicar a los procesos de trabajo que se desarrollan en "su" empresa, no solo sus propios conocimientos e iniciativas, sino que contratan a su servicio a personas especializadas en estos menesteres (lo que hoy llamaríamos técnicos, administrativos, gerente).

Ya hemos visto cómo, a través de tres palancas, principalmente, dan un vuelco enorme a la organización del trabajo ajeno. La descomposición de los trabajos en las tareas más simples, para agrupar y combinarlas en formas encaminadas a obtener el máximo rendimiento del conjunto (cooperación compleja); la aplicación de los principios científicos (tecnología) que, asimismo, resultase más productiva (sobre todo aplicaciones físicas y químicas); y el aprovechamiento de fuerzas energéticas superiores en gran proporción al simple esfuerzo humano.

La prestación del trabajo queda extraordinariamente modificada, respondiendo dicha modificación a criterios, a pareceres e intereses, ajenos a los trabajadores.

En el día de hoy, cuando se monta una empresa cooperativa, en el sector-habíamos dicho- de los piensos compuestos, la organización del trabajo y la tecnología aplicada (principalmente, las máquinas que se utilizan y la energía que las mueve), son idénticas a las que se emplean en una empresa capitalista del mismo ramo. De tal forma que la única diferencia seria, que no hay empresario. Y, sin embargo, toda la organización del trabajo que montamos, ha sido elaborada de esta determinada manera y no de otra, precisamente porque así le interesaba al empresario dueño de la misma.

Se ha de ser consciente, por tanto, que tratándose de una empresa socialista, que no tiene empresario, se está organizando un modelo de producción, un modelo de ordenación del trabajo, prestado por el capitalismo.

Con la cooperativa, tenemos una empresa socialista que organiza el trabajo como si fuera capitalista.

Este problema, teórico y práctico, tiene una salida, una solución, falsa; una solución para salir del paso.

Consiste en plantearlo de la siguiente manera: como lo más importante es que, al ser nuestros los medios de trabajo, también lo son sus frutos, los trabajadores no tenemos que preocuparnos de nada más; ya no nos explotan.

Se trata de una solución falsa, en el sentido de que, cuando se abre un camino largo, cuyo final se adivina a lo lejos, no hay por qué pararse en el primer tramo y dejar ya de avanzar.

Apropiarse (ser dueños) de los medios de trabajo por parte de los mismos trabajadores y, por tanto, de los frutos del mismo, es, como en el caso del capitalista, el primer paso, el trampolín, para avanzar hacia el paso siguiente (que él dio en su día): la organización técnica del proceso de trabajo.

Los capitalistas no dieron este paso en un tiempo breve; tampoco es previsible que los socialistas lo hagan.

Los capitalistas destriparon los procesos de trabajo, descomponiéndolos en las fases mas sencillas, de manera que se pudieran encargar el trabajador menos preparado y, por tanto de salario más bajo, llegando así a emplear a niños de 8 y diez años. La única finalidad de trasformar así las tareas concretas que realiza cada trabajador, no tiene nada que ver ni con las características de éste, ni con su interés; ni con las características de todos los trabajadores de la empresa, tomados en su conjunto, ni con el interés de los mismos. El camino elegido no tenía otra finalidad que procurar la mayor ganancia al empresario.

Este, el empresario, y sus asesores, conocen la división de tareas que se hace, así como la necesaria coordinación de las mismas para que todas se dirijan a un fin común. Todo esto, sin embargo, lo desconocen los trabajadores.

Las tareas de coordinación las conoce y dirige el empresario, que las desempeña personalmente o a través de sus encargados. Estos últimos, por realizar tareas de coordinación, han de tener unos conocimientos superiores al del simple ejecutor de una tarea limitada; y al mismo tiempo, por actuar con mando delegado del empresario, tiene una mayor responsabilidad. Por todo ello, tiene lo que se llama mayor jerarquía (está más alto que los obreros), y por tanto mayor salario.

Cuando comienza la utilización de la maquinaria, ocurre otro tanto igual. La decisión de su adquisición solo pertenece al

empresario, y, sean cuales sean las consecuencias de su uso sobre la organización del trabajo, los trabajadores no tienen ninguna intervención en ello.

Sobre el uso de la maquinaria, el trabajador no ha de adquirir más conocimiento que el imprescindible para que cada máquina funcione, aunque no conozca su montaje interior ni la concatenación (los enlaces) de sus movimientos. Si se avería, se llama a un mecánico (que, a su vez, conoce esta máquina, pero no tiene el conocimiento de su relación con el conjunto de la demás maquinaria).

De esta forma, solo el empresario y su pequeño equipo de colaboradores, tiene el conocimiento suficiente para poner en funcionamiento la empresa.

**Un inconveniente teórico y práctico: el hecho de no partir de cero.-**

Esta “separación” del trabajador respecto al conocimiento técnico del conjunto productivo (empresa) en que trabaja, va unida a la que se refiere a las relaciones exteriores del mismo. El trabajador desconoce cómo se seleccionan y mantienen los proveedores de la misma (de la empresa).

Este proceso de “separación” del trabajador respecto a los medios de trabajo que utiliza, tiene, como vemos, dos vertientes, dos lados.

De una parte, y como fundamento del que se arranca, está la propiedad de los mismos.

Por otra parte, está el funcionamiento de los mismos, o sea, la capacidad de dirigir técnicamente su actividad.

El primer aspecto, se presenta actualmente, como más asequible, con menos problemas, al menos teóricos, para ser contemplado como objetivo por el socialismo. Montar empresas, propiedad de los mismos trabajadores, cooperativas de producción, por ejemplo, no representa hoy ningún problema teórico especial. Y en la práctica, según se está demostrando, no hay obstáculos que aparezcan como insalvables. Si éste es el camino del socialismo, se presenta realmente practicable para los trabajadores.

El segundo aspecto es mucho más peliagudo. Y el problema consiste, seguramente, en que no se parte de cero.

Lenin, cuando pensó en las cooperativas, casi partía de cero.

La producción agrícola rusa estaba prácticamente en manos de los campesinos medios y los pequeños campesinos. Se trataba, por tanto, de procesos de trabajo individuales, a partir de los cuales se habían de montar procesos de trabajo colectivos. Realmente se partía de cero. Pero se partía de cero en el sector agrícola. En el sector industrial ya existía un precedente de socialización del trabajo. No era una colectivización de la propiedad, sino del trabajo. Por eso le hemos llamado una socialización.

Ese precedente lo habían llevado a cabo los capitalistas, particularmente los capitalistas ingleses.

Estos capitalistas habían montado procesos de trabajo colectivos, partiendo de procesos de trabajo individuales, y bajo el paraguas de un solo propietario.

Para copiar ese precedente, Lenin no tenía que salir de su país, puesto que ya disponían allí de una producción industrial capitalista, aunque todavía bastante limitada.

La gran colectivización la llevó a cabo Stalin, y copiando el modelo de socialización capitalista. Es decir, no partió de cero, copió un modelo. Y ese sería, ahora en nuestro país, en Europa, el problema. Que tenemos un modelo a seguir: la empresa capitalista.

Si no tuviéramos ese modelo ya existente, el problema se plantearía, como se planteó a Lenin: ¿cómo se montan procesos de trabajo colectivos, partiendo de procesos de trabajo individuales llevados a cabo por trabajadores propietarios de sus medios de trabajo?

El resultado, en teoría, lo conocía Lenin por haberlo recogido de sus lecturas de Marx y Engels: la asociación voluntaria de productores, de que hablaban estos autores.

Pero, ¿eso cómo se hace? Hasta ahora no lo ha hecho nadie. Se parte, por lo tanto, de cero.

Cuando cinco trabajadores de la construcción montan ahora una cooperativa de trabajos de albañilería, tanto los medios de trabajo (su técnica, sus precios), como las condiciones de los pagos con acreedores y clientes, todo lo que rodea a su trabajo está pensado y calculado para que lo realice una empresa capitalista.

Por lo tanto, en la práctica, estos albañiles van a funcionar como si fuesen una empresa capitalista, con la diferencia de que no tienen empresario que se lleve la ganancia, y esto es esencial, pero, en principio no cambia su modo de trabajar.

Su cooperativa es una gota de agua socialista en un océano capitalista

La práctica lo cambiará todo.

Así ocurrió con el capitalismo. Los capitalistas empezaron penetrando toda la producción, y a partir de ella, modelando y cambiando todas las instituciones en el sentido de sus intereses.

La punta de la lanza de su avance ha sido la remoción del antiguo orden del trabajo buscando la mayor ganancia a través del continuo crecimiento de la productividad.

Este enorme crecimiento de la productividad ha preparado el terreno para que ahora los trabajadores puedan remover todo el orden productivo dirigido por el capital.

La punta de lanza del orden socialista puede ser la recuperación de la dirección de la producción, a través de la propiedad de los medios de trabajo, y a partir de ahí modelar todas las instituciones para la defensa de este nuevo orden del trabajo.

Los capitalistas se lanzaron a organizar el nuevo proceso de trabajo, sin tener los conocimientos técnicos ni organizativos, que solo con la práctica fueron adquiriendo.

La primera organización de un simple taller de manufactura, se diferenciaba muy poco de un taller artesano de la misma especialidad.

Las tres palancas de que hemos hablado (cooperación, tecnología, y el empleo de nuevas energías), es ya obra, no de un capitalista, ni del conjunto de los capitalistas, sino del nuevo trabajador colectivo espoleado por ese objetivo único del capitalista, la obtención de ganancia.

El trabajador colectivo, no es ya un grupo de trabajadores, es un único trabajador que ha afinado todas sus habilidades y todas sus capacidades, al repartir las funciones entre los más dotados para cada una de ellas, y reunir luego, combinándolas, todas ellas en la concreción del producto.

Este nuevo trabajador, con mil ojos, mil oídos, mil manos, con la reunión de las inteligencias y los talentos más dotados, ya no pertenecen al mundo de los trabajadores; los trabajadores tratan uno a uno con el empresario, y uno a uno, los trabajadores no valen nada. La potencia de este trabajador colectivo pertenece al empresario, se ha apropiado su alma.

De esta forma, la inteligencia, la creatividad, la ciencia, la iniciativa, la facultad emprendedora, son virtudes del capital.

Esta apropiación por parte del capital de todas las virtudes del trabajo en cooperación, tiene como base, como punto de arranque, la propiedad de los medios de trabajo. Pero con el desarrollo de ese proceso colectivo de trabajo, a la vez que el propietario moldeaba

cada pieza, cada máquina, cada tarea, cada trabajador, para obtener la máxima ganancia, le iba dando una forma a todo el aparato, a toda la organización, de tal manera que la responsabilidad, el conocimiento, la decisión iba subiendo como en una pirámide; en la parte alta, el empresario y su equipo, se hacían con toda la sabiduría, el mando y la decisión, quedando en el resto de la pirámide los simples trabajos de pura ejecución.

El trabajador colectivo es excelente, sabio, creativo, preciso, duro, flexible. Pero la cabeza, el cerebro, de este cuerpo excelente son el empresario y su equipo. El resto es excelente porque lo guía el cerebro.

Este aparato productivo, ordenado en su aspecto técnico y la jerarquización (ordenación y distribución de tareas) y coordinación de las tareas, por el empresario y sus encargados (o ejecutivos), con la único fin de obtener la mayor ganancia posible; este aparato, es el modelo que se signe cuando se monta una cooperativa. Entre otras razones, porque es el único modelo productivo que ha quedado, después de desechar el modelo comunista ruso.

Como el modelo está muy bien programado, en cuanto arranca a funcionar la cooperativa, aparece la pirámide; el cerebro se coloca en su espacio, y el resto del cuerpo, se acomoda. Y al cabo de tres o cuatro ejercicios, aparece la ganancia

Es normal. Así es como se ha aprendido a trabajar. No se puede improvisar un nuevo modelo. En la historia del trabajo, los cambios de modelo han sido siempre lentos.

El trabajo, en sí, antes de organizarse, antes de ni siquiera pensar en que se estaba trabajando, se confundía con las demás actividades de la vida. Los jóvenes aprendían a vivir. Cazaban o recogían frutos para comer, sin que eso les supusiera una actividad separada del resto de su vida ordinaria.

A partir de que, el mejor conocimiento del medio que le rodeaba, permitió al hombre cultivar las semillas y recolectarlas, así como criar a los animales, para su aprovechamiento como

alimentos; permitió; al mismo tiempo, la posibilidad técnica, de que el trabajo de un individuo produjese más allá de lo necesario para su reproducción. Es decir, apareció como posibilidad (puesto que en numerosos sitios del mundo no ha ocurrido así), el hecho de que un grupo de hombres viviera del producto del trabajo de otros hombres.

A nosotros, los individuos de nuestro siglo, nos ha aparecido esta situación como normal, puesto que en los siglos anteriores también era así. Lo que se llamaba la aristocracia (marqueses, condes, duques), y los miembros de la Iglesia, siempre han vivido del trabajo ajeno, y nunca han participado en los trabajos de la producción.

Esta es la Europa que llegó casi hasta nosotros.

Los trabajadores producían más de lo que consumían, y el excedente (así lo llaman los estudiosos), se lo apropian estos zánganos.

Con lo que se ha llamado la revolución industrial, el panorama cambió, en el sentido de que aparece en el escenario del trabajo un nuevo personaje, que para, lo que aquí nos interesa, desempeña en la producción dos tareas importantes.

De una parte, se encarga de dar una nueva organización al trabajo. Ya hemos visto en qué consiste.

De otra, toma a su cargo la recolección de todo el excedente producido por los trabajadores y lo reparte entre las instituciones, los rentistas, los comerciantes, los Bancos, etc.

La función primera es la que nos interesa.

Hasta este momento, la organización técnica del trabajo, descansaba en el aprendizaje directo en el caso de los campesinos (los nuevos aprendían de los mayores), y de los gremios, en el caso de los oficios ( carpinteros, herreros, tejeros, sastres, etc.). Esta regulación, como se ve, era cosa entre trabajadores. Los maestros y oficiales, enseñaban a los aprendices.

En todos los casos, como podemos apreciar, se trataba de procesos de trabajo individuales, en los que, cuando mucho, intervenían un maestro y su ayudante, y normalmente un solo trabajador. O muchos al mismo tiempo, pero todos haciendo el mismo trabajo (segadores). Este último sería el caso de la cooperación simple.

Cuando aparece la cooperación compleja, significa que se está dando el salto del proceso de trabajo individual al colectivo. Se está pasando de la producción limitada por las condiciones materiales del individuo humano como trabajador único en el proceso, al aprovechamiento combinado de las distintas facultades de muchos trabajadores en un solo proceso. Se está pasando del uso de varias herramientas, una detrás de otra, por el mismo trabajador (carpintero que maneja martillo, cepillo, garlopa, lijador, sierra, lima, etc.), al uso especializado de cada herramienta por un solo, siempre el mismo, trabajador. Y se está pasando de aplicar a la herramienta la fuerza física del trabajador, a utilizar la fuerza eléctrica, el vapor de agua, los derivados del petróleo.

Todos estos elementos permiten una serie de combinaciones en su utilización conjunta, que disparan el crecimiento de la productividad, lo que permite una reproducción ampliada, un crecimiento de la producción, que trastoca, a su vez, los propios puntos de partida.

Este importante proceso no lo han dirigido los trabajadores, siendo así que se trataba de organizar el trabajo. No había, en todo el proceso, un solo elemento utilizado, que no fuese el trabajo vivo, o un producto del trabajo vivo. Incluso el trabajo de las instituciones, también era puro trabajo vivo (soldados, oficiales, funcionarios, curas), o trabajo materializado (armas, libros, cuarteles, iglesias). Pero la dirección no era de los trabajadores.

Seguramente, éste es el arranque teórico del socialismo.

## CUADERNO IV

### El marco de desarrollo de la tarea teórica y práctica del socialismo.-

El trabajo en cooperación, dirigido por los propios trabajadores, vendría a ser el cuadro en el que se enmarcaría el objeto de la teoría, de los estudios, de la reflexión, comunista.

Y el mismo marco, centraría la actividad práctica de los comunistas.

Los estudios y reflexiones de Marx y los marxistas sobre el capitalismo, han sido demasiadas veces utilizadas exclusivamente para combatir este sistema, cuando en realidad, era el socialismo el objetivo buscado. La sola destrucción del capitalismo no desemboca en el socialismo. Y si cabe entender de estos estudios, deducir de ellos, que el desarrollo, la maduración, del capitalismo, aportaría los elementos que permitirían construir el socialismo, es éste, el socialismo, el objeto final de la reflexión, y el capitalismo, el medio, a través del cual, se puede penetrar en la teoría y en la práctica del comunismo.

Sería hora de centrar las energías de comunistas y socialistas en la labor teórica y práctica correspondiente a la coyuntura en que nos encontramos.

La práctica del trabajo productivo socialista (cooperativo) tiene, naturalmente, enseguida, su reflejo en las instituciones. La reproducción de estos procesos productivos, exigiría sus propias instituciones, también socialistas (Bancos, Seguros, Escuelas, equipamiento cultural, propios), igual que el trabajo por cuenta ajena, tiene las suyas, ya han empezado a surgir, y ya existe un buen número de ellas; sin embargo, la mayor parte de las veces, utilizan para su reproducción las instituciones capitalistas.

Con lo cual, el marco que señalaba como objeto al trabajo productivo cooperativo, debe extenderse a estos trabajos institucionales, que siempre siguen, como hemos visto, la suerte del primero.

En este marco se desarrollaría la tarea teórica y práctica del socialismo, dicho sea ello de forma muy simplificada.

¿En qué se diferencian las tareas teóricas, de las prácticas? ¿Qué significa todo esto?

Un trabajador de una empresa es licenciado en un expediente de reducción de plantilla. Le dan una indemnización, y con ese dinero se presenta en una cooperativa de trabajo asociado (para diferenciarlas de una cooperativa de consumo), y se hace socio-trabajador. Este trabajador pertenece, está afiliado, al partido comunista, y se pregunta: ¿por ser comunista, he de hacer algo distinto de un trabajador que no lo sea? ¿En qué consistía mi trabajo teórico, y mi trabajo práctico? ¿Y si no fuera comunista, también estaría construyendo el comunismo por el hecho de trabajar en forma cooperativa?

El solo hecho de hacerse estas preguntas ya nos dice que a este trabajador le interesa el aspecto teórico de su trabajo, puesto que ya está reflexionando sobre el mismo. Otros compañeros, le han dicho que ellos, que no son comunistas, ni tienen ideas de ningún partido, solo pertenecen a la cooperativa porque ganan más que en la empresa anterior en la que trabajaban. Y además porque el puesto de trabajo es más seguro.

Estos compañeros, que en realidad representan a la inmensa mayoría de los trabajadores cooperativos, que pertenecen a la cooperativa porque ganan más y porque están más seguros, también desarrollan, junto a su trabajo práctico, una vertiente teórica de éste.

Cuando han elegido trabajar en cooperación, es porque han comparado dos formas de trabajar (o tres, porque podían, podrían trabajar por cuenta ajena, por cuenta propia en forma individual o en cooperativas) y encuentran más conveniente, les gusta más, las

características de este tipo de trabajo; en una palabra, eligen, entre otras, la forma socialista de trabajar.

Esta actividad de recoger datos, reflexionar y elegir, la hemos citado anteriormente como la tarea teórica, aquella que nos proporciona un conocimiento sobre el objeto a que se refiere.

En el caso de estos trabajadores, su actividad teórica es elemental, es muy sencilla, podríamos decir que como el niño tenía un conocimiento muy pobre sobre el fuego, pero suficiente para retirarse de él y no quemarse, los cooperativistas tienen un conocimiento muy pobre del socialismo, pero suficiente como para elegirlo como manera de trabajar.

El conocimiento elemental que el niño tenía del fuego, se tecnificaba, se enriquecía en el cocinero, que ya sabía graduarlo para obtener el resultado que buscaba; y alcanzaba un grado superior en el químico, porque éste llegaba a penetrar en los cambios que en el interior de los objetos se producen cuando se les aplica en las proporciones adecuadas.

Si el objeto del conocimiento, de la teoría, es en este caso el trabajo, y más concretamente las relaciones que en el mismo se establecen entre los medios de trabajo, y el que los utiliza, el trabajador, es lógico que este conocimiento, esta teoría, sea del mayor interés para los propios trabajadores.

Si el conocimiento de un objeto permite actuar sobre él con mayor eficacia, es decir, obteniendo con más seguridad la finalidad que perseguíamos, es del mayor interés para los trabajadores los conocimientos que les proporcionen un mejor manejo de sus problemas con el trabajo

Si el hecho de trabajar como socio cooperativista comporta, no solo una actividad práctica, sino también una incipiente (quiere decir que empieza) actividad teórica, esto querría decir que la teoría va unida a la práctica.

El niño no tiene ningún conocimiento sobre el fuego porque no ha tenido tratos con él. En cuanto se inicia el primer contacto, la primera práctica, aparece en su forma más sencilla la teoría, el conocimiento: si te acercas mucho al fuego, te quemas.

Si sigues practicando, el conocimiento se incrementa, y en el caso del fuego, el cocinero, el herrero, el vidriero, adquieren un notable conocimiento de los efectos de la aplicación del mismo, con mayor o menor intensidad, sobre el objeto que trabajan.

Lo mismo ocurre con otros elementos al hacerlos objeto de la práctica en el trabajo. La técnica del riego a manta, la adquiere el campesino a fuerza de observar que el agua tiende a ir hacia la parte más baja del terreno, y por la misma razón, comienza a transportarla a través de las acequias y canales.

Con este nivel de conocimientos generales, se enfrenta a su trabajo, el campesino, el minero, el pescador, el artesano, en los comienzos del siglo XVI en Europa. Ese es su nivel teórico, el nivel teórico que le proporciona la práctica de su trabajo. Y, correspondiente con él, es el nivel que se alcanza en la productividad.

La aplicación masiva de los principios científicos (técnicos y organizativos) son los que permiten el salto que se produce en el crecimiento de la productividad.

Recordamos, que este extraordinario aumento de la productividad se da al mismo tiempo, y en unión de, otros cambios importantes:

-El trabajador ha perdido el control técnico de su proceso de trabajo.

-El proceso de trabajo ha pasado, de ser individual, a ser colectivo.

-El dueño de los medios de trabajo se ha convertido en el director técnico del proceso de trabajo.

-El dueño de los medios de trabajo, ha pasado a ser también propietario de los frutos, del producto del trabajo.

No es que antes de estos acontecimientos no existiera el conocimiento científico, ya que la astronomía, las matemáticas, la física, la lógica, la geometría, se cultivaban, y de una forma difusa influían en el conocimiento general. Pero sus principios ni se aplicaban sistemáticamente a la producción, ni eran investigados pensando en esta aplicación productiva.

Es cuando los propietarios de los medios de trabajo toman la dirección técnica de los procesos colectivos de trabajo, a la búsqueda de la mayor ganancia posible, cuando la aplicación masiva de los principios de la ciencia a la actividad productiva se hace sistemática y expresamente buscada.

Es decir, coinciden en el tiempo y en el espacio, la entrada de la ciencia en la producción y la pérdida del control técnico del proceso de trabajo, por parte de los trabajadores.

En adelante, la observación, anotación y selección de datos de la práctica del trabajo, seguida de la comparación y reflexión sobre los mismos, o sea, la labor teórica de la propia práctica del trabajador, ya no la hace éste, ni individual ni colectivamente, sino que la hace el propio empresario, o el empresario junto a otros muchos empresarios del ramo, o una empresa especializada en estos estudios, pagada por todos ellos.

Esto quiere decir que la producción, el trabajo, como todas las prácticas del hombre, produce, lleva consigo su propia teoría, pero según el modelo de trabajo por cuenta ajena, según la forma en que lo organiza el capitalista, quien produce la práctica y la teoría en el trabajo, no es cada trabajador (del mismo modo que el producto –un coche, por ejemplo –no es producido por ningún trabajador individualizado) individualmente, sino el trabajador colectivo, y la dirección y control de este trabajador colectivo, así como el fruto de su trabajo, se lo apropia el empresario; creando, como vimos, una pirámide de responsabilidades, mando, y administración de los conocimientos empresariales (técnicos, administrativos, comerciales), al frente de la cual aparece él, haciendo la distribución

de funciones en la forma más apropiada para obtener la máxima ganancia.

Los obreros, en la parte ancha de la pirámide, la de abajo, no participan prácticamente nada en este reparto del conocimiento. Un conocimiento producido precisamente con su práctica. Es verdad, que no solo con su práctica, sino la del obrero colectivo total.

**El imponente aparato económico-institucional capitalista da la medida del necesario esfuerzo socialista.-**

Cuando el capitalista comenzó a descomponer en sus movimientos más sencillos el trabajo de la modista, y encargó uno de éstos –pegar botones- a un trabajador, para que solo hiciese eso, y a otro encargó el diseño de los vestidos, estaba haciendo un modelo de creación de tareas y de distribución de las mismas entre los trabajadores, que solo buscaba la forma de obtener un producto que le proporcionara la mayor ganancia.

Cuando consiguió la máxima simplicidad en los movimientos, y ajustó estos, de modo que fuese proporcional el número de trabajadores de cada tarea al ritmo de la misma en relación con las demás y sus respectivos número de trabajadores y ritmos; cuando consiguió ésto, comenzó a sustituir trabajadores por máquinas, con el consiguiente cambio de tareas (ya que no es lo mismo pegar botones que estar a cargo de una máquina que pega botones) y ajuste de ritmos y número de trabajadores.

Una vez ajustado este aparato complejo, montado paso a paso, afinando cada movimiento a su finalidad de producir ganancia a su propietario, es cuando podemos observar en toda su realidad, el problema del comunismo.

Este aparato productivo, preparado a partir del siglo XVI, pero montado y afinado en el último siglo y medio, es la herramienta que

manejan diariamente en Europa hoy, millones de trabajadores; arropado, este aparato, por un imponente aparato institucional, cuya finalidad, como sabemos, es reproducirlo en las mejores condiciones.

Este conjunto de aparatos, produce, con su funcionamiento, en los trabajadores que los manejan, un tipo de conocimiento (de “cultura”, se diría), que se corresponde con la organización interna de los mismos, así como con su finalidad.

Organizadas las tareas en escalones jerárquicos, sólo la cima recoge el conjunto de todas ellas, controla su funcionamiento global y domina su significado. Esta cima, decíamos, es la que se apropia de la sabiduría, del conocimiento, de la experiencia del conjunto. El resto, realiza un trabajo parcial, limitado, que no tiene sentido en sí mismo; es un trabajo, una práctica ciega desde el punto de vista teórico; de forma que su realización no produce conocimiento alguno; no conoce el sentido de su trabajo, no puede extraer consecuencia alguna.

Este tipo de aparato, que separa al trabajador del resultado de su trabajo, que lo separa del manejo técnico de los medios con que lo realiza, y que lo priva del conocimiento que produce cualquier práctica, es el original del cual saca una copia para funcionar cualquier cooperativa que inicie su actividad.

Antes de dar sus primeros pasos, ya había efectuado un cambio fundamental en el modelo: ahora el propietario de los medios de trabajo, es el conjunto de los mismos trabajadores.

El cambio es importante, porque se trata nada menos que de abandonar el campo del capitalismo, y entrar en el terreno del trabajo en cooperación por cuenta propia. Y ese campo es el del socialismo. Se acabó la ganancia para el empresario como guía de toda la actividad.

Decíamos que ahora se entiende mejor el problema del comunismo, porque, a la vista del tipo de organización que da al trabajo el capitalismo, el tipo de aparato productivo que crea, el volumen y extensión mundial que alcanza; a la vista del tipo de

instituciones que crea para su reproducción (ejércitos, policía, aparatos informativos y educativos, aparatos gubernamentales); a la vista de todo ello, se puede comprender la tarea, en extensión y profundidad, que se presenta a un movimiento obrero que pretenda tirar adelante una tarea, un conocimiento y un proyecto comunista

Conociendo estos modelos de organización del trabajo por cuenta ajena, y el modelo de organización de los aparatos o instituciones que le dan soporte, se puede emprender un trabajo teórico que desbroce el camino en la práctica del cooperativismo, del camino en la construcción de la producción socialista.

Ya hemos visto que éste fue el camino recorrido por Marx en su estudio del capital. Así se montó la producción capitalista, ¿cómo la montaremos nosotros?; esta parece ser su invitación. El no era un obrero, él era un teórico, un teórico de la práctica obrera.

Los primeros pasos teóricos tendrían que referirse a las cuestiones más gruesas.

Por ejemplo. Si los capitalistas crearon, y crean, sus empresas, es decir organizan el trabajo de los obreros, para obtener ellos una ganancia, ¿para qué se crean las cooperativas? ¿cuál es su finalidad?.

Para que la ganancia sea para los propios trabajadores. Esta seria la respuesta más rápida.

Esta respuesta, sería el reflejo en la teoría, de la situación en la práctica. Es decir, si se parte de que la cooperativa es una empresa como las demás, sólo que la ganancia se reparte entre los trabajadores, es lógico que se dé la respuesta anterior. Esto es señal de que la ganancia es lo que los trabajadores tienen en la cabeza, porque es lo que ven en la práctica.

O sea, aún no se ha distinguido bien, lo que es un modelo socialista de organización del trabajo, de lo que es el modelo capitalista.

Otra cuestión teórica se referiría a si el nivel de los “salarios” del cooperativista deben ser, o no, superiores a los del convenio colectivo del sector correspondiente. Esto es señal de que, en la realidad diaria de esa cooperativa, aún se maneja el modelo de relaciones de la empresa capitalista.

En todo caso, establecido ya, que el paso inicial y fundamental, es conseguir la propiedad de los medios de trabajo y los productos elaborados con ellos, por los propios trabajadores, en el mayor número posible de empresas y sectores. Existe otro importante paso, aunque no es tan visible, ni tan fácilmente comprobable, ni tan unánimemente defendido y comprendido en los medios cooperativos.

Se trata de algo que ya hemos visto, pero éste es realmente su lugar teórico.

La división técnica de las tareas, y la distribución de las mismas entre los distintos trabajadores, ha ido creando y se han ido solidificando una serie de grupos profesionales, categorías, niveles, que han formado lo que antes hemos descrito como una pirámide, en que la parte alta se reservaba las tareas de coordinación y mando, que proporcionan una mayor adquisición de conocimientos y unos salarios más altos, mientras que en la parte baja quedaban las tareas más simples, más alejadas de la comprensión y la responsabilidad en la obtención del producto, al tiempo que perciben los salarios más bajos.

Este tipo de ordenación práctica del trabajo obedece a un doble motivo: la finalidad buscada –la obtención de la máxima ganancia por parte del empresario-, y el hecho de que el propio empresario, en la búsqueda de esa ganancia, es quien ha ido ensayando las modalidades que mejor respondían a la finalidad perseguida, sin contar para nada con la participación de los trabajadores.

Debe entenderse, de modo paralelo, que cuando se plantee un cambio en la organización del trabajo (bien sea técnico o de ordenación del personal) en una empresa cooperativa, el interés del propietario será el que decidiría si se lleva a cabo, o no. O sea,

nunca se decidiría una ordenación que diera lugar a la creación de una pirámide, donde la mayoría de los trabajadores quedara relegada a simples ejecutores de lo que propusieron y decidieron quien ocupa la cima de la pirámide.

Este es, sin embargo, el modelo del que se parte. Y tiene el máximo interés teórico para los trabajadores cooperativistas que lo reciban como una herencia envenenada, de la que hay que partir, pero sabiendo que el orden del trabajo que se recibe, no es un orden técnico neutro, que es así “porque así es como ha de ser”; sino con el conocimiento de que es fruto del ejercicio del mando, de la dirección técnica, de quien no buscaba un orden deseado por los trabajadores, sino un orden dirigido esencialmente a obtener la mayor ganancia posible para él. Apuntando a otro objetivo el conjunto de partes que compone una unidad de producción (una empresa), con el tiempo y la práctica, habrá un reajuste entre ellas que las adecue al nuevo rumbo buscado.

**Lo esencial del esfuerzo: la diferencia del objetivo buscado.-**

Un ejemplo muy sencillo de lo anterior nos lo podría suministrar un albañil.

De las muchas tareas que componen su oficio y que él realiza, una tras otra, en el orden que le exige la pura técnica, puede aislar y separar las más fáciles (acarrear ladrillos, transportar el cubo del agua, retirar los escombros, etc) y encargarlas a otro trabajador, que se limitaría a realizar estas solas tareas. Y ya tendríamos dos tipos de trabajadores: el maestro albañil, y el peón de albañil.

¿Exige la técnica que esto se haga así? ¿que haya maestros y peones?

La técnica, desde luego, no. Desde el punto de vista de la realización de la obra, el resultado es el mismo, con o sin peón.

Nos pondremos en el punto de vista del empresario que los emplea en sus obras y les paga los salarios. Si el maestro realiza más cantidad de obra con la ayuda del peón, separará las tareas y contratará al peón. Y tendremos una división técnica del trabajo, llevada a cabo por la razón de que aporta una mayor ganancia al empresario. Con la aplicación, o no, de las máquinas (una pequeña hormigonera, por ejemplo), hará las mismas cuentas. Si la máquina y quien la vigila, cuesta menos, que hacer a mano el hormigón, se comprará y empleará la máquina; si no, no. Esta división técnica del trabajo, esta ordenación del mismo, en función de la mayor ganancia de quien lo organiza, constituye lo que hoy llamamos progreso técnico, o progreso a secas. Cuando, en realidad, solo es un tipo de progreso. Es el progreso desde el punto de vista del empresario y su ganancia. Hay otros puntos de vista.

Si consideramos el caso del albañil, desde el punto de vista de los trabajadores, podríamos tener lo siguiente.

Para aprender el oficio de albañil, nada mejor que ver trabajar a un albañil. Un maestro albañil puede proponer a un joven, que le ayude en las tareas más sencillas, para las que no hay que tener ninguna preparación, y a cambio, él le iría enseñando las técnicas del oficio. Cuando aprendiera, se convertiría en un maestro; y él, y su antiguo maestro, necesitarían ambos un nuevo aprendiz. Pero lo importante, es que no habría aparecido la figura del peón.

Y estaríamos ante una creación y distribución de tareas, distinta; ante una organización del trabajo, distinta. Si los propios trabajadores proponen, discuten y deciden, la división de sus tareas y la distribución de las mismas, resulta un tipo de organización del trabajo distinta de la que hace el capitalista. Otro tanto ocurre con la utilización y empleo de la técnica, de la maquinaria; los razonamientos y los cálculos no son los mismos. Se trataría, en todo caso de otro tipo de progreso. Del progreso contemplado desde el punto de vista de los trabajadores. Se trataría del progreso socialista.

Sin embargo, el modelo que se recibe, la herencia que se recibe, no se puede aceptar “a beneficio de inventario”(si sumando haberes y restando deudas, resulta positivo, es decir, incremento mi patrimonio, la acepto; si no, no la acepto)sino que se recibe y acepta en su conjunto, con su contenido técnico y con su “filosofía”. Esta filosofía, no es otra cosa que el conjunto de consecuencias y de evidencias (lo que está tan claro que no necesita demostración) que los empresarios han sacado de su larga experiencia en la práctica de obtener ganancias a través de la ordenación del trabajo de los demás. Esta filosofía significa lo mismo que, entender la economía, el trabajo y su organización, exclusivamente desde su punto de vista. Es de todo punto lógico, que cualquier otro punto de vista, lo encuentren equivocado.

Pues bien, ese punto de vista, esa sabiduría, esa filosofía, está en la médula, en el cerebro y en todo el cuerpo del aparato productivo en el seno del cual, nace y se desarrolla el nuevo cuerpo de la producción con vocación de no ordenarse en base a la máxima obtención de ganancia, sino en base al interés de los trabajadores, y a las formas de organización decididas por ellos.

**Un primer escalón.-**

Si la producción cooperativa se abre paso en medio, rodeada, de una producción basada en el trabajo por cuenta ajena, que es la que le sirve de modelo; por la misma razón, las instituciones de que se sirve para reproducirse, no son las propias de su organización productiva, sino las correspondientes a la producción capitalista.

Pensemos, por poner un ejemplo sencillo, que los sindicatos, la huelga, los convenios colectivos, y el mismo contrato de trabajo, son instituciones que nacen y existen para reproducir el trabajo por cuenta ajena, y que, sin embargo, en la producción cooperativa, apenas tienen sentido ninguno.

Este ejemplo se pone, con la sola intención, de aterrizar en lo concreto, en la práctica diaria, y evitar así caer en el error de pensar que el socialismo y el comunismo es algo que ocurre en unas alturas que no tocan nuestra realidad ordinaria. Sin embargo, como vemos, el comunismo comienza, en la producción, en algo tan cercano como es una cooperativa de producción, y continúa en las instituciones, tan conocidas como las que acabamos de citar.

En la producción, por lo tanto, construir el socialismo, avanzar en el camino del comunismo, consistiría, en principio, en hacer crecer el número y dimensión de las empresas cooperativas (ni más, ni menos, que como consiguió su crecimiento y dominio, en el campo de la producción, el capitalismo).

Y, al igual que ocurrió con el capitalismo, la presencia y el peso de la producción cooperativa, hará que surjan instituciones propias; y que, instituciones de la producción capitalista, vayan orientando sus funciones hacia la reproducción de la producción cooperativa.

Este proceso de cambio ya está en pleno funcionamiento. Ya hay instituciones de crédito (Cajas de ahorro), de enseñanza (Cursos, Escuelas, una Universidad), y tanto en la Administración general, como en las Comunidades Autónomas, existen unidades administrativas especialmente dedicadas a la promoción de

cooperativas. Al mismo tiempo, la propia forma cooperativa, salta de la producción, a las mismas instituciones, de manera que una institución de crédito dedicada especialmente a conceder préstamos a las cooperativas, se convierte, a su vez en cooperativa. O en el terreno del comercio, o las cooperativas de consumo.

Hay, asimismo, el enlace de unas cooperativas con otras. No solo la creación de cooperativas de cooperativas (como ya hemos visto), sino también la creación, en el mismo grupo, de cooperativas de transporte, y de comercialización, que combinan, desde la producción hasta la distribución minorista del producto.

Esta especie de contagio de las instituciones respecto a la forma de trabajo en cooperación; este salto, de pasar, de ser una institución al servicio de la reproducción del trabajo cooperativo, a convertirse, además, en cooperativa, tiene un valor especial. Vamos a ver por qué tiene un valor especial.

Diríamos que hay un escalón en la práctica, y al mismo tiempo en la comprensión, del trabajo cooperativo.

Este primer escalón se construye como sigue. Diez trabajadores montan un taller para fabricar muebles. Invierten su dinero e invierten su trabajo. De lo que venden, restan gastos, amortizaciones, etc., y lo que queda, se lo reparten en proporción al trabajo que hace cada uno, o a partes iguales, si hacen el mismo trabajo. Todo aparece bastante claro. Han puesto el trabajo y los medios de trabajo. El resultado, por lo tanto, es suyo. No está mal el cooperativismo. Da un poco más de lata, porque hay que organizarlo todo, además de construir muebles, pero, a cambio no hay empresario que se lleve la ganancia.

Se trabaja colectivamente, se produce y se reparte colectivamente. La comprensión del proceso en que se participa, se corresponde con la claridad de los datos materiales que se manejan.

En este primer escalón, se encuentra un muy alto porcentaje de trabajadores cooperativistas de nuestro entorno europeo.

**Un segundo escalón: la visión de un sistema de cooperativas.-**

Esta práctica del cooperativismo de producción, acaba creando en quien la realiza, una manera de ver, una manera de entender el trabajo; distinta, naturalmente, de la que tiene sobre su propio trabajo quien lo realiza por cuenta ajena.

Esta forma de entender su propio trabajo, esta opinión, suele ser positiva, favorable. Su cooperativa, como empresa de producción, distinta de la empresa capitalista, le parece bien.

Pero, normalmente, de este primer escalón no se sale; al menos no se pasa a otro escalón superior con la sola práctica del trabajo en la empresa cooperativa de producción. Hace falta algo más, para dejar de ser un simple miembro de una cooperativa.

El hecho que, por ejemplo, la propia cooperativa de producción enlace su actividad con otra cooperativa de transporte, y con otra de comercialización; este simple hecho, esa práctica nueva, puede abrir la puerta a una visión más amplia del trabajo cooperativo; a una visión que comienza a percibir la posibilidad de una extensión progresiva, sin límites, de la forma cooperativa de producción.

La propia visión de la posible expansión, pone en medio de nuestro camino, la otra forma de producir, la que hoy es dominante, la capitalista. La cooperativa en la que trabaja el cooperativista, no es solamente distinta de la capitalista, sino que ésta ocupa los espacios en los que se produciría, si se produce, la expansión de la actividad cooperativista.

Y con ello comienza, o puede comenzar, la impresión, la sensación de pertenecer a un conjunto que se abre paso en el seno de otro conjunto distinto.

Con ello, se ha subido otro escalón. No solo se es miembro de una cooperativa, sino que, ahora, se forma parte del mundo del cooperativismo, que crece, en medio del mundo de la empresa capitalista.

Este mundo del cooperativismo es un conjunto de cooperativistas, de empresas cooperativas. Pero es, algo más.

Las empresas de producción, capitalistas o cooperativas, se reproducen. Y se reproducen, en sus elementos y en su conjunto.

Para reproducirse, las empresas productivas, necesitan las instituciones. Y para perfeccionar sus procesos productivos, necesitan mejorar sus instituciones.

Hay instituciones especialmente dedicadas a la reproducción de la producción cooperativa, instituciones especialmente creadas para apoyar a la producción capitalista, e instituciones que sirven de soporte a la reproducción tanto de unas como de otras, (no olvidaremos, aunque ahora no tratamos de ese asunto, que hay instituciones que reproducen al conjunto formado por producción e instituciones –las Fuerzas armadas-).

Nos detendremos un momento en las instituciones nacidas de, y para, la producción y reproducción del trabajo cooperativo.

Se trata de organizaciones (una escuela, un banco, un Servicio de Estudio), donde sus propios trabajadores y su dirección misma, no perciben de forma material, (como vimos que lo percibía un trabajador de una cooperativa de producción) y directa, las ventajas de este tipo de trabajo, sino que, ya de partida, dan por supuesta la validez de esta fórmula productiva. Y prueba de esta convicción y seguridad es que, pudiendo dedicarse al mundo capitalista, se han inclinado por este sector. Esto es señal de que lo consideran tan solvente y viable como el otro.

Esta visión, esta forma decidida de comprender, de entender el trabajo cooperativista, indica en estas instituciones y sus trabajadores, que se encuentran en un escalón superior al que habíamos considerado anteriormente.

Y ello, independientemente de que, en la propia organización interna de su trabajo, adopten o no la forma cooperativa. Las propias Administraciones, que destinan a estas empresas, su creación y reproducción, importantes medios económicos y organizativos, no adoptan, sin embargo, esta forma en las unidades administrativas que a ello dedican.

***Nueva consideración de los aparatos reproductores: las instituciones.-***

Dentro del mundo de las instituciones, todas ellas creadas para reproducir la producción, unas tienen como función reproducir el proceso mismo de producción (Bancos, telecomunicaciones, la Bolsa, Registros, Notarias, Mercados, Tribunales, Cuerpos de Seguridad, Medios de comunicación –ferrocarriles, carreteras-, seguros); otras tienen la finalidad de reproducir los elementos de la reproducción, mejor seria decir que sirven de complemento a las anteriores (reproducción en general), especializándose en la reproducción de sus elementos (Sanidad, Educación, Deportes, Espectáculos y Esparcimiento, Cuidados y Mantenimiento Personal – Gimnasios, Centros de Belleza-, Cultura).

Hay otras, por fin, cuya función viene referida a la reproducción del conjunto: la producción y las instituciones. Entre estas tendríamos al Parlamento, el Gobierno y los Altos Tribunales.

Recordemos que la producción que reproducen estas instituciones, no es simple, sino compleja: la producción individual por cuenta propia (campesinos, artesanos), la producción colectiva por cuenta ajena (capitalista), y la producción colectiva por cuenta propia (cooperativa). Y que, debido a esa complejidad, con frecuencia, la actuación de las instituciones, la cara que nos presentan, nos puede desorientar, de forma que no la entendamos bien.

Al conjunto de las instituciones que se ocupan de la reproducción global, se le conoce como el Estado, seguramente se llaman así, porque representan lo permanente, o por lo menos, lo que cambia poco, en comparación con los continuos cambios en los niveles más alejados de estas cumbres institucionales.

Al Estado, con frecuencia, se le considera como si fuese algo que tuviese voluntad propia, y esa voluntad coincidiera con el bien general. Esa es la opinión de los que dominan, controlan la producción, o al menos su parte esencial, ya se trate de la producción capitalista (Europa, E.E.U.U.), ya se trate de la comunista (Cuba).

Es bastante lógico que les interese presentarlo como algo lejano, sagrado, inmutable. Se trata de conservar su dominio de la producción, que de otra forma quedaría más visible y quizás más discutible.

El Estado, en nuestro entorno europeo, y en general en el mundo capitalista, no tiene unos límites claros. Hay instituciones que en unos Estados están incluidas en él, y en otros Estados, esas mismas, no lo están. En un principio se creyó que para controlar la producción había que conservar dentro del Estado, lo que llamaban las industrias básicas (electricidad, carbón, acero, industria militar, comunicaciones), más tarde han comprendido que el control de la reproducción no exige eso, y ahora predican un “adelgazamiento” del Estado. Los comunistas, en Cuba, controlan básicamente toda la producción a través del Estado. Los comunistas chinos, sin embargo, ya entienden, que toda la industria, por ejemplo, no tiene que pertenecer al Estado.

El Estado, como acabamos de ver, no es una institución, sino un conjunto de instituciones. Este conjunto no es siempre el mismo, como también acabamos de ver, sino que varia según el periodo que consideremos en un mismo país.

Lo mismo observaremos si comparamos dos países; instituciones que forman parte del Estado en uno, no lo son en el otro.

Esto nos hace comprender que no tenga, en sí mismo, una dirección a seguir, una meta propia, que dé unidad al funcionamiento del conjunto de las instituciones que lo componen, al margen, o independientemente de ellas.

Las instituciones, ellas por sí mismas, pertenezcan o no al Estado, ya habíamos visto cómo sí tienen un destino, una finalidad, una dirección en su funcionamiento.

Dado que nacen y viven para hacer posible la reproducción de un tipo de producción, a ese fin adaptan su forma, su dimensión, su composición y su propia función.

En un país como el nuestro, donde conviven tres formas de producir, de trabajar, hay, asimismo, tres tipos de instituciones; unas para reproducir la forma de proceso de trabajo individual por cuenta propia (campesina-artesana), otras para el trabajo capitalista y otras para el trabajo cooperativo.

Hay que tener en cuenta que la mayoría de ellas son comunes a las tres formas citadas (por ejemplo todas las que giran alrededor del intercambio, su instrumentación y seguridad).

Los tres tipos de producción, que las distintas instituciones reproducen, no se relacionan entre sí como iguales, sino que, según veíamos, la campesina –artesana y la cooperativa, operaban en el conjunto, siempre subordinadas a los intereses esenciales de la forma capitalista. Esta última, la capitalista, a su vez, salvando sus intereses esenciales, convive con las otras dos, aprovechando numerosos elementos útiles que le proporcionan estas formas subordinadas.

Este tipo de relación subordinada en el terreno de la producción, se transmite, como corresponde a su propia función, al juego de las instituciones, apareciendo las mismas enlazadas entre sí en el mismo régimen de subordinación que hemos visto en sus matrices, en la producción.

Estos engarces y estos movimientos, vistos en conjunto y desde su exterior, producen la apariencia de que el Estado es el sujeto que encuadra, disciplina y da unidad a las instituciones, y éstas a su vez, dan cauce y ordenan los movimientos económicos.

Este Estado, opaco, lejano y desconocido, es el que, de una forma mágica, se supone que es el que arreglará los problemas de los trabajadores; tanto en el comunismo, como en el capitalismo. Más aún, acaba siendo el "padre" de todos sus ciudadanos, tratándolos a todos por igual, sea cual sea su relación con la producción, o así pretende que se crea.

En el mundo de las instituciones, las hay con una finalidad, tan claramente ligada a la producción, que no hace falta ninguna investigación para averiguarlo. Por ejemplo, los Bancos, la Bolsa. En el otro extremo, existen otras, cuyo enlace con la producción no se averigua sino con una búsqueda laboriosa. Por ejemplo, una Orquestra sinfónica, un Seminario de la Iglesia. La gran mayoría, sin embargo, se encuentran en un terreno, en el que no es difícil establecer que, como todas ellas, nacen, funcionan y son pagadas por la parte del aparato productivo al que reproducen.

Muchas de ellas sirven a todo tipo de producción (policía, correos, Tribunales, escuelas), aunque se note una cierta especialización al reproducir, por ejemplo a los elementos de la producción, en lugar de reproducir al conjunto. Por ejemplo, las escuelas que reproducen a los hijos de los empresarios, suelen ser distintas de las que reproducen a los hijos de los obreros (por más que este hecho se trate de disimular).

En todo caso, el mejor indicador es seguir el hilo hasta llegar al organismo que sufraga los gastos de la institución. Pronto averiguaremos así qué aspecto de qué tipo de producción se pretende reproducir.

En el caso de que la institución presente un aspecto neutro, que pretende reproducir a todas las formas de producción, sin

inclinarse por ninguna, no debe quedar ninguna duda de que el mayor servicio lo presta a la forma dominante de la producción.

Las instituciones, como organismos que permiten la reproducción de los procesos de trabajo, consisten, en su realidad concreta, en aparatos que se especializan según la función que desempeñan. Aparato quiere decir, un conjunto organizado de individuos y de medios materiales, que se dedican exclusivamente a una tarea determinada. La organización consiste en la fijación de ocupaciones distintas a cada individuo o grupo de individuos, de manera que el conjunto actúa siempre a través de uno de esos grupos u órganos.

En un cuartel del Ejército, por ejemplo, hay quien se ocupa de la intendencia (comida, ropa), quien se ocupa de la instrucción o adiestramiento de los soldados, quien se ocupa de la guardia o vigilancia, quien se ocupa del transporte, quien se ocupa de las labores de oficina, de las comunicaciones, etc. Igualmente hay escalones, en los que unos mandan y otros obedecen.

Pues bien, a ese conjunto, formado por el personal organizado y sus medios materiales (armamento, edificios, munición, medios de transporte, intendencia), dedicado a una función determinada, le llamamos aparato. En este caso, el aparato militar, cuya misión es la defensa (la defensa del orden que exista en ese momento).

Al conjunto de aparatos dedicados a la producción, le llamamos aparato productivo, y al conjunto de aparatos dedicados a la reproducción le llamamos aparato institucional.

Al núcleo más duro del aparato institucional, le llamamos Estado. Y el núcleo más duro, quiere decir aquellas instituciones que resultan imprescindibles para el buen funcionamiento de la reproducción del tipo de producción dominante de que se trate en cada caso. Por ejemplo, en el comunismo ruso, prácticamente el total de las instituciones eran Estado; en el capitalismo norteamericano, sin embargo, se tiende a reducir el Estado al mínimo de instituciones.

Todo consiste en las necesidades reales de la reproducción. El Estado aparecerá con más o menos instituciones, con instituciones más o menos potentes, según lo exija la producción al reproducirse.

En todo esto pensaba Lenin cuando escribía (siguiendo a Marx y Engels) sobre la desaparición del Estado. Cuando cambió su oficio principal, y le tocó dirigir el Estado soviético, hubo de profundizar la idea, haciéndola menos exigente. Lo que desaparecía, con la revolución, era el Estado burgués; el nuevo Estado lo que haría es ir adormeciéndose.

Con cinco años de experiencia, acabó cambiando de opinión; su enorme crecimiento y la práctica imposibilidad de su control, hizo que acabara llamando al Estado (a su Estado) “ese monstruo”. Tal era su perplejidad, ante un fenómeno que nunca acabó de entender.

Stalin fue quien sí acabó controlando aquel monstruo, que llamaba Lenin, poniendo al frente de cada institución a los miembros más fiables del partido comunista, del partido bolchevique.

**El partido político: su función en el conjunto institucional.-**

Habíamos visto, aunque muy brevemente, las funciones principales de un partido político. Ahora las repasaremos con algo más de detenimiento.

Como toda institución, se trata de un aparato cuyas funciones se desarrollan en el campo de la reproducción. Esto no excluye que, en alguna situación especial, como la que acabamos de ver (comunismo soviético), el partido acabó dirigiendo la propia producción. Se trataba, sin embargo, de una auténtica dislocación de las instituciones, que al final acabó corrigiéndose.

Un partido político tiene como objetivo central, conseguir la dirección de las instituciones, y entre ellas, naturalmente, las que forman el Estado.

Si imaginamos un país en que la producción estuviese toda ella formada por procesos de trabajo por cuenta ajena (es decir, empresas capitalistas), la reproducción estaría servida por instituciones todas ellas dedicadas a una tarea muy parecida: la reproducción de procesos de trabajo por cuenta ajena. Todas, por lo tanto, apuntarían en la misma dirección. Los partidos que compitieran en las elecciones para conseguir los puestos de dirección de las mismas, tendrían muy pocas diferencias, ya que su objetivo principal seria el mismo. Esto es lo que casi ocurre en un país como los E.E.U.U., donde el capital es casi dueño único de la producción. Tanto el Partido Demócrata, como el Republicano, coinciden prácticamente en sus modelos de reproducción del capitalismo existente.

En nuestro país, y en toda Europa, la situación es parecida, aunque la producción no capitalista (campesina, principalmente) tiene aquí mayor peso, y aparecen, por lo tanto, al nivel de los partidos, las exigencias de su reproducción; haciendo un poco más complicada la tarea de la reproducción. Los intereses del proceso capitalista marcarán la marcha de las instituciones, pero dando cabida a los intereses de los campesinos, que no sean claramente opuestos a los anteriores.

En esto consiste esencialmente el juego de las instituciones; y, en conseguir ocupar la dirección de éstas, consiste lo esencial de la tarea de los partidos políticos.

Este juego de las instituciones tiene, asimismo, funciones secundarias que, no obstante, ocupan un gran espacio en sus tareas. La organización interna de las mismas para hacerlas eficaces, es decir, adaptadas al objetivo que pretenden conseguir; como también, la especialización de cada una, y el posterior engarce entre todas ellas para mejor cumplir su cometido común.

Los partidos también, además de buscar esencialmente ocupar la dirección de las instituciones, tienen múltiples acciones

que complementan esta principal. Como son adiestrar a su personal para disputar los puestos en las instituciones, y para luego desempañarlos con la mayor competencia; incorporar a sus tareas, afiliándolos, al mayor número posible de miembros activos; así como, organizarse interiormente en la forma más adecuada para conseguir los fines que se persiguen.

A este conjunto de actividades, que giran alrededor de la pretensión de dirigir los partidos y, a través de ellos, a las instituciones, es lo que llamamos política, y terreno político, al escenario en que se desarrollan.

Bien mirado, en nuestro país, si hay tres clases de producción, la capitalista, la campesina –artesana y la socialista o cooperativa, podría haber tres partidos, que dirigieran las instituciones que reproducen a cada una de ellas. Un partido del capital, un partido campesino (y de los autónomos), y un partido del trabajo en cooperación.

Al menos, para aclararnos teóricamente, así podría ser.

¿Qué ocurre? Pues que, por lo que se refiere al capital, por ejemplo, está el gran capital, el capital medio y el pequeño capital, y los tres pueden estar, en el sector financiero (Bancos, Bolsa), en el sector comercial o en el sector productivo. Entre todos tienen intereses comunes, pero cada uno tiene, al mismo tiempo, intereses particulares; su reproducción, por lo tanto, se monta con instituciones comunes, y al mismo tiempo, con instituciones propias, o, con instituciones que los representan de modo exclusivo a todos. Y en este último caso, se trata de instituciones que ofrecen mil caras, porque tienen que representar a intereses diversos.

Por todas esas razones, el capital puede ser reproducido por diversas instituciones, y éstas pueden estar dirigidas por diversos partidos, todos ellos partidos del capital (en estos momentos, el capital en Francia, está representado por tres partidos).

Los campesinos y artesanos, no tienen instituciones propias, y se reproducen a través de instituciones que corresponden a otras formas de producir.

Estas instituciones, incluyen en sus funciones, la reproducción de la producción campesina, pero subordinada, sometida a la reproducción del capital.

Tratándose de una producción ligada de una manera muy particular a un medio de trabajo como es el campo, su reproducción viene referida a ese medio y no a la forma con que se trabaja en ese medio. Y así, mientras en el campo se trabaja en las tres formas que hemos mencionado, la reproducción de los tres modelos se somete, en sus condiciones fundamentales (precios del producto, precios de los suministros, subvenciones, préstamos, impuestos) al mismo tratamiento y desde las mismas instituciones.

Todo esto hace particularmente difícil que aparezca un partido campesino. Cuando ha habido algo que se le podía parecer, ha sido un partido agrario, pero éste incurría en el mismo desajuste de las instituciones, al no distinguir las distintas formas en que se trabaja el campo, predominando en el mismo los intereses del capital agrario sobre el del campesino cultivador.

Otro tanto podemos decir de la forma de producir en cooperación. No obstante disponer de algunas instituciones propias, éstas aparecen encajonadas entre las poderosas instituciones del capital, sometiéndolas a sus condiciones principales de la reproducción. Ello hace muy difícil la aparición de un partido que se dedique exclusivamente a la dirección de estas instituciones.

En consecuencia, de las tres producciones, la capitalista es la que, por ser la más importante, impone sus condiciones en la organización institucional de la reproducción.

Las instituciones más importantes, el Estado, responden a los intereses esenciales del capital. No obstante, en el seno de las instituciones que reproducen el capital, y sin contradecir esta línea fundamental, aparecen instituciones que instrumentan la reproducción de las otras dos formas de producir.

Los partidos políticos que pretenden dirigir estas grandes instituciones, conocen la composición de intereses que se dan en el

seno de las mismas, por lo que ellos mismos, a su vez, las reflejan; de forma que son partidos políticos del capital, pero incluyendo también los intereses de los campesinos y de los trabajadores cooperativos, en la forma que hemos dicho antes, es decir, sin contradecir los intereses esenciales del capital, que siempre prevalecen.

Así van adoptando sus formas concretas las instituciones, y los partidos políticos que las pretenden dirigir.

Conviene corregir enseguida cualquier tentación que pudiera existir de interpretar lo que acabamos de ver, como si fuese una fotografía (quieta), cuando se trata en realidad de procesos en movimiento, intentando cada uno, en medio del conjunto, de alcanzar en los mejores condiciones sus propios objetivos.

Los individuos y los grupos (lo que se llaman los agentes) que actúan en la producción, buscan y procuran ensanchar y reforzar sus procesos, así como mejorar y perfeccionar sus métodos, para obtener los mejores productos y colocarlos en los mejores condiciones en unos mercados cada vez más extensos. Es decir, un continuo movimiento de acomodo para mejorar sus posiciones en el conjunto.

En lo que toca a las instituciones, son ellas precisamente los instrumentos que permiten la fluidez y seguridad de los movimientos que precisan los elementos de la producción para volver a funcionar después de un proceso, y repetir éste una y otra vez, en lo que llamamos su reproducción. Las propuestas de mejora en sus métodos, el ensayo de las mismas, la adquisición de los últimos procedimientos o medios de actuación, y el desecho de los ya inadecuados, nos hablan, asimismo, de un movimiento continuo y de unos ajustes constantes.

Los partidos políticos, como aspirantes a conductores de las principales instituciones, han de estar al tanto de las necesidades de la producción, para adelantarse en la propuesta de la modificación o la creación de una nueva institución para hacer frente a las nuevas necesidades de la misma.

Se trata, por lo tanto, de dos mundos, de dos escenarios, el productivo y el institucional, con una organización propia cada uno, perfectamente conectados entre sí. En su movimiento conjunto (en el recorrido de sus procesos) la dirección la señalan los procesos productivos; no obstante, las instituciones proporcionan los caminos y los vehículos sobre los que se hace la ruta concreta, pudiendo ofrecer y proponer, asimismo, caminos y vehículos alternativos.

La reproducción nunca es la repetición exacta de un proceso, sino que a través de ella, el proceso al reproducirse, resulta modificado. De aquí se desprende la importancia del entramado institucional sobre las modificaciones sucesivas de la producción.

Y en este punto es donde se sitúa el papel de los partidos políticos; estudiando primero, y proponiendo después, desde las instituciones, a la producción, caminos viables, caminos posibles, que puedan, a la larga, cambiar el sentido de la misma, o que lo mantengan invariable.

**Los partidos políticos y sus distintas ofertas de soluciones.-**

Esta variedad de modelos institucionales que permite un tipo de producción al reproducirse, da la ocasión a que varios partidos políticos puedan presentar sus soluciones (sus modelos de instituciones), con la posibilidad de que sea la suya la preferida, igualmente, que compartan esta función dos o más partidos a la vez.

Cuando no se trata de reproducir a una sola forma de producir, sino a varias, que comparten entre ellas el campo productivo, el número y el tipo de instituciones se multiplica, y con ellas, lo partidos que pueden presentar su pretensión de animarlas, dirigirlas y controlarlas.

Esta actividad partidaria es animada y premiada por las propias instituciones, que señalan unas cantidades determinadas para que estos partidos puedan hacer frente a los gastos que acarrea mantener sus aparatos.

Estamos refiriéndonos a la forma concreta en que en la actualidad funciona la reproducción del capital en lo que se considera el “mundo occidental”, es decir, Europa, E.E.U.U, Canadá, Japón, Australia, la mayor parte de Iberoamérica, etc.

Hay otras formas de reproducirse el capital. La Alemania nazi, España con el ejército mandado por el general Franco, los gobiernos militares de las Repúblicas suramericanas y de América Central, son ejemplos de otras variantes institucionales de reproducción del capital.

Los partidos políticos, en competencia unos con otros, o en coaliciones más o menos durables, pero, un todo caso, en régimen plural (es decir que no exista de forma obligatoria unos solo, sino tantos como se quiera), no son, en todo caso, sino un modo más en el juego institucional, que el capital precisa para su reproducción. Seria inútil señalar en nuestra historia reciente que, el Capital escoge en cada momento el tipo de instituciones que más le interesa; sin miramiento ninguno en el cambio de camino elegido en cada momento, y sin que importe demasiado la aparente falta de coherencia en esos cambios. La razón es que, la coherencia sí existe: en todos los casos, con partidos o sin partidos, el objetivo es el mismo, la reproducción del capital en las mejores condiciones posibles.

Todo esto plantea ajustes teóricos que un socialista o comunista, sea o no miembro de un partido, precisa realizar para anclar su posición, su ángulo de mira, en un terreno tan sólido, como el que sirve de referencia a los servidores institucionales del capital.

Por poner un ejemplo.

Cuando no utiliza los partidos, por creerlos innecesarios, o incluso peligrosos, el capital sigue reproduciéndose a través de las instituciones. Esto nos indica algo que, ni en la teoría, ni en la

práctica, puede resultar sorprendente. Los partidos políticos son una institución más, dentro de la malla, de la red de instituciones que, en un momento concreto, tienen la misión conjunta de reproducir el capital. Se trata de llevar a cabo esta misión entre todas ellas. Por tanto existe una distribución de tareas. Esta responsabilidad, esta iniciativa, de repartir las funciones concretas, puede recaer en la institución que en un momento concreto parece reunir las mejores condiciones; puede ser el ejército; puede ser el mismo ejército pero apoyado en la Administración Civil (en lo que suele llamarse un Gobierno de tecnócratas); puede ser un partido único; puede ser un libre juego de partidos. Es importante recordar que quien decide esto es, normalmente, el capital; puesto que, sin contar con su opinión es imposible montar un sistema institucional, que, recordemos igualmente, no tiene otra misión que su reproducción, la del capital.

Por tanto, los partidos políticos, en un país cuya producción descansa básicamente en el capital, son una institución que puede o no, formar parte del aparato institucional del mismo; por tanto, en sí mismo, el partido, no es una institución imprescindible; no es una institución central en el sistema institucional. Y sin embargo, aparentemente, sí lo parece.

Es, una vez más, la apariencia y la realidad. El sol dando vueltas alrededor de la Tierra…

**El partido político es la pieza de "una" de las formas reproductoras.**-

Por la práctica, por la experiencia, hemos aprendido que, lo que entendemos como funciones de un partido político, las hemos visto desempañadas, por el ejército (en Chile, en Argentina); por el ejército apoyándose en la Administración, en la Iglesia, y en unas instituciones muy particulares, como era el caso en España en los años 1.936 -77, (estas particulares instituciones, se llamaban

Falange, Comunión Tradicionalista, Juntas de Ofensiva –Nacional-Sindicalistas, Opus Dei); en la Unión Soviética, por una institución –El partido Comunista-, que en realidad, además de partido, tenía otras muchas funciones, como dirigir la producción; en la mayoría de los países árabes, esta función es desempañada por una combinación de instituciones muy parecida a la española, sustituyendo al catolicismo por el Islam; en algún país árabe, y en Irán, los dirigentes religiosos representan una organización institucional que recuerda la rigidez en las ideas y en las prácticas del partido comunista ruso.

O sea, la experiencia histórica nos dice que la reproducción de la producción exige una trama de instituciones, que, según la forma y el grado de madurez de esa forma de producción, se concreta en instituciones muy variadas. Siendo una de ellas los partidos políticos en la forma que hoy se entienden en las economías capitalistas muy desarrolladas.

Es en estas últimas sociedades, en las europeas, para centrarnos más, dónde por existir una ya larga experiencia de producción capitalista, la teoría se ha ocupado de esta forma institucional que hoy llamamos partido político.

Esta teoría se ha desenvuelto, teniendo como terreno de observación la reproducción de la producción en forma capitalista; el partido que estudia, corresponde, como es natural, al aparato institucional que para esta tarea se monta a lo largo del desarrollo capitalista.

Como en nuestro país, la penetración de la forma capitalista en la producción, aunque retrasada en su generalización, ha seguido los pasos de países como Reino Unido, Francia, Alemania; la teoría correspondiente a las instituciones que la acompañan, se ha recibido igualmente de esos países.

La teoría liberal ha sido, y es, la más rica en sus estudios y su difusión. De manera que, tanto lo que se refiere a la economía (recordemos que la formación económica de Marx venía de leer a estos estudiosos de la escuela inglesa y de los teóricos franceses), como las instituciones que la acompañan, los conocimientos más

profundos y extendidos en nuestro país, tienen como raíz estos principios teóricos liberales.

Por corresponderse estos principios teóricos con el funcionamiento real del desarrollo del capitalismo, es lógico, que aparezcan en nuestras Universidades, en nuestros círculos de estudios, en nuestros autores, en los medios de comunicación, como el conocimiento más adecuado a nuestra realidad. Y así es.

Para conocer la producción capitalista, lo mejor es estudiarla en los libros, en publicaciones, prensa o cursos realizados, escritos, por conocedores de esa producción capitalista.

Para conocer las instituciones creadas para reproducir mejor el capital, lo mejor es aprenderlo de lo teóricos que ayudaron a montarlas o dedicaron su actividad a su estudio.

Esto, también es así.

Pero, sin olvidar, sino recordando constantemente, que lo que estamos estudiando, oyendo, aprendiendo, es el funcionamiento de la forma capitalista de producción, y su correspondiente forma de reproducción.

A esa forma de trabajar, a esa forma de producir, corresponde un sistema de instituciones; y dentro de ese sistema de instituciones, formando parte de alguna de sus variantes, se coloca el partido político. Es decir, éste seria su “lugar” teórico. El capital, en su reproducción, tiene a mano una serie de combinaciones institucionales, y a veces escoge entre estas combinaciones alguna de las que tienen entre sus aparatos el partido político.

“**El consenso”-**

Ahora podremos entender mejor las razones teóricas por las que nuestros partidos socialistas y comunistas europeos, en la actualidad, tanto si están en el Gobierno (dirigiendo las instituciones), como si no, no hacen otra cosa que servir de instrumento a la reproducción del capital. En otras sociedades capitalistas, la norteamericana por ejemplo, ni siquiera necesitan un partido socialista ni comunista, para reproducir el capital, a satisfacción de empresarios y trabajadores.

Y es que (ahora también lo entenderemos mejor), lo que reproducen las instituciones, y entre ellas los partidos políticos, es el capital; y el capital es una relación entre dos polos, el polo del empresario, y el polo del trabajador; y los dos han de ser bien reproducidos, para que lo que llamamos el capital, se desarrolle bien.

Esto quiere decir que, cada vez que con anterioridad, hemos dicho en estas páginas que el partido del capital puede aparecer enfrentado al partido de los trabajadores, ha sido una forma de recoger la experiencia tal como se presenta, para poco a poco ir averiguando lo que se esconde debajo de esa apariencia.

Ahora podemos ver que, en el caso de que, como ocurre en casi toda Europa, incluido nuestro país, haya unos partidos que representen a los empresarios, y otros los trabajadores, unos y otros han de ponerse de acuerdo para que la reproducción del capital se haga en las mejores condiciones. A esto se refiere un concepto que se hizo famosos en la transición española: el consenso.

El consenso, en el que participan realmente todas las instituciones, no es otra cosa que el acuerdo en las condiciones en que mejor se desarrollará el capital, es decir, el interés de los empresarios, contando con el punto de vista de los trabajadores. En el bien entendido que, si no hay acuerdo, el interés de los empresarios se impondrá, a corto, o medio plazo; puesto que es la lógica de todo el sistema.

La frase que explica perfectamente esta cuestión, y que se oye repetidamente, es : si le va bien a los empresarios, les irá bien a

los trabajadores; o mejor: a los trabajadores no les puede ir bien, si no les va mejor a los empresarios.

De todo ello deriva que dijéramos en algún momento, que hablar de partidos de izquierda y de derecha en el terreno político (o sea, en el terreno de las instituciones) no es muy importante para el mejor conocimiento de lo que es el comunismo, ni el socialismo. Y la razón es que, ambos, los partidos llamados de izquierda y los de derecha, son parte del aparato institucional en que basa el capital su reproducción. Ambos persiguen la misma finalidad; y ambos pueden, desempeñar su papel en solitario o, en diversas combinaciones. En Estados Unidos, ya vimos que, tanto los empresarios como los obreros, es decir los dos componentes del capital, se ven representados políticamente por dos partidos que dirigen, alternativamente, el conjunto de las instituciones, sin que, en este caso, tenga mucho sentido averiguar cúal es de izquierda y cual derecha.

En los países europeos es más frecuente que se combinen en la reproducción del capital varios partidos. Unos son considerados de derechas y otros de izquierdas. Unos se supone que representan a los empresarios, y otros a los trabajadores. Pero, como la realidad es que, unos y otros han de trabajar para una mejor reproducción del capital, el efecto que se consigue es que, los trabajadores elijan como su representante político a un partido de derechas (Aznar en España, Chirac en Francia, Berlusconi en Italia), o que, voten a quien voten, piensen que da igual que sean unos u otros. Esto es el reflejo de ese juego de funciones de los partidos en la reproducción del capital.

Esta es la razón profunda de que en los países donde la forma capitalista está más asentada, los empresarios no tengan la menor preocupación de que el gobierno esté dirigido por un partido de los llamados de izquierda. Saben que cumplirá con su papel: crear las
mejores condiciones para el desarrollo del capital.

En una palabra. Los partidos socialistas o comunistas europeos actuales, lo que se llama la izquierda política, es un instrumento del capital, es decir, de la relación de trabajo por cuenta

ajena. Es inútil, por lo tanto, que sin un cambio en sus funciones, se pretenda que sirvan para acompañar a los obreros en su camino hacia el conocimiento y la construcción de una sociedad comunista.

**La combinación de las instituciones: en función del interés de los capitalistas-**

Lo que acabamos de decir, debería ser entendido en sus justos límites. Solo se afirma lo que se afirma.

Si los obreros norteamericanos se sienten bien representados y bien defendidos por el partido republicano o por el partido demócrata de su país seria ilógico pedirles que formaran un partido que los defienda mejor.

Si los obreros europeos eligen, alternativamente, a partidos considerados, unos de derechas y otros de izquierdas, no tendría tampoco mucha lógica que dejaran de hacerlo de esta forma, puesto que así entienden que es como mejor defienden sus intereses.

Dicho esto, hay que aclarar lo siguiente.

Estos caminos elegidos por los obreros norteamericanos y europeos, son caminos diversos en la ruta de una forma de trabajar, el trabajo por cuenta ajena. Son diversos caminos, pero en la misma dirección. El objetivo común es lograr obtener las mejores condiciones de trabajo (y, por tanto, de vida), dentro del sistema del capital.

Estos caminos, por lo tanto, no van a reportar a los trabajadores, ni una práctica, ni una orientación, ni una educación, ni una introducción en una ruta, en la del trabajo colectivo por cuenta propia, en los caminos del comunismo.

Se trata de una conclusión teórica que, como es siempre función de la teoría, debería, o podría servir como letrero indicador, para poder comprobar si el movimiento obrero, o su núcleo más representativo en nuestro país, encarrila sus acciones, en una u otra dirección: trabajo por cuenta ajena, o por cuenta propia.

O, más exactamente si, se transite por el camino que se transite, la flecha de su proyecto marca la dirección, en la lejanía, de su preferencia por la organización por cuenta propia del trabajo en cooperación.

En un país como el nuestro, un trabajador concreto puede encontrarse desarrollando su trabajo por cuenta ajena o por cuenta propia, y dentro de este último caso, puede hacerlo en forma individual (campesino) o en forma cooperativa.

En todos estos casos puede, para mejor defender sus intereses, agruparse en asociaciones (sindicatos, partidos, agrupaciones, etc), pasando así a formar parte del conjunto de instituciones a través de las que se reproducen los procesos de trabajo que, en sus distintas formas, constituyen la producción.

Lo más sencillo, sería entender que, como hay tres formas de prestar el trabajo, individual por cuenta propia, colectivo por cuenta propia (cooperativo), y colectivo por cuenta ajena, a cada una de estas formas correspondería un tipo de instituciones.

Sin embargo, ya vemos que esto, con ser cierto pero no se presenta exactamente así. Los tres tipos de producción aparecen enlazados. Y se enlazan de una forma muy concreta. La producción capitalista es la que prevalece, pero de tal forma que permite la existencia de las otras dos; con la condición de llevar un desarrollo subordinado, sometido a la forma dominante.

Pues bien, las instituciones nacidas para su reproducción, se enlazan en la misma forma, de manera que las correspondientes a las formas de producción sometidas no puedan entorpecer a las dominantes.

Eso puede conseguirse de varias maneras.

Una es, que las propias instituciones de la forma capitalista, se encargue también de las reproducciones sometidas. Por ejemplo, el Ministerio de agricultura se ocupa de la reproducción de las tres formas de producción que se realizan en el campo.

Pero ello no impide que, al mismo tiempo, haya además instituciones propias, características de cada una de ellas (hay asociaciones de empresarios agrícolas y sindicatos agrícolas, para la forma capitalista; hay confederaciones y uniones de cooperativas de producción en el campo; y hay un tratamiento especial para los campesinos –autónomos- en la seguridad social), y esta sería otra forma, como vemos combinada con la anterior normalmente, de reproducción.

Una de estas formas de reproducción la tenemos en los partidos políticos. En los partidos podemos apreciar claramente estas combinaciones de aparatos utilizados en la reproducción (en la defensa de sus intereses –es otra manera de decir lo mismo-) de las distintas formas de reproducción.

Cuando una forma de trabajo es absolutamente más importante que la otras ( la capitalista en Estados Unidos), hemos visto cómo, en el terreno político –la dirección de las grandes instituciones, Parlamento, Gobierno, Tribunales-, uno de los dos partidos se encarga de defender los intereses de todas las formas de producción.

Sin embargo, en nuestro país y en el conjunto de Europa, la variedad de las formas de producción es más rica, y también, lógicamente, los aparatos institucionales utilizados para su reproducción

En los Estados Unidos, según vemos, todos los agentes de la producción encargan la gestión de sus grandes intereses generales a un solo partido político. (Llamamos agentes, a todos los individuos o grupos de individuos, más o menos organizados, que intervienen activamente en un campo determinado; agentes de la producción

serán: directamente, los trabajadores y los empresarios; y las asociaciones de unos y otros, indirectamente),

Pues bien, los agentes de la producción estadounidenses, apoyan su reproducción (y no olvidemos, la reproducción de sus relaciones) en un gran partido. Pero teniendo en cuenta lo dicho antes. Si el partido abre el camino al buen funcionamiento del capital, en ese buen funcionamiento del capital, en ese buen funcionamiento van incluidos los intereses generales de los trabajadores, tanto por cuenta ajena, como por cuenta propia (campesinos), puesto que se está hablando de exportaciones, de pago de impuestos, de mejoras en los transportes, etc, condiciones generales que afectan a todos lo agentes. Ahí es donde juega su papel el partido de Gobierno.

Sin embargo, para intereses más particulares de cada tipo de agentes, éstos se dotan de instituciones más especializadas. Los trabajadores por cuenta ajena montan sus sindicatos, con la finalidad de que defiendan sus intereses específicos frente a los empresarios. Los campesinos, a su vez, crean asociaciones propias para conseguir las condiciones más beneficiosas para su particular reproducción.

El ejemplo de los Estados Unidos se utiliza, por ser un caso, en que la relación de trabajo por cuenta ajena ocupa un lugar central en toda la problemática de la producción, y sobre todo, de su reproducción, y ello permite considerar con mayor claridad, los conceptos que estamos analizando.

Por lo demás, el planteamiento es similar en todos los países europeos, con las variantes que imponen las distintas combinaciones de formas de trabajo, y sus instituciones correspondientes.

En la medida en que la forma capitalista en la producción, es la principal en nuestro país, la reproducción de sus condiciones más importantes las aseguran las instituciones centrales (Parlamento, Gobierno, Administración, Tribunales), dirigidas por un gran partido (apoyado si es necesario en otros de menor peso). Estas condiciones esenciales, son comunes a las otras formas de

producción. O sea, las condiciones generales de la reproducción de todos los agentes de la producción, en sus distintas formas, vienen gestionadas por el partido del gobierno, con independencia de su nombre y color.

Los intereses particulares de cada tipo de agentes (empresarios, trabajadores por cuenta ajena, campesinos, cooperadores), son encargados a instituciones especializadas, cuya especialización viene dada por la participación particular que cada agente le encarga a la suya.

La institución sindical, los sindicatos, de una parte, y las asociaciones de empresarios por otra, son el ejemplo más visible de las instituciones que velan por los intereses particulares de un tipo de agentes concretos. Y la primera observación en el campo teórico, consiste en situar, en indicar el "lugar" que les corresponde en el campo de las instituciones.

Se trata de instituciones de segundo escalón, subordinadas, sometidas, a aquellas que tienen el encargo del buen funcionamiento de la reproducción del capital, de crear las condiciones que faciliten su desarrollo. Sin embargo, constituyen, a su vez, un elemento firme en que se apoya la efectividad de una reproducción flexible y sin sobresaltos. Tanto su inexistencia, como la extensión de sus funciones más allá de su campo concreto, produce los efectos de la falta de una pieza en un mecanismo ajustado, o de su colocación deficiente

Hecho el recorrido teórico anterior, ahora ya podríamos hacer un ejercicio práctico que consistiera en encontrar el "lugar" que correspondería a cada una de las instituciones que más nos interesan, colocándolas según las indicaciones que recibamos de la forma de trabajo que la creó y le da sentido.

El Partido Socialista Obrero Español (P.S.O.E.), el Partido Comunista de España, la Unión general de Trabajadores (U.G.T.) y Comisiones Obreras (C.C.O.O.), y la Confederación General del Trabajo (C.G.T.), serian las instituciones que constituyen el movimiento obrero organizado español en la actualidad (con otros partidos y sindicatos menores).

U.G.T, P.S.O.E y el movimiento anarquista concretado en el anarco-sindicalismo tienen sus raíces como vimos, en la respuesta que los trabajadores dan al proyecto que los propietarios tienen sobre sus medios de trabajo. Distinguiendo, cuando el propietario es al mismo tiempo el trabajador (campesinos, y artesanos de oficios en ciudades y pueblos), y cuando el propietario, gran propietario, contrata a los trabajadores para que ellos pongan en funcionamiento, sus fábricas, sus talleres, sus minas, sus barcos, sus tierras, sus construcciones.

La respuesta de los trabajadores es, en estos principios, claramente defensiva, y al mismo tiempo poco concreta, poco definida. Son los tiempos de las propuestas de revolución, al mismo tiempo que de defensa de las condiciones del trabajo diario.

El trabajo por cuenta ajena todavía no se ha convertido en nuestro país en la forma general de trabajar; el capital no se ha asentado aún en todas las ramas de la producción, y por tanto, no dispone todavía de las instituciones que aseguren su reproducción con fluidez. Los ferrocarriles, por ejemplo, no empiezan a funcionar hasta la segunda decena del siglo XIX; y la guardia Civil, como institución defensora de la propiedad y de la seguridad de los caminos, nace mediado ese siglo.

El Partido Comunista, y más claramente el sindicato Comisiones Obreras, son, sin embargo una respuesta, ya concretamente a un capitalismo protagonista de la producción, y ordenador principal del juego de las instituciones.

Hasta este momento, en que el capital se generaliza como forma de trabajo, particularmente en las industrias, y toma las riendas de las instituciones, que lo reproducen y multiplican, no se produce una clarificación visible y evidente en estos partidos y sindicatos que estamos considerando.

Hay que pensar que hasta 1.917, no hay una respuesta propia, del lado de los trabajadores, a la organización de la producción por parte de los propietarios. Una respuesta teórica y

práctica. Es la primera vez que se ordena el trabajo, siguiendo unas reglas que no son las del capital.

El movimiento obrero europeo, reacciona clarificándose, en muy buena medida.

El partido comunista español, se alinea con el ruso. El partido socialista, no. Y como consecuencia, se separan.

Hasta ese momento, partido y sindicato socialista, han funcionado como instituciones encargadas de la reproducción (en las mejores condiciones posibles) de los trabajadores, ya fueran éstos por cuenta propia, ya lo fueran por cuenta ajena. Sus tareas, por tanto, han sido, básicamente, agrupar a los trabajadores, asociarlos por oficios y por zonas, prepararlos para una defensa ordenada y colectiva de sus condiciones de trabajo.

Con estas prácticas tan sencillas, los trabajadores van tomando conciencia de su situación en la producción y de la importancia de la acción en conjunto, no individual. La continuidad necesaria en estas acciones, les lleva a la agrupación en asociaciones permanentes; y el contacto frecuente les permite reunir experiencias y reflexionar sobre ellas.

Este trabajo de maduración, tiene un hito, un alto importante, con la experiencia rusa. Con el inicio de esta experiencia, una parte del movimiento obrero español, cree haber encontrado la alternativa de los trabajadores a la organización de la producción de los propietarios de los medios materiales de la misma, así como a su organización institucional: son los comunistas.

Otra parte, los socialistas, se ven obligados a decidir si están, o no, a favor del comunismo ruso. Tardan en decidirse, pero al final se separan de ese camino. Es una fase muy importante en el camino propio de los partidos y sindicatos socialistas europeos.

A partir de entonces, renuncian a un camino propio, distinto del capital, y aceptan la organización de la producción que hace el capital, pero desempeñando, como institución especializada, la reproducción (representación y defensa) de los trabajadores. Esta

función resulta un poco desdibujada, en las ocasiones en que este partido actúa al mismo tiempo como director de las instituciones de reproducción del capital, es decir, cuando dirige al Gobierno.

El sindicato socialista, sin embargo, soporta mejor esta última situación. Al fin y al cabo, su función es colaborar con el capital, con el fin de obtener las mejores condiciones en el trabajo, y en general, en la reproducción de la vida de los trabajadores.

El cambio, decíamos que, particularmente visible a partir de la experiencia rusa, ha consistido principalmente en abandonar un claro anticapitalismo que hasta entonces sostenía, y que durante algún tiempo mantuvo en sus palabras, en sus afirmaciones. Pero, la práctica se impuso

El partido comunista, pasada la experiencia rusa, ha pasado a situarse en una posición muy similar a la del partido socialista. La vía del comunismo ruso los separó, y el agotamiento de ésta, los volvió a colocar en caminos paralelos. Su práctica es esencialmente la misma, aunque en sus manifestaciones públicas ha tardado más en abandonar su anticapitalismo. Un anticapitalismo que, como en el caso socialista, nunca quedó claro en qué consistiría.

Ocurre igual con el anarco –sindicalismo. La C.G.T. es un sindicato más. Con su estilo propio, pero con una función práctica similar a los demás sindicatos; la representación y defensa de los trabajadores en su relación con el capital. Ahora bien, su anticapitalismo, en sus proclamas, en sus manifestaciones habladas y escritas, permanece mucho más presente que en los otros dos casos; si bien hasta el presente no han logrado una fiabilidad en sus propuestas anticapitalistas que haya permitido aparecer éstas como realizables.

Esta falta de proyecto propio, es lo que hace que, según indicábamos, en los E.E.U.U., el propio partido de los empresarios (que éste sí tiene proyecto propio), acoja como función propia la defensa de los trabajadores. Y no solo, en los E.E.U.U., en Europa, en nuestro país, ocurre lo propio. El proyecto de los empresarios, representado por su partido, pasa a englobar la relación entera del

capital, propietarios y trabajadores. Si esta relación funciona bien, no hace falta ningún partido que defienda a los trabajadores. Y si existe, como es en nuestro caso, lo que hay que conseguir es un buen entendimiento entre las representaciones de empresarios y trabajadores, para que así se desarrolle bien el modelo del capital.

El hecho de que el tipo de trabajo, de producción que se trata de desarrollar, de reproducir, por parte de todas las instituciones (empresariales o de los trabajadores), sea el mismo, hace que éstas se parezcan en sus funciones, y que incluso, unas sustituyan a las otras. Este mismo fenómeno, nos hacía decir en páginas anteriores, que hablar de instituciones, de partidos, de izquierdas y de derechas, no tenía un significado muy concreto, y no nos servia de gran ayuda en el aprendizaje teórico y práctico de lo que sea el comunismo.

Es decir, nos estamos moviendo en un terreno histórico y geográfico concreto. Estamos considerando ahora la Europa actual, junto a E.E.U.U., Japón, etc. Se trata de una producción capitalista. En algunos países aún tiene una presencia notable (cada vez menor), el campesinado, pero su producción propia se haya sometida a la producción capitalista.

Con una producción capitalista dominante, las instituciones que hacen de instrumento de su reproducción han de tener todas unas funciones esenciales idénticas, o mejor dicho, apuntando todas en la misma dirección. Pueden repartirse las funciones, especializándolas, pero todas apuntan en la misma dirección. Esas funciones especializadas pueden ser: la atención concreta a las condiciones –higiene en el trabajo, seguridad, duración del contrato, salario, ingreso y separación del puesto de trabajo, vacaciones, descansos, indemnizaciones –de los trabajadores en el trabajo y en su vida diaria; las condiciones en que los empresarios desempañan su actividad –equipos industriales, suministro de energía, transporte, impuestos, créditos de los Bancos, eficacia de las Administraciones -
.

La dirección a la que apuntan todas las instituciones es la obtención de la ganancia media por parte de los empresarios, y da lo mismo qué partido, qué sindicato, dirige y gestiona la institución que

sea; tanto si es el Gobierno, el Parlamento, o el mayor y más fuerte de los sindicatos. Todos se alinean en una dirección que facilita el objetivo señalado más arriba. En ese sentido, no tiene significación ninguna el anticapitalismo que predique el partido o sindicato que sea. En ese sentido, no tendría significación la palabra comunista o socialista en el nombre de los partidos que las llevan.

Si la teoría, nos indicaría lo que acabamos de señalar, la práctica nos confirma que la afirmación de los propios partidos de ser de izquierdas, por ser los que mejor representan los intereses de los trabajadores en sus relaciones de trabajo y en sus condiciones de vida, viene desmentida reiteradamente por los propios trabajadores, al preferir ser representados por partidos que se sitúan (ellos mismos lo manifiestan) en la derecha. Por ejemplo en España, con Aznar, en Francia con Chirac, en Italia con Berlusconi, en E.E.U.U. con Bush. El hecho de que, no siempre sea así, y a veces prefieran los trabajadores a comunistas y socialistas, quita toda significación práctica a esta determinación de partidos de izquierda "porque defienden mejor los intereses de los trabajadores". Denominarse ellos mismos de izquierda, podría tener otros sentidos, pero éste que ponemos entre comillas, no; porque no son ellos, sino los trabajadores, quienes han de decir qué institución prefieren que se haga cargo de su reproducción

El movimiento obrero organizado en Europa, es hoy, como vemos, una parte importante del aparato reproductor del conjunto de agentes que participan en la producción europea, pero su actuación viene guiada por los representantes institucionales de quienes dirigen esa producción.

Un trabajo por cuenta ajena viene siempre dirigido, no por quien trabaja sino por aquel para quien se trabaja, el empresario, el propietario de los medios de trabajo. El conjunto de empresarios, por lo tanto, dirige la producción; y su reproducción la dirigirán el conjunto de instituciones que ellos montan para este fin.

En este esquema, puro y simple, el socialismo y el comunismo no tienen ningún lugar. Eso podría uno pensar, no ya en la teoría, como acabamos de hacer, sino contemplando una

determinada práctica, por ejemplo la producción y reproducción estadounidense.

No obstante, hay que admitir, que la existencia en Europa, particularmente, de partidos políticos y sindicatos, que se sitúan en lo que se entiende como una postura socialdemócrata, merece que volvamos unos instantes sobre este asunto.

De una parte, se trata de instituciones, que admiten en su base teórica, y buscan en sus actuaciones, en su práctica, la reproducción del capital.

De otra parte, pretenden hacerlo de una forma especial: prestando una atención particular a la reproducción de los trabajadores, de los obreros.

Ellos, los socialdemócratas, lo presentarían seguramente de otra forma. El eje central de su acción se situaría en la defensa y promoción de los intereses de los obreros, en su trabajo y, por lo tanto, también en sus condiciones de vida (sanidad, educación, seguridad social, cultura). Procurando, al mismo tiempo, y en la mayor medida posible, el protagonismo de los propios trabajadores en la formulación y gestión de estas funciones. Y sin descuidar, naturalmente, la búsqueda de la mejora constante en la prestación del trabajo, que permita alcanzar grados de productividad cada vez mayores, base de unos salarios cada vez más acordes a sus necesidades.

Estas cualidades de la socialdemocracia, hacen de sus partidos (socialistas y comunistas), de manera especial, pero también a sus sindicatos, los instrumentos más cercarnos y más adecuados, como lugares de reflexión y pensamiento sobre el comunismo, entre los trabajadores; y como consecuencia focos de acción guiada por ellos; acción reflexionada, proyectada y guiada por los propios trabajadores.

El comunismo no es nada extraño en el seno de la socialdemocracia. Esta palabra, durante mucho tiempo, significó lo mismo que socialismo y comunismo. Socialdemócratas antiguos,

socialdemócratas de ahora, socialistas y comunistas, han partido de una misma posición: el trabajo visto desde el lado del trabajador.

En su larga experiencia, unos y otros han cambiado, han evolucionado, han ido ajustando sus ideas, su organización, el rumbo de su acción. A veces se han separado, y algunas veces, se han combatido. Todos se conocen, y saben cuál es la posición actual de cada cual. Posición que en este momento no comparten, pero que en algún momento les era común.

Esta circunstancia favorece que en su interior puedan convivir diversos proyectos que, siendo distintos, lo que no son es contrarios.

De hecho, en la realidad, el movimiento obrero actual en nuestro país es variado; lo componen diversas instituciones, que conviven con bastante normalidad, y que mantienen una ya larga estabilidad; desempeñando la representación de varios conjunto de trabajadores.

Lo vemos con más detalle.

**La vertiente institucional del movimiento obrero actual en nuestro país. El papel que juega.-**

El primer grupo de trabajadores al que vienen referidas las instituciones del movimiento obrero español, son aquellos que prestan su trabajo por cuenta ajena, o sea, por cuenta de un empresario. Son los trabajadores de la producción capitalista.

¿Qué significan para estos trabajadores las instituciones del movimiento obrero?, ¿qué esperan de ellas?, ¿qué pueden esperar?

El primer lugar, del sindicato esperan, que negocie en su nombre con el empresario, o con la asociación de empresarios, las

condiciones concretas de su trabajo; estableciendo por sectores, a través de los convenios colectivos, la jornada, los salarios, las vacaciones, los rendimientos, etc. El sindicato, igualmente los asesorará y defenderá en cualquier asunto que surja con el empresario. El sindicato estará, igualmente en su nombre, en otras altas instituciones (Consejo Económico y Social Europeo, asesor de los órganos superiores de la Unión Europea; y en la Organización Internacional del Trabajo – O.I.T.) para hacer oír la voz de los trabajadores en esos niveles.

Cuando todas estas acciones, o alguna de ellas, no alcanza su finalidad, el Sindicato propone acudir a la huelga, el cese temporal en el trabajo, para mejor presionar sobre el empresario; organizando su anuncio, las condiciones de su desarrollo, llevando las negociaciones que se puedan producir durante la misma, así como, el momento y la forma de poner fin a la misma.

¿Pueden esperar los obreros de los sindicatos, que a través de todas estas acciones, los lleven hacia el comunismo? No. Estas acciones no apuntan, ni de lejos ni de cerca, hacia el comunismo.

¿Pueden esperar de ellos que les ayuden, con estas acciones, a combatir y destruir el capitalismo? No. Por el contrario, se trata de hacerlo funcionar mejor; que se trabaje mejor; que el empresario gane más, y los trabajadores también. La acción de los Sindicatos no apunta a la debilitación y destrucción del capitalismo, sino a su mayor ajuste y desarrollo.

Sin embargo, con frecuencia, suelen expresar públicamente su anticapitalismo (unos más que otros). ¿Esto qué significa? Seguramente su recuerdo de cuando eran anticapitalistas. Hoy, la práctica, la experiencia, el papel que realmente juegan, les ha hecho más cuidadosos con sus expresiones (antes, las empresas multinacionales eran el gran enemigo, hoy desean que abran centros de trabajo en nuestro país). Quizá no han olvidado el proyecto comunista, el proyecto de un mundo regido por los trabajadores; aunque su práctica les obligue a colaborar en un proyecto, el capitalista, que no les entusiasma. Este rescoldo puede ser un suelo favorable para el cultivo de proyectos comunistas atrevidos y viables.

En segundo lugar, como instituciones del movimiento obrero, están los partidos políticos.

¿Qué esperan, o pueden esperar los trabajadores del Partido Socialista Obrero Español o del Partido Comunista (Izquierda Unida)?

Esperan que las instituciones centrales (Parlamento, Gobierno), donde estos partidos tienen presencia, vayan señalando condiciones generales de vida (vivienda, trabajo, sanidad, pensiones, educación) los más favorables posible para los trabajadores, sabiendo, no obstante, que todo esto ha de ser consecuencia de que a los empresarios les vaya bien o muy bien. El camino hacia esas mejoras generales, pasa por una mayor productividad del trabajo, por lo tanto, se trata- dirán estos partidos- de trabajar mejor para vivir mejor.

¿Se puede esperar, de esas actuaciones que estos partidos nos lleven hacia el comunismo? No. Todo lo contrario, con estas actuaciones, no hacen otra cosa que mejorar la gestión de la producción capitalista, y ayudar a su desarrollo.

Ambos partidos, no obstante su práctica, tienen a sus espaldas antiguos proyectos, nacidos en contra del capitalismo, y cuyo desarrollo nunca encontró, ni el lugar ni el tiempo adecuado. Es, asimismo, un rescoldo de fácil acogida a cualquier proyecto viable que apunte al protagonismo de los trabajadores, no solo en la gestión, sino en la dirección de la producción, y como consecuencia, de todo el aparato institucional.

El segundo grupo de trabajadores con que se encuentran en la producción española las instituciones del movimiento obrero, son los trabajadores por cuenta propia en procesos individuales de trabajo. Los más numerosos realizan su actividad en el campo, pero también los hay en el transporte, comercio, artesanía, servicios.

Se trata de una forma de trabajo no capitalista, y por lo tanto, en principio, el sindicato no les es preciso, como institución, para reproducirse (no tienen que enfrentarse al empresario).

Es una forma de trabajo, cuya mayor debilidad viene del bajo nivel de productividad, comparado con el proceso de trabajo capitalista. En la mayor parte de sectores compiten con él.

Esto tiene como consecuencia su enorme dependencia del capital, sobre todo a través de las instituciones que lo reproducen. El Ministerio de Agricultura, el de Industria, el de Trabajo, como grandes instituciones del capital, son las que se hacen cargo de suplir estas debilidades, compensándolas con subvenciones, ventajas en el pago de impuestos, en el consumo de energía, en los seguros, etc.

En este sentido, como vemos, su dependencia del capital, no es directa, sino a través de las instituciones. De ahí se deriva su frecuente anticapitalismo superficial, y sin embargo, su total dependencia de las instituciones para poder sobrevivir.

Esta inseguridad en su funcionamiento autónomo, en su reproducción (tienen muy claro que el capital se los va comiendo, y que cada vez son menos, y con menos fuerza), hace que, unas veces apoyen a los partidos socialdemócratas y otras a los del empresariado, según entiendan cuál de ellos le ayudará más desde la dirección de las instituciones.

Estos trabajadores, sobre todo los campesinos, al no tener proyecto propio, han sido en toda Europa, considerados como parte propia de otros grupos distintos. Los partidos de los empresarios siempre han tratado de considerarlo como fuerza propia, y los comunistas, con frecuencia los han contado también entre los suyos.

¿Qué pueden esperar estos trabajadores de los partidos socialdemócratas, P.S.O.E y P.C.E ?

En cuanto estos partidos tienen influencia en las instituciones reproductoras (de ellos y de los trabajadores del capital) – a veces llegan a dirigirlas -, han de esperar las mejores condiciones, siempre, claro, respetando las exigencias del capital.

Como ven, para sí mismos, un porvenir oscuro (el capital les va quitando terreno constantemente), no tienen proyecto propio a

largo plazo, y se centran, como vemos en el caso de los campesinos con las subvenciones europeas, en el corto y medio plazo (los hijos, normalmente no siguen la profesión del padre).

Esto es lo que esperan y pueden esperar de unos partidos que tienen una práctica socialdemócrata.

Pero estos dos partidos tienen una historia, y un imaginario, en el que cabían, y caben, formas de trabajo que permitan, al mismo tiempo, hacerlo por cuenta propia, y el hacerlo en forma asociada para superar las limitaciones a la productividad, propia de los procesos de trabajo individuales.

Este fue, quizás, el problema más grave que se planteó a Lenin, cuando buscó una solución comunista al proceso de trabajo individual. Seguramente no se disponía en ese momento, ni de las condiciones técnicas, ni de la madurez teórica, que han proporcionado las numerosas experiencias posteriores.

El problema, como hemos visto más atrás, no era un problema campesino; era un problema general: la baja productividad del trabajo.

Los capitalistas rompieron esta barrera, con sus medios materiales y con sus métodos, y consiguieron lo que ellos mismos llamaron la revolución industrial. En realidad, no era “la” revolución industrial, sino “su” revolución industrial. ¿Y la revolución agrícola, por qué no la hicieron? Sí que iniciaron la penetración del capital en la agricultura, pero a un cierto nivel se les paró; los ritmos, los ciclos materiales del campo no podían seguir la loca carrera que consiguió la industria. Y el trabajo por cuenta propia se quedó clavado en el campo, y en él se lo encontró Lenin, y en él nos lo encontramos en la Europa de hoy.

La revolución industrial no la hicieron los trabajadores, sino que la dirigieron los dueños de los medios materiales del trabajo, imponiendo sus condiciones, sus intereses a los de los trabajadores. Los límites a la productividad individual en la industria no los rompieron los artesanos, los trabajadores. No sabemos cómo, ni

cuándo hubieran roto estas barreras los propios trabajadores, con sus medios materiales y con sus métodos.

Lenin y sus colaboradores del Partido Comunista hicieron una propuesta, incitaron, a los campesinos rusos, a que hicieran su "revolución campesina". Tenían sus medios –la tierra era suya, y sus aperos y animales también-, y las instituciones (el Gobierno y el Partido) proponían reforzar esos medios, y ayudar en los métodos, en la forma de hacer.

El ritmo que querían los bolcheviques para el crecimiento de la industria, exigía a la agricultura un ritmo parecido. El mando único y vertical, heredado del capitalismo industrial europeo, permitió que la industria rusa alcanzara un crecimiento extraordinario de la productividad, a costa, es cierto, de copiar los métodos del capitalismo. Pero la agricultura era otra cosa, los campesinos no eran los obreros industriales, "educados" ya en los métodos capitalistas. Ellos habían de encontrar su camino para superar los límites de su baja productividad.

Eran dos caminos posibles.

Uno, el camino copiado del capitalismo. Otro, el camino elegido y creado por los propios trabajadores. Stalin eligió el primero y lo impuso a los trabajadores. Estos, igual que los trabajadores de la industria, vieron cómo les venía impuesta una organización del trabajo en la que ellos no decidían nada.

Como ya hemos visto, esta experiencia no acabó bien para los obreros, ni para los campesinos, que setenta años después, esperan la ocasión de ensayar "su" experiencia, en la que ellos decidan cómo organizar su asociación para, juntos, romper el límite de su baja productividad.

Esta experiencia de los comunistas rusos, puede animar a los partidos socialdemócratas españoles a trabajar con los campesinos españoles en este camino de asociación, cooperación en el trabajo, y ensayo de un modo de trabajar, no capitalista, y que, con toda propiedad se le puede llamar socialista o comunista

El tercer grupo de trabajadores con los que se encuentran los partidos socialistas y comunista en nuestro país son los de las cooperativas o sociedades laborables.

Se trata de asociaciones de trabajadores, dueños de sus medios de trabajo.

Estas dos características, ser dueños de sus medios de trabajo, y hacer éste de manera asociada, convierten a estos trabajadores y su forma de producir, en una figura del máximo interés.

Son trabajadores por cuenta propia, y en esto se parecen a otros trabajadores que ya hemos visto: campesinos y artesanos (y, como hemos visto, en otros muchos sectores).

Pero no intervienen en procesos de trabajo individuales, sino en procesos colectivos; y en esto se parecen a los trabajadores del capital.

No tienen el gran inconveniente de los primeros: su baja productividad, proveniente de las limitaciones propias de un proceso de trabajo individual.

No tienen el grave inconveniente de los segundos: lo que producen no es de su propiedad sino del empresario.

Al ser dueños de sus medios de trabajo, y ser ellos mismos los trabajadores, los productos de su trabajo les pertenecen, lo que quiere decir que pueden dominar, controlar, la reproducción del proceso de trabajo, y por lo tanto, su propia reproducción.

Si pueden dominar la reproducción de su proceso de producción, quiere decir que pueden dirigir las instituciones que dan forma a esa reproducción.

Los rasgos teóricos que estamos dando, permiten apreciar que estamos hablando de una forma de producir, capaz de funcionar sola, de reproducirse con sus propios recursos; que no necesita

apoyarse en ninguna otra para existir, y que tiene, por tanto, capacidad para extenderse, sin más obstáculos que los que le presenten las otras formas de producir; encerrando, asimismo, la posibilidad de una convivencia cómoda con las otras dos formas de producir.

Teóricamente, se trata de la figura de trabajador que tiene la posibilidad de echar a andar en la senda de la construcción del comunismo, al reunir las condiciones que señala el socialismo marxista.

Lenin lo entrevió, al considerar teóricamente a las cooperativas; pero el comunismo que iban montando en ese momento en Rusia, partía de unas condiciones muy complicadas. En ese momento, era materialmente imposible, culturalmente imposible, que los trabajadores rusos, (obreros y campesinos) iniciaran la colocación de los cimientos del comunismo. Sus representantes, el partido comunista, eligieron un camino, que impedía la labor propia de los trabajadores, al sustituir su labor lenta y profunda, por los proyectos rápidos elaborados por la plana mayor del partido, a los que solo se podía contestar ejecutándolos.

El trabajador ruso no se encontró con las condiciones que hoy tiene un cooperativista europeo, español.

El partido comunista ruso colocó al obrero y al campesino en el centro de la revolución. Pero los colocó como beneficiarios de ella, no como protagonistas. Lo primero es complicado (y lo fué), pero lo segundo es mucho más.

El partido comunista ruso pudo ordenar y dirigir la producción, no porque era un partido político (que es una institución), sino porque era el dueño de todos los medios de trabajo. Los trabajadores solo eran sus empleados.

El partido comunista español y el socialista, no son hoy, en nuestro país, más que una institución, y están, por tanto, al servicio de la producción. Y, en la producción, están, principalmente, al servicio de quien en la producción aparece como el dueño de los medios de trabajo.

Su posición, por lo tanto, es muy distinta de la del partido ruso, respecto a los trabajadores.

**Instituciones comunes e instituciones específicas. En su conjunto realizan la reproducción de todas las formas de producción.**-

Decimos que el partido socialista y el partido comunista en nuestro país, están, como todos los partidos políticos (como todas las instituciones), al servicio de la producción, puesto que son un instrumento suyo para reproducirse, para vivir y extenderse.

Como hemos referenciado ya, las formas de producir, de trabajar, en nuestro país, son tres.

A estas formas de trabajar, corresponden tres maneras de reproducirse, y por tanto, tres tipos de instituciones que hacen esta labor.

A esto, como vimos, hay que añadir una corrección. Estas tres formas de producir no se dan separadas, una al lado de la otra, sino que funcionan enlazadas, relacionándose constantemente entre sí.

Y no se relacionan de una forma cualquiera, al azar, sino que su relación es de dependencia, de subordinación, de sometimiento.

La forma capitalista es la dominante, y las otras dos, las subordinadas; de forma que, solo respetando los movimientos esenciales del capital, se pueden desarrollar las otras dos.

Esto se corresponde, se transmite, a las instituciones, de manera que podemos observar lo siguiente.

Una institución propia de la reproducción capitalista, como son los Bancos, por ejemplo, son utilizados ampliamente por las otras dos formas.

Las instituciones propias de campesinos y cooperativistas, en lo que se refiere a su contabilidad, seguridad social, obligaciones fiscales (impuestos), deben adaptarse (se han de homologar) a las instituciones capitalistas.

De manera que, la tendencia es a que, las grandes instituciones tengan la capacidad de reproducir los procesos de trabajo correspondientes a las tres maneras de producir. Pero, sirviendo de modelo la forma capitalista. Se pueden crear instituciones propias de campesinos y cooperativistas, pero una gran institución capitalista (Ministerio de Hacienda, Banco de España, Ministerio de Trabajo) señalará las condiciones que han de cumplir.

Esta es la forma en que la producción dominante, a través de sus instituciones, somete a sus condiciones a las otras formas y a sus correspondientes instituciones.

Dentro de estas reglas se mueven los partidos políticos, y entre ellos el partido socialista y el partido comunista, en su función de reproducir las tres clases de producción.

Ya hemos visto, las funciones que les asigna la producción en cada una de sus formas.

En la capitalista, su función es: o bien dirigir todas las instituciones esenciales para la reproducción, si está en el Gobierno; o bien, colaborar con el partido de los empresarios en la reproducción del capital, y de una manera especial, en la parte obrera de esa relación.

En la campesina y demás trabajadores individuales, su función seria, en la medida en que se trata de partidos socialistas o comunistas, colaborar en la reproducción de estos procesos no capitalistas de trabajo, apostando, como en principio hizo Lenin, por un camino propio de superación de su debilidad, a través de su progresiva utilización en común, tanto del propio trabajo, como de

los medios (maquinaria, técnicas, abonos) más importantes de trabajo, y creando para ello las asociaciones, con las formas y funciones que ellos decidan. No hay para ellos otro camino.

Como no sea el que les propone el capital. Formar parte de una gran empresa capitalista, desempeñando una función muy concreta, y sin participar para nada en la gestión o dirección del conjunto. Es el caso de granjas de cría; las grandes empresas proporcionan las crias, el pienso, y luego compran los animales, listos para el mercado. O, igualmente el cultivo de especies, cuya simiente proporcionan, y cuya cosecha comprarán; de forma que ellos deciden los precios en uno y otro caso. En realidad se trata de trabajo por cuenta ajena, convenientemente disfrazados a efectos de seguridad social, condiciones de trabajo, etc.

Y, por fin, el papel de los partidos socialdemócratas españoles, ante la producción asociada de trabajadores dueños de sus propios medios, se correspondería con el que desempeña el partido de los empresarios en la reproducción de sus capitales. Es decir, sería como dice el refrán: cada cual con su pareja.

Esto de “cada cual con su pareja”, lo hemos considerado ya. Cada forma de trabajar, tiene su institución o sus instituciones propias.

La forma de trabajo individual (o familiar) por cuenta propia (campesinos, artesanos, transportistas, comerciantes, etc.), no tienen instituciones propias, utilizando para su reproducción las del capital. La explicación es que no es una forma de producir autónoma, independiente, dominante; ni lo ha sido nunca, ni es previsible que lo sea. Con anterioridad no lo ha sido, porque como hemos visto, su reproducción estaba dirigida por los señores (los nobles y la Iglesia). En el futuro, presenta el grave inconveniente de que su productividad es mucho menor que la de las otras dos formas de trabajar, dado que éstas aprovechan las grandes ventajas que proporcionan la cooperación y la producción en gran escala (en masa). Subsiste, solo con grandes apoyos (subvenciones), u ocupando resquicios que las otras formas no encuentran de interés. Excluyendo, por no tratarse de productos de gran consumo

(consumo ordinario), ni poderse elaborar por un trabajo ordinario (que lo puede repetir otro trabajador), el caso de los artistas. Su producto no se vende por su valor, sino por su precio (es irrepetible, no hay competencia).

En una palabra: podríamos decir que esta forma de trabajar no tienen pareja institucional propia; la toma prestada.

El trabajo por cuenta ajena, tiene un formato más complicado; lo forman, de una parte los trabajadores (es colectivo), y de otra, el "ajeno", aquel por cuenta del cual se trabaja. Y, esta relación es la que se ha de reproducir. No se trata de reproducir solo al empresario, ni solo al obrero, ni solo al empresario y al obrero. Hay que reproducir, al empresario (como individuo –lo que gasta en comer, vestir, ocupar una vivienda), al trabajador (también como individuo), y a la relación entre ambos (uno decidiendo, otro obedeciendo).

Reproducir esa relación no simple, sino complicada, es la misión que cumplen las instituciones propias del trabajo por cuenta ajena, del capitalismo. Por lo tanto, no se trata de instituciones simples, sino complicadas, complejas, compuestas; pero con una función común.

Sin salir de la producción, podríamos ver un ejemplo de herramientas –en este caso- de actuación aparentemente contrapuesta, pero con una función común. En una fragua, el martillo y el yunque, no hacen otra cosa que golpear el uno al otro, parece que acabará rompiéndolo, y de hecho algún día uno (con el tiempo) acaba rompiendo al otro. Pero su función, con ser, golpear el uno y aguantar el otro, no es esa, aparente, sino otra: dar forma al hierro al rojo.

Las instituciones capitalistas son como esas herramientas, que para moldear el hierro necesitan varias actuaciones llevadas a cabo por varios elementos: el martillo, el yunque y el fuego; y cuando parece que uno lo quema, y los otros lo van a romper a golpes, resulta que lo que hacen es moldearlo, darle forma nueva.

Cuando se enfrentan las instituciones de los empresarios (asociaciones patronales, y partido o partidos políticos propios), con las instituciones de los trabajadores (sindicatos y partidos obreros), parecen que sean el fuego, el martillo y el yunque. Parece que se van a destruir (y a veces se destruyen –no hay más que recordar nuestra guerra civil, o menos dramático, la desaparición o quiebra de una empresa, o el hundimiento de un sindicato-); pero su función, lo que con su continuo enfrentamiento persiguen, no es la destrucción del contrario, sino la reproducción del capital, la reproducción de la relación en que han entrado para producir.

El capital, la relación productiva a la que llamamos capital, necesita para reproducirse, una aparato institucional compuesto por varias instituciones, que actúan enfrentándose entre sí, pero persiguiendo, en común, no el enfrentamiento entre sí, sino la reproducción de la relación productiva.

Por lo tanto, no se trata de instituciones que tienen una función propia reproductora. Un sindicato obrero, un partido político obrero, no tiene por sí mismo función de reproducción del capital, ni siquiera la función de reproducción del propio obrero. Lo mismo ocurre con la asociación o el partido empresarial; no tienen capacidad de reproducir el capital.

El aparato institucional que reproduce al capital, es compuesto. Es un solo aparato, con una sola función; pero está compuesto de partes, de elementos. Como la fragua.

**El objeto global a reproducir es la relación capitalista misma.-**

Lo que estamos haciendo, es afinar los instrumentos teóricos con los que tratamos los fenómenos tal como se nos presentan, para mejorar nuestro conocimiento sobre su funcionamiento.

La simple apariencia de los fenómenos nos ofrece un conocimiento muy limitado sobre los mismos; la teoría nos alumbra zonas que sin ella permanecen oscuras.

Las apariencias nos dicen que en el capitalismo, los empresarios y los obreros luchan entre sí. En esta lucha los obreros llevarían las de perder. La meta de su lucha, sería, por lo tanto, acabar con los empresarios. Y, en esta lucha, el socialismo estaría de su lado. El socialismo, el comunismo, el movimiento que lleva estos dos nombres, acompañaría a los obreros en su empeño en acabar con los empresarios y su explotación.

En un primer momento, así lo entiende el movimiento obrero. La lucha contra la explotación del empresariado es a muerte. Así lo entiende el movimiento, y así lo entienden los obreros.

La larga experiencia de un siglo de luchas, acaba imponiendo otra visión. No se trata de eliminar a nadie. No se trata de vencer a nadie. Se trata de ir logrando mejorar la relación de trabajo establecida con el capitalista. Y la relación se mejora, principalmente, haciendo el trabajo más productivo. De esta forma, el capitalista gana más dinero, y el obrero mejora su salario, su seguridad social, su modo de vida.

En resumen, el enfrentamiento con el capitalista, no lleva a la eliminación de éste, sino que, por el contrario, refuerza y mejora la relación de éste con el obrero.

El capital consiste, precisamente, en esta relación tirante, entre el trabajador (el obrero) de una parte, y el propietario de los medios con que trabaja éste (al que llamamos empresario).

En esta relación que hemos caracterizado como “tirante”, esa tirantez no es una (anomalía) rareza dentro de la misma; es que es así “siempre”. Eso es el capital: una forma de trabajar, en la que el trabajador, por no disponer de los medios de trabajo, utiliza unos ajenos. El trabajador “tiende” a controlar los medios que él hace funcionar; el propietario de los mismo “tiende” a hacer suyos la

mayor parte de los productos que elabora (o su valor); el propietario "tiende" a apropiárselos él, porque suyos son todos los materiales con los que se han fabricado.

Estas dos fuerzas tienen ambas un tope. Si se supera el tope, se rompe la relación.

El obrero puede tirar hacia sí todo lo que pueda (recordemos que de lo que tira es del control del trabajo –el control técnico-, y de la parte que le toca en el reparto del producto obtenido). El empresario, a su vez, puede tirar hacia su banda todo cuanto pueda.

Sin embargo, pronto averiguan, uno y otro, que no se puede tirar más que hasta un tope; ahí hay que pararse. De lo contrario, ahí se rompe la relación.

El tope más importante es el del propietario.

Si no llega a obtener, con los medios invertidos, al menos, la ganancia media de todos los capitales invertidos en la zona (la zona es variable, puede ser el país, o el mundo entero), el capitalista los retira, se los lleva, rompe la relación de trabajo.

Por parte del trabajador individual, el tope estaría en que otro capitalista le ofrezca mejores condiciones. Colectivamente, los obreros dependen, en su salario, fundamentalmente de que la productividad de su trabajo permita que los capitalistas obtengan al menos la ganancia media; si es mayor la ganancia, pueden tirar hacia su banda para obtener más, pero sin seguridad de éxito ninguna.

En consecuencia, el movimiento obrero, acaba aprendiendo, que el verdadero centro de gravedad de su relación con la representación de los patronos, está en el equilibrio entre productividad del trabajo y ganancia. No se trata, por tanto, de "luchar contra" los empresarios. Sino de negociar, teniendo en cuenta los dos elementos que acabamos de decir.

A esta postura se ha llegado con la práctica, con la llamada lucha contra la explotación de los empresarios.

Esta postura es la que hoy mantienen los sindicatos y partidos europeos socialdemócratas, en su gran mayoría.

¿Qué dice la teoría, sobre esta práctica

La práctica socialdemócrata se corresponde con la teoría que hemos manejado.

La forma de trabajar por cuenta ajena se reproduce a través de instituciones tan adecuadas y propias como son: las asociaciones patronales y el partido de los empresarios, de una parte, y de los sindicatos y partidos obreros de otra.

El partido obrero, los partidos obreros, en la producción capitalista son una pieza del aparato institucional, a través del cual se reproduce ésta.

La “lucha obrera”, llevada a cabo por partidos y sindicatos, es uno de los mecanismos de reproducción de la relación capitalista,

Esto no quiere decir que se trate de un engaño, de una traición. En la socialdemocracia europea actual, nadie engaña, ni traiciona a los obreros. Sus instituciones no los engañan. Ellos mismos encargan a sus instituciones que mejoren en lo que puedan su situación en la relación capitalista. No que vayan contra esta relación, sino que la mejoren.

Recordemos, otra vez, que técnicamente esta relación es el capital.

Por tanto, hoy, muestro sindicatos y partido obreros, mayoritarios, no son anticapitalistas. Y sin embargo, su función es enfrentarse constantemente a los empresarios y sus instituciones; pero, en el sentido que acabamos de ver; no para intentar acabar con ellos.

Y ahora, hay que preguntarse, ¿el socialismo y el comunismo, no nacieron para acabar con el capitalismo; con la explotación del hombre por el hombre?

¿Qué ha ocurrido entonces?

Ha ocurrido, fundamentalmente, que el camino del socialismo hacia el comunismo hay que construirlo. Hay que construirlo, paso a paso. Como dijo el poeta: “caminante, no hay camino; se hace camino al andar”. Y el caminante es el trabajador. Y con frecuencia, encuentra como compañeros, en el camino, grupos, individuos, que se encuentran en situación de proponer, indicar, una determinada forma de hacer el camino; y los trabajadores, con su cultura, con sus conocimientos, han rechazado, o han hecho suya, la propuesta. Y lo cierto es que, haga quien haga la propuesta, quien la lleva a la práctica, quien prueba el nuevo camino, es siempre el trabajador. Es el trabajador quien construye el camino del comunismo, es él quien lo debe adivinar, tantear, ensayar. Así, los aciertos los sumará a su equipaje, y los errores no harán más que afinar sus instrumentos de avance.

Así, el comunismo ruso fue una atrevida propuesta, que, como hemos visto, los trabajadores no acabaron haciendo suya; no obstante todos los atractivos que tuvo (acabar con los capitalistas, los terratenientes, la nobleza), los trabajadores no reconocieron el camino como propio, sino del partido comunista ruso. Y lo abandonaron.

Así, la socialdemocracia, concreta el deseo más elemental del trabajador: mejorar sus condiciones de trabajo y de vida. Es una propuesta, menos atrevida que el comunismo ruso, pero más sólida, más convincente.

Tiene, en Europa sobre todo, una gran ventaja: los trabajadores se aseguran su participación en el enorme crecimiento de la riqueza, de lo que se llama el nivel de vida. Y tiene un inconveniente: no lleva, ni siquiera apunta, al camino del comunismo.

Son las dos propuestas que los trabajadores han tenido en el último siglo y medio, al menos en Europa.

En ambas propuestas, el control de la organización del trabajo, y del producto del mismo, quedaba alejada del trabajador. Y

en ninguna de ellas, aparecía como proyecto u objetivo de futuro, avanzar en esa dirección. En el comunismo ruso, el organizador y dirigente era el partido; y en la socialdemocracia, el organizador y dirigente es el empresario y las instituciones que lo reproducen.

***El movimiento obrero, en consecuencia, ha dejado como guía la teoría marxis***ta.-

En las dos experiencias citadas, ha quedado cegado el camino al comunismo; con lo que, el movimiento obrero se encuentra separado de la ruta que le indicaba la teoría, junto a la cual había hecho gran parte de su recorrido; la teoría marxista.

Seguramente queda un poco exagerado utilizar esta expresión (teoría marxista); puesto que haría pensar en un conjunto de conceptos, encajados entre sí, que explicarían por si mismos la marcha de los trabajadores a lo largo de la historia. Aquí no la utilizamos en ese sentido.

Más bien, pensamos, que los trabajos teóricos de Marx, han supuesto para el movimiento obrero, unos fogonazos intermitentes que han iluminado determinados tramos de su camino.

Posiblemente, nada más que eso. El camino lo han de marcar, recorrer, y reconocer, o no, como propio, los mismos trabajadores; naturalmente con el apoyo, en el interior mismo del conjunto de los trabajadores, de sus asociaciones.

Sin desconocer, sino trayéndolo a este lugar, lo dicho sobre el conocimiento científico. Nada ayudará al movimiento obrero en su caminar, como el conocimiento científico de ese mismo caminar. Y ese conocimiento, ese tipo de saber, proviene de una determinada reflexión sobre los propios hechos en que consiste ese caminar. Y este tipo de reflexión no es una exclusiva de los propios

trabajadores, sino que puede llevarse a cabo desde el exterior de la producción; ocupándose de la producción, pero sin estar en la producción.

Esto es lo que hizo Marx, y ya habían hecho Adam Smith y David Ricardo. Recordemos que conceptos como valor, por ejemplo, provenían de las reflexiones de estos estudiosos, que no tenían ninguna práctica propia sobre la que reflexionar, sino que utilizaban la práctica de los trabajadores.

Pero, claro, una cosa es que existan construidos los conceptos científicos que pueden ayudar a actuar de manera más eficaz sobre la realidad, y otra, que los posible usuarios los quieran realmente utilizar.

Esto lo vimos con especial claridad cuando repasamos la llamada revolución industrial. La aplicación de la ciencia a los procesos de trabajo sólo se realizaba, si resultaba ventajoso, para el aumento del beneficio del empresario. Es decir, una cosa es la ciencia, y otra su aplicación.

Una cosa parecida podría haber ocurrido con el movimiento obrero. De forma que se haya renunciado en la práctica a la utilización de algunos conceptos teóricos, que podrían resultar útiles en el conocimiento y reconocimiento del propio camino.

Una explicación podría ser, haber tomado por teoría marxista, la experiencia rusa. Renunciar al comunismo ruso, seria renunciar a la teoría marxista.

Seguramente, eso debe ser lo que ha ocurrido.

Sin embargo, esto puede haber ocurrido, sin que los propios trabajadores sean aún conocedores de los efectos que esa decisión tendrá (tendría) sobre su propio trabajo.

Aquí, en estas decisiones, no se trata, para los trabajadores, de quién tiene razón, ni de quién se equivoca; de quién busca el bienestar de los trabajadores, o el suyo propio; de quién se ajusta a

una teoría, y quien a otra contraria. Para ellos se trata de su trabajo, de su forma de vivir. Para quien toma las decisiones, no.

Lenin y su Comité Central, Stalin y el suyo (que prácticamente era el mismo), es decir, los dirigentes de un partido político, tomaron la decisión de ordenar la producción en la Unión Soviética, en la forma que entendieron conforme con la teoría marxista.

Los trabajadores, pues de ellos se trataba (cuando se habla de producción parece que no se hable del trabajo, del jodido trabajo, con perdón), no podían saber- era imposible que la mayoría de los trabajadores rusos supieran, ni por encima, lo que iba a ocurrir con su trabajo- cómo quedarían las condiciones de su trabajo en la forma en que iban a ordenarlo.

Unos, los obreros industriales organizados- cuatro gatos, comparados con el total de trabajadores en la inmensa Unión Soviética-, encontraron muy favorables las propuestas comunistas.

Otros, los campesinos- una inmensidad de pobres trabajadores, pobres en todos los sentidos-, no acabaron de entender la transformación de su trabajo, en trabajo colectivo.

Pues bien, los dirigentes del Partido Comunista, entendieron que lo que proponían, y que luego impusieron violentamente (con una auténtica matanza de trabajadores), se correspondía con la teoría marxista y con el interés de los trabajadores.

Ha hecho falta una práctica de setenta años, para que los trabajadores hayan podido trasladar su parecer a sus dirigentes: no les interesa la teoría marxista, ni la forma de trabajo que les impuso.

Parece claro que, si del trabajo se trata, sean los trabajadores los que decidan, no sus representantes. Sus representantes no están en la producción, y de lo que se habla es de la producción.

Parece al revés, pero es así. Como el sol y la tierra. Los que trabajan, de una u otra forma, deciden si cambian o no de forma de trabajar.

Lo que estamos llamando, a lo largo de todo este trabajo, movimiento obrero, no está compuesto principalmente por obreros, y su dirección, normalmente no trabaja en la producción. Si se cambia de forma de trabajar, o se continúa en la misma, no son ellos, principalmente, quien lo notarán. El interés en el cambio, o en el no cambio, ha de ser el de los trabajadores, no el de sus dirigentes.

Lo vemos con un poco más de detenimiento.

**Los desvíos teóricos y prácticos en las realizaciones históricas.**-

Los trabajadores no decidieron las continuas y profundas transformaciones que sufrieron su manera de trabajar en la manufactura y en el maquinismo. Todo lo ordenó, decidió y dirigió el capitalista; el propietario de los medios de trabajo.

Los trabajadores no decidieron las profundas transformaciones que en su forma de trabajar supuso el comunismo ruso. Todo lo decidieron y planificaron los dirigentes del partido, que al mismo tiempo desempeñaban el papel de amos de todos los medios de trabajo.

En un caso y en otro, el protagonismo en la ordenación del trabajo recae en individuos o asociaciones que no son los trabajadores.

La teoría marxista, los seguidores del método que utilizó Marx en su obra esencial, el Capital, tienen ante si, la misma tarea, dura e inacabada que fue la suya.

Marx escarbó y desentrañó el proceso completo de transformación que sufrió el proceso de trabajo, partiendo del de un

artesano de oficio, y llegando al proceso de una fábrica de su tiempo.

Todo su trabajo lo hizo, en el camino que colocaban el suyo los grandes científicos de la naturaleza en su tiempo, (físicos, químicos, geógrafos, biólogos, médicos, e investigadores en general): en el camino de la ciencia.

Su extensos e inacabados trabajos, permitieron, cuando menos, sacar a la superficie, aspectos de la sociedad y su desarrollo, que permanecían tapados por el conocimiento superficial que de ellos se transmitía por los canales de los saberes de la época.

Los conceptos de valor de uso y valor de cambio, permitieron colocar al trabajo (al trabajador ordinario, al trabajador de la producción material-alimentos, vestidos, muebles-) en el centro de la ordenación de las sociedades históricas conocidas.

En las sociedades de los trabajo concretos (oficios artesanales y campesinos), sometiendo a los trabajadores y apropiándose directamente de sus productos en forma de valores de uso (que satisfacen una necesidad). Como así ocurre en la sociedad medieval, en que señores, Nobles e Iglesia, son los ordenadores y recolectores del trabajo y sus frutos.

En la sociedad en la que el trabajo se convierte en un género abstracto, no concreto, en algo que se puede reproducir fácilmente, como una mercancía cualquiera (un ladrillo, una naranja- no hace falta que sean individuos concretos, tanto da una naranja concreta como otra, un ladrillo como otro, y así hablamos del ladrillo o la naranja en abstracto-), ya no interesa obtener de su trabajo, en forma directa, los productos concretos, en forma de valores de uso, sino que lo que interesa del trabajador es su capacidad de producir valor, valor de cambio, trabajo abstracto.

En uno y otro caso, el trabajador y los productos que obtiene con su actividad, están en la base de toda la construcción social, son el hilo que nos permite entender lo que de otra manera parece una madeja enredada.

Marx, con su método, con su camino de entendimiento, con su camino de conocimiento, da un tajo en la sociedad, y pone al descubierto lo que a simple vista no se ve; no se ve, o se ve y no se entiende.

Las instituciones, que en nuestras sociedades- la medieval o la actual capitalista-, aparecen como el centro sobre el que giran todos los fenómenos sociales, en el corte vertical que hace Marx en sus análisis, aparecen, sin embargo, como simples instrumentos creados y dirigidos por los agentes que dominan la producción. La violencia, por ejemplo, en todas sus formas- ejércitos, policías, cárceles, castigos, despidos, permanencia en el desempleo- no desempeña otro papel que mantener por la fuerza un tipo, una manera de trabajar: en la Edad media la entrega de parte del producto del trabajador por cuenta propia, y en la sociedad capitalista, la separación entre el trabajador y sus medios de trabajo, así como de su producto.

Marx pone al descubierto cómo se produce el capital, es decir, la separación entre el trabajador y sus medios de trabajo, y como consecuencia, la separación del trabajador y su producto. Lo pone al descubierto, de una manera ordenada, razonada, explicada, con intención científica.

La tarea de sus continuadores, no puede ser otra que la de, siguiendo la senda marcada, trabajar en la recomposición, en la unión, de lo que resultó separado. Estudiar, reflexionar sobre las condiciones en que dicha recomposición puede tener lugar.

Básicamente, lo hemos visto ya, se trataría de que los trabajadores sean, al mismo tiempo, propietarios de los medios con que trabajan y, por tanto, del producto que obtienen.

Esta sería la condición material que serviría de soporte a otras, no menos importantes, pero que dependen, de manera absoluta, de esta primera.

La teoría, en la teoría, en el orden de las ideas, del conocimiento, no existe ninguna dificultad en que esta condición sea una realidad viable. Los medios de trabajo, sea cual sea su clase, su volumen, su coste, su complejidad, es claro que, lo mismo pueden ser propiedad de un capitalista, de varios capitalistas, o de los propios trabajadores.

En este momento, puede uno preguntarse, si esto lo tenían así de claro Marx, Lenin, Stalin, Mao, Castro.

Uno piensa que los cuatro primeros manejaron un tipo de realidad, trataban con un tipo de trabajadores (sobre todo los campesinos, pobres e ignorantes), con una productividad tan baja, que difícilmente se podía pensar en una tasa de ahorro que permitiera este tipo de propiedad, al mismo tiempo que una alta productividad, que era su verdadera obsesión.

Pero, seguramente, el obstáculo mayor, en el plano de la teoría era el concepto que tenían del Estado y del Partido. Tanto uno, como otro, el Estado y el Partido, eran de los obreros. O sea, actuaban en nombre de los obreros. Y esto se puede entender, puesto que se trataría de instituciones de los obreros. Pero claro, siempre que los obreros sean dueños de sus empresas, que es lo que ocurre con las instituciones de los capitalistas; que se trata de instituciones de los capitalistas, porque los capitalistas son dueños de sus empresas, y porque son dueños de sus empresas pueden crear y diseñar las instituciones que les servirán para la reproducción de las mismas, (recordemos que eso es “el poder”). Sin embargo, el Estado y el Partido obreros, no eran instituciones de los obreros, sino de sí mismos, pues ellos mismos eran dueños y directores de la producción.

Ciertamente, por ese camino teórico (instituciones obreras de obreros no propietarios de sus empresas), ni los anteriores citados, ni Castro, cumplirían esta primera condición esencial en la “recomposición” que sería el camino marxista.

Repetimos aquí, que Lenin sí que tuvo una visión momentánea, aunque tardía, de que el camino de la construcción del

socialismo, pasaba por las cooperativas, por los trabajadores propietarios.

Todo esto, en el plano de la teoría.

En la práctica, en principio, no existen obstáculos que no se puedan superar; de manera que, la creación de sociedades cooperativas, sociedades laborales y otras formas en que se unen propiedad y trabajo, no solo son frecuentes, sino que las hay que son modelo de funcionamiento, alta productividad, alta tecnología, y gran dinamismo; sin que, en el aspecto exterior, quepa distinguirlas de las mejores empresas capitalistas.

¿Qué ha ocurrido, que nos diferencie de la época de Lenin?

La altísima productividad del trabajo, permite tasas de ahorro a los trabajadores que los habilita, bien para hacer una adquisición en común de su propia empresa, bien para obtener de las entidades de Crédito (Bancos, Cajas de Ahorro, Cooperativas de Crédito) un préstamo que les permita la creación de su propia empresa cooperativa.

Por lo tanto, para cumplir esta primera condición material en el camino de la construcción del comunismo, no se encuentra obstáculo teórico alguno; y en la práctica, en principio, las experiencias existentes, ya numerosas y algunas muy significativas, no hacen sino confirmar la viabilidad de esta forma de producir.

**El recorrido capitalista y el inicial camino socialista. Una consideración paralela.-**

Estamos siguiendo un camino paralelo al que siguió en su implantación el modo de producir capitalista. Primero hay que disponer de los medios de trabajo necesarios, o del dinero preciso

para adquirirlos. De los trabajadores no hay que preocuparse puesto que son los propios dueños de los medios.

Los procesos de trabajo no sufren, en principio, ninguna modificación. Recordemos que el capitalista principiante, puso a trabajar a los oficiales artesanos, en la misma forma en que los hacían en su taller individual. De igual manera, una empresa cooperativa, comienza a trabajar, sin cambio ninguno en la forma de hacerlo, respecto a una empresa capitalista: la misma tecnología, la misma organización del personal, parecida productividad, las mismas normas contables.

A esto es a lo que hemos considerado la primera fase, o lo que es lo mismo, se ha cumplido la primera condición, en el camino del comunismo: los trabajadores son dueños de los medios con que trabajan.

Ahora, para entrar en la fase siguiente, haremos lo que Marx hizo para estudiar la segunda fase del proceso de formación del capital: estudiar, observar, con intención científica, la reproducción de sus procesos de producción.

Decíamos que todo ocurre igual que en una empresa capitalista, pero, esto solo es así, en apariencia, con una mirada ligera. Un lavavajillas tienen el mismo valor, y presta los mismos servicios si la fabrica una empresa capitalista o una empresa cooperativa, y el trabajo, en apariencia, se presta en las mismas condiciones.

Sin embargo, si nos centramos en su proceso de reproducción, podremos observar sus diferencias.

Por lo pronto, hay un elemento menos que reproducir: el empresario.

Solo habría que reproducir, por tanto, los trabajadores y los medios de trabajo. Es decir, lo que antes habíamos llamado salario (en general, más los complementos de todo tipo y la Seguridad Social), para reproducir a los trabajadores; y lo que antes habíamos llamado reposición de los elementos circulantes (materias primas,

principalmente), y de los elementos de carácter más fijo (locales, maquinaria, herramientas), mediante su amortización; añadiendo los gastos generales, impuestos, etc.

No aparece el empresario. Y lo más importante de esta ausencia, no es el importe de su reproducción personal, los gastos de reproducir su persona, lo que habíamos llamado su renta. Lo más importante es la desaparición de su exigencia de obtener la ganancia media del capital, de “su” capital.

La desaparición de un elemento como el empresario, en un proceso de trabajo colectivo, significa en la producción material de nuestras sociedades modernas europeas, una novedad absolutamente sorprendente. Tan sorprendente, que para no encararla de frente, se ha tenido que recurrir al disimulo o a la simulación.

El disimulo consiste en no darse por enterados. Ni los patronos y sus asociaciones, ni los trabajadores y las suyas, han querido encajar que están ante un fenómeno que puede hacer tambalearse la base material sobre la que se asienta su actividad productiva, y como consecuencia, el entramado institucional en que ésta se apoya. Este disimulo es particularmente chocante en los partidos de los trabajadores, PSOE y PC españoles especialmente. Es verdad que están embarcados en otra vía, pero, al menos, podían tener un gesto como el de Lenin, que estando embebido en otro camino, cuando menos, echó un vistazo “a lo de las cooperativas”.

El camino de la simulación es más retorcido. Suele funcionar de la manera siguiente:

Partimos de una idea, por ejemplo, sobre la producción y suponemos que toda la producción es capitalista, o sea, se compone de empresario y trabajador. Si luego, en realidad, nos encontramos un productor, un trabajador, que produce individualmente; como no encaja en el modelo, decimos que sí, que sí encaja, lo que ocurres es que se dan juntos los dos elementos, es decir, que estamos ante un empresario de sí mismo. Y se ha resuelto el problema. No se sabe, ni cómo se señala el salario, ni cuál es la ganancia, ni cómo se

acaba la relación laboral, ni cómo, sobre todo, se nota que es un empresario.

Pues bueno, con las cooperativas ocurre lo mismo. No se trata de “otra manera” de trabajar. No. Simplemente, no hay empresario, porque todos son el empresario. O todos son trabajadores, pero sin empresario. Todo, menos advertir que se trata de un nuevo modo de producir

Siguiendo el camino paralelo al del capitalista en los comienzos de este sistema, vimos que al principio éste, al iniciar la reproducción de los procesos de trabajo que se llevan a cabo en su taller, después de reponer todos los elementos gastados, le queda un remanente, una cantidad, la ganancia, con la que puede hacer lo que él quiera. Sus antepasados solían gastarlo todo en comida, vestidos, palacios, diversiones, guerras. Él, sin embargo, quitados los gastos de su reproducción personal y familiar, lo que le queda, lo invierte en mejorar y ampliar los medios materiales con los que trabajan los obreros que ha contratado, y con ello espera aumentar su ganancia. Así, cada año, cada ciclo, ganará más, invertirá más y volverá a ganar más.

Ya vimos que éste comportamiento personal, le viene impuesto por el movimiento general del capital, una vez que se ha hecho normal su presencia en los sectores más importantes de la producción. La comunicación fluida entre todos los capitales del mundo, hace que la ganancia media de todos ellos, se convierta en el objetivo normal a alcanzar; individualmente, se intentará alcanzar la máxima posible; bajar de la media en forma repetida, significa la muerte como capital; Hay que cerrar la empresa y marchar a otro sector a otro lugar, o las dos cosas.

Pues bien, en forma paralela, los cooperativistas, en sus primeras fases de reproducción, seguirán las pautas, los comportamientos, de las empresas capitalistas. Reproducirán los elementos materiales, los elementos personales (con retribuciones parecidas a los salarios de las empresas capitalistas del mismo sector y territorio), cumplirán con los gastos generales, y dejarán como reservas (de seguridad, de responsabilidad mercantil, fiscal,

laboral) obligatorias, las que establezcan las leyes; y, al igual que las empresas capitalistas, les quedará un remanente.

Como vemos, se trata de un comportamiento copiado. En realidad, la forma de producir en cooperación, no tiene comportamientos, pautas de comportamiento, propios. Y es comprensible. El mundo productivo e institucional en que se mueven, es un mundo controlado y dominado por la otra forma de producir, la capitalista. Así ocurrió también al capitalismo incipiente. A medida que su presencia se generalice, empezará a notarse su especial manera de funcionar, de producir y de reproducirse.

El capitalismo ha ido creciendo, desarrollándose, sin conocer cuál sería su organización y sus movimientos futuros. A medida que se ha ido abriendo paso en los distintos sectores de la producción, ha ido tomando formas de actuación que, con antelación no conocía. Un ejemplo son las grandes dificultades que encuentra para penetrar la agricultura, solo cuando alcanza el dominio de los sectores más importantes de la producción material en Europa y los Estados Unidos, se pueden establecer teórica y prácticamente los fundamentos de esta forma de trabajar.

Esto quiere decir, que hoy día conocemos, no solo los principios, los cimientos, de los que hoy llamamos una producción capitalista, sino que sabemos, asimismo, cómo se montan todas las instituciones que facilitan y aseguran la reproducción constante de esta forma de producir; con lo que disponemos de las herramientas intelectuales que nos permiten conocer mejor la sociedad en el seno de la cual desarrollan su trabajo y su vida los obreros.

Mientras que, de la futura sociedad comunista, si somos capaces de construirla, no conocemos más que los fundamentos, los cimientos; quedándonos por construir y conocer (o conocer y construir), no solo las paredes y el tejado, sino los muebles, y los más importante, los habitantes de esa casa común de los trabajadores.

Varias veces se ha iniciado su construcción en concreto. Pero unas veces no se ha calculado bien el surco de los cimientos, otras veces han faltado materiales, y otras, se ha construido bastante,

pero sin apercibirse de que se hacía sin haber colocado previamente los cimientos en su sitio. Sin cimientos, no hay construcción que dure.

Los cimientos de la sociedad comunista (y de todas las sociedades) es la producción. Y la producción es el trabajo. Los trabajadores no tienen ningún motivo para, a estas alturas de los siglos, no tener en disposición, los conocimientos y el saber hacer, que requieren una ordenación del trabajo que permita cubrir sus necesidades y crear y controlar las instituciones que hagan durable esta ordenación.

Todo el aparato institucional montado para la reproducción de la producción capitalista, sirve perfectamente para la primera fase de la producción comunista. Parlamento, Gobierno, Administración, Tribunales, Registros, Notariado, Bolsas, etc.

Hemos dicho que la primera fase consistiría en crear sociedades cooperativas y sociedades laborales. Tantas cuantas sean posibles.

El hecho de que se creen y funcionen, demuestra su viabilidad, su capacidad de ocupar, en su caso, todo el espacio productivo, o al menos, como ha hecho el capitalismo, ocupar la parte sustancial de los sectores más importantes.

Todo lo que, en la producción, ha hecho el capitalismo, lo puede hacer el cooperativismo. Eso ya está demostrado en la práctica. Y en la teoría, no aparece ningún tipo de inconveniente.

Los trabajadores son los mismos, incluso los más especializados, en un tipo de empresa (capitalista), y en el otro (cooperativas o sociedades laborales). Directores, gerentes, encargados, son también los mismos. Las tecnologías aplicadas, los mercados donde se abastecen, los mercados donde venden su producción, los Bancos a los que solicitan préstamos, son también los mismos. La capacidad creativa, el ánimo emprendedor, la ilusión de progresar, el orgullo del éxito obtenido, es compartido por uno y otro tipo de empresa. La capacidad de adaptarse a la dimensión que

requiera el sector productivo, por ejemplo, la creación de un gran conglomerado de empresas para hacer frente a la realización de una gran obra pública, no ofrece a las cooperativas otro inconveniente que el que tuvo el capital español en su juventud. Recordemos que para construir los primeros ferrocarriles, hubo que acudir al capital francés e inglés; hoy, sin embargo, para el tren de alta velocidad, al menos para su infraestructura, se basta el capital del país. Es decir, es cuestión de tiempo. Al día de hoy, ya hay en nuestro país una cooperativa que tiene una Caja de Ahorros y una Universidad. Es cuestión de tiempo, y de proponérselo.

Esta primera fase, es principalmente acumulativa, de amontonamiento.

Esto quiere decir lo siguiente.

Una cooperativa crece, o nace y crece, porque los trabajadores encuentran ventajosa esta manera de trabajar. Primero, porque trabajando exactamente igual que en una empresa capitalista, la ganancia del empresario se la quedan ellos. Segundo, porque el empleo es más seguro, puesto que depende de ellos mismos.

Sería el único motor del cooperativismo en su primera fase. Las ventajas que se obtienen en las otras formas de cooperativas (cooperativas de comercialización, de consumo, en general, de vivienda, de crédito, etc), tienen una raíz, común con la anterior, la de la producción, y se concreta en la ausencia del empresario y su ganancia.

Este es el motor que hace existir y avanzar al movimiento cooperativo en Europa en la actualidad. Y este avance, decíamos, se produce en forma de amontonamiento, en forma acumulativa, es decir, una cooperativa junto a la otra. Cada cooperativa nueva viene a unirse a las ya existentes, como una más. Como mucho, se forman cooperativas de segundo grado, cooperativas de cooperativas, en las que unas forman la base, y otra u otras prestan a estas primeras, en forma también cooperativa, servicios especializados (exportación, financiación, servicio de estudios); o se forma una corporación, un conjunto en el que, hay cooperativas y otras formas de asociación de trabajadores, o trabajadores y medios económicos, por ejemplo,

fundaciones. Y también formas mixtas. No solo las sociedades laborales que, como sabemos se componen, no solo de socios que ponen su trabajo, sino también socios que ponen su “capital”, también existen cooperativas que además de tener socios trabajadores, cooperativistas; tienen también trabajadores asalariados, o sea, que trabajan por cuenta de la cooperativa a cambio de un salario. A éstos últimos, normalmente, se les da la posibilidad, transcurrido un cierto tiempo, de incorporarse como socios cooperativistas, aportando, en forma de dinero, o con su propio trabajo, lo que los demás socios habían ya aportado.

Esto quiere decir una fase acumulativa. Un periodo en que se va formando, sin un plan determinado, sin una ordenación previa, un conglomerado, como si fuera un alubión de un río, de nuevas empresas que tienen en común que su forma de trabajar no es capitalista, puesto que no existe el empresario y su ganancia.

**La desaparición del “amo”.-**

Esto es nuevo, es un fenómeno nuevo. En el mundo del trabajo, en la historia del trabajo, nunca ha existido un proceso de trabajo colectivo “sin amo”.

Los dos que hemos conocido, el capitalista y el comunista ruso, tenían su amo, que no eran los propios trabajadores.

*Ante un fenómeno tan singular, tan sorprendente, lo verdaderamente extraño es el poco ruido que hace, el sigilo con el que se cuela, uno tras otro, en todos los sectores de la producción, sin levantar la más mínima sospecha en el lado de los empresarios, ni en el lado de los trabajadores.*

Probablemente así continuará largo tiempo. La explicación seguramente es doble.

De una parte, se presenta como una forma nueva de trabajar, pero sin necesidad de instituciones nuevas, propias, que faciliten y aseguren su reproducción.

Por otra parte, al tratarse de una forma de trabajar minoritaria, aparece dominada, adaptada, moldeada en el seno de la forma mayoritaria, que es la capitalista. Y este dominio y adaptación consiste en que debe desenvolverse (reproducirse) precisamente utilizando todo el aparato institucional de la forma dominante.

Como puede verse, se trata de dos explicaciones, pero una es consecuencia de la otra. No aparece con instituciones propias, porque utiliza las de la forma dominante.

De este camuflaje se deriva lo silencioso de su recorrido, que ya no es corto.

Entre las leyes mercantiles (las propias de las empresas capitalistas en su funcionamiento y interno en sus relaciones con las demás), las leyes laborales (relaciones con sus trabajadores), las leyes administrativas (relaciones con la Administración) y las leyes fiscales (impuestos), logra aparecer camuflada esta empresa singular.

Todo en ella es “como si fuera” una empresa capitalista. Aunque sea distinta, se la mide con el rasero de la empresa capitalista, que es su modelo.

Y, por tanto, no solo en sus relaciones (intensísimas, como es natural) con la empresa capitalista, sino en su constitución, en su organización interna, la cooperativa apenas muestra diferencia alguna, si no es, la única innegable e indisimulable: no hay empresario.

Sin embargo, como vemos, este dato esencial, se disimula, y se le concede un lugar en la producción, “similar”, “análogo”, “como si fuera” una empresa capitalista más.

De esta situación se derivan varias consecuencias.

La principal, como acabamos de ver, es la facilidad que encuentra para nacer y reproducirse en el seno de unas instituciones que, sin embargo, no le son propias. Lo que significa una enorme ventaja de cara a su desarrollo y multiplicación.

Sin embargo, hay otra consecuencia, que para nosotros, resulta de una gran significación.

Por aparecer “escondida” detrás de las formas que le dan las instituciones que la reproducen “como” una empresa capitalista más, o al menos como una empresa “algo particular”; es muy difícil que un obrero, un trabajador, descubra que está delante de la simiente que puede dar lugar a la forma de trabajar que hemos ido dibujando como la propia de una sociedad comunista.

Y es muy difícil, porque se presenta rodeada de instituciones que no le son propias; y no tiene todavía instituciones propias porque no es una forma de trabajar que haya alcanzado una presencia notable en el seno de la producción europea, concretamente en los sectores que son esenciales en ella. Y, porque, su falta de madurez, su falta de recorrido sin las “muletas” que le presta el entorno capitalista, no le ha dado, no le ha permitido darse una organización interna propia, que la haga reconocible como propia a cualquier obrero comunista o simpatizante.

**La empresa cooperativa en su primera fase.-**

La segunda fase del capitalismo se hace reconocible cuando lo que era una serie de talleres de manufacturas se va convirtiendo en un conjunto de fábricas que han organizado su trabajo, en el interior de sus propias naves, y en sus relaciones entre ellas, como un auténtico sistema; con unas normas de funcionamiento y unos fines, comunes a todas ellas.

Como la finalidad es común, es la misma para todas ellas, los medios que utilizan van siendo iguales, al adoptar todas los mismos que utiliza la que consigue obtener la máxima ganancia.

De este modo, el orden interno de trabajo, la forma de trabajar, la creación de nuevas tareas y su redistribución entre los trabajadores, la duración y la intensidad del trabajo, así como la retribución del mismo, los salarios, pasan a ser el terreno en el que se sistematiza el funcionamiento de todas las empresas capitalistas, por eso decimos que acaban formando un sistema: un todo, en el que cada elemento, cada empresa, se desenvuelve en el seno del conjunto, siguiendo los movimientos, los impulsos y las reglas que le transmite y le impone el todo.

Los medios exteriores a la propia empresa, que le sirven de instrumentos para su desenvolvimiento y desarrollo (para su reproducción), y que hemos llamado instituciones, tienen que ser, también, iguales para todas.

Y así es como, nos encontramos con un sistema productivo capitalista, y un sistema institucional que se le corresponde y que hemos llamado Estado parlamentario.

Esa es la fase a la que no ha llegado todavía la empresa cooperativa. Todavía permanece en su primera fase. Todavía no existe un conjunto ordenado de empresas cooperativas; sino cooperativas sueltas, en el seno de un sistema de empresas capitalistas, con su sistema institucional propio.

No existe todavía, ni el orden interno en el trabajo, ni el orden propio en la relación entre las distintas cooperativas.

La ordenación del trabajo en sus talleres según hemos visto, viene copiado del orden laboral (del trabajo) capitalista: las mismas tareas, la misma distribución entre los trabajadores de estas tareas, parecida remuneración (salario), parecida, jornada, etc.

Es normal y lógico. No tienen otro modelo delante, sino el modelo del trabajo por cuenta ajena.

Cuando tres albañiles montan una pequeña cooperativa, es normal que tomen las referencias, en todo, de la pequeña empresa que conocían. Cuando se monta una cooperativa media o grande, igualmente, los papeles, las cuentas, todos los trámites ya le vienen señalados por las instituciones capitalistas. La propia Ley de las cooperativas y su reglamento están redactados pensando en las instituciones que han nacido para reproducir a las empresas capitalistas.

Es, por tanto, difícil, en la práctica y en la teoría, avanzar, aunque sea un pequeño esquema, de lo que signifique un conjunto de empresas cooperativas, formando un sistema que obedezca a sus fines propios, arropado por un sistema de instituciones que permitan y faciliten su continuada reproducción.

Sin embargo, esta dificultad no cierra el camino, puesto que, en el terreno de la práctica, el avance de esta forma de trabajar, en las sociedades europeas, y en nuestro propio país, es constante; lo que permite ir disponiendo de un acopio de datos muy importantes, para con ellos trabajar en su identificación, clasificación y posible ordenación.

En esta tarea de manejo de los datos, recordaremos la necesidad de la teoría, para progresar en el conocimiento que, nos permitirá un acercamiento a los mismos, y una actuación práctica más eficaz que la que haríamos con los datos de la sola experiencia.

El trabajo por cuenta propia en cooperación es un objeto de conocimiento de primer orden para el movimiento obrero. Y lo es, en primer lugar, porque un porcentaje de trabajadores ya considerable presta su trabajo en esta forma. Pero, sobre todo, porque trabajar en cooperación por cuenta propia, ha sido y sigue siendo, el modo de producir buscado y perseguido, con suerte desigual, por el movimiento obrero de formación o inspiración marxista.

**El trabajo obrero y el trabajo socialista: su “impulso” es bien distinto.-**

Todas las sociedades tienen su base, se asientan, sobre una actividad de sus miembros a la que llamamos producción; y consiste en una serie de procesos de trabajo que obtienen como fruto el conjunto de bienes materiales que la sociedad necesita para su reproducción.

Todas las sociedades tienen esto en común. En esto no hay diferencias entre todas las sociedades que han existido históricamente.

El impulso que pone cada día en funcionamiento esta maquinaria, es, en principio, la necesidad de los bienes materiales para poder reproducirse, para poder seguir viviendo. En esto no hay ninguna diferencia con cualquier grupo de animales; ellos también “trabajan” para poder vivir.

Esto, que es así para el conjunto de la sociedad, a partir de un determinado momento en la historia de la humanidad, no lo es para determinados individuos o grupo de individuos que forman parte de la misma.

Esto ocurre, ya lo hemos visto, cuando la productividad del trabajo permite que los trabajadores elaboren más producto del que ellos precisan para su reproducción, y que, en consecuencia, sea posible que quede un sobrante, un excedente. Y se hace posible que un grupo, no trabaje y viva del trabajo de los demás. Ese grupo, ha de someter a los trabajadores para obtener esa ventaja. Normalmente ha de engañarlos, además. Someterlos por la fuerza y engañarlos.

De esta forma, el impulso que cada día empuja a cada trabajador y a su conjunto para producir bienes materiales que reproduzcan (den de comer) a cada uno de los trabajadores y a su conjunto, pierde un poco de su “pureza”, dado que, también hay que producir para reproducir a unos zánganos que no trabajan.

Pasa la época de los esclavos y los siervos, y nos adentramos en el capitalismo. El impulso general diario para producir bienes materiales para reproducir el conjunto de la sociedad es el mismo, se ha de trabajar para que vivamos todos.

Pero, el impulso en cada proceso de trabajo, no procede solo del trabajador, sino también del capitalista, del empresario. Han hecho un pacto ( un contrato de trabajo), mediante el cual, uno pone los medios materiales, y otro el trabajo. El producto obtenido será del empresario, y el trabajador recibirá un tanto de dinero (salario) para ir viviendo.

Cada mañana se pone en funcionamiento la máquina productiva capitalista. La empujan, conjuntamente, el trabajador para reproducirse (para "comer"), el empresario para comer, y "para hacerse rico", para acumular más dinero. Como quien manda en el proceso de trabajo es el empresario, la dirección en que se empuja, la toma él. Los dos empujan, el trabajador tirando del carro, el empresario guiándolo.

Ahora, la pregunta:

¿Quién empuja en una cooperativa?

Los trabajadores. Que al mismo tiempo son también propietarios de los medios con que trabajan. Por lo tanto, son los que empujan y los que dan la dirección al empuje.

Ese dato, esa diferencia con la empresa capitalista, es lo que hace del trabajo en cooperación, la semilla que, en desarrollándose, daría lugar a otro tipo de producción, a otro tipo de instituciones y a otro tipo de sociedad.

Cuando en la sociedad europea comenzó a funcionar la forma de trabajar capitalista, se trataba de una simiente que ya se podía saber cómo se desarrollaría. Había datos que permitían adelantar hacia donde marcharía la producción.

Si los procesos de trabajo, en que consiste la producción, son ejecutados por los trabajadores, pero dirigidos por los empresarios. Si los empresarios tienen como finalidad principal obtener la mayor ganancia posible. Es bastante probable que las instituciones

montadas por ellos para reproducir sus procesos de trabajo, tengan, a su vez, como finalidad la obtención cómoda por éstos de la ganancia buscada.

Es decir, la semilla, un proceso de trabajo, por la forma en que ordena (quién empuja y para qué) el trabajo en su seno, nos da la llave para entender, que si ese proceso se multiplica, y todos los procesos unidos se preparan las instituciones que les aseguren su vida, su continuidad, su reproducción, nos llevarán hacia un conjunto de procesos de trabajo y un conjunto de instituciones, es decir, hacia un tipo de sociedad que responderá al tipo de proceso de trabajo que le sirve de base, de semilla.

**La estructura de la semilla (una cooperativa) permite conocer la estructura de un sistema cooperativo.-**

Como las empresas cooperativas están todavía en su fase de juventud, aún no han desarrollado su capacidad como conjunto productivo, pero eso no impide que podamos contemplar el tipo de proceso de trabajo que para ellas constituye su semilla. Según sea esa semilla, podremos acercarnos al conocimiento de su proceso de desarrollo, o lo que es lo mismo, a su proceso de reproducción.

En este análisis, en este acercamiento a su conocimiento, empezaremos diciendo lo que hasta este momento hemos considerado como una cooperativa.

Y en un principio dijimos que, a diferencia del proceso de trabajo capitalista, en el proceso cooperativo no se da la propiedad de los medios de trabajo separada de los trabajadores, sino que los propios trabajadores son los dueños de los mismos.

Y a diferencia de los procesos de trabajo individuales, en que el trabajador puede ser también propietario de sus bienes de trabajo (campesinos), se trata aquí de un proceso colectivo de trabajo.

Estos son los datos que nos dan el perfil de lo que hemos considerado una cooperativa.

Sin embargo, si nos fijamos con detenimiento, esto es lo que tienen en común todos los procesos cooperativos que conocemos en todo el mundo; pero luego, en cada país pueden tener una organización distinta. Distinta, con tal que mantengan esos rasgos mencionados. Ocurre lo mismo con un proceso de trabajo capitalista. En todos los países tiene las mismas características, y sin embargo, las normas concretas que le dan forma, no tienen que ser exactamente iguales.

Eso es conveniente tenerlo en cuenta, para no confundir el proceso de trabajo cooperativo que tenemos como modelo teórico, con la cooperativa concreta que describe la Ley de Cooperativas de nuestro país. Sobre todo, pensando en la posibilidad de que una producción mayoritaria en forma cooperativa, que creara sus propias instituciones, daría una forma concreta a las cooperativas, probablemente distinta, aunque, naturalmente, igual en lo esencial.

Yendo, pues, a lo esencial, podríamos seguir con la pregunta que nos hacíamos más atrás: ¿Quién empuja y para qué empuja en la empresa capitalista? Y ¿Quién empuja y para qué, en la empresa cooperativa?

El empuje en la semilla, se traduce, se traslada, al conjunto de semillas que componen la producción, en forma de movimientos que las arrastran en la misma dirección. En la semilla capitalista, en el proceso de trabajo capitalista, el empresario empuja buscando la máxima ganancia, y esto se traslada al conjunto en forma de exigencia general para situarse el capital en su conjunto en la ganancia media.

Para conseguir ese fin, el empresario empuja para obtener la máxima productividad, para lo cual introduce tecnologías caras que, como son la parte del capital que no produce valor nuevo, le baja la

ganancia por producto, pero lo compensa aumentando el número de productos, aumentando la escala de la producción, es decir, acumulando el capital. Este movimiento se traslada al conjunto, provocando un aumento de volumen constante de las empresas, a costa de las más pequeñas que no soportan esta dura carrera.

Ya hemos visto en otra parte cómo ocurre todo esto, aquí solo señalamos que la ordenación de los elementos en el proceso de trabajo, nos dan la llave para estudiar y conocer, no solo todos los procesos en su conjunto (la producción), sino también su ropaje institucional, y por tanto, el conjunto de la sociedad.

Si esto es así, la empresa cooperativa, la ordenación de sus elementos, nos estará dando las características generales, no solo del conjunto productivo, sino de sus instituciones correspondientes, y por tanto, de los rasgos generales de la sociedad entera en que esto se produzca.

Estamos hablando de teoría, pero la teoría nos ilumina el camino de la práctica.

Por ejemplo, en un país como Guinea Ecuatorial, donde el modelo económico es el capitalista, pero donde las semillas que se han de reproducir son aún muy pocas, todo el conocimiento teórico de que disponemos, nos permitiría entender mejor las dificultades del camino a recorrer, así como el acierto o desacierto, a lo grueso, de las iniciativas y disposiciones que se adopten en su recorrido.

Pues bien, algo así debería ocurrir en nuestro acercamiento al previsible camino en la reproducción, en el seno de las sociedades de producir cooperativa, de las empresas de trabajo en cooperación.

**El contorno capitalista desdibuja los perfiles propios de una cooperativa. Este mismo fenómeno ocurrió en el capitalismo incipiente**.-

Estos impulsos en las empresas capitalistas y en las cooperativas, que hemos simplificado mucho para explicarlo, pero que realmente reflejan lo que ocurre en la práctica, pueden venir, sin embargo, algo desfigurados, por la razón que antes hemos señalado: las empresas cooperativas nacen y se desarrollan, en la actualidad, en un entorno dominado por la forma capitalista de producir. Y por lo tanto los fenómenos y movimientos que se producen en su interior son entendidos, interpretados, como se entienden e interpretan esos mismos fenómenos y movimientos en el seno de una empresa capitalista.

El dinero que mensualmente retira un trabajador de su cooperativa, se le considera un salario; y sabemos que no lo es. El dinero que ponen en común los socios para adquirir los medios de trabajo, es considerado como el capital de la cooperativa; pero sabemos que no lo es. La cooperativa compite en el mercado con sus productos como una empresa más, y, sin embargo, ella no tiene que buscar, como las otras, la ganancia media para su empresario, puesto que esta figura no existe en la cooperativa.

¿Qué ocurre con esta serie de juegos simulados ("parece como si fuera, pero no lo es")?, ¿Por qué se comporta así una sociedad cooperativa?

Una sociedad cooperativa, en el seno de una sociedad basada en una producción dominante de tipo capitalista, tiene que "vestirse" de empresa capitalista, para poder reproducirse.

Las instituciones que se han montado para reproducir al conjunto productivo que lidera la empresa capitalista, parten del modelo de ésta para dar forma a los instrumentos que cumplen las labores de ejecución en esa función que reproducción.

El salario mínimo interprofesional sirve de módulo (de metro), en infinidad de cálculos de impuestos, de la Seguridad Social, de operaciones mercantiles. La ganancia, el beneficio empresarial; es, asimismo una base para múltiples operaciones en la vida ordinaria de una empresa. En las operaciones de crédito se utilizan también unidades de medida que son propias de las empresas capitalistas.

En este mundo de salarios, beneficios (ganancia), acumulación del capital, etc, es donde nace y se reproduce hoy una empresa cooperativa; una empresa en la que esos conceptos carecen de sentido. Y esta contradicción teórica, tiene en la práctica diaria su reflejo: la simulación.

Hemos de comportarnos como si fuéramos obreros. Que cobramos un salario; pero el salario es un coste que ajusta el empresario de forma tal que permita al menos la ganancia media; pues, tendremos que calcular una ganancia sobre el “capital” que manejamos. ¿Y qué haremos con esa ganancia? Pues, comportarnos como empresarios: Cubrir reservas y el resto lo volveremos a invertir en la propia empresa, para mejorar los procesos (mejor maquinaria), o para aumentar la escala (hacer más grande la empresa o montar otra).

Y así, aunque seamos una cooperativa, nos hemos comportado “como” se comporta una empresa capitalista cualquiera.

Esto último que acabamos de decir, es cierto, pero no es del todo cierto.

Para completarlo hay que añadir que la empresa es nuestra. Que si pasa algo, “esto” es nuestro. Y eso nos da una cierta tranquilidad. Además, una cierta tranquilidad con fundamento. La empresa no es ninguna maravilla, funciona más o menos como las otras, como la competencia capitalista, pero es nuestra; no es de ningún empresario que nos pueda dejar tirados.

Y con estas bases reales, más o menos, se van creando y van desarrollándose en nuestro país, en toda Europa, cooperativas de producción, aunque también, de crédito, de consumo, de enseñanza, etc.

Nos interesan, principalmente, las de producción porque representan, son, directamente las rivales de las empresas capitalistas en todos los terrenos de la producción, y en este campo se jugará la supremacía de unas u otras, teniendo en cuenta, de una forma especial, muy especial, la opinión, la imagen que de las mismas tengan los propios obreros, que son quienes las han de empujar, empujar y crear.

Lo que fue la primera fase en el capitalismo, nos sirve para entender mejor esta primera fase en la producción cooperativa.

Las reglas, las normas, que regulan el funcionamiento global del capital, no se mostraron claramente hasta que el capitalismo logró su madurez, imponiendo dichas reglas o leyes a todo el conjunto productivo, incluidas las formas minoritarias. Sin embargo, desde sus comienzos, se podían predecir gran parte de estas grandes leyes de su funcionamiento. Bastaba con tener ante la vista la composición y el funcionamiento de una de las empresas capitalistas que ya funcionaban y se reproducían.

Lo mismo, cabe suponer, ocurre con la producción en cooperación. Observando cómo funciona y se reproduce una empresa cooperativa, se podrían tener los rasgos generales del comportamiento de una producción compuesta de empresas de este tipo.

Por lo que aquí nos interesa, no nos vamos a detener más que en algunos aspectos especiales.

En sus aspectos generales, una producción en que el dominio corresponda a las empresas cooperativas, no se ha de diferenciar mucho de otra de tipo capitalista.

Por lo tanto, se trata de producir mercancías para competir en el mercado. Mercancías producidas por trabajadores que utilizan la misma tecnología, los mismos medios, los mismos conocimientos, que los que trabajan para el capital. Utilizando los mismos mecanismos en el intercambio (mercado, corredurías, notarias, registros, instrumentos bancarios –letras, pagarés-, créditos,

hipotecas); los mismos medios de financiación (disposición de dinero a través de los Bancos, las Cajas, la Bolsa); las mismas instituciones para aseguramiento del funcionamiento normal de todos estos instrumentos (fuerzas de seguridad, tribunales, Administración General, etc) En una palabra, una forma de producir, de trabajar; de producir y reproducir una sociedad, tan solvente como la capitalista.

Y en esto radica su viabilidad, la posibilidad de su realización. No se cambian los medios técnicos, no se cambian las instituciones. No hay ninguna revolución. No se presenta en ofrecimiento ninguna utopía. Ningún cambio radical que producirá una humanidad nueva.

Esta “entrada suave” se diferencia claramente de la primera fase del comunismo soviético, en el que los cambios bruscos y violentos, anunciaban la implantación de una producción distinta, y un vuelco espectacular en el mundo de las instituciones. En la medida en que ésta es la idea que sobre el comunismo en general quedó en la mayoría de los trabajadores, todos ellos acusarán también esta gran diferencia de presentación entre este mundo de la cooperación y el comunismo “conocido de toda la vida”. Entre otras cosas, porque puede ser la primera vez en su vida que encuentren alguna relación entre una cooperativa y el comunismo.

Respecto a la socialdemocracia, esta primera fase (que hemos llamado, para entendernos) de la producción cooperativa, concuerda plenamente con sus “modos suaves” (no revolución, no lucha de clases). Lo que ocurre es que la socialdemocracia tiene su centro de gravedad, su teatro de operaciones, su terreno de actuación, en el corazón de la producción capitalista, en la relación entre el capital y el trabajador; y ahí pone todo su ahínco, todo su esfuerzo, todos sus medios, materiales e intelectuales, tratando de mejorar las condiciones en que el trabajador queda en esa desigual relación. Y en eso, consideran ellos, consiste el socialismo. Quizá piensan que ése es el único comunismo posible.

La primera fase del trabajo en cooperación, sin embargo, consiste en ir colocando en el terreno de la producción los granos de la simiente de otro sistema, de otra manera de producir, de otra manera de trabajar. El enfoque, la dirección del empeño, no está en el terreno de la confrontación capital-trabajo, se centra, sin embargo,

en la relación del trabajador con “sus” medios de trabajo. Se empieza, en esta fase, a perder de vista el capital como eje ordenador de la producción. Todavía se trata solo de un enfoque, de los primeros pasos de un ensayo, pero en este escenario el capital no juega ningún papel.

Los aspectos generales, ya hemos visto no son muy llamativos; la producción en cooperación puede pasar casi desapercibida.

*Los aspectos especiales que la hacen distinta, cobrarán su color y se harán visibles, a lo largo de sus reproducciones sucesivas, cuando las principales condiciones de su reproducción hayan sido puestas por las mismas empresas que se reproducen; y no como ahora, que han de utilizar las condiciones de reproducción de las empresas capitalistas*.

Para entenderlo bien, hemos de recordar la figura que utilizábamos para describir el proceso que seguimos para tener un mejor conocimiento de la realidad que nos rodea. Se trataba de ir quitando capas a la cebolla, hasta poder ver más claro en sus capas más interiores.

Estamos hablando de la empresa cooperativa. La forma en que nos la presenta la apariencia directa, es la de una empresa, montada por los trabajadores, con “capital” de los propios trabajadores, cuya finalidad es la de otra cualquier empresa capitalista: producir bienes, llevarlos al mercado, y con su valor, cubrir los gastos, procurarse un salario, y como no hay empresario, dedicar la ganancia a mejorar la empresa y recuperar el “capital” puesto inicialmente.

Esta descripción no es falsa; pero es parecida a la que haría de un coche un conductor que conoce los pedales, la dirección, el motor, la transmisión y las ruedas; pero que no le pregunten en qué consiste la diferencia entre el que funciona con gasolina, del diesel o del coche eléctrico; o si le piden cuál será el coche del futuro.

Para responder a eso, hay que conocer más cosas del coche; no solo cómo funciona por fuera.

La cooperativa no es una empresa, cuyo capital lo ponen los trabajadores, para procurarse un salario, y disponer de la ganancia, puesto que no hay empresario. Esa manera de verlo, se parece a lo que decía un muchacho de mi pueblo: “mi madre hace un arroz con leche de garbanzos, riquísimo”. Será garbanzos con leche, le decíamos. “No, no. Es arroz con leche, pero que en lugar de ponerle arroz, le pone garbanzos”, nos aclaraba.

Uno, parte de lo que conoce para acercarse a lo que desconoce. La empresa capitalista es el arroz con leche, y de ahí partimos. Se trata de una empresa en que el capital lo ponen los obreros; cobran su salario y disponen de la ganancia, puesto que no hay empresario. Pero, que en lugar de ser así, resulta que no se trata de capital, que no se trata de salario, ni se trata de ganancia. Pues, entonces, habría que aclarar, se tratará de garbanzos con leche, y no de arroz con leche. Pero como los garbanzos con leche no nos suenan a nada, no nos recuerdan nada, acudimos a los conocido, el arroz con leche, y luego empezamos a quitar (arroz) y poner (garbanzos).

La cooperativa es un centro (un aparato) de producción, en que los medios de trabajo los ponen los propios trabajadores, y cuya finalidad es elaborar productos para llevarlos al mercado, venderlos, y apropiarse su valor.

Es la misma definición que daríamos del taller de un artesano, dónde, de la misma forma, no aparece por ningún sitio, ni el capital, ni el salario, ni la ganancia, ni el empresario. Lo que obtiene un artesano, al vender el producto de su trabajo, no es una ganancia, ni es un salario; ni lo que invierte en su taller en medios de trabajo es capital. Eso son conceptos que sirven para entender un tipo de relación muy particular en la producción: el capitalista. Pero que, como vemos, sólo son aplicables a esa forma de trabajar.

A la forma de trabajar, más concretamente, a la forma de relacionarse el trabajador con los medios de trabajo, en el caso del artesano, no son en absoluto aplicables estos conceptos.

En el caso de que el artesano, juntara su taller al de otro artesano, estaríamos en el mismo supuesto. Y si se juntan cinco artesanos en una taller de todos ellos, estaríamos, asimismo, en un tipo de producción en que no son de aplicación los conceptos propios del capitalismo. Pues bien, eso es una cooperativa; exactamente eso, es una cooperativa. A la que, por lo tanto, no hay motivo alguno para aplicar, ni a sus elementos, ni a sus relaciones, los conceptos como salario, ganancia, capital, etc.

Es que es una forma de producir, nueva. No hay que partir de otra forma conocida (la capitalista), para explicarla. No es arroz con leche, pero de garbanzos.

Es una cosa nueva: garbanzos con leche.

**Las diferencias sistémicas respecto a la empresa capitalista, aparecen en su reproducción**.-

Si el proceso de producción capitalista y el cooperativo se presentan, en apariencia, como muy parecidos, es en su reproducción donde aparecen enseguida las diferencias.

Se trata, por lo pronto, en ambos casos, de reponer todos los elementos gastados, y si sobra algo, decidir qué destino se le da.

Para empezar, ya encontramos una diferencia, y es que en el cooperativo no hay que reponer un elemento, porque no existe: el empresario.

Sin embargo, la diferencia esencial es, que en la empresa capitalista, quien decide todos los pasos en la reproducción ( cuánto se dedica a la reproducción de los trabajadores – el salario-; cuándo se reponen los medios que se van desgastando –herramientas,

instalación-; cuánto se dedica a la reproducción del empresario -su renta-; y qué se hace con la ganancia), es el empresario; y en la cooperativa, todos estos movimientos los deciden los propios trabajadores.

Esta diferencia, que nos parece a simple vista tan importante, si profundizamos un poco, nos parece mucho más.

Lo que cada trabajador retira mensualmente para su reproducción, y que hemos dicho que aunque parezca un salario, no lo es; no es que plantee una cuestión de nombres, es, por el contrario, una cuestión de concepto. El salario, como la ganancia, y el capital mismo, es una relación. Para obtener la ganancia media, el empresario no puede dedicar a salarios más que una cantidad determinada; si dedica más, disminuye su ganancia, y al contrario si baja los salarios aumenta su ganancia. Como la ganancia media es común a los empresarios (del mismo sector y zona, sobre todo), lo es también los salarios que pagan. Se trata de dos conceptos íntimamente ligados; existe el salario porque existe la ganancia, son una relación.

Sin embargo, en la cooperativa, al no haber ganancia, lo que el trabajador retira, no guarda, no puede guardar, relación con ella. Guarda, por el contrario, relación con el valor de lo producido. Más valor alcanza lo producido, en el mercado, más valor puede retirar mensualmente cada trabajador. De forma que, una vez restado de este valor producido los gastos generales (impuestos, seguros, etc), las reposiciones de todos los elementos gastados (materias primas, amortizaciones de herramientas e instalaciones), las reservas necesarias (impuestos normalmente por ley), los trabajadores se pueden repartir lo que sobre; o repartirse un tanto y al final de año volver a repartirse otro tanto; o repartirse una parte mensualmente, otra parte anualmente, y dejar otra parte para aumentar el tamaño de la empresa, con entrada de nuevos socios trabajadores.

Como se puede observar, las relaciones aquí se establecen, entre los trabajadores, sus medios de trabajo y el resultado del mismo. Que, si recordamos es lo que caracterizaba a un proceso de trabajo socialista.

Esta profundización teórica, normalmente no aparece en la observación que se hace del funcionamiento de una empresa cooperativa; entre otras razones, porque el propio funcionamiento ordinario de la cooperativa viene ordenado en las normas que regulan la existencia y vida de estas en cada país. Y estas normas, según habíamos advertido más atrás, vienen homologadas (colocadas en moldes) de forma que puedan ser tratadas juntamente con las empresas capitalistas, por parte, sobre todo, de la Administración. Y entonces son contempladas "como si fueran" una empresa más, una empresa capitalista.

Hay otra razón, de orden interno ésta. Los directivos, los gerentes, los ejecutivos de las cooperativas, tienen enfrente, como competidoras, a las que pretenden superar, a las empresas capitalistas. Para poder comparar su eficiencia, la forma más directa es acudir a los propios conceptos de la empresa de enfrente, la capitalista, y emparejar concepto a concepto: toneladas vendidas, precio, total valor obtenido, gasto en salarios, gasto en capital fijo, en capital circulante, gastos generales, amortizaciones, etc, y finalmente, ganancia. Hemos ganado casi, más, o menos, como ellos. Incluso para comparar las fuentes de financiación (de donde proceden los dineros que se manejan: de Bancos, de Cajas) se hace referencia a la autofinanciación (dinero que procede de la propia empresa, llamándole capitalización, es decir, conversión de ganancia en nuevo capital).

Con toda seguridad que estos directivos saben que no es así, pero para poder compararse con el capital, han de utilizar su propia jerga.

Tanto lo que hay en el fondo de toda reproducción, como la mecánica que se sigue en cada tipo de proceso, es del mayor interés en estos temas; por eso vamos a insistir un poco más en ello.

La reproducción del capital viene regida, guiada, por una flecha que indica: máxima ganancia. Como todos los capitalistas no la pueden obtener, se guían por la ganancia media. Para mantenerse en ese nivel han de avanzar constantemente. Si se paran, se los lleva la corriente, que aquí se llama la competencia.

Hay que aumentar constantemente la productividad del trabajo (es decir, producir más piezas en una hora, y al repartir el trabajo (el valor) que tiene una hora, entre más piezas, resulta con menos valor, más barata), para hacer frente a la competencia. Han de adquirir máquinas más valiosas; pero su valor no produce plusvalor, que lo produce solo el capital gastado en salarios; por lo tanto, baja la ganancia por euro invertido; baja la tasa de ganancia; hay que invertir muchos euros, puesto que por cada uno cada vez se gana menos. Consecuencia: constante crecimiento, acumulación del capital. Todo este proceso lo dirige el empresario en su interés.

Cuando el capital se apodera de la dirección de la producción en una amplia zona, durante un amplio espacio de tiempo, este movimiento de su forma de producir, se convierte en el movimiento habitual, normal de toda la economía; y las instituciones, asimismo, reflejan estos ritmos, estas cadencias y estas magnitudes del capital. Incluso, las formas de producción no capitalistas, acaban comparando, como hemos visto, su viabilidad (su validez), midiéndola con las formas y los conceptos propios del capitalismo.

Sin embargo, mirando con profundidad, como lo hemos hecho con la cooperativa, no es así.

Un joyero, se une a otros dos compañeros, maestros también en el oficio y abren un taller cooperativo. Los medios que utilizan en su trabajo, no es técnicamente capital, ni ellos son obreros al servicio de ningún capitalista. Lo que producen, lo venden. Con el valor que obtienen, reponen todos los gastos, todos, y lo que resta se lo reparten, gastándolo cada cual en su reproducción, es decir, en el conjunto de mercancías y servicios que le permiten seguir viviendo y trabajando, día por día, año por año.

Preguntas: ¿Han de obtener la ganancia media?; ¿Han de mejorar constantemente la tecnología para hacer frente a la competencia? ¿Han de acumular medios de trabajo constantemente, han de crecer para que no se los lleve el río?

No son estas las medidas que rigen su manera de trabajar, de producir. A estas preguntas, no habría nada que contestar. No son apropiadas.

Sin embargo, sí se les podría preguntar: ¿Qué límites tiene el valor que anualmente obtienen ustedes en el mercado, para que les resulte viable, sostenible su trabajo? ¿Cómo miden ustedes el coste de su reproducción? ¿Sienten la necesidad de ir ampliando su taller periódicamente, porque de lo contrario se les hundiría su empresa?

Probablemente, con una sola respuesta contestarían a todas las preguntas a la vez.

Hay un límite físico por debajo del cual no puede reproducirse materialmente un trabajador; este límite no necesita explicación; si no se come, se muere el trabajador; es un límite claro.

En lo que se refiere a todas las demás condiciones de la reproducción, se establecerían en cada circunstancia y en cada momento, mediante los acuerdos correspondientes entre los trabajadores, dado que no hay normas que establezcan con carácter general, ni las formas, ni las condiciones en la reproducción.

De tal forma que la reproducción, como en el caso del campesino, queda básicamente sometida a la voluntad del trabajador. La extensión en la jornada de trabajo, la intensidad del mismo (los ritmos, las cadencias), su retribución periódica (cada día, cada semana o cada mes) o la retirada anual de lo que pueda quedar de remanente, el uso de ese remanente (en la mejora de la instalación, en la ampliación de la misma, o en el consumo personal del trabajador -viajes, diversiones, estudios-); todo ello, no viene previsto en el funcionamiento interno de la empresa, ni en el movimiento del conjunto de las empresas, como ocurre en el caso del capital. Aquí se produce, se trabaja, en la forma que los trabajadores acuerden, sin que ninguna fuerza interior ni exterior, imponga las condiciones de la producción, y por la misma razón, la reproducción queda solo sometida a la voluntad de los trabajadores.

**La sola presencia de una cooperativa produce efectos en las instituciones**.-

Acostumbrados como estamos a una producción y reproducción sometidas a las leyes que mandan en el movimiento de desarrollo del capital, tenemos la sensación de que siempre ha sido así y que siempre será así.

Sin embargo, sabemos que en la Edad media no era así, ni en la Antigua tampoco. Ni esclavos, ni siervos estaban sometidos a otra norma en su reproducción, que a la voluntad de sus amos, que eran los que la administraban y dirigían, sin otra norma que su libre voluntad, y el límite del grado de productividad de los que trabajaban, que como también sabemos, era muy baja.

Si en un futuro, cercano o lejano, los procesos productivos, las empresas más importantes que dominan el conjunto de estos procesos, tuviesen forma cooperativa, querría decir que la producción estaría en las manos del conjunto de sus trabajadores. Si, como hemos visto, la reproducción de cada empresa tiene lugar de acuerdo con lo que deciden los trabajadores, eso querría decir que, de una manera general, la reproducción del conjunto de la producción, dependería, asimismo, del acuerdo del conjunto de ellos.

Y el capital, hay que añadir, dejaría de regir, de dirigir, la forma de prestar su actividad los trabajadores.

Si esto ocurriese (que puede ocurrir, y puede no ocurrir, según sea la voluntad de los trabajadores), no sería de una forma brusca –una revolución-, sino en un proceso pausado en que, cada nueva empresa cooperativa que comienza a funcionar, iría cambiando la composición del conjunto de procesos productivos, y esto se reflejaría, poco a poco, en la composición (la organización interna y la dirección en su funcionamiento) de las distintas instituciones.

Hay instituciones en que esta presencia de la forma cooperativa en la producción, tiene un efecto inmediato: en las empresas que se encargan de las funciones más corrientes de la reproducción y que revisten la forma de dinero, como son los Bancos y las Cajas de ahorro. Tanto el depósito de dinero, como los préstamos, y en general, la gestión de los cobros y pagos en el giro de la empresa son el objeto de estas instituciones. Pues bien, contando con la presencia actual del conjunto cooperativo en nuestro país, ya existen más de una Caja, y al menos un Banco, destinados de un modo especial a estas empresas; y algunas de ellas, además, lo hacen también en forma de empresa cooperativa.

Ponemos este ejemplo, porque es muy evidente hasta en la superficie, en la apariencia, pero, es claro, que una forma nueva de producir, a medida que se hace presente, obliga a todas las instituciones a tomarla en consideración.

Desde las instituciones de ahorro, hasta las de enseñanza y cultura, la nueva forma de trabajar hace señales para que se produzca un cambio en sus metas, en sus objetivos, en la dirección a que apunta su actividad. En la medida en que la cooperación se haga un espacio mayor en la producción, esas señales se convertirán en normas que orientarán dicha actividad.

Hay una parte del ahorro de los trabajadores que ya alimenta a las propias instituciones que se ocupan de la producción cooperativa, como hemos visto. Pero hay otra parte que se desvía hacia instituciones especialmente dedicadas a la reproducción del capital, y que además de esa función, permite a la institución convertirse en una empresa capitalista más. Ese ahorro de los trabajadores podría potenciar, fortalecer, las instituciones propias que, a su vez, no tienen otra misión que reproducir, fortaleciendo, al campo cooperativo.

Otra parte, y no pequeña, del ahorro ( dinero que no se gasta en la propia reproducción diaria) de los trabajadores va a parar a las Cajas de Ahorro. Estas instituciones merecen, para los trabajadores, una atención especial.

Y ha de ser especial la atención, porque se trata de una institución de trato diario y fácil para la mayoría de los trabajadores.

Estamos hablando del socialismo, del comunismo, es decir, del trabajo (de los trabajadores), y de ahí no nos debe desviar ninguna otra consideración. Ninguna.

Las Cajas de Ahorro no tienen amo. Y esto puede parecer muy emocionante; pero hay que ahondar un poco más. Si no tienen amo, ¿cómo nacen?

Veremos un caso particular (los demás casos son muy parecidos).

Unos señores muy ricos, que como muchos de ellos, no saben ya qué hacer con el dinero acumulado, crean una fundación. Van al Notario y hacen una escritura. Estos mil millones servirán para comprar un edificio, mobiliario e instalaciones, se contratará al personal necesario, y todo ello se dedicará a gestionar las pensiones de los trabajadores que así lo deseen (era un tiempo en que no había Seguridad Social, y los trabajadores viejos no tenían más apoyo que la familia, el que la tenía, y en que el ahorro era casi un lujo para un obrero). Con unas entregas mensuales, o semanales, muy pequeñas, los obreros se podían asegurar una pequeña pensión al final de su vida laboral. Si empezaban pronto a cotizar, la pensión era, naturalmente, mayor, que si cotizaban pocos años.

Para ello se abrían una cartilla, donde iban colocando sus pequeños ahorros.

Muchos obreros tuvieron su pensión. Muchos, muchísimos obreros abrieron sus cartillas y todos ellos se acostumbraron a poner sus pequeños ahorros en la Caja.

La Caja tenía su patrimonio propio (el que pusieron en su día aquellos señores ricos), y al mismo tiempo gestionaba el dinero que iban depositando los obreros, a los que cobraba una pequeña cantidad por esa gestión.

Esta bolsa de dinero, para no estar inactiva, sirvió para facilitar a los propios obreros que tenían su cartilla, pequeños préstamos para adquirir mobiliario, para arreglar la casa, para comprarse ropa, un reloj, etc.

Naturalmente, no había inconveniente alguno en abrir una cartilla a alguien que no fuera obrero, y lo mismo con los préstamos.

Pronto se pudo comprobar que con los ingresos por estas operaciones, se cubrían todos los gastos, y sobraba dinero. Estaba previsto en la escritura de la fundación: si había “beneficios”, se dedicarían a la obra social y a la obra cultural, (bueno, lo escribían con mayúscula, obra Social y Obra Cultural).

Pues ya está claro. No hay amo. La fundación no es de nadie. Es un fondo dedicado a una finalidad; no hay dueño. Si hay una diferencia entre lo que se ingresa y lo que se gasta, una parte se acumula y otra se dedica a las obras dichas.

Esta es la parte, llamémosle inocente, de la cuestión. Porque más tarde, acaban operando como un Banco. Y más tarde, acaban adquiriendo empresas o parte de empresas, y convirtiéndose en grupos económicos, que operan como un conglomerado capitalista más.

Eso sí, siguen sin tener dueño, pero manejan, como capital, un dinero, que en buena medida siguen proporcionándole los trabajadores con sus ahorros (ahora, no ya tan pequeños).

Como se trata de empresas no capitalistas (al menos en el manejo de los ahorros de los obreros, porque en el manejo de las empresas de las que tienen parte, sí que lo son), se nota en su reproducción; y así, una gran parte de lo que en una empresa capitalista se llamaría ganancia, lo dedican a la Obra Social y a la Obra Cultural.

Este ahorro de los trabajadores, es decir, la parte de los fondos de estas instituciones, que corresponde al ahorro de los trabajadores, debería estar dedicada exclusivamente a la reproducción de los trabajadores, bien a la reproducción de su

persona (sanidad, educación, ocio), bien a la creación o a la reproducción de empresas cooperativas. Y no se trata de unos millones de euros, sino de un montón de millones de euros.

En este sentido es en el que decimos que la presencia en la producción, de las cooperativas, provoca cambios en las instituciones. Y uno de estos cambios, corresponde a esta lógica tendencia del ahorro de los trabajadores a servir de instrumento y apoyo a la creación y reproducción de las empresas cooperativas, por ser éstas de su propiedad.

**La reproducción cooperativa y el mundo e la cultura.-**

Si en el campo de las instituciones de ahorro (Cajas de Ahorro, principalmente), vemos dibujarse la tendencia que consiste en concentrar el ahorro de los trabajadores en las instituciones que dedican su actividad, principalmente, a la creación y reproducción de cooperativas, hasta el punto que algunas de ellas ya funcionan con esta especialización; en el campo de la educación y la cultura, correspondería un cambio aún más acusado.

Estamos considerando, lo recordamos, el efecto que provoca la producción cooperativa en las instituciones a través de las cuales se reproduce.

Y hemos de recordar que, en proporción al peso, a la presencia, de la producción cooperativa en un mundo de dominio productivo del capitalismo, este efecto solo lo señalaremos en forma de tendencia, es decir, de dirección hacia dónde señala el movimiento de cambio.

Por eso mismo, la principal palanca, el principal motor, en ese avance hacia la adecuación de las instituciones a la nueva producción cooperativa, es precisamente, el aumento de empresas cooperativas y el aumento en la dimensión de las existentes. Porque ello permite, y exige, atender a su reproducción en forma adecuada.

En el terreno de las instituciones de enseñanza y cultura, hay que tener en cuenta, algo ya repetido.

Han sido creadas, y funcionan, como instrumento de reproducción, de un tipo de producción basado en el trabajo por cuenta ajena.

La finalidad de estos instrumentos, de estas instituciones es, por lo tanto, crear unas condiciones en el terreno de las ideas, del conocimiento, de los valores, de los proyectos personales y colectivos, que faciliten el mejor funcionamientos de esos procesos de trabajo por cuenta ajena. Para eso se las crea. Para eso se les paga.

En el escenario productivo (talleres, tajos, obras) el trabajo por cuenta ajena coloca la sabiduría, el mando y la ganancia, en la zona de arriba; y separados en la zona de abajo, se sitúan, la ejecución, la obediencia y el salario (para mantenerse). Este escenario, con esta colocación de sus elementos, con esta relación entre ellos, aparece reflejado, como en un espejo, en el mundo de las instituciones, particularmente las que se ocupan del aspecto cultural y educativo.

La parte de arriba de la producción, la de la ganancia es la heredera de la que ocupaba este mismo lugar en la producción de los siervos y de los esclavos. De ella recogen el testigo, como en una carrera de relevos. Esclavos, siervos y obreros, retiran de la producción lo que necesitan para vivir, para reproducirse. Su reproducción es sencilla, elemental, ajustada (comer, vestir, tener habitación o cobijo). Ni han tenido tiempo, ni medios para otra cosa.

Nobles, señores e Iglesia, han retirado de la producción, todo; dejando para la reproducción de los trabajadores, lo mínimo que en cada momento permitía esta reproducción.

Con esas inmensas cantidades retiradas de la producción para su aprovechamiento, goce, disfrute y libre realización de sus deseos y proyectos, han elaborado a lo largo de los siglos, un mundo material (Palacios, Castillos, Catedrales, Teatros, Monumentos, Villas, Monasterios, Residencias, muebles, joyas, libros) y un mundo de ideas, nacidas de las condiciones materiales de su vida, a cuyo conjunto lo conocen como cultura. Añadiendo a esta cultura, el producto paralelo salido de las condiciones materiales de la vida de los trabajadores, tendríamos la cultura de un país y de un tiempo.

Ni que decir tiene que la alta cultura tenía su residencia en los Palacios (del Rey, de los Nobles, del Papa, de los Obispos), en las Catedrales, en los Teatros. Y de ahí la recogieron los nuevos ricos, los empresarios.

La cultura que llega a los trabajadores, hoy, en Europa, es hija de esta alta cultura. El trabajador de nuestro país que pretende ser considerado culto, ha de entrar en ese mundo material (Teatro Real, Liceo, Museo del Prado, Orquestas de titularidad pública, Exposiciones, libros escritos por o para este grupo escogido) y en ese mundo de las ideas, hechas, surgidas de unas formas de vida que le son muy lejanas.

Lo importante de esta cuestión es lo siguiente. Los trabajadores nunca intervinieron en la creación de esta alta cultura. Sus condiciones de trabajo y de vida no se lo permitían. Sin embargo, sus condiciones de trabajo y de vida, eran las que permitían que, en Palacios y Catedrales, los señores, que no trabajaban, fuesen los promotores, los que pagaban, estas actividades.

Siendo esto así, los trabajadores ven cómo se les presenta esta cultura como la “alta” cultura, la “verdadera” cultura, la cultura hacia la que se debe tender por ser la de mayor calidad.

Una determinada manera de trabajar ha permitido la existencia de esta alta cultura. Esa manera de trabajar, creaba las condiciones materiales que permitían la creación y reproducción de

esta cultura. Esa forma de trabajar no fue elegida, sino que le fue impuesta a los trabajadores. Los trabajadores no pueden olvidar ante las obras de esa cultura, en qué condiciones vivían los trabajadores que las hicieron posibles. Ese tipo de cultura, que exige para su creación y reproducción, un tipo de trabajo como ya conocemos, no será instrumento válido para la creación y reproducción del trabajo en cooperación. El trabajo en cooperación no crea las condiciones materiales que se necesitan para la vida de ese tipo de cultura.

En una palabra. La cultura, como forma de vida (es decir, de trabajar) que será la base de la creación y reproducción de los procesos de trabajo cooperativos, no será la alta cultura. Las instituciones culturales en que se apoyará el trabajo en cooperación, no serán las de la alta cultura. O bien, los trabajadores, como labor preparatoria, conseguirán, que sean presentadas como directamente ligadas a una forma de trabajar no deseada por los trabajadores, y por lo tanto, no como “la cultura”, la “mejor” cultura, sino como la cultura “propia” de una forma de trabajar que permitía a los que no trabajaban aplicar lo que retiraban de la producción, a estas actividades

Estas formas culturales heredadas tienen una gran importancia para el movimiento organizado de los trabajadores. La razón es que, las formas de vida (las llamamos así, pero realmente son formas de trabajar; según cómo se trabaja y cómo se recogen los frutos de ese trabajo, así se vive), asentadas en una sociedad (llamamos así, sociedad, al lugar donde se producen y reproducen los procesos de trabajo) durante largos periodos de tiempo (normalmente siglos), acaban creando costumbres, (que acaban tomando forma de leyes), formas de relacionarse los individuos según la posición que tienen respecto al trabajo material, formas de ver (opiniones) estas relaciones; y todo esto va tomando cuerpo en las instituciones. Y es lo que llamamos cultura, que contiene lo que llamamos tradiciones.

La cultura de un pueblo, se asienta directamente en la forma cómo se organiza en él el trabajo material, la producción material. Constituye, precisamente, el herramental necesario para su pacífica

y sostenible reproducción. Si la herramienta más necesaria para la reproducción de un tipo de trabajo, es la violencia, diremos que se trata de un pueblo con tradición, con cultura guerrera. Si la herramienta más útil es el arte, diremos que se trata de un pueblo con tradición artística.

Si la producción material tiene como soporte el trabajo esclavo, ya podemos deducir que los guerreros o los artistas de esos pueblos, no son los esclavos, no son los trabajadores.

Y sin embargo, lo que nos llega de ellos; lo que nos enseñan nuestros libros de historia es que Grecia era un pueblo en que se cultivaba la filosofía (Aristóteles, Platón) y el arte; Roma destacaba en el cultivo del derecho, las artes, las grandes obras públicas; España, el pueblo español, llevó adelante la hazaña de los grandes descubrimientos; Inglaterra se forjó un inmenso imperio colonial, etc.

El resumen, la combinación, el crisol (el vaso en el que se funden los metales), de todas estas cualidades, nos daría como resultado, nuestra cultura europea actual. La gran cultura.

Como se trata de la unión de los más excelente de cada cultura, estaríamos ante una cultura excelente.

De esto, cabe deducir, que se trata de la meta más alta a la que puede aspirar, apropiándosela, cualquier europeo que quiera ser culto. Incluidos, naturalmente, los trabajadores.

Se trata, como podemos apreciar, de una herencia riquísima y valiosísima. Contiene la historia de toda la sabiduría, todo el goce, toda la emoción, que permite disponer del mando sobre todos los procesos de la producción material, así como sobre los instrumentos que aseguran las formas de su reproducción.

Evidentemente se trata de una altísima cultura, para uso de los que la puedan seguir utilizando y disfrutando de su uso.

Los trabajadores nunca la podrán usar, ni disfrutar. Ellos la hacen posible; sin ellos no existiría; pero su forma de participar en el festín, consiste en prestar su trabajo en procesos ordenados de tal

manera que el mando de los mismos, y el disfrute de sus productos, permita crear, recrear, gozar, y dirigir estas excelentes formas de vida (en este caso de no-trabajo) a las que hoy consideramos alta cultura (que consideramos, y que lo son, efectivamente).

En la medida en que los procesos de trabajo de la producción material, estén en manos de los propios trabajadores, los instrumentos culturales (las instituciones) que los reproducen, dejarán de reflejar unas relaciones que están en la base de la “gran cultura”; pasando a considerar ésta forma de entender la vida y su reproducción, ya superada; y sus “virtudes”, como costumbres y tradiciones, ajenas y contrarias al interés de los trabajadores.

Esta alta cultura y las instituciones en que toma cuerpo, han ido adaptándose a los nuevos amos, a los empresarios, evolucionando solo en la medida en que lo exigía su reproducción. En lugares como Inglaterra, o el Estado del Vaticano, se siguen exhibiendo las antiguas formas, como ejemplo de virtudes y tipo de relaciones dignas de imitarse.

En nuestro país, esta cultura, molde social que reproduce las relaciones en el trabajo, sigue dando forma, sigue dando el tono, en las principales instituciones encargadas de producir y reproducir, modos de vida, estilos de vida, virtudes sociales.

Las relaciones entre estas instituciones y los trabajadores, no es otra cosa que el reflejo de la que ellos han de guardar en el trabajo con el empresario. El empresario representa el saber, el impulso emprendedor hacia lo nuevo, es el depositario más indicado de riquezas, experiencias, y el dispensador natural de todos estos bienes. Las instituciones culturales son el espejo multiplicador de esta situación de prevalencia y sumisión respectiva.

Las instituciones encargadas de la enseñanza, de transmitir los saberes, los conocimientos, están íntimamente ligadas a éstas, puesto que el conjunto de lo que trasladan a la nueva generación no es otra cosa que la cultura acumulada por las generaciones anteriores.

Como hemos visto, se trata de la selección hecha por los responsables de dirigir la producción material, y la reproducción de la misma. La cultura que se transmite (la excelencias de esa cultura), representa las formas de vida, las virtudes, los hallazgos, las aventuras, de ese grupo director. Como sólo ellos dirigían, son los únicos protagonistas.

Si se habla en la escuela, en la Universidad, de pintura, aparecerá el pintor que retrataba al Rey, era el mejor. Si se habla de arquitectura, aparece el que construyó el Escorial, que era excelente. Si se trata de ciencia, aparecerán los colegios de los ricos ingleses, en Cambridge o en Oxford, o los monasterios medievales. Si va de grandes descubrimientos, Colón, con los dineros de la Reina Isabel, será el más lucido.

Los trabajadores tienen que aprender, cultivarse, siguiendo la estela de estos grandes hombres, que son los que van abriendo paso a la humanidad a lo largo de la historia. Es sorprendente, pero ningún trabajador ha hecho nada notable a lo largo de la historia.

Ni lo ha hecho, ni lo hará.

Mientras estén ocupados en ejecutar todas las tareas en la producción material, necesarias para que haya un grupo reducido que, desentendiéndose de estas tareas, se ocupe de la dirección del mundo, partiendo de la dirección y control de los procesos de trabajo que están en la base de todo ese mundo, no estarán en posición de hacerlo.

Esa posición no es inamovible. En los procesos de trabajo cooperativos aparece la oportunidad de romper esa desairada posición, al alcanzar el lugar desde el que se ha fabricado toda esa cultura.

Si se logra esa posición base, en ese proceso de trabajo, al menos, se ciega la base de reproducción de esa alta cultura. Por lo tanto, avanzar en esa línea concreta, es cortar las vías de abastecimiento a esa cultura aristocrática (de unos pocos privilegiados).

Con el desalojo de ese lugar (desde el que se ha creado la cultura que se nos enseña) de los que lo han ocupado largos siglos, no solamente se les priva de la base material que les permitió su protagonismo cultural, sino que, y sobre todo, se les demuestra la capacidad de los trabajadores de iniciar el camino (y con los mismos pasos –empezando por la producción-), que conduce a la progresiva sustitución, tanto en la dirección de la producción, como a las instituciones que le dan soporte.

La sola existencia del trabajo en cooperación, la sola capacidad de producir en forma cooperativa de manera sostenible, representa un desafío al capital, que suele presentarse como la más eficaz forma de producir, como la única forma de producir. Así lo dicen y lo sostienen.

**La cultura es función del tipo de proceso de trabajo material-**

La sola existencia sostenible de la cooperativa, plantea una nueva manera de trabajar, por tanto, una nueva manera de vivir, y por lo mismo, las bases de una nueva cultura.

No poder trabajar más que con la condición de que “otro” obtenga la mayor ganancia posible, y al menos la ganancia media. No poder participar en la ordenación de tu trabajo. No participar en el fruto de tu trabajo en proporción a tu esfuerzo. No saber cuánto durará tu trabajo, si se acabará el mes que viene.

Trabajar en esas condiciones, no es una condición personal, individual, sino colectiva, propia de todos los trabajadores de las principales empresas del país, y de toda Europa, y pronto de todo el mundo.

Este conjunto de trabajadores, prestando su esfuerzo en las condiciones citadas, no forma ninguna unidad, no forma ningún conjunto completo. Falta otra pieza para poder encajar, y formar un conjunto. Y la otra pieza, los empresarios, reúnen unas condiciones que complementan las de los trabajadores: ellos son los que ganan lo más posible, los que ordenan el trabajo, los que dirigen el proceso.

Estas dos piezas del conjunto, dan el molde en el que se desarrolla el trabajo, la vida de sus miembros. Y esta forma de trabajar y vivir, esta combinación de las dos piezas, nos da la cultura en que nos educamos. Y nos da la forma y el fondo de lo que nos enseñan en las escuelas, en los institutos, en las universidades.

El trabajo en cooperación, al cambiar las bases de esa cultura, permite, asimismo, remover los pilares sobre los que monta todo su armazón.

Por ejemplo, un tipo de sociedad, asentada sobre una producción por cuenta ajena, tiene como resultado característico la formación de un grupo reducido de ociosos, y de otro gran grupo de trabajadores. Así es en la sociedad capitalista y así lo fue en la esclavista y en la servil.

En consecuencia, el pilar esencial que soporta la formación de lo que hoy llamamos la alta cultura, es la existencia de un grupo reducido de ociosos, es decir, que no necesitan trabajar para reproducirse, y que reciben de los trabajadores, en proporciones abundantísimas, todos los medios materiales necesarios para ello.

Esto les permite adiestrarse en aquellas artes y saberes a las que solo ellos, ociosos y nadando en la abundancia, tienen alcance. Estas posibilidades materiales les permiten alcanzar una muy alta calidad en sus obras y actividades; lo que unido a que sólo ellos las hacen, gozan y practican, convierte este mundo cultural en un espacio “distinguido”, separado del escenario en que tiene lugar la reproducción de los trabajadores.

El segundo pilar, sostén de la alta cultura, consiste en presentarla como el modelo más acabado, más elaborado, más

representativo de las cimas que puede alcanzar el espíritu humano. Consiguiendo con ello dos cosas. Una, que los trabajadores lo admitan así, y no se les ocurra pensar en que puede haber otras cimas y otros caminos por las que alcanzarlas.

Otra, que no es más que un refuerzo de la primera. Que los trabajadores admitan, como cosa natural, como lo más lógico, que estas culturas, que estas cimas, bien, bien, seguramente no las alcanzarán nunca; a ellos, dentro de la organización de la humanidad, no les corresponde ese lugar; esos son lugares para otra clase de gente.

Todo ello, sin embargo no pone en duda las cimas, las alturas, sus calidades, y el disfrute gozoso de todas estas maravillas, por parte de los ociosos.

Pero los trabajadores han de ser conscientes de que las excelencias de esa cultura tienen como base, sin la que no existiría (sin la que no existirá), una concreta forma de trabajar. Una forma de trabajar que, cambiándola por la de hacerlo en cooperación, acabará con su fuente de alimentación, y abrirá las puertas de otras formas de vida, de cultura, menos “distinguidas” y más propias de los trabajadores, es decir, de todos, puesto que no habrá ociosos.

**Ya se puede profundizar un poco más en el concepto de “política**”.-

En este punto, cabría un pequeño recordatorio sobre la política.

Al hablar de ella, normalmente se ha utilizado la expresión espacio político, o escenario político.

Se trata, en todo caso, de un concepto, de una abstracción que utilizamos para tener un mejor conocimiento de la realidad social, de la sociedad que nos rodea, y en el seno de la que vivimos.

Primero, cogemos un trozo de la realidad, o sea, hacemos ya una selección. Por ejemplo, hemos elegido el trabajo, todo lo que rodea el trabajo, pero solo el trabajo. Sabemos que el trabajo no se da solo, pero para estudiarlo y conocerlo mejor, hacemos la abstracción de considerarlo solo, aislado. Y con los conceptos de valor, medios de trabajo, intercambio, productividad, plusvalor, etc, hemos construido un campo, un espacio, que hemos llamado producción, y que nos ayuda a conocer mejor qué es un obrero, qué es un empresario, cómo son sus relaciones.

Pues bien, con la política se puede hacer lo mismo. Primero aislamos un espacio en el que el elemento que le da vida, como el trabajo a la producción, es en este caso las instituciones. Todo el espacio, el escenario de la producción, está delimitado por el trabajo; todo el espacio de la política está centrado en las instituciones.

Ya vimos lo que son las instituciones. Los apoyos que precisa cada tipo de producción, para pervivir en el tiempo, para seguir siendo producción hoy y mañana y el otro mes y el otro año. Son aparatos, es decir, algo físico (muebles, edificios, herramientas, dinero), medios materiales, y medio humanos, trabajadores. En esto, se parecen a los elementos de la producción, al aparato productivo.

Los elementos de nuestra producción se ordenan y organizan con una finalidad: producir mercancías. Y esa finalidad le da forma, sentido y dirección a todo el aparato productivo.

Las instituciones no tienen como finalidad producir mercancías, sino prestar determinados servicios (un policía, seguridad; un maestro, enseñanza; un notario, dar fe de lo que ve y oye; Hacienda, recoger los impuestos). Sin todo este aparato extenso y complejo, la producción no existiría como existe, en la forma que existe.

La política tiene mucho que ver con todo este aparato institucional, pero no se confunde con él. Tiene mucho que ver con

la actividad de estos aparatos, pero tampoco se confunde con esa actividad. La política no es llevar la limpieza de un municipio, ni dar clase en una escuela, ni gestionar las subvenciones a los cultivadores de determinados productos agrarios. La política no se confunde con las instituciones, ni con su actividad, pero vive entre ellas.

Si a las instituciones se las crea para cumplir una función relacionada con la producción, quien dirige a ésta, ya se cuidará de que quien dirige la institución sea fiel al cumplimiento de la función encargada. Para ello, elegirá o designará a la persona o personas que ofrezcan la suficiente confianza al respecto.

La creación de las instituciones, con las características, los medios y el personal adecuado, la vigilancia sobre su correcto funcionamiento; la elección o designación de la persona o personas que se responsabilizan de su dirección; la jerarquía u orden de importancia entre ellas; el cambio conveniente en esta jerarquía; la decadencia o desaparición de una institución; todas y cada una de estas tareas son tareas políticas.

Todos los cambios, por pequeños que sean, en un campo tan variable como es la producción, tienen inmediatamente su reflejo en las instituciones; de aquí que estas funciones políticas descritas, sean de una gran elasticidad, de una gran capacidad de amoldarse constantemente a situaciones nuevas.

Se trata, como vemos, de una función, de una actividad delegada. La actividad principal es la producción, la actividad política sigue las órdenes, las indicaciones, de la primera.

La delegación, el encargo que los políticos reciben, no tiene por qué ser visible; aunque a veces, sobre todo en las dictaduras, la relación suele ser tan estrecha, que llegan a confundirse las funciones (pensamos en Cuba, Libia, Egipto).

En Europa, actualmente, las funciones que hemos señalado, las llevan a cabo los partidos políticos. Estos, los partidos, son los encargados de montar y hacer funcionar todas las instituciones. Comenzando por señalar cuáles serán, y cómo funcionarán las

principales –Parlamento, Gobierno, Tribunales-, en las normas que llamamos constitucionales (que por eso se llaman así, porque crean el esqueleto de lo que será el aparato institucional, o sea, constituyen el marco institucional en el que tendrá lugar la reproducción).

A estas funciones, los partidos han de añadir la preparación y realización de elecciones, a través de las cuales se decide qué equipos de dirigentes ocuparán los puestos de mando en el conjunto de las instituciones.

Para estas tareas, necesitan medios materiales y personales (ya que forman también un aparato), cuya consecución es también parte de su actividad.

Asimismo, precisan los partidos, buscar y adiestrar a sus miembros en el desempeño de todas las tareas descritas.

Este sería el campo de la política. Y en él intervendrían, principalmente, los partidos, pero también, todos los ciudadanos y los medios de comunicación, en la medida en que participan u opinan en cuestiones referidas al campo de la política.

Conviene acotar el terreno en una cuestión tan escurridiza como es la política.

La producción es la base, el fundamento, lo que permite a una sociedad vivir y sobrevivir. Las instituciones son los apoyos que permiten una mejor reproducción. Y la política es la actividad que da orden, coordinación y forma a las instituciones para su más perfecta ligazón con los procesos productivos.

Esto nos da una idea de cual es la actividad principal y cuales las secundarias, las auxiliares.

La importancia de las instituciones viene de que con unos buenos apoyos, la reproducción hace más fluida, más ordenada, más rápida, la producción. Un ejemplo es que, cuando el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, son llamados para

prestar ayuda a la producción de un país africano poco desarrollado, lo primero que miran son las instituciones. Con esas instituciones, dicen, el empujón que demos con nuestra ayuda a la producción, morirá sin fuerzas en la reproducción; el empujón que demos a la producción no será sostenible.

Y la importancia de la política es que es la actividad que pone orden y eficacia en las instituciones.

Pero, recordemos que la actividad política pone orden y eficacia en unas instituciones cuya finalidad y objetivos vienen ya fijados, con relación a la producción.

Las instituciones no son tornillos sueltos que funcionan fuera del mecanismo. La actividad política busca el mejor engarce entre el aparato productivo y el aparato institucional.

Esta es la delimitación, el encuadre teórico de la política, lo político y los políticos.

Estos encuadres teóricos, conceptuales, nos ayudan a entender mejor la práctica.

Quien dirige la producción son los empresarios, no los políticos. La política (las instituciones, el Parlamento, preparará y aprobará unas leyes, unas normas, que facilitarán la producción, y su reproducción), propondrá a los empresarios (y a los trabajadores –recordemos que el capital es la relación que se establece entre ellos-) las medidas que a su entender mejorarán la producción. Solo en el caso de que les interese, serán adoptadas. Sus representantes en el Parlamento se encargan de ello.

En consecuencia, el primer valor de la actividad política se mide por su eficacia. Y los trabajadores, responden entonces, apoyando a los representantes políticos que propusieron y aplicaron la medida eficaz.

El hecho de que la producción tenga unas necesidades concretas para reproducirse bien, hace que las propuestas políticas que pretendan ser eficaces, no pueden, ni ser muchas, ni ser muy

distintas. Pensemos en la producción de nuestro país, por ejemplo. Las propuestas (programas) que hagan los diversos partidos políticos si son realizables y pretenden ser eficaces (es decir, mejorar la producción), no pueden ser muy diferentes. Ya se trate de la política de inmigración, de la política europea, la de salarios, pensiones, etc., las diferencias en las propuestas han de ser mínimas.

Desde este punto de vista, la política tiene mucha importancia, pero con los límites que acabamos de ver.

Sin embargo, las apariencias son otras.

La sensación que se da, es que los políticos dirigen la economía, la producción del país. Y que si, los llamados partidos de izquierdas ganaran las elecciones, de una manera abrumadora (el 75% de los votos, por ejemplo), cambiarían la producción.

Si sabemos, si conocemos, el funcionamiento de la producción, y el significado y los objetivos de las instituciones, y el significado y los objetivos de las instituciones y de la acción política, comprenderemos que eso no tiene ningún sentido. La producción, en sus cambios, sí que arrastra, en su mismo sentido a las instituciones y a la política.

La penetración de la forma capitalista de trabajar en los países europeos, arrasó a las instituciones medievales, sustituyéndolas por otras que facilitaban su profundización y su extensión (su reproducción). La revolución francesa, y unos años antes la norteamericana, no trajeron el capitalismo; fue al revés; la forma capitalista de producir hizo innecesarias las instituciones medievales. Unos países lo hicieron escalonadamente, a lo largo de los años, otros, en forma estrepitosa. Unos países hicieron desaparecer las viejas instituciones; otros las vaciaron por dentro y dejaron la fachada. Todo esto explica la historia particular de cada país.

**Aplicación de estos conceptos a los trabajadores de nuestro país.-**

Un mejor conocimiento de la producción, y de su desarrollo sostenido (su reproducción), permite afinar nuestro conocimiento sobre el papel (limitado) de las instituciones; y sobre el significado y extensión (también limitada) de la acción política.

Estas correcciones sobre los límites entre estos campos, tienen una gran importancia para el movimiento obrero, así como para el conocimiento de éste sobre el sentido e importancia de su acción en ellos.

Por ejemplo, en nuestro país, en la actualidad, el movimiento obrero es el representante sindical de los trabajadores, en el campo de la producción; y el representante político, en el campo de las instituciones.

¿Cuales son sus objetivos, y sus posibles metas, en ambos campos?

En la producción, los trabajadores forman pareja con los empresarios en la consecución de una meta, previamente definida: conseguir una alta productividad, lo que permitirá una ganancia cada vez mayor; lo que, a su vez, hará posible un aumento de los salarios, a ser posible, al mismo ritmo que aumente la productividad.

Esta es la posición real de los trabajadores en el aparato productivo capitalista en España. Esta es su relación con los propietarios de sus condiciones materiales del trabajo.

La reproducción de ese aparato productivo, significa el mantenimiento del mismo, con sus elementos y sus relaciones entre ellos.

Para esta reproducción, para repetir esta forma de trabajar, nacen y viven todas las instituciones referidas; en primer lugar

sindicatos y patronales, y en escalones más elevadas, Parlamento, Gobierno, Tribunales. Todos, todos, para cumplir, entre todos, esa función esencial: reproducir el capital.

En ese sentido preciso, debe entenderse la eficacia perseguida por los partidos políticos, proponiendo acciones ordenadas (programas), tendentes a conseguir que las instituciones, con su correcto funcionamiento alcancen esa función esencial. Y en ese sentido preciso, entendemos que los trabajadores, al votar en las elecciones a un partido, suelen inclinarse por aquél que aparece como más competente, más preparado, para ser eficaz en el cumplimiento de su programa; con independencia de que represente a una u otra parte de la pareja de que hablábamos, trabajador-empresario.

Las discusiones partidarias, por lo tanto, hay que entenderlas, desde esta realidad principal. En lo esencial están de acuerdo. Las otras discusiones, hay que entenderlas, desde el punto de vista de quien, según los vaivenes y los ajustes institucionales, le toca la peor parte. El partido que pierde unas elecciones; la Iglesia que pierde privilegios; la profesión que pierde prestigio (y por tanto, posibilidades económicas); las empresas que pierden contratos con el Gobierno; las escuelas privadas que pierden subvenciones del Gobierno; los políticos, de todos los niveles, que precisan colocarse y recolocarse- y es lógico, como el obrero que busca trabajo-; los trabajadores que quieren recobrar el nivel de salarios perdidos por la inflación. Nada esencial; en eso están de acuerdo.

Y en este lugar, es donde debe colocarse, o sea, buscarse sitio, la pareja política izquierda-derecha. En el plano teórico no se encuentra su diferencia, al perseguir ambas la misma meta. Y en la práctica, para diferenciarse, tienen la enorme dificultad, ya referida anteriormente, de que los trabajadores eligen, con frecuencia, para que les represente en las instituciones, al partido del capital.

Queda, naturalmente, el recurso de acudir al pasado, y decir que la izquierda era el socialismo y el comunismo. Pero esto, como vimos, es hablar de realidades pasadas, y que han cambiado esencialmente. Entre perseguir acabar con el trabajo por cuenta ajena (entonces referido como la explotación del hombre por el

hombre), y organizar el aparato institucional de forma que perfeccione la reproducción del capital, hay una diferencia, como hemos dicho, esencial. Y por tanto, no cabe mantener asociada la idea de socialismo o comunismo, a la idea de acuerdo con los empresarios para mantener el sistema del trabajo por cuenta ajena. Y esto, a su vez, al margen de que quieran seguir llamándose comunistas o socialistas, los que históricamente lo fueron, dado que están en todo su derecho. Se trata solo de esclarecimientos teóricos, que a nadie pueden perjudicar, y sí abrir espacios que se cerraron, y que bien pueden reabrirse.

**Las limitaciones sistémicas del campo político, motivo del poco aprecio de los trabajadores por esta actividad.-**

Que la actividad política tenga, en nuestras sociedades, tan poca enjundia, viene a dar una explicación del poco aprecio que en general le tienen los trabajadores.

En una sociedad que coloca al trabajo y al trabajador en el lugar, y desempeñando el papel, que vemos, en la organización de la producción; y que, a la actividad política le acota el terreno, reduciéndoselo a la reproducción de esa producción; en una sociedad con esas características, es lógica la poca importancia que los trabajadores dan a una actividad como la política.

Y es notable, porque la primera impresión es que a través de la política se podría conseguir, si no “dar la vuelta a la tortilla”, al menos mejorar la posición que los trabajadores tienen en el conjunto de la sociedad.

Sin embargo, las cosas son como son, y es mejor conocerlas y sabiendo como son, actuar con conocimiento.

Habría, por lo tanto, que distinguir dos campos de actuación del movimiento obrero.

Uno, que consiste en conseguir las mejores condiciones posibles en el sistema en que estamos. Estas condiciones se reducen a mejorar el salario (supeditado siempre a haber logrado una mayor productividad en el trabajo), la jornada (con la misma condición), la seguridad en el trabajo, la sanidad, las pensiones, la educación. Que no es poco. Y a ello dedican su esfuerzo, todas las centrales sindicales (C.C.O.O., U.G.T, C.G.T, U.S.O, ETC), y los partidos políticos de los trabajadores (P.S.O.E, Izquierda Unida, etc). Decimos que no es poco, porque en muchos países, los trabajadores tienen salarios veinte veces inferiores, jornadas de doce horas, y nada de pensiones ni de seguridad en el trabajo, y nada de formación y otras condiciones. En ese sentido, no es poco lo conseguido en nuestro país. Pero todo lo conseguido en países que incluso nos van por delante, no mueve un pelo el “lugar” que corresponde al trabajador en el trabajo, en la producción. Y la actividad política, en esos países, tan bulliciosos como parecen, no hace otra cosa que reproducir ese “lugar”, y el “lugar” que ocupa el empresario.

Eso es lo que intentó el comunismo en la Unión Soviética; cambiar esos “lugares”. Pero salió lo que salió.

Pues bien, ese sería el otro campo de actuación del movimiento obrero. Cambiar esos lugares. Cambiar el sistema.

Empecemos con orden. Si esos lugares están en la producción, hacia ese escenario habrá que dirigirse.

Y en la producción nos encontramos, ya lo hemos visto, un lugar ocupado por la sabiduría (técnica, se entiende), el mando y la ganancia, y éste es el lugar del propietario de los medios de trabajo. Y otro lugar, ocupado por la pura ejecución, la obediencia y el salario, y éste es el lugar del trabajador, al que hemos llamado obrero.

Mover, descolocar, esos lugares no es fácil. Pero tampoco es tan difícil. El agricultor profesional ocupa él solo todos esos lugares,

y el taxista profesional, y otros muchos trabajadores. Bien es verdad que se trata de procesos de trabajo individuales, y nosotros tratamos ahora de procesos colectivos de trabajo. Más complicado, pero posible.

Para ocupar esos lugares, hemos visto que hay que ir revestido de determinados requisitos: saber, mando, o simple ejecución, obediencia.

Aunque, la primera condición, la que decide las demás, es tener la disposición de los medios de trabajo.

Quien tiene esa primera condición, decide las demás. Decide cómo se distribuye, el mando y la obediencia, la sabiduría y la simple ejecución, la ganancia y el salario (el producto, el valor del producto).

El propietario de los medios de trabajo, es quien ordena la producción (lo vemos en el capitalismo).

Ya vamos dando con la punta de la madeja. Cuando se encuentra la punta de la madeja, por muy enredada que esté, con dedicación y paciencia, se pone en orden todo el hilo, y desaparece el misterio que siempre encierra una cosa enredada.

La actividad política, tan bullanguera, tan ruidosa, tan sabelotodo, ya no logra distraernos. Ya sabemos adónde llega y a dónde no. A la producción no la cambia la actividad política, sino que es al revés, la actividad política sigue, para reproducirla, a la producción.

Ahora, pasamos de la actividad política, y nos adentramos en la producción, que es el lugar donde se produce la distribución de “lugares”, que sitúa a los individuos, no solamente en ese espacio de la producción, sino en todos los espacios de la sociedad.

**La punta del hilo de la madeja.-**

En el trabajo, en la producción, es dónde, efectivamente, se produce el reparto de papeles, que luego observamos en cualquier escenario de la vida social.

Y quien reparte los papeles es el propietario de los medios de trabajo.

Por lo tanto, esa es la punta del hilo de la madeja.

Si los obreros se hacen con la propiedad de los medios con que realizan su trabajo, se colocan en el “lugar”, a partir del cual, es alcanzable, el control técnico y el control económico, es decir, el lugar en que se produce la sabiduría y la riqueza. En una palabra, pueden hacerse con aquello de lo que hoy se ven privados, en la producción, y como consecuencia en los demás lugares de la vida en la sociedad.

Esto, como hemos visto ya, no es, ni muy difícil, ni muy complicado. El número y la calidad de cooperativas y sociedades laborales en funcionamiento, así lo prueban.

Y ello es así, porque se dan todas las condiciones favorables para que así sea.

En el nacimiento del capitalismo, pudimos observar cómo, para su arranque y funcionamiento, era preciso que se dieran en la sociedad unas ciertas condiciones, sin las que, era imposible su existencia. Y era, por una parte, una cierta acumulación de riqueza, de dinero, para poder adquirir una determinada masa de medios de trabajo y pagar la correspondiente masa de salarios; y de otra parte, la existencia de una cierta masa de un tipo de trabajador, que hasta entonces no existía; un trabajador, libre (en contra del siervo que no lo era), que no dispusiese de medios de trabajo para poder desarrollar su actividad, y por tanto, sin medios de vida para reproducirse.

Estos dos elementos se complementaban, y el empresario (que antes no existía), los puso en contacto, con el resultado que conocemos.

Pues bien, para el trabajo en cooperación, se dan en estos momentos, las condiciones que lo hacen posible y viable.

Las condiciones materiales son las mismas que las que permiten el funcionamiento boyante del capitalismo (dinero disponible, técnica, medios de trabajo, mano de obra adiestrada, mercado, consumo). Pero además de estas condiciones comunes con la forma capitalista de trabajar, se precisan unas condiciones específicas, propias de esta nueva forma de producir; y sin las que no sería sostenible su existencia.

Estas nuevas condiciones tienen su fuente en el fuerte crecimiento de la productividad del trabajo, que ha permitido, de una parte, una enorme acumulación de excedente, es decir, de nuevo capital dispuesto a emplearse; y de otra, un notable crecimiento de los salarios que ha permitido a su vez, una masa de ahorro obrero, hasta ahora absolutamente impensable.

Todo ello ha creado la posibilidad, antes imposible, de combinar, en forma distinta, nueva, los elementos de la producción, basándose en las nuevas condiciones.

La alta productividad, a que hacemos referencia, ha permitido, como decimos, unos enormes excedentes (ganancias), que atiborran los mercados de capitales, es decir, de capitales disponibles, ociosos. Estos capitales son, naturalmente, utilizables, tanto por una empresa capitalista, como por una cooperativa; pero es que además de esa fuente, existe la que se nutre del ahorro de los trabajadores, que va camino de convertirse en casi tan abultada como la anterior; de manera que hay ya fondos de pensiones (manejados por empresas privadas), que adquieren paquetes de acciones de empresas capitalistas en cantidades muy considerables.

A estas fuentes suministradoras de medios de trabajo, en forma de dinero, cabe añadir lo que se llama la autofinanciación, o

sea, atender a las propias necesidades con medios propios, es decir, con los resultados de la producción propia.

Como podemos apreciar, en el fondo, la novedad que permite cambiar de enfoque la producción es la productividad del trabajo. De esta productividad (elevada), se nutren, los enormes excedentes de capital, y las ya considerables masas de ahorro obrero.

Pero el mayor significado, su más significativo efecto, es que permite producir a los propios trabajadores, con sus propios medios, sacados de sus ahorros. O bien, permite a los obreros arrancar su propia producción con medios provenientes del mercado de capitales, pero con la tranquilidad que los proporciona saber que, su alta productividad les permitirá devolverlos y continuar ya con medios propio.

Esta nueva posibilidad técnica, nos recuerda otros momentos, en la historia de la humanidad, en que un avance en la productividad del trabajo, ha permitido una nueva forma en la relación que se establece entre los individuos que participan en la producción.

Con una productividad rayando en la pura subsistencia, las primeras agrupaciones humanas (hoy, también las tribus de la Amazonia, Namibia, etc), practicaban lo que hoy llamamos comunismo primitivo. Consiste en producir en común y consumir en común, siguiendo las reglas de la reproducción del grupo (hoy diríamos: de cada uno según sus posibilidades; a cada uno, según sus necesidades).

El salto en la productividad que significó ir lentamente sustituyendo, la caza por la domesticación y cría en cautividad de los animales; y la recolección de frutos silvestres, por el cultivo artificial; permitió que un pastor, un grupo de pastores, produjese más carne, leche, sangre, pieles, que la que necesitaban estrictamente para reproducirse; es decir, permitía técnicamente la existencia de un excedente, de un sobrante. En alguna contienda, el vencedor descubrió este botín: los prisioneros producían más de lo que necesitaban para reproducirse, fuesen pastores o agricultores. Y la nueva relación, basada en la producción, convirtió a unos individuos

en esclavos o siervos y a otros en señores-nobles o señores-Iglesia, según las funciones que, en relación con el trabajo, los que tenían la fuerza, decidieron.

Una nueva escalada en la productividad, ocurrió como consecuencia de la aplicación a la producción de los principios científicos, la cooperación compleja, y nuevas fuerzas motrices; y se le llamó, en Europa, dónde tuvo lugar, la revolución industrial.

La consecuencia más notable que este avance técnico tuvo entre los agentes de la producción, fue darles categorías distintas, funciones distintas. Unos dirigían, decidían y se apropiaban el nuevo excedente (mucho más voluminoso); y otros, trabajaban, obedecían, y recibían para reproducirse las cantidades decididas por los anteriores.

Esta división de funciones, tenía como fundamento una condición esencial: la propiedad de los medios de trabajo.

Si se hurga, si se ahonda, un poco más; antes, con los nobles y la Iglesia, también era así. Pero el título, el motivo era, principalmente, que ellos tenían la fuerza bruta (las armas), y la fuerza de la disuasión, del convencimiento, de lo que hoy llamaríamos el sentir común, la opinión autorizada, la Iglesia. Mientras que hoy, lo que aparece en primer lugar, el motivo principal, es la propiedad de los medios de trabajo.

Pues bien, hoy, aparece un nuevo hito, un nuevo alto en el camino, provocado también por un extraordinario y generalizado (en Europa) aumento de la productividad. Ello permite que los trabajadores puedan disponer de un excedente, es decir, puedan tener un sobrante, después de atender a sus necesidades de reproducción. Esto ha provocado, en principio, un fenómeno curioso. El obrero va al trabajo y cede al capital una buena parte de lo que produce, pero con lo que recibe de salario, logra ahorrar, y sus ahorros los invierte, a través de la Bolsa, en una empresa, convirtiéndose en un capitalista. Es lo que se llama el capitalismo popular.

Y decimos que es curioso, porque el mismo individuo, en un proceso de trabajo capitalista hace de obrero, y en otro proceso de trabajo, también capitalista, hace de capitalista.

Esta práctica se extiende rápidamente, particularmente en los E.E.U.U.

Se trata de una práctica, ayuna, falta, de la más mínima reflexión, por parte del movimiento obrero norteamericano; que, falto de la más elemental actividad teórica, acepta tranquilamente este fenómeno.

Siendo así, que la aparición en la práctica de medios propios de trabajo utilizables por los obreros, puesto que a ellos les pertenecen, trastoca, puede trastocar, toda la teoría y toda la práctica de la producción capitalista.

Este trastoque o dislocamiento, lo produce el hecho de que, el título por lo que un agente de la producción se convierte en el que decide, dirige y se apropia el excedente, es precisamente el hecho de ser el propietario de los medios de trabajo. Como siempre, éste propietario era el empresario, a él correspondían estas funciones. Pero resulta que ahora el trabajador tiene la posibilidad real de ser el propietario de esos medios de trabajo; pero no en otro proceso de trabajo, sino en el propio, en el que el trabajador desarrolla su actividad.

El llamado capitalismo popular, no representa ninguna novedad en la producción, ya que, tanto en el proceso de trabajo dónde el trabajador hace de obrero, como en aquel otro en que hace de capitalista, invirtiendo sus ahorros, siguen siendo procesos de trabajo capitalitas, donde las funciones que antes señalábamos están perfectamente distribuidas.

Sin embargo, la novedad se produce, en el proceso de trabajo en el que los medios de trabajo son de los propios trabajadores. Y la novedad teórica consiste en que se produce un nuevo reparto de papeles, puesto que aquí, ahora, quien decide y reparte los papeles no es el empresario (que no existe), sino los propios trabajadores. Y decimos que la novedad es teórica, en un doble sentido. Por una

parte, porque la práctica tiende a la inercia, a repetirse, es decir, a copiar, dentro de lo posible, los papeles tal como lo hacia el empresario. Por otra parte, porque esta novedad, esta adquisición práctica, hay que reflexionarla y, enriquecer con ella la todavía corta y abandonada teoría propia del movimiento obrero

El cambio habido tiene una gran importancia teórica porque afecta a una zona a la que hemos dado mucho relieve.

Habíamos dicho que la producción es, en una sociedad, el centro ordenador de la misma, y por eso mismo, su centro de interpretación, el ángulo desde el cual mejor se aprecia toda su composición.

Pues bien, en el interior de la producción, se aloja “el lugar” en que se produce la división y atribución de las distintas funciones de que se compone. Por lo tanto, este “lugar” seria, a su vez, el centro ordenador de la producción.

Estaríamos ante lo que Marx llamaba el secreto más íntimo de una sociedad, su centro ordenador.

En este lugar se distribuyen las funciones de mandar y obedecer; de crear y planificar o ejecutar; de recoger el excedente o de producirlo.

Y, si bien se mira, antes de distribuir las funciones, se las crea, se les da forma, se las perfila. Así ocurrió en la manufactura y en la fábrica. Es lo que hoy se llaman grupos profesionales y categorías profesionales.

Esta labor de creación, modificación y distribución de funciones, en la producción capitalista, corresponde al propietario de los medios de trabajo. Y, a nivel individual, crea la relación empresario-obrero; revistiendo a uno y otro con los atributos (características) correspondientes; y a nivel global, crea el capital (grandes agrupaciones empresariales-movimiento obrero), imprimiendo a uno y otro, en su comportamiento, los caminos que previamente ha ideado para cada uno de ellos.

Pues bien, en ese lugar privilegiado se sientan los trabajadores cuando los medios de trabajo con que operan, son de su propiedad.

Al principio, y puesto que se trata de una novedad, la distribución de funciones se parecerá en buena medida a la que se hace en una empresa capitalista, con la sustitución, claro está, del empresario. Pero, en todo caso, distribuyen las funciones, tal como se las encontrarían en una empresa. Es decir, imitarán de la empresa capitalista, dos cosas. Una, la creación de las categorías y grupos profesionales es decir, la agrupación de tareas que se atribuyen a un puesto de trabajo (almacenero, encargado de planta, tornero, administrativo). Y otra, la distribución de los trabajadores, colocando a cada uno en estos puestos creados previamente.

Pero, la diferencia es que, una tarea y otra, de las que acabamos de ver, las hace el empresario, buscando la manera de obtener la mayor ganancia posible, sabiendo que esas funciones no las ejecutará él en ningún caso, y además, sin tener en cuenta el parecer de los trabajadores.

Así lo viene haciendo desde la manufactura, y así han ido tomando forma la ordenación del trabajo que hoy conocemos. Y esta forma, estas formas, de encuadrar las tareas y colocar a los trabajadores, distribuyéndolos entre ellas, según sus habilidades, conocimientos y fuerza física, aparecen hoy como naturales, lógicas, razonables. Y lo son, pero desde el punto de vista del empresario.

La novedad es que no hay empresario.

Y esto quiere decir, que no solamente no hay empresario, sino que, por esta razón, no hay ganancia. No habiendo ganancia, no hay salario. Y no habiendo salario, no hay obrero. Por todo ello, no hay capital, no existe la relación a la que hemos llamado capital.

El cambio es muy profundo. Sin embargo, hay varios hechos que lo hacen poco visible.

El más inmediato es la cantidad relativamente limitada de las empresas de trabajo en cooperación, que hace que su presencia no sea muy llamativa.

Pero, principalmente, esta gran novedad es silenciada por el papel que adopta frente a ella el movimiento obrero organizado. Sería de esperar de él, al menos una mirada de soslayo, como la de Lenin; que le hiciera pararse, en su constante y dura trifulca con el empresariado, y pensar, como el dirigente comunista ruso, que quizás se les está escapando el camino del socialismo...¡Y lo tienen delante de la vista!

## CUADERNO V

### El Estado, protagonista en la producción.-

Existen diversas razones para que se de este fenómeno que acabamos de describir. El fenómeno consiste en que el conjunto de procesos productivos en cooperación, no son vistos como propios por el movimiento obrero. Y concretando más, podemos decir que el Partido Comunista no considera como propio el campo del cooperativismo. Y por tanto no le dedica ninguna especial atención. Y nos referimos al Partido Comunista de España.

Y este fenómeno no es de ahora, sino que viene de antiguo. Ya hemos repetido cómo lamentaba Lenin el “olvido” de las cooperativas.

Pues bien, esta dato ya nos da una pista sobre el origen, la causa, de esta posición de los comunistas, de antes y de ahora, sobre el cooperativismo.

El comunismo ruso, el comunismo soviético, el único comunismo que han conocido los obreros españoles, centraba su

foco teórico en el Estado, y dónde puso su foco teórico, puso su práctica. La producción, el trabajo era cosa del Estado, y el Estado debía ser el ordenador, el organizador, el planificador, el director de toda la producción de todo el trabajo.

Esta posición, esencial en la teoría y en la práctica del comunismo ruso pasó, así, con esa categoría de esencial, a todo el comunismo mundial, también, naturalmente, al comunismo español.

La producción rusa, cuando los bolcheviques formaron el primer gobierno y pasaron, por lo tanto, a dirigir todas las instituciones, es decir, el Estado, estaba en manos de los capitalistas, los terratenientes (nobles, Iglesia, Generales), y los campesinos (medios y pequeños).

Es decir, lo mismo que en cualquier país europeo de la época (o quizás un poco más atrasado en el reparto entre Iglesia, nobles y burguesía, en el sentido de menor protagonismo de esta última, que en Europa ya tomaba la delantera).

Los propios teóricos comunistas del momento así lo decían. Tanto en Rusia, como en los demás países capitalistas de Europa, la producción estaba en manos de terratenientes, capitalistas y campesinos. Los cuales utilizaban las instituciones, el Estado, para mantener esa posición de dominio y explotación sobre los trabajadores.

Si analizamos esta situación inmediatamente anterior a la toma del Estado por los bolcheviques; y lo hacemos desde un punto de vista marxista, diremos que la producción, en manos de capitalistas, terratenientes y campesinos, ha montado, y mantiene en funcionamiento, el conjunto de instituciones, el Estado, que les asegura su reproducción.

Según los análisis de Marx, estas instituciones no evolucionarán o cambiarán, sino cuando lo ordenen, lo exijan las necesidades de la producción. Por lo tanto, en la medida en que cambie la producción, cambiarán las instituciones. Así ocurrió en el paso de la producción servil a la producción capitalista.

Sin la intervención del partido bolchevique, en la forma que lo hizo, en Rusia la producción hubiese evolucionado, muy previsiblemente, en la forma en que lo ha hecho en el resto de Europa. Una prueba de ello es que tras un paréntesis de 70 años, vuelve a coger una ruta paralela a las demás producciones europeas. Casi como si no hubiese ocurrido nada.

Los empresarios capitalistas vuelven a dirigir las empresas y los campesinos a cultivar sus parcelas.

El Estado, aquel Estado todopoderoso, aquel Estado que había llegado a llamarse el Estado de los obreros, comienza a soltar peso, empieza a vender empresas a los nuevos empresarios, a repartir parte del importe entre los ciudadanos (porque según suponía, suyas eran las empresas), y con parte de estas ventas se propone modernizar las infraestructuras (carreteras, aeropuertos, ferrocarriles, escuelas, sanidad) y, en general, las llamadas condiciones generales de la producción. Es decir, se vuelve a convertir en el soporte exterior de la producción, ésta ya, como hemos dicho, en manos, nuevamente, de empresarios y campesinos.

El foco que los bolcheviques pusieron en el Estado de los capitalistas, resultó ser un desenfoque. Mirando al Estado quedaron deslumbrados. No se apercibieron en forma cabal de que el Estado era una pantalla que no les permitía percibir con claridad lo que había detrás. Detrás del Estado estaba, y está, la producción. Y detrás del Estado ruso estaba, y está, la realidad concreta de los obreros rusos.

El foco de los comunistas ha de apuntar a los obreros. No a los capitalistas y a sus apoyos institucionales, es decir, al Estado, sino directamente a los obreros. Los bolcheviques, el Partido Comunista Ruso, centró su visión en los capitalistas, los terratenientes, y sus soportes institucionales (Estado, Iglesia), y los obreros, como protagonistas del cambio buscado, quedaron fuera de la dirección del mismo.

**Las instituciones, protagonistas.-**

El desbroce teórico que Marx hizo en “El Capital”, permite comprender cómo en la sociedad que estudia en dicho libro de forma particular (y en las formas sociales anteriores también) el pivote sobre el que bascula toda la sociedad es el trabajo. La producción es, efectivamente, el cimiento sobre el que descansa toda la sociedad.

Esto ya lo habíamos considerado, más atrás.

Pero, hay algo más.

La producción comprende el trabajo vivo y el trabajo muerto; útiles los dos, e importantes los dos: el martillo y la habilidad y la fuerza del trabajador que lo maneja en este momento. O lo que es lo mismo: el trabajo (ahora no hace falta decir vivo), y los medios materiales con que se realiza.

Los dos, hemos dicho, muy importantes. ¿Igual de importantes?, ¿Igual de necesarios para la producción, para que la sociedad pueda seguir viviendo, existiendo?

No. No son igual de importantes. Se puede trabajar y producir sin martillo; sin trabajador, no. Los medios de trabajo, los ha hecho el trabajador; lo contrario no es verdad.

El pivote sobre el que gira y se apoya toda la sociedad, es el trabajo, pero el trabajo vivo. Y el trabajo vivo es el trabajador. Lo otro, son medios materiales que el trabajador utiliza como ayuda, como apoyo a su labor. Además de que, como hemos dicho, los elabora él mismo, u otro trabajador.

Marx lo explica de una manera particularmente brillante, cuando describe cómo el trabajo vivo es el único que produce valor, al ir incorporándose a la materia sobre la que se aplica. Pero, al mismo tiempo que crea valor, un valor nuevo, va despertando el valor dormido que se encierra en los medios de trabajo (materia

prima, herramientas, naves, etc) y los va incorporando, asimismo, a la mercancía que elabora.

O sea, el trabajo vio, no solo es el único que crea valor, sino que además, ha de actuar como tal trabajo vivo, para que el trabajo que yace en los medios de trabajo, se actualice y se incorpore a la mercancía.

Hemos de admitir que, teóricamente, el lugar privilegiado en la producción es el trabajo vivo. Y el trabajo vivo es el trabajador.

Es importante repasar estos ángulos de visión, estos enfoques teóricos, que están en la base de toda la arquitectura del conocimiento marxista, porque en el discurso de los empresarios, el centro de gravedad que sostiene a toda la construcción de nuestras sociedades, no es el trabajo vivo (el trabajador), sino el capital (los medios de trabajo, el trabajo muerto).

Esta distinta postura teórica, esta distinta visión, este distinto ángulo desde el que se observa e interpreta la sociedad entera, su composición y sus movimientos, es la que guía la practica. La práctica en la producción y la práctica en las instituciones. La práctica de los empresarios y de sus representantes políticos.

La práctica del movimiento obrero y sus organizaciones en la producción y la práctica de sus representantes políticos (en las instituciones).

Damos un paso más.

La producción se reproduce a través de las instituciones. Para una sociedad, importante es la producción, e importantes son las instituciones. ¿Igual de importantes para que una sociedad siga existiendo? No, igual de importantes no. La producción puede existir sin instituciones; al revés no. Las instituciones las crea la producción, son una ayuda para que ésta funciones mejor; la inversa no es cierta, no tiene sentido.

Este enfoque teórico es, asimismo, una de las bases del conocimiento de raíz marxista. Sin embargo, el discurso que nos

hacen llegar los empresarios y sus representantes políticos e ideológicos, es lo contrario: el Gobierno, las instituciones, son las que dirigen a la producción.

Juntando estas dos conclusiones, podríamos decir que, desde una postura teórica y práctica marxista, el trabajador sería el centro del que arranca toda la ordenación de la producción, en un primer lugar; puesto que la producción, ordenada con este punto de vista, guiará a todas las instituciones para que, reproduzcan la producción en el sentido que hemos dicho.

Estas consideraciones, que ahora, en nuestras sociedades actuales, aparecen como un poco rebuscadas; en sociedades más sencillas, más primitivas, se las puede ver con mayor claridad.

Entre un cazador, y la flecha que utiliza, no dudaremos en decir que el primer lugar en la función de cazar (la producción), la ocupa el cazador, y el segundo lugar, la flecha. Porque la flecha sin cazador no tiene ninguna función en la caza, y sin embargo, el cazador sin la flecha, puede seguir cazando (con lazo, con un palo, con trampas, con un perro, con goma de pegar –resina-, etc.). Y porque la flecha la ha hecho él con su trabajo. Todo en la caza, es trabajo del cazador. Pero uno es trabajo vivo (su actividad), y otro (el medio que utiliza), es trabajo muerto.

A medida que el medio de trabajo se afina en su función y se complica en su forma y tamaño (simple herramienta, máquina, fábrica), se va borrando esa superioridad del trabajo vivo (el trabajador), y se va poniendo en primer término el trabajo muerto (lo que llamamos el capital).

La misma consideración cabe hacer respecto a la relación entre la producción y las instituciones.

*Naciendo éstas como un apoyo en la repetición y enlace entre los procesos productivos, es decir, dependientes y sirviendo a los mismos; pueden aparecer, presentarse ellas mismas a la sociedad, como el motor y guía de esta sociedad; como el punto, el lugar, el ángulo desde el cual se puede*

*interpretar y entender una sociedad. Como el instrumento con el cual se ha montado, pieza a pieza, una sociedad, y, por tanto, y siguiendo el camino inverso, se la puede desmontar.*

La sencilla flecha, que solo encierra, una forma de trabajo muerto, el que le incorporó al hacerla, el trabajo vivo (el cazador) que ahora la maneja; acaba convertida en un astillero, en una fábrica de electrodomésticos, en una factoría de material ferroviario, que encierra una montaña de horas de trabajo muerto y a las que solo puede manejar, poner en movimiento productivo, un trabajador colectivo disciplinado y experimentado, en forma de trabajo vivo.

Este largo proceso de mejora y perfeccionamiento del instrumento material con el que actúa el trabajo vivo (el trabajador), tiene dos momentos de especial interés, por los cambios que representa para el trabajador. Uno es la pérdida de la flecha, que pasa a no depender del trabajo vivo (el esclavo y el siervo, no disponen de los elementos –la flecha- con que desempeñan su trabajo) sino de los nobles y la Iglesia.

Otro momento importante, es cuando los procesos de trabajo individuales, pasan a ser colectivos. El trabajo vivo pasa a ser acoplado al trabajo muerto, en la forma que dispone su propietario, el capitalista empresario. Convertible el trabajo muerto en dinero, y el dinero en trabajo muerto, su movimiento a través del mundo entero, hace correr el trabajo vivo en su busca, para poder mantenerse y reproducirse.

Este cambio en la forma de acoplarse el trabajo vivo al trabajo muerto, el trabajador a los medios de trabajo, tiene un firme apoyo en las instituciones. De forma que todo cambio en la producción comporta un cambio en las instituciones.

Este ajuste entre la forma de producir, de trabajar, y la forma de las instituciones, no es ni automático ni rápido. Lo hemos visto en varias partes de éste trabajo; pero la más vistosa, seguramente, ha sido la del comunismo.

Ante unas formas de trabajar como las que existían cuando los bolcheviques tomaron la dirección de las instituciones: obreros

que trabajaban para los terratenientes, y campesinos que trabajaban las tierras con sus medios propios. Ante estas formas de trabajar, las instituciones (el Estado) creen que pueden sustituirlas por otras, más favorables a los trabajadores, y las montan. La mayor parte de los campesinos no las entienden, ni la aceptan, y los obreros se dejan guiar por los dirigentes de las instituciones, principalmente del Partido Comunista.

A los 70 años, las instituciones, dan por hecha la tarea hecha, pero comprenden que la producción tiene su rango, que es superior al de las instituciones. Se puede tardar en reconocerlo, pero a la larga, la producción señala el rumbo, y las instituciones la acompañan.

El Partido Comunista Ruso, si continua en la línea de los análisis marxistas, deberá recomenzar su tarea de hace 70 años; pero esta vez se centrará en la producción; sin perder de vista que su motor verdadero, su centro de gravedad, es el trabajo vivo, es el trabajador, no el instrumento que utiliza, ni el resultado que obtiene.

Tanto el Estado capitalista (las instituciones de nuestras sociedades) como el estado de la sociedad rusa (las instituciones que montaron los comunistas), utilizan al trabajo vivo, al trabajador, para unos fines que no son los propios de los trabajadores.

Y esto lo hacen, disponiendo del trabajo muerto, y a través de él, mandando sobre el trabajo vivo, ordenándolo y dirigiéndolo.

En los dos casos, en el capitalismo y en el comunismo ruso, el trabajo muerto, el trabajo vivo materializado en un producto, apenas sale de las manos del trabajador, pierde éste su poder de disposición sobre el mismo.

Tanto es así, que en un caso son los empresarios a través de los acuerdos colectivos o a través del contrato individual, y en otro caso el Plan, los que señalan la cantidad de este trabajo muerto, producto de su actividad, que se les asigna para su reproducción, al trabajo vivo.

La parte del trabajo muerto que se dedicará a servir de instrumento o medio de trabajo, y ser manejado y accionado por el trabajo vivo, es asimismo señalada por los capitalistas y el Plan, respectivamente. Que señalarán y decidirán, no solamente la cantidad que a ello se dedica, sino también las características técnicas de los mismos.

El trabajo vivo, el trabajador, el cazador, que materializó su actividad viva en un producto (el mono que cazó para reproducirse él y su familia, o la flecha que se fabricó para cazar mejor), acabó perdiendo la disposición del producto de su propio trabajo. Ahora le señalan (sociedad capitalista o comunismo ruso), cuánto mono se puede comer, y con qué tipo de flecha deberá cazar (incluyendo, naturalmente, las instrucciones para su uso).

**La propiedad de los medios de trabajo y su manejo: dos problemas distintos.-**

El movimiento obrero de inspiración marxista es el encargado de estudiar la situación y proponer caminos que conduzcan a recobrar el dominio que el trabajo vivo debe recobrar sobre lo que no es sino el producto de su labor.

Hemos visto más atrás que, en realidad se trata de dos problemas. Uno consiste en la pérdida de la disposición de los medios de trabajo. El otro es que el medio de trabajo se ha ido diseñando y perfeccionando en el modo y manera que mejor respondía al interés de quien lo tenía a su disposición, sin que los trabajadores hayan tenido otro papel en esta transformación, que seguir las instrucciones que en forma de mandatos se les dirigían.

El primer problema no va desligado del segundo. Los cambios técnicos realizados sobre los medios, han sido posibles, porque éstos estaban a la disposición exclusiva de capitalistas y de la dirección de los comunistas rusos, respectivamente. Es decir, el primer problema constituye la base del segundo.

De igual manera, y por la misma razón, la primera tarea en el camino inverso, en el camino de recuperación del dominio del trabajo vivo sobre el muerto, del trabajador sobre los medios de trabajo, es conseguir la propiedad de esos medios.

Hemos visto que esta tarea concreta se ha dado y se da diariamente en cada cooperativa o en cada sociedad laboral que se crea. Por lo que se habría de anotar como una victoria propia para el movimiento obrero, y muy particularmente en el que se vale de la teoría marxista para orientar sus proyectos y sus acciones.

El hecho de que en cada cooperativa de producción que se monta, se esté ensayando una manera de trabajar sin la presencia del empresario, debía producir la sensación de que se están dando los primeros pasos en un camino que puede conducir al cambio de la manera de trabajar en nuestro país, distinta de la que hoy domina la producción.

Solo la idea de que la presencia de una cooperativa de producción significa el comienzo de otra manera de trabajar, seria una señal digna de notar por parte del movimiento obrero organizado. Pero si esa “otra” manera de trabajar coincide con el modelo que dibuja la teoría marxista (disposición de los trabajadores sobre los medios de trabajo y sobre el producto obtenido), la atención debía ser máxima, particularmente en partidos políticos que tuvieron su origen en una visión marxista de la sociedad.

Este enfoque de las cooperativas sobre el problema que citábamos en primer lugar (la propiedad de los medios de trabajo y del producto por parte de los propios trabajadores), abre la puerta al que poníamos en segundo lugar: la ordenación técnica del trabajo.

Así como el primero lo hemos despachado como si fuera relativamente fácil, lo cierto es que sustituir todo el aparato productivo capitalista, por otro en forma de cooperativas, no solo no será sencillo, sino que estará lleno de dificultades de todo tipo, debiéndose contar con la oposición poderosísima de las grandes empresas capitalistas que se supone que no dejaran el terreno libre tranquilamente.

No obstante, hay que admitir que, en teoría, no se ve ninguna dificultad en que una empresa pueda funcionar con toda normalidad y efectividad, aunque su propietario no sea un capitalista, sino los propios trabajadores. Y en la práctica, ahí están un conjunto de cooperativas que se codean con las empresas capitalistas.

A eso nos referíamos al hablar del primer problema. No que no tenga dificultades, sino que la teoría y la práctica nos dice que son dificultades superables.

Sin embargo, el problema de la organización técnica del trabajo, presenta muchos inconvenientes; en la teoría y en la práctica. Inconvenientes, no insuperables, pero cuya solución exigirá prácticas novedosas, no experimentadas y nuevas reflexiones sobre estas prácticas nuevas.

El camino, el método, para superar el problema de la propiedad de la empresa, ya hemos visto que no tiene ningún secreto. El aumento de la productividad ha permitido que, dentro del propio sistema capitalista, sin necesidad de ningún otro cambio que no sea ése de la productividad, se produzca un fenómeno nuevo: el ahorro obrero; el ahorro obrero que permite reunir masas de dinero que pueden ser empleadas por los propios obreros para adquirir los medios con los que montar su propia empresa. El método, por lo tanto, para montar empresas cooperativas, y superar así el primer escalón que nos acerca al trabajo socialista, no presenta, ciertamente, dificultades que no se puedan orillar con una cierta facilidad.

El método para superar el segundo problema, se presenta, sin embargo, lleno de dificultades.

El primer paso del capitalismo, lo que hemos llamado la primera fase en el capitalismo, tampoco significó un cambio tan profundo, tan lleno de consecuencias para el trabajador, como el de la segunda fase.

Para un carpintero que trabajaba en su pequeño taller el hecho de trasladarse a una gran nave, junto con herreros, tapiceros, pintores, para hacer la labor que correspondía a su especialidad, y recibir a cambio una soldada al final de mes, o cada semana, seguro que significó un cambio. Pero un cambio, que a la corta, no le resultaba nada perjudicial. Tenía trabajo más o menos seguro, un sueldo también seguro y la única preocupación de desempeñar su trabajo con la responsabilidad y destreza que lo hacía en su taller.

Para el que se estrenaba como capitalista, tampoco se le presentaba ningún reto, que no pudiera responder con una cierta seguridad. El dinero que arriesgaba (en salarios y materiales) no era de clase distinta al que invertía en su taller, con anterioridad, cada uno de sus empleados.

Eran partidas conocidas, así como lo era, el precio del producto que elaboraban: un coche de caballos, por ejemplo. Aparte de que era normal trabajar por encargo. Un cálculo relativamente frecuente, por parte de los profesionales que antes lo realizaban por partes, cada uno en su taller, le permitía operar en un terreno no desconocido.

Esta primera fase del capitalismo, en sí, no supuso unos grandes cambios para el trabajador, pero sentó las bases para los enormes cambios que en la segunda fase literalmente (tal como se dice) se le vinieron encima.

Este análisis nos permitiría hacer uno semejante, pero esta vez respecto al trabajo cooperativo.

Cuando cuatro albañiles montan una cooperativa para hacer arreglos y reparaciones en las casas, o cuatro torneros montan un taller para servir piezas a las grandes empresas; igual que en los ejemplos del primer capítulo, apenas notan grandes cambios respecto a cuando trabajaba cada uno por su cuenta; pero es cierto, igualmente, que están poniendo la base para pasar a una segunda fase en la que los cambios sí serán notados por todos ellos.

Efectivamente, en la segunda fase del capitalismo, se produce, como hemos visto, un vuelco enorme en la manera de

trabajar. Del primer taller de manufactura a la moderna fábrica, en menos de un siglo, la tarea que el trabajador desempeña en uno y otro caso no guarda relación ninguna; mientras que, del taller individual a la nave manufacturera, el trabajo de cada especialista es todavía reconocible.

Estamos comparando la primera y segunda fase en el desarrollo del capitalismo, con la primera y segunda fase en el desarrollo del socialismo, es decir, el trabajo cooperativo.

La diferencia es que, mientras las dos fases del capitalismo constituyen un proceso real, histórico, conocido y que se puede estudiar en su desarrollo; en el caso del trabajo cooperativo, apenas estamos en los comienzos de la primera fase.

No obstante, y según hemos podido observar, la primera fase del capitalismo, encerraba ya las líneas maestras de su propio desarrollo hasta llegar a desembocar en la segunda fase. Y no solo eso, sino que, asimismo adelantaba los principales datos para poder interpretar ya los avances y realizaciones de esa segunda fase.

Ello nos permitiría hacer lo propio con la fase primera (de la que conocemos sus primeros pasos) del trabajo cooperativo, así como las consideraciones correspondientes sobre la segunda.

Los principales rasgos que distinguen al trabajo cooperativo, en su primera fase, ya los hemos referido más atrás, y solamente los recordaremos para seguir avanzando hacia su fase segunda.

El rasgo más original de una cooperativa es la combinación de estos dos elementos: el proceso de trabajo es colectivo, y la propiedad de los medios de trabajo, así como los productos obtenidos, son de los trabajadores.

Esta reunión original de dos elementos que en la historia moderna siempre se han dado separados, hizo girar la mirada al propio Lenin (¡eso es el socialismo!).

Otro rasgo característico del trabajo en cooperación en su primera fase, consiste en que la ordenación técnica del trabajo, viene calcada de la propia de una empresa capitalista.

Y no deja de ser un poco chocante que, los trabajadores, cuando organizan sus trabajos ellos mismos, para sus propios intereses, les salga una copia de cuando esta ordenación la hizo el empresario buscando exclusivamente los suyos.

**La conversión del vasallo en trabajador "libre".-**

En los tiempos inmediatamente anteriores al primer capitalismo, el trabajador entrega parte del producto de su trabajo al "amo", no porque éste sea propietario de los medios con que trabaja, sino porque está ligado personalmente a él con un lazo que se le llama el vasallaje. Los vasallos "deben" a su señor, o los productos de su trabajo (una parte), o el trabajo mismo en forma de servicios personales (criados domésticos, servidores de cuadras y mantenimiento en general). Los reyes no son propietarios (en el sentido que hoy damos a esta palabra) de sus reinos, ni los duques de su ducado; sino que establecen con sus súbditos esa relación que hemos llamado de vasallaje, y cuyo contenido, en lo que aquí nos interesa, consiste básicamente en trabajar y entregar parte del producto al señor (trigo, vino, corderos, caballos, todo y más de lo que el señor necesitaba para reproducirse "como señor", no simplemente reproducirse como individuo).

Esta relación productiva, que tan característica fue en nuestra Edad Media, y que tantos palacios, monasterios, catedrales dejó como señal de lo barato que les salía el trabajo a estos señores; fue evolucionando lentamente, en un doble sentido. De una parte, los señores fueron convirtiendo en lo que hoy llamamos propiedad privada, lo que antes solo era un "título", un privilegio que los reyes le daban, y que consistía básicamente en su derecho a exigir a

campesinos y demás trabajadores de su territorio (ducado, marquesado, condado) una parte del producto de su trabajo. Y, paralelamente, a la conversión en propiedad privada de la tierra (principalmente), se fue convirtiendo la relación de vasallaje, que era un lazo de tipo personal (el señor era dueño de la persona misma del vasallo, del siervo de manera que no podía abandonar su territorio, podía juzgarlo y castigarlo y matarlo), en una relación puramente laboral, de trabajo. En realidad, siempre gozó de una ligazón con contenido esencialmente laboral, pero se le adornaba con todo ese perifollo de la lealtad, la fidelidad, la protección, la tradición, la religión, etc. De verdad, el núcleo de la relación era laboral.

Y ese núcleo se mantuvo. El noble, el señor, se convirtió en el propietario de las fincas, y se desprendió de los demás adornos. Y el vasallo se limitó a prestar su trabajo, a cambio de que el propietario le entregara los medios indispensables para poder reproducirse (mientras el propietario lo necesitase; cuando no fuera así, era “libre” para ir a buscar trabajo a otra finca), convirtiéndose así en un trabajador libre, y dejando de ser un siervo, un vasallo.

De esta relación parte la primera fase del capitalismo.

Estos grandes propietarios, suelen dejar las tierras en arrendamiento. Son los arrendatarios quienes vigilan las labores, adquieren la simiente, contratan al personal. Y comienzan a prestar atención a la diferencia entre los costes (la renta pagada al propietario, los aperos, las simientes, el abono, los salarios) y el valor del producto obtenido, es decir, lo que él empezaría a llamar ganancia. Es la primera vez que se hacen estos cálculos.

En Inglaterra, como ya vimos, acaban cambiando los cultivos tradicionales por el pastoreo de ovejas, para obtener la lana, lo que les representaba una mayor ganancia.

Son los primero escarceos del manejo de los medios de trabajo propios y del trabajo ajeno para tratar de obtener la máxima ganancia. Son los primeros ensayos del tipo de trabajo capitalista. Las experiencias partiendo de los talleres artesanales, dan aún

mejor resultado, y en ellos se dan los mejores éxitos, según hemos visto.

En este punto de arranque concreto hemos situado el inicio de la primera fase del capitalismo.

Como vemos, se trata de gestionar un proceso de trabajo colectivo (de tipo agrícola o industrial, para el caso da igual).

Si nos fijamos, esta situación coincidiría con el arranque del funcionamiento de una cooperativa de producción (tanto da que sea agrícola o industrial).

En ambos casos se trata de gestionar un proceso de trabajo colectivo.

La diferencia está en:

1º- Quién se encargará de la ordenación y dirección del proceso de trabajo en su conjunto.

2º- Quién decidirá qué se hace con el producto que se vaya obteniendo en los distintos periodos de tiempo (días, meses, años).

**La dirección del proceso de trabajo: punto esencial.-**

La segunda fase de una y otra forma de trabajar, consistirá en el desarrollo del proceso de trabajo, con las características que a cada una corresponde: dirección del proceso y disposición del producto por parte del empresario, en el primer caso, y por parte de los propios trabajadores, en el segundo.

Por lo tanto, ya en el punto de arranque de la primera fase del capitalismo, tenemos la forma del esqueleto del proceso de trabajo, así como la dirección que seguirá su desarrollo.

Y de esta forma, si el destino del producto lo decide el empresario, es lógico que procurara que la mayor parte del mismo, pase a corresponderle en forma de ganancia. Y, por esta misma razón, el trabajo se ordene de tal forma, que, no solamente le proporcione la mayor ganancia, sino que la manera de decidir y distribuir las distintas tareas, deje en sus manos las de dirección y decisión en todo el proceso.

Este esquema concreto de organización y funcionamiento desemboca en el aparato productivo que domina hoy toda la producción mundial; con las características y formas que ya hemos visto.

Una de estas características, la que más nos interesa, es que al trabajador, al trabajador colectivo en este caso, lo convierte en obrero, en obrero colectivo. Esto quiere decir, que el capital le señalará su salario, le señalará las tareas que tiene que ejecutar en forma de mandato para ser obedecido, y le dirá el momento en que su trabajo ya no es necesario (que puede ser cualquier momento).

Este desarrollo, que es la consecuencia de las condiciones de partida, era, por lo tanto, bastante previsible.

No previsible en todos sus detalles, pero bastante en lo que han sido los trazos más gruesos de su desarrollo.

Estas razones son las que nos llevarían a considerar, que la segunda fase a la que llevará el desarrollo de los procesos de trabajo cooperativos, tendrá muchos aspectos bastante previsibles.

No se trata, naturalmente, de un análisis paralelo o idéntico a las dos fases del capitalismo, ya que hay diferencias importantes en uno y otro proceso.

En el capitalismo hemos podido contemplar históricamente, es decir, en la realidad social, ambas fases; mientras que en el trabajo cooperativo, estamos en el arranque de la primera fase. Y esta sola diferencia obliga a avanzar con toda clase de cuidados y cautelas.

Otra diferencia importante es que el capitalismo se adentró en un terreno donde no existía ninguna experiencia anterior, es decir, en el proceso de trabajo colectivo combinando distintas tareas de una forma previamente ordenada. Y, por el contrario, el trabajo cooperativo por cuenta propia, inicia su andadura, en presencia de un modelo de trabajo cooperativo ya existente y muy desarrollado: el que se desempeña por cuenta ajena en una empresa capitalista.

La primera manufactura comienza a avanzar sin ningún modelo que copiar. Solo obedece en su avance a los principios citados, de búsqueda de la mayor ganancia, y exclusión de los trabajadores de toda función de dirección y control del proceso.

En una situación diferente se encuentra el proceso de trabajo cooperativo por cuenta propia.

La diferencia es importante.

Inicia su experiencia, sin contar con un precedente. Nunca en la historia se ha producido en procesos colectivos por cuenta propia. Se trata de una combinación inédita, desconocida. Tanto las cooperativas rusas, como el resto de las europeas, se encontraban, y se encuentran sin modelo productivo que seguir.

En eso se parecen a la primera manufactura. Siguiendo el paralelismo, la comparación, las cooperativas podían hacer lo que la manufactura. Avanzar hacia lo desconocido, pero apoyándose siempre como guía en los principios que las caracteriza. Es decir, la ordenación del trabajo, la dirección del proceso, y el destino que se ha de dar al producto obtenido, dependerá exclusivamente de los propios trabajadores.

¿A qué tipo de aparato productivo se hubiese llegado, siguiendo este método, que fue el que siguió el capitalismo en su nacimiento y en su desarrollo?

Está por ver. Ya que las empresas cooperativas y las sociedades laborales, nacidas en el seno de una producción capitalistas, como es bastante explicable, han seguido en sus comportamientos, las pautas, los modelos que tienen delante de la

vista, y que de forma tan exitosa logran normalmente las metas que se proponen: las empresas capitalistas.

Han iniciado su camino con la libreta de ruta poco definida. De momento se sirven del cuaderno de ruta de sus compañeras, las empresas capitalistas. Y no les va mal.

**Las dos fases que K. Marx distingue en el capitalismo.-**

Hemos diferenciado dos fases en el desarrollo del capitalismo, siguiendo los estudios que hizo Carlos Marx.

Según él, hay un primer tramo en el que el capitalista reúne en una nave industrial a un grupo de artesanos y, respetando el oficio de cada uno, consigue un producto (un coche de caballos, en el ejemplo que pusimos), resultado del trabajo de todos ellos. Cada uno ha aplicado al coche, su trabajo especializado. El capitalista ha echado sus cuentas, y, restando todos los costes del importe que alcanza el producto al ser vendido, le queda una buena diferencia: su ganancia.

A esta manera de funcionar le llama Marx, primera fase.

Si nos fijamos bien, el capitalista respeta el oficio de cada uno, las herramientas utilizadas, los materiales con que se trabaja, el esfuerzo medio realizado por cada trabajador. Podemos decir que, en su taller, se está utilizando el aparato técnico que existe en los talleres del exterior. Solamente que él lo ha encerrado en un local de su propiedad, y que todo el proceso corre de su cuenta.

¿Cuándo, y en qué, se nota que ha comenzado la segunda fase?

En el momento en que el capital (el conjunto de los capitalistas mandando sobre los trabajadores), consciente de que todo lo que hay en la nave, y la nave misma, son de su propiedad, decide ponerlo todo al servicio de su único objetivo: obtener la máxima ganancia posible.

Ya hemos visto más atrás, la vuelta del revés que da a todo el proceso técnico, en busca, exclusivamente de la ganancia, de la mayor ganancia posible.

Apoyado en este tremendo impulso, que se autoalimenta en cada ciclo (más gano, más debo ganar, si me paro me hunden), el capital acaba perfilando un aparato productivo propio, expresamente montado y ajustado para cumplir cada vez mejor su única meta. El aumento progresivo de la ganancia, que permitirá acumular más capital, que dará lugar a una mayor ganancia...

Cuando el capital consigue un aparato productivo propio, elaborado a partir del que recibió cuando comenzaba, podemos decir que estamos en la segunda fase del capitalismo. Estamos ante un capitalismo maduro.

Pues bien, un estudio así, puede hacerse sobre el trabajo en cooperación por cuenta propia. Siguiendo, por lo tanto, los métodos de Marx.

El trabajo en cooperación inicia su primera fase, encontrándose con un aparato técnico, no montado, no ajustado, no basándose en sus propias metas, sino planteado y desarrollado siguiendo metas, objetivos propios de otro proyecto productivo, el del capital.

Esta falta de correspondencia, entre lo que se persigue, y el instrumento con el que se cuenta para conseguirlo, salta a la vista, y es perfectamente comprobable, al final del proceso, es decir, cuando se ha logrado, por fin, contar con el instrumento adecuado. Y en el caso del capitalismo y su desarrollo lo podemos comprobar sobre la

propia realidad. Cuando el capital ha logrado, a través de la llamada revolución industrial, dominar por completo los movimientos, el desarrollo del conjunto que forman los trabajadores y los medios de trabajo (el aparato productivo), y lo ha puesto a producir ganancias, y las ha obtenido abundantemente; es cuando se puede decir que el medio se ha adaptado al fin que se perseguía. El capitalismo, como forma de organizar el trabajo ajeno para obtener las mayores ganancias posibles, ha llegado a su madurez. Porque ha conseguido el medio adecuado para lograr su fin.

De forma paralela, repetimos, habría que investigar: primero el fin, la meta principal, del trabajo colectivo por cuenta propia; y segundo, el instrumento adecuado para conseguir este fin.

Los del capitalismo, y lo repetimos otra vez, están muy claros. El fin, la meta: la obtención de la máxima ganancia para el propietario de los medios del trabajo ajeno.

El instrumento: el control absoluto (económico y técnico) de los medios de trabajo, de su uso por los trabajadores, y del resultado del proceso de trabajo (de los productos obtenidos).

Tocamos ya el fondo de esta investigación, de este estudio.

Si el modo de trabajar socialista se concreta en el trabajo en cooperación por cuenta propia, se hace necesario, imprescindible, conectar, empalmar el largo recorrido del movimiento organizado de los trabajadores socialistas y comunistas, con esta nueva y pujante manera de organizar el trabajo.

**Una práctica sin teoría. Una teoría sin práctica.-**

Empalmar las nuevas formas del trabajo colectivo por cuenta propia con los movimientos organizados socialistas-comunistas,

significa, sobre todo, dar a las primeras una inspiración y una dirección proyectiva (de proyecto), que les falta.

Significa también, y al mismo tiempo, proporcionar a los segundos, a los partidos socialistas-comunistas, un enganche real, donde colgar y concretar tantas aspiraciones y proyectos caídos por el camino.

Conseguir el control de los medios de producción por parte de los trabajadores, por parte de los obreros, ha sido el lema central de toda la larga batalla comunista-socialista en los últimos siglo y medio en Europa.

La primera vez que se pudo llevar a la práctica esta consigna, en la Unión Soviética, la dirección de la actuación, la intención, era exactamente esa. Otra cosa fue los medios que se utilizaron. Pero, en todo caso, es del mayor interés, recordarnos que, en todo el curso del movimiento socialista-comunista, esta consigna, este objetivo, era el centro de todas las batallas, ya fueran éstas teóricas (la doctrina que se ensañaba, frente a la de los propietarios), ya fueran prácticas (ocupaciones de fincas, de fábricas, etc).

Es de recordar, asimismo, que en la Unión Soviética no se rompió este lema, ya que los obreros tomaron posesión de los medios de producción, si bien, ante la evidencia de que no tenían la capacidad de hacerlo por si mismos, el Estado, su Estado, lo hizo por ellos.

Esta fue, quizás, la primera cesión práctica y teórica, sobre un principio, que nunca debió dejar de ocupar el lugar central que le correspondía, y le corresponde en la teoría marxista.

En esto, los marxistas, nunca debieron ceder, porque, si lo hacían, dejaban de ser marxistas. Y fue lo que ocurrió. El principio marxista (socialista-comunista), sin embargo, siguió y sigue siendo el mismo.

Este principio, este lema, cedió su lugar en la U.R.S.S., ante la presencia de objetivos que aparecieron en ese momento como más importantes, más urgentes, más básicos (acabar una guerra,

hacer frente al hambre, fortalecer el único y primer Estado de los obreros en la historia).

Al descabalgar del centro de su proyecto a este objetivo, el comunismo soviético dejó de orientar su acción a la luz de la teoría marxista, y se convirtió en un país más en que los obreros siguieron trabajando por cuenta ajena. Ni los medios de producción eran de su propiedad, ni ellos dirigían su propio proceso de trabajo.

Al igual que la socialdemocracia, pusieron en el centro de su proyecto la mejora constante de las condiciones de trabajo de los obreros, pero dentro de un proceso de trabajo por cuenta y bajo dirección ajena. Con la socialdemocracia, quien decide, manda y ordena, es el empresario, con el comunismo ruso, el plan.

Y estas dos son las prácticas en que han tomado cuerpo las ideas comunistas y socialistas, y como consecuencia de ello, han dejado la dirección que les marcaba la teoría marxista. De manera que, dos organizaciones obreras (P.S.O.E y P.C.E) que tuvieron en el núcleo de su teoría y de su proyecto la propiedad de los medios de producción por parte de los obreros, han desembocado en una práctica (la socialdemocracia), que se corresponde con una teoría propia del capital, el liberalismo (progresista, suele añadirse para disimular un poco).

Han quedado así, ayunos, vacíos de teoría propia. Su teoría quedó colgada en el aire, falta de una práctica a la que engancharse.

Sin embargo, con el cooperativismo ha ocurrido todo lo contrario.

Se trata de una práctica nueva y pujante, que no obedece a ninguna teoría, o mejor dicho que ninguna teoría la reconoce como práctica propia.

Si paramos nuestra atención en ella, podremos observar que se trata de una manera de organizar el trabajo, en la que la propiedad de los medios de trabajo pertenece a los propios trabajadores, como en el caso de los campesinos o de los artesanos,

pero con la diferencia, esencial, que aquí los procesos de trabajo no son individuales, sino colectivos.

Conclusión: Tenemos por un lado una teoría (la marxista), que los partidos que se guiaban por ella, abandonaron, al dedicar su acción a prácticas propias de otra teoría (el liberalismo), quedándose sin teoría propia.

Tenemos por otro lado, unas prácticas, el cooperativismo, que no reconoce ninguna teoría como la suya propia, siendo así, que su característica esencial, se corresponde con el núcleo característico de la teoría marxista: el proceso de trabajo colectivo por cuenta propia.

**La necesidad de reajustes teóricos.-**

A la vista de lo anteriormente dicho, parecería necesario hacer una serie de ajustes y reajustes en las prácticas y en las teorías en seno de las cuales nacen y se mueven las organizaciones obreras en nuestro país, y en el resto de Europa.

Algunos de estos reajustes ya los hemos considerado anteriormente; no obstante, vale la pena volver sobre ellos.

En una producción ordenada y dirigida en su conjunto por el capital (por los propietarios de los medios de trabajo), como es la europea en este siglo, XXI, las instituciones (el Estado) tienen como función esencial, la reproducción, el buen funcionamiento de esta producción.

Esto significa que la parte más importante de esa producción la mueven trabajadores por cuenta ajena, es decir, sometidos a las decisiones de los propietarios de los medios con que trabajan. Y asimismo significa, que los trabajadores que mueven las

instituciones, lo hacen en la dirección que a éstas impone la producción.

Hablar de comunismo-socialismo en estas circunstancias, supone mantener un punto de vista contrario a lo existente, contrario a la dirección que marcan la producción y sus instituciones (su reproducción, los medios con los que se reproduce).

Esto es así, si por socialismo-comunismo entendemos el impulso dirigido a que la producción pase a ser ordenada y dirigida por los propios trabajadores. Así fue como lo entendió siempre la corriente marxista de las organizaciones.

Sin embargo, como hemos visto, en la actualidad no mantienen este punto de vista, ni las organizaciones sindicales ni las organizaciones políticas de los trabajadores.

Unas y otras, dedican sus mejores esfuerzos a conjuntar sus acciones con las organizaciones de los empresarios, y lograr así mejoras constantes en la productividad, que permiten de este modo mejores salarios y mejores condiciones de trabajo y de vida (sanidad, pensiones, educación, etc).

La posición marxista mantiene, por el contrario, que estos esfuerzos de mejoras, no impiden que los obreros y sus organizaciones, o algunas de ellas, mantengan una visión propia, distinta de la de los empresarios, sobre la ordenación de la producción y sobre los instrumentos que montan para su reproducción.

Una cosa es tener un proyecto propio, y otra es tener los medios para realizarlo.

Los obreros, con su trabajo diario, participan en la realización del proyecto que, sobre la producción, sobre el trabajo, tienen los empresarios. Es el proyecto de los empresarios, no es el proyecto de los obreros.

Ese proyecto dice que los empresarios y los trabajadores tienen en la producción, cada uno, el papel que ya hemos estudiado.

Y de su colaboración sacan: los obreros su salario, los empresarios su ganancia. Como todo ello depende de la productividad del trabajo; está en el interés de todos ir aumentándola progresivamente, pues con ella aumenta el bienestar y la calidad de vida de unos y otros.

Los empresarios tienen, como vemos, un proyecto sobre el modo de organizar la producción, y los medios para llevarlo a cabo.

En el interior de la propia producción, el medio más importante de que disponen es la propiedad de todas las condiciones materiales que hacen posible el trabajo (todos los medios de producción).

Y en el exterior del ámbito mismo de la producción, el instrumento más valioso de que disponen es el partido político, a través del cual ponen a funcionar a todas las instituciones en la tarea de facilitar al máximo la reproducción de todos los procesos de trabajo, cuyo conjunto forma la producción.

Convencer a los obreros de que se trata de un proyecto común, de un proyecto conjunto, es una de las funciones principales del partido político de los empresarios y del conjunto de las instituciones a las que éste dirige o inspira.

Proyecto y medios para realizarlo. Ambas cosas las tienen los empresarios.

De otra parte, observaremos cómo se pueden distinguir dos escenarios, dos espacios distintos.

En la producción, operan los empresarios. Ellos dirigen, ellos mandan, ellos deciden.

En el exterior de la producción, el partido y las instituciones (y las demás instituciones, puesto que el partido es también una institución) son los operadores que se adecuan a este escenario, tan distinto del de la producción.

El proyecto, como vemos, es fácil de identificar. Se trata de ordenar el trabajo por cuenta ajena. Simplemente. Los empresarios lo ordenan, y los obreros lo ejecutan.

Sin embargo la ejecución puede tener muchas variantes. Es decir, dentro de la ordenación del trabajo por cuenta ajena, puede haber distintas formas de llevar a cabo su reproducción, su funcionamiento continuado y sostenible.

Vemos, por tanto, que estas variantes no están tanto en el escenario de la producción (del taller, diríamos), como de la reproducción, del escenario de las instituciones. Y éste es el motivo de que hablemos del partido, cuando en realidad, este partido se presenta fraccionado, repartido en un auténtico arco.

Es muy raro que el partido de los empresarios tome cuerpo en unas solas siglas, en un solo aparato. Más bien se presenta compuesto por varios grupos políticos. Por ejemplo, en Francia, Reino Unido, Estados Unidos, Italia, etc. El partido de los empresarios resulta de la agrupación de dos o más aparatos políticos con nombres distintos.

Todos estos partidos, dispuestos a gestionar, desde las instituciones (Parlamento, Gobierno, Tribunales), la reproducción del trabajo por cuento ajena, en sus distintos procesos, tienen, evidentemente, en común un mismo proyecto; y sus diferentes modos de llevarlo a cabo, es lo único que les distingue a unos de otros. Y basándose en esas diferencias, se disputan entre sí el espacio político, es decir, la dirección de las instituciones.

**¿Existe un proyecto obrero sobre la ordenación del trabajo? .-**

¿Tienen los obreros un proyecto propio sobre la ordenación del trabajo, de la producción?

Los obreros que se apuntan al proyecto de los empresarios (que son muchos) y lo consideran como un proyecto compartido, es que renuncian a un proyecto propio. Las organizaciones obreras donde predominan estos obreros y en las que dominan estos puntos de vista, son organizaciones que no tienen un proyecto propio, distinto del de los empresarios.

La socialdemocracia es el conjunto de organizaciones sindicales y políticas de los trabajadores, que no muestran un proyecto propio, sino que participan en la ejecución del proyecto de los empresarios. Es decir, se limitan a gestionar la reproducción de un proyecto ajeno, el de los empresarios.

Observaremos que, al igual que los empresarios son quienes dirigen la producción, y sus organizaciones son las que dirigen las instituciones; en el caso de los trabajadores, ellos, los obreros, son los que ejecutan los trabajos de la producción, y sus organizaciones, son las que colaboran en la reproducción, como instituciones que son.

Es importante distinguir los distintos escenarios: la producción (empresarios y trabajadores), la reproducción (las instituciones y las organizaciones de empresario y obreros). Así como las distintas funciones: en la producción (los empresarios dirigen y deciden, los obreros obedecen y ejecutan); en la reproducción (las organizaciones de los empresarios dirigen las instituciones, las organizaciones de los obreros colaboran en el buen funcionamiento de las instituciones).

Hemos dicho que las organizaciones sindicales y políticas socialdemócratas no “muestran” un proyecto propio. No que no lo tengan, sino que no lo muestran como proyecto propio; por no tener bien acabado el dibujo del mismo, o por no estar convencidos de que puedan disponer de los medios suficientes y apropiados para poder llevarlo a la práctica.

Por lo tanto, diferenciaríamos, entre las organizaciones obreras norteamericanas más importantes, que tienen como propio el proyecto de las organizaciones empresariales de ese país, y las organizaciones obreras socialdemócratas europeas. Las americanas, hace mucho tiempo que renunciaron a todo lo que suene a socialismo o comunismo; mientras que las organizaciones obreras europeas, no solamente conservan sus señas de identidad socialistas y comunistas en sus nombres, sino que tienen a flor de piel su anticapitalismo, es decir, su poco apego al proyecto de los empresarios.

No perdamos de vista que, durante un largo periodo de tiempo, setenta años, tomaba cuerpo en un no pequeño número de países, el que se tuvo por proyecto comunista-socialista: el comunismo ruso.

La desaparición, por voluntad propia de sus protagonistas, de este modelo, dejó la impresión en todas las organizaciones obreras europeas, de que se carecía de modelo propio, y por tanto, no quedaba otra salida, de momento, que agarrase al proyecto de los empresarios; procurando, eso sí, que los obreros salieran en él lo menos malparados que fuese posible. A esto le han llamado la socialdemocracia, y se ha pretendido hacer creer que se trata de un proyecto alternativo al de los empresarios.

Nosotros sabemos que, en todo caso, se trata del modelo de los empresarios, o sea, no se trata de ningún proyecto de los obreros.

El modelo obrero, el proyecto de organización del trabajo por parte de los propios trabajadores, tiene, al igual que el proyecto de los empresarios, dos escalones.

El primer escalón se sitúa en la producción. Y consiste en ordenar el trabajo: decidir las tareas a realizar, la forma de realizarlas, dirigir todo el proceso, y disponer el destino que se da al producto obtenido.

El instrumento indispensable para hacerse con esas funciones que acabamos de relacionar, es tener en propiedad todos los medios materiales que se utilizan en el trabajo.

El rey de la producción, como vemos, es el propietario de las condiciones materiales de esa producción. Eso quiere decir, que para convertirse en los reyes de la producción, los obreros necesitan tener en propiedad los propios instrumentos que utilizan en su trabajo.

El segundo escalón se sitúa en la reproducción. Es lo que en otro momento hemos llamado las condiciones generales de la producción: las comunicaciones, el transporte, el intercambio (la Bolsa, Notarios, Registros, Corredurías), los Tribunales, la policía, la sanidad, la enseñanza. Sin estas condiciones, los procesos de trabajo no pueden repetirse, reproducirse "pacíficamente", no pueden crecer.

Este es el mundo de las instituciones. Su funcionamiento es esencial para cualquier tipo de producción. Es igual que a la producción le dé forma el proyecto de los empresarios o de los obreros, las instituciones le darán vida y permitirán su reproducción continua. Para eso, precisamente, están las instituciones.

Es lógico que las instituciones estén dirigidas por quien dirige la producción, es decir, por quien posee en propiedad los medios materiales de ésta, dado que se trata de llevar a buen fin los procesos de trabajo que la componen.

Como hemos visto ya, que las instituciones, aunque son movidas por sus propios trabajadores, la dirección en sus funciones las señalan los partidos políticos, cuya función más importante es precisamente ésta; el instrumento indispensable para dominar este segundo escalón, es un partido político propio, que encauce la dirección de todas las instituciones en pos de los objetivos, de las metas, que señala el proyecto propio.

Este, podríamos decir, que sería el bosquejo, las líneas gordas, de la visión de los obreros y de sus organizaciones, sobre la ordenación de su trabajo y de sus condiciones de vida.

Este sería el envite para millones de obreros jóvenes que, en el mundo entero, pueden comenzar a operar en los dos escalones que acabamos de ver. En el primero, manejando, tratando (mejor dicho) de manejar sus propios medios de trabajo, por escasos o toscos que sean, y creando con las propias manos, con la propia inteligencia, los medios propios de vida. Ninguna escuela, ninguna Universidad, enseñará mejor a situarse en su entorno a los jóvenes obreros, que el trabajo junto a los compañeros para irse creando sus propios medios de vida, su propio lugar en la sociedad en que viven.

Y en el segundo escalón, acompañando desde el exterior de la producción, los esfuerzos cada vez más numerosos, más consistentes, de organizar ésta contando sólo con los propios medios de los trabajadores, en las empresas de trabajo colectivo por cuenta propia.

Si la dirección de las instituciones es tarea propia de los partidos, el partido o los partidos de los trabajadores, es el lugar apropiado para que su visión de la producción y de las instituciones, se corresponda con estas líneas gruesas que hemos reseñado.

La existencia de un proyecto propio de los obreros, viene así a convertirse en uno de los primeros puntos sobre los que un partido obrero debe tener una posición clara.

Es en este punto, precisamente, en el que el socialismo-comunismo, con las ayudas teóricas marxistas, y con las experiencias vividas, particularmente la del comunismo ruso (chino, coreano, vietnamita, cubano), y la socialdemocracia europea, puede aportar indicaciones muy importantes sobre la validez y la importancia de esta nueva puesta en práctica del núcleo central de toda la teoría y la práctica socialista-comunista a lo largo de toda su existencia: alcanzar la propiedad de los medios de producción por parte de los obreros mismos. Y esta nueva práctica, puro socialismo, está pasando inadvertida para los partidos obreros, españoles y europeos. Ninguno de ellos presenta, efectivamente, al cooperativismo como el ensayo socialista más puro, y más prometedor de cuantos hemos conocido en la historia. Y estos desenfoques se pagan caros. Los pagan caros los obreros.

**Dos escalones en dicho proceso.-**

Tratando del proyecto de ordenación de la producción por parte de los obreros, hemos dicho que se compone, o que tiene, dos escalones.

Hablar de estos dos escalones es una forma de acercarnos al conocimiento de este proyecto. Lo mismo que hacemos para conocer mejor nuestro cuerpo. Separamos todos los huesos, en lo que llamamos el esqueleto, sacándolo del propio cuerpo y colgándolo de la pared para mejor estudiarlo, o pintándolo en un dibujo. Sabemos, sin embargo, que el conjunto de nuestros huesos, existe dentro de otro conjunto, que es nuestro cuerpo, y que separado de éste no tiene ningún sentido; si no es, precisamente, estudiarlo.

El primer escalón (el trabajo), y el segundo (las instituciones, o sea, el Estado), no se dan separados, sino que los separamos para estudiarlos y conocerlos mejor.

El trabajo, sin un Código Civil que diga de quién es la fábrica, sin un Estatuto de los Trabajadores, que diga cuales son los derechos de los obreros, sin unos tribunales que garanticen, que den efectividad, a esos derechos, sin un Código Penal que asegure el orden, no sería un trabajo real, concreto y reproducible.

El Estado (las instituciones) sin el trabajo diario de los obreros, no duraría un mes.

Es como el huevo y la gallina. Se les trata, de una manera graciosa (¿Qué fue primero, el huevo o la gallina?), como si fueran dos cosas separadas. Una gallina lleva los huevos dentro, y cada huevo lleva dentro una gallinita. No se les puede separar. Son la misma cosa evolucionando, funcionando, reproduciéndose.

Esto no nos lleva, por lo tanto, a colocar una cosa, junta a la otra, para ver cual es más importante. No son dos cosas. Es una cosa, que se reproduce, Y para su reproducción toma el apoyo del instrumento más adecuado. Quien se reproduce es la gallina. El huevo no se reproduce él; reproduce a la gallina. El sujeto protagonista es la gallina, el huevo es un medio.

El trabajo es el sujeto protagonista. La institución es un medio que el trabajo utiliza para mejor reproducir sus procesos.

Si esto lo vemos así, y un trabajador, con más razón, le ve así; el trabajo lo hemos de colocar siempre en el centro de nuestro análisis, de nuestros razonamientos. Las instituciones no son otra cosa que instrumentos que han de ser útiles a los trabajadores; es su función.

¿Qué pasa, por lo tanto, en el primer escalón? En el primer escalón, tanto del proyecto de los empresarios como en el de los obreros, está el trabajo pero, como hemos visto antes, no está el trabajo solo. Está el trabajo, ayudado por las instituciones para poder reproducirse, para poder repetirse cada día.

En el proyecto de los empresarios, en este primer escalón, está el trabajo y las instituciones, combinados, engarzados, de tal manera que, el trabajador toma la forma concreta de obrero, con las características y funciones que más atrás hemos visto: trabajador por cuenta ajena.

En el proyecto de los obreros, la combinación del trabajo con las instituciones, nos da la figura del trabajador colectivo por cuenta propia.

La reproducción, en el primer caso, da como resultado constante (cada día, cada mes, cada año), la existencia de obreros sujetos a las decisiones, a la dirección, al mando ajeno. Cada día entran en la producción, en el trabajo, como obreros, y cada día salen de ella con la misma condición.

En el segundo caso, en el proyecto de los obreros, cada día, cada mes, cada año, los trabajadores son menos obreros. Desde el

momento que entran como socios en una cooperativa, dejan de trabajar por cuenta ajena, y eso ya les hace salir de la relación que les convierte en obreros.

Como vimos más atrás, los trabajadores se convierten en obreros cuando, no son dueños de sus medios de trabajo, y su proceso de trabajo está dirigido por el dueño de estos medios.

Por lo tanto, el paso primero para entrar en el primer escalón del proyecto de organización de la producción por parte de los obreros, es precisamente el que les hace dejar automáticamente de ser obreros, al convertirse en propietarios de sus medios de trabajo.

Con este primer paso, el trabajador (ya no es obrero) se coloca en una situación en que, al combinar su trabajo con las instituciones que intervienen en su reproducción, tiene en sus manos la posibilidad real de transformar su proceso de trabajo, de tal modo que pasa a participar, no solo en la propiedad de los medios de trabajo (que ya lo hace), sino en las decisiones referidas a la organización y a la dirección del mismo.

**El primer escalón es “realizable”.-**

Alcanzar el primer escalón, que en los comienzos del capitalismo aparecía como algo ilusorio; con el aumento de la productividad del trabajo, ha llegado a ser una realidad comprobable fácilmente. Es cierto que no es una realidad universal, pero en los países europeos (en los países del llamado primer mundo), existe ya un número considerable de procesos colectivos de trabajo, cuyos medios de trabajo son propiedad de los mismos trabajadores.

Para que esto haya llegado a ser una realidad tangible (tocable con las manos), ha debido darse, al mismo tiempo que el aumento de la productividad referido, otra condición, asimismo

necesaria: un cierto tipo de realidad institucional. Sin unas determinados instituciones, estos procesos cooperativos por cuenta propia no podrían reproducirse.

¿Qué instituciones penetran en la producción, y sirven de apoyo a la existencia y reproducción de estos procesos de trabajo, cuya propiedad (tanto de los medios como de sus productos) controlan los propios trabajadores?

Hemos de admitir que son las mismas que sirven de soporte a la existencia y reproducción de los procesos de trabajo por cuenta ajena.

Todo el aparato institucional (Parlamento, Gobierno, Tribunales, Administración Civil y Militar, etc.) que sirve de apoyo a la existencia de la propiedad de las mercancías y su libre y fluido intercambio, permite, a la vez, el desarrollo de procesos de trabajo, individuales y colectivos, por cuenta ajena y cuenta propia.

En consecuencia, el soporte institucional básico, para la entrada y permanencia del proyecto de los obreros al primer escalón, a la producción, está libre y utilizable; no presenta ningún problema especial.

Hay que añadir que, además de este conjunto básico de instituciones, de utilización conjunta para los proyectos de los empresarios y de los obreros, existen algunas instituciones especializadas en un proyecto o en otro. Entre las que se refieren exclusivamente al proyecto de los obreros, podemos contar, principalmente, con las leyes referidas a las cooperativas y sociedades laborales, así como las instituciones que dan aplicación y desarrollo a estas leyes.

Es de importancia, no obstante, insistir en la idea de que el bloque institucional que de manera principal opera la reproducción de los procesos de trabajo por cuenta ajena, es el mismo que sirve de instrumento para la reproducción de los procesos colectivos por cuenta propia.

Y es importante, por algo ya hemos visto, pero que ahora traeremos otra vez a la vista.

En la producción material española (también en las demás europeas), la voz cantante, el primer lugar lo ocupa la que lo hace por cuenta ajena. De forma que, sus maneras, sus moldes, sus cadencias, sus metas, sus caminos, sus prioridades, sus leyes de funcionamiento, lo son de toda la producción. Las otras formas de trabajar se han de acompasar a sus ritmos, han de marcar el mismo paso, han de obedecer a las mismas consignas y órdenes. Han de hablar el mismo lenguaje.

Esto se traduce en que, los impulsos de esta producción, se convierten en las sugerencias que parten hacia el mundo de las instituciones, en el que sirven a estas de indicadores de la ruta que se prefiere, de los caminos que deben ser explorados, de los elementos de las mismas que deben ser reforzados, y de los que no ofrecen ningún interés.

Hay que recordar que la producción “paga” la creación y el funcionamiento de todas y cada una de las instituciones, y en consecuencia, marca la dirección de las mismas.

Y todo esto último que decimos, nos ha introducido en el segundo escalón. Nos hemos salido de la producción y sus exigencias, y nos hemos metido en el mundo de las instituciones, con sus exigencias y sus ritmos propios.

Si las instituciones (el Estado) sirven a la producción, y alrededor de ella giran, eso no quiere decir que no tengan su vida propia, sus propias reglas, su propia reproducción. Esto sí, siempre pendientes de las indicaciones que le vengan del mundo de la producción. En ello les va la vida. Una vida, como se puede comprobar, más alegre más vistosa, más aparatosa, más brillante, que la del trabajo productivo.

Esta relativa autonomía de las instituciones, esta forma de autoorganización, y este aspecto creativo y atrevido de sus proposiciones (pueden proponer realmente lo que se les ocurre), tan lejano de las reglas de hierro del trabajo productivo, las hacen

especialmente escurridizas para su estudio por parte de lo obreros, por parte de sus organizaciones (que también tienen la forma de instituciones, naturalmente).

**El segundo escalón: las instituciones.-**

Metidos en el segundo escalón, donde se prepara, donde se da nacimiento y forma, al conjunto de instrumentos que materializan la reproducción de los procesos de trabajo, hemos de orientarnos en su seno. Para los obreros, hay que repetirlo muchas veces, es un mundo casi completamente desconocido. En el cual, por lo tanto, hay que empezar orientándose. Orientarse en medio de un paisaje significa buscar el oriente, por donde sale el sol. Y a partir de ahí, uno sabe dónde está el poniente, por donde se pone; el norte y el sur. No es mucho saber, pero ya es algo.

Para un obrero, buscar el norte en el mundo, para él desconocido, de las instituciones, significa moverse casi por instinto.

Y se ha de mover por instinto, por falta de conocimiento.

Demos medio paso atrás. Habrá que ir muy despacio.

El obrero que ha entrado en el primer escalón, empieza en ese momento a dejar de ser obrero. Y a no trabajar por cuenta de un empresario. No obstante, sigue desenvolviéndose en una producción, impulsada y regulada por el capital. Su actividad sigue navegando por los canales por los que se desenvuelve el capital. Al principio empezará a ser consciente de que no hay empresario que lo pueda despedir. Más tarde advertirá que, realmente, las ganancias no se las lleva nadie distinto de los trabajadores. Y poco a poco acabará comprendiendo que se encuentra en una nueva situación. Comprenderá que ya no es un obrero.

Pero, mientras tanto, le ocurrirá como a quién se baja del tren; que, de momento, el paisaje sigue moviéndose hacia atrás.

Identificado todavía en la producción como un obrero, en el segundo escalón, en el mundo de las instituciones, es también tratado como uno más. Ya hemos dicho que el grueso del aparato institucional sirve igual a la reproducción del proceso de trabajo por cuenta ajena y al del que lo hace por cuenta propia. Las instituciones propias de cada uno en particular (el despido, en uno, la ley de Cooperativas, en otro), tienen mucho menor peso en su reproducción que las que les son comunes.

El gran aparato institucional, lo que llamamos el Estado, refleja en su organización y funcionamiento, la realidad concreta de las relaciones productivas de trabajo, de las formas de organizarse el trabajo. En nuestro caso, refleja el mando, la dirección del capital.

Por lo tanto, en ellas aparecerá el obrero, como un elemento sin movimiento propio, sino sometido a los impulsos, a los ritmos, a los objetivos del capital.

En el grueso de las instituciones del Estado (Parlamento, Gobierno, Tribunales, Administración Civil y Militar, Iglesia, Partidos Políticos, sindicatos, medios de Comunicación), no aparece ninguna de ellas que sea soporte del proyecto de los obreros. Todas ellas reflejan el trazo profundo de la principal relación en la producción: capital-trabajo.

Capital (sus propietarios), dirigentes; obreros, dirigidos.

Si se “respeta” el funcionamiento del capital, se “respeta” el sometimiento de los obreros. Si se “respeta” el proyecto del capital, no se “respeta” el proyecto de los obreros.

Si el socialismo-comunismo, como proyecto de los obreros, tiene como eje principal, dejar de ser obreros, convirtiéndose en propietarios de los medios con que trabajan y del producto del mismo, el “respeto” al proyecto del capital (trabajo por cuenta ajena), se convierte en“no respeto” por el proyecto de los obreros (el trabajo por cuenta propia).

Hemos puesto respeto entre comillas, para resaltar de lo que se trata, para que no pueda haber malentendidos.

Poner la atención, la consideración, la deferencia en una postura, no impide acatar la contraria. Yo acato, acepto, las reglas de funcionamiento de la empresa capitalista en que trabajo, pero mi respeto, mi consideración van hacia la cooperativa en que trabaja mi amigo Miguel. Si tuviera los medios y la posibilidad, convertiría la empresa en que trabajo, en una cooperativa. Mi proyecto, el proyecto que yo prefiero es que el trabajo se preste, en la producción, en forma de cooperativa; mientras tanto, trabajo y acato sus reglas, en una empresa capitalista.

Quien así razona, quien así opina, puede militar en Comisiones Obreras o en U.G.T, en el P.S.O.E o en Izquierda Unida (o el Partido Comunista), y comprenderá que, igual que él, acaten, estas organizaciones, las reglas de funcionamiento del capital en las empresas. Lo que le puede costar más entender, es que no muestren, constantemente, junto a su acatamiento a las reglas del capital, su profundo respeto y preferencia por el proyecto de los obreros, su gente.

Hay, como vemos, diversas razones para que los obreros no encuentren un lugar acogedor en el escenario de las instituciones, en el Estado.

En este conjunto de artilugios, todos y cada uno de ellos, están concebidos, precisamente, para reproducir la principal relación de trabajo en la producción: empresario-obrero.

Por lo tanto, no solamente para que el empresario siga siendo empresario, sino también para que el obrero siga siendo obrero.

Si uno, o un grupo de ellos, dejan de ser, en el seno de la producción, obrero, que no espere una acogida calurosa en el mundo de las instituciones. Este mundo es un reflejo de lo que esencialmente ocurre en la producción. Unos mandan, crean,

crecen; otros, los obreros, ni mandan, ni crean, ni crecen (en todo caso, lo necesario para seguir sin mandar, ni crear).

El escenario de las instituciones, es el lugar donde tienen su hogar los valores, los proyectos, las ilusiones, lo sueños, las fantasías (y, añadiríamos, las revoluciones). Es el lugar propio del derecho, la política, las religiones, la ética, la moral, la cultura. El espacio donde toman cuerpo los modelos y las reglas que pretenden guiar la conducta de los obreros. El lugar donde se habla de la libertad, la igualdad, la solidaridad, la justicia, la hermandad.

En este mundo tan aparente de las instituciones, el obrero nunca se ha encontrado cómodo, siempre ha tenido la sensación de ir con el pie cambiado. Ni más, ni menos que como va en la producción, en el trabajo. En este escenario se juega la misma partida, se representa la misma obra, que en la producción. Su papel, el del obrero, sigue el mismo guión, el mismo relato: el propietario del capital es quien marca las reglas aquí también.

En la producción, ni se discute: quien dispone de los medios de trabajo, marca las reglas. Así es en Norteamérica, en Europa, y así fue en la Unión Soviética.

Pero, en el mundo de las instituciones, ¿Cómo se logra que el obrero siga sometido como lo está en la producción?

En una dictadura, la cosa es directa, se le paga al dictador para que haga el sometimiento “manu militari”, que como su propio nombre indica, se ejecuta a través de individuos armados (ejército, policía, irregulares, milicias, incontrolados, etc).

En los Estados parlamentarios, constitucionales, liberales, como hoy es norma común en la mayor parte de Europa, el sistema es el siguiente.

La producción, es decir, quien controla la producción, está obligado a organizar la reproducción. La razón es evidente: sin reproducción, no hay producción. Esta regla es tan evidente, como la de que en la producción manda quien dispone de los medios de trabajo. Por lo tanto, no le dedicamos más razonamientos.

No le dedicamos más razonamientos, pero hacemos un fuerte hincapié en este dato, que con muchísima frecuencia queda borrado en un mundo tan bullicioso como el de las instituciones.

Pues bien; si quien manda en la producción es quien ordena la reproducción, tiene todo el sentido que lo haga de forma que su puesto de mando sobre el trabajo, no corra peligro.

¿Y eso, cómo se consigue?

Manteniendo el control de sus gastos de mantenimiento. Si una institución no observa el objetivo central que hemos citado, se le corta la ración. Si insiste, se le retira.

¿Y eso, cómo se hace en la práctica?

Por dos vías.

Una, directa. El capitalista, en persona (suele crear una fundación, pero aún así le da su nombre) paga el funcionamiento de la institución. Juan March, Conde de Fenosa, Corte Inglés, pagan museos, salas de concierto, universidades, escuelas de poesía, de música, etc.

Los bancos, todos, pagan a las organizaciones políticas, particularmente a los partidos políticos, unas cifras esplendorosas de millones, naturalmente para que se porten bien. Y todos, todos, se portan bien, colaborando en el funcionamiento cómodo de la reproducción. Y todos, todos, siguen cobrando.

Este camino directo, en Europa es un poco vergonzante (quiere decir que a los partidos les da un poco de vergüenza- luego se les pasa-), pero en los Estados Unidos, como los dos partidos son del capital, no hay ningún motivo para esconderse o tener vergüenza, y la comunicación-quiere decir, el chorro de millones- es pública y fluida.

A esta vía de mantenimiento de las instituciones que acabamos de ver, se le llama privada.

La otra vía se llama pública. Consiste, fundamentalmente, en que la institución que reparte el dinero que se ha recogido a través de los impuestos, señala unas cantidades anuales para los partidos, con los que estos pagan los gastos de material y de personal que comporta su funcionamiento.

El partido, a su vez, cuando consigue dirigir las instituciones (cuando gana las elecciones), encauza la actuación de éstas, sus inversiones principalmente, en el sentido que señala la consecución de una mejor desenvolvimiento del capital, es decir, del trabajo sometido.

De esta forma, el normal desenvolvimiento de las instituciones, guiadas en su caminar por el partido gobernante, no hace otra cosa que reproducir las condiciones en que mejor se desarrolle el trabajo por cuenta ajena.

Y sin embargo, habíamos dicho que el reino de las instituciones es el escenario en el que viven y se desarrollan los valores, las libertades, la justicia, la solidaridad, la igualdad, el derecho, etc.

¿Cómo se compagina el juego de todos estos valores, actividades, actitudes, proyectos, iniciativas, libres todos ellos; con ese control que hemos visto del capital sobre todas las instituciones?

¿Qué significa la libertad de crear instituciones, y la libertad de éstas en su funcionamiento?

La libertad, la justicia, la solidaridad, la igualdad, la religión, la ética, la moral, la cultura, etc. Son ideas, es decir, imágenes mentales. Estas imágenes no hacen otra cosa que dibujar en nuestra cabeza un tipo de conducta, un tipo de relaciones entre los individuos, que nos parece deseable; en el sentido de que si se siguiesen por la mayoría de los individuos, se acabaría creando un orden, un cierto tipo de orden, por el que, el que piensa de esta manera, siente la mayor predilección.

Estas, ideas, que, naturalmente, son individuales, nacen en la cabeza del individuo, no tienen una presencia apreciable en la sociedad, si no toman cuerpo, precisamente, en una institución. Un local, unos medios, unos individuos (un aparato), que permite mostrar la idea, extenderla, inculcarla.

Todas las iglesias, todas las religiones, todos los credos, todas las filosofías, todas las ideas políticas, todas las ideas sociales, todas las ideas altruistas (preocuparse por los otros –altri, en latín-), todas las ideas ecologistas, todas las ideas naturistas, todas las ideas sobre la dignidad humana; todas ellas, dibujan en la cabeza de quien las mantiene, una manera de ordenar la sociedad, por lo tanto, una manera de relacionarse los miembros de una sociedad.

Para conseguir, totalmente, o parcialmente, la extensión de esa idea, en busca de que pueda concretarse, todas acaban aterrizando en forma de institución. Partidos políticos, instituciones eclesiásticas (parroquias, colegios, fundaciones, asociaciones, obispados, papado, mezquitas, sinagogas, templos, locales de reuniones), Organizaciones No Gubernamentales (O.N.G), asociaciones Civiles, son los instrumentos principales en que se encarnan estas ideas.

En este escenario, exactamente, es en el que reina la libertad.

Todo individuo puede, es libre para, imaginar un orden social a su antojo, enteramente al gusto personal. Ni el más feroz de los dictadores se lo puede prohibir.

Puede imaginar las conductas de las demás, encarriladas en el orden que escoja como, el más justo, el más liberal, el más solidario, el más transparente, el más racional, el más igualitario, el más dinámico. No hay límite en la exigencia. Es la libertad total, que irá añorando, a medida que esa idea salga de su cabeza al exterior, y empiece a encontrar límites; por ejemplo, la libertad sin límites de la cabeza de otro individuo que también empieza a sacarla al exterior.

Este choque de ideas, al salir de la cabeza de cada individuo y encontrarse entre sí, aparece como el más vistoso, quizás el más estudiado. A nosotros, en el camino que llevamos, en busca del comunismo, nos interesa más otra vía. Nos interesa más otro tipo de dificultades, que esta libertad total inicial, encuentra en su camino.

Se trata de las dificultades, mejor dicho, de las exigencias impuestas por las necesidades materiales, para la difusión de esa idea. Hemos dicho que la idea toma cuerpo en una institución. Y una institución requiere medios materiales y personales. Si no contamos con ellos, ya podemos decir a nuestra idea que vuelva a entrar en nuestra cabeza, dónde, eso sí, gozará de completa y total libertad.

**Las instituciones, soporte material de las ideas sociales.-**

Estamos viendo la forma en que la producción, quienes la dirigen, ponen al servicio de su desarrollo, de su reproducción, a las instituciones.

Y cómo las ideas, y particularmente las ideas sobre las maneras de quedar organizadas las sociedades toman cuerpo, para extenderse y ser conocidas, en distintas clases de instituciones.

Las ideas sociales, se llaman así porque vienen referidas a la sociedad, es decir, a las distintas formas de relacionarse entre sí los individuos, en un momento determinado y en un territorio también determinado. Nos ocupamos concretamente de las ideas sociales de la Europa de estos dos últimos siglos y de la parte del que empieza.

Las ideas anidan en la cabeza de los individuos, pero navegan a través de las instituciones, y es aquí donde toman contacto con la realidad material. Las ideas se extienden y difunden a través de la familia, la escuela, la Universidad, las Iglesias, los partidos políticos, las diversas asociaciones, las O.N.G, las

asociaciones de empresarios y las de los obreros, etc. Y los medios, son, la palabra hablada directamente, la conducta, (la acción) los libros, la radio, la prensa, la tele, el cine, las obras de arte.

Las instituciones son, por tanto, aparatos materiales (medios instrumentales y personales), con un gasto, un coste, perfectamente controlable, en su cuantía y en su procedencia, (cuánto cuestan, y quién paga). Al igual que en la producción, en el mundo institucional, tanto los medios instrumentales, como los personales, alcanzan unos costes que no están al alcance de cualquier grupo que se inicia en este campo.

Y, sin embargo, la presentación ingenua, inocente, que se hace de esta cuestión, es bien diferente.

Las ideas están en las cabezas y navegan libremente por nuestro mundo. Hay ideas correctas y ajustadas, hay ideas erradas, equivocadas. Hay ideas buenas, y las hay perversas. Cada individuo, libremente, hace suyas las que encuentra más acertadas.

La tendencia de las grandes instituciones (Partidos gobernantes, Partidos en la oposición, Iglesias –cristianas, musulmanas, judías -, intelectuales destacados) es a presentar sus ideas como ajustadas, porque son buenas (las Iglesias), o como buenas, porque son ajustadas (Partidos e intelectuales).

Aquí, como en la producción, no han de contar las intenciones individuales de los agentes (un empresario es el representante en su empresa, del capital, y como tal ha de comportarse, sin que sus ideas religiosas, políticas, etc., jueguen ningún papel). En las instituciones, los individuos integrantes de la misma, están en ella para cumplir la función de la institución, al margen de las ideas personales de cada uno (ya lo vimos en el caso de los cadetes de la Escuela Naval de Marín, o de la Conferencia de los Obispos Españoles).

Una visión inocente de la función de las ideas, produce, necesariamente, en la práctica, una gran decepción, que suele acabar en un gran cinismo en los poderosos, y en un gran nihilismo (negación de toda creencia), en los trabajadores.

Sin embargo, contempladas desde el puesto que en una sociedad concreta tiene asignado el trabajo, las ideas desempeñan una función muy importante, hablamos, naturalmente, de las ideas que vienen referidas, directa o indirectamente a la organización de la sociedad, es decir, a la organización del trabajo. Y eso, a un obrero, a las asociaciones de los obreros, sean sindicales o políticas, les afecta directamente.

Las ideas sociales siempre dibujan un cuadro de relaciones entre los individuos de esa sociedad, relaciones que, según el modelo ideado, responderían a los principios de justicia, de solidaridad, de amor, de derechos mínimos garantizados, de reparto justo de las cargas, etc.

Estos distintos modelos o cuadros, al pasar de la cabeza de los individuos (recordemos que son imágenes mentales, ideas), a la realidad de las relaciones concretas, lo hacen a través de las instituciones. De manera que la institución, que sirve de depósito de nuestras ideas, es la encargada principal de su presentación y defensa en la sociedad.

Veamos cómo ocurre esto. Si las ideas sociales nacen y se trabajan en la cabeza, sin embargo, su lugar de acopio, ordenación y perfeccionamiento son las instituciones; para desde ellas hacerse presentes en la sociedad.

Las instituciones son unos aparatos, compuestos de medios materiales y personales, que presentan un gasto, en su creación y en su mantenimiento.

Las instituciones no pertenecen, como hemos visto anteriormente, al aparato productivo. Las instituciones no producen nada. Su función es reproducir.

O reproducen los elementos de la producción, suministrándoles la educación, la instrucción, la sanidad, la seguridad en caso de necesidad, la regularidad y seguridad en sus ingresos; o reproducen su relación, o sea, su forma concreta de relacionarse (en nuestro caso, uno como propietario de los medios

del trabajo y de sus frutos, y el otro como el ejecutor del trabajo a cambio de un salario).

Para esta función, tan esencial para la producción reciben de ésta los medios necesarios.

Es decir, las instituciones no tienen funcionamiento autónomo; para funcionar necesitan que se les faciliten los medios necesarios.

¿Quién se los facilita? Acabamos de verlo. O los presupuestos generales del Estado (es decir, el partido o partidos que dirigen el Gobierno), o lo que es lo mismo, la producción, a través de los impuestos.

O la producción, directamente, sin necesidad de pasar por el Parlamento.

A la primera vía de suministros a las instituciones se le llama vía pública, y a la segunda, vía privada.

Esto quiere decir, que las ideas que cuentan con una institución que las acoja, tienen difusión, y las que no, no la tienen. Al margen de lo que se piense de las mismas, respecto a su bondad, oportunidad o conveniencia. Basta, con que la institución les vea todas esas virtudes, y quien paga, también.

Queda, de esta forma, muy descolocada la visión ingenua, inocente, de que las ideas son libres y como tales circulan. Siendo más cierto que la difusión de las ideas la hacen las instituciones; y las instituciones necesitan dinero; y el dinero solo se lo puede proporcionar quien lo fabrica, la producción; a través de las dos vías citadas.

Algunas consideraciones, en un asunto tan importante para los obreros, y tan alejado de sus preocupaciones diarias y corrientes:

-Las ideas sociales o modelos ideales sobre la ordenación de la sociedad, para poder sobrevivir y extenderse, tienen que superar un doble filtro, una doble criba.

-El primer filtro que se ha de superar es el de las instituciones. Si no son acogidas por una o más instituciones, las ideas sociales se pierden en el vacío. La inmensa mayoría de estas ideas sociales, tienen este fin. Sólo unas pocas pasan el filtro.

-El segundo filtro es el que ha de pasar la institución que recogió una de estas ideas. Si la idea es compatible, o además, sostenedora, del orden del trabajo dominante, la institución que la patrocina (la defiende, la favorece), recibirá los favores, en forma de dinero, de parte de la producción en la forma que hemos visto; en otro caso, esa institución, al carecer de medios de supervivencia, irá perdiendo vitalidad y desaparecerá.

-El espacio, el escenario en que se mueven y actúan las ideas sociales, no es, como vemos, un espacio vacío.

-Tampoco es un espacio neutro, donde éstas compiten entre sí, venciendo la más justa, la más buena.

-Por el contrario, un Tribunal implacable va analizándolas, sopesándolas, acogiéndolas o despreciándolas, según les parezcan favorables o entorpecedoras, del orden de la producción que soporta los gastos del citado tribunal.

-Por tanto, lo que aparece a un espectador ingenuo, como una lucha entre el bien y el mal, entre la belleza y la fealdad, entre la distinción y la ordinariez, entre el progreso y el atraso, en forma de ideas (sueltas o engarzadas formando un sistema), no es sino el brazo largo de la producción (del agente ordenador del trabajo), que prepara el terreno, para que, el orden del trabajo que representa, aparezca situado en el lado de los bueno, lo justo, lo bello, lo distinguido, lo progresista.

Las ideas preferidas por estos agentes de la producción anidarán en las instituciones que ellos patrocinan, y las no coincidentes con su orden, se perderán en su búsqueda inútil de una institución que las acoja.

**La justificación del orden social capitalista.-**

Hemos sostenido que el orden de una sociedad, la manera como se ordenan sus distintos elementos, viene dado por la forma como se ordena su producción. Y hemos visto que, en definitiva, ordenar la producción es ordenar el trabajo.

Hemos visto que ordena el trabajo quien dispone de los medios con los que se trabaja.

Lo sabe un campesino, un artesano, que ordena su propio trabajo, porque los medios con que lo ejerce son de su propiedad.

Lo sabe un empresario, que ordena el trabajo de los obreros, porque los medios con que lo realizan son de la propiedad del primero.

En las sociedades europeas actuales, el trabajo, la producción, la ordena el dueño del capital.

Y la reproducción, viene asegurada, por el mismo dueño del capital, a través de las instituciones, a las cuales dirige por medio de los partidos políticos, normalmente.

La producción y su reproducción, enlazadas, dan el perfil característico de cada sociedad.

Este perfil característico de la sociedad actual, europea, española, para su desarrollo (reproducción) pacífico, en el seno de la normalidad, necesita ser presentado como el más justo, el más armónico, el más conveniente; el más ajustado a las ideas de solidaridad, justicia, progreso, protección del arte, la belleza, defensa del más desvalido.

Y estas lindezas, se han de decir, se han de atribuir, al conjunto.

Como esto resulta muy fuerte; como eso no se lo traga ni un niño pequeño; se añade enseguida: “dadas las circunstancias por las que pasamos”.

Estas circunstancias son: la crisis del petróleo, la sequía, la herencia de la guerra (la que sea), la globalización, la crisis del textil (de los astilleros, de las acerías, de la agricultura, de la pesca) de la competencia de Marruecos, de China, del egoísmo de los Estados (cuanto más ricos, más egoístas.)

Si no fuera por esa circunstancia, o esas circunstancias, nuestro orden social, sería todas las lindezas que hemos dicho. O expresado de otra forma: dentro de lo que acabe... la organización del partido que gobierna, es todo eso que acabamos de decir.

Las instituciones, en su conjunto, tienen la difícil tarea, en nuestro caso de mantener, de reproducir, la producción en forma de trabajo por cuenta ajena. Esto quiere decir, mantener al obrero, lejos de los lugares donde se decide; y esto vale para la producción y para la reproducción.

Para sujetar en esas condiciones a un colectivo numeroso, y que es además el que ejecuta todas las tareas de la producción, vitales, como hemos visto, para la existencia misma de la sociedad, se ha de hacer un trabajo muy fino.

Se ha de disponer, en primer lugar, de una institución (o varias) compuesta de unos aparatos de fuerza contundentes (quiere decir que golpea con daño o que produce gran impresión en el ánimo, convenciéndolo). Estos aparatos son los guardianes que aseguran el normal funcionamiento de la producción y de las instituciones que la encuadran, reproduciéndola.

Es el ejército, sus hermanos menores (los cuerpos policiales) y todo el aparato complementario (Tribunales, cárceles).

Estos aparatos de fuerza real, y por eso contundente, permanecen escondidos, camuflados, excepto en momentos en que aparece como posible el peligro de cambio no querido, no buscado,

por la producción. En esos momentos, aparecen en toda su pureza: son aparatos para matar, para aniquilar.

Mientras tanto, permanecen escondidos. No obstante, y para estar disponibles en cualquier momento, han de entrenar y mantener en forma, su elemento humano y su costosísimo instrumental. De vez en cuando, nos recuerdan su existencia y función, mediante los correspondientes alardes o exhibiciones.

Este aparato es costoso, costosísimo, pero la producción, quien manda en la producción, lo estima absolutamente necesario. Tan poca confianza tiene en la eficacia y viabilidad de la producción en la forma que la tienen montada.

En cualquier caso, la fuerza física, como medio de mantenimiento y reproducción de la producción, actúa diariamente (policía, sentencias, cárceles, detenciones); quien aparece normalmente agazapado es el inmenso aparato que respalda la actuación de este aparato menor de actuación diaria, el Ejército.

La presencia de la fuerza física, como elemento o instrumento utilizado en la ordenación de la reproducción, ha estado y está presente en nuestras sociedades europeas, cualquiera que haya sido la forma en que estuviera organizada la producción.

Nunca, sin embargo, ha bastado este instrumento, aparentemente tan decisivo, para asegurar la reproducción.

Franco, Hitler, Stalin, nunca admitieron que utilizaban la fuerza para mantener un tipo de organización del trabajo, sin añadir, enseguida, que se trataba de defender con ello... una forma de entender la vida, un conjunto de ideales y valores, un proyecto de organización de la sociedad.

Y para hacer valer estos ideales, montaban unas instituciones que, en realidad tenían una doble función. De una parte, servir de instrumento a la reproducción (en la enseñanza, en la sanidad); y de otra, justificar, a la vez, el tipo de organización que se daba al trabajo, y la forma (violenta) con que se defendía esta forma de organización.

En las sociedades democráticas parlamentarias del primer mundo (así llamado por estas mismas sociedades –el segundo, eran los países comunistas, y el tercero los países empobrecidos-), la fuerza física organizada es la viga maestra y el cerrojo, a la vez, de toda la ordenación institucional. La violencia organizada “de diario” , es la trama firme que permite que sobre ella se repitan continuamente los procesos del trabajo material y el funcionamiento normal de las demás instituciones; mientras que la gran violencia, asegura con su potencia, que en este funcionamiento no puede haber sobresaltos, no “debe” haber sobresaltos.

Al igual que en las dictaduras, el uso y la amenaza del uso de la violencia, para mantener una determinada manera de organizar el trabajo, exige una explicación de quien ordena el uso de la fuerza.

En nuestras sociedades también se acude a una justificación ideal. En realidad, los valores, los ideales, las metas, no se diferencian mucho de las de las dictaduras, ya que en ambos casos se trata, en general, de fantasías.

La diferencia es, más bien, de método. Cómo se conseguirán esas metas fantásticas. Los dictadores, lo harán ellos y sus fieles, directamente.

Los países de democracia parlamentaria, tienen el siguiente sistema, para conseguir sus metas fantásticas, y para justificar, al mismo tiempo, el uso de la violencia de las instituciones.

Los individuos mayores de edad, periódicamente, pueden elegir a los miembros de un partido político, para que dirijan las instituciones. Estos partidos van constantemente explicando lo que harán, los objetivos que perseguirán, si consiguen efectivamente dirigir las instituciones.

Previamente, se ha acordado, entre los partidos políticos, y luego se ha sometido a la aprobación popular, las grandes líneas de las instituciones, así como los objetivos a perseguir por las mismas. Todo ello se materializa en lo que se llama la Constitución. Y, en

adelante, las instituciones, se han de mover dentro de este marco constitucional.

¿En qué consiste lo fantástico, lo irreal, de estos sistemas democráticos y parlamentarios?

Básicamente, en hacer creer que los individuos que votan una Constitución, o posteriormente al partido de su preferencia para que dirija las instituciones, están decidiendo la forma en que considera que debe organizarse la sociedad en que viven.

En hacer creer a los votantes que el partido político que ellos elijan, tiene la capacidad para ordenar la sociedad en cualquiera de las formas que puedan creer oportuna.

De esta manera, la política, adquiere esa dimensión fantástica que, al contacto con la realidad, produce, el cinismo en el político (y quien lo patrocina), y el desinterés progresivo en el votante.

La creencia, el hacer creer, que los partidos deciden los destinos del mundo, el tipo de vida que llevamos en nuestros países, la forma en que se organiza nuestro trabajo, es la fantasía que se utiliza en nuestras democracias parlamentarias, para ocultar, o desdibujar la realidad de que, quien organiza el trabajo es quien dispone de la propiedad, de los medios materiales con que se desarrolla; y éste es a su vez, quien indica la dirección a seguir por las instituciones.

**Una función esencial en el conjunto institucional: ocultar, enmascarar la producción.-**

En nuestras sociedades democráticas parlamentarias, todas las instituciones, además de su función propia (específica de cada

una), desempeñan otra, común a todas ellas: ocultar la forma en que está organizada la producción; ocultar la potencia colectiva de los trabajadores encargados de darnos de comer a todos cada día; ocultar que no son “las empresas” las que empujan ese carro, sino los trabajadores, principalmente los obreros; ocultar que ese trabajo, es el factor principal en el orden y el funcionamiento del país; ocultar que todo el aparato militar, funcionarial, político y cultural, tiene su cimiento, su pedestal, en ese trabajo oscuro y diario de los obreros, sin el cual, ni desayunarían, ni almorzarían, ni cenarían.

Los órganos de la violencia, lo hacen porque pretenden que son ellos el fundamento, el esqueleto del orden, sin el cual no podría ni existir, ni funcionar el trabajo productivo.

El aparato funcionarial (administración general del Estado, Administraciones Autonómicas, Administración Local –Ayuntamientos, Diputaciones-), porque pretenden que sin ellos, no se podrían reproducir los procesos de trabajo en la producción.

Los partidos políticos (actores principales de la actividad política), porque sin ellos, las instituciones funcionarían sin dirección.

El aparato cultural, porque ellos son los que conocen y abren las vías por las que el ser humano encontrará su verdadera esencia y los caminos más fiables hacia su misterioso destino.

Hay que admitir que, ante tareas tan excelentes, fabricar tejas, sembrar papas, hacer muebles, criar cerdos, recoger fruta, etc., no dejan de resultar útiles, pero...no hay comparación.

La sociedad, en su conjunto, nos es presentada como producto de una serie de funciones o actividades, de distinta calidad e importancia.

Un núcleo duro, formado por la producción, las instituciones técnicas que dan cauce a su continua reproducción, y la fuerza física organizada, que da continuidad y seguridad a este grupo compacto de actividades.

Y envolviendo por completo a este núcleo duro, la política y la cultura.

Con leyes propias en su funcionamiento, acreditadas y contrastadas en una larga experiencia, este núcleo duro lleva una vida casi autónoma, con sus propios movimientos, sus propios impulsos y sus propias correcciones.

En este discurrir monótono y pesado, convertido en una rutina embrutecedora, en un campo desolado, encuentra su lugar la cultura. La cultura, el polo opuesto a esa pesadez y esa monotonía. Con sus ideas, sus ideales, sus proyectos, libres de toda influencia, con la pureza que da no estar sujeta a las leyes "implacables" del núcleo duro, con la osadía de no obedecer más que a la propia conciencia. La cultura, abriendo caminos nuevos al pensamiento humano, en pos de la belleza, de la libertad, de la fraternidad universal; en busca de lo más escondido e íntimo del individuo.

La cultura se propone, dulcificar, humanizar, racionalizar, hacer más inteligente, más tratable, ese mundo áspero y gris de la producción y sus instituciones reproductoras; hacer mejores a los individuos atrapados en sus actividades, en sus organismos.

El teatro, el cine, las novelas, la literatura en general, la poesía, las ideas religiosas a través de todas las iglesias, los ateneos culturales, todas estas actividades se encaminan a rescatar lo mejor del individuo, que anda perdido en el laberinto creado por él mismo.

Junto a la cultura, que aporta las ideas, la política sería la actividad que, partiendo de éstas, tiene la capacidad de hacerlas penetrar en el cerrado mundo de la producción-reproducción.

De esta manera presentado el asunto, sólo la política y la cultura, están en condiciones, tienen la capacidad, de arrancarnos de las leyes tiránicas que nos imponen, ese conjunto compacto y granítico que forman la producción y el aparato institucional que la reproduce.

La prensa, la radio, la tele, los libros, los hombres de pensamiento, así nos lo muestran. Si no nos rebelamos, instruidos por nuestra mayor cultura, y exigimos a nuestros políticos, una

acción enérgica y radical que nos acerque a una sociedad, más igualitaria, más solidaria, más justa, el núcleo duro, nos engulle, nos traga.

Está claro quienes son los actores del cambio, del camino nuevo, de la liberación; quienes son los protagonistas de las iniciativas sociales en nuestros países: los agentes de la política, y los agentes de la cultura.

Así consiguieron “tapar” a los obreros y a su forma de trabajar, que quedaron en el fondo del paisaje: en la producción.

La política, vigilada por la cultura, que le suministraría nuevas visiones de unas nuevas rutas, vendría así, a representar la mejor, y en realidad única, esperanza de un mejor porvenir para la sociedad, y para los obreros, como parte de la misma.

En todos los programas de todos los partidos encontramos esta posición.

La profundización de la democracia, es decir, la participación masiva de los individuos en el nacimiento y la vida diaria de las instituciones, permitirá ir consiguiendo transformar la sociedad, hacia modelos más justos, más solidarios, más equitativos, más transparentes.

Esta labor, en la que la cultura ocupa el lugar de la levadura en el pan, y la política el de la dirección de todo el proceso, ocupa por completo el frente activo que se ofrece hoy en Europa, a toda la juventud trabajadora.

Esta oferta de participación creativa en las instituciones, como instrumento de transformación progresista de la sociedad, concreta de forma bastante exacta, lo que venimos diciendo sobre la función institucional de velar (poner un velo) al papel central de la producción material en una sociedad.

Los partidos de los trabajadores, el P.S.O.E y el P.C (Izquierda Unida-Verdes) en nuestro caso, es ésta la oferta que

hacen a los trabajadores. Conquistaremos (en la mayor medida posible) la dirección de las instituciones (gobierno, Parlamento, principalmente), y desde allí, transformaremos (poco a poco) la sociedad, a nuestra medida.

Este es su programa (conjunto de acciones, de actuaciones, con los medios para llevarlas a cabo); ésta es su política (dirección de estas actuaciones hacia la consecución de determinados objetivos).

Y en estos programas y en estas políticas, no aparecen los medios que apunten al objetivo de convertir al obrero (al obrero colectivo) en amo (propietario de los medios de trabajo y director de los procesos) de la producción.

Objetivo que habíamos caracterizado como la meta central del comunismo. Y ésta ha sido la meta siempre del comunismo histórico.

Y sin embargo, aparece como la finalidad propia, en los estatutos de la más humilde de las cooperativas, o de las sociedades laborales.

Esta incoherencia (falta de conexión, de unión entre las cosas) nos habla de la pobreza teórica en que se mueven los partidos de los trabajadores españoles, y de los de los europeos todos.

Si las instituciones, básicamente, tienen como función reproducir los procesos de trabajo, mejorándolos si es posible en cada ciclo; las instituciones no van a cambiar nunca el proceso de trabajo que reproducen; precisamente su función es re-producirlo.

En un proceso de trabajo por cuenta ajena, la reproducción implica conservar la posición del empresario, como propietario y como director, y al obrero como ejecutor obediente, con la violencia como medio (agazapada, como coacción- si no cumples, te echo-, o viva y operando). Se hace por tanto, muy difícil pensar, que las instituciones, que son las encargadas de actuar la violencia, con tal de asegurar el funcionamiento normal (la reproducción), sean el

instrumento a través del cual se va a transformar el proceso de trabajo.

La reforma de las instituciones, su mejora, la creación de nuevas y mejor dotadas, depende, fundamentalmente de la producción, más exactamente de quien dirige la producción. Los obreros, como tales obreros, no consiguen hacer funcionar ninguna institución que no pase enseguida a formar parte del engranaje general de la reproducción del capital. Eso ocurre con sus sindicatos y con sus partidos. Y es lógico, ya que como tales obreros forman parte del engranaje productivo, al que sirve el engranaje de las instituciones.

Una institución, como el mercado de capitales (La Bolsa), como las Cortes (el Parlamento), como la Guardia Civil, como un Sindicato, como un Partido Político, como una Facultad de Informática, pueden funcionar bien o mal. Su buen funcionamiento mejorará las condiciones de reproducción que tiene la producción; su mal funcionamiento, empeorará su eficacia, y acabará sustituida por otra más eficaz.

El funcionamiento de las instituciones no puede cambiar la producción, no tiene capacidad para eso; funciona bien o desaparece. La producción sí que hace nacer, transformarse o desaparecer las instituciones.

El comunismo no ha de cambiar las instituciones. Ha de cambiar la producción. La nueva producción irá precisando nuevas instituciones, que nacerán a medida que sean necesarias.

**Todas nuestras instituciones relevantes están, directa o indirectamente, inspiradas y pagadas por el capital.-**

Las instituciones auspiciadas (patrocinadas, favorecidas) por el capital, son todas las que conocemos. Todas las instituciones que tienen relieve, importancia, en nuestras sociedades capitalistas, son pagadas, y por tanto, dirigidas, directa o indirectamente por el capital.

Las relacionadas con la violencia (Fuerzas Armadas, Policía, Tribunales, Cárceles) no ofrecen ninguna posibilidad de duda. Se encargan de mantener el orden. Y no hay orden más importante en estas sociedades, que el orden del capital.

Las que se encargan de mantener al día el aparato técnico que asegura la fluidez de los movimientos del capital (Bolsas, Bancos, Aseguradoras, Administración Civil del Estado, Notarías, Registros, Colegios de Abogados, Tribunales en la rama civil y mercantil, etc)., es evidente su dedicación a la causa del capital. Incluidos en este apartado, los Partidos del capital, así como los Sindicatos y los Partidos de los Trabajadores, dedicados todos ellos a lograr esa fluidez que señalamos más arriba.

Y no quedan más que las culturales, en este pequeño recorrido que hemos hecho.

Mientras que las que acabamos de citar, parecen ligadas en forma muy directa con el capital, al que dan soporte técnico y seguridad, éstas últimas, las culturales, se presentan a sí mismas como autónomas, como no dependientes del capital. Algunas de ellas, incluso, se presentan como el espíritu crítico, la mala conciencia, del capital.

A este respecto, hay que tener en cuenta lo dicho sobre el papel real que juegan en la sociedad las ideas de libertad, justicia, democracia; cómo sólo las que logran formar cuerpo en una institución, alcanzan la posibilidad de difundirse; ser conocidas y tener influencia. Y a esas instituciones, precisamente, nos estamos refiriendo.

Estas instituciones culturales pueden, no pocas de ellas, resbalar lentamente hacia soportes materiales con forma de empresas capitalistas (editoriales de libros y revistas, librerías,

productoras de cine, locales de exhibición, distribuidoras, compañías de teatro, casas de discos, de D.V.D y de venta y alquiler de películas, clubes de fútbol, radios y televisiones privadas, galerías de arte, anticuarios, subastas de obras de arte, escuelas de danza), pasando así a seguir directamente las pautas de la producción. Pensemos, concretamente, en los fabricantes de radios, televisores y demás soportes físicos de las diversas formas culturales. Se trata de simples empresas capitalistas, sometidas como cualquier otra a las leyes del movimiento del capital.

De esta forma, la institución que, recogiendo las ideas más puras sobre libertad, justicia, belleza, etc, se convierte en una empresa capitalista, deja el mundo de las instituciones y se inserta en el orden de la producción, en nuestro caso, de la producción capitalista.

Se acaba formando así un bloque, un apartado, en la producción, que se ocupa de dar forma material a la expresión cultural, colocando a ésta en un lugar, perfectamente alcanzable a las indicaciones de los intereses del capital, y por tanto, lejos de la pretendida autonomía e independencia.

Otra parte importante de las instituciones culturales, quizá las de más brillo social, tienen su base de subsistencia en el dinero que reciben, bien de otras instituciones, bien de los capitalistas directamente.

Entre las primeras, podemos señalar, las instituciones culturales más importantes del país: el Museo del Prado, el Teatro Real, Radio televisión Española, la Orquestra Nacional, el Ballet Nacional, la Compañía Nacional de Teatro, las Televisiones Autonómicas, los Teatros Municipales, los Teatros de la Opera, las iglesias (en buena medida). Todas ellas reciben el dinero de la misma fuente que las Fuerzas Armadas, los Tribunales, el Gobierno, etc., es decir, lo reciben con la misma finalidad general (reproducir el orden productivo), y su finalidad particular: señalar la “excelencia” de las altas cumbres del espíritu artístico, en contrate con las tareas planas de la producción, mostrando vías individuales de superación de las condiciones materiales y sociales del entorno.

Otras, sin embargo, con idénticas finalidades que las que acabamos de ver, reciben el dinero que cuesta su existencia y mantenimiento, directamente del capitalista, al que se llama un mecenas (Mecenas era un rico consejero del Emperador romano Augusto, y que era un protector de los literatos). Recordamos, por ejemplo, la Fundación Juan March.

Si las instituciones culturales convertidas en empresa capitalista, encuadran las ideas y los valores que manejan, en el marco de reproducción del capital; si las que reciben el dinero del Gobierno (del Parlamento), quedan sometidas al régimen general de las demás instituciones en sus funciones reproductoras; en éstas que señalamos en último lugar, no hay lugar alguno para la duda: las rige directamente el propio capital.

**De ahí la decepción para un marxista, de la socialdemocracia**.-

En ese escenario, poblado de instituciones criadas y alimentadas en la horma del capital, es donde se ofrece a los obreros ventilar su suerte.

Es el terreno elegido por el capital, sabedor de la trampa que significa llevar la lucha al campo en que nunca puede perder, y en el que los obreros nunca pueden ganar.

Sería como pretender modificar el aspecto de nuestra cara, cambiando la imagen que nos devuelve el espejo. Es al revés, cambiando nuestro aspecto real, cambiará la imagen del espejo.

El marco de instituciones que nos rodea en la vida social, son la imagen del espejo de la otra realidad escondida: el orden de la producción, la organización del trabajo ajeno, la relación entre

ganancia y salario, la relación entre el mando y la obediencia, entre la iniciativa y la ejecución, entre el emprendedor y el subordinado.

Cambiando las instituciones, no se cambia la producción; no se cambian todas esas relaciones. Es al revés.

De ahí nace la decepción de la socialdemocracia.

La decepción de quien creyó, o aún cree, que la socialdemocracia nos acercará al socialismo, al final de la relación empresario-obrero.

Los dirigentes europeos de la socialdemocracia, lo tienen muy claro, y así lo manifiestan. No quieren un orden del trabajo distinto del capitalista. Solo pretenden, dentro del orden del capital, mejorar la situación de los obreros. Así lo ha dicho siempre Felipe González, Alfonso Guerra, y sus compañeros europeos.

De ahí nace, también, la decepción del comunismo ruso. Cambiando las instituciones creyeron que cambiaban también el orden de sumisión del obrero en el trabajo. Y sin embargo, su trabajo siguió siendo un trabajo sometido.

Las elecciones en nuestro país y todo su entorno, se limitan a una competición entre varios equipos (partidos políticos) que se disputan la dirección del Parlamento, y con ella, la del Gobierno y las Administraciones.

Los obreros, o buen número de ellos, no son indiferentes a esta disputa, y se alinean con uno de los bandos, o se reparten sus preferencias entre varios partidos. La intención, en todo caso, no es la de apoyar un cambio en la ordenación del trabajo, sino simplemente pensar que el que se vota mejorará en algo las condiciones de trabajo y de la vida.

Los obreros norteamericanos tienen muy claro que las instituciones son del capital. Jamás han pensado que la Opera, los Museos, las Universidades, tengan que ver mucho con los obreros, ellos se limitan a ganar un buen salario, y el capital que se encargue de la dirección de la producción y de las instituciones. Para esos

fines ya se monta el capital sus propios partidos políticos, los obreros no los necesitan.

En Europa, sin embargo, sigue manteniéndose un cierto eco, una cierta resistencia a desaparecer de esa idea: a través de las elecciones, nos haremos con la dirección de las instituciones, y desde ellas cambiaremos la sociedad.

Esta idea, en bruto, sin elaborar mucho, aparece en nuestro país, en casi todas las instituciones de los trabajadores.

La prueba de que no está muy elaborada, es que la conclusión es que se cambiará, para mejorar, “la sociedad”.

¿Qué es mejorar una sociedad de producción capitalista, como la nuestra?

En cuatro palabras. Se trata de mejorar la productividad del trabajo, a través de la modernización de las infraestructuras (autopistas, ferrocarril, producción y transporte de energía-petróleo, electricidad-, comunicaciones –telefonía-, aeropuertos) mejora del funcionamiento de las Administraciones, de la enseñanza. Con ello, crece la ganancia de los empresarios y el salario de los obreros.

Esa es la idea.

Los obreros americanos, seguramente, lo tienen más claro, más elaborado, que nosotros los europeos. Ellos eligen al equipo de los capitalistas que creen que harán mejor lo que acabamos de decir (mejora de las infraestructuras, etc.), mientras que en Europa, aún se mantiene la idea de que un equipo, un partido, apoyado por los obreros y, se supone, que formado por individuos inclinados a defender los intereses de los obreros, llevará mejor esta tarea de mejora de “la sociedad”.

La práctica no acaba de inclinarse por la vía americana o la vía europea. Los obreros ingleses, franceses, alemanes, italianos, españoles, no paran de darnos datos alternativos. Votando con frecuencia a los equipos más rancios del más rancio capitalismo.

**Una mirada a las instituciones culturales.-**

En este mismo escenario, poblado de instituciones cultivadoras de un campo favorable a que la semilla del capitalismo germine y crezca día a día, destacan por su presencia ruidosa, las instituciones culturales.

Como ya habíamos visto, son las encargadas de dar soporte material a las ideas, a través de las cuales, los individuos de una sociedad, expresan su papel en esa sociedad, y por eso mismo, su papel en la vida.

Esas ideas nacen de la propia práctica social (viviendo la vida), pero se comunican, salen al exterior, a la sociedad, tomando formas culturales. De esta manera, los problemas vividos en la vida material, afloran a la superficie de la sociedad, expresados en ideas, que quieren explicar y dar salida a esos problemas.

Se trata de explicaciones y soluciones ideales, en el sentido de que no dan una visión práctica concreta, sino que hacen referencia a algo muy general y situado en el lugar que ocupan los anhelos, los deseos, las esperanzas, las ilusiones.

Esta salida de las situaciones materiales hacia zonas no reales, en las que se acaba encontrando el sustituto inventado de lo concreto buscado, nos da productos tan atractivos como la felicidad, la bondad, la justicia, la libertad, la paz, el amor, la democracia, el progreso.

El juego de estas ideas, a través de los soportes mencionados (radio, televisión, prensa, discos, conciertos, literatura), constituye la vida cultural de la inmensa mayoría de los individuos de nuestras sociedades europeas.

Este conjunto de ideas son utilizadas en proporción inversa al conocimiento que se tiene del funcionamiento real de la sociedad. Quiere decir que son más utilizadas cuando el conocimiento de los mecanismos reales del funcionamiento de la sociedad es más limitado.

La música culta que se escucha en nuestras salas de conciertos, la gran literatura de nuestras bibliotecas, la pintura que se exhibe en nuestros museos, la arquitectura de nuestros grandes monumentos, el argumento de óperas y zarzuelas, los argumentos de las religiones que se nos explican, no hacen más que dar vueltas a estas ideas.

Las letras de nuestras coplas, de nuestro flamenco, de nuestras letrillas, nuestros dicharachos, nuestro refranero, nuestros humoristas, los consejos de nuestros mayores, el hip-hop, el rap, están volcados en estos temas generales.

La cultura de la gente con más medios, y de la gente con menos, da vueltas a estas mismas ideas generales.

Excluimos, naturalmente, la cultura científica, practicada en Institutos, Universidades, Academias, en forma reglada, es decir, siguiendo unas pautas y modos claramente científicos, y encaminada esencialmente a la formación de profesionales.

Nos estamos refiriendo a la cultura general, no específica, y dirigida, en principio al conjunto de la ciudadanía, y a través de medios masivos de comunicación.

Esta cultura y las ideas que en ella se manejan reflejan un sentimiento muy acusado de diferenciación entre nuestra realidad material (nuestro trabajo y nuestra necesaria reproducción individual), y la realidad soñada, las escondidas aspiraciones a alcanzar ese otro mundo inventado, donde la amistad, la felicidad, la justicia, la belleza, la bondad, son un regalo ordinario y habitual.

Tanto en los cantantes de boleros, como en los lamentos en la ópera; tanto en la mejor literatura- Cervantes-, como en las letrillas populares; tanto en los sermones de curas, Papas u Obispos, como

en las Mezquitas o Sinagogas; tanto en las películas del Oeste, como en el moderno cine europeo; tanto en los programas más pegajosos de nuestra televisión, como en sus más furibundos críticos; tanto en las retahílas de nuestros más rancios políticos, como en las palizas de nuestros más recientes patriotas, se da este "salto" entre la realidad vivida, y este espacio celeste, considerado, al mismo tiempo, como un paraíso perdido y como la meta ideal.

Entre estas formas de expresión, que han vuelto la espalda por completo al trabajo, a la producción, tiene que abrirse paso un joven comunista, con su cultura a cuestas, con su cultura pegada al trabajo material, con su cultura pegada a las condiciones materiales de su vida.

Ese mundo celeste donde reinan esas ideas tan brillantes está muy presente, como vemos, en la vida diaria. Porque no se trata solo de ideas puras, la bondad, por ejemplo; sino que también se trata de conceptos mucho más elaborados.

El Ser superior, cuyas ideas son verdades, sus mandatos obligatorios, el cumplimiento de éstos, virtudes, sus preferencias, valores, etc. Es una idea muy extendida en la cultura de la humanidad, tomando formas muy diversas, según las épocas y el lugar que se considere.

Estos esquemas de ideas en forma de verdades, de conductas encajonadas en moldes a los que se llama valores, reglas de comportamiento a las que se llaman moral o ética, considerando virtud a la observancia de estas indicaciones, han servido para dar forma al orden social, sin referencia ninguna ya a ningún ser Superior.

Pensemos, por ejemplo, en Cuba. Podremos observar que hay verdades, valores, éticas, virtudes, que regulan el orden social con la máxima rigidez.

En la mayoría de nuestros países europeos, ocurre igual. Solo que se hace menos hincapié en la rigidez.

Un caso notable, es nuestro país vecino, Francia, dónde según ese mundo de las ideas, las reglas que ordenan la sociedad (la producción, también) son la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad. Lo ponemos con mayúscula para que se note que son ideas, ideales; la realidad, es la realidad.

¿Quiere esto decir que en Francia hay dos mundos, uno donde estas ideas tienen sentido, y otro en el que no se les reconoce ningún parecido con la realidad?

Así debe ser.

¿Y en qué mundo, en el seno de lo que llamamos Francia tienen sentido esas ideas?

Sin duda, en la producción, no.

La parte de las instituciones ligadas más directamente a la reproducción, la parte más técnica (Fuerzas Armadas, Fuerzas del Orden, Bolsa, Banca, etc.) de las instituciones, tampoco son el reino de la Fraternidad.

Las instituciones culturales, y, en buena parte, las políticas, son las sostenedoras de estas fantasías.

Y para sostener este tipo de fantasmadas, las instituciones culturales y políticas (ya no nos estamos refiriendo solo a las francesas; solo ha sido un ejemplo vistoso), han de apartarse todo lo que puedan de la producción. Defender este tipo de ideas en una fábrica, junto a unos jornaleros en el campo, además de ser un contrasentido, sería una provocación.

Es técnicamente imposible encajar cualquiera de estas ideas en un esquema de trabajo por cuenta ajena.

Para hablar de ellas, hay que sacar al obrero de la fábrica, al jornalero de la finca; vestirlos de otra manera y llevarlos lejos del trabajo. Y allí sí; allí están los especialistas: poetas, músicos, actores, autores, bailarines, críticos. Con sus ideas pasadas por los filtros económicos de las empresas e instituciones culturales. Allí

están los encantadores de serpientes de las instituciones políticas. Los han elegido para que reproduzcan bien a obrero y empresario, ¿cómo van a decir eso? Tienen que dar un salto y encaramarse en el mundo celeste de las ideas fantásticas.

Unos y otros, se encuentran abocados en su función real (no la que ellos se inventan), a disparar siempre con balas de fogueo, si apuntan en su discurrir a la producción, o, lo que es mucho más cómodo, apartarse lo más posible de la producción, elevándose a ese mundo celeste.

Los más críticos, sean políticos, escritores, pensadores, poetas, cantautores, sindicalistas, curas y otros, no hacen otra cosa que poner uno al lado del otro, estos dos mundos: el mundo del trabajo organizado por cuenta ajena, y ese mundo de las ideas fantásticas. El contraste siempre resulta patente. Y, se supone, que este contraste es un elemento acusador. Debe golpear la conciencia del responsable de ese orden del trabajo por cuenta ajena; cuya conciencia debe ser una especie de regulador de la conducta, medida, dirigida por las ideas del mundo celeste. Ante la evidencia de su desvío en la práctica productiva, el crítico le advierte severamente de la responsabilidad derivada de las consecuencias de ese desvío: miseria, injusticia, desorden social, guerras, ignorancia, hambre.

Esta actividad crítica, que parte de las instituciones culturales que dan soporte a las ideas fantásticas, ni roza siquiera la marcha segura de la producción, como es lógico. Salvo que aporte, cosa excepcional, algún elemento interesante, en cuyo caso la producción lo incorpora rápidamente y mejora así su buena marcha.

**Unas instituciones aparecen como más técnicas y otras como más ideológicas**.-

En la tarea de la reproducción hemos distinguido, para analizarlas mejor, dos grupos de instituciones.

En unas destaca más su aspecto técnico, aparentemente más neutro. En otras es más aparente su lado cultural, más referido a las ideas.

En realidad, todas apuntan al mismo objetivo: hacer viable y respetable la producción organizada tomando como base el trabajo por cuenta ajena.

Las encargadas de la viabilidad, aparecen, efectivamente, como más técnicas; y las de la respetabilidad, como más ideológicas.

Crear y extender ideas favorables al sistema de trabajo por cuenta ajena, sería la función primera de las instituciones culturales del capital. Sería la función primera y más general. Otras más especializadas no harían más que apoyar a ésta primera.

Alejar el gran flujo de ideas de los problemas de la producción, sería una.

O la más afinada: “la producción” es el sujeto. La producción va bien, o va mal; o hay que apoyarla por parte del Gobierno; o sale ganando o perdiendo con la Constitución Europea, o con la ampliación de la Unión Europa, o con la entrada de los productos chinos; o tiene un problema de competitividad, o de productividad; o la producción agro-ganadera pierde fondos europeos, o subvenciones; o la construcción y el turismo pueden empezar a tener problemas. ¿Y los trabajadores dónde están?, ¿Dónde están los obreros?

Pues bien, con todos estos artilugios, las instituciones culturales nos presentan a la sociedad capitalista, casi como si no tuviera producción, y si toca hablar de la producción, como si no hubiese obreros.

Esta es la postura de las instituciones pagadas por el capital, de una u otra manera, como hemos visto.

¿Y los obreros?, ¿no tienen los obreros instituciones propias?, ¿qué dicen de esto sus instituciones?

Los obreros no tienen instituciones propias. La razón es que no tienen una producción propia. La producción en la que participan es la que dirige el capital. Es una producción machihembrada entre el propietario de los medios y el obrero que los utiliza. Las instituciones que reproducen esta producción, son también machihembradas (dos piezas ensambladas a ranura y lengüeta), y dirigidas igualmente por el propietario del capital.

Esta es la razón de que lo que los obreros y sus organizaciones llaman lucha, en realidad no sea otra cosa que una necesaria colaboración. En el terreno sindical y en el terreno de los partidos políticos.

Las instituciones obreras no pueden ser de otra manera. Hay que entender bien lo dicho. Los obreros son obreros porque trabajan para un empresario, amo del capital y amo del producto, y por eso mismo, director del proceso de trabajo. Cuando se trabaja así, las instituciones que reproducen este trabajo (Gobierno, Parlamento, Partidos), reproducen también las relaciones que se dan en el trabajo, y por lo tanto, el propietario del capital es quien les marca la dirección.

Es un problema de estructura. La distribución de las partes principales de una construcción, y el orden que guardan entre sí, es su estructura. Si se va a hacer un rascacielos y se comienza haciendo unos cimientos propios de una nave industrial, cuando vayamos construyendo la planta tercera, vendrá el arquitecto y nos dirá que eso va mal; le propondremos cambiar los materiales para arreglarlo y nos dirá que no. Le propondremos cambiar el personal, y nos dirá que no. Nos dirá al final, que tenemos que demolerlo todo y empezar otra vez. Es un problema estructural, nos dirá. Hay una relación entre los cimientos y la altura de una construcción. A esa relación le llamamos una relación estructural.

Hay una relación estructural entre la producción y las instituciones que ayudan a reproducirla. Si no hay una relación

estructural correcta, entre los cimientos (la producción), y la construcción (las instituciones), o se demuele la construcción o se adecua a los cimientos; o, se cambian los cimientos y la construcción.

Los sindicatos y Partidos obreros, se han de adecuar a la producción. Si no es así, desaparecerán.

La socialdemocracia propone la mejor combinación, el mejor engarce, entre instituciones (entre ellas las obreras) y producción.

El comunismo buscaría el progresivo cambio de los cimientos, al tiempo que va acompasando este cambio al de las instituciones.

**El voluntarismo obrero y su límite: la estructura.-**

El voluntarismo es una actitud que funda las previsiones más en el deseo que en las posibilidades reales; o sea, el predominio de la voluntad sobre el conocimiento.

En las organizaciones obreras, ha sido muy frecuente este tipo de actitudes, que vienen emparentadas con restos de la visión religiosa de estos temas.

Con buena voluntad, se resuelven todos los problemas, se dice. No, no es cierto. Con buena o mala voluntad los problemas estructurales exigen, en primer lugar, conocer la estructura. Y de ese conocimiento hay que arrancar. Con la sola buena voluntad no se avanza nada.

La estructura, la ordenación de los elementos, en la relación del trabajo por cuenta ajena, la relación laboral de la producción capitalista, tiene tres elementos relacionados entre sí. Uno es material, los medios de trabajo. Los otros dos son personales, el

obrero y el empresario. La relación del obrero con los medios, es la de utilizarlos en su trabajo. La relación del empresario con los medios es la de propiedad: disponer de ellos y apropiarse de los frutos que se obtengan con su utilización. La relación entre el obrero y el empresario es, en consecuencia, la obediencia en el trabajo por parte del obrero, y la de la dirección, decisión y mando, por parte del empresario.

Estos elementos y estas relaciones, componen un tipo de estructura. La reproducción de esta estructura, su sostenibilidad, su duración en el tiempo, exige que no sea cambiado, sustituido, suprimido, añadido, ningún elemento. Y, asimismo, que no se haya cambiado la relación entre ellos. Si se cambia cualquiera de ellos, estaríamos en otra estructura, habríamos cambiado de estructura.

Los efectos más importantes del funcionamiento de la estructura productiva del capital, se refieren a la participación en la misma del obrero y el empresario. Entre ellos, el más característico es que el obrero obtiene de su participación, a cambio de su trabajo, una cantidad que se llama salario, mientras que el empresario obtiene otra cantidad que se llama ganancia.

Estas cantidades, guardan entre sí, las mismas relaciones que enlazaban entre sí a los elementos que intervienen en la producción. De manera que, no pueden señalarse de modo independiente, sino que el salario irá en relación con los medios de trabajo (su calidad, su coste), con la productividad del mismo; y la ganancia; a su vez, dependerá, de los datos que acabamos de citar, a los que hay que añadir el montante de los salarios.

Eso quiere decir que, dentro de esta estructura, los elementos y las relaciones entre ellos, tienen unos márgenes de funcionamiento autónomo muy estrechos. Los obreros no pueden obtener el salario que quieran, ni el empresario, la ganancia que quiera. Van unidos entre sí todos los elementos, y además, relacionados entre sí de una determinada manera, y no de otra.

Si el obrero quiere ganar mayor salario, el empresario le dirá que no puede dárselo, porque si lo hace, él ganaría menos.

Para estos casos, la estructura tiene prevista su propia salida que, por eso, se llama estructural.

Se trata de seguir las propias reglas de la estructura, sin cambiar, por lo tanto, ni los elementos, ni las relaciones entre ellos.

Todo eso se consigue aumentando la productividad. Se produce más en el mismo tiempo de trabajo. Por tanto, se puede aumentar, en la misma proporción que antes, ganancia y salario.

No ha habido cambio de estructura, y sin embargo se ha conseguido aumentar el salario (y la ganancia, claro).

La cosa, en la práctica, es un poco más complicada.

La razón es la siguiente: la productividad es la relación entre el tiempo de trabajo y el producto obtenido. En una palabra lo que produce un obrero en una hora. ¿Cómo se consigue aumentarla?

Normalmente intervienen en este aumento dos elementos. La destreza, los conocimientos y el aumento del esfuerzo (lo que se llama la intensidad del trabajo), de una parte; es decir, el aumento de todo ello. Y de otra parte, la mejora del utillaje, la mejora de las máquinas y los métodos (las maneras de manejarlas); o sea, un coste mayor para el empresario.

Pues bien, se tiene en cuenta todo, se estudia todo, se ajusta todo, y al final se consigue lo que pretendía (aumentar el salario), sin modificar la estructura.

Esta solución estructural, es la propuesta socialdemócrata. Con buena voluntad y el esfuerzo de todos, se consigue lo que la socialdemocracia ofrece, mejorar las condiciones de trabajo y vida de los obreros, sin cambiar la estructura que los convierte y los mantiene como obreros, a pesar de todos las mejoras conseguidas. Es la salida ofrecida a los obreros suecos, alemanes, franceses, americanos.

De manera que, con la misma estructura (los mismos elementos y la misma relación entre ellos) productiva, puede haber obreros que ganan, de salario, el doble que otros.

Es lo que puede ocurrir entre los salarios de los obreros marroquíes y los obreros suecos; todo depende de su productividad.

Esto ocurre con todos lo países capitalistas. Todos tienen la misma estructura productiva, pero el nivel de su productividad es el que permite que los salarios puedan ser más altos en unos que en otros.

Cuando la productividad es alta, los salarios pueden ser altos y los impuestos también (empresarios con buenas ganancias y obreros con buenos salarios, pueden pagar impuestos altos). Con impuestos altos se pueden montar buenas comunicaciones, buenos transportes, abundante energía, buena enseñanza, buena sanidad, buenas pensiones. Es Suecia.

Con baja productividad, todo disminuye en cantidad y calidad. Es Marruecos.

Y, sin embargo, la estructura productiva, la organización del trabajo, sigue el mismo esquema.

Esta es la problemática, tal como la ven las instituciones del capital: Organizaciones Patronales nacionales e Internacionales, Centros de Estudio e Investigación, Universidades Públicas y Privadas, Servicios de Estudio de Bancos, Publicaciones especializadas, Partidos Políticos.

Las instituciones de los obreros, sindicatos, Partidos y demás organizaciones, en su inmensa mayoría, comparten esta visión respecto a la producción.

El problema del desarrollo, de la pobreza, etc, sigue este mismo esquema. Es un problema de productividad. El problema de la estructura productiva, ni siquiera se plantea. La ordenación del

trabajo ajeno por parte del capital, aparece como la estructura más lógica, más natural y, sobre todo, más productiva.

En este planteamiento, que es el que se suele conocer como liberal, caben los dos movimientos políticos del capital, más importantes; los conservadores o populares, y la socialdemocracia. Ambos encuadran la inmensa mayoría de la ciudadanía de todo el mundo capitalista (cada vez más, todo el mundo). Y sin distinción de empresarios u obreros, votan alternativamente a unos y a otros.

Es de hacer notar que, en uno y en otro, la estructura productiva que defienden es la misma: el trabajo por cuenta ajena. Es la estructura productiva, aceptada, casi universalmente.

Y en el seno de ella, conviene repetirlo, plantean, Partidos y Sindicatos, Gobiernos, Organizaciones Internacionales –O.N.U, sus organismos especializados (O.I.T, UNESCO, etc.), O.N.Ges, y Expertos y estudiosos, los problemas más tristes de la humanidad, en la actualidad: pobreza, injusticia, guerras, desarrollo (y sobre todo, subdesarrollo).

Todas las propuestas que se presentan, incluyen esta estructura productiva. Se plantean cambiar muchas cosas; todas, menos una: el trabajo por cuenta ajena.

El hecho de que la estructura productiva sea la misma en casi todos los países del mundo, se refleja en el mundo de las instituciones, en el sentido de que las formas de reproducción (los programas políticos de los partidos) son, esencialmente, iguales; y se refleja en las instituciones culturales, en lo que se conoce como el “pensamiento único”.

La propuesta comunista rompe esa monotonía, desde el momento que parte de una estructura productiva distinta, y desde allí, enfila hacia un programa político distinto, y hacia formas culturales propias de la nueva estructura.

**Las dificultades teóricas y prácticas en la ordenación del trabajo colectivo**.-

La especialidad, la singularidad, de la estructura productiva propia del comunismo, no consiste en que en ella no exista la figura del empresario, ni la figura del obrero. En la estructura del trabajo del campesino y del artesano, tampoco existen estas figuras.

Lo que hace singular a esta estructura, respecto a los dos que acabamos de citar, es el hecho de que en contra de lo que sucede en ambas, que el proceso de trabajo es individual, en la estructura de trabajo comunista, el proceso de trabajo es colectivo.

Este último rasgo, esta característica, es la que comparte con la estructura capitalista de la producción; en ambas se trata de procesos colectivos de trabajo.

Por lo tanto, lo que hace singular a la estructura comunista del trabajo, es un doble rasgo; el proceso de trabajo es por cuenta propia, y es un proceso colectivo.

Dos rasgos, que al darse en procesos de trabajo muy corrientes y conocidos, no exigen largas explicaciones.

Por cuenta propia, como el campesino, como el artesano, quiere decir que la propiedad de los medios de trabajo, la organización del mismo, y el producto del mismo, son del propio trabajador.

Y un proceso de trabajo colectivo es aquel en el que participan varios trabajadores.

La combinación de ambas características, es cierto que componen una figura que nunca existió en la historia de la producción.

En términos muy sencillos, la estructura a que nos venimos refiriendo consta de dos elementos y las relaciones entre ellos.

Los elementos son, el trabajador, de una parte, y los medios materiales que utiliza, de otra.

Las relaciones entre ellos son, la de propiedad, por un lado, y la de control técnico, por otro.

En un primer momento puede pensarse que tanto los elementos, como las relaciones, son idénticos a los del trabajo del campesino y el artesano, con lo que estaríamos ante una misma estructura de trabajo. Y, en principio, así es. La igualdad de estructura, da también una igualdad en las consecuencias de su funcionamiento: el producto de la actividad se lo apropia el trabajador, y en consecuencia, el propio trabajador controla y decide sobre la reproducción de sucesivos procesos de trabajo.

Así es en el trabajo de un campesino corriente, y también en el de un artesano cualquiera.

La diferencia, lo habíamos dicho, la única diferencia consiste en que aquí el trabajador es colectivo, no individual.

Ahora, en este punto, en este momento, es cuando corresponde hacerse las siguientes preguntas: ¿En la teoría, todo el secreto del comunismo se encierra en esta pequeña fórmula? ¿en la práctica, toda la dificultad estriba en que el trabajador es colectivo?

A bote pronto, sin pensárselo mucho, habría que contestar que sí.

Los procesos de trabajo colectivos por cuenta propia se corresponden con la estructura productiva de una sociedad que se pudiera llamar comunista. La teoría, así, se utilizaría en forma correcta. Eso quiere decir que la suscribiría Marx, Lenin, y posiblemente Stalin. La teoría.

La práctica es, que cómo se hace eso.

Los que han metido las manos en esta práctica, también se lo han preguntado. Lenin, Stalin, Mao, Castro. Ninguno de ellos estaba en un taller o en una granja; veían el problema desde las instituciones, y más concretamente desde unas instituciones muy raras, ya que al mismo tiempo que dirigen las Fuerzas Armadas, y el Gobierno, son propietarias de los medios de trabajo. Así, de esta manera, desde esta posición, es muy difícil entender los problemas que encuentran los obreros para dejar de serlo, los problemas que encuentran los campesinos individuales para dejar de serlo.

Los trabajadores de una cooperativa sí que tienen a mano todos los datos que componen la problemática de que hablamos. Están en un lugar privilegiado: en un proceso de trabajo colectivo por cuenta propia. En el lugar propio de la teoría y la práctica comunistas.

La dificultad que encierra el proceso de trabajo comunista, no viene tanto de que sea por cuenta propia, como de que, al mismo tiempo, es colectivo. Hay que convenir, acordar, ponerse de acuerdo, en todas las condiciones en las que se va a desarrollar el trabajo en común.

¿Y eso es tan difícil?, ¿Ese es el motivo por el que una forma de trabajar, tan favorable para el trabajador, no se ha extendido más rápidamente? ¿Es ese el motivo por el que no han llegado a buen puerto, los anteriores ensayos- la U.R.S.S., por ejemplo-?

A estas preguntas, habría que contestar afirmativamente. Ordenar colectivamente las condiciones materiales de su trabajo por parte de los propios trabajadores, comporta importantes dificultades. Vamos a ver algunas.

Hay una muy general. Encuentra enfrente un modelo, muy generalizado, que, aparentemente, funciona muy bien. Solo hay que ir mejorándolo. No hay ningún motivo para inventarse otro, cuando el que se tiene –el capitalista-, ofrece lo que se le pide: buenas condiciones de trabajo y de vida para los obreros.

Sin embargo, el centro de gravedad de las dificultades que ha de superar el nuevo sistema, la nueva estructura, es el siguiente: el trabajador tiene que estar, en la iniciativa de la creación de la nueva empresa; en la ordenación de su funcionamiento; en su constante reproducción.

Esto se debe entender en su sentido profundo, no en el superficial.

No se trataba, en su día, de que los pobres –en todos los sentidos- campesinos rusos, pasaran a ser unos gestores excelentes de unas unidades productivas (empresas) colectivas, en unos periodos rápidos de tiempo.

Era lo que, al parecer del Comité Central del Partido, era imprescindible para cumplir sus planes de modernización de la producción. No era el proyecto, el deseo, la propuesta de los propios campesinos. Con los medios, limitados, de que se disponía, y con la formación técnica y la educación de estos campesinos, más limitadas todavía, la producción comunista en el campo ruso hubiese seguido, con toda seguridad, un camino mucho más lento, pero un camino comunista, y con toda probabilidad, irreversible. En este caso, los comunistas eran los dirigentes del Partido, cuando quien tenían que ser comunistas en Rusia, eran los campesinos.

Hoy día, no son comunistas en Rusia, ni el Gobierno, ni el Partido del Gobierno, ni los campesinos. Siguiendo el lento camino que ellos proponían a Lenin, hoy, la producción agrícola rusa estaría mucho más cerca del comunismo.

Si se trataba de ordenar el trabajo del campo en la forma comunista, quien la iba a tirar adelante tenía que ser el que definiera, el que la proyectara.

Tirarla adelante quiere decir ordenar el trabajo y los medios, disponer del producto, para con su valor ir definiendo cada periodo de tiempo la reproducción de todo el conjunto.

Si no es así, los trabajadores se convierten en obreros. En estos momentos, en estos años iniciales del siglo XXI, en la Europa

de la U.E (Unión Europea), los campesinos se quedan retrasados respecto a los trabajadores de las ramas industriales de la producción. Se intenta arreglar su problema mediante subvenciones, mediante ayudas. Pero, es inútil. Se trata de un problema de productividad. Se trata de un problema de escala. Hay que agrupar y reordenar, a los trabajadores, a los medios de trabajo, y a las relaciones entre unos y otros.

Esto comporta problemas de ordenación técnica (cómo trabaja cada uno, coordinándose con los demás), y de reordenación de la propiedad (todo es propiedad del conjunto de los trabajadores: los medios y el producto obtenido). Esta sería la salida comunista.

La salida capitalista, ya la conocemos. El capital se va haciendo con las distintas parcelas, y una vez reordenados los aprovechamientos a escala muy superior a la que se utilizaba, utilizando medios técnicamente más elaborados y costosos, comienza a contratar a trabajadores (algunos pueden ser los antiguos campesinos) por cuenta ajena. Y ya tenemos la agricultura (que ahora ya se llamará agroindustria) En el mismo formato que el resto de la producción, con capitalistas directores y trabajadores-obreros.

**Al orden del capital no se le derrota, se le sustituye.-**

Este proceso silencioso que ésta ocurriendo en nuestra presencia, no se parece en nada a la lucha en las barricadas urbanas o la guerrilla en la selva en que se suponía que consistiría el enfrentamiento entre el capitalista y el obrero en nuestros tiempos.

Este enfrentamiento ya se ha dado históricamente. Casi siempre con la derrota de los obreros y sus representantes, pero, a veces con la derrota completa de los capitalistas y sus representantes y allegados. En el primer caso, los obreros han

vuelto a su trabajo, y solo ha servido para que los capitalistas lo recuerden cada vez que les interesa reafirmar sus posturas.

Pero lo que es del mayor interés, es recordar que, venciendo al capital en las barricadas urbanas y en el campo de batalla abierto; encarcelando y matando a sus miembros; arrebatándoles sus campos y fábricas; cerrando sus Iglesias; echándolos de sus palacios; etc, etc, etc, salieron por la puerta y entraron por la ventana. En Rusia, en 1.917. Hubo setenta años para destruirlos, para machacarlos, para hacerlos desaparecer del mapa.

Al Capital no se le derrota, no se le destruye, no se le destierra, no se le vence. El capital no es una cosa. Es una relación. Una relación de trabajo. El principal elemento de esa relación es el trabajador. Y el aspecto más importante de la relación del trabajador, es el que lo liga con los medios que utiliza en su trabajo. Solo en el caso de que esos medios de trabajo pertenezcan a alguien distinto de los trabajadores, aparece esa relación que llamamos capital.

Adquirir esos medios y hacerse cargo de su manejo; reproducir esos procesos y aprender a reproducirlos, hoy día, en Europa (en el primer mundo), es el medio más eficaz de hacer innecesario el papel del capitalista en la producción; y esa sí que podemos decir que es su “derrota”. Su derrota, lenta, pacífica, estudiada, científica.

Los trabajadores lo expulsan de la producción porque han aprendido. Ya no lo necesitan. Pregunten en una cooperativa de Mondragón, de Córdoba, de Valencia, si echan de menos al capitalista para fabricar, cultivar, comercializar, exportar, investigar, reciclarse técnicamente los trabajadores, financiarse. No lo necesitan para nada: son unos comunistas. Y éstos, cuando lo han sacado no ha sido por la puerta (si el capitalista sale por la puerta, puede entrar por la ventana –lo hemos visto-), se lo han sacado, al capitalista, de la cabeza. Han entendido, en la teoría, y en la práctica, que la producción necesita trabajadores y medios de trabajo, nada más. Los trabajadores saben y pueden hacerse con los medios de trabajo. Son ellos quienes los fabrican. El capitalista es un intermediario, innecesario.

Las guerras, las guerrillas, levantamientos, insurrecciones, no han ayudado a los obreros, ni a los campesinos, a crecer en la capacidad de sustituir al capital en la dirección de la producción. Ese aumento, ese crecimiento en la capacidad colectiva de gestionar la producción, es el objetivo esencial del comunismo. Y las guerras, las guerrillas, los levantamientos, las insurrecciones, pueden producir un efecto de deslumbramiento (que, en realidad, es una forma de ceguera) momentáneo, pero, en esos asuntos, en ese tipo de frentes, el capital, a la larga, siempre gana. Para esas batallas, siempre está preparado. Sabe que ese es "su" terreno. Los trabajadores, aunque parezca que ganan, aunque ganen en ése, que no es, su terreno, en el que les es propio, en la producción, a la larga habrán perdido. Perdieron en la revolución mejicana, en la rusa; están perdiendo en la China (si va ganando el capital, es que ellos van perdiendo); en la cubana, los han atrapado en medio de una trifulca que no los acerca al control de la ordenación de su propio trabajo.

La guerra, la guerrilla... no están en el camino del comunismo. Es algo ajeno al objetivo en sí. Los trabajadores podrán encontrarse embarcados en una de ellas (el partido que gobernaba Serbia, cuando las matanzas en Bosnia, era el comunista; y en el País Vasco quien dirige las acciones contra las instituciones del Estado es una institución marxista-Leninista), pero pueden estar seguros que la victoria o la derrota del bando en que estén, ni les acercará, ni les alejará del control, por su parte, de los procesos de trabajo en que participan. Esos de la guerra y de la guerrilla, no buscan ningún objetivo que tenga que ver con la forma de organizar el trabajo por parte de los propios trabajadores. Están en otros asuntos. No debían llamarse comunistas, porque desorientan a los trabajadores que confían en ellos.

Si en las guerras y las guerrillas, a lo largo y lo ancho del mundo, no es el sitio para buscar el lugar donde el comunismo se va abriendo paso, tampoco lo vamos a encontrar en las grandes reuniones de las instituciones del capital, en donde, con distintos nombres (Foro de Davos, G-8, etc.) comparten experiencias y acuerdan campañas y proyectos.

Tampoco en las grandes instituciones, donde capital y trabajo se reúnen periódicamente, como es la Organización Internacional del Trabajo (O.I.T.), cabe pensar que tenga puesto en las discusiones el tema del comunismo.

En esta importante institución, en que participan, representaciones de los trabajadores, de los empresarios y de los gobierno de todos los países del mundo, se sigue el mismo método, el mismo camino, que en todas las instituciones de nuestro país, y, prácticamente de todo el mundo.

Se trata de ajustar las piezas de que se compone la producción capitalista, así como las que componen el aparato, los aparatos, que permiten su funcionamiento sostenido. Organizaciones patronales y sindicales, son aquí los protagonistas, y lo que buscan, como hemos dicho, es acomodo mutuo.

Es natural, que estos sitios de concordia, de entendimiento, de discusión, de propuestas, de acuerdos y desacuerdos, pero, en definitiva, de sostén mutuo, no se correspondan con los lugares donde pueda crecer y fortalecerse, una forma de trabajar que hace innecesaria la existencia del capital, de los obreros, y de las propias instituciones en que tienen lugar sus reuniones y contactos.

El hecho de que estos ajustes pasen a veces por acciones de huelga, de cierre patronal, de cortes de carreteras, de enfrentamientos violentos, puede llevar al error de que se trata de una “lucha”, y hasta de una lucha por la destrucción del capitalismo y la construcción del comunismo; cuando en realidad solo hay un intento de mejora en el ajuste de las diversas piezas de la producción y reproducción. Repetimos muchas veces lo de reproducción, porque un sindicato, por ejemplo, no produce nada, pero es una pieza importante para conseguir que los trabajadores sigan produciendo (aunque hagan una huelga) un día tras otro (y eso es la reproducción).

No estando el “hogar” del comunismo, hoy, ni junto a los sindicatos, ni junto a los partidos socialistas o comunistas (porque, según dice, se habrían aburguesado), los jóvenes trabajadores altermundistas (porque creen que otro mundo es posible), no tienen

otro remedio que buscarse un Che Guevara a su medida; reunirse periódicamente para, al menos, dar noticia de su existencia; llamar sinvergüenzas a los grandes representantes del capitalismo mundial cuando se reúnen; buscar el calor de otros jóvenes ofendidos por el maltrato al medio ambiente, a la mujer, a los pueblos mas empobrecidos; enrolarse en O.N.Ges que batallan en estos campos que acabamos de citar.

Buscando, en algunos casos, un perfil épico (heroico), que se ha querido ver en la batalla quijotesca contra el gigante de los mil brazos, lo cierto es que no ha quedado un rastro, una huella, que pueda indicar por donde sigue el camino comunista, que se interrumpió cuando desapareció la Unión Soviética.

Como un ensayo comunista comenzó, y como un ensayo comunista se desechó. Pero era la única señal real que dejó el comunismo europeo. El único aterrizaje de las teorías comunistas observado directamente por el movimiento obrero europeo.

Perdido ese rastro, el comunismo institucional, las instituciones comunistas, han perdido toda razón de ser. Hemos de recordar que las instituciones tienen su razón de ser en la reproducción de una forma concreta de trabajar, de producir. O bien, con el mismo nombre que tenían (Partido Comunista de España o Comisiones Obreras, o los distintos nombres que tomaron otras ramas desgajadas de estos) pasaron a desempeñar funciones de reproducción del trabajo capitalista o por cuenta ajena. Es decir, cambiaron su ser; de manera que, a pesar de un nombre, se trata de instituciones propias de la reproducción capitalista.

Es lógico, por tanto, que un joven trabajador, con una visión comunista de la producción, no reconozca a estas instituciones como comunistas, y al mismo tiempo busque, desconcertado, donde están las nuevas instituciones comunistas.

**El comunismo siglo XXI.-**

Buscar, por tanto, las huellas del comunismo en el siglo XXI, comporta, para empezar, dos condiciones.

Una, es tener un cierto conocimiento, aunque no sea muy profundo, de las experiencias comunistas que ha habido en los dos últimos siglos.

Otra seria, manejar los conceptos esenciales de la teoría que abre las puertas del conocimiento del papel del trabajador en la producción, y, por tanto, en la sociedad.

La primera condición, el conocimiento de la experiencia soviética (fundamentalmente), nos va a permitir arrinconar, para no repetir, la idea de que un partido (el comunista), una institución, va a ser la punta de lanza en el camino de la construcción del comunismo.

Este error, profundo error, no lo cometen los capitalistas. Ellos son el motor, ellos son los protagonistas únicos, de su sistema. Sus partidos son sus servidores. Sus partidos, y demás instituciones que les sirven (Universidades, Colegios Profesionales, Servicios de Estudio, Centros de Investigación, intelectuales, escritores, periodistas, etc, etc), no hacen sino servirles, con su inteligencia, con sus ideas, con sus proyectos, con su sabiduría; con todo eso, no son más que sus criados, a quien despiden cuando quieren, a quienes les acortan la ración en cuanto se portan mal. Ellos son los que mandan en las instituciones, porque son los que mandan en la producción.

El partido comunista ruso, no mandaba en la Unión Soviética, porque fuese una institución de los obreros; mandaba porque era el dueño de la producción.

Los capitalistas no necesitan saber mucho, para eso tienen sus instituciones que lo saben todo, y ponen toda su sabiduría a su servicio. Tienen todas las instituciones a su servicio. Incluido,

naturalmente el Partido Comunista (ya hablemos de nuestro país o de otro cualquier país europeo).

En esas condiciones, nuestro partido comunista, y los demás partidos comunistas europeos, no pueden tener, y de hecho no lo tienen, entre sus objetivos, el de caminar hacia una sociedad comunista.

Esta “verdad” que los capitalistas tienen tan clara, dice así: si te haces con la propiedad de los medios de trabajo, te haces con la dirección de la producción, si te haces con la dirección de la producción, dirigirás las instituciones, y éstas te servirán.

El partido comunista ruso, siguió esta verdad al pie de la letra, y acabó dominándolo todo: la producción y las instituciones. Y, en el camino se dejó perdidos a los obreros.

Habrá, pues, que pedir a los partidos comunistas europeos que se esfuercen en explicar a los trabajadores a qué tipo de trabajo apoyan y ayudan a desarrollarse, ya que como institución que son, esa es sus principal tarea. Y no la de abrir camino, como vanguardia, hacia ningún sitio.

Colocar al partido comunista en el lugar que corresponde a su función real (reproducir el trabajo por cuenta ajena), despejará el campo, el escenario, de la práctica existente (no inventada), y de la teoría, o reflexión sobre esta práctica.

Los conocimientos elementales, en forma de conceptos, serán la segunda condición que permita colocar al trabajador en el lugar que le corresponde en la producción, y por ello mismo, en la sociedad.

Este tratamiento teórico nos permite, como ya hemos visto anteriormente, contemplar al trabajador desde un doble ángulo.

Desde el ángulo que solo observa la relación del trabajador como propietario, o no, de los medios de trabajo.

Y desde el ángulo que solo considera si el proceso de trabajo es individual, o en el mismo cooperan varios trabajadores.

Aplicando esta doble relación nos encontramos con:

-Procesos de trabajo por cuenta propia y por cuenta ajena.
-Procesos de trabajo individuales y colectivos

Y combinando estas relaciones, tendremos:

-Procesos individuales por cuenta propia.
-Procesos colectivos por cuenta propia.
-Procesos colectivos por cuenta ajena.

El primero es el de los campesinos y artesanos.
El tercero es el proceso de trabajo capitalista.
Y el segundo, el proceso de trabajo comunista.

Esta forma de abordar el conocimiento del objeto que perseguimos (el trabajo en forma comunista), sigue el camino paralelo que recorren en las ciencias de la naturaleza sus investigadores.

**Depuración teórica del comunismo existente.-**

Encajado en estos moldes teóricos el objeto de nuestro estudio, la producción comunista, podemos depurarla así de una buena cantidad de impurezas que se han ido enganchando a lo largo de la práctica, y que no hacen más que desdibujar su perfil y hacerlo irreconocible.

Un desvío teórico importante, por ejemplo, es el que acabamos de ver. En ningún caso, un partido político, una institución, abre el camino hacia el logro del control de la producción.

Eso no lo hace, ni el partido liberal (conservador) respecto a los capitalistas, ni el partido comunista respecto a los trabajadores.

El control de la producción no lo adquirieron los capitalistas a través de las indicaciones y los apoyos del partido liberal. Eso no ocurrió así.

Los capitalistas, dueños ya de los medios de trabajo, y controlando ya los procesos de trabajo, se inventan y financian la creación de cuantos medios instrumentales puedan facilitar su mantenimiento y desarrollo. Y uno de los mejores medios que escogen, es el partido político. El partido político no crea nada, no decide nada, que no sea indicado por el “amo” de la producción. El partido político no está en el origen de la propiedad de los medios de trabajo por parte de los capitalistas; cuando nace el partido, ellos ya son los amos; el partido reproducirá este dominio.

El partido del capital va moldeando a su alrededor toda una serie de instrumentos, de instituciones, que permitan el funcionamiento pacífico de la reproducción del capital. Estas instituciones no han de ser creadas necesariamente por el capital, algunas de ellas ya existían con otro tipo de trabajo (la servidumbre), y solo se las ha adaptado para que sirvan a la nueva relación laboral. Por ejemplo la monarquía. Por ejemplo la Iglesia.

Estas dos instituciones son un buen ejemplo de cómo el papel de todas ellas, todas sin excepción, es el de prestar su apoyo a los que mandan en la producción. La institución (en este caso estas dos que citamos) no ha de tomar ninguna iniciativa, que no sea indicada por la producción; lo que los amos de la producción digan, ha de prevalecer sobre todo. Esto da como consecuencia que ambas se quedan huecas, O no dicen nada, como la monarquía (los reyes no hacen política), o lo que dicen está tan descafeinado, tan desalado, tan vacío, que es como si no dijesen nada (nada que pueda molestar al amo de la producción), que es el caso de la Iglesia. Se limitan a actuar como un peso muerto, como un tapón, que llena el espacio de las iniciativas, de los proyectos, con sus viejos recuerdos de glorias pasadas, pasadas y muertas.

Creer, pensar, que la Monarquía o la Iglesia, puedan indicar, señalar a la producción, caminos fértiles en su desarrollo, es un error teórico y práctico, tan grave como creer que eso lo puede hacer el partido político que representa a sus amos. Todos ellos, todos juntos, han de arropar, desarrollar, defender, apoyar, ensalzar los mandatos que les lleguen de la producción.

La producción no saca la potencia y la fuerza, de las instituciones. Es exactamente al revés.

Tener esto presente, obliga a volver a examinar cuestiones que, seguramente, han quedado oxidadas.

Los movimientos comunistas (sindicales, políticos, culturales) apuntaron inicialmente a la sustitución de la sociedad capitalista por una sociedad socialista, comunista.

Y esto, sin tener en ese momento, muy claro cómo funcionaba la sociedad capitalista; mucho menos claro tenían, naturalmente, cómo funcionaria la sociedad comunista.

Este cambio, esta sustitución, tenía como finalidad fundamental, acabar con las miserables condiciones de vida de obreros y campesinos.

En el siglo y medio, aproximadamente, de recorrido, en esta marcha de los trabajadores; la práctica, la acción, y la teoría, la reflexión sobre esa práctica, han permitido que hoy, esos trabajadores, puedan considerar con un mayor grado de conocimiento, la relación que se puede establecer entre el cambio buscado (la sustitución de una sociedad por otra, la capitalista por la comunista) y la finalidad perseguida (acabar con los miserables condiciones de vida de obreros y campesinos).

Si los empresarios han creado el partido liberal para servirse de él y seguir así siendo empresarios capitalistas, los obreros han creado el partido comunista para servirse de él en sus relaciones con los capitalistas.

Unas y otras, las instituciones patronales (organizaciones empresariales y partidos empresariales), y las instituciones obreras (sindicatos y partidos), nacen en forma paralela a las relaciones de empresarios y obreros en la producción. Nacen para dar continuidad y facilidad a esas relaciones.

Para mejor relacionarse, para mejorar las relaciones de empresarios y obreros en los talleres; para ir ajustando la jornada, el rendimiento (la productividad), el salario, a la ganancia del empresario, y que esto ocurra de forma pareja en los distintos talleres, ya que la competencia entre los empresarios exige que soporten costes parecidos; para ir armonizando este conjunto de relaciones, nacen estas instituciones.

Como el conjunto de relaciones que acabamos de describir, hemos dicho que constituyen el capital (el capital, hemos repetido, no es una cosa, sino una relación), estas relaciones se refuerzan, se facilitan, se mejoran, con unos apoyos, unos instrumentos, a los que hemos llamado instituciones, y que en este caso las hemos concretado en las organizaciones patronales, los partidos de los patronos, los sindicatos y los partidos obreros.

Se trata, en todo caso, de instituciones del capital, de instituciones de la relación a la que llamamos capital.

Como el capital es una relación (entre el obrero y el dueño de los medios con que trabaja), la institución que necesita para mejor desarrollarse, reproducirse, ha de ser también una relación. Y esa relación es la que establecen entre sí las organizaciones patronales y obreras.

De igual manera que, como agentes de la producción, no se entiende un empresario sin obreros, ni unos obreros sin empresario; no se puede entender tampoco una institución empresarial, que no tenga como interlocutora (con quien se habla, se trata), una institución obrera. Es la mejor forma, en todo caso, de reproducir la relación de producción en que consiste el capital.

Quiere esto decir, que un partido obrero, un sindicato obrero, no es una institución completa. No es una institución que tenga

sentido por sí misma. No es una institución que tenga un objetivo por si misma; que tenga un objetivo propio. Es como una de las partes, de las cuchillas, de unas tijeras, que adquiere su sentido juntándose a la otra parte.

Juntas ambas partes, sindicato y patronal, partido conservador y partido comunista, componen la verdadera institución, reproductora del capital. Y así, juntos, es como adquiere sentido su existencia y su función. Y buscarle otros objetivos, otras funciones, sería desconocer, su nacimiento y su encaje en la estructura productiva e institucional.

Es, seguramente, oportuno, recordar aquí la discordancia (no dar el mismo tono) entre la función real de una institución, y la que nos quiere hacer creer que desempeña. Pusimos el ejemplo de la Escuela Naval y la Conferencia Episcopal, solo como casos chuscos y llamativos.

En realidad, nos interesa mucho más el caso del Partido Comunista. Nos interesa ver, estudiar, el papel real que desempeña, en los distintos países donde actúa (China, Rusia, Cuba, los países europeos, algunos países iberoamericanos, etc), y comparar lo que hace, con los objetivos que dice perseguir.

Emancipar (liberar de cualquier subordinación o dependencia) a la clase obrera, a la humanidad sometida, a los pueblos empobrecidos, acabar con las injusticias, con el imperialismo, con el capitalismo...; estos suelen ser sus modestos objetivos.

En los casos de China, Vietnam, parece claro el objetivo real, de mejorar las condiciones de vida, admitiendo la colaboración activa del capital nacional, y buscando con ahínco la participación del capital, antes llamado imperialista. El objetivo real, hace oscurecerse al hecho de que se logre a la americana o la China.

Cuba tiene un partido dirigente, absorbido, como la U.R.S.S en sus primeros años, en mil problemas gravísimos, que hacen que lo urgente acabe tapando lo que un día aparecerá, quizá, como lo esencial. Es un tipo de partido comunista que, en Europa, por

ejemplo, no es fácil de asumir por los obreros, porque no se aprecian claramente sus objetivos reales.

En los países europeos, en nuestro país, el Partido Comunista tiene, manifiesta, unos objetivos, unos proyectos, unos programas, cada vez más de acuerdo con el papel real que desempeña, es decir, una pieza más de las instituciones de la socialdemocracia.

Esta realidad de la práctica comunista, particularmente de la europea, deja, en parte de los trabajadores de todo tipo, obreros, campesinos, artesanos, trabajadores de las instituciones, una especie de vacío, sobre el que haremos algunas consideraciones.

**El mesianismo de los partidos comunistas.-**

El partido comunista, que en la realidad, en la práctica histórica, más visible en la historia europea, ha desempeñado, y desempeña, el papel que hemos visto; ha practicado, y en parte práctica, lo que se conoce como “mesianismo” (despertar unas esperanzas en los trabajadores, sobre todo obreros y campesinos, sin fundamento; o al menos, con una enorme distancia entre lo esperado y lo que racionalmente se podía conseguir).

Esto tiene un doble efecto.

De una parte, la pretensión de los partidos comunistas, de creerse dotados de unas cualidades, en todo caso, sin relación con las limitaciones de todo tipo que luego demuestran. Sus discursos suelen ser escatológicos (como del fin del mundo), y sus proyectos, redondos, con soluciones para todos los problemas de la humanidad. Este tipo de propuestas, acaban no convenciendo a nadie, no interesando ni a los que obligatoriamente (dictatorialmente) deben propagarlas. Véase si no, los miembros del partido comunista ruso, o checo, o húngaro, o alemán del este, o polaco, etc., que

acabaron oyendo estos discursos como quien oye una molesta canción repetitiva y monótona. Uno llega a preguntarse, si los dirigentes de esos partidos no tendrían esa misma sensación: están proponiendo metas y proyectos para los que no se dispone, ni del impulso, ni del conocimiento, ni de los medios necesarios.

Evidentemente, los partidos europeos que han ido resbalando hacia la socialdemocracia, han ido, a su vez, perdiendo toda esta faramalla.

De otra parte, ese “mesianismo” del partido, se ha ido trasladando a parte de los trabajadores; de manera que, visto que el partido comunista no cumplió sus hermosas promesas, guardan en lo más escondido de sus anhelos, la esperanza de que, un día vendrá otro mesías que, ése sí, los sacará del culo de la historia.

Esto hace que se centre la atención en una solución que vendrá de fuera, de fuera del trabajo, de fuera del entorno ordinario de la vida. Un día u otro aparecerá un líder, honesto, directo, cumplidor, fiel, que nos resolverá lo que éste viejo mesías, el partido comunista, no supo y no pudo solucionar.

Todo esto no hace sino distraer el centro de atención de los trabajadores, sacándolo de la producción, del trabajo, y trasladándolo a las instituciones. Un nuevo Gobierno, un nuevo partido, con un nuevo líder, con un nuevo programa, traerán la solución.

El análisis que venimos haciendo, nos indica que en la producción es, en realidad, donde se decide para qué servirán las instituciones. Es decir, la producción es la que nos dice cúal es el papel que cumplirá el Partido Comunista.

Si en la producción, el propio Partido Comunista, ejerce de propietario de los medios de trabajo, y por tanto, de director de todos los procesos de trabajo, como es el caso de la República Popular de China, Cuba, Vietnam, y lo fue en la U.R.S.S. y en todos los países llamados del Este; el papel del partido, fuera de la producción, en el mundo de las instituciones (Gobierno, Fuerzas Armadas, Parlamento, Administración), será el de fiel creador y mantenedor de

éstas, en la forma que mejor convenga a la reproducción de los procesos productivos. En estos casos, como el Partido acaba ocupando todos los espacios (producción, instituciones) de la sociedad, es decir, su totalidad, se les llama regímenes (el régimen es el conjunto de normas que rigen el gobierno de una cosa o una actividad) totalitarios.

En el caso en que los medios de trabajo sean propiedad de los empresarios, y por lo tanto, ellos dirijan los procesos de trabajo, el Partido Comunista, junto a todos los demás partidos, adoptan como función, crear y hacer funcionar un Parlamento, que apoye a un gobierno, que dirija una Administración, que cree las condiciones que mejor sirvan para desarrollar (reproducir) esos procesos de trabajo. Y entonces, el Partido Comunista, como en el caso anterior, está cumpliendo la función que le corresponde: la que le señala el amo de la producción.

No hay, por lo tanto, un Partido Comunista, autónomo, independiente, que él mismo se señala sus objetivos.

Eso no funciona así.

El partido liberal (o conservador) tampoco es una asociación, cuyos miembros piensan y deciden cuales serán sus metas, sus proyectos, sus objetivos.

Eso no nace así.

Lo primero es la producción. Y ésta, para reproducirse, monta las instituciones que le hagan falta y entre ellas, los partidos políticos (el Partido Único, cuando estamos en un país en que el propio partido controla la producción).

No es que no se puedan crear los partidos que, donde hay libertad, unos individuos quieran crear. De lo que se trata es de que la producción, sus amos, son los que señalan las funciones de ese partido que acabas de montar. O eso, o no te pasan dinero, y no puedes subsistir. O atracas, como los G.R.A.P.O.

En todo caso, cabría desterrar la idea de que, un Partido Comunista, lo pueden montar un grupo de individuos, y darle la dirección y funciones que mejor les parezca, siempre, claro, en defensa de los intereses de los trabajadores. Siempre que así se hizo, salió mal, es decir, los obreros siguieron siendo obreros y los campesinos, campesinos.

Ese tipo de partido lo montaron Lenin y unos compañeros, y lograron lo que ellos pensaban que era su objetivo: hacerse con las fuerzas armadas y con el gobierno, y a partir de ahí poner toda la producción al servicio de los obreros, los campesinos y los desposeídos, y construir así una sociedad comunista.

Este método, este camino, no concuerda con lo que se desprende de los estudios de Marx sobre la economía política (recordaremos que el subtítulo de El Capital es “Crítica de la Economía Política”).

En otros escritos anteriores, se puede pensar que Marx mantiene una posición en la que se inspira Lenin, pero lo cierto es que en los largos estudios que componen lo que luego se publicó con el nombre de El Capital, Marx siempre interpretó la relación entre la producción y la política (las instituciones), en la forma que aquí hemos descrito.

La Monarquía, la Iglesia, la Milicia (como se les llamaba a los cuerpos armados), la Nobleza, siempre constituye un apoyo, un instrumento, para mantener, para reproducir una forma de trabajar. Una forma de trabajar en la que ellos eran los mayores beneficiarios, al ser los que disponían de los medios de trabajo (la tierra principalmente).

Cuando, lentamente, va cambiando la forma del trabajo, estas grandes instituciones van, también lentamente, poniéndose al servicio de quien aparece como disponiendo de los nuevos medios de trabajo, los burgueses, los dueños de las máquinas. De manera que, o prestan un buen servicio a los nuevos amos (por ejemplo, los cuerpos armados), o se agarran a su condición de propietarios, ellos también, de medios de trabajo (tierras, compañías navieras), como

hace la Nobleza (ser conde no sirve para nada, pero tener unas miles de hectáreas, sí). Y los que no hacen una cosa o la otra, empiezan a decaer.

Es decir, es la producción la que va poniendo en su sitio a las instituciones (es la que dirige la sociedad, “en última instancia”, decía Marx), y no al revés.

El Partido Comunista de corte Leninista pierde de vista, seguramente, que la lección de la historia es que el secreto está en la producción, no en las instituciones. Que los capitalistas mandan en su partido, y en el Parlamento y el Gobierno, porque mandan en la producción. Y si mandan en la producción, no es porque el partido les ha abierto las puertas; el partido en ésto, no tuvo mucha participación. El partido lo montan los nuevos amos, una vez han presentado sus títulos de propietarios de los medios de la nueva producción, y lo que exigen de él es que les facilite la perpetuación, la reproducción, en esta situación.

O sea, que hay un sistema de organizar el trabajo, que llamamos sistema capitalista. Este sistema tiene una forma de funcionar, en la cual actúa como una pieza fundamental el partido político, combinado con otra serie de instituciones. Dentro de este sistema, y guardando sus reglas, y cumpliendo su función, actúan en nuestro país, el P.P, el P.S.O.E, el P.C, C.I.U., el P.N.V, I.U., etc.

Cualquiera de estos partidos tiene señalada su función por parte de quien dirige la producción. La función genérica, igual para todos, es la de reproducir los procesos de producción. Luego, cada uno, puede tener una función más específica, más especial.

En esta situación, con éstos moldes, un partido comunista Leninista, no tiene mucho sentido. Los partido comunistas europeos actuales que no se han empeñado en mantener este perfil, no están consiguiendo mucho seguimiento por parte de los obreros, porque no ven mucha salida a sus objetivos (leninistas, repetimos).

Pero este sistema capitalista, como todos los sistemas anteriores de ordenación del trabajo, tuvieron un principio y final, y éste, también lo tendrá.

Interesa señalar esto, por la razón siguiente.

Los sistemas tiene sus reglas propias de funcionamiento, sus objetivos, sus medios instrumentales; cada uno sus reglas propias.

Pero, cuando un sistema comienza a abrirse paso en el seno de otro, que está en pleno funcionamiento, se dan fenómenos, situaciones, problemas, completamente nuevos. Es lo que se llaman problemas propios de la transición, del paso de un sistema a otro.

Y esas situaciones hay que atenderlas con especial atención, porque, seguramente, no se les pueden aplicar las reglas del sistema que comienza su retirada, porque ya no les son apropiadas; ni las del nuevo, porque el nuevo aún no tiene definidas sus propias reglas.

Por eso, no hay que ser rigurosos, muy exigentes con estos nuevos fenómenos.

**El periodo de transición. Sus problemas.-**

Lo que acabamos de decir, es aplicable al sistema capitalista, y a lo que conocemos del sistema comunista.

En el sistema capitalista en pleno funcionamiento, como lo conocemos ahora, sabemos cómo el capitalista reproduce y aumenta, acumula, progresivamente su capital, y sabemos de dónde brota ese aumento, ese nuevo capital. Sin embargo, no nos consta, no sabemos, no tiene interés, conocer el origen del primer capital, del capital con el que cada capitalista inicia su función (si lo ha robado, si lo ha heredado, si procede de su ahorro). El sistema, el estudio del sistema, lo que nos muestra es cómo se comporta el

capital una vez se pone a funcionar; lo anterior, no pertenece al sistema, queda al margen de sus leyes.

Marx estudió, con profundidad, el funcionamiento de la producción capitalista, y pasó y repasó sobre las normas que la rigen.

Sin embargo, cuando se ocupa del origen del capital, de los orígenes del sistema, lo coloca, a este estudio, en un apartado especial, al que llama “la acumulación originaria”. No se trata en él de la historia del capital, sino de su prehistoria. No se trata de cómo un capitalista aumenta su capital, sino de cómo un comerciante, que ha acumulado dinero comerciando, empieza a utilizar este dinero como capital; de cómo un arrendatario, encargado de las tierras de un noble, acaba utilizando éstas, junto con el dinero que ha ahorrado, como capital; de cómo un prestamista, un joyero, un armador de barcos, con el dinero que acumulan en su actividad (que no es aún capitalista) comienzan a adquirir medios de trabajo, a contratar trabajadores, y a funcionar, ahora ya sí, como capitalistas.

¿Cuál era la utilidad del estudio de esta etapa pre-capitalista (antes del capitalismo)?

La principal, se diría, que es la observación de Marx, de que los sistemas de organización del trabajo, que son la base de la organización de la sociedad, se suceden unos a otros, a lo largo de la historia de la humanidad, de tal forma que, no aparece el nuevo, hasta que en el seno del viejo no se dan las condiciones que permiten su aparición y su poder de sostenibilidad, de reproducción.

Otra sería, que entre sistema y sistema, hay una larga fase, en que las reglas de funcionamiento del viejo comienzan a ser puestas en cuestión, discutidas, mientras que las del nuevo, aún no aparecen muy definidas.

Y otra utilidad, ésta comprendida en las anteriores, pero más concreta, que nos diría más o menos lo siguiente.

Si los comienzos del capitalismo, no siguen exactamente las reglas del capitalismo, de manera que se llega al primer proceso de

trabajo capitalista, a través de medios no capitalistas; eso quiere decir que, igualmente, a los primeros procesos de trabajo que podamos llamar comunistas, se llegará por, o a través, de métodos no comunistas.

¿Cuándo podremos decir que estamos ante un proceso de trabajo comunista?

¿Cuándo se pudo decir que estábamos ya ante un proceso de trabajo nuevo, el proceso de trabajo capitalista, y no un proceso de trabajo servil o artesano?

Se trata, evidentemente, de un cambio apreciable, en los elementos que intervienen, y en las relaciones que se establecen entre sí.

Cambio apreciable quiere decir, cambio visible, claro, evidente. De manera que las primeras experiencias, pocas, y no muy claras todavía, no se considerarían en un primer momento como algo nuevo.

Solo cuando el peso de lo producido con el nuevo sistema, empezó a pesar sobre el conjunto de la producción, y particularmente del mercado; sólo entonces, los principales agentes del viejo sistema, vuelven sus ojos a la nueva realidad.

Los trabajadores, ya obreros, son contratados y despedidos, según las necesidades cambiantes del momento; el pago, a cambio del trabajo, el salario, se calcula contando de antemano con que quedará un remanente, después de hacer frente a todos los costes; si no es así, no se inicia la actividad, o si se ha iniciado, se suspende o se extingue. El nuevo sistema no tiene la finalidad, como el antiguo de conservar y disfrutar de la riqueza por parte de su poseedor, sino de aumentarla y acumularla sin más límite que el que venga impuesto por el propio sistema.

Estos son datos visibles de que estamos ante un nuevo proceso de trabajo. Si cumple sus objetivos, principalmente de enriquecer a su promotor, se multiplicará efectivamente.

Solo cuando el peso de lo producido por estos nuevos procesos, comienza a mostrar su superioridad sobre los anteriores, empezará a no ser un conjunto nuevo de procesos, sino un sistema de procesos que se enlazan y combinan entre sí, formando un todo. Este nuevo sistema de producción, moldeará, reordenará las instituciones, para adaptarlas a la nueva realidad. Y entonces, se llegó a lo que es un nuevo sistema de ordenación del trabajo y de la sociedad. Un sistema que se impone al anterior y lo domina (lo pone a su servicio), y para así crear, e imponer sus propias reglas en la producción y en la ordenación de todo el aparato institucional.

En la fase de ensayo de lo que aún no se sabe si llegará a cuajar en un nuevo sistema, mueren una cantidad de intentos, que no llegan a madurar.

La propia práctica se encarga de hacer rectificar, o incluso desistir de continuar un nuevo proyecto que no resiste esta dura prueba.

Hemos visto cómo, por ejemplo, el comunismo ruso, ha acabado desistiendo de su importante intento, girando al final hacia los raíles del capitalismo.

Los nuevos procesos de trabajo, ya no eran exactamente capitalistas. Las explotaciones agrarias colectivas, así como los grandes combinados industriales, sometidos en su ordenación a un plan, se coordinaban todos en un plan general, encaminado a la consecución de las mejores condiciones de trabajo y vida de obreros campesinos y trabajadores en general.

La prueba de la práctica exigía, como sabemos, la sostenibilidad. Y la sostenibilidad exige, un grado de productividad en los procesos de trabajo, que permita, como mínimo, soportar los gastos de las instituciones que reproduzcan esos procesos de trabajo. Y decimos como mínimo, porque es la prueba que exige la organización de todos los países del mundo (la O.N.U., Organización

de las Naciones Unidas), para considerar a ese conjunto de procesos de trabajo, con las instituciones que les dan soporte, un Estado, un nuevo Estado. Si no llega a ese nivel, se considera un ensayo de sostenibilidad inviable, incapaz de reproducirse.

La Unión Soviética, consiguió, con un nuevo tipo de procesos de trabajo, ese mínimo de sostenibilidad. Se consideró, y fue considerado,

como un Estado, con una forma distinta de ordenación del trabajo, de la producción, y, por tanto, de su ordenación institucional.

El acoplamiento de las instituciones a la producción, que es lo que permite la reproducción, en la Unión Soviética, dejó de funcionar. Y esa es la prueba (del algodón, se dice) indisimulable de que el sistema de producción ensayado no es sostenible.

Razones teóricas las hay para explicar la no sostenibilidad del comunismo soviético, pero la sentencia de la práctica es demoledora. El trabajo, ordenado en la forma que se intentó, y apoyada, esta forma, en las instituciones que se tuvo a bien organizar y costear, no llega a cuajar un nuevo sistema de trabajar. Eso no es un sistema comunista de trabajo. Mejor admitirlo, y aprender del ensayo, todo cuanto sirva para perfilar mejor el objetivo buscado, y el método o camino que se siguió.

El capitalismo, lo que ahora llamamos capitalismo, también tuvo un largo periodo de ensayo. No nació como un sistema, sino que acabó organizándose como un sistema.

Sus orígenes, ya lo hemos visto, no provienen, ni tienen nada que ver con el sistema en que luego se organiza.

Pero los primeros elementos que luego compondrán el sistema, encierran ya, como una simiente, las características esenciales de ese futuro sistema.

La primera rueda del mecanismo capitalista que comienza a funcionar es un proceso de trabajo, con las características, novedosas para su tiempo, que ya hemos repetido. El primer recorrido de sus diversos ciclos, pone ya en funcionamiento los apoyos necesarios en forma de instituciones. Los continuos recorridos de las diversas fases, acaban dibujando un auténtico sistema de procesos de trabajo capitalistas que, promueven para su mejor reproducción el correspondiente sistema institucional.

Se ha ido, como vemos, de lo simple y material, como es un proceso de trabajo, a lo complejo e inmaterial, como es el programa de un partido; es decir, de lo material a la idea, de lo simple a lo

complejo. Podría decirse, que este proceso lo ideó y dirigió una mente marxista. Y es el proceso del montaje y consolidación del sistema capitalista.

Si analizamos el ensayo soviético hacia el comunismo, observaremos el camino contrario. El grupo de Lenin, que alcanzó la dirección del aparato productivo y del aparato institucional en la Unión Soviética, no comenzó su camino en la producción; no comenzó ensayando un nuevo proceso de trabajo, comprobando su funcionamiento, como hicieron los capitalistas. Por el contrario, el punto de partida más significativo de los seguidos hasta alcanzar el poder, fue la fundación de una revista, como foco, alrededor del cual, se fuera creando el marco de ideas que sirvió de guía al nacimiento del partido comunista ruso.

Se partió de la idea, se partió de la institución, y se desembocó, se tomó tierra, en la producción.

El partido, una institución, organizó, ordenó, los procesos de trabajo.

En el capitalismo ocurrió al revés, la producción organizó las instituciones (el partido, los partidos) en la forma más conveniente para reproducir sus procesos de trabajo.

El proceso de formación del capitalismo, su desarrollo y maduración, seguirá una tendencia de encajonamiento y conducción de las instituciones por parte de la producción.

Y el proceso de desarrollo del comunismo ruso, seguiría una tendencia de encajonamiento y conducción de la economía por parte de las instituciones. Exactamente un camino opuesto.

Si la magia consiste en pretender la obtención de resultados contrarios a las leyes naturales, a través de artes o ciencias ocultas, mediante ciertos actos y palabras; el comunismo, desde sus primeros pasos, ha tenido algo de mágico; y parte de su encanto ha debido consistir en la falta de proporción entre los medios de que

disponía y las brillantes metas que se pretendía alcanzar; es decir, en su magia.

Pensar, pretender, y hacer creer, que los obreros y los campesinos, acabarán dominando la producción y controlando las instituciones, siempre que tengan como guía, protector y maestro, al partido comunista, tiene algo de magia, tiene algo de ciencia oculta.

A la presente, en la Unión Soviética, no se estaba en esa vía, en ese camino, cuando obreros y campesinos dijeron ¡Basta! En China, Cuba, Corea, Vietnam, tampoco se marcha por esa vía. Obreros y campesinos mejoran en sus condiciones de trabajo y de vida (donde eso sea así), pero, en multitud de países, también mejoran sin que les guíe el partido comunista.

Esta magia, o ciencia oculta, tiene que ver con el papel de Mesías -salvador- que se atribuye este partido; sin que quede claro, de dónde arranca tanta sabiduría y tanta seguridad, dado que en la práctica histórica sus resultados no son brillantes.

El punto de arranque de su propuesta ya es muy débil. El partido es una institución, por tanto, su lugar no es la producción. Y es en la producción donde el trabajador organiza, o le organizan, el trabajo.

Al capitalista, ni le organizó, ni le organiza su empresa el partido. El partido le prestará los apoyos que precise, en el lugar y en la forma que él indicará. La iniciativa y la dirección en el trabajo, la lleva el empresario.

De forma paralela cuando un grupo de trabajadores emprende un proceso de trabajo, bajo su propia iniciativa, y bajo dirección y responsabilidad propia (una cooperativa, por ejemplo), no precisa ningún partido guía, ni salvador, ni mesiánico. La tarea que tienen delante, organizar su propio trabajo, no tiene nada de ciencia oculta, ni de magia. Se trata de aprender y practicar todo lo que los empresarios han aprendido y practicado en un par de siglos. No es lo mismo realizar el trabajo que a uno le ordenan y dirigen, que ordenarlo entre los propios trabajadores. No es lo mismo cobrar el

salario e irse a casa, que preparar y tirar adelante las iniciativas de la propia empresa.

Al Partido Comunista de España, y al P.S.O.E (puesto que tuvieron el mismo origen), se les presenta en esta cuestión una doble vía; que, hay que entender, que una no excluye a la otra.

Una sería la que recorren en la actualidad. Son dos partidos socialdemócratas, que tienen como misión principal, y casi única, compartir con los partidos de los empresarios, la creación, inspiración y dirección de las diversas instituciones que aseguran y, en su caso, mejoran, la reproducción de las relaciones de trabajo que se establecen entre obreros y empresarios. Un aparato institucional ágil y bien equipado, repercute, sin duda, en el bienestar general, es decir, de los empresarios y de los obreros.

Se trata, en todo caso, de una función de perfeccionamiento del sistema, en la que, por esta misma razón, no caben mesianismos, ni magias, ni ciencias ocultas. Se trata, principalmente, de que obreros y campesinos, trabajen y vivan mejor.

Esto último lo lleva mejor el partido socialista que el comunista, dónde, de vez en cuando, alguno de sus dirigentes pretende dar la sensación de que no forman parte de un sistema que, por otra parte, dicen detestar. Un coletazo, seguramente.

La otra vía, compatible con la anterior, consistiría en prestar parte de sus aparatos, para ponerlos a disposición de las necesidades institucionales de la nueva forma de producir (procesos de trabajo colectivos por cuenta propia).

Esta nueva función comportaría una parcial reconversión, mejor dicho, una profunda reconversión parcial, de parte del aparato del partido; ya que, difícilmente se conseguiría que el conjunto del aparato, del partido, se ocupara, al mismo tiempo, de la reproducción de la relación de trabajo capitalista, y de la reproducción del nuevo sistema del trabajo en común. No es que sean unas labores incompatibles, pero, lo cierto es que responden a objetivos y sistemas distintos.

En cualquier caso, difícilmente se encontrará una institución mejor preparada para las nuevas funciones. Ambos partidos tienen como base a los trabajadores; y el origen de ambos, repetimos, tienen mucho que ver con el intento de autoorganización de los trabajadores.

**La práctica política acabó orientando a la teoría de nuestros partidos socialistas y comunistas**.-

En sus funciones actuales, tanto el P.S.O.E como el P.C, se han equipado con un herramental muy parecido al que precisan las instituciones de los capitalistas.

En primer lugar, necesitan aportaciones periódicas de dinero para pagar locales e instalaciones en que situar sus sedes, sus oficinas; el alquiler de los inmuebles adecuados para grandes reuniones, el material para publicaciones, propaganda, gastos de viajes, comidas; los sueldos de todos los empleados que mueven este notable aparato, así como la Seguridad Social de los mismos, etc.

A estos gastos, tanto las instituciones patronales, como las de los trabajadores, pueden hacer frente con las cantidades que el Parlamento prepara para este fin. Ya hemos visto en otro lugar, la forma en que se calcula lo que corresponde a cada institución.

En todo caso, lo que interesa aquí, es señalar este paralelismo, este trato igual a trabajadores, y empresarios, en lo que se refiere a sus representaciones políticas y sindicales.

El fundamento teórico y práctico de este tratamiento igualitario, no es otro que la función conjunta, de unos y otros, en la

reproducción de las relaciones que los unen en el trabajo, en la producción.

Convenir los salarios, la jornada, los rendimientos exigibles, la adecuación constante de la plantilla a las necesidades cambiantes de la empresa; señalar un salario mínimo interprofesional, una jornada máxima, unas vacaciones y permisos mínimos, unos descansos obligatorios, unas normas de seguridad, unas indemnizaciones en caso de extinción (finalización) del contrato por conveniencia del empresario; señalar un sistema de pensiones, de subsidios; y de forma más general, establecer una asistencia sanitaria universal (para todos), y una enseñanza general obligatoria.

Convenir, concertar, todo ello, a nivel de la empresa, a nivel del sector (construcción, metal, hostelería), y nivel estatal (en el Parlamento), es la función esencial de las instituciones de empresarios y trabajadores, y por la que merecen que se les pague, no solo los gastos que ello les ocasiona, sino los sueldos, salarios, dietas (gastos de viajes, comidas y hoteles donde dormir, ocasionados por el propio trabajo), así como las instalaciones materiales precisas.

Esta función conjunta, en colaboración, les iguala, no solamente, en esta paridad de trato, en lo que al dinero se refiere, sino a los honores, tratamiento personal (los parlamentarios son “su señoría”), asistencia a actos solemnes, representación en las principales instituciones.

Tanta coincidencia en sus actividades y en sus principales objetivos, hace que los miembros activos de unas y otras instituciones, de trabajadores y de empresarios, participen de una formación, de una preparación, de una “cultura” común. Hoy día, un dirigente de una institución empresarial y uno de una de los trabajadores, utilizan el mismo lenguaje, los mismos datos, los mismos conocimientos; si bien, si hay público delante, procurarán hacer ver que dicen cosas distintas.

Esto tiene toda la lógica; están hablando del mismo sistema, del mismo crecimiento, del mismo desarrollo.

Una de las consecuencias, que consideramos de gran importancia en este estudio sobre el comunismo, es el efecto que todo esto tiene en la formación de los militantes de las instituciones de los trabajadores.

Pensemos en los miembros del P.S.O.E y P.C. (o Izquierda Unida) que entran en el Parlamento. En los grupos o comisiones entre los que se distribuyen, deberán hacer frente a estudios relacionados con la Defensa, Asuntos Exteriores, Economía y Hacienda, Trabajo, Educación, Fomento, etc. Para ello, deben documentarse, prepararse, para, todos en común, sacar adelante las leyes y acuerdos que permitan apoyar el objetivo común perseguido: el mejor funcionamiento del capital en sus distintos ciclos. Las diferencias que surjan en cuestiones como el aborto, la obligatoriedad de la religión, el terrorismo, los nacionalismos, etc., no afectan para nada, o muy lateralmente, al objetivo principal. Con y sin aborto, con religión obligatoria o no, con o sin nacionalismos, con y sin terrorismo, los problemas del desarrollo y reproducción del capital, son sensiblemente los mismos. En el país del capitalismo triunfante, los E.E.U.U., donde no existe el partido socialista, ni el comunista, ni falta que les hace, este tipo de problemas que acabamos de citar (junto con el de la pena de muerte), no distrae a sus parlamentarios de la tarea central que tienen en común: (su Presidente lo dice muy bien) “Las empresas americanas no deben encontrar obstáculos en su desarrollo”.

Cuando el parlamentario del P.C., lleva diez años con estas prácticas, su visión sobre las instituciones y la relación de éstas con la producción, con el trabajo, ha de coincidir con lo que se conoce como la visión socialdemócrata. Si no es así, se retirará del frente activo; dejará la política, o se irá del partido.

La razón es que, en toda la extensión que haya podido alcanzar su actividad institucional, no habrá podido encontrar otros elementos, otras relaciones, que las que constituyen el sistema institucional de la socialdemocracia. O la socialdemocracia, o el puro liberalismo; no ha visto otro resquicio.

Si la experiencia del dirigente comunista ha tenido lugar en un Parlamento de Comunidad Autónoma, en una Diputación (especie de paraguas-coordinador de los Ayuntamientos de su provincia), o en un Ayuntamiento, los resultados no van a cambiar mucho. Socialdemocracia o liberalismo; puros o combinados. Eso es lo que se reparte.

Un partido como el P.C., o como el P.S.O.E, cuya pretensión única es la de participar en las instituciones, para, a través de ellas, conseguir las mejores condiciones en la prestación de su actividad por parte de los trabajadores (salario, jornada, seguridad, ambiente apropiado), así como en las demás condiciones de su vida (pensiones, sanidad, educación, medio ambiente); han de centrar sus objetivos, y así lo hacen, en conseguir su mayor presencia, y si es posible su control, en las instituciones que acabamos de citar.

Al centrar en ese objetivo lo esencial de su actividad, el principal medio para conseguirlo, ha de ser tener el mejor resultado en los procesos electorales, a través de los cuales, se eligen los miembros de esas instituciones.

Para tener éxito en esta tarea, es preciso contar con individuos que tengan determinadas características para presentarlos como candidatos a los puestos que salen a elección. Han de saber expresarse con claridad, ser conocidos (lo más posible) por los electores, tener un cierto nivel de conocimientos generales (aunque el caso de Lula, en Brasil, deja suficientemente claro en qué consiste esa exigencia), una cierta seguridad en sus planteamientos, sobre todo al enfrentarse con los “tiburones” del capital.

En la elección de los candidatos, en las actividades electorales de los mismos (mítines, entrevistas, presencia en actos sociales –ferias, fiestas, manifestaciones-), en el conocimiento de los adversarios (sobre todo sus debilidades), etc., se precisa contar con personal especializado en este terreno. Este personal, en la medida en que contribuye a que el candidato llegue a ser parlamentario, alcalde, presidente de Gobierno, acaba teniendo un gran peso entre los miembros del partido.

Como puede apreciarse, en estas tareas, las principales del partido según hemos visto, acaba formándose, porque es indispensable, un aparato electoral, un aparato político, un aparato administrativo (papeles y gestiones), un aparato económico (los dineros); que juntos constituyen lo que se conoce como “el aparato” del partido.

El trabajador joven que se interesa en el comunismo, o simplemente por la suerte de los obreros, y se acerca por una sede (casa) del partido, se encuentran con esta gente del aparato.

Me gustaría apuntarme al partido, para hacer algo, dice. De acuerdo con su domicilio, su tipo de trabajo y sus preferencias, lo “encuadran” en una de las actividades, con lo cual queda incorporado a la familia comunista y a sus funciones políticas.

En esta práctica política, a la que se incorpora, no va a aprender lo que es el comunismo. Ayudará a que los obreros tengan un valedor en las instituciones, un representante suyo que cuide de sus intereses, una casa donde se le escuchará, un sindicato que lo defenderá. Pero, por mucho tiempo que dure su práctica política en el partido, no se encontrará, ni con una actividad que tenga algo que ver con el comunismo, ni con un soporte teórico, unos conocimientos, aunque sean elementales, que le sitúen en el punto de vista que tuvo Marx sobre el trabajo y sobre el lugar del trabajador en la sociedad: sobre el marxismo.

**La teoría marxista y su aplicación.-**

Esto no hace más que confirmar algo que ya vimos más atrás. La reflexión sobre la práctica es lo que alimenta la teoría. La teoría siempre ayuda a la práctica, iluminando su camino.

Preguntarse cual es primero, o cual es más importante, sería repetir lo que también vimos con el huevo y la gallina.

Carlos Marx trabajó teóricamente sobre una práctica de trabajo capitalista y de su reflexión sobre ese material práctico, obtuvo conceptos, principios, leyes, aplicables a cualesquiera de las formas concretas de la producción. Sus conceptos nos sirven para entender mejor el trabajo y las formas concretas de su realización, para entender mejor las instituciones y sus funciones respecto al trabajo.

Es decir, nos dio herramientas conceptuales, que pueden ser aplicables al capitalismo o al comunismo. No nos "enseñó" lo que es el comunismo. Él no lo sabía. Los grandes físicos teóricos no dijeron cómo se hacían los coches, los aviones, los aparatos informáticos; ellos no lo sabían. Los ingenieros, los mecánicos, los diseñadores, aplicando sus principios, han ido ensayando y probando lo que luego han sido esos objetos utilizables.

Adam Smith, David Ricardo, por su parte, tampoco enseñaron a los empresarios cómo se maneja una factoría industrial. Ellos no lo sabían. Se habían limitado, en su labor investigadora, a elaborar los principios teóricos, los conceptos muy generales (como los físicos), que ayudaban a entender mejor las leyes del movimiento del capital en sus diversos ciclos.

El primero, se enfrentó a algo tan abstracto como es el concepto de riqueza; pero en su búsqueda desbrozó un terreno teórico absolutamente en barbecho, permitiendo que tras él, otros investigadores, aprendieran de su método de trabajo, y se atrevieran a avanzar siguiendo los surcos que él trazó. Él introdujo el concepto de valor, que luego utilizó ampliamente Marx.

El segundo, Ricardo, a quien encargaron en el Parlamento inglés un estudio sobre la imposición (los impuestos; en concreto, sobre quién debía pagar los impuestos); se elevó en su investigación hasta los mismos principios (así se llamó su obra más famosa: "Principios de Economía Política") de la actividad económica, dejando para sus continuadores unos valiosos conceptos sobre el salario y sobre la renta (la renta que se pagaba y se paga a los

propietarios de la tierra, del suelo), y que, asimismo, utilizó abundantemente C., Marx en su libro “El Capital”.

Hay, como vemos, una práctica social, el trabajo, sobre la cual, y sobre las condiciones en que se desenvuelve esta práctica, existe una actividad teórica.

Esta actividad teórica puede considerarse, bien en la ordenación y exposición de sus grandes principios (al igual que en las ciencias naturales –la física, por ejemplo-existe la investigación básica); o bien, puede ser vista desde su aspecto de la aplicación a la práctica, de esos principios. A esta segunda manera de considerar la ciencia, la teoría, se la suele llamar tecnología.

Pues bien, la materia sobre la que se inclina, en su reflexión, la teoría, es, tanto el trabajo, el hecho puro del trabajo, como los efectos sobre éste, de los principios puros de la propia teoría, es decir, de la tecnología.

En las ciencias físicas, la gran investigación, la que busca los grandes principios que ayudan a entender mejor el movimiento de los objetos en el universo, y las leyes de estos movimientos, así como las propiedades de la materia y la energía, siempre que se puedan medir, tiene el mayor interés en los resultados de las aplicaciones tecnológicas de estos principios. Si la lógica, o la matemática pueden ayudar a ordenar, depurar, armonizar, estos principios, la tecnología ayuda a centrar el objetivo de su actividad, a dirigir el foco hacia una determinada zona.

Esto hace que, teoría y tecnología, se miren mutuamente, conscientes de su mutua dependencia.

En las ciencias sociales, la gran ciencia, la investigación básica, la de los grandes principios, tiene, asimismo su enganche con la realidad que estudia, a través, principalmente, de la tecnología.

En nuestro caso, en nuestra parcela, cuyo objeto central es el trabajo, el mayor flujo de datos, llega a la teoría, a través de las instituciones. Estas, las instituciones vienen a ser los instrumentos

tecnológicos, que se sitúan, entre los grandes principios teóricos, y la realidad que éstos estudian, trasladando a la teoría sus efectos sobre la realidad.

Marx, partiendo de la misma realidad, y utilizando los mismos conceptos elaborados por los miembros de la escuela clásica de economía inglesa, elaboró otros principios, que permitían contemplar la posibilidad de una producción basada en procesos de trabajo colectivos por cuenta propia.

Ningún principio, ningún concepto, elaborando por Marx, contradice en nada los de la escuela inglesa.

Marx saca punta, elabora conceptos, a partir de los conceptos que aprende de los maestros ingleses de la economía capitalista.

La existencia, la posible existencia, de procesos de trabajo colectivos por cuenta propia, y su funcionamiento, también posible funcionamiento, no contradice en ningún punto las teorías, los conceptos, de la escuela clásica de la economía liberal inglesa.

El trabajador, los medios de trabajo, el mercado, la libertad de contratación, la concurrencia, etc, etc., son elementos comunes a los procesos de trabajo colectivos, por cuenta ajena y por cuenta propia.

Un llano situado a unos metros de nivel más bajo que un manantial de agua, teóricamente puede ser un campo de regadío. Lo dice la ciencia, lo dice la física. Ningún científico lo negará.

Ningún científico puede negar la viabilidad teórica, la validez teórica, de la posible existencia y funcionamiento de procesos colectivos de trabajo por cuenta propia.

Ese es el centro de la teoría marxista sobre la producción, sobre el trabajo.

Es el nivel de los principios, es el nivel de la ciencia. La aplicación de esos principios, la aplicación de la ciencia, es otro nivel, tiene lugar en otro escenario, presenta otras exigencias.

Al aterrizar los principios en el terreno real de lo concreto, comienzan las exigencias.

El agua del manantial ¿es apropiada para regar?, ¿o es salada?, ¿tenemos medios para desalarla?

El terreno del llano ¿es apropiado para cultivarse? ¿o está sembrado de losas planas de granito?

Si el agua es buena y el terreno es cultivable, ¿disponemos de los medios para la conducción y distribución del agua?

Si el agua es de un propietario, y el terreno de varios propietarios ¿pondremos de acuerdo a todos, unos con otros?

Si el precio del agua, los costes del cultivo y los gastos del transporte, dan como resultado un precio más alto del que rige en el mercado para ese producto, ¿tiene algún sentido cultivarlo?

Según la situación concreta, según se cumplan o no una serie de exigencias, el llano se convertirá en regadío, o no.

Se cumplan, o no, la exigencias, el principio sigue vivo y válido. Un llano situado a un nivel más bajo que un manantial lindante, se puede convertir en regadío. Es una ley física, la ley de la gravedad. El nivel de lo concreto nos dirá la serie de condiciones que han de darse para que ese principio se convierta en un hecho.

Marx estudió con especial atención el proceso de trabajo por cuenta ajena, es decir, la producción capitalista. Estudió al trabajador y al capitalista, y a las relaciones que se establecen entre ellos, a través de la propiedad de los medios de trabajo.

De sus investigaciones se desprende la posibilidad teórica de una combinación distinta entre el trabajador y los medios de trabajo. Aquella en que, el trabajador colectivo es, al mismo tiempo, propietario colectivo de los medios de trabajo.

Si la anterior combinación estudiada se llama capitalista, ésta se llamará socialista o comunista.

Hay que repetir que los dos principios, los dos tipos de principios, que rigen una y otra forma de trabajar, han tenido como objeto de reflexión, la misma realidad: el trabajo colectivo por cuenta ajena. David Ricardo y Carlos Marx trabajan sobre la misma realidad.

Pues bien, ya tenemos un llano, y un manantial de agua vecino, situado a un nivel superior.

¿Quién lo convierte en regadío?

Lenin, Trotski, Kámenev, Stalin, Bujarin, Zinóviev; un grupo de comunistas rusos, dirigiendo al Partido Comunista (entonces llamado Bolchevique), creen que se dan las condiciones concretas, para que ese principio pueda ser aplicado a la producción rusa.

Han debido suponer que el agua y el terrenos son aptos (a propósito para este fin); que se dispone (o se dispondrá) de los medios de conducción y distribución del agua; que los propietarios del agua y los terrenos se avendrán a un acuerdo; y que los costes de producción permitirían precios competitivos (que permitan competir en el mercado).

¿Quién discute y decide si se dan o no las condiciones, si se dispone o no de los medios necesarios, para ensayar la operación "regadío?"

Si estamos en una sociedad capitalista; si estamos en una producción en que los procesos de trabajo por cuenta ajena forman su tronco principal; la decisión la tomarán los poseedores, los dueños, de los medios de trabajo, los empresarios.

Las instituciones, cumpliendo su misión, prestarán los servicios que se les encomienden, para facilitar el desarrollo de la operación productiva, bajo las indicaciones, siempre, de los agentes que dirigen los procesos de trabajo.

Entre estas instituciones, y en un lugar muy especial, se encuentra el partido político, el partido conservador, popular, liberal, o el nombre que le den sus financiadores, los empresarios. Y su lugar, entre las instituciones es muy singular, porque su función es, precisamente, el de dirigir estas instituciones, o más precisamente, su funcionamiento correcto.

Por tanto, el estudio de viabilidad (posibilidad de realización) corresponderá a las instituciones, inspiradas dirigidas por el partido (ministerios técnicos –obras públicas, Industria, Tecnológica, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, etc); pero las decisiones (se hace o no; se hace en este momento, o no; se hace de ésta u otra manera) las tomarán los empresarios. Y la razón es, que son los dueños de los medios de trabajo, y por eso dirigen los procesos en que éstos intervienen.

¿Y si no estamos en una sociedad capitalista?, ¿Y si estamos, por ejemplo, en la Rusia Bolchevique, en la Rusia de los tiempos de Lenin? ¿Qué pasa con el “regadío?”

Lo que ocurriría, lo que ocurrió, es que se cumplió el mismo principio, la misma ley: quien decide es quien dispone de los medios de trabajo. Y quien disponía de los medios de trabajo era el Partido Comunista.

Por esa razón, el Partido Comunista ruso, no se comportó como un partido político, sino como un empresario, como un propietario de los medios de trabajo.

Los partidos políticos no pueden convertirse en propietarios de los medios de producción, sin dejar de cumplir sus funciones propias de un partido político, es decir, de una institución. Y no de una institución cualquiera, sino de la institución que tiene como función propia, la de servir de guía, de directora de las demás instituciones.

Seguramente, éste debió ser el sentido más profundo de la renuncia al marxismo planteada por Felipe González, cuando era secretario general del P.S.O.E; un partido político que arrancaba en sus inicios, con un fuerte componente marxista.

Si el Partido Socialista Obrero Español aspira a gobernar en España, es decir a dirigir las instituciones del país, y se considera marxista, seguramente habría –como así lo consideró su secretario general –algún tipo de desajuste.

La discusión teórica no fue muy brillante. Alfonso Guerra cuenta que la mayor parte de los discutidores habrían tenido dificultades para distinguir una postura marxista, de una antimarxista.

La práctica, sin embargo, tomó el camino derecho. Se prepararon las elecciones, se ganaron, en su momento, y se gobernó.

Lo de si el PSOE es o no marxista en sus estatutos, quedó en unas cuantas palabras, que vienen a decir lo que uno quiera que digan.

De cualquier manera, la práctica, ya larga, de gobierno, permite contestar a la pregunta que nos veníamos haciendo a propósito del "regadío" (¿Quién organizará las tareas de su ejecución?): la dirección la llevarán los empresarios, puesto que de ellos son, el agua, el terreno, las conducciones, las herramientas necesarias.

Felipe González y su grupo, la práctica totalidad de la dirección del partido, decidieron poner a un lado la cuestión (al menos de momento), y encarar inmediatamente el conjunto de problemas que arrastraba la sociedad española en aquellos años. El propio González creía apuntar muy bien, cuando englobaba a estos problemas a través de sus frases conocidas, como "hay que modernizar España" y "primero hay que crear el pastel, luego lo repartiremos."

Es difícil evitar la tentación de recordar la decisión de Lenin y su grupo, su partido, cuando tuvieron en su mano la dirección de las instituciones (gobierno, Fuerzas Armadas), así como la dirección de la producción. Desde el primer momento enderezaron toda su

actividad a la “modernización” de Rusia, y al aumento del pastel, para su posterior reparto.

El Partido Comunista ruso atribuyó la dirección de todo el proceso a los dirigentes del propio partido. Y el Partido Socialista Obrero Español juzgó conveniente que la dirección de la producción la mantuvieran los empresarios, si bien procurando, desde las instituciones, influir en la medida que fuera posible, en la mejora de las condiciones de trabajo y vida de los obreros y demás trabajadores.

Como podemos comprobar hoy, la práctica de unos y otros, rusos y españoles, marxistas en su origen, uno y otro partido, les ha llevado al mismo resultado: la producción en manos de los empresarios.

Ambos partidos pueden, con toda razón, sostener que su práctica no tenía otro norte que la mejora de los obreros. Ni Stalin, en medio de sus crímenes, renegó de esta meta.

Pero la teoría no estuvo a la altura de los logros obtenidos, y sobre todo, no ha estado a la altura de los proyectos iniciales, de los proyectos presentados a los trabajadores por ambos partidos, en su nacimiento en los primero años de rodaje.

El mensaje que llegó a los obreros y campesinos rusos por parte del partido comunista ruso, y el mensaje que lanzó el partido socialista español a los obreros y a los jornaleros del campo, se ha quebrado en algún momento, ha cambiado de dirección en algún punto de su recorrido.

Nos centramos en la práctica, en la acción, en las realizaciones, del PSOE y del Partido Bolchevique, porque ambos partidos han representado a los obreros, y porque los dos han dispuesto de la dirección del Gobierno de su país respectivo.

Y nos referimos a la práctica, porque a la corta o a la larga, teoría (proyecto), y práctica (realización) tienen que marchar ajustados; y de hecho, así ha ocurrido en los dos casos que analizamos.

El ajuste ha resultado más laborioso en el caso ruso. Seguramente, uno de los motivos principales ha sido el grado distinto de penetración y asentamiento en la producción del sistema de organización del trabajo por parte de los capitalistas; muy primitivo, en el caso de Rusia; mucho más elaborado (extendido, profundizado) en el caso español.

Cuando los partidos que dirigen Lenin y González, se enfrentan a la posibilidad real de hacerse con la dirección de las instituciones, sienten lógicamente la necesidad de perfilar el proyecto que se proponen realizar.

Hasta llegar a esta situación, ambos partidos han mantenido la orientación marxista de sus proyectos.

El partido ruso mantiene, a lo largo de toda su experiencia de gobierno, que la orientación y la dirección de su práctica obedece a la teoría marxista.

El partido socialista español, ante la cercanía de la toma de la dirección del Gobierno, quiere reafirmar su orientación marxista, y sus órganos de dirección así lo manifiestan.

Su secretario general piensa, y así lo manifiesta, que él no dirigirá un partido con esa orientación, y como prueba de su determinación, dimite de su cargo (no se presenta como candidato).

Sus compañeros en la dirección del partido, piensan que sin él en la Secretaria General no se ganarán las elecciones, y se echan atrás de sus pretensiones de que el partido aparezca como marxista en su orientación.

En consecuencia, se supone que el partido ha dejado de ser marxista (en su principal eje de orientación).

Como se puede observar, el recorrido de marxistas rusos y españoles, ha sido distinto.

Los primeros, han sido (según ellos), marxistas durante su largo periodo de gobierno, aunque ahora ya no gobiernan.

Los segundos, antes de gobernar, y como condición para poder hacerlo (así lo ven ellos), dejan de ser marxistas, y disfrutan de amplios periodos de gobierno.

De forma que, quien gobernó como marxista, perdió el gobierno (los rusos); y quien dejó de ser marxista, gobernó.

La consecuencia parecería ser: si quieres gobernar, no puedes ser marxista.

Así puede ver el problema, desde fuera, un obrero. Un partido no puede decir que es marxista, porque entonces no ganará las elecciones; y si no gana las elecciones, ¿Cómo le va a ayudar a mejorar sus condiciones de trabajo y de vida?

Esa ha sido la práctica, esa ha sido la apariencia. Los jóvenes obreros de nuestros días eso es lo que han visto, y eso es lo que deducen de lo que han visto, y de lo que les cuentan sus mayores. Hay que luchar, hay que organizarse para juntos conseguir mejorar las condiciones de nuestro trabajo y de nuestra vida; y a la institución que mejor cumpla estas finalidades será a la que apoyaremos, sea sindicato o sea partido; sea de derecha o sea de izquierda; diga lo que diga en sus estatutos, o en su propaganda; a nosotros lo que nos interesa es nuestro bienestar. ¿Quién ha conseguido los mejores niveles de vida? Los obreros Americanos; pues nosotros, como los obreros americanos. ¿Cómo los obreros suecos?; pues, nosotros como los obreros suecos.

Esta práctica actual de los obreros europeos, de los americanos, y bien mirado, de todo el mundo, obedece a una teoría. Como todas las prácticas, llevan en su seno, en su interior, una teoría, una forma de entender la propia práctica.

Porque, vamos a ver, ¿quién dirigía la producción rusa, antes del comunismo, durante el comunismo, y ahora, después del comunismo? Los obreros no. Los obreros no estaban, durante y antes del comunismo, capacitados para llevar la dirección de sus

procesos de trabajo. Ni ahora, al acabar el comunismo, tampoco lo estaban.

Antes del comunismo los procesos de trabajos colectivos, industriales, mineros, agrícolas, de transporte, etc. los dirigían los empresarios, arropados por todos sus equipos técnicos. Los comunistas mantuvieron, prácticamente, todos los equipos técnicos (a veces hasta el propio empresario como un técnico más), y ocuparon el lugar del empresario con uno, o varios, miembros del partido, que, en principio gozaban de toda la confianza de los obreros (en el sentido de que todo lo decidirían en beneficio y provecho de los propios obreros). Pero ellos, los obreros, mantuvieron el mismo papel, las mismas funciones.

Una vez finalizada la larga experiencia comunista, la dirección ha sido devuelta a los empresarios otra vez. Los equipos técnicos han seguido siendo lo mismos. El esquema organizativo del trabajo de los obreros, para ellos, no ha cambiado, prácticamente, nada.

A esa práctica, no corresponde la teoría marxista. El partido comunista ruso, podía afirmar, y hacer ostentación de su orientación marxista, pero su práctica, no se corresponde con ella.

Los obreros no progresaron en la doble vía, de la propiedad de los medios con que trabajaban, ni en la efectiva dirección y control de los propios procesos de trabajo. No se ha tratado de un problema de lentitud en este doble arranque de esta doble vía. Se trata de que estas vías de avance, ni se han intentado.

Y la esencia del marxismo consiste en eso, precisamente. Solo en eso.

Es inútil pasarse setenta años pregonando el marxismo, cuando en la práctica no se ha dado ni un paso en la dirección que él señala.

Es como el Papa y los Obispos, proclamando la pobreza desde sus palacios. Es la negación de la evidencia.

A la dirección del PSOE se le planteó este problema, cuando tuvieron a la vista la posibilidad de dirigir las instituciones (Parlamento, Gobierno, Fuerzas Armadas).

Porque, si gobernaban, y eran marxistas, ¿Qué harían? Desde luego, lo que habían hecho, y en ese momento seguían haciendo, los rusos, no. No. Entre otras cosas, porque ellos no eran comunistas; y los rusos, si.

Es decir, lo que estaba claro, es que ellos no gobernarían como los comunistas rusos. Eso sí que estaba claro. Pero, entonces, qué significado tenía que el partido se proclamara en sus estatutos como marxista.

Felipe González debía tener muy claro en qué consistiría su gestión al frente de las instituciones; que coincidiría con lo que, efectivamente, llevó a cabo. Y, la verdad, debió pensar, llamar a eso marxismo, es casi como lo de los Obispos y el Papa.

Los dirigentes del partido que se inclinaban por lo del marxismo; una de dos, o como dice Guerra no tenían muy perfilado lo que significa marxismo; o tenían poca información sobre lo que el partido haría dirigiendo las instituciones. Podría ser lo segundo, dado que casi todos no han tenido protagonismo en la gobernación del país, lo que hace pensar que no era el camino que ellos preferían. Es lástima, porque nos hemos perdido otra versión de la práctica del marxismo.

En cualquier caso, se impuso la visión de las cosas que tenía, y parece que sigue teniendo, Felipe González, y con él el propio partido.

La práctica del PSOE, desemboca en el mismo lugar que lo hace la práctica del partido comunista ruso. Dejemos a los empresarios dirigir la producción. Nosotros nos ocuparemos de que, dentro de las reglas que ellos adopten, se tengan en cuenta los intereses de los obreros. Y esta función, la llevaremos a cabo, en un escenario distinto de la producción. Esta función la desempañaremos desde las instituciones, fundamentalmente desde el partido y el sindicato.

Esta práctica, utiliza la brújula para buscar su norte, que no es, efectivamente, la teoría marxista.

La teoría que guía estas prácticas, llamadas, conocidas todas ellas como prácticas socialdemócratas, no difiere de la de los empresarios. Es la teoría liberal. La de los grandes maestros de la escuela inglesa de economía de los que partió Marx en sus estudios sobre el trabajo y las relaciones que establecen las personas que participan en él.

Inspiradas en esta teoría liberal, vemos cómo operan diversas prácticas, que si en lo esencial son idénticas, se presentan como si se tratara de acciones políticas amparadas en teorías distintas a la liberal. En realidad, no son sino variantes de ésta.

Unas de ellas, son las socialdemocracias, que amparándose en su nombre de socialistas, pretenden depender de otros conceptos teóricos que no son los de la teoría liberal. La práctica, sin embargo, coloca a cada política bajo la teoría que le corresponde. No hay más que fijarse en lo cómodo que se encuentra el capital inglés bajo gobiernos del partido del trabajo (laborista, de Tony Blair).Tan cómodo como bajo el gobierno conservador de la Sra. Thatcher.

Son variantes, pequeñas variantes del liberalismo.

Los dictadores, como Franco, Pinochet, los numerosos habidos en Centro y Suramérica, los numerosos africanos; son otra variante del liberalismo económico. La cáscara de su ordenación de las instituciones, no logra esconder la realidad de unos mismo principios en la regulación de la vida, siempre cómoda y triunfante del capital.

El núcleo duro (la yema del huevo) de la teoría liberal consiste en que la producción la ordenan y dirigen los propietarios de las condiciones materiales del trabajo. Y las instituciones no tienen otra finalidad que hacer viable y sostenible este principio.

Mientras que, el corazón de la teoría marxista consiste en que los propios trabajadores serán los propietarios de sus condiciones

materiales de trabajo y los organizadores y directores de los procesos de producción en que participan. Y las instituciones, como en el caso anterior, no existirán sino para hacer el anterior principio, viable y sostenible.

Felipe González tenía todo esto más claro que sus compañeros de dirección del partido.

Los obreros, por su parte, no parece que se hayan apasionado en este debate. Seguramente no tenían muy a mano qué se proponía hacer, por lo que a ellos se refiere, Felipe González; o lo que es lo mismo; qué consecuencias tiene para ellos que el PSOE sea, o no sea, marxista. Y por lo tanto, no se enteraron demasiado del debate.

Es importante, porque podría ocurrir como con los obreros rusos y su partido comunista, que los obreros españoles comiencen a perder la confianza en su partido socialista.

**Relación de empresarios y obreros con sus respectivos partidos políticos**.-

Si, como hemos hecho anteriormente en este estudio, volvemos a comparar la relación de los empresarios con su partido y de los obreros con el suyo, enseguida observaremos las diferencias.

En los dos congresos celebrados por el PSOE en el año 1.979, en los que se planteó el problema del marxismo en el partido, lo que se estaba ventilando, en realidad, era la intervención de los obreros en la ordenación y dirección de la producción.

Decir que el PSOE era un partido marxista era, como poco, decir que los obreros tenían su papel en esa ordenación y dirección de la producción.

Ese papel podía ser parecido al que se suponía que tenían los obreros rusos, aunque, en vez de llevarlo a cabo ellos, lo hacía en su nombre el partido comunista. Y no se trataba de un papel cualquiera, sino el de protagonista. El partido ordenaba y dirigía la producción, pero en nombre de los obreros.

Si esto era lo que significaba decir que el PSOE era marxista, a Felipe González se le debían poner los pelos de punta, solo de pensarlo. Sin embargo, parecería lo más lógico. El único partido marxista, al menos el primero, que había conseguido gobernar, había actuado así. No sería tan raro, que otros partidos marxistas también lo hicieran. Polacos, Checos, Húngaros, etc., así lo habían hecho.

Por ello, González llegó a dimitir, a no seguir.

Los oponentes a González en el Congreso de 1.979, no acabaron de concretar el papel que ellos otorgaban a los obreros en la ordenación y dirección de la producción. Vista la postura del dimitido secretario general, no debieron querer correr el riesgo de entorpecer una victoria electoral que se veía como posible.

Se perdió así la oportunidad de conocer qué papel daban ellos a los obreros en la producción. Y no se trataba de militantes de base, eran la mayoría de los dirigentes.

La cuestión se zanjó, como sabemos, otorgando a los obreros, en la ordenación y dirección de la producción el papel de... obreros.

Íbamos a comparar las relaciones de los obreros y empresarios, con sus partidos respectivos.

Y acabamos de ver, cómo, el partido de los obreros discute y decide, el papel a desempeñar por los obreros, en su trabajo, en la producción.

¿Es concebible pensar en un Congreso del partido conservador, en el que se discuta y decida el papel de los empresarios en la producción?

Es tal la subordinación del partido conservador a los empresarios, que se hace impensable que tal cosa se pueda plantear en un congreso, por extraordinario que éste sea.

Los empresarios ordenan, y dirigen el trabajo de los obreros que trabajan para ellos. Es esto lo que hace que sean empresarios; es eso lo que define su papel en la producción. Los partidos conservadores, no pueden hacer otra cosa, que ofrecer sus servicios para facilitarles el desempeño de ese papel. Lo que no se pueden permitir es una discusión sobre el propio papel, la función misma, de los empresarios; como no sea para afirmarlos, fundamentarlos, ensalzarlos, defenderlos.

Teniendo a la vista una producción firmemente apoyada en estos principios de organización, los partidos de los empresarios, tienen sus objetivos y tareas, previamente, antes de empezar a funcionar, perfectamente delimitados. Si quieren ser partidos conservadores (llámese Unión de Centro Democrático, Alianza Popular, Partido Popular, Partido Nacionalista Vasco, Convergencia y Unión), han de moverse en esos límites estrictos.

Los partidos de los obreros, si bien se mira, lo tienen igual de claro. La función, el papel, de los obreros en la producción, está tan definida como la de los empresarios, mejor dicho, está definida por la de los empresarios. Si el papel de los empresarios se concreta en la organización y dirección de la producción, es decir, del trabajo de los obreros; el papel de los obreros, no puede ser otro que el de ejecución de las labores organizadas y dirigidas por los empresarios.

Felipe González, con esta aplastante realidad ante la vista, debía decirse: ¿hacia dónde deben estar mirando estos muchachos? Porque yo, fijándome en lo que tengo delante, lo que no se me ocurre, es preguntarme quién organiza y dirige esta producción; ¡Quién carajo la va a dirigir! (Se dice que Felipe González coloquialmente habla así). Y si esto ha de funcionar así, y ésta es mi manera de verlo, ¿a qué viene decir ahora que somos un partido marxista? ¿Para que se asusten los empresarios? ¿Para que se desorienten los obreros?

Ya hemos visto que, la apariencia de que el partido de los empresarios tiene con éstos la misma relación que el partido de los obreros con estos últimos, es eso, una apariencia. Si escarbamos, la realidad es bien distinta.

La apariencia, la primera impresión, lo que se ve a primera vista en la superficie, sería como sigue.

En el Parlamento se sientan los elegidos por los votantes.

En el Parlamento es donde se forman las mayorías para formar el Gobierno.

En el Parlamento es donde se elaboran y aprueban las leyes que regulan las relaciones entre los ciudadanos; también, por lo tanto, las referidas a la propiedad y al trabajo.

En el Parlamento habría dos bandos. Los partidos que defienden los intereses de los empresarios, y los que defienden los de los obreros.

Según esta manera de verlo, los de los empresarios serían los de derechas y los de los obreros, de izquierdas.

Llenar al Parlamento con partidos de izquierda, sería el objetivo del votante de los obreros, y el de los empresarios sería llenarlo de parlamentarios derechistas.

Con trazos muy gruesos, de brocha gorda, así se les presenta a la mayoría de los obreros europeos su participación en las elecciones parlamentarias (centrales o autonómicas o regionales), y locales (Ayuntamientos). Porque ésta es también, con trazos muy gruesos, la presentación de su oferta electoral, de su proyecto, por parte de los partidos de los obreros españoles, fundamentalmente PSOE e Izquierda Unida (socialistas y comunistas).

Todas estas apariencias, todas estas formas de presentarse los partidos de los obreros, acaban creando una situación de simetría, una ilusión de que el partido que dirija las instituciones, sea

de los empresarios o de los obreros, podrá realizar, llevar a término con la misma facilidad, sus proyectos.

De manera que, a través de victorias electorales sucesivas, los partidos obreros socialistas, por ejemplo, o comunistas, podrían llevar a la construcción del socialismo o del comunismo. Mientras que, de la misma manera, victorias sucesivas de los partidos de los empresarios, encajarían a la producción, y a la sociedad, en los moldes del capitalismo.

Esta simetría, esta igualdad exacta entre las dos partes que ventilan sus intereses en el Parlamento y en el Gobierno, está en la base de la creencia de que el socialismo puede llegar a alcanzarse a través de la victoria en las elecciones de los partidos obreros.

Esta apariencia de simetría, diría más o menos así: quien se haga con el aparato del Estado, dará la forma, dirigirá la producción y la sociedad en general. En el capitalismo lo han logrado los empresarios. Los obreros lo lograrán y podrán construir el socialismo, una vez dominen, manejen el aparato del Estado; cosa que pueden lograr a través de la revolución (violenta), o de las vías democráticas, por medio de las victorias electorales de sus partidos.

Este esquema estaba presente en los planteamientos de Lenin, de Stalin, de Marx, de Castro. Nos referimos, claro está, a la vía violenta revolucionaria.

Y este mismo esquema estaba en la base de lo que se llamó el eurocomunismo. Se trataba de lograr en Europa, en la Europa “libre”, la construcción del comunismo, sin recurrir a la violencia, a través de la conquista pacífica y democrática de todos los resortes del aparato del Estado.

La simetría, la igualdad de oportunidades consistiría en un torneo, una carrera, en la que los partidos de los empresarios y de los obreros, en una sana competición disputarían el control del Parlamento, Gobierno, y demás instituciones, y desde ellas podrán ir haciendo realidad sus respectivos proyectos.

Esta visión, esta manera de ver la “competición” entre las organizaciones obreras y las de los empresarios, presente en las organizaciones obreras españolas también, tiene, sin embargo, unas características singulares.

El esquema de este reparto de papeles entre los partidos que representan los intereses distintos de empresarios y obreros, está generalmente presente en la mente del votante obrero. Y esta es la primera característica. La segunda es que, no obstante lo anterior, con bastante frecuencia, se encarga la defensa de los propios intereses al equipo contrario, por creer, naturalmente, que los defenderá mejor que el partido propio.

Esta práctica, absolutamente generalizada en todos los países capitalistas de democracia parlamentaria, nos alerta primero, y nos confirma, después, sobre el hecho de que estos esquemas, esta visión, esta presentación que se nos hace, que se hace a los obreros, del juego parlamentario, es solo un juego de apariencias; de manera que en él, no se muestra el fondo de los problemas, sino la superficie, las apariencias.

**Las instituciones reproducen las asimetrías que se dan en las relaciones de la producción.-**

Efectivamente, como ya hemos visto aquí, en las instituciones no hay tal simetría (igualdad). Las instituciones se crean para reproducir la no-simetría en la producción.

La producción capitalista no establece una simetría entre empresario y trabajador, sino una profunda asimetría (falta de igualdad entre los dos elementos).

Las instituciones, al reproducir el proceso de trabajo capitalista, no pueden reflejar en su funcionamiento una simetría

que no existe, una igualdad de oportunidades que no existe. Y esa es la causa de que los trabajadores votantes no tengan seguridad ninguna de que el partido de los obreros tenga mejores posibilidades de defenderlos, que el partido de los empresarios.

De ahí, que haya tantos obreros que no votan, tantos obreros que votan al partido conservador. De ahí viene el que el país donde el sistema capitalista de producción esta mejor asentado, en los Estados Unidos de Norteamérica, no esté presente el partido socialista, ni el comunista en el Parlamento.

Esta es la causa de que todas las batallas parlamentarias tengan ese tufo de “patraña”, de ocultación de la asimetría en los problemas que se debaten y deciden, y el empreño en presentarlos como una simetría. Esta es la causa de que se diga que “todos son lo mismo” (los partidos políticos y sus políticas).

Esta desconfianza, tan extendida, tiene, como vemos, un trasfondo real. La apariencia de igualdad de oportunidades, aparece emborronada por este fondo medio invisible, pero que la contradice.

Sin embargo, el esquema de dos partes que se disputan la dirección de las instituciones (que sería el escenario y el contenido de la actividad política, según vimos), sigue siendo la forma en que se presentan los partidos políticos (y principalmente, para nosotros, los de los obreros), en toda Europa. Todos los partidos socialistas y comunistas europeos, se presentan a sus votantes, como una de las dos partes del esquema de que hablamos.

El esquema que presentan es poco claro, la confianza de los obreros votantes es escasa e insegura, como hemos podido comprobar. Sin embargo, ahí están; llevan más de un siglo funcionando, y tienen la esperanza de seguir por mucho tiempo. La asimetría, la desigualdad de los elementos del proceso de trabajo que ellos reproducen en la institución en que colaboran (Parlamento, Gobierno, etc), no es desconocida por ellos. Y, sin embargo, eso no les desanima.

El fondo, la realidad en que fundan su visión y su acción, es la existencia en el proceso del trabajo que reproducen, y en la propia

institución en que trabajan, de dos bandos, de dos partes, de dos elementos distintos. Y, por lo tanto, cabe perfectamente la posibilidad de llevar a las instituciones, la representación y defensa de los intereses de unos y otros.

En resumen:

En un país capitalista, como el nuestro, la apariencia de las instituciones (el Parlamento, ya que es la principal), es que en su seno hay paridad, igualdad de posibilidades entre los representantes elegidos por los trabajadores y los elegidos por los trabajadores y los elegidos por los empresarios; hay simetría entre lo que pueden conseguir unos y otros.

Si esto es así, un partido socialista, si gana las elecciones, podría conseguir realizar una sociedad de los trabajadores, una sociedad socialista.

Un obrero joven, con poca experiencia todavía en la vida, puede entenderlo así.

Si ganan las derechas, tendremos una sociedad capitalista, pero si ganan las izquierdas, tendremos una sociedad socialista o comunista. Y si no, ¿para que votamos?

Las apariencias le hacen verlo así. El Parlamento es la institución más importante, de ella dependen todas las demás. Allí se hacen las leyes, las leyes están sometidas todas las personas y todas las instituciones, incluidos los Tribunales. Y el Parlamento es elegido por todos los ciudadanos mayores de edad, organizados en partidos políticos. Si ganan los representantes de los obreros, socialista y comunistas, tendremos una sociedad socialista o comunista.

Siendo esto así, es una ilusión para un obrero ir a votar. Y así lo hace él.

Bien es verdad que nadie le ha explicado lo que es una sociedad socialista, pero debe ser una en que los obreros viven mejor.

Si esta es la apariencia, la experiencia va enseñando a nuestro joven obrero, por lo pronto: que por muchas veces que gane un partido socialista, la sociedad sigue siendo capitalista.

Consecuencia que saca: no sé bien qué es una sociedad socialista, pero lo que si tengo claro es que, sea lo que sea, no saldrá del Parlamento; ni del Parlamento ni de ninguna otra institución.

Si los hechos son esos, y la consecuencia está bien sacada, ¿para qué sirve un partido obrero en el Parlamento?

Los obreros norteamericanos creen que es más útil votar a uno de los partidos del capital, y así lo hacen.

Estos hechos, verdaderamente destrozan la primera idea ingenua que se hizo nuestro joven obrero sobre el papel de los partidos obreros en el Parlamento. No solamente no van en las mismas condiciones, con las mismas posibilidades, a la lucha parlamentaria, sino que su presencia, ni siquiera es necesaria. Y no solo en el Parlamento, los obreros norteamericanos no necesitan al partido socialista y al comunista, en ningún sitio.

Estos hechos son demoledores, y difíciles de digerir, de hacer su digestión, de encajar en las ideas del joven obrero sobre los partidos de los trabajadores.

¿Acaso el capitalismo es uno en Norteamérica y otro en Europa? ¿Acaso el partido socialista o comunista es una cosa en Europa y otra en los Estados Unidos de Norteamérica?

El capitalismo es el mismo en Europa, en Norteamérica y en todo el mundo.

Cuando decimos el capitalismo o hablamos de una sociedad capitalista, ya sabemos que se trata de una producción ordenada y dirigida por el capital, con un sistema de instituciones que regulan,

que apoyan su reproducción, es decir, hacen su reproducción sostenible.

Esta reproducción sostenible la hacen posible una serie de instituciones. A estas instituciones las dirige, dirige su funcionamiento, el partido político que gana las elecciones.

Como se trata de reproducir con eficacia (capacidad de lograr el efecto que desea) el funcionamiento del capital, cada partido propondrá unos medios para conseguirlo. Pero la finalidad es la misma: el buen funcionamiento del capital. Lo que cambia será la manera de conseguirlo, los medios que se utilizan.

Es decir, lo que cambia son las instituciones, o mejor dicho, las instituciones y el partido que las maneja. Lo que no cambia es lo que se persigue: el desarrollo del capital.

Ahora podemos decir:

¿Por qué un obrero joven, no experimentado, cree que si ganan los suyos, socialistas o comunistas, cambiará la producción, es decir, una forma de trabajar? Pues porque “lo parece”; si ganan los socialistas, tendremos el socialismo. ¿O no era esa la batalla?

¿Por qué cuando el obrero tiene más experiencia, unas veces vota a su partido obrero, y otras al partido del capital, como en Francia, en Alemania, en Italia, en España con Aznar? Debe ser porque duda quién hará su tarea (que es la misma) con mayor eficacia.

¿Por qué los obreros norteamericanos votan siempre a los partidos del capital? Deben estar convencidos de que son los más preparados para dirigir y gestionar unas instituciones que no tienen otra finalidad que dar vida floreciente a “sus” empresas.

Ahora puede un joven obrero español preguntar a Felipe González (a sus continuadores): como ustedes son socialistas, ¿nos llevarán hacia una sociedad socialista?, ¿nos están llevando hacia esa sociedad socialista?

Podría ser que le contestaran: “¿por qué cree usted que dimitió su Secretario General?”

Teniendo en su mente que, el PSOE, junto con el PC, junto a C.C.O.O y U.G.T, junto a U.C.D, Alianza Popular, Partido Popular, Convergencia i Unió; Partido Nacionalista Vasco, junto todos ellos, se echaron a las espaldas la responsabilidad de tirar adelante el desarrollo del país, es decir, el desarrollo del capital, puesto que la producción toda estaba enmadrada, dominada, por el capital. Teniendo en la mente que eso es lo que significa que “hay que aumentar el pastel”...

Con esta visión, con este proyecto, con este programa, una persona seria, como Felipe González, no puede mantener, al mismo tiempo, que el partido del que es secretario general, tiene una visión de la producción, de las instituciones, de la sociedad, como la del marxismo.

-Salen ganando, con esta postura, él, su partido y el marxismo.

El marxismo, porque así queda libre de ser confundido con la deriva, con el camino y los objetivos, que escogen como propios PSOE y PC.

Él personalmente, porque, junto a otros dirigentes de partidos y sindicatos, consiguen dar un empujón a la producción, que, como en el caso de Lenin, sacan a un país del atraso y lo “modernizan”. Si bien, lo del socialismo, como a Lenin, se le olvida por el camino.

El PSOE, el partido, sale ganando también, en el sentido de que, ya no cabe confusión alguna de que no propone una alternativa al capitalismo, sino que viene a realizar una variante de éste.

Queda así, bastante clarificada la posición del PSOE con relación al capitalismo. El propio partido, como institución que es, y la gestión de los aparatos del Estado, si gana las elecciones, estarán al servicio del desarrollo, del mayor desarrollo posible del capital; de este desarrollo se beneficiarán también los obreros (más puestos de

trabajo, mayor productividad, mejores salarios, mejores condiciones generales de vida).

Sustancialmente, lo mismo que los dos partidos norteamericanos; lo mismo que Tony Blair en el Reino Unido; lo mismo que el gobierno francés (hoy de derechas, ayer de izquierda, anteayer de derechas); lo mismo que el belga, el alemán, el italiano.

¿Por qué se llaman socialistas los partidos socialistas europeos? Los comunistas tuvieron una especie de sonrojo, y se cambiaron el nombre casi todos.

¿Quién va a ver a Tony Blair, secretario general del Partido del Trabajo, su jefe en el parlamento, como un representante de los obreros británicos?.¿Quién va a pensar, a confiar, que este señor busca en el Parlamento británico el protagonismo de los obreros en la producción y en las instituciones, como buscaba el socialismo hace un siglo?

Nadie cree, ni piensa tal cosa.

¿Lo creerá alguien respecto al PSOE, al PC?, ¿Pensará algún obrero, que estos partidos nos acercarán a una sociedad donde los obreros, los trabajadores, den forma a su propio trabajo y a las instituciones que lo soportan?

Seguramente nadie cree, ni piensa tal cosa. Salvo algún joven obrero sin experiencia (a quien, por otra parte, van dedicados todos y cada uno de los párrafos de este estudio, de estos apuntes).

Si esto es así. Si los partidos socialistas no nos acercarán a la sociedad socialista, ni los comunistas a la sociedad comunista, cabía proponerles que se llamen algo así como, Partido Progresista, o Partido del Progreso (P.P).

Es verdad que se confundirían con el P.P. (partido popular), pero, al fin y al cabo, jugarían con palabras que, o no significan nada, o significan lo que cada uno quiera que signifique. Partido Republicano, Demócrata, Democracia Cristiana, Partido Radical,

Alianza Popular, Unión de Centro Democrático, Partido Nacionalista Vasco, Convergencia i Unió, Partido Andalucista, Bloque Nacionalista Gallego, Izquierda Patriótica, Izquierda Republicana de Catalunya. ¿Todos estos partidos son de los empresarios? ¿O son de los obreros? Sí y no. No y sí.

Se dice que Felipe González pensó quitarle la O al PSOE. Malas lenguas dicen que no solo la O, sino la S. Uno cree que lo de Partido Progresista hubiera quedado, quedaría, muy bien; muy ajustado: “aumentar el pastel, para después poder repartirlo”. El arranque queda un poco capitalista, pero el final suena a justicia, e igualdad.

Hay que pensar que el socialismo no nació siendo marxista. Cuando el socialismo reunía ya a los obreros, Marx aún no había nacido.

Un socialismo no marxista, ha existido y existe. El arranque del socialismo como agrupamiento de los trabajadores para defender sus condiciones de trabajo, y, por tanto, de vida, toma formas concretas en las sociedades europeas, en el siglo XIX. Alguna de estas formas, las más arraigadas, las más acabadas, las más conseguidas, han llegado hasta nuestros días. El sindicato U.G.T. y el PSOE, del que nace luego el PC, son los aparatos institucionales en los que han tomado cuerpo los dos socialismos, el marxista, y el que no lo es.

Desde un primer momento, los movimientos socialistas europeos, y entre ellos las primeras agrupaciones de trabajadores de la industria o del campo en España, han reunido en su ideario, en su proyecto, un doble impulso, han señalado en sus programas, una doble dirección.

Un impulso de unión en su pensamiento y en su acción para ir consiguiendo mejoras en sus condiciones de trabajo y en sus condiciones de vida. Sin esa unión en su manera de ver las cosas, era imposible la unión en las acciones, en lo que había que hacer juntos.

Y a fuera una simple propuesta, un paro de corta duración como advertencia a los patronos, o una huelga en toda regla.

Había que tener una misma visión del problema, para proponer juntos y llevar a cabo, un mismo remedio para ese problema.

Así han funcionado, y siguen funcionando, todas las asociaciones de trabajadores en el capitalismo. Eso tienen en común todos los sindicatos y partidos de los trabajadores en el mundo capitalista.

La mejora constante en las condiciones de trabajo y de vida de los trabajadores en el seno de la producción en la sociedad capitalista, ha acabado cristalizando, convirtiéndose en el eje central de nuestros sindicatos y partidos europeos, y sus medios habituales se han centrado en las movilizaciones, los paros y huelgas, y las negociaciones; acompañadas con la presencia (en forma de partidos) en las instituciones.

Esta es, una de las dos direcciones presentes en el mismo socialismo europeo, a que nos referíamos.

Es la más visible, es la más aparente; casi se diría que no hay otra. Es la cara que nos ofrece todo el socialismo europeo; al menos es la cara que ofrecen los dirigentes de sus organizaciones (partidos y sindicatos, principalmente).

Es la misma cara que ofrecen los sindicatos norteamericanos (la mejora de las condiciones de trabajo y de vida en el seno del capitalismo, es su único objetivo). Ya hemos visto la particularidad de que ellos creen que no necesitan un partido propio. Solo por eso, no se llaman socialistas; porque la verdad es que los objetivos y medios para alcanzarlos, son prácticamente iguales en los sindicatos americanos y los europeos, y costaría encontrar diferencias de visión o de acción entre un sindicato norteamericano o alemán.

Esta es la cara más visible, más aparente; solo eso. Es la dirección, el impulso más superficial en el socialismo y sus organizaciones.

## CUADERNO VI

### Las dos tendencias del socialismo europeo.-

Desde los umbrales del socialismo europeo; desde las primeras reuniones de los socialistas españoles, se ha podido apreciar, que una parte de los reunidos, de los asociados, apuntaba, más allá de esta meta que acabamos de citar (las mejoras en las condiciones en que se trabaja y vive en el capitalismo), más allá de lograr un avance constante en este terreno; señalaban una meta más lejana y, a su entender, más ambiciosa: cambiar su suerte, cambiar el teatro en que se ventilaban su mal vivir, cambiar la sociedad en la que se originaban todas sus calamidades.

Como eso parecía una utopía, les llamaban los socialistas utópicos. No se conformaban con lo de las mejoras constantes como meta. No es que renegaran o no estuvieran de acuerdo con este objetivo, que les parecía muy bien, y lo apoyaban plenamente; sino que, les parecía corto.

En realidad, ambas tendencias convivían sin grandes roces entre ellas. Entre otras razones, porque, como acabamos de ver, los utópicos compartían los objetivos de los “prácticos”, y los “prácticos” entendían, aunque no les convencían, las aspiraciones de los utópicos. Se trataba, por tanto, de tendencias dentro de un grupo que funcionaba como un todo.

Cada tendencia tenía su lado fuerte y su lado débil. Los “prácticos”, pegados al terreno de lo concreto, de lo diario, de lo que se puede tocar con la mano, ofrecen más seguridad, y éste es su lado bueno. Su lado flojo es que no tienen meta lejana atractiva, ambiciosa, ilusionante.

Los utópicos tienen las cualidades invertidas. Su lado flojo es la distancia corta, que coincide precisamente con el lado más fuerte de los prácticos; y su lado más fuerte, que coincide con el más flojo de los prácticos, tiene el inconveniente de que se desdibuja en el terreno de la inseguridad, incluso de la utopía.

Ambas tendencias saben, sin embargo, que su clientela, sus seguidores, sus votantes, acuden atraídos, unos por la seguridad inmediata, otros por el envite atrevido, por la oferta imaginativa. Les conviene, por lo tanto, actuar unidos y cultivar lo mejor de ambas tendencias.

Esta armonía, este funcionamiento conjunto de ambas tendencias, ofrece siempre la posibilidad de estropearse, apareciendo la sombra de la ruptura, del final de la armonía.

Lo más común en estos casos es que la causa sea, que una de las tendencias entienda que su lado fuerte, es lo suficientemente atractivo, potente, convincente, fundamentado, que hace innecesario el apoyo del lado fuerte de la otra tendencia.

La parte imaginativa, creadora, innovadora, arriesgada, del PSOE, piensa que el paso a paso de la otra tendencia, convierte al partido en conservador del orden que existe, y estimando que la oferta de un futuro distinto para los trabajadores, es lo que ofrece el comunismo soviético, se independiza como partido, y se une a la suerte de los rusos.

O bien. La parte imaginativa, etc, del PSOE, piensa, otra vez, que es el momento de dejar el paso a paso, y estima que se ha de hacer a los trabajadores españoles la oferta de un futuro distinto. El Secretario General del partido, no está de acuerdo. La tendencia imaginativa se echa atrás, y la tendencia del paso a paso, de los prácticos, piensa que se han echado atrás porque no tienen seguridad en lo que proponen. Ellos sí están seguros de lo que ofrecen en su programa.

Un acontecimiento de éstos ocurre en los comienzos de los años veinte del siglo pasado; y el otro, en los últimos años setenta del mismo siglo.

En ambos, las dos tendencias, al separarse, se quedaron cojas.

El PSOE, como consecuencia de estos dos encontronazos consigo mismo, creyó encontrarse seguro en el paso a paso; y en ello está. Pasito a paso, engordando el pastel capitalista, y posibilitando con ello, que los obreros tengan mejores salarios, mejores pensiones, mejor sanidad, mejor enseñanza. En una palabra: convirtiéndose en mejores obreros. Como en Francia, como en Alemania, como en Reino Unido; acercándose cada vez más a los norteamericanos: cada vez ganando más, empresarios y trabajadores; hay que crecer, hay que crecer, hay que crecer.

La otra tendencia, no es que se quedara coja, sino que perdió ambas piernas. El PC perdió primero la meta futura, su especialidad, al desengancharse de la Unión Soviética; y perdió el paso a paso, porque el PSOE se lo ha comido (recordemos que es su especialidad). Se quedó sin meta lejana, y le ocuparon el terreno del paso a paso.

Las dos tendencias del socialismo son eso, tendencias. Ambas son el socialismo, ambas están en el socialismo, dentro de lo que entendemos por socialismo. Si se separan, la una de la otra, y pretenden marchar, solas, como si cada una fuera una cosa distinta, acaban perdiendo lo que tenían de socialista.

Eso le ocurrió al partido comunista ruso. Se propuso una meta lejana brillante, y no estuvo suficientemente atento al día a día, al paso a paso.

Eso le ocurre al PSOE, a la socialdemocracia, que atentos al día a día, a la cesta de la compra, al aumento de los precios, no prestan mucha atención hacia el rumbo que sigue la sociedad en general, y al papel del trabajador en ella, en particular.

Así anduvo el socialismo español sus primeras etapas. Las agrupaciones campesinas, los obreros industriales, las reuniones de estudio, de discusión, donde el maestro socialista del pueblo, leía y comentaba las noticias del periódico y los escritos que les llegaban de otras agrupaciones socialistas más veteranas; todos ellos atentos a los acontecimientos del día, a los avances pequeños del día a día, y la esperanza de un mañana distinto para los trabajadores. Así entendían y vivían el socialismo.

Esta gran esperanza de los trabajadores socialistas, a los amos, aquellos para los que trabajaban, les producía terror. Sospechaban que el lugar que les reservaban a ellos en la nueva sociedad que vendrá, no debía ser muy brillante. Por eso tenían miedo a esa meta lejana, por muy utópica que pareciera.

El mismo miedo les producían los pequeños avances que los socialistas conseguían en el día a día. Pasito a pasito, pensaban, éstos acabarán alcanzando su meta lejana, y nos joderán.

Eso era el socialismo. Temido por los amos, porque tenía una meta lejana en que ellos no desempeñaban ningún papel. Temido en el día a día, porque cada avance acercaba más a esa meta.

Hoy día, los socialistas de Tony Blair no le dan miedo a nadie. Al capital no les preocupa ni su juego corto, sus regates diarios, ni que gane el campeonato y se lleve una copa. No les preocupa ni sus avances diarios, ni que alcance su meta más querida.

No les preocupan, porque no son socialistas.

Hoy día, los comunistas europeos, los españoles, no preocupan al capital, ni por sus propuestas del día a día, ni por las metas que proponen a los trabajadores.

Y no les preocupan, porque no son socialistas.

Si antes siempre preocuparon los socialistas en Europa, en España, ¿qué les ha pasado ahora?..Pero, ¡si hasta gobiernan!, y no pasa nada.

¿Cuándo perdió el filo su navaja? , ¿Cuándo perdió el fuego su palabra?, ¿Cuándo perdieron el brillo sus propuestas, sus proyectos?

Como todos los fenómenos históricos, se trata de procesos lentos y callados, que apenas se perciben, pero que en un momento dado, sale al exterior el cambio que se ha ido produciendo en forma silenciosa.

Hemos citado dos momentos concretos, por ser muy conocidos, y porque en ellos se puede apreciar ya claramente el cambio producido.

Cuando el Partido Bolchevique, sus miembros dirigentes, acaban decidiendo encuadrar a todos los trabajadores en grandes centros colectivos de trabajo, diseñados por ellos, y enmarcada su actividad en unos planes decididos por ellos mismos; es cuando se puede apreciar con toda claridad, que el día a día, el paso a paso, que necesariamente han de construir los propios trabajadores, que son los que trabajan, los que producen, ha quedado perdido en el estruendo producido por el enorme tirón de las brillantes metas propuestas y decididas también por los dirigentes del Partido. Una de las tendencias, una de las patas que soportan al socialismo, ha sido apartada de la construcción del mismo.

Naturalmente, salió cojo e irreconocible, el socialismo ruso. Los propios trabajadores, en cuanto pudieron decidir, lo abandonaron mayoritariamente. Y lo mismo han ido haciendo en todos los países donde su partido socialista (aunque se llamara comunista –sabemos que da igual-) tuvo el mismo comportamiento con ellos; y cuando, efectivamente, se les ha permitido decidir.

El motivo es que esos partidos, puesta la vista en la meta lejana, han descuidado en gran manera el día a día de los trabajadores, el día a día socialista de los trabajadores, no el del partido.

**Su partido no es marxista, dicen, en Alemania Willy Brand, en España Felipe Gonzalez**.-

Cuando Willy Brand en Alemania, y después Felipe González en España, nos dicen que su partido no es marxista, es una forma de decir a los empresarios, que no se preocupen, que en el fondo del camino, en la meta a la que se encaminan los trabajadores socialistas, hay una ordenación del trabajo, hay una producción, en la que ellos, los empresarios, tienen un papel que desempeñar: dirigirán la producción y, por lo tanto, también las instituciones... Lo mismo que ahora

¿Y el paso a paso, y el día a día, y las metas inmediatas, intermedias? ¡Ah!, En eso los encontrarán siempre. Los socialistas lucharán siempre por las mejoras constantes en las condiciones de trabajo y de vida de los trabajadores. ¿Con qué meta a largo plazo? Con la meta a largo plazo de que los trabajadores tengan mejores condiciones en su trabajo y en su vida, de acuerdo, naturalmente con los empresarios.

Cuando el partido socialista no tiene una meta socialista, como es el caso en la socialdemocracia, el día a día, el camino hecho paso a paso, tampoco puede serlo.

El partido bolchevique apartó a los trabajadores de la construcción del socialismo. Se apropió en exclusiva de la tarea de ordenar su propio trabajo. Les señaló las metas lejanas, las intermedias, y les indicó el camino diario, y la forma de andarlo. Solo les dejó el trabajo, obediente y disciplinado.

Se puede discutir si el camino elegido y las metas señaladas, eran o no socialistas. Lo más grave, en los dos casos (fueran socialistas o no), es que no eran el camino y las metas que elegían y trazaban los trabajadores, sino las que decidían los dirigentes de su partido.

Los partidos socialdemócratas, el PSOE y el PC, en nuestro país, hacen a su vez, algo que se puede comparar a lo de los comunistas rusos.

¿Quién dirigirá y ordenará nuestros trabajos?, preguntarán los obreros socialistas y comunistas a sus dirigentes.

Los empresarios, naturalmente. Eso les contestarán.

¿Quién dirigirá las instituciones?. Volverán a preguntar. Las instituciones las crea y señala su dirección, quien dirige la producción, les contestarán.

¿Quién pondrá en funcionamiento cada día esas instituciones, y cuidará de que cumplan la función que se les señaló? Les contestarán: da igual, el partido más competente en esa labor; podemos ser hasta nosotros mismos; se trata de conducir un coche al destino que el amo del coche te señale, sólo hay que saber conducir.

¿Y nosotros, cual es nuestro papel? El trabajo obediente y disciplinado, les responderán.

Ciertamente, en algo se parecen. Sobre todo, en lo poco lucido del papel del obrero en uno y otro sistema.

¿Por qué se puede decir que no es socialista el comunismo ruso?, ¿Porqué se puede decir que no es socialista la socialdemocracia europea?

Porque no han sido los propios obreros los que se han inventado y decidido su meta lejana más ambicionada.

Porque no son los propios obreros quienes deciden y eligen diariamente el camino que, paso a paso, lleva hasta esa meta elegida y deseada.

Como se puede apreciar, la historia, la práctica, nos enseña, enseña a los obreros, que su papel en la producción, o lo que es lo

mismo, en la ordenación de su trabajo, no está escrita en ningún sitio. En cualquier revuelta del camino, aparece el partido comunista ruso, y como él sí sabe dónde está escrito eso, coge el libro donde está escrito, en una mano, y el fusil en la otra, y comienza a dictar órdenes.

Setenta años tardan en avenirse a que la organización del trabajo de los obreros, no está escrita en el libro que ellos dicen; sueltan las riendas, los comunistas rusos, abandonan el viaje emprendido, y acaban perdiendo la confianza en el libro y en los obreros. Y los obreros, a su vez, acaban perdiendo la confianza en su partido, en el libro en que fundaba sus verdades, y pierden la confianza en ellos mismos.

En otra vuelta del camino, encuentran otro guía, otro amparo: el partido socialista socialdemócrata.

Como lo del libro está visto que estaba equivocado, es mejor no darle más vueltas. Hay lo que hay. Aquí es buena gana inventarse utopías y verdades hermosas que luego son mentiras. Aceptemos la dura realidad, y tratemos de mejorarla. Trabajemos para mejorar la condición obrera.

Hay que admitir que, si una imagen bastante representativa del comunismo ruso, de su partido, era la del “padrecito” (personificado en Stalin), la de la socialdemocracia, sería la de “Madrecita” (atenta, cuidadosa y sacrificada).

**La meta, y los pasos para alcanzar la meta.-**

En definitiva, estamos viendo que la práctica, la historia, nos indica que, en todo el asunto del socialismo, encontramos como dos puntos, dos focos, alrededor de los cuales se han centrado los principales problemas. Y que ambos puntos, ambos focos, están

íntimamente relacionados entre sí. De tal manera que, para comprender cualquiera de ellos, hay que hacer referencia al otro.

Uno de los puntos, de los focos, alrededor de los cuales se han arremolinado los problemas del socialismo, es la meta fijada, el objetivo final que se pretende, el resultado al que se llegará al final del proceso.

El otro, los escalones, los pasos, el dibujo del camino, a través de los que los trabajadores alcanzarán la meta.

Acabamos de ver, la práctica nos lo ha mostrado, que tanto en uno como en otro punto, las dificultades, los tropezones, los errores, han sido numerosos en el ya largo camino de la construcción del socialismo.

Metas utópicas y ritmos atropellados en el caminar diario, han sido errores que se han podido apreciar de una manera más repetida.

Sin embargo, los adversarios del socialismo, con una gran inteligencia y picardía, han puesto su punto de mira, su blanco de tiro, en una sola cosa: la meta, el proyecto.

Los adversarios del socialismo son los liberales. Frente al proyecto del liberalismo, no ha habido más que el socialismo.

El liberalismo lo plantea así:

-Unos, los que alcanzaron el gobierno por la fuerza, han comprendido por su propia práctica, que la meta perseguida, la sociedad socialista era una utopía, Polacos, Alemanes, Húngaros...

-Otros, los que alcanzaron el gobierno a través de las elecciones, abandonaron, asimismo, la meta inalcanzable del socialismo, y se han adaptado a la sociedad capitalista, de manera que no tienen proyecto, meta propia.

Y, para ellos, para los liberales, para los amos del mundo, y sus servidores, el asunto está liquidado. No hay más meta, más proyecto, más modelo de sociedad, que la sociedad capitalista.

El otro punto, el del paso a paso diario, no les preocupa, no le prestan la menor atención. La razón es que, no habiendo meta hacia la que caminar, no puede haber camino.

No se les puede negar la inteligencia; de un solo tiro, matan dos pájaros.

Con su crítica fina, los liberales no hacen más que indicar a los socialistas el camino correcto, del que se apartaron: nunca debieron separar meta y camino para alcanzarla.

¿Por qué es esto tan importante?

Porque algo que se presenta como independiente, como separado, resulta, mirado de más cerca, que ni es independiente, ni está separado.

Recordemos lo del huevo y la gallina. No hay huevos sin gallinas; no hay gallinas sin huevos. Son parte, fases, de un mismo proceso. Como el capital-dinero y el capital-mercancía. Como el empresario y el obrero; no existe el uno sin el otro.

De la misma manera, no existe una meta para el movimiento obrero, si no existe al mismo tiempo un camino para alcanzarla. Una meta, no es otra cosa que el final de un camino. Y un camino no es otra cosa que la sucesión de pasos que llevan a una meta. Igual que una gallina lleva huevos dentro, y el huevo lleva dentro una gallinita; la meta lleva dentro de su concepto al camino (un camino se recorre porque se dirige uno a una meta); y el camino comprende en su concepto a una meta (cuando se hace camino, se dirige uno a una meta).

Por eso es tan importante sacar a la superficie, contemplar de cerca, lo del camino y la meta. Pensarlo despacio; desmenuzarlo.

En un proceso de trabajo individual (un campesino, un pescador, un carpintero, un joyero, una modista, un panadero, un ceramista, un zapatero, un albañil), en el seno de la producción todos ellos, ¿tiene algún sentido plantearse estos problemas, de la meta y del camino para alcanzar la meta?

En el larguísimo periodo de la historia de la humanidad, en que el sostén material de la misma, era un conjunto de procesos individuales de trabajo, como los que hemos citado, estas cuestiones se planteaban de otra forma. Y esta otra forma, puede darnos alguna luz sobre la visión actual de los mismos.

**La meta de los que trabajan. La meta de los que no trabajan.-**

Un campesino, un trabajador, en la Edad Media, en Europa, encaraba este problema de la manera siguiente.

Mi meta es sobrevivir (vivir); y el camino para conseguirlo, es el trabajo. Y así, un campesino, otro campesino, un herrero, un mulero, un pastor, etc, etc.; todos los trabajadores de la producción. Todos tenían una meta y un camino para conseguirla. Y era inútil, no tenía ningún sentido, sacar el problema de esos moldes, de esos límites. Trabajas, y así, puedes vivir.

Quien saca al problema de esos carriles, de esos moldes, son los que no trabajan: los nobles, los curas.

La Nobleza, la Iglesia y los ilustres servidores de una y otra, son los que se plantean cuál es su meta, y cuál el camino para alcanzarla.

Como no trabajan, y por lo tanto, no conocen el mundo que les rodea y del que viven, se inventan otro mundo, con su meta y su camino para alcanzarla, naturalmente, una y otro, la meta y el camino, fuera de las leyes que rigen el mundo material sobre el que viven.

Es verdad que tampoco necesitaron ser ellos mismo los creadores de este mundo fantástico montado sobre los lomos de los trabajadores; los Emperadores chinos, los Rajás indios, los

Faraones, Reyes, Sátrapas, les brindaron esta sabiduría de vivir, de vivir bien, sin trabajar.

Ellos pasaron, lentamente, inevitablemente, a los trabajadores, la idea de que había una meta común, un paraíso final. Con la diferencia de que el paraíso, los trabajadores, lo alcanzarían en otras vidas, no en esta vida del trabajo.

Este paraíso, por lo tanto, no enlaza con el trabajo. No obstante, crea la idea, y la extiende, de que hay una meta lejana, un paraíso. Pero el camino para alcanzarlo es tan lejano y poco concreto como el propio paraíso.

Mientras las sociedades, y en concreto las europeas, se apoyan materialmente sobre procesos de trabajo, fundamentalmente, individuales; las metas colectivas, los paraísos, no tienen atractivo especial para los trabajadores. Su meta y su camino para alcanzarla, se confunden, son, su propio trabajo, su vida.

Cuando la larga práctica, los millones de horas trabajadas, van desvelando, van dejando al descubierto, los nudos que enlazan unos procesos de trabajo con otros, y van evidenciando las ventajas del conocimiento de estos enlaces, y la aplicación de esos conocimientos; aparece, arrolladora la fuerza inmensa del trabajo combinado y de la aplicación a éste de los conocimientos adquiridos en la propia observación de estos fenómenos.

Aquí, en este punto, se rompe la vieja imagen del paraíso de los amos, del paraíso inalcanzable para los trabajadores, del paraíso sin camino reconocible para acercarlo.

Se rompe en pedazos la imagen del paraíso. Y queda, lo que se refleja en un espejo roto: trozos separados de algo difícil de recomponer.

Estos reflejos esparcidos de un paraíso ya irreconocible, es lo que llega a un movimiento obrero vagamente consciente de que los nuevos procesos colectivos de trabajo, podrían ser la escala para ascender a algunos de esos semi-paraísos existentes en algún sitio.

El primer socialismo, el llamado socialismo utópico, está lleno de los ecos de ese paraíso solo referido y poco conocido.

En ese ambiente de vagas esperanzas sobre la posibilidad de un paraíso para los trabajadores, logran echar raíces, acá y allá, las ideas sobre la revolución, sobre el vuelco a la tortilla.

Pasa así a formar parte del imaginario del movimiento socialista, la existencia de un paraíso, como meta final a la cual se llega a través de un duro camino: la revolución.

Lo que era una trampa de los amos, para vivir sin trabajar, acaba contaminando al movimiento obrero, que, de esta manera se ve, enredado en una meta y un camino para alcanzarla, que no hace sino copiar la de los amos. Con la particularidad de que la trampa servía a los amos para seguir siéndolo; mientras que la trampa de la revolución y el paraíso obrero, no logra sino enredar al movimiento obrero en su propia trampa.

Embarcado en este camino, el movimiento obrero socialista lo recorre hasta donde sus propias fuerzas se lo permiten.

En unos países desisten a mitad de camino, y en otros, como en la Unión Soviética, llevan el intento hasta el punto de abandonarlo por propia iniciativa.

¿Qué ha pasado?
¿Se equivocaron de meta?
¿No escogieron el camino que correspondía a esa meta?
¿No había ni meta ni camino, y todo era un error; un error, además, inventado?

**Cambia el proceso de trabajo, cambian las metas.-**

Muchas veces hemos repetido en este estudio, en estos apuntes, que la teoría no es sino el reflejo en nuestra mente, de los procesos reales que contemplamos.

Cuando tenemos muy pocos datos recogidos, y sobre los pocos datos recogidos, no hemos reflexionado, las explicaciones (la teoría) sobre los movimientos que contemplamos (un volcán, por ejemplo), son pura fantasía. Son los dioses que están irritados porque nos hemos portado mal.

Un acercamiento (recogida de datos, selección de los mismos, comparación con los recogidos en largos periodos de tiempo, comparación con los recogidos en otros volcanes, etc), al fenómeno, al movimiento del mismo, nos permite ir modificando la idea que de él teníamos; lo que, al mismo tiempo, permite que nos relacionemos con él, de forma cada vez más apropiada a sus características (conozcamos sus erupciones, su potencia, su previsible frecuencia, su radio de acción, etc).

Lo mismo ocurre con los movimientos y fenómenos que percibimos, a partir de que en Europa se generaliza, se extiende, el proceso de trabajo en cooperación compleja (diversas tareas distintas combinadas para la obtención de un producto), y se aplican a estos procesos el método científico (la manera de elaborarse los conocimientos de este tipo), así como el resultado de los mismos (que llamamos la ciencia acumulada), y el uso de fuerzas de gran potencia (vapor de agua, electricidad, petróleo); estos fenómenos, estos movimientos producen en un principio unas interpretaciones de los mismos, unas teorías, tan fantásticas, casi, como las que producían los volcanes.

Por lo pronto, rompen las imágenes, el reflejo que en la mente producían, los procesos de trabajo individuales y el tipo de relaciones que ellos permitían. Es toda la interpretación que en la Edad Media habían inventado toda la patulea de frailes, curas, Papas, Condes, emperadores, poetas, caballeros, la que queda barrida, por no servir ya para inventarse nuevas teorías, correspondientes a los nuevos fenómenos del trabajo.

Con las nuevas bases materiales que permite el trabajo en cooperación, los amos tienen que inventarse unas nuevas metas y unos nuevos caminos para alcanzarlas. Estas nuevas metas y nuevos caminos, han de tener una cosa en común con las metas y caminos antiguos. Deben permitir, igual que los anteriores, que los amos sigan siendo amos.

Para que se cumpla este requisito, es absolutamente necesario que se de, a su vez, una condición (igual que en las metas antiguas): Que sean metas inventadas y propuestas por los amos. Los trabajadores, solo tienen que darlas por buenas.

Una vez asentada universalmente la ordenación de la producción por parte de los empresarios, la meta que la teoría liberal, la teoría que guía esta forma de producir, propone, se puede resumir así: el bienestar general.

Y el camino para alcanzarla sería: el crecimiento constante de la productividad del trabajo.

Como podemos apreciar, ambos, la meta y el camino, reúnen las condiciones que anteriormente tenían los paraísos y la forma de alcanzarlos.

Tanto para saber qué es el bienestar general, como para conocer su forma de medirlo, hay que estar a lo que digan los amos de la producción y las instituciones que les sirven. Y exactamente igual ocurre con el control de la medición del crecimiento de la productividad del trabajo.

Si misteriosa era la forma y medida en que los trabajadores iban alcanzando los paraísos ofrecidos por los amos en la Edad Media europea, no menos misteriosa es la forma en que alcanzan los nuevos paraísos.

Pensemos que, alrededor de una cuarta parte de los ciudadanos de los E.E.U.U., el país con el crecimiento más brillante de la productividad, son pobres; y que el número de millones de personas que mueren de hambre en el mundo, sólo es comparable a los que mueren de enfermedades como el sida o la malaria; sin que

estas cifras nos permitan ver con claridad en qué deberán consistir una meta a la que se llama “bienestar general”; tanto si viene referida a un país- E.E.U.U.-, o al mundo en general.

Y nos resulta chocante, no solo el hecho de que llamen los norteamericanos “bienestar general” a su situación actual, sino que no les llame la atención el que estén con este número de pobres, cuando el crecimiento de su productividad es constante hace muchas decenas de años.

Es decir, es misteriosa, no solo la meta elegida y el nombre que le dan (bienestar general), sino el camino elegido para alcanzarla; cuando es evidente, que el bienestar no es general; ni el camino elegido ha resultado adecuado para el fin que se perseguía.

Pero, los paraísos funcionan así.

**El nuevo paraíso: el “bienestar general”.-**

La novedad del nuevo paraíso consiste en que tiene una relación directa con el trabajo. Los antiguos paraísos no guardaban ninguna relación con el trabajo.

Todos los paraísos consisten, esencialmente, en que se recibe un premio.

En todos los paraísos medievales, el premio consistía en la salvación eterna, en la vida eterna, en la felicidad eterna. Sin que se aclarara mucho en que consistía eso, exactamente. Además, este premio no era producto del trabajo, ni tenía mucho que ver con éste. Y, por otra parte, se recibía después de la muerte.

En los tiempos actuales, el paraíso que ofrecen en sus programas electorales los partidos del capital, es decir, el liberalismo político, consiste también en un premio.

Ya lo hemos dicho: si los obreros trabajan bien, el premio será el bienestar general.

Esta es la oferta, el proyecto, que los empresarios y sus organizaciones proponen a los obreros y sus organizaciones.

¿Qué piensan de éstos los obreros y sus organizaciones? A lo largo y ancho de Europa, los sindicatos y partidos de los obreros, encuentran este proyecto aceptable en sus grandes líneas. Haciendo hincapié, eso sí, en que en el “bienestar general” hay que atender, sin olvidos ni descuidos, al interés de los trabajadores.

Este proyecto, aceptado generalmente por los obreros y sus organizaciones, no es otra cosa que una forma de organización de la producción (del trabajo) y de las instituciones que permiten y facilitan su reproducción.

¿Por qué decir, sin embargo, que esto es un paraíso?

¿Qué es lo que convierte a esta forma de organizar el trabajo en un “paraíso”?

Un paraíso es un jardín de delicias, el jardín del Rey, el jardín del Emperador, el jardín donde el Dios colocó a Adán y Eva, según las Escrituras, y de dónde los echó porque se portaron mal.

Las religiones suelen poner como meta de la vida, conseguir, al final de ésta, entrar en un paraíso.

Como al paraíso se entra al salir de la vida, nadie nos ha dado datos sobre el mismo. Sin embargo, suponemos que es algo parecido al jardín del Emperador. Es decir, un lugar delicioso y cerrado, donde no se puede entrar. Solo los dioses nos lo permitirán, como un premio.

El hecho de ser un premio que se nos “da”, el hecho de no ser conocida, y el hecho de ser muy lejana, convierte a una meta en un paraíso.

Lo cercano, conocido, y ganado con nuestro trabajo, es lo contrario de un paraíso. Lo que no está cerrado, y se conoce su manera de acceder, no es un paraíso. Lo que, por muy lejano que esté, se conoce sus formas y su contenido, y el camino a través del cual lo alcanzaremos, no es un paraíso.

El paraíso tiene algo, de mágico, tiene algo de fetiche. Recordaremos que lo mágico es algo que se salta las leyes, los procesos naturales; así como el fetiche es el objeto que tiene poderes que le permiten, igualmente, prescindir de las leyes físicas para conseguir lo que se propone.

Cualquier meta, individual o colectiva, que en cualquier momento de su construcción mental, de su creación, o de la construcción o creación del camino para conseguirla, prescinde o se separa de las leyes que presiden los procesos naturales (físicos o químicos), o mentales (lógicos o matemáticos), se acerca a las metas, a los proyectos y métodos, que fundamentan su consecución en una creencia fetichista, y apuntan al final hacia un paraíso.

Marx emprendió un camino (al que luego se llamó marxismo), en el que buscó siempre la compañía del método científico, imitando, en lo que supo y pudo, a los estudiosos de las ciencias naturales, al camino seguido por estos, en la búsqueda de un mejor conocimiento del entorno material; él lo buscó para el entorno social.

Los avances en las ciencias naturales, hicieron retroceder los “inventos” que se utilizaban para tratar a la naturaleza, a falta de un mejor conocimiento de la misma. Se trataba de erradicar la magia y los fetiches, sustituyéndolos por conocimientos científicos que permitían actuar sobre los procesos naturales, guiándolos hacia los objetivos perseguidos.

Este fue el camino seguido por Marx. Utilizar un mejor conocimiento, apoyado en los métodos de la ciencia, de los fenómenos y movimientos sociales, para ir poniendo al descubierto los fetiches y fórmulas mágicas utilizadas por los amos para dar cobertura a su situación de dominio. Y buscando los caminos prácticos que vayan debilitando y suprimiendo esa posición de dominio de los amos.

**El peligro de los paraísos.-**

Los paraísos son un obstáculo en el camino del movimiento obrero, por varias razones.

Una de ellas sería que, el lugar donde se encuentra el paraíso, y el camino para llegar a él, es un invento de los amos.

Otra, es que el paraíso no es solo lejano, sino que su descripción, su propio ser, son poco precisos; y, por la misma razón, el camino por el que se accede al mismo.

Sin embargo, lo que seguramente representa su mayor obstáculo, es el hecho de su propia existencia. Es decir, lo peor de los paraísos es que tengan que existir.

Los paraísos que se proponen a los trabajadores, son siempre una pantalla, que trata de tapar la visión completa de los procesos de su propia reproducción.

Los campesinos y artesanos de la Edad Media, motores que producían todos los bienes que se consumían; no iban a entender fácilmente por qué razón debían desviar de su propia reproducción todos los bienes destinados a Palacios y Catedrales y a los que los habitaban. Había que poner delante una pantalla, dónde, como en el cine, se contaba una historia. Esa historia decía, básicamente, que la realidad era lo que aparecía en la pantalla, y por tanto no había que buscarla en la producción, en el trabajo. Lo que aparecía en la pantalla era un paraíso.

Los paraísos modernos, también aparecen en una pantalla.

Los obreros y campesinos rusos, tuvieron todo el tiempo una pantalla que les impedía ver su propio proceso de reproducción. En la pantalla solo veían el paraíso que le mostraban los amos. Como hemos visto, un día se hartaron y le dieron una patada a la pantalla, y con ella, al paraíso.

El paraíso que tenemos más cercano en nuestro país, es el paraíso socialdemócrata y el paraíso liberal.

Son el mismo, pero cada uno, cuando nos lo cuentan, tiene tonos distintos.

Decimos cuando nos lo cuentan, porque, efectivamente, son paraísos, es decir, pantallas que nos cuentan una historia, que no está en la realidad. No es que sea mentira, ni verdad; simplemente no responde a los que realmente está ocurriendo. Nos ha servido como ejemplo, Rusia, donde, según la pantalla, los trabajadores, campesinos y obreros, iban tomando en sus manos la producción, y eso no respondía a lo que estaba ocurriendo.

En los países de producción capitalista, el trabajo, (el control de su organización y de sus frutos) ya hemos visto cómo funciona en la realidad. Y, sin embargo, la pantalla que nos ponen socialdemócratas y liberales, nos dice que la meta hacia la que caminamos es “el bienestar general”. Se trata, evidentemente, de un nuevo paraíso.

¿Quién liberará a los trabajadores de este recién llegado paraíso?

Quién se proponga esa liberación, sea partido, sindicato, o cualquier otra organización, vendrá ya, desde el principio, con una nueva pantalla, donde aparecerá un novísimo paraíso.

En el estudio que Marx hace en “El Capital” sobre la forma de organización del trabajo y su apoyo en las instituciones, se puede rastrear en lo más profundo, en la base misma del concepto de trabajo, la palanca que puede remover los sucesivos paraísos aparecidos y los que, con seguridad, nos acompañarán largo tiempo.

El rastreo de Marx consiste, básicamente, en ir sacando a la luz, en ir iluminando, los distintos tramos que recorre, en su reproducción, el trabajador y su producto. Y ver, ir viendo, quién gobierna el recorrido de estos tramos; quién dirige cada proceso, y quién dirige el conjunto.

Él lo hace teniendo como objeto de su atención la sociedad capitalista, y dentro de ella la organización del trabajo en la producción.

Esta forma de encarar el trabajo, es decir, el trabajador y su producto. Esta forma de aproximación a estos objetos, como si se tratara de la aproximación que se hace en las ciencias naturales, para adquirir un mejor conocimiento de los mismos, y actuar sobre ellos partiendo de estos conocimientos. Este camino, estudiado y recorrido, recorrido y estudiado, escalón a escalón, paso a paso, no conduce a ningún paraíso.

A los paraísos se les mira, de lejos; saltándose los escalones intermedios. Los trabajadores, en su caminar, en su paso a paso, nunca contemplan desde el escalón que están, un paraíso; lo único que ven con claridad, es el escalón siguiente.

**El “nuevo” estilo en las investigaciones de Marx.-**

Estas líneas centrales de las investigaciones de Marx, recogidas la mayor parte en lo que hoy conocemos como “El Capital” representan, y representaron en su día, todo un “estilo” nuevo.

Colocar el trabajo material (el trabajo vulgar) en el centro, en el núcleo a partir del cual se pueden interpretar los procesos sociales (que tienen lugar en una sociedad) que componen el conjunto de lo llamamos nuestra “historia”.

Colocar al trabajo de la producción en el centro de la organización, de la ordenación de la sociedad, y por tanto, como la clave de su comprensión global.

Colocar a los trabajos no directamente productivos (culturales, religiosos, políticos, militares, jurídicos, sanitarios, educativos) en el lugar que les corresponde, es decir, servir de instrumento de apoyo al mejor funcionamiento del trabajo directamente productivo. O lo que es lo mismo, supeditar los trabajos no directamente productivos a las exigencias de la producción.

Todo ello resulta novedoso, sobre todo en sus consecuencias.

En particular, la contemplación del trabajador (persona), del trabajo (actividad), y del producto-resultado (cosa), como tres momentos de un solo proceso, en cuyo proceso el gestor-director es la persona (con el sello profundo que imprime el hecho, también novedoso de que el trabajador ahora es colectivo).

Esta mirada nueva le lleva a profundizar en las condiciones materiales que dificultan la apreciación de la unidad de este proceso (trabajador-trabajo-producto).

Marx coloca la quiebra de esta unidad en el momento en que se generaliza el intercambio de productos del trabajo; es cuando los productos del trabajo se convierten en mercancías.

Un capítulo entero de la obra que citamos lo dedica Marx a lo que él llama el “fetichismo” de la mercancía.

El producto es llevado al mercado por quien lo elaboró; en el momento que es intercambiado se independiza, cobra vida propia y se convierte en una “cosa”; de manera que quien se acerca al mercado lo ve lleno de “cosas”, cosas útiles que él compra precisamente por su utilidad. Este conjunto de cosas que hay en el mercado, ya nadie las ve como el resultado de un trabajo concreto. Se han separado de su origen y circulan como cosas independientes, con vida propia.

Si el intercambio se lleva a cabo a través del dinero, éste que, a su vez, en su origen fue una mercancía (oro sacado de una mina), se une a ellas, en una danza vistosa, llamada Lonja, Bolsa, mercado, Bancos, donde el trabajo representado en todas ellas, y que es el fundamento y origen de su existencia, no aparece por parte alguna.

Si el producto es llevado al mercado por persona distinta de quien lo elaboró (como es el caso en la producción capitalista), de manera que quien aparece como su propietario-vendedor no es quien lo elaboró, la relación entre la mercancía que vemos y su autor, queda completamente escondida.

Estos procesos de ocultación, de enmascaramiento, como vemos, tienen unas bases materiales en las que se apoyan, y a través de las cuales se reproducen.

Una de estas bases es el hecho de que las unidades (lo que llamamos empresas) que forman la producción material son independientes las unas de las otras, y su única relación mutua es la que establecen a través del mercado; de forma que la armonización de ese conjunto (la producción material) solo se hace a través de ese instrumento, el mercado, en el que se enfrentan y se relacionan entre sí las mercancías.

Otra de esas bases o condiciones materiales consiste en que como hemos visto, en el mercado comparece como dueño de la mercancía quien no es su productor, el empresario, el capitalista.

Perseguir la unidad perdida (persona-actividad-producto), apuntaría necesariamente a la desaparición de las condiciones materiales sobre las que se apoya su separación.

Este proceso de recuperación se produciría, además, en un escenario donde han aparecido otras condiciones materiales nuevas y que, por tanto, deberían ser también tenidas en cuenta.

Efectivamente, la productividad del trabajo ha dado un salto espectacular.

Este mismo fenómeno del aumento de la productividad, abre la puerta a una nueva forma de creación de nuevas unidades productivas: la forma cooperativa; en la que los propios trabajadores son propietarios de los medios de trabajo y del producto obtenido, al tiempo que adquieren la posibilidad de convertirse en organizadores y gestores de sus propios procesos colectivos de trabajo.

De otra parte, la dimensión de las nuevas unidades de producción (empresas) permite extraer de la cooperación compleja sus mejores resultados, permitiendo al mismo tiempo, ordenar, controlar mejor la armonización del conjunto (mayores unidades, pero menores en cantidad).

En estas condiciones, la recuperación de la unidad de persona, actividad y producto en los procesos de trabajo, adquiere efectivamente, un cariz, una perspectiva “nueva”.

**Su aplicación práctica en la U.R.S.S..-**

Esta problemática, esta forma de escoger los problemas, ordenarlos jerárquicamente unos delante de otros, según acabamos de ver, característica de Marx, en su obra “El Capital”, tuvo una aplicación práctica en Rusia.

Naturalmente, en la forma que Lenin y sus compañeros de partido, entendieron posible y practicable en sus condiciones del lugar y el momento.

Simplificando mucho, al problema de ocultamiento que significa el mercado (la mercancía-cosa acaba ocultando que realmente se trata de un trabajo), respondieron sustituyendo al mercado por un medio de relación entre las unidades de producción

mucho más perfecto: un plan. Mucho más transparente y más controlable. Así lo pensaron ellos.

Y al problema de la separación entre el que elabora la mercancía (el trabajador), y quien la lleva al mercado como su propietario (el dueño de la empresa), respondieron poniendo bajo el dominio de los trabajadores (y en su nombre el Estado), todas las empresas del país.

Las soluciones pueden parecer un poco toscas, pero, en todo caso, centraban su problemática en la que ellos consideraban propia de los estudios de Marx. Quizá pusieron más el acento en el trabajo (actividad y resultado), que en la persona del trabajador.

Y esto les costó, seguramente, que tuvieran que inventarse un paraíso (el paraíso del comunismo soviético), que, como todos los paraísos, se fue al carajo.

No obstante, es de señalar, que se trata de un intento fallido, de solucionar problemas, en la línea que los señalaba Marx.

El experimento soviético (es lo que queremos resaltar), se plantea y se realiza en el campo de la problemática Marxista.

Se trata de acabar con las condiciones que permitían el ocultamiento de una realidad que permanecía tapada por una apariencia: las mercancías aparecen en el mercado como cosas propiedad de quien las trae, y son intercambiadas como cosa por cosa (o cosa por dinero –que es otra cosa-). Esta apariencia de intercambio de cosas entre sus propietarios, encubre, oculta, un intercambio entre trabajos.

Esta manera de plantear los problemas, la habían heredado los rusos de Marx. Todo el trasfondo de lo que hicieron y de lo que intentaron, tenía que ver con estos planteamientos. En este sentido, el comunismo soviético, tenía sus raíces en el marxismo.

Y en ese sentido, ni el liberalismo, ni la socialdemocracia, se plantean ni desarrollan una problemática marxista.

Marx, en sus estudios de “El Capital” (que sabemos que es un estudio sobre el trabajo), colocó los problemas en un terreno, los relacionó entre sí de una forma, que, en su tiempo, resultaba una “novedad”. A este enfoque, a este tratamiento de los problemas del trabajo, con el tiempo se les acabó llamando marxismo.

En el sentido más sencillo, eso es el marxismo: una manera de considerar al trabajador y su obra.

Marx no se inventó los problemas que estudiaba. Le pasaba como a Newton, que no inventó la gravedad. El trabajo de los obreros, existía antes de que naciera Marx, y sigue existiendo un siglo después de su muerte. La tierra atrae a los cuerpos hacia su centro, y en el universo éstos se atraen en relación con su masa, antes de que naciera Newton y después de su muerte.

Estos señores no inventaron nada. Se limitaron a destapar lo que estaba tapado. Lo que Colón hizo con América: mostrarla, descubrírsela a los europeos (los del país ya la conocían). Ninguno de los tres hizo otra cosa que observar la realidad material, reflexionar, estudiar. Colón llegó a mostrar con su acción, lo fundado de sus observaciones y estudios. Newton y Marx, se limitaron a poner al descubierto la ley de determinados movimientos. El primero explicó un fenómeno mil veces observado y poco reflexionado: los cuerpos, todos los cuerpos, se atraen entre sí, con tanta más fuerza, cuanto mayor es su masa; como la tierra es superior, muy superior, en masa, a los cuerpos que estamos en ella, nos atrae con una gran fuerza hacia su centro. Se llama ley, porque es la norma constante que se sigue en estos fenómenos.

Marx estudió los fenómenos, los movimientos, que se dan en una sociedad, alrededor del trabajo y de su protagonista, el trabajador.

Como los dos anteriores, no inventó nada. Señaló, mostró, determinados movimientos, fenómenos; y las leyes, que como normas constantes, rigen estos movimientos.

Las leyes de los movimientos físicos son más rígidas, más rigurosas, que las leyes que rigen los movimientos sociales, las relaciones entre los individuos de una sociedad.

Todos los cuerpos son atraídos hacia el centro de la tierra. En proporción a su masa. Esto lo podemos decir así; es un fenómeno, una ley física.

Todos los empresarios acumulan ganancias y se hacen ricos. Es una ley del movimiento de la producción capitalista. Es una ley o norma, que se cumple, si no encuentra un obstáculo no previsto, en un medio social, que no es tan rígido como el físico. La norma dice que se ha de cumplir, en la generalidad de los casos, salvo obstáculos imprevistos e insalvables. Es lo que se llama una ley de tendencia. El empresario, por el tipo de relación que establece con el obrero, tiende a acumular riqueza, a hacerse rico.

Esta es una realidad diaria y conocida. Marx dedicó su esfuerzo a sacar a la superficie las causas, escondidas, que hacen que esto funcione así. Su empeño teórico lo situó en este campo concreto, igual que Newton los situó en el fenómeno físico de la gravedad, o Ramón y Cajal en el estudio de los microbios.

Esto hace que el movimiento obrero entrecruce sus caminos con los del marxismo. Es inevitable.

Marx se encontró con un fenómeno social, el capitalismo, y lo estudió. De una manera particular, estudió la manera de producir, de trabajar, en este sistema.

Y en esto, en esta problemática, coincidió con el movimiento obrero europeo. El movimiento obrero europeo, “vivía” los problemas que él estudiaba.

A medida que los escritos de Marx llegaban a partidos y sindicatos obreros, eran acogidos y pasaban a formar parte de su problemática. Es natural, por ello que tanto los socialistas, como los comunistas españoles, tengan su pensamiento y su formación, llenos de referencias marxistas.

El marxismo, como impulso teórico, en el esfuerzo de esclarecer las condiciones que explican y favorecen el trabajo por cuenta ajena, no tiene más remedio que encontrarse de cara con el movimiento obrero. Los dos están en el mismo terreno. Los resultados del primero, no pueden sino ayudar al segundo a situarse sobre el terreno que pisa.

En lo que tiene el marxismo de acercamiento al conocimiento de las condiciones del trabajo del obrero, siguiendo el camino de la ciencia o un camino con intención de seguir los métodos de ésta; en lo que tiene de reflexión sobre estas condiciones, lo convierte en la "otra" teoría, que puede guiar la acción del movimiento obrero. La teoría liberal sin embargo, es la más admitida en las organizaciones obreras, en la actualidad.

Ambas teorías trabajan sobre el mismo objeto: la relación de trabajo por cuenta ajena y su reproducción. Los datos sobre los que trabajan son los mismos; en esto, no puede haber diferencias.

No obstante, tratándose de una relación el objeto de estudio, cada una de ellas contempla la misma realidad desde uno de los elementos que la componen.

Los liberales contemplan, consideran, la relación, desde el punto de vista del propietario de los medios de trabajo.

Los marxistas, desde el punto de vista de los obreros.

Los teóricos liberales se vuelcan en el estudio de las condiciones que permitan la mejor evolución, el mejor desarrollo, de la relación empresario-obrero.

El marxismo, el conocimiento más preciso de la relación mencionada, las condiciones que la hacen posible y la mantienen, para, desde ese conocimiento, intentar otro tipo de relación.

Carlos Marx, desempeñó en este terreno, un inmenso esfuerzo, y, puso las bases teóricas que permitieran la continuación del mismo.

Ya hemos repetido que su obra fundamental estuvo dedicada, precisamente, al funcionamiento de la relación empresario-obrero. A esta relación le llamó capitalista. Y en ella centró toda su investigación.

La intención no era otra que sacar a la luz todas las condiciones que dan soporte a la relación empresario-obrero. Y desde este esclarecimiento, desde esta sustitución de los puntos oscuros que deja la teoría liberal, por un conocimiento más riguroso de las parcelas de realidad que ésta oculta; desde este terreno mejor iluminado, mejor conocido, permitir a las organizaciones obreras, desprenderse de los contagios de la teoría liberal, y construir un discurso propio, un proyecto propio, fundado, tanto en el terreno práctico, como en la correspondiente teoría.

Desde estas bases, sentadas a finales del siglo XIX, han ocurrido muchas cosas.

Las dos más significativas, ya las hemos referido. Por un lado, el ensayo ruso-soviético; y por otro, la instalación del socialismo en lo que se llama la socialdemocracia.

El primero consistió, en esencia, en sustituir al trabajador por el partido político. Lo que privó de todo sentido obrero al experimento. Y así lo entendieron los propios trabajadores rusos, que eran los que lo tenían que entender.

La socialdemocracia representa, básicamente, la contaminación del socialismo por parte del liberalismo. De tal forma que, el protagonismo de la producción y de las instituciones que la reproducen, queda absolutamente en manos de los empresarios. Con ligeras variantes, las organizaciones de los trabajadores en Europa, E.E.U.U, y de la gran mayoría de países del mundo, se sitúan, con cierta comodidad, en el seno o en el entorno de esta teoría, y esta práctica socialdemócrata.

Sobre este terreno es sobre el que se abre paso la construcción del socialismo. En el campo de la producción y el de las instituciones. En el escenario de la práctica y en el de la teoría.

**El socialismo se abre paso entre la socialdemocracia y el comunismo ruso**.-

La teoría y la práctica se presentan al trabajador, en el desarrollo de su actividad, normalmente juntas. Su trabajo consiste, precisamente, en desarrollar su esfuerzo físico, siguiendo las instrucciones que para ello le va proporcionando la teoría, es decir, sus conocimientos.

En este terreno, en la producción, teoría y práctica funcionan juntas. No se concibe la una sin la otra. En una combinación que no tiene por que ser uniforme (en el peón el esfuerzo físico es superior al componente teórico, pero en el director técnico se invierte la proporción); pero al producir, en el acto del trabajo, siempre aparecen unidas ambas.

Es, sin embargo, importante observar, que, igual que en los procesos productivos, práctica y teoría van juntas, en los procesos de la reproducción, pueden aparecer separados, en el sentido de que la teoría puede presentarse separada de la práctica. Veamos de qué manera esto es posible decirlo.

Todo el tiempo que un obrero joven, o niño aún, está en un centro, escuela, instituto, aprendiendo; está adquiriendo los conceptos teóricos, que luego podrá practicar en su trabajo. En este caso, como en todos los centros superiores de enseñanza, la teoría se la está tratando separada de la práctica.

Cuando esos cursos, se concretan en libros que contienen los conceptos que en ellos se aplican; a esos libros le llamamos teóricos, porque contienen conocimientos que, luego en el trabajo, serán la guía de la actividad, pero que en el libro aparecen separados de esa práctica.

Esto no quiere decir que la teoría no tenga su origen en la práctica, sino que se la puede considerar y tratar en forma separada de la práctica.

Estos ejemplos que acabamos de ver, vienen referidos a la reproducción de uno de los elementos, el principal, de un proceso de trabajo productivo: el obrero.

En esta tarea de preparación, de un elemento que va a entrar en la producción, la teoría es tratada en forma separada (en la escuela no se produce nada), pero muy cercana a ella, a la producción.

Pensemos sin embargo que, cuando lo que se trata de preparar teóricamente (en su Academia correspondiente) es un Guardia Civil o un oficial del ejército; se están suministrando conocimientos (teoría) para la práctica, para el ejercicio, de una actividad no productiva, de reproducción de la organización del trabajo productivo existente.

En el mismo caso estaría la actividad encaminada a formar, a preparar teóricamente, a todos los trabajadores de las Administraciones Públicas Civiles, encargadas, como sabemos, de hacer funcionar las actividades de reproducción del conjunto de la producción. Mirando a la producción, pero separados de ella.

Estas primeras consideraciones ya nos empiezan a situar en un terreno en el que los comunistas han insistido mucho siempre, y no siempre con mucho acierto.

Lo primero que podemos reseñar es que, mientras que aquí hemos comenzado señalando las relaciones de teoría y práctica, en el campo de la producción, es decir del trabajo productivo; con frecuencia, estas relaciones se han considerado en términos muy generales, o sea, como las relaciones entre teoría y práctica en general.

Y desde ese punto de vista, al movimiento obrero, no le reporta este asunto nada aprovechable.

Por eso hemos comenzado situando la cuestión en un terreno más concreto; para empezar, en el trabajo productivo.

Y para estrechar más el campo, nos situaremos en el trabajo productivo capitalista, es decir, por cuenta ajena.

Se trata de procesos de cooperación compleja (tareas parciales, distintas, combinadas), en que el obrero solo realiza una faena concreta en la forma en que se le ha ordenado. A eso, esencialmente, se reduce su necesidad de conocimiento, de teoría. El conocimiento, la teoría necesaria para entender y mover al conjunto, se lo reserva la dirección, la propiedad. Lo habíamos dicho antes; quien sabe y puede hacer automóviles es el obrero colectivo, y a este obrero lo dirige el capitalista; él controla y decide la teoría aplicable, y vigila e inspecciona su puesta en práctica.

Como la teoría, los conocimientos que el capitalista necesita, toman cuerpo en soportes físicos (productos informáticos, libros, la propia maquinaria, los conocimientos contenidos en la cabeza de los trabajadores y directivos, marcas y patentes, etc.), no tiene más que adquirir en el mercado los que más le interesen, y ponerles a funcionar.

Si de la contemplación y reflexión sobre la práctica armónica del conjunto, aflora algún nuevo saber, algo de teoría aprovechable, el dueño del conjunto, su director, es también el amo de la nueva teoría.

**El empobrecimiento teórico de la actividad del trabajador de la producción material**.-

La manera en que el amo de la manufactura fue despiezando, descomponiendo, dividiendo y subdividiendo el oficio del artesano, en tareas muy simples, muy sencillas; tanto que podían ser

encargadas a un niño; fue empobreciendo teóricamente (en contenido teórico, en conocimientos) la actividad, el trabajo, de cada obrero; reuniéndose nuevamente todos estos saberes parciales (pobres teóricamente) en la nueva tarea encargada de armonizar, en dar unidad, en coordinarlos en un nuevo saber total, éste sí, enriquecido teóricamente.

Este empobrecimiento teórico de la actividad del trabajador de la manufactura, y el enriquecimiento correspondiente de la dirección técnica, del coordinador, del amo, es constante, y no hace más que acentuarse con la introducción sistemática de las máquinas en la producción, según vimos más atrás.

La separación entre la dirección y la ejecución del trabajo, corre pareja con la separación entre el trabajador y la propiedad de los medios con que desarrolla su actividad.

Y esto comporta, como hemos visto, la huída de la teoría del trabajo obrero, hacia la zona de dirección del mismo.

Este empobrecimiento teórico del trabajo del obrero, a través de la organización del mismo por parte del propietario de los medios de trabajo, no debe tapar, esconder, ocultar, otro proceso que opera en el mismo sentido, y que tiene lugar en un momento anterior a éste que estamos viendo.

En el comienzo de la manufactura, en lo que habíamos llamado la primera fase de la misma (la primera fase del capitalismo es como lo considera Marx), recordamos, que los artesanos que el capitalista reúne en una nave, ejecutan su trabajo en la misma forma, con las mismas características técnicas, que lo venían haciendo en su taller (las mismas herramientas, los mismos materiales, la misma cadencia en su ritmo de trabajo). Es de forma lenta, como se va produciendo la reorganización técnica de su trabajo.

Pues bien, antes de que eso ocurriese, tuvo lugar un cambio, una alteración en las condiciones existentes, que ha tenido una influencia en el empobrecimiento teórico de los trabajadores, seguramente superior al que acabamos de considerar.

Un artesano (lo mismo un campesino) controla y dirige, de forma sustancial, las condiciones técnicas de su trabajo; pero, de la misma manera, controla y dirige en buena medida, la reproducción constante de este proceso de trabajo.

Para ello necesita, no solamente los mismos conocimientos técnicos que para producir, sino, además, unos conocimientos contables (ha de anotar, aunque sea en su memoria, el material que gasta, el que ha de comprar, el tiempo invertido en trabajar, el valor de lo que vende); unos conocimientos comerciales (cómo están los mercados, cómo venden, y dónde, los demás); algunos conocimientos financieros (en qué condiciones se puede obtener un préstamo, dónde se puede guardar un pequeño ahorro para hacer frente en situaciones desfavorables).

Sin estos conocimientos, su producción no se vendería en el mercado en buenas condiciones; su proceso de trabajo no sería sostenible.

Este riquísimo tesoro teórico, estos valiosos conocimientos del mundo exterior en el que se desarrolla su trabajo (en qué condiciones producen y venden todos los colegas, es decir, en qué condiciones viven), le es arrebatado tan pronto abandonó su taller y comenzó a trabajar con condiciones materiales ajenas.

Si al dividir, parcelar, su trabajo, y convertirlo en una sola tarea muy simple, de simple ejecución, perdió contenido teórico el trabajo del obrero; al perder la propiedad de las condiciones materiales de su trabajo, perdió con ello la propiedad del producto obtenido. Al perder la propiedad del producto de su trabajo, perdió su presencia en el mercado; al perder su presencia en el mercado, se quedó sin la posibilidad de comparar, de medir su trabajo (calidad de su trabajo y la utilidad de su trabajo, que es lo que hacía cada vez que comparaba su mercancía con las demás) con los demás productores; ahora es el capitalista, propietario de la mercancía, quien se enriquece con las informaciones (nuevos productos, nuevas técnicas, nuevas herramientas, nuevas necesidades, nuevos mercados, cambio de gustos en los compradores de la mercancía) que recibe en el mercado.

Antes, el artesano, era buscado en el mercado, donde era apreciado por la forma en que, empleando su esfuerzo físico y sus conocimientos teóricos, elaboraba la mercancía que ofrecía. Hoy, este aprecio, estos méritos, corresponden a “la casa”, al amo; el obrero, en el mercado no existe.

El capital innova, el capital emprende, el capital crea, el capital propone, el capital progresa. Porque el capital sabe, el capital aprende, el capital remueva los conocimientos, el capital hace avanzar los conocimientos.

En la producción, el capital acapara la creación, administración, la aplicación, y la no aplicación, de la teoría, de los conocimientos necesarios. El obrero, cada obrero, no desempeña ningún papel en esta cuestión.

**La reproducción del proceso de trabajo y la teoría.-**

En la reproducción de los procesos de trabajo capitalistas, la teoría desempeña un papel que nos recuerda el que desempeña la cultura, y que ya vimos más atrás.

La teoría resulta de la contemplación y reflexión sobre la práctica.

Si se somete a las exigencias del método científico, iremos avanzando en los conocimientos de este tipo, que nos permitirán actuar sobre los fenómenos observados, con una mayor eficacia, que si lo hacemos con los solos datos de la experiencia.

La teoría se fabrica en la cabeza, en la mente, y allí permanece a través de la memoria, y desde ella es transmisible a las demás mentes que se puedan interesar en el fenómeno de que se

trate. La experiencia de obtener fuego por frotación, por roce, de maderas, debió representar un bien tan preciado, que la conservación en la memoria de la técnica necesaria, debió adquirir una extraordinaria importancia.

Cuando se inventa la escritura, todos los nuevos tesoros teóricos, van pasando a la piedra, a las tablas, al pergamino, al papel, sobre los que quedan fijados para alegría de todos los que pasarán a experimentar con ellos.

La teoría pasa así a ser, no solamente huésped de la mente, sino que se convierte en un bien, en una cosa, en un producto del trabajo.

Desde ese momento, y por la misma razón, comienza a funcionar como todos los productos del trabajo, en la medida en que tengan una utilidad, en la medida en que satisfagan una necesidad personal o social (conjunto de personas).

La teoría, que se elaboró contemplando un fenómeno, algo que la consciencia percibe, nos va a servir para tratar ese fenómeno con un mayor grado de conocimiento.

Dada su utilidad, y el hecho de que residencia en la mente de una persona, o en las páginas de un libro, los amos del momento (según la fecha histórica y lugar geográfico), la van a utilizar en su provecho, de forma decidida.

No es preciso hacer un repaso largo de las experiencias conocidas. Todos los zánganos que han vivido y viven sin trabajar, han dedicado inmensos recursos a reflexionar y teorizar sobre el fenómeno, sobre la realidad, que más cerca tenían y más le interesaba: ¿Cómo se explica que miles de trabajadores faenen de sol a sol, para permitir, para hacer posible, que los Emperadores y el Papa, con sus ilustres acompañantes, brillen en sus palacios?

Verdaderamente no es una tarea fácil. La mente se resiste a entenderlo con facilidad.

Eso piensan ellos: esto no se lo traga el personal, si no es a palos.

Y efectivamente, ponen a los teóricos a su servicio a trabajar.

Primera conclusión de los teóricos: ciertamente, lo del palo es lo principal.

Hay que montar una fuerza, técnicamente insuperable (no superable por los trabajadores), que asegure férreamente la posición del amo; para eso se la monta y se la paga. Y aquí se derrocha toda la teoría bélica (de guerra) conocida,

Esto es lo seguro. Esto no falla. El palo.

Pero, si el Papa y los Emperadores son los “padrecitos” de sus trabajadores…Esto del palo, será muy seguro, pero queda fatal. ¡El Papa pegando palos!

Esto hay que explicarlo bien. El palo sigue siendo lo principal; pero esto hay que explicarlo, hay que justificarlo.

Y a esto se dedica una parte sustancial de la teoría europea referida a la organización de la sociedad (ya sabemos que eso quiere decir, a la organización del trabajo).

El palo, y la justificación del palo contra los trabajadores, expresado en un leguaje más técnico sería: la reproducción de los procesos de trabajo en los periodos de la esclavitud, la servidumbre, y los obreros asalariados, en Europa.

Si recordamos nuestros tiempos de la escuela, la historia de nuestro país, la historia de Europa, era una relación de reyes, y de las luchas entre ellos. Si en el instituto, o en la Universidad se profundizaba un poco más, era para explicarnos las instituciones y sus relaciones entre sí, es decir, los instrumentos de reproducción de los procesos de trabajo, pero sin ni siquiera nombrarlos.

El trabajador no aparece nunca. Solo se tiene en cuenta, en tanto en cuando tiene relación con las instituciones, y entonces se le

convierte en un ciudadano: un individuo que se relaciona con las instituciones.

Este juego de magia, consistente en hacer desaparecer del protagonismo de la historia a los trabajadores, requiere una extraordinaria dedicación y habilidad por parte de los amos.

Y en esta operación, tiene un papel de primer orden la teoría, la explicación del mundo, la explicación de por qué las cosas son como son, la explicación de por qué el esclavo era esclavo, el siervo, siervo, y el obrero, obrero.

**La teoría y el trabajador**.-

La teoría sigue el encuadre que hagamos de la realidad. Si nos centramos en la naturaleza, obtendremos una imagen mental de ella, una explicación de sus movimientos, de sus funciones.

Si el objeto de nuestra observación y reflexión es el agrupamiento humano, su movimiento y desarrollo, obtendremos una imagen mental de los mismos, así como de las leyes que siguen estos movimientos, es decir, una explicación de las relaciones que se dan entre los individuos que componen un grupo, y las que este grupo establece con otros grupos humanos.

La explicación que nuestra mente da a los fenómenos que contempla, es una teoría, más elemental, o más desarrollada; siguiendo el método científico, o no.

La conducta sigue, normalmente, el camino que nos señala la teoría.

La teoría que se elabora, y de la que se dispone, sobre el trabajo, es del mayor interés para el trabajador, en general. Si el

trabajo se presta por cuenta ajena, pasa a estar interesado también en esta teoría, el amo de los medios con los que se trabaja; puesto que él es también el propietario del producto y el que dirige todo el proceso.

Se trata, por tanto, en el caso del obrero, de dos aspectos de la teoría sobre el trabajo. De una parte, la teoría, el saber, sobre la tarea que él realiza. De otra, la teoría, el saber, que responda a la pregunta de por qué él trabaja en estas condiciones concretas.

Veamos la primera, la que podríamos considerar como el conocimiento técnico sobre la realización de su trabajo.

Para un obrero, sus saberes técnicos útiles vienen señalados por las necesidades que de ellos tenga la tarea concreta que le asigna el empresario.

Si él, por su cuenta, adquiere otras habilidades o saberes técnicos distintos, deberá encontrar un empresario al que le interese encargarle la tarea a la que corresponden los mismos. Y en ese caso, quedarán sin utilización los antiguos saberes.

En resumen, la teoría necesaria a un obrero en el ejercicio de su trabajo, depende de la decisión, de la conveniencia del empresario.

El otro aspecto de la teoría, que concierne, que se refiere a un obrero; aunque de algún modo va unido a éste primero, tiene un alcance más amplio, mucho más amplio.

La teoría profesional va directamente, y de modo muy concreto, ligada a los movimientos de que se compone la tarea profesional. Se trata, por lo tanto, de unos saberes reglados. Las reglas, las pautas, las formas de proceder, se las habrá enseñado el oficial, el especialista, el compañero, junto al cual comenzó a trabajar (¡no!, primero tienes que hacer esto así, después…-eso es lo que irá diciendo-). Algunos conocimientos los traerá de la escuela, o del centro al que haya asistido (si ese es el caso, naturalmente). Y todo ello, lo irá asentando y perfeccionando con la experiencia.

En todo caso, en la mayoría de las tareas, en los niveles menos especializados, las tareas encomendadas, exigen un grado de teoría, de conocimientos, muy limitado (recoger tomates, aceitunas, melones, seleccionar naranjas, empaquetar fresas, acarrear ladrillos, acopiar material, trasladarlo, cargar un camión, coser camisas, envasar pastillas, conducir carretillas, ordenar los géneros). En los más especializados, la empresa, los encargados, toman a su cuenta el adiestramiento del obrero.

Es un saber individual, ligado directamente a la persona. Va ligado, enlazado, con el saber y la actividad de otros obreros, pero eso no quita que de tu parcela de saber y de tu actividad, tú eres quien la tiene que sacar adelante; tu responsabilidad es individual.

Se trata también, de un saber, que se presenta en forma escalonada (jerárquica). En cualquier empresa, unos obreros tienen un grado de conocimiento superior, y otros inferior. Unos necesitan más conocimientos que otros, porque su labor es más compleja, más complicada; su grado de responsabilidad es también superior, y también lo es, lógicamente, su salario. Un saber jerarquizado.

Tiene, por último, este saber técnico, una característica especial. Y ésta lo distingue de forma muy importante de otra serie de saberes, que entre sus cualidades, no recogen ésta.

Se trata del ligamen tan estrecho que se da entre el saber técnico y la reproducción del propio obrero. Nos referimos a que es el medio de vida del obrero. La fuerza física, y este saber para su aplicación, son el único medio de buscarse la vida un obrero. Puede no saber un montón de otras muchas cosas, pero no saber trabajar, resulta incompatible con su propio ser de obrero.

Para ser obrero, para hacer de obrero, le resulta suficiente este tipo de saber. Otros saberes le resultarán necesarios para reproducirse como individuo. Otros saberes sociales le serán precisos para desenvolverse en su barrio, en su casa, con los amigos. Para ser obrero, sólo necesita saber trabajar; saber trabajar en la forma que le ordena su empresario.

Estamos viendo la teoría que relacionada con su trabajo, maneja un obrero.

Hemos visto un tipo, un aspecto de esa teoría.

Se trataría de la teoría, de los conocimientos, muy ligados a su trabajo concreto, es decir, de sus conocimientos técnicos.

Hemos visto que son conocimientos muy reglados (siguen siempre un mismo ritmo, un mismo orden, una misma manera de actuar); jerárquicos; y que son la base del sustento del obrero.

Por todas estas características, diríamos que todos los obreros los poseen, los utilizan, y a su posesión y uso, le dan una extraordinaria importancia.

Hay, sin embargo otro tipo de conocimiento, otro aspecto de la teoría que manejan los obreros, y que también está relacionada con su trabajo.

A diferencia de los anteriores, éstos no son conocimientos ligados directamente a su trabajo concreto; no son conocimientos reglados; no son jerárquicos, y no están ligados estrechamente al sustento del obrero.

En consecuencia, no aprieta la necesidad de su adquisición; se puede trabajar sin tenerlos necesariamente presentes.

Y, sin embargo, vienen envueltos en el trabajo mismo, nacen, como los otros, de la práctica del trabajo.

A diferencia de los profesionales, de la teoría necesaria para el trabajo obrero, esta otra teoría, este otro aspecto de la teoría que manejan los obreros, puede ser descuidada, puede ser poco cultivada por el obrero, puesto que nada ni nadie le aprieta para que la cultive.

Pero está presente, es ineludible (que no se puede esquivar).

Y respondería a la pregunta del obrero: ¿por qué trabajo yo así?, ¿por qué hay obreros y empresarios?

Es imposible trabajar para un empresario (con lo complicadas que son las relaciones que con él se establecen; con lo peligrosas que para el obrero son estas relaciones) y no hacerse las anteriores preguntas.

La respuesta puede ser tácita (callada, silenciosa, que no se dice de manera formal), o expresa.

Pero, sobre todo, la respuesta puede ser, elaborada, pensada, trabajada; o simple y superficial.

En todos estos casos, estamos ante una teoría. No existe un solo obrero que no tenga una "teoría", una explicación, una representación mental, que aclare este fenómeno que él toca, con el que trata, diariamente.

Y aquí estamos tocando materias que anteriormente ya hemos visto: las ideas, los valores, la cultura. Ahora podremos encajarlas mejor. El método marxista nos servirá de apoyo.

Tanto las ideas, como lo que llamamos la cultura, y lo que hemos llamado los valores, vimos que, aunque tengan su lugar de recepción en la mente, en la cabeza; su elaboración, su cultivo y sobre todo su difusión, se lleva a cabo a través de las instituciones (centros de enseñanza, familia, tele, radio, prensa, medios informáticos, iglesias, clubes, fundaciones, asociaciones –sindicatos, partidos-).

Pues bien, de igual manera que en la producción, al obrero le llega la teoría (los conocimientos, la aplicación de la ciencia), que el empresario estima precisa para el desempeño correcto, óptimo (el mejor) de la tarea que le ha señalado, y ni un gramo más; de igual forma, ideas, valores y cultura, son filtradas y depuradas por las instituciones, y de esta manera llegan al obrero.

Él, el obrero, personalmente, puede elaborar en su cabeza una gran cantidad de ideas, pero a los obreros (recordemos que el obrero en funciones es siempre colectivo), a los obreros, las ideas, los valores y la cultura, llegan siempre a través de las instituciones, y éstas, las

instituciones, tienen como finalidad general, la cómoda reproducción del capital, y como finalidad particular, en éste campo concreto, la de crear, cultivar y difundir las ideas, los valores, la cultura, que mejor compatibilice (que no obstaculice), la fluida reproducción del capital.

Por tanto, la teoría que, en general, está en nuestras sociedades europeas, al alcance del obrero, ya sea, en el estrecho marco de su trabajo concreto de obrero, como en el más ancho de la condición obrera en nuestro tiempo y en nuestros países; es la que decide, prepara, difunde y, en una palabra, permite, el capital. Porque el capital es, recordémoslo, el que dirige la producción (es decir, la organización del trabajo de los obreros), y por esa misma razón, es el que pone norte, dirección, a las principales instituciones, encargándoles al mismo tiempo que transmitan, ese norte y esa dirección, al entramado de instituciones que están en contacto directo, que están en la brega diaria, con el obrero.

**La explicación al respecto del marxismo "barato".-**

Según se considere la afirmación anterior, podríamos encontrarnos ante lo que algunos estudiosos llaman "marxismo barato", de baja calidad (teórica, se entiende).

Es el marxismo de las "verdades", de las "profecías", de los ajustes "automáticos", del "nuevo hombre", del "horizonte radiante" que espera a la clase obrera, del "orgullo obrero", de la "seguridad" en la dirección de la historia (no puede ir más que a favor de la clase obrera), del final "cercano" del capitalismo, de la dirección de las "vanguardias", del impulso "justiciero", del "triunfo final".

¿Por qué barato, por qué vulgar?

Por una sola razón. Por entender como una consigna, como una orden militar (concreta, simple y directa), lo que no es sino una

reflexión ordenada y progresiva (constante en el tiempo) sobre una acción desarrollada por los obreros y sus organizaciones, en busca de unas mejores condiciones de trabajo y de vida. Por entender como un manual de funcionamiento de un trasto, lo que no es sino la teoría (el resultado de la reflexión) que puede orientar los nuevos pasos de los obreros y sus organizaciones, en las nuevas formas de trabajo, en las que ellos ocupen el centro de sus problemas y de sus decisiones.

En esas reflexiones han participado infinidad de personas. Han aportado lo que entendían que podía significar un avance en el difícil camino de la teoría.

La práctica posterior, inspirada en esa teoría, no ha hecho sino mejorar, a su vez, a la teoría; en un doble sentido. Recogiendo lo acertado, e incorporándolo a la misma; o corrigiendo y desechando lo que no ha resultado aprovechable.

Esta mecánica, esta manera de funcionar (la teoría pretende iluminar la práctica; ésta, la práctica, corrige constantemente a la teoría), la dialéctica, que llaman los estudiosos marxistas, es lo más opuesto a las “verdades”, etc. que antes hemos relacionado.

Smith, Ricardo, Marx, Engels, Lenin, Bujarin, etc. no nos han aportado “verdades” sobre el trabajo de los obreros; verdades que haya que respetar. Ni han señalado caminos, que los obreros deban seguir. Ni nos has asegurado lo que ocurrirá a la clase obrera. Ni nos han descubierto lo que ocurrirá a la humanidad.

Y sin embargo, lo parece. Basta leerlos (o escucharlos, quien tuviera esa suerte por vivir en su tiempo y a su vera).

Y lo parece, porque la teoría funciona así, la teoría, a la vista de una práctica, y una vez estudiada ésta detenidamente; lanza, adelanta, una suposición (lo que se llama una hipótesis), que la propia práctica habrá de validar (dar por válida, por útil).

Quien expone una hipótesis, ha de hacerlo con una gran seguridad, con una gran rotundidad. La hipótesis siempre adopta la forma de una verdad, de una afirmación. A la que hay que apoyar

con todo tipo de datos. Y dando por superada la forma en que actualmente se presenta la cuestión de que se trate.

A ello hay que añadir, que en cuestiones vitales, muy importantes, como es la del trabajo y sus formas de organización, la forma de exposición de una hipótesis (sea la forma oral o escrita) ha de adquirir, lógicamente, un alto grado de apasionamiento. De forma que las expresiones ganan en rotundidad, en simplicidad, en seguridad.

Si el escrito, o el discurso, es contestación a una hipótesis opuesta, hay mayor razón para que una afirmación se convierta en un grito, o una negación, en la ridiculización del adversario.

En el caso, muy frecuente en Marx, Lenin, Bujarin, que la exposición vaya dirigida a trabajadores: ésta, la exposición, gana en emoción, apasionamiento, simplificación, contrastes sencillos (blanco sobre negro). Hasta “El Capital” está plagado de discusión con el contrario, de ridiculización del mismo, de apasionado debate con las posiciones teóricas de los adversarios.

Así, de esta manera, está construida la teoría correspondiente a la práctica de los obreros, así nos encontramos escrita la teoría marxista.

No podemos negar que está llena de verdades, de profecías, de automatismos (cuando ocurra esto, ocurrirá esto otro, automáticamente), de horizontes radiantes, de final feliz de la historia (feliz para los obreros).

¿Cómo le vamos a quitar la razón a quien nos lo echa en cara?, ¿cómo le vamos a decir que no es verdad que los marxistas han dicho, lo que los marxistas han dicho?

El marxismo no es un saber, unos conocimientos, ordenados, sistematizados, que están en una enciclopedia, en la que se pueden leer y aprenderlos. Y que una vez aprendidos, no hay más que seguirlos a pie juntillas, en la llamada lucha obrera.

En esa enciclopedia, en ese libro, es donde encontraríamos las verdades, para combatir las falsedades; las metas seguras, para evitar las equivocaciones; las respuestas adecuadas para los problemas en el camino de cada día.

Esto se parecería bastante a un libro sagrado, en el que se contiene cuanto debe saber un creyente para entender su papel en el mundo, cumplirlo y así salvarse. El partido sería en este ejemplo, el guardián e intérprete del libro; y sus dirigentes, los sacerdotes.

A esto es a lo que algunos estudiosos han llamado el marxismo vulgar. Lo de vulgar, vendría a significar algo como marxismo sencillo, marxismo de manual (libro). Si tenemos un problema, acudimos al manual, y allí encontramos la receta; la aplicamos y habremos resuelto el problema de una manera "correcta". Quien no tenga la suerte de disponer de este manual, actuará incorrectamente. Fuera del manual, no hay solución "correcta" de los problemas. Esto sería la sacralización (convertirlo en sagrado, en intocable) del partido y de la doctrina que enseña.

De algo así, de este tipo de marxismo, de un tipo de socialismo que aplicaba este tipo de marxismo, de un tipo de comunismo así, debe ser de lo que huyeron los obreros rusos, al final de su experiencia; así como también debieron huir de esto, Willy Brand y más tarde Felipe González, y más tarde, toda la socialdemocracia, y más tarde, de forma solapada, el Gobierno de China.

Y esto sería, el entierro del marxismo, y por tanto, el entierro del comunismo.

No falta sentido y razón a quien esto mantiene. La mayoría de los obreros de mundo entero, así lo han entendido y han pasado a apoyar otras teorías y otras prácticas, al votar y afiliarse a partidos y sindicatos que giran en torno a los movimientos del capital.

Es la respuesta lógica de los obreros y sus organizaciones a una teoría y una práctica que no les tenía a ellos como protagonistas. Les tenía como destinatarios, pero no como protagonistas.

Si no fuera porque se utiliza una (otra) palabra trampa, esto nos recordaría el lema (norma de conducta) del despotismo ilustrado: “todo para el pueblo, pero sin el pueblo”. Sería cuestión de poner obrero donde dice pueblo (la palabra trampa es “el pueblo”, que cuando se utiliza, uno no sabe bien qué quiere decir).

Este marxismo vulgar, fue utilizado ampliamente en la U.R.R.S, y en los países que siguieron su ejemplo. Y como éste fue el comunismo conocido por los obreros españoles; el marxismo que lo inspiraba, era el que ellos conocieron. Un marxismo de verdades, de seguridades, y de profecías. Un marxismo, a la medida de su tiempo (era el que utilizaban sus colegas rusos y europeos); era el que se llevaba en ese tiempo, y el que se llevó años después, hasta nuestros días.

**Las ideas que sobre su condición llegan al obrero.-**

Íbamos diciendo que, la teoría que un obrero recibe, referida a su saber profesional, se la suministra, o en todo caso, se la controla, el empresario; que es quien decide la tarea concreta que realizará y, por tanto, los saberes que necesitará.

Esto, en el plano individual. Si consideramos el escenario productivo entero, toda la producción, las necesidades de saberes técnicos, vendrían, asimismo, señaladas por el conjunto de los empresarios, que seleccionan así, la tecnología que en cada momento les interesa, o sea, los saberes que ellos precisan que tengan los obreros. Este fenómeno, en el lenguaje periodístico, diría así: “los centros de enseñanza deben orientarse según las necesidades del mercado de trabajo”. Porque saben que el obrero que adquiera conocimientos que no sean los que necesita un empresario, alguno de los empresarios, estará dedicando su esfuerzo a unos saberes inútiles, que no le servirán para trabajar.

Pues bien, esto mismo que acabamos de ver, en el marxismo vulgar aparecería, más o menos, así: “el poder despótico del capitalista mantiene en la ignorancia al obrero, para explotarlo mejor”.

Y se está diciendo lo mismo, pero…

La teoría que los obrero tienen a su alcance, referida a su propia condición colectiva de obreros (por qué ellos son obreros y los empresarios son empresarios; si esto es de nacimiento, o en algún momento ha ocurrido algo que así lo ha impuesto), les viene servida (esa teoría, esos conocimientos) por las instituciones (su familia, el colegio, la tele, el partido, el sindicato). Las ideas que él, personalmente, mantiene, él puede creer que le han nacido en su cabeza, pero, lo cierto es que las recibió de su entorno, de un entorno institucional, principalmente. Luego, las habrá contrastado con su experiencia, con su práctica, principalmente su práctica en el trabajo.

Para hacerse una idea (una teoría) de su situación en la producción, necesita el obrero, hacerse una idea (una teoría) de la sociedad, en general, en el seno de la que vive, es decir, hacerse una idea, tener una teoría de la producción, y de la reproducción que la hace posible, sostenible.

Son las instituciones los centros de producción, elaboración y difusión de las teorías, las encargadas de cumplir esta tarea, según hemos visto; y las instituciones no son sino creaciones de la producción, a cuyo exclusivo servicio funcionan.

El marxismo vulgar interpreta este juego, esta combinación, concluyendo que hay que demoler, destruir, las instituciones, creando otras que facilitarán el nacimiento de una nueva producción.

Con esta conclusión, queda comprometida, no solo la teoría de la reproducción y su función (la función de las instituciones), sino la teoría de la propia producción.

Como consecuencia de esta teoría, el Partido, el Ejército y la administración (el Gobierno y el Parlamento) rusos, dirigen directamente la producción (organizan el trabajo), y organizan y dirigen, al mismo tiempo, la reproducción (las instituciones).

Esta interpretación del marxismo, seguramente tiene su fundamento en las obras de Marx; los dirigentes comunistas rusos lo habían leído, lo habían estudiado y discutido.

Siempre manifestaron y, seguramente, siempre creyeron estar siguiendo las teorías marxistas.

No obstante hay que repetir, que Marx comenzó a escribir como periodista en diarios alemanes y norteamericanos; había estudiado derecho y filosofía; tuvo una intervención intensa en la acción de los movimientos obreros de aquel tiempo (alemán, francés, inglés), con numerosísimas intervenciones en sus comités, asambleas y organizaciones (muchas de ellas escritas, pero muchas más, no); fue estudioso impenitente de numerosas materias, entre otras, de economía. Su último estudio “El Capital”, se refiere esencialmente a esa materia.

Quiere eso decir, que citar a Marx, o decir que se sigue a Marx, con frecuencia debe interpretarse en el sentido de que se ha leído a Marx. Falta saber a cuál de ellos se refiere la cita, o en qué sentido se sigue lo dicho por él.

El estudio de “El Capital”, anima, desde luego, a revisar con atención, todo lo que se dice que es marxismo. Y esto, desde el punto de vista de los obreros; ellos son la producción; ellos son el trabajo; a ellos dedicó la mayor atención a lo largo de esta investigación, que no tiene otro norte que la condición en que los obreros prestan su trabajo. No hay en el mismo, otro tema que el trabajo de los obreros.

Y, sin embargo, el “marxismo” suena normalmente a partidos políticos, a lucha de clases, a proletariado, a imperialismo, a lucha de mercados, a capital financiero, a países pobres y ricos, a izquierdismo y radicalismo, a democratización, a globalización, a derechos humanos.

Y poco, o nada, sobre el análisis del trabajo de los obreros, que es el centro de gravedad del Marx “marxista”.

**La teoría no es inocente, ni cuando aparece como ciencia.-**

Vemos que la teoría no es inocente. No es inocente nunca. Ni cuando aparece en su forma aparente más neutra, la ciencia.

En el terreno que estudiamos (la sociedad basada en la forma de producir capitalista, y más concretamente el trabajo prestado por cuenta ajena), nada es inocente, nada es neutro; en el sentido de que el capital, en su movimiento de desarrollo, de reproducción, empuja, no sólo a la producción, sino al conjunto de la sociedad (que es el elemento en que apoya su reproducción) en un determinado sentido; y no le es indiferente (neutro), que algún elemento del conjunto (de la sociedad) se mueva en un sentido diferente.

Tiene toda la lógica que sea así. Lo mismo al estudiar la manufactura y el maquinismo. Se aplica sólo la tecnología que permite una mayor ganancia. La tecnología, la aplicación de la ciencia, no es neutra; el capital empuja a la tecnología a que se mueva, a que avance, en un determinado sentido; el que permita una mayor ganancia.

Si eso ocurre con la tecnología; con la ciencia, con la llamada ciencia básica (base de toda la tecnología), ocurre el mismo movimiento de empuje a la rama de la ciencia que aparezca con mayores posibilidades de aplicación tecnológica, y dentro de esta rama a la que mayores ganancias se esperan de ella.

Y es que, a lo que llamamos la ciencia, vale la pena detenernos un momento en su consideración. Anteriormente nos detuvimos en el conocimiento científico, mayormente en las

características que adornan a este tipo de conocimiento, pero no nos paramos en la consideración de la ciencia.

Para el capital, la ciencia es un producto del trabajo, que se puede utilizar en otros procesos de trabajo, distintos al suyo (como una materia prima cualquiera, un ladrillo, una baranda, una máquina).

En el mercado la adquiere, formando parte del propio obrero (los saberes adquiridos que utilizará al trabajar); formando parte de las máquinas (a las que se les introdujo en el proceso de trabajo de su construcción); en forma de diversas herramientas o medios (libros, instrucciones, disquetes, chips, patentes, etc.).

Se trata, por tanto, de un instrumento, adquirido para su uso en la producción, por parte del capital.

En este sentido, como instrumento de trabajo, el obrero no la utiliza, sino en la medida, y en la forma, que el capital decide.

Este aspecto de la ciencia, ya vemos que no es nada neutro, nada inocente; por el contrario, se trata de uno de los instrumentos esenciales en el dominio del capital.

Sigamos.

Resulta que, es que la ciencia, se presenta, es presentada, como una “cosa”, que está en algún lugar, un lugar alto, donde sólo alcanzan los “excelentes”. Los obreros, no serian excelentes, y en consecuencia, su acceso a la misma, les resulta particularmente complicado. De hecho, la presencia de un obrero en esos altos lugares, resultaría sumamente extraña. A él, a los obreros, lo más que llegaría  sería lo que se llama la divulgación. Esta divulgación, en la producción, ya hemos visto en qué forma llega al obrero.

Bien. Esta es la presentación que, en una sociedad capitalista, se suele hacer de la ciencia. Una presentación ingenua, inocente, donde lo más que se puede decir, y se dice, es: ¡qué le vamos a hacer, así es la vida!

Y la inocencia, la ingenuidad consiste en que, la ciencia es presentada como un tesoro que cayó del cielo; que no es de nadie, mejor dicho, es de todos, y que está al alcance de todos, bueno, de todos los excelentes. De manera que, nada, ni nadie prohíbe a un obrero, recoger su parte del tesoro. Lo que ocurre es, que cuando recorra el áspero camino que le han preparado, cuando llegue al final del mismo, se habrá convertido en un excelente. Ya no será un obrero. Un obrero no puede retirar su parte del tesoro, sin dejar de ser obrero. ¡Qué le vamos a hacer, las cosas son así!

Y así se presentan, de manera general. De manera general quiere decir, sin ningún tipo de análisis, sin ningún tipo de reflexión; o con razonamientos muy superficiales.

Nosotros acabamos de hacer un análisis, bastante simple, de esta cuestión, referida al terreno de la producción; y las consecuencias más gruesas, han sido: la ciencia no cayó del cielo, es el producto del trabajo; toma forma concreta (pues se trata de un saber) en las habilidades de los obreros, en las máquinas, en los libros, en las patentes, en los métodos, y todo esto se adquiere por el capitalista en el mercado; su utilización por el obrero, queda del todo sometida a las decisiones del capital.

**El papel de la ciencia en la producción.-**

El papel de la ciencia en la producción, tiene un sentido muy concreto: servir los intereses del capital.

El obrero, por tanto, hace uso de ella en la forma que le indica el capital; para él, la cosa no tiene otro alcance.

Veamos el comportamiento de la ciencia, fuera del terreno concreto de la producción.

Nos estamos refiriendo a los distintos escenarios, donde tiene lugar la reproducción de los procesos de trabajo.

Estos escenarios son muy diversos.

En primer lugar, recordaremos que, el conjunto de la producción, lo componen una serie de procesos de trabajo, enlazados, en forma que, unos se alimentan de los otros (el proceso donde se elabora un ladrillo, se enlaza con el proceso donde se fabrica una construcción): lo que en uno es el producto, en el otro sirve de materia prima.

Pero no solamente eso; sino que, la propia reproducción de los elementos personales de la relación de trabajo, el obrero y el empresario, puede ser el objeto de otro proceso de trabajo (un restaurante, un hotel, no hacen sino restaurar, reproducir la persona física de uno y otro). Una peluquería, un cine, una disco, desempeñarían el mismo papel.

Pero como vemos, todos estos procesos del trabajo, se sitúan en el terreno de la producción, en el terreno en que el capital dirige al conjunto de la actividad.

Por tanto, al referirnos a la reproducción, estamos indicando aquellos procesos de trabajo cuyo objeto es la creación y mantenimiento de las condiciones generales de la producción. No se trata, por tanto, de reproducir los procesos de trabajo productivos, sino de poner unas condiciones que exige el conjunto de la producción para desarrollarse, para mantenerse como tal conjunto.

Esos procesos de trabajo, no producen ganancia, por tanto, no son productivos, por tanto, en ellos no están presentes ni el capital, ni el obrero. En consecuencia, adoptan una forma singular, a la que suele llamarse aparatos, y nosotros les hemos ido llamando instituciones.

El objeto, la función, de estos aparatos, no es producir ganancia. Por esa razón, el capital no está presente en ellos. Tampoco está presente el obrero. Sin embargo, consistiendo sus funciones en la creación y mantenimiento de las condiciones

generales del buen discurrir del conjunto, es del mayor interés del capital, el montaje y atribución de tareas de estos aparatos.

Las condiciones generales de la producción en cualquier país capitalista son, la seguridad y el orden. Por tanto, los aparatos más importantes son las fuerzas públicas (ejército, policía, tribunales, cárceles), y los que crean el sentimiento general del orden.

Ello no quita que, según sea el grado de penetración y desarrollo del capital en los distintos sectores de la producción, hará que sus exigencias hacia los aparatos, vayan dirigidos a unas u otras tareas en particular, según del país y del momento que hablemos.

Hoy, en Europa, dentro de estas condiciones generales, destaca una en particular: la investigación científica.

Y aquí tocamos el tema del que íbamos hablando, la ciencia.

Hemos dado un pequeño rodeo. La intención ha sido, escaparnos de ese sentido de neutralidad, de ingenuidad con el que, decíamos, suele presentarse rodeada la ciencia.

Para desembarazarse de estas falsas neutralidades, no hay nada mejor que situar las cosas en su terreno concreto, y en su funcionamiento real.

Es lo que hemos empezado a hacer con la ciencia. Y, por lo tanto, hemos podido apreciar, varias cosas.

Una, que, en el terreno de la producción, los conocimientos científicos, son utilizados por el capital, como otro cualquier factor, elemento, productivo: en la medida en que contribuyan a crear más ganancia.

Otra, que las empresas, aplican, si les interesa, la ciencia; pero ellas no se dedican a producir ciencia básica, diríamos, ciencia pura, principios científicos.

Por lo tanto, como se trata de una necesidad general, es decir, no es el interés de una empresa en concreto, sino del conjunto; y además, esta actividad no producirá ganancias; se acude a los aparatos generales, a las instituciones (al Estado), y se les indica, exactamente, en qué sentido se debe avanzar en los conocimientos generales, para que éstos puedan ligar con las aplicaciones concretas en las tecnologías de las empresas; pues de eso se trata.

**La ciencia en la reproducción.-**

El saber “enjaulado” en la producción. Y el saber “enjaulado” en la reproducción.

Los saberes de la ciencia controlados y administrados directamente por el capital en los procesos de producción.

Y los saberes y la ciencia controlados y administrados por el aparato institucional, y por tanto, en forma indirecta por los directores y amos de la producción.

Los conocimientos y habilidades (categorías, perfiles, niveles) exigidas por los empresarios para ocupar un puesto de trabajo en la empresa.

Los conocimientos y habilidades acreditados y certificados para poder ocupar cada uno de los escalones de las “carreras” por las que se sube en los aparatos institucionales.

Los amos en la producción imponen directamente el sentido y los límites de los saberes útiles.

Los aparatos reproductores de la producción y del conjunto de la sociedad, reciben como una guía estos mandatos de los amos de

la producción; si los interpretan bien, su labor será reconocida; en caso contrario, serán sustituidos por otros más eficaces.

En un sistema así, la llamada “movilidad social” significa la posibilidad teórica de recorrer estos pasillos que los amos establecen. Una cosa similar, parecida, significa el llamado “principio de igualdad de oportunidades”.

Si la cultura es el cultivo de la inteligencia crítica; en una estructura como ésta, las instituciones, soporte de cualquier conocimiento, actuarán como moldes a los que deberá ajustarse ésta. La pretendida libertad de pensamiento queda sometida a esta doble criba: económica e institucional. Los liberales, no obstante, quedarán contentos; en el ámbito individual tu pensamiento es libre, y lo podrás comunicar a tus vecinos.

En una estructura así, los liberales cantan la llegada de “la sociedad del conocimiento”, donde pretendidamente el estudio (practicable por cualquier individuo), será el que asignará a cada uno su puesto en la sociedad. Sin explicar que los caminos para circular por la sociedad vienen ya señalados en la forma que hemos visto.

Son los inventos de los liberales, los representantes políticos de los amos. Seguidos, todo hay que decirlo, con el mismo entusiasmo, por los socialdemócratas.

En semejante ordenación (distribución de papeles) de los conocimientos y habilidades, tanto en la producción, como en los aparatos reproductores institucionales, acaban estos señores de descubrir “el capital humano”. ¿Qué querrá decir semejante expresión? No deben sentirse tranquilos con el hecho de que los obreros piensen que el capital son los medios materiales con que trabajan, y que, naturalmente, les son ajenos. Esto les deja incómodos. Será mejor decir que ellos, los obreros, también tienen “su capitalito”. No es como el otro, no es material, es personal, es incluso más bonito que el otro. El otro son máquinas y materiales, éste es el conocimiento. ¡Qué hermoso! Va a resultar ahora que el empresario dispone de tres capitales: el suyo material (digamos el de toda la vida), el capital humano de sus obreros, y el capital

humano de su propia persona (capital también humano, claro). ¡No está mal!

**La ordenación capitalista del trabajo, no tendría alternativa.-**

Esta estructura, esta ordenación del trabajo (el trabajo por cuenta ajena, el trabajo por cuenta del capital), se ha prácticamente universalizado. Es el esquema dominante en la inmensa mayoría de los países del mundo. Y es opinión general, en nuestro país también, que es la mejor y más razonable.

Y lo que es más notable: es opinión general que no hay otra alternativa practicable.

No hay, sin embargo, como hemos visto, dificultad alguna, ni de orden práctico, ni de orden teórico, al funcionamiento de otro tipo de estructura, de ordenación del trabajo: aquella compuesta por procesos de trabajo colectivos por cuenta propia.

En ésta última desaparece el empresario y desaparece también el obrero como tal obrero.

La sola presentación de esta forma de ordenación del trabajo, provoca un doble efecto: el rechazo del empresario y del obrero.

El rechazo del empresario tiene toda su lógica: se trata de prescindir de él. No obstante, en nuestro país, en toda Europa, este rechazo no es frontal, simplemente pretenden desconocer, no reconocer, que se trata de “otra” forma de ordenar el trabajo, de otra forma que acabaría con su papel en la producción; miran de reojo y se tranquilizan, viendo que la posible competencia es de orden menor, no es para asustarse.

Lo que más tranquiliza al empresario, individualmente, es el hecho de contar con sus organizaciones, profesionales y políticas. Al fin y al cabo ellos dominan el conjunto de la producción, y por tanto, controlan igualmente todo el aparato institucional. Esto es un argumento de peso, de mucho peso. Sin embargo, tienen otro argumento para estar tranquilos, otro argumento que enseguida veremos.

El obrero, hemos dicho, también rechaza la “otra” ordenación del trabajo, la ordenación alternativa.

Este rechazo del obrero es mucho más complejo.

Primero, hemos de recordar que el obrero individual no existe, es decir, el trabajo obrero es siempre colectivo, el capital para funcionar precisa equipos completos que muevan el conjunto de sus instalaciones, equipos que van desde el ingeniero hasta el peón, y que a veces pasa de varios miles de trabajadores.

El amo del capital no tiene enfrente un individuo que se llama obrero; lo que necesita y contrata, es un colectivo técnicamente diversificado, capaz en su conjunto de montar un proceso de trabajo complejo, que desemboca en la obtención de un producto.

Como los contrata y los despide uno a uno, la relación que se establece, tiene toda la apariencia de ser individual.

Como el reconocimiento de las capacidades (que se traducen en jerarquía y en salario) se establecen entre empresario y cada obrero, la apariencia es la de situaciones individuales.

Como la tecnificación de los procesos de trabajo avanza con rapidez, cada vez es mayor la proporción de obreros cualificados.

Este conjunto de fenómenos hace que se disuelva, se diluya, el concepto de obrero, que pierda su perfil teórico, que se confunda lo principal con lo secundario.

Las consecuencias prácticas aparecen enseguida. La creencia de que los obreros son solo los manuales, la creencia de

que los altos salarios hacen que se deje de ser obrero (aunque se sea manual).

La creencia, por lo tanto, de que los obreros están desapareciendo en toda Europa.

La creencia de que los obreros dejaron de existir cuando la tecnificación del aparato productivo, y la alta productividad, permitieron que el obrero se comprara el mismo coche que el amo.

La creencia de que los verdaderos obreros son hoy en Europa los emigrantes.

La creencia de que la clase obrera y sus luchas, se han trasladado a Iberoamérica, a Asia y a África.

Esta pérdida de identificación, teórica y práctica, dificulta extraordinariamente la percepción de la “otra” posible forma de ordenación del trabajo.

Si no se tiene claro que el soporte material de la producción capitalista es el proceso de trabajo colectivo por cuenta ajena, cualquiera que sea el nivel tecnológico, cualquiera que sea el nivel de la productividad, cualquiera que sea la complejidad del proceso; difícilmente se percibirá que el soporte material del socialismo, de la producción comunista es el proceso colectivo de trabajo por cuenta propia, cualquiera que sea el nivel tecnológico, cualquiera que sea… etc.

Este hecho de que los obreros y sus organizaciones no identifiquen como “suya” esta “otra” organización del trabajo, es el otro motivo de la tranquilidad para el empresario y sus organizaciones, (habíamos dicho más arriba que el primer motivo de tranquilidad era su abrumador dominio en la producción y en el manejo del aparato institucional).

El dominio en la producción se traduce, a través de la actividad política, en el control del aparato reproductivo institucional, por parte de los empresarios.

Habíamos dicho más atrás que precisamente en eso consistía el poder. Mandar en la producción “exige” mandar en la reproducción, sin la que aquella no se puede aguantar, no se sostiene., Y el aparato reproductor no es otra cosa que las instituciones.

Quien tiene el poder, traza las líneas maestras de la “producción” literaria y en general de la “producción” cultural. No sólo porque se trata de un sector (de un sector más) de la producción; sino también porque su núcleo central viene encuadrado en las instituciones.

El sector productivo, el sector institucional y el sector cultural, constituyen el nervio de la sociedad, de un país. Naturalmente, no se presentan separados, sino perfectamente enlazados, pero como ya dijimos se les puede separar intelectualmente para mejor estudiarlos y conocerlos, como el cuerpo humano y sus diversos componentes.

En consecuencia, cuando decimos que en nuestro país, la producción está dominada por los procesos de trabajo por cuenta ajena, estamos diciendo que las instituciones vienen controladas por los dueños del aparato productivo; y estamos diciendo que todo el aparato cultural, viene encorsetado por este doble control: el orden de la producción y el orden en las instituciones.

Hemos de admitir que el discurso oficial, en nuestro país, en toda Europa, en EE.UU., no es ese. El discurso oficial dice que las exigencias de la producción son lo primero, pero que la política está para que el bienestar general sea el norte de cualquier actividad, sea esta productiva o no; y que el saber, el conocimiento y la cultura son la escalera por la que se accede a ese bienestar general, individualizándolo.

Un poco confuso, como es natural, dado que no se corresponde con la realidad.

Ese es el discurso oficial, en general.

El discurso por sectores es más directo, más claro.

El sector productivo. Los empresarios somos los que creamos riqueza, los que creamos empleo, los que emprendemos nuevas actividades en la línea del progreso, la investigación y el desarrollo.

El sector institucional. Somos los garantes del orden, el progreso y el bienestar general.

El sector cultural. Somos la punta de lanza del saber, de la libertad, del humanismo. Somos el ojo vigilante que no permitirá que los otros dos sectores, la Economía y el Estado, estrujen al ciudadano, abusen de él o lo entontezcan con sus patrañas, sus trampas y su eterna corrupción.

En estas estamos cuando un trabajador comunista o socialista, en nuestro país, en Europa, en nuestros días, se plantea: la meta de nuestro partido comunista o de nuestro partido socialista, no es, evidentemente, conseguir una sociedad comunista; por lo tanto, podríamos hacer como los obreros norteamericanos, confiar en los partidos de los empresarios y prescindir de los partidos comunista y socialista. O también, podríamos hacer como los ingleses, que tienen un partido que se llama del trabajo, pero que plantea los problemas del trabajo como los plantea el partido de los empresarios. O como los italianos y los franceses, que no tienen prácticamente partido comunista, y además votan en la actualidad (Berlusconi y Sarkozy) al partido de los empresarios. O como los alemanes, que forman un gobierno entre el partido de los empresarios y el partido socialista.

¿No hay, pues, posibilidad alguna de montar en Europa, en España, una sociedad comunista?, ¿Está cerrado el camino al comunismo en Europa?

Esto es, al parecer, lo que opinan nuestros partidos comunista y socialista.

Y, seguramente, no se equivocan.

Haciendo lo que hacen, siendo lo que son, evidentemente no se equivocan.

Dentro del sistema, y siguiendo las reglas de ese sistema, no se llega a un sistema distinto.

**¿Por dónde se empieza?.-**

Dentro del sistema capitalista, y siguiendo sus reglas de funcionamiento, no se llega a una sociedad comunista, no se construye el socialismo. Y eso es lo que hacen nuestros partidos, comunista y socialista.

¿Cómo se hace?, ¿Por dónde se empieza?

En primer lugar, habría que tener en cuenta quién se hace estas preguntas. Porque, en principio, una gran proporción de trabajadores europeos, españoles, no les parece mal el camino que siguen y la meta que buscan los partidos que votan: el bienestar general. Y dentro de ese bienestar general, naturalmente, también el de los obreros. Y este bienestar general, lo persiguen en España: el P.P., el P.S.O.E., Convergencia i Unió, el P.N.V., el P.C., Izquierda Unida, etc.; y en el resto de Europa los que hemos citado, es decir, todos.

Esto quiere decir que, en principio, los interesados en empezar hoy a construir el socialismo, el comunismo, son una minoría de los trabajadores.

¿Por qué se dice “en principio”? Pues porque hay un sin número de trabajadores desengañados, aburridos del camino seguido hasta ahora por sus partidos, y que si vieran la posibilidad de un camino practicable, se podrían enganchar a él.

En todo caso, los interesados en las preguntas anteriores, son muy pocos.

¿Cómo se hace y por dónde se empieza?

Hay que situarse, para empezar, en el “lugar” del obrero, y en general, en el “lugar” del trabajador. Así nos lo indica Marx en sus estudios.

Desde el “lugar” del obrero se analiza la composición y ordenación de nuestra sociedad capitalista.

No desde la Constitución, desde las leyes que hace el Parlamento, desde el Parlamento mismo. No desde el Gobierno ni de sus decisiones. No desde los Tribunales y sus sentencias. Ni desde las Universidades y las Escuelas. Ni desde el alto lugar en que se coloca la cultura. Ni desde la intelectualidad crítica. Ni desde los partidos políticos. Ni desde los sindicatos.

Todos estos “lugares” citados los ha construido el capital. Los ha construido y los vigila atentamente. Entre todos ellos delimitan el “espacio” en el que se desenvuelve el trabajo obrero.

Marx llegó a identificar de la manera más simplificada este lugar. En todas las sociedades, dice, el secreto más íntimo para esclarecer y entender su composición, hay que buscarlo en el método, en el modo en que se extrae el excedente al trabajador directo de la producción.

El trabajador directo en al producción material, produce más de lo que consume; lo que resta, el excedente lo aprovecha la clase dominante, el amo. Así ocurre en los antiguos imperios asiáticos, en el reino de los Faraones, en los regímenes de la esclavitud y en el de los siervos, y en nuestro régimen o sistema del capital (del trabajo colectivo por cuenta ajena).

La forma de relacionarse el trabajador con los medios de trabajo, y como consecuencia, con el producto que obtiene, nos da la clave y la explicación de todas las instituciones que se le montan encima y viven de él.

Estas instituciones dominadoras y avasalladoras, son a lo largo de la historia, las encargadas de explicar y enseñar cómo está

construida la sociedad, y cual es el papel de ellas mismas en todo ello.

Este hecho, según Marx, dificulta extraordinariamente que un simple trabajador pueda tener una imagen clara de su papel en la sociedad en que vive y trabaja.

A lo largo de las fases históricas que hemos mencionado, todas las instituciones no han tenido otra finalidad que sostener la modalidad correspondiente de prestación del trabajo en la producción. Y esto, con un doble objetivo. De una parte, montar el aparato, los aparatos de coacción necesarios para mantener esa situación, hacerla sostenible. De otra parte, para justificar y dar razón de la bondad y adecuación de la acción de estos aparatos, así como presentar la propia situación como muy satisfactoria.

Que estas propias instituciones sean las que aporten el material instructivo, educativo, para que los trabajadores de la producción se hagan cargo de su situación en el trabajo y en la propia sociedad, es un sarcasmo. Pero es así. ¿Quién enseña historia?, ¿quién enseña economía?, ¿quién enseña derecho?, ¿quién enseña moral?, ¿quién enseña qué es trabajar?, ¿quién enseña qué es un obrero, qué es un empresario, qué es un banco, qué es el salario, qué son los impuestos, qué es el Estado, cómo se organiza la sociedad?

¿Quién lo va a enseñar?, nos dirán.

Y lo dirán con toda razón. En el sistema del capital, quien lo enseña todo son las instituciones del capital.

Parece una perogrullada (una evidencia), y lo es, pero es que esa evidencia es la que provoca la pregunta que hemos hecho antes: ¿Entonces, por dónde se empieza?

**Se trata de un cambio en las estructuras productivas.-**

Se trata de un problema estructural.

De relación entre los elementos que intervienen.

Los elementos, esencialmente, son dos: el trabajador y el producto de su trabajo.

La relación esencial puede ser: o de propiedad, o de ajenidad. O el trabajador es propietario del producto de su trabajo, o éste le es ajeno.

Y esto es así, tanto si el proceso de trabajo es individual, como si es colectivo.

A la primera forma de relacionarse el trabajador con su producto corresponde un tipo de estructura, la que hemos llamado trabajo por cuenta propia; y a la segunda, trabajo por cuenta ajena.

En la estructura del trabajo por cuenta ajena, aparece un nuevo elemento: el empresario.

No lo hemos citado al principio como elemento esencial, porque su función no es “necesaria” en el proceso de trabajo. El artesano, el campesino, el trabajador colectivo de una cooperativa no lo necesitan para nada.

Ligado a este nuevo elemento, aparecen modificadas dos relaciones: la de propiedad de los instrumentos de trabajo, y la de dirección técnica del proceso.

De manera que en la estructura de trabajo por cuenta propia, el titular del producto, de los instrumentos de trabajo y de la dirección técnica es el trabajador, y en la estructura de trabajo por cuenta ajena, lo es el empresario.

Este es el dibujo esencial de ambos tipos de proceso de trabajo. Y habíamos explicado que el dibujo esencial de un edificio

era su estructura; cimientos, pilares, paredes maestras, como elementos, y las relaciones entre estos elementos. Es decir, su estructura.

Después, al concretarse el proceso real, en el edificio terminado, apreciamos otra serie de elementos y de relaciones entre ellos. Pero unos y otras, elementos y relaciones, aparecen encuadrados, sometidos a los elementos y relaciones estructurales. Puede haber una gran variedad de elementos y relaciones subordinadas, dentro de una misma estructura; su número y variedad, no la hace cambiar.

Tanto en el proceso de trabajo por cuenta propia, como en el de por cuenta ajena, puede haber, y hay, una gran variedad de tipos, pero su estructura es invariable.

Es, por tanto, muy importante, en el análisis que hagamos de un proceso de trabajo concreto, que nos centremos en sus elementos y relaciones estructurales, y no nos distraigamos con los elementos y relaciones secundarias.

Por ejemplo, la cuantía del salario no es un elemento estructural, la relación salarial, sí. ¿Por qué? Pues porque la relación salarial es consecuencia de la propiedad de los frutos del trabajo y de los instrumentos del trabajo, y éstos sí son elementos y relaciones estructurales. La cuantía del salario puede variar, al relacionarse con la productividad (un obrero marroquí tiene una baja productividad y un bajo salario; un obrero noruego tiene altos, la productividad y el salario) que no es una relación estructural del trabajo por cuenta ajena. Tan capitalista es la relación del trabajador marroquí, como la del noruego, pero su grado de productividad puede variar.

Estas consideraciones teóricas tienen, como siempre, unos reflejos en la práctica.

Pensemos en el proyecto de nuestros partidos socialdemócratas europeos (P.S.O.E. y P.C. incluidos): progresar en el bienestar general, y por tanto también en el de los trabajadores, dentro de la estructura del trabajo por cuenta ajena (capitalista).

Nos sirve de ejemplo, este dato, para apreciar la importancia que tiene la utilización de los conceptos teóricos en los análisis referidos al movimiento obrero en general, y a la familia marxista del socialismo en nuestro país.

El adversario, los teóricos liberales, no cesan de apabullarnos con cifras (normalmente de crecimiento), centrando sus explicaciones, sus análisis, en “la economía”, nunca en el lugar que el trabajador ocupa en ese concepto tan vago.

Según los conservadores (incluidos los que se consideran liberales), su proyecto incluye a los trabajadores, y su objetivo es aumentar la productividad del trabajo, y con ello sus ganancias y los salarios.

Dentro del campo de ese mismo proyecto, la socialdemocracia, haciendo hincapié en el momento de la reproducción (sanidad, educación, seguridad social, cultura) intenta una mejora en el bienestar general, y por tanto, en el de los trabajadores.

Como vemos, el pensamiento socialista marxista, se mueve en un terreno, en el que le rodea casi por completo el pensamiento conservador, el proyecto conservador.

Con este tipo de pensamiento, de teoría, de proyecto, la pregunta que anteriormente nos hacíamos, carece de sentido.

¿Por dónde empezar la construcción del socialismo, dentro de la estructura del trabajo por cuenta ajena?

La punta de la madeja de la respuesta, probablemente ha de comenzar, donde acaba la pregunta. En la estructura del trabajo por cuenta ajena, no está el comienzo de la estructura del trabajo colectivo por cuenta propia, la estructura que soportaría a un proyecto socialista.

La construcción del socialismo exigiría una nueva estructura. No el cambio de la estructura existente, sino el cambio de la estructura existente, por una nueva estructura.

No es lo mismo empeñarse en cambiar la estructura capitalista para convertirla en una estructura socialista, que crear una estructura socialista que sustituya progresivamente a la estructura capitalista.

En otras palabras.

Crear estructuras de trabajo, procesos de trabajo, por cuenta propia, para ir sustituyendo a los procesos de trabajo por cuenta ajena.

**Las luchas actuales tienen lugar en el seno de la estructura capitalista. No son tales "luchas".-**

En la historia del movimiento socialista europeo se ha puesto, normalmente, como uno de los objetivos centrales del mismo, la transformación de las estructuras en que se inserta el trabajo.

Esta idea de transformar la estructura del trabajo, ha podido desdibujar la dirección de la llamada "lucha" obrera o "lucha" revolucionaria.

De tal modo ha sido así, que las acciones de esa "lucha" han tenido como escenario el espacio del trabajo por cuenta ajena, la estructura capitalista del trabajo. Y es en el seno de las grandes empresas capitalistas donde se han dado las grandes batallas del movimiento obrero europeo.

De esta forma, el objetivo final de la lucha se presentaba como la destrucción de la estructura capitalista del trabajo; sin

embargo, el resultado obtenido -cuando había éxito, victoria- era el de mejorar el salario, la jornada, la higiene, la continuidad de la relación, etc.

Esta falta de transparencia en el objetivo buscado y la meta conseguida, hace posible que la socialdemocracia (P.S.O.E., P.C., C.C.D.D., U.G.T.) puedan seguir diciendo que pertenecen al campo del socialismo.

Las batallas del socialismo obrero español, sólo en sus comienzos han apuntado a la destrucción de la forma de trabajo por cuenta ajena, sin que tampoco apareciera muy clara la forma en que esto ocurriría.

A partir de la revolución soviética, una parte del socialismo español, como hemos visto, creyó que ya se había encontrado la fórmula -los comunistas-, y otra parte siguió considerando cuál sería otra fórmula viable.

Esta segunda opción, el socialismo europeo de la mitad del siglo pasado, ha vivido en la indefinición -en este sentido-, hasta las famosas declaraciones de los partidos socialistas alemán y español.

Para este tiempo, los comunistas europeos, decepcionados de la experiencia rusa, se unieron a los socialistas en su deriva hacia la socialdemocracia actual.

En los momentos actuales, unos y otros, socialistas y comunistas, aceptan la estructura capitalista (por cuenta ajena) del trabajo, y sitúan de forma decidida sus “luchas” en el seno de esta estructura.

Teóricamente, en la teoría, podemos hacer algunas consideraciones, a este respecto.

Marx había estudiado los cambios de la estructura del trabajo en el paso del trabajo de los siervos al trabajo asalariado, al trabajo de los obreros. El paso de la Edad Media a la Edad Moderna y Contemporánea.

Es un lento proceso, que empieza en el señor y el siervo, y acaba en el empresario y el obrero. Empieza en el trabajo servil y acaba en el trabajo obrero. Un lento y largo proceso, a lo largo del cual van evolucionando, cambiando los elementos que intervienen en el proceso y las relaciones que entre ellos se establecen, es decir, va cambiando la estructura del trabajo.

Marx hace notar como rasgos esenciales de estos lentos procesos de cambio, lo siguiente:

En el seno de la estructura de trabajo existente aparecen elementos o modificaciones en los elementos, que hacen posible el ensayo del funcionamiento del embrión de una nueva estructura.

En la medida en que el embrión da paso a un nuevo proceso de trabajo, la antigua estructura comienza a decaer hasta que desaparece.

Es decir, el fundamento primero de una sociedad hemos visto que es el conjunto de procesos de trabajo que forman su producción material.

Estos procesos de trabajo, con su particular estructura dan color a la sociedad en su conjunto. El proceso de trabajo servil, da soporte a la sociedad medieval, y el proceso de trabajo por cuenta ajena, a nuestras sociedades modernas.

La mejora de la productividad en el trabajo del siervo, a quien se permite participar en cierta medida en el resultado de esta mejora (mediante el cultivo de una parcela particular, el disfrute de una parte de las crías del ganado, etc.), incentivando así un interés por el resultado del trabajo que no tenía, por ejemplo, el esclavo, permite a los arrendatarios y encargados de los grandes señores de la tierra, una cierta acumulación de dinero; al igual que los mejores conocimientos de los navegantes permiten a los mercaderes ampliar sus actividades en nuevos espacios, y llegar a acumular unos medios económicos que permitían, como en el caso de los gestores de las grandes fincas, aplicar en la mejora de los procesos de trabajo, en la forma que más atrás vimos.

Los elementos modificados que aparecen, en medio de la estructura del trabajo servil, son, pues, unos inversores (diríamos hoy) dispuestos a ofrecer trabajo en las ciudades, a los siervos que van abandonando las fincas dedicadas a la ganadería lanar (por ejemplo, en Inglaterra), para venderla a los tejedores y comerciantes holandeses.

Este trabajador “libre”, y este inversor urbano, son los dos nuevos elementos que en los finales de la Europa medieval, ensayan una estructura de trabajo, distinta de la servil.

El trabajador y quien lo emplea, ya no son el siervo y el señor, y su relación tampoco es la misma. Estamos, por tanto, ante una nueva estructura de trabajo, que, lentamente se abre paso en el seno de una sociedad que no se le corresponde, lentamente va tomando su nueva forma, y mostrando su superioridad respecto a la estructura anterior.

La estructura de trabajo por cuenta ajena, va exigiendo, a medida que se va generalizando, nuevos apoyos, nuevas condiciones que faciliten y aseguren su reproducción. Y son esos cambios en las condiciones de reproducción (la aplicación de la violencia organizada y la organización del consentimiento), al ir tomando cuerpo en instituciones distintas, los que van dando datos a los estudiosos de esos periodos históricos. De ahí que la historia que se nos cuenta de nuestras sociedades, sea la historia de sus instituciones. De ahí, también, que al entender que el proceso de cambio de nuestras sociedades es el del cambio de sus instituciones, se centre en éstas, se sitúe en su seno el motor que cambia la historia de las mismas.

Siguiendo el pensamiento de Marx, sin embargo, en el tránsito del capitalismo al socialismo, no nos dejaríamos llevar por esta visión superficial que concede el protagonismo en el cambio histórico de nuestra sociedad a las instituciones (partidos políticos, parlamentos, elecciones, corporaciones militares, asociaciones culturales, sindicatos, acciones guerreras o guerrilleras, etc.), sino que, como él señala en su obra, todas estas instituciones citadas, no son los motores del proceso de trabajo existente, o los motores del cambio hacia otra forma en el proceso de trabajo, sino que su papel

es instrumental, son el instrumento necesario que utiliza el amo de las condiciones materiales del trabajo, para mantener la estructura que más le conviene en la prestación de ese trabajo.

Se ha demostrado ser un error el colocar en primer lugar las instituciones, y detrás el proceso de la producción material (el trabajo).

Al proceso de trabajo lo ordena, le da forma el amo de las condiciones materiales de su realización, y no las instituciones, por más que superficialmente dé esa sensación. Por lo tanto es en ese dato en el que hay que centrar toda la atención.

**Un “hecho nuevo” provocado por la alta productividad en el capitalismo más maduro.-**

Según vimos ya, un nuevo fenómeno se produce en el seno de la reproducción del trabajo por cuenta ajena. Y es un fenómeno imperceptible, que puede pasar desapercibido. Y sin embargo, puede dar lugar, está dando lugar ya, al nacimiento de una nueva estructura de trabajo, a una nueva y singular ordenación de la producción material.

La mayor productividad conseguida en la ordenación capitalista del trabajo, se traduce en un mayor salario. Hasta tal punto que el trabajador puede conseguir tener un sobrante, un ahorro, después de todos sus gastos de reproducción.

Este fenómeno, nuevo en la historia del trabajo, abre a su vez, la posibilidad material de convertir al trabajador en propietario de sus medios de trabajo. Y ello, no como en el caso del artesano o del campesino, sino en el nuevo (también) escenario del proceso de trabajo colectivo.

Calladamente, sin enfrentamientos espectaculares, sin romper el dominio de la estructura del proceso de trabajo existente, se abre una alternativa real, practicable a otro tipo de ordenación del mismo.

Marx, repetimos, había advertido que, históricamente en los modos de producción existentes en un momento, al madurar todas sus posibilidades de desarrollo, aparecían en su propio seno las condiciones materiales que permitían la aparición de otro, que acaba sustituyéndolo.

Y aquí se puede retomar el extremo de la madeja que buscamos, cuando nos hacíamos la pregunta ¿por dónde empezar?

Si el motor de una sociedad es la producción material, el trabajo material, y quien da dirección a ese motor es el dueño de las condiciones materiales del mismo. Si en la nueva estructura naciente el dueño de los medios materiales es el propio trabajador, nos encontramos ciertamente ante una estructura de trabajo nunca existente: el proceso de trabajo colectivo por cuenta propia.

Reúne, esta nueva ordenación del trabajo, todas las características queridas y buscadas por el socialismo histórico y dibujadas en sus proyectos por todos los líderes comunistas del siglo pasado. Si bien, al colocar las instituciones (el Estado, el Partido) sustituyendo a los trabajadores -aunque fuese temporalmente, según se decía-, quedaba dislocada la estructura.

El acto mismo, en la revolución, de la toma de posesión de las condiciones materiales del trabajo (tierras, fábricas, minas, etc.) descoloca a los trabajadores en la estructura, y falsea completamente a ésta.

A los trabajadores no hay que suplirlos en su toma de posesión de los medios de trabajo. Lo han de hacer ellos mismos. En eso consiste el primer momento de la nueva estructura. Ellos, en cuanto que son dueños, dirigirán esta estructura, su nuevo trabajo, hacia donde más les convenga. Montando los instrumentos institucionales que encuentren más adecuados a ese fin.

Es la historia misma. Marx no hace otra cosa que estudiarla y ponernos delante de nuestra vista lo que hicieron los primeros capitalistas. Ni pidieron permiso a nadie, ni plantearon una guerra a nadie. Se limitaron a montar una nueva estructura en la que el trabajo era más productivo; tanto, que les permitió dominar toda la producción, y extender esta forma de trabajo por el mundo entero; dotándose para ello de las nuevas instituciones que les resultaron más eficaces.

Las viejas instituciones, las correspondientes al trabajo servil, o desaparecieron, o se adaptaron a las necesidades del nuevo amo. Este proceso de desajuste y de ajuste de instituciones, es lo que se nos presenta como el hilo de la historia, como la causa de los cambios históricos.

De este enfoque deriva el pensamiento, la cultura de nuestra sociedad europea actual. Así ven los cambios históricos los conservadores, y así ven los cambios los socialdemócratas.

El sistema parlamentario con sus alternancias de los partidos políticos, es el teatro en el que han ofrecido a los trabajadores que presenten y defiendan sus proyectos.

Sin embargo, no fue en ese terreno en el que los capitalistas plantaron cara a los antiguos amos. No fue así. Por el contrario, se limitaron a montar unos nuevos procesos de trabajo, en que ellos eran los amos de las nuevas condiciones materiales de trabajo.

No siguieron las consignas de sus partidos políticos conservadores; fue al revés. Los partidos políticos conservadores, los montaron ellos para reproducir con la mayor seguridad y éxito su propia reproducción; la reproducción de los nuevos procesos de trabajo.

Montaron todo el actual aparato institucional con esa sola finalidad. Y pretenden que los trabajadores sigan un camino distinto al suyo. Pretenden que los trabajadores se entretengan en el entramado institucional, y no dirijan la mirada a la producción, a la ordenación del trabajo, lugar que ellos escogieron como inicio de su aventura.

El aparato institucional en que se encuentra encajonado el trabajo obrero, no es obra del obrero, sino del empresario. Los partidos políticos, los sindicatos y demás organizaciones de los obreros, no son sino parte del aparato institucional del capital.

Este hecho hace, por sí mismo, que estas instituciones de los trabajadores, estén enfocadas a la función que desempeñan, es decir, a facilitar la más cómoda reproducción del capital. Esta es su función, y en ello están.

Montar una nueva estructura de trabajo, una nueva ordenación del trabajo, sencillamente no es su función. No nacieron para eso. Su origen, y su vida entera, se sitúa en la siempre tensa, por naturaleza, relación del trabajo por cuenta ajena. Y, efectivamente, en ello están.

Las múltiples, infinitas, batallas frente al capital, les han dado una forma de ser, de funcionar, que las ha situado plenamente en el campo del capital.

Esto hace que no las encontremos en el campo de ensayo de esta nueva relación laboral a que nos referimos.

Si, como nos parece indicar Marx, el comienzo del socialismo, como lo fue en el capitalismo, no está en las instituciones (partidos, Estado), sino en la producción. Si la nueva relación de trabajo, tiene como esencia, que el trabajador (colectivo) es el titular de los medios de trabajo, del producto y de la dirección técnica del proceso. La iniciativa, el proyecto y su realización, parece claramente, que es obra del propio trabajador; y en la realización del proyecto (el funcionamiento de la nueva relación), irá apareciendo la necesidad de utilizar determinadas instituciones que el propio trabajador indicará.

**Los procesos de trabajo, delante; las instituciones, detrás.-**

Tomar posesión de los medios del trabajo, se presentó a los bolcheviques como un acto heroico, histórico, violento, enardecedor de muchedumbres, en la propia Rusia, y en el mundo entero.

Tomar posesión viene a significar como convertirte en el amo, propietario de la materialidad de la empresa, de sus frutos y director de los procesos de trabajo.

Los bolcheviques, los comunistas rusos pensaron que el personal no estaba preparado para tamaña responsabilidad, y seguramente pensaron con toda razón.

Pensaron, igualmente, que el partido sí estaba preparado para ello. Y el partido se convirtió en el amo de la producción.

Desde ese momento, el acto inicial del proceso de trabajo por cuenta propia, resultó viciado.

Desconocer la extraordinaria potencia del saber empresarial, es igual de grave que desconocer el extraordinario empobrecimiento del saber del trabajador por cuenta ajena.

Desconocer el larguísimo proceso de compenetración y ajuste entre los intereses del gran capital y las siempre escurridizas administraciones civiles, militares, religiosas, culturales y políticas, es igual de grave que desconocer el tremendo alejamiento del trabajador respecto a estos instrumentos de poder.

Creer que los trabajadores iban a sustituir a los empresarios en el primer acto de toma de posesión de los medios de trabajo, no se lo podían creer ni los más ardientes de los dirigentes bolcheviques. Por eso optaron por sustituirlos por el Partido (aunque en su nombre).

Creer que un partido político podía sustituir a los empresarios y a los trabajadores, resultó, al fin y al cabo, una falta de percepción de la realidad.

El final lo hemos visto. Ni el partido supo ser un partido. Ni los nuevos empresarios saben ser empresarios. Y lo peor, los trabajadores no tienen confianza ni en ellos mismos.

El enfoque heroico y espectacular del primer paso en la toma de posesión por parte de los trabajadores de los medios de trabajo, es propio de los militares o de un partido político. Sólo en ese supuesto, en el de un vuelco espectacular, alguien tan alejado de las tareas de la producción como militares o políticos, puede tomar el papel de protagonista.

En los casos históricos, reales, en que partido comunista y fuerzas armadas han intentado este papel protagonista en este terreno, tarde o temprano han tenido que ceder un papel que en ningún caso les corresponde. Por muy comunistas que sean el partido bolchevique, el partido comunista chino, el cubano, el polaco, etc. etc. etc., junto con sus fuerzas armadas correspondientes, lo que no pueden hacer es convertirse en trabajadores de la producción, puesto que en ese mismo acto dejaban de ser partido y ejército.

Si lo que caracterizaba al primer paso en el camino del socialismo o comunismo es la toma de posesión de los medios de trabajo por parte de los propios trabajadores; en el periodo histórico que estamos considerando (los dos últimos siglos), ningún partido comunista de los que han gobernado o aún están gobernando, ni siquiera han intentado iniciar ese camino.

Y es que, tanto los partidos políticos, como los ejércitos modernos (permanentes y altamente tecnificados), han sido ideados y creados, como instituciones al servicio de la implantación y el desarrollo del trabajo por cuenta ajena.

Disponer de un partido político y de unas fuerzas armadas que lo aúpen al gobierno y lo apoyen, es un camino propio de los que “ya” disponen de los medios de trabajo. Son sus medios de defensa, son sus medios de reproducción y perpetuación. Los comunistas triunfantes (los partidos), no han hecho, otra cosa que imitar los modos e instrumentos capitalistas.

Cuando los trabajadores, ellos mismos, controlen los medios materiales de sus procesos colectivos, los frutos de esos procesos, y su dirección técnica, encargarán las tareas que faciliten su fácil y segura reproducción, a unas instituciones adecuadas a este fin.

Como no se tiene experiencia histórica en este sentido, no es posible tener una visión clara sobre este proceso, pero, ilustrados por la transición, desde la sociedad medieval a la capitalista, se pueden señalar algunas indicaciones.

Habría que distinguir, como hace Marx, un primer periodo o fase, en que en el seno del sistema reinante, empiezan a emerger e ir consolidandose los elementos del nuevo sistema que nace.

Serían, de un lado, el nuevo trabajador “libre” que acude a las ciudades, una vez disuelto el ligamen, el vínculo que lo ataba a su señor. De otro lado, la acumulación en manos de mercaderes, usureros, casas de préstamos, encargados de la gestión de grandes fincas de los nobles, de cantidades de dinero necesarias para contratar a marineros, mineros, jornaleros agrícolas, artesanos en las nuevas ciudades.

Estos nuevos elementos dibujan ya una relación de trabajo distinta, pero todavía no forma una estructura dominante. En consecuencia, ni hay partidos políticos, ni ejército permanente, es decir, no se está aún en el sistema capitalista.

Es la fase que Marx llama de la acumulación originaria.

De ella podemos aprender que el nacimiento y desarrollo de los elementos que componen el nuevo proceso de trabajo colectivo por cuenta propia, aunque dibujan ya una estructura nueva, no se encuentran aún en un entorno creado por la estructura misma para su mejor maduración y desarrollo. Por lo tanto, a medida que éste avanza (maduración y desarrollo), las instituciones necesarias irán tomando forma.

En cualquier caso, sí se pueden establecer con suficiente claridad las consideraciones siguientes.

Las instituciones generales del capitalismo, lo que llamamos el Estado, son el molde del trabajo por cuenta ajena. Sin embargo, los elementos nuevos, los procesos de trabajo colectivo por cuenta propia, habrán de utilizarlas para crecer y desarrollarse entre ellas.

En particular, las instituciones que en el sistema del trabajo por cuenta ajena, los trabajadores las consideran como propias (partidos políticos considerados como obreros -P.S.O.E., P.C.-, sindicatos -CC.OO., U.G.T, etc.-, y otras organizaciones) son propias "en el sistema del capital". Es decir, existen porque la relación de trabajo es por cuenta ajena. Existen porque si el dueño de todo es el empresario, el trabajador ha de tener un representante que negocie y defienda sus intereses en una relación tan descompensada.

Porque el capital manda en la empresa, existen los sindicatos. Porque el capital manda en las condiciones generales de reproducción (Banca, Defensa, Educación, Justicia), existen los partidos políticos.

No se trataría, por tanto, de mejorar partidos y sindicatos obreros, de hacerlos más radicales, más exigentes, más auténticos; sino de no necesitarlos, tal como existen, porque la relación de trabajo ha cambiado.

Si en la empresa no manda el capital, el sindicato, tal como existe, no es necesario. Ha de convertirse en otra cosa o desaparecer.

Si en la reproducción general (Parlamento) no manda el capital, esa institución ha de convertirse en otra cosa.

Procesos lentos, si se quiere, pero por lentos, no menos claros. Este tipo de desajustes entre relación de trabajo e instituciones cuando la relación de trabajo cambia, los podemos observar en procesos reales actuales.

Cuando el partido bolchevique desplaza y sustituye a los propietarios rusos en al relación de trabajo, los sindicatos rusos cambian su propia esencia, y es porque los trabajadores no tienen enfrente al empresario, sino a un partido político, que, además, dice

que es el representante de los trabajadores. Lenin tuvo muchas dificultades en encontrar a estos sindicatos una tarea propia de un sindicato.

En nuestro país, en estos momentos, en una cooperativa de producción, donde los trabajadores son los propios dueños de los medios de trabajo, no tiene sentido la existencia de un sindicato, y la razón es que no hay un empresario como contraparte.

En la República Popular China, en Cuba, lo que en nuestros países capitalistas representa un Parlamento, en esos países tiene una función esencialmente distinta.

Y es que la relación de trabajo, el tipo de relación de trabajo, es la que exige un tipo de instituciones u otro.

Y las organizaciones de los trabajadores en nuestro país habrán de ir tomando conciencia, habrán de ir teniendo en cuenta este tipo de consideraciones.

El proceso de cambio de un sistema a otro; la sustitución de una sociedad capitalista por otra socialista, ha de ser, como vemos, un cambio lento y complicado.

El principal obstáculo para que fuese un proceso transparente y rápido, es la propia esencia del cambio. Es decir, se parte de un sistema firmemente asentado. Se trata de unos procesos de trabajo (que constituyen su base) que han alcanzado una alta productividad, con la consecuencia de una posibilidad de altos salarios, así como permiten un altísimo gasto en instituciones que alcanzan una gran eficiencia.

Estos poderosísimos aparatos, productivo e institucional, trasladan una sensación muy fuerte de seguridad y de eficiencia; en el sentido de que parecen perfectos, acabados, insustituibles.

Piénsese en la impresión de irresistible que provoca la poderosísima máquina militar de los Estados Unidos de

Norteamérica. O la no menos aplastante maquinaria científico-técnica-cultural de ese país.

Este enfoque de la cuestión, bastante generalizado, no invita precisamente a pensar en su sustitución.

Este sistema (proceso de trabajo por cuenta ajena con alta productividad e instituciones bien dotadas -militares, científicas, técnicas, culturales- como reproductoras eficientes de esos procesos de trabajo) ese sistema, digo, abraza y hace suyo al conjunto de la sociedad. Coloca a la sociedad entera, con todos sus componentes, en el surco que previamente él ha trazado. Es un sistema absorbente en su tarea de poner dirección al conjunto de la sociedad.

Y hemos de pensar que en ese conjunto están las organizaciones de los trabajadores, principalmente partidos políticos y sindicatos.

Este sistema es, también, un sistema rodado, con una ya larga vida. En ese camino ha ido haciendo “suyas” las organizaciones de los trabajadores. Y esto, sin necesidad de combatirlas, como en un principio, sino haciéndolas caminar por la senda indicada en el propio sistema. Progresar en ese camino, pasa a ser la dirección a seguir por los partidos políticos y los sindicatos de los trabajadores.

En un sistema con estas características, el cambio, la sustitución por un sistema socialista ha de seguir pautas, caminos, bastante distintos de los que señalaban los partidos y sindicatos de los trabajadores de nuestro país en tiempo pasado.

El anticapitalismo, presentado como lucha de clases, revolución, toma de la fortaleza del Estado, guerrillas, destrucción del capital, destrucción de la burguesía, etc., ha desaparecido de la práctica de nuestros partidos y sindicatos.

Sin embargo, esta forma de anticapitalismo ha desaparecido de la práctica política y sindical, sin ser sustituida por otra forma de anticapitalismo. Ha consistido en una simple rendición: ustedes

llevan razón; dentro del capitalismo los trabajadores tienen también “su” camino.

La palabra rendición, sin embargo, sigue perteneciendo al mismo mundo de la palabra lucha. Son conceptos del pasado, que hoy no responden a la práctica real.

Por lo tanto, en lugar de rendición, utilizamos el concepto, más cercano a la realidad, de aceptación.

Con este concepto, reflejo de una realidad, que hemos expresado, se cerraría una fase del socialismo, en nuestro país, y en toda Europa (seguramente en todo el mundo).

El socialismo ruso no ha funcionado; la socialdemocracia ha aceptado el capitalismo; en consecuencia, el camino emprendido por unos y otros, ha quedado cegado, no era correcto, no era adecuado. Sólo ha quedado el capitalismo.

La nueva etapa del socialismo marxista, debería arrancar de esta realidad.

El planteamiento teórico podría ser ahora así:

El socialismo apunta directamente al trabajo, a los trabajadores. Son la base material primera de cualquier sociedad.

Las demás bases -instituciones- son subalternas de esta primera.

El trabajador de la producción material es el objeto central de la teoría socialista.

A la altura de nuestro siglo, el trabajo material se presenta ordenado, organizado en procesos colectivos de trabajo. El proceso de trabajo individual ha pasado a segundo plano.

Estos procesos colectivos de trabajo, se presentan alrededor de dos tipos: procesos colectivos de trabajo por cuenta ajena, y procesos colectivos de trabajo por cuenta propia.

El proceso de trabajo colectivo por cuenta ajena es el tipo de organización del trabajo propio del capitalismo.

El proceso colectivo de trabajo por cuenta propia es la forma de organización de la producción material, o sea del trabajo, por parte del socialismo.

El socialismo del primer tercio del siglo XX, tanto el comunismo ruso, como los demás socialismos europeos, se nutrían de estos principios marxistas, como hemos dicho.

Sin embargo, algo esencial no funcionó.

Y de ese algo esencial, de su consideración, y estudio, es de donde se debía partir en esta nueva época del movimiento socialista.

Ante un atasco teórico, volvemos nuevamente a los estudios de Marx.

Estudiando las distintas sociedades históricas, Marx nos dice que se las distingue, unas de otras, por la forma en que extraen el excedente del trabajador directo.

Las antiguas sociedades asiáticas, el esclavismo, la sociedad servil medieval, el capitalismo, tienen todas en común, que una pequeña parte de la sociedad, extrae del trabajador de la producción material, una parte del producto que elabora (el excedente), y de él vive y disfruta. Y tienen de diferente, el mecanismo a través del cual obtienen ese excedente.

Esto, dicho de una manera tan simple, no debe ocultar la cantidad de trampas que esconde.

Los hombres más ricos del mundo actual (se trate de los dos norteamericanos, del mejicano, del sultán de Brunei, etc.) jamás aceptarán que ellos extraen ningún excedente de ningún trabajador. La reina de Inglaterra, con su inmensa fortuna y sus palacios, jefa de la Iglesia Anglicana; el Papa, con su inmenso poderío; jamás

aceptarán tamaño dislate. Su dinero es “suyo”. Es el sistema. Dentro de este sistema, hay que darles la razón.

Los sacerdotes de los imperios antiguos, Egipto, Persia; los fundadores de la filosofía europea, Aristóteles, Platón; los hombres de letras de la Edad Media, los nobles, los monasterios. Toda la sabiduría, toda la inteligencia, cuando funciona dentro de un sistema, su tendencia es a no “ver” el propio sistema en que se mueve.

Las exquisiteces de filósofos, poetas, ilustres eclesiásticos, tienen lugar entre esclavos, siervos y obreros, que proporcionan el excedente con el que ellos viven y piensan.

Por tanto, lo que Marx dice, a este respecto, hay que estudiarlo y considerarlo al margen de lo que explican los “funcionarios” del propio sistema. Y, ¡ojo!, los partidos políticos y los sindicatos, son “funcionarios” de nuestro sistema. Decimos “funcionario” en el sentido en que dice Marx que cada capitalista se comporta como “funcionario” del capital global.

Pues bien, siguiendo el hilo, si el secreto más íntimo de una sociedad, de su organización total, hay que buscarlo en el “lugar” que ocupa el trabajador de la producción material, que es a quien se le extrae el excedente, quiere ello decir, que quien está mejor situado para entender esa sociedad, es el propio trabajador de la producción material. Y, así mismo, quien, como Marx, se sitúa en ese “lugar”, para estudiar una sociedad.

Para un marxista, ese sitio es el norte que permite orientarse cuando se ha extraviado el camino.

**Centrando las conclusiones.-**

Centrando todas nuestras referencias en el lugar indicado, podríamos decir:

- El trabajo por cuenta ajena en la producción material es el objetivo de sustitución del socialismo marxista.

- El objetivo no sería tanto transformar esa relación de trabajo existente, cuanto crear otra nueva que, en lugar de por cuenta ajena, lo sea por cuenta propia.

  Así ocurrió con la primera relación de trabajo por cuenta ajena (capitalista). No se enfrentó a la relación de trabajo de los siervos, para transformarla. Simplemente comenzó a funcionar con otros principios. Y comenzó a funcionar en un entorno laboral (de trabajo), institucional y cultural, correspondiente a otro tipo de sociedad.

  Esta nueva relación de trabajo no fue creada a iniciativa de los protagonistas de la propia sociedad (señores de la tierra, nobles, jerarcas de la Iglesia, señores de la guerra, señores de las letras, y siervos), sino de un nuevo protagonista: el burgués. Un elemento que se fue formando lentamente en el seno mismo de la sociedad servil, y en medio de los protagonistas citados.

  No es previsible, por tanto, que el paso a la sociedad socialista, sea liderada por los protagonistas de la sociedad capitalista (empresarios, obreros, y sus correspondientes aparatos institucionales). Ellos están en “su” sistema y, verdaderamente, no se “aperciben” del que viene naciendo. Así ocurrió con el paso al capitalismo, en que toda la patulea de las instituciones no se enteró, hasta que la nueva relación de trabajo se impuso por la fuerza de su mayor capacidad para producir excedente, dada su mayor productividad. Esto acabó convenciendo a los viejos amos, que se unieron a los nuevos, y juntos pusieron a punto las instituciones que dieron seguridad en la reproducción a la nueva relación laboral.

  Un sujeto nuevo sería, por tanto, el protagonista del paso de la sociedad capitalista a la sociedad socialista. Empresarios y obreros, con sus correspondientes instituciones, estarían

ocupados en perfeccionar “su” sistema, es decir, hacer más productivo el trabajo (mayor ganancia, mayor salario, mejores instituciones pagadas con el excedente).

Un sujeto nuevo era el burgués, el empresario. No formaba parte de la relación laboral que servía de soporte a toda la sociedad medieval. No era el señor, ni era el siervo.

En la sociedad capitalista, el sujeto nuevo, promotor de la nueva relación laboral, la relación socialista del trabajo, no sería, por tanto, ni el empresario, ni el obrero; ni la organización patronal, ni los sindicatos; ni el partido popular, ni el partido socialista o comunista. Tan distinto de todo esto, como resultó la figura del empresario respecto a sus antecesores (amos de la tierra, nobles, iglesia).

La justificación histórica de la nueva figura del empresario; la bendición dada a la nueva relación de trabajo creada por el empresario, tiene como base material la sustancial mejora de la productividad del trabajo, en la forma que él lo organizó. Es la razón fundamental de la espectacular expansión del capitalismo en el mundo entero.

El nuevo sujeto se abrió paso y triunfó, por esta razón, fundamentalmente.

Este prestigio acabó arrastrando a la U.R.S.S. a una carrera competitiva en este terreno, que, como le está ocurriendo a la República Popular China, acaban imitando las “virtudes” del empresario. El Gobierno cubano parece que empieza a picar el anzuelo.

El nuevo sujeto, promotor de la nueva forma de organización del trabajo, debería tener, como el empresario, una razón, una base material que justifique la superioridad de la nueva relación de trabajo propuesta.

Sólo si esta propuesta resulta bendecida por sus evidentes “virtudes”, se podría pensar en un proceso parecido al del capitalismo, por su generalización, por su expansión.

El empresario, tardó siglos en desplazar en el protagonismo a los antiguos amos, hasta que éstos comprendieron que el nuevo sistema sólo les exigía una cosa: convertirse en empresarios, y así lo hicieron. Y dieron su bendición. El siervo, a su vez, pintó poco en este proceso, siguió trabajando, ahora contratado por un empresario, en la ciudad, o también en el campo. No tuvo mucho que decir en el protagonismo del cambio, sólo trabajar.

Los empresarios, los primeros capitalistas, no preguntaron a los señores, a la iglesia, a la nobleza, qué les parecía la nueva fórmula, y eran los amos de entonces. Tampoco se lo preguntaron a los siervos, y eran los trabajadores.

Convencidos de su iniciativa, comenzaron a equipar el carro y a tirar de él con decisión, sin plantar cara a nadie, simplemente probando que existía una forma nueva de organizar el trabajo.

Hoy diríamos que comenzaron a caminar sin pedir informe, ni a su partido político, ni a su iglesia, ni a sus intelectuales.

Una vez se vió que la cosa funcionaba, todas estas instituciones corrieron para ponerse al paso. A veces de forma tan espectacular como en la llamada revolución francesa. Ajuste duro de las instituciones.

La superioridad de la relación de trabajo capitalista sobre la relación servil consistía en la mayor productividad de aquella sobre ésta.

Pero, hay que completar el razonamiento.

La mayor productividad del trabajo, ¿a quién beneficiaba?

En primer lugar, al nuevo sujeto, al empresario.

De manera indirecta, al trabajador.

Con el desarrollo y generalización de la nueva relación, acabó beneficiando en igual medida a los antiguos amos, que acabaron fundiéndose con los nuevos en un solo bloque.

El mayor beneficiado, por tanto, fue el empresario, que, por ello mismo, se convirtió en su más decidido promotor, en su más convencido defensor: en el protagonista de la misma.

Tenemos que pensar, para una más amplia comprensión del problema, que el empresario se convirtió en el protagonista, pero en el protagonista de una relación que consistía en trabajar; y sin embargo, el protagonista no era el trabajador. Este enmascaramiento de la propia relación; este ocultamiento del trabajador en su misma función de trabajador, nos da cuenta de la complejidad de una relación que tiene numerosos ángulos desde donde contemplarla, y muchos de ellos con efectos de prestidigitación, de juego de manos (por aquí te lo enseño, por aquí te lo oculto).

Sabemos que el soporte material de este juego de ocultación, de esta suplantación de protagonismo, no es otro que la propiedad de los medios materiales que en su actividad utiliza el trabajador.

El solo hecho de ser el amo de los medios materiales de trabajo, da la posibilidad al empresario de convertirse en el director técnico del proceso, aparte, naturalmente de convertirlo en dueño de los frutos del trabajo. Estos datos materiales son los responsables de los procesos de ocultación de que hemos hablado.

El trabajador desaparece en una relación en que no controla ni la dirección del proceso que desarrolla, ni la propiedad del producto que se obtiene en el mismo. Como consecuencia, repetimos, de que no es propietario de los medios con que trabaja.

Pues bien, retomamos el hilo; cuál es la razón que justifica la existencia y promoción de la nueva relación de trabajo, la relación socialista de trabajo. Sólo si la nueva relación da prueba

de su superioridad sobre la capitalista existente, podremos pensar en un nuevo proceso de cambio, esta vez, desde el capitalismo hacia el socialismo.

El sujeto de la nueva relación, es una creación del protagonista de la relación capitalista de trabajo, del empresario (en realidad, del empresariado, estas prácticas sociales son siempre creación colectiva).

El empresario ha ido ensayando, ha ido avanzando, hasta lograr un instrumento de producción de una extraordinaria perfección: el obrero colectivo. Tiene mil ojos, tiene mil manos, mil percepciones distintas, mil posibles ideas emprendedoras, mil inteligencias de distinto calibre, mil habilidades distintas, mil puntos de vista, mil sinergias (el empujar de cuatro hombres es superior a cuatro empujones individuales), mil combinaciones…

Es un instrumento nuevo, magnífico y nuevo. Antes del capitalismo no había nada igual. Es su creación.

Montado paso a paso, con precisión, ha conseguido el empresario convertirlo en un multiplicador de la productividad; justo lo que él buscaba.

A más productividad, mayor ganancia para él.

Este impulso ilimitado, sin fin, ha hecho posible las altísimas productividades que conocemos, y que cada día se sobrepasan.

Lo hemos llamado “instrumento” (conjunto de diversas piezas combinadas adecuadamente para que sirva con determinado objeto en el ejercicio de las artes y oficios, dice el diccionario), de forma intencionada. No se trata de un conjunto que tiene movimiento, vida, propios. Se trata de un instrumento que es “utilizado”, dirigido y aprovechado.

En una palabra, este conjunto, que es magnífico, tiene sin embargo, el “alma” fuera de él, le viene del exterior del mismo.

Todos estos datos lo hacen aparecer como un instrumento. Pero un instrumento vivo, al que sólo le falta controlar la dirección de su actividad para dejar de serlo.

Reúne todas las condiciones para aspirar a convertirse en un sujeto laboral con vida propia, con autocontrol, con autonomía de funcionamiento.

Se convertiría así en un nuevo sujeto en el mundo de la producción, del trabajo.

Un sujeto, en el momento en que deja de ser un instrumento que funciona por cuenta y bajo dirección ajena. Y un sujeto nuevo porque por cuenta propia sólo han funcionado los procesos de trabajo individuales (campesinos, artesanos, etc.)

Este sujeto nuevo, para dejar de ser el instrumento creado y manejado por el empresario, y convertirse en sujeto con actividad auto-controlada, ha necesitado superar un obstáculo material muy importante: ha debido comprar en el mercado los medios materiales con los que trabajará.

Esta es la condición, el requisito material clave para que se inicie el proceso de cambio de una relación de trabajo a otra.

Si en la relación de trabajo por cuenta ajena, el requisito material clave es la propiedad de los medios de trabajo por parte de un “ajeno” que no forma parte de los trabajadores; en la nueva relación de trabajo por cuenta propia, la condición de propietario de los medios de trabajo se desplaza desde ese “ajeno”, el empresario, al seno de los propios trabajadores.

Ese desplazamiento comporta, además de la propiedad, las facultades que la adornan: la propiedad de los frutos del trabajo, y la dirección técnica del proceso.

Lo que se traslada, lo que viaja del lugar del empresario al lugar de los obreros, es, como acabamos de señalar, un conjunto de facultades. La propiedad de los medios de trabajo, la de los frutos del mismo, y la dirección técnica del proceso mismo de trabajo, no es otra cosa que un conjunto de facultades.

La facultad, una facultad, según el diccionario, es una aptitud, y es un poder para hacer algo.

La figura del empresario, viene definida por la titularidad de dos propiedades (poderes), la de los medios de trabajo, y la de los productos del mismo, y por una aptitud, la dirección del proceso mismo de trabajo.

El nuevo sujeto, protagonista de la relación socialista del trabajo, ha de venir adornado con parejas facultades y poderes. Los mismos poderes que implica la propiedad de medios y frutos del trabajo, y la necesaria aptitud para poner en funcionamiento todo el proceso.

Como podemos apreciar, si viéramos el proceso a cámara lenta, el primer movimiento, para los trabajadores, seria la adquisición de los medios de trabajo.

Este primer paso no representa especial dificultad ni en la teoría, ni en la práctica. Existe un mercado, llamado de capitales, donde se pueden adquirir en forma de préstamo, las cantidades necesarias para disponer de los elementos con los que iniciar el proceso de trabajo.

Las numerosas cooperativas, de toda dimensión, funcionando en nuestro país y en todo Europa prueban en la práctica lo que acabamos de decir.

La propiedad de estos medios con los que se trabaja, otorgan, como hemos visto, poderes de dos tipos.

Uno, importantísimo, el poder de apropiarse del producto obtenido con el propio trabajo.

Otro, el poder de dirigir el propio proceso.

El primero, opera con la simplicidad que se observa en la práctica: el relojero se apropia del reloj que fabricó, los cooperativistas se apropian de los muebles que fabricaron.

Ningún empresario, ningún político, ningún estudioso, ningún trabajador, discutirá las dos realidades que acabamos de describir: los trabajadores asociados pueden adquirir los medios que necesitan para montar una empresa propia; por otra parte, los productos que obtengan serán de su propiedad.

Sin embargo, el hecho de hacerse cargo de la dirección del propio proceso de trabajo, aparece a los ojos de los citados empresarios, políticos, estudiosos, etc., mucho más complicado, con muchas más dificultades.

Visto en esquema, buscando un ejemplo sencillo, la verdad es que no presenta mucha complicación. Si un fontanero sabe desempeñar su taller él solo, si se asocia con tres compañeros más, no van a tener demasiadas complicaciones en llevar la dirección conjunta del proceso de trabajo.

Sin embargo, profundizando un poco, el problema presenta otras caras, otros aspectos.

Empecemos recordando que el proceso colectivo de trabajo en cooperación compleja (descompuesto en tareas diversas que se encomiendan a distintos trabajadores), no existía con carácter general en la industria hasta que lo implantaron los capitalistas, los empresarios.

Es, por lo tanto, una creación suya, hecha a su medida, para alcanzar un objetivo concreto: obtener una ganancia. Lo han montado cuidadosamente, pieza a pieza, paso a paso. Cada paso, cada nueva pieza que encaja, tiene como efecto inmediato un aumento de la productividad de los trabajadores que, junto con la maquinaria (digámoslo así), componen el aparato productivo, y tiene como efecto buscado, un aumento de la ganancia.

Cada uno de esos pasos dados, cada nueva pieza que se ajustaba, tenía un significado muy particular para los trabajadores:

- De una parte, no contaba para nada el interés de los propios trabajadores.
- De otra parte, todo se hacía a sus espaldas, sin conocimiento suyo, ni participación alguna.

Esta estructura, este aparato, ensayado durante siglo y medio, y perfectamente asentado universalmente, es la realización práctica, concreta que los trabajadores europeos conocen de los procesos colectivos de trabajo de cooperación compleja.

Es la joya del capitalismo.

La joya del capitalismo quiere decir el desarrollo y maduración de un proceso que en su comienzo arrancaba con unos elementos simples:

-Como elementos materiales: los instrumentos, locales, materias primas, etc., unidos a la fuerza de trabajo necesaria para ponerlos en funcionamiento productivo.

-Como objetivo fundamental del proceso: la obtención de la mayor ganancia posible.

Este es el huevo. El resultado de su desarrollo, una hermosísima gallina ponedora que inundará el corral de huevos y aves.

El huevo, la semilla, decíamos más atrás, lleva escrito su proceso de desarrollo, su programa de crecimiento y maduración.

La simiente del capitalismo y del socialismo, tienen algo en común, y algo muy diferente.

Lo que tienen en común: que el propietario de los medios materiales de trabajo es el propietario también de sus frutos (de los frutos del trabajo).

Lo que les diferencia: que la propiedad de los medios de trabajo pertenece a los trabajadores, en un caso, y en otro, pertenece a un empresario o capitalista.

La diferencia más importante es, sin embargo, el objetivo que se persigue en un caso y en otro, o sea, que en uno hay “ganancia” y en otro no.

Es importante tener en cuenta que el crecimiento, el desarrollo y la maduración de estos dos tipos de procesos de trabajo no ha sido simultáneo, no se han dado al mismo tiempo. Sino que, partiendo de su simiente, uno ha logrado un altísimo grado de desarrollo, mientras el otro ha seguido un proceso tardío y poco adecuado.

El resultado ha sido la espléndida madurez en el capitalismo y el raquitismo y la deformación en las experiencias socialistas.

El inicial proceso de trabajo en la manufactura, ha ido desplegando el avance técnico que le permitían las aplicaciones científicas y las nuevas fuerzas motrices, al tiempo que acondicionaba las viejas instituciones medievales y creaba de nuevo los más afinados aparatos policiales, militares, administrativos, culturales, científicos, al doble objeto de, obtener la mayor ganancia posible, de una parte, y de otra, presentar este aparato productivo como el más eficiente, justo y racional.

El funcionamiento ordinario, sostenido en el tiempo, de estos procesos, y extendido a los confines del mundo entero, crean no sólo una forma estándar de desarrollo (el basado en el trabajo por cuenta ajena); no sólo un modelo estándar de instituciones políticas (el régimen democrático parlamentario); no sólo un modelo de

cultura (transmitida por las instituciones y la industria de los medios de masas -tele, radio, diarios, cine, herramientas informáticas-); sino también una manera de ver las cosas, una manera de pensar.

La otra simiente, el proceso colectivo de trabajo por cuenta propia, no ha desplegado sus posibilidades de crecimiento y maduración, de desarrollo. Apenas está en sus inicios (no tenemos en cuenta la experiencia rusa porque en ella no se trató del desarrollo del proceso colectivo de trabajo por cuenta propia. Se trató de otro modelo distinto).

En consecuencia, estamos en los primeros tiempos de la manufactura, en comparación con el desarrollo del capitalismo.

Nos falta (en comparación): un funcionamiento ordinario, sostenido en el tiempo, de estos procesos, un modelo estándar de instituciones propias, un modelo de cultura, y una manera de ver las cosas, una manera de pensar.

Todo ello, siguiendo el desarrollo concreto, conocido, histórico del capitalismo; es decir, aprendiendo de la forma que tomó este desarrollo.

El motor de arranque es el proceso de trabajo, el impulso del mismo la ganancia del empresario, y el medio el aumento de la productividad.

El motor del proceso de trabajo socialista (colectivo por cuenta propia) no es otro que la reproducción de sus propios trabajadores.

Y a partir de aquí “todo” es distinto.

Todo es distinto desde el momento en que el propio trabajador colectivo controla toda la reproducción. De esta forma, en cada ciclo (cada año, por ejemplo), se decide colectivamente el destino del producto obtenido: retribución de los trabajadores, reposición de materiales, mejoras en los procesos, etc.

Aquí no hay ganancia, porque no hay salarios; como no hay empresario, no perseguirá la acumulación.

La mayor productividad repercutirá en la mejora de las retribuciones, en las mejoras de los equipos técnicos, y en la disminución de la jornada de trabajo.

Aquí no hay mayor ganancia a menor salario. Tanto la intensidad del trabajo, y la duración de la jornada, estarán en relación con la retribución a los trabajadores. Ellos decidirán la una, la otra, y la otra. Son los dueños y los que deciden.

El funcionamiento sostenido en el tiempo, de este modelo, produce otra forma de trabajar, otra forma de vivir, otra forma de pensar.

El funcionamiento sostenido en el tiempo, como en el caso del proceso de trabajo por cuenta ajena, produce los primeros efectos en la ordenación del trabajo.

Un trabajo colectivo en cooperación compleja es el producto de una operación previa: el proceso de trabajo se ha dividido en tareas, diferentes unas de otras, y cada una de estas tareas ha sido asignada a un trabajador o a un equipo de trabajadores. ¿Quién hizo esta operación?

La hiciera quien la hiciera, puede ser replanteada en cualquier momento por los trabajadores: son los propietarios. Esto lleva consigo otra manera de trabajar, otra manera de estar en el trabajo.

Se descubre que la ordenación técnica del trabajo no “está escrita”. Hay variadas formas de descomponer un proceso complejo de trabajo en tareas más simples, como pudimos ver en el caso del oficial de albañilería y el peón. Y a su vez, la cualificación profesional necesaria para poder cumplir estas tareas, tampoco “están escritas”, como demostró el arrasamiento que hizo la informática con los oficios, las categorías administrativas.

Lo que estamos viendo son las posibilidades de nueva ordenación del trabajo que ofrece el modelo de proceso de trabajo

colectivo por cuenta propia. Y no solamente en el aspecto puramente técnico, sino en la organización general (área de producción, administrativa, comercial, etc.) y en la escala jerárquica de todas ellas, con las consecuencias de mando y económicas que derivan de uno u otro tipo.

**Estudiamos el socialismo en la forma que Marx estudió el capitalismo.-**

De igual forma que Marx estudió el modo capitalista de producción, nosotros podemos estudiar el modo socialista de producción.

Marx estudió las leyes seguidas por el capitalismo en su desarrollo. No estudió su desarrollo concreto en ningún país. Señaló aspectos concretos de este desarrollo en algún país, pero el objeto de su estudio era el sistema, la estructura, los elementos de la misma, sus relaciones, las normas seguidas en su despliegue.

Extraer de una realidad el sistema de normas que regulan su funcionamiento, no deja de ser una operación teórica que nos proporciona un conocimiento de la misma superior al adquirido por la práctica solamente.

El sistema de normas que estudió Marx tenían como objeto el proceso de trabajo por cuenta ajena, su nacimiento y su desarrollo. De ahí extrajo el dibujo esquemático (simple) de un sistema. Este sistema está compuesto por el conjunto de normas que sigue en su desarrollo el proceso de trabajo por cuenta ajena, ocurra este desarrollo en el siglo XIX o en el siglo XXI, sea en los Estados Unidos de Norteamérica, sea en el país más pobre de África.

Lo que estudia Marx es la teoría de un fenómeno real, la explicación de por qué sigue el camino que sigue en su movimiento, en su desarrollo, se encuentre donde se encuentre. No estudia el

proceso de trabajo por cuenta ajena en Inglaterra, en Italia, en el Congo, en Tailandia, en Chile. Lo que estudia es lo que tienen de igual los procesos de trabajo por cuenta ajena en todos estos países, y la explicación de por qué esto es así. La explicación del funcionamiento de un sistema en su desarrollo. La explicación, en su forma más simplificada, de por qué los empresarios del mundo entero tienen la misma relación con sus obreros. No las particularidades, sino lo esencial.

Este tipo de conocimiento teórico de un sistema, permite predecir los pasos esenciales en su desarrollo.

Es el sentido que tiene el hecho de que en una economía primitiva (Guinea, pongamos por caso) necesita expertos europeos o norteamericanos que les ilustren sobre lo que ellos llaman el desarrollo de la economía de mercado; en realidad, el sistema universal de funcionamiento del trabajo por cuenta ajena, sobre todo a gran escala en procesos colectivos.

Es decir, existe un esquema muy simple que nos dibuja los elementos de un proceso de trabajo por cuenta ajena, las relaciones entre ellos, y el previsible camino que este proceso seguirá en su desenvolvimiento posterior, en su desarrollo.

Eso es, en esencia, lo que estudió Carlos Marx. Y en este sentido el resultado de sus investigaciones sigue tan vivo y tan útil como el día que los escribió.

Y en este sentido preciso, cabría entender, que lo mismo de útil que resulta operar con el concepto de proceso de trabajo por cuenta ajena, podría hacerse con el concepto de proceso de trabajo por cuenta propia.

Es decir, concretar sus elementos esenciales, las relaciones estructurales (esenciales) entre ellos, y el previsible camino que este proceso seguirá en su desenvolvimiento posterior, en su desarrollo. O lo que es lo mismo, esquematizar el sistema universal de funcionamiento del trabajo por cuenta propia, sobre todo en procesos colectivos y a gran escala.

Estaríamos teorizando, en el sentido y a la manera de Carlos Marx (y que Dios nos perdone), sobre la esencia, sobre la simiente, del proceso de construcción del sistema socialista.

Sin soltarnos de la mano, del hilo que él siguió, y de modo paralelo a sus desarrollos teóricos.

Marx manejó un sistema teórico extraído de una realidad diversa y compleja. De ella aisló unos elementos (empresario y obrero), y las relaciones entre ellos (propiedad, ganancia, salario, dirección, obediencia obligada), en el seno de un proceso colectivo de trabajo.

La realidad que tenía delante de la vista era mucho más extensa y complicada, y la misma producción ofrecía múltiples formas de trabajo. Él extrajo lo esencial.

A un estudioso hoy le ocurre igual con la realidad actual.

Ha de aislar de la misma, mediante un proceso en que la teoría es fundamental, unos elementos (trabajadores, su actividad y el producto de la misma) y las relaciones entre ellos (propiedad, poder de decisión, dirección y organización), en el seno de un proceso colectivo de trabajo por cuenta propia.

El funcionamiento ordinario esquemático de este proceso, como el capitalista, tiene valor universal.

Lo que quiere decir que en uno y otro caso, sean cuales sean las condiciones exteriores, el proceso tiende a reproducirse, a desarrollarse, siguiendo sus principios esenciales.

O dicho de otra manera. En uno y otro caso, los procesos de trabajo tienden a repetirse, a reproducirse, apoyándose en las condiciones exteriores que les son más favorables, ya sean éstas técnicas o sociales, ya sea la elección de la tecnología que más favorece la obtención de su fin, ya sean las instituciones más concordes con la finalidad que se persigue.

Ello hace que, en el caso del proceso colectivo por cuenta ajena, su desarrollo tecnológico haya seguido el camino que se repite en todos los países del mundo, y su desarrollo social haya ido creando instituciones análogas en los diversos países.

Considerado este desarrollo universal, apoyado en leyes de tendencia. La tecnología utilizada en los procesos colectivos de trabajo por cuenta ajena no es la misma, pero la tendencia es a que así lo sea.

Asimismo, las instituciones que se consideran más adecuadas para favorecer el desarrollo de este tipo de proceso de trabajo, no son las mismas en todos los países, pero la tendencia es a que, esencialmente, sí lo sean (el régimen parlamentario).

En la medida en que en la antigua U.R.S.S., han proliferado los procesos de trabajo colectivos por cuenta ajena, tanto su nivel tecnológico como sus nuevas instituciones, tienden a homologarse (equipararse) con los países en que estos procesos de trabajo son la base de la producción (E.E.U.U. y la Unión Europea). Lo mismo ocurre en Polonia, Hungría, Rumanía, etc., etc.

**El proceso colectivo de trabajo por cuenta propia: objeto real que irá marcando las líneas de avance en el desarrollo del comunismo.-**

Contaríamos así con un patrón (de medir) teórico con el que identificar la existencia en nuestro país, y en todo el mundo, de procesos colectivos de trabajo por cuenta propia, o lo que es lo mismo, el soporte material del socialismo.

El solo hecho de que existan este tipo de procesos de trabajo en nuestro país, en toda Europa, nos invitaría a considerarlos objeto

de nuestra atención, ya que son ellos los que, con su práctica irán marcando las líneas de avance real en el socialismo marxista.

Este avance en su desarrollo identificaría el objeto sobre el que trabajaría toda la teoría socialista.

Más atrás hemos repasado las dimensiones de estos procesos en nuestro país, así como las diversas modalidades en que los incluyen nuestras leyes.

Su desarrollo, su práctica, limitada todavía, ya está levantando problemas teóricos que el vacío de nuestras organizaciones de trabajadores, en este sentido, no afronta.

El empeño en combatir al capitalismo en su propio terreno hasta conseguir su destrucción, en tiempo ya pasado, y la aceptación de sus planteamientos, acomodándose a sus exigencias, en la actualidad, han permitido que se produzca este vacío teórico actual.

En cualquier caso, sería hora ya de encarar estos problemas que nos plantean los trabajadores del socialismo. (Hemos necesitado 5 “cuadernos” para situarnos en estas consideraciones, al mismo tiempo “reales” y “socialistas”; la pantalla que ha montado el capitalismo lo enreda y oculta todo.)

Los trabajadores en un proceso colectivo por cuenta propia (que en adelante diremos de la producción socialista o de la producción en cooperación), no pretenden, al iniciar la aventura de montar una empresa de este tipo, no pretenden, digo, hacerse ricos. Saben por su práctica y por su instinto, que con el trabajo solo, nadie se hace rico. El caso de El Cordobés, un futbolista, un tenista o un cantante famosos, no es su caso. Estos señores no producen nada, ellos, sin embargo, construyen casas, fabrican electrodomésticos, elaboran vino y aceite, fabrican muebles, etc. Elaboran objetos materiales útiles con su trabajo corriente, ordinario, nada brillante.

De este modo, nadie se hace rico. Pregúntenlo  si quieren.

Un empresario sí se hace rico. Porque opera con trabajo ajeno. Él puede trabajar también, pero eso no lo hace empresario, lo que lo hace empresario es dirigir y montar una empresa propia, donde vienen a trabajar obreros bajo su mando. Y ese empresario "tiende siempre" a acumular capital, en sentido vulgar, menos técnico, a hacerse rico.

Es igual lo que él piense. Es igual la idea de lo que él entienda por ser empresario, es igual. Se trata de un sistema, no es nada personal. Si entras en una compañía en el ejército es mejor que no te plantees si quieres, si te gusta o no, matar. Has entrado en un sistema, donde matar es la finalidad central de su actividad. Matar o amenazar con matar. Si no, el ejército no tiene sentido. (No le preguntes a un oficial español, te dirá que eso es mucho más largo de explicar, que él no quiere matar a nadie, a menos que… Pregúntaselo a un oficial norteamericano y verás lo claro que lo tiene. Es la práctica).

Es el sistema.

Por poca elaboración teórica que tenga un fresador que entra en una cooperativa, ya sabe que allí no se hará rico. No es el sitio para hacerse rico nadie.

En la empresa de donde viene, tampoco se iba a hacer rico, pero el empresario, sí.

Es el sistema.

En el sistema del capitalismo ningún obrero se hace rico. El empresario, sí.

En el sistema socialista, nadie se hace rico. No hay empresario.

Esta primera aproximación, sencilla, poco complicada, encierra la radical diferencia de un sistema con otro.

Lo hemos dicho en términos poco elaborados, con palabras llanas. Rico o pobre son términos precientíficos, son conceptos sin

ninguna elaboración teórica, que no nos explican nada sobre su significado. Un hombre rico es el que tiene mucho dinero y un hombre pobre el que no tiene nada. Así nos lo explicaban en los cuentos cuando éramos niños (¡Qué suerte! Pensábamos ¡Ser rico!).

Un marxista, que lo refiere todo al trabajo, según hemos visto, enseguida preguntaría: ¿De dónde le viene la riqueza?

De su trabajo, podrían decirnos. Y ¿Cómo trabajaba?; volvíamos a preguntar. ¿Por cuenta ajena?, entonces no sería muy rico, podríamos argumentar. Es que era el empresario. Entonces ya sabemos el origen de su riqueza.

Podría ser el heredero de un gran empresario, en cuyo caso la explicación es la misma. O el heredero del heredero de un gran terrateniente. Es igual, si otros trabajaban para su abuelo, la explicación es la misma.

En general, en la actualidad, en nuestros países europeos capitalistas, para hacerse rico hay que ser empresario de alguna rama del trabajo.

De igual forma, podemos decir: un trabajador por cuenta ajena no puede hacerse rico.

Es el sistema. Es el funcionamiento del sistema.

El otro sistema, el del trabajo en cooperación, parte de otra base, tiene otro fundamento, y tiene otro recorrido.

El principio general de este sistema es que nadie se hace rico. Y la explicación es que el sistema, al contrario que el otro, no hace necesaria la acumulación. De manera que la reproducción del proceso de trabajo consume todo lo producido, repartido entre retribución del trabajo y reposición de los equipos materiales, mas impuestos y demás gastos generales (incluidas las reservas, para seguros, etc.). Si se quiere generar un excedente, un sobrante, será para producir a mayor escala (ampliar el negocio), por ejemplo.

Este principio es tan operativo, tan efectivo, como el que acabamos de ver en el proceso capitalista. Empresario: tendencia del sistema a que acumule progresivamente. Obrero tendencia a no acumular.

Y por eso mismo, irá imponiendo su lógica en todo el despliegue de la reproducción. Muy particularmente en el despliegue o desarrollo institucional.

Unos trabajadores-propietarios que alcancen una notable presencia en la producción material van a representar un motor de cambio en todo el aparato reproductor.

Pensemos en un proceso tan esencial, tan importante, como es la reproducción material y cultural, intelectual, del propio trabajador.

La diferencia entre ambos sistemas, en este punto fundamental, es muy explicativa de las bases tan distintas de las que parten.

En uno, el cooperativo, la mejor reproducción del trabajador en sus aspectos material y cultural es el objetivo central de cada proceso de trabajo y del sistema general, sirviendo todos los demás elementos materiales o intelectuales del proceso y del sistema como instrumentos para alcanzar ese fin.

En el otro, el capitalista, la mayor ganancia del empresario es el objetivo central de cada proceso de trabajo y del sistema general, sirviendo todos los demás elementos (muy particularmente la reproducción del trabajador -salario, jornada, descansos, vacaciones, higiene, seguridad-) del proceso y del sistema, como instrumento para alcanzar ese fin.

Lo que en uno es el objetivo central, en el otro es un instrumento, el principal, para obtener un objetivo diferente. En el primero, el objetivo es el bienestar del trabajador; en el segundo, el coste del bienestar del trabajador ha de ser constantemente restringido (aunque aumente) para permitir obtener al empresario la mayor ganancia posible -objetivo central-.

Dos motores empujando procesos de producción material hacia direcciones tan distintas, necesitan apoyos, instrumentos de reproducción, también distintos.

**Las novedades del nuevo proceso se hacen particularmente notables, en su reproducción.-**

La reproducción material de un individuo tiene un coste que puede ser calculado, una vez conocido el lugar y el tiempo en que se desarrolla. Los organismos técnicos de Naciones Unidas (O.N.U.) tienen hechos estos cálculos. En nuestro país, múltiples organismos nos darían estos datos con suficiente precisión.

Los marxistas vamos siempre a parar al trabajo.

En un sistema de trabajo capitalista, la reproducción material de un trabajador sale de su salario, y su salario lo señala su empresario (puesto que lo mide con su ganancia).

Sin embargo, la reproducción material del empresario (que como individuo siempre sería la misma que la del trabajador), sale de la ganancia, que es una cantidad que el propio sistema exige que vaya en aumento, que vaya acumulándose.

Como norma general del propio sistema, la reproducción material del trabajador se ajustará al salario; y la reproducción material del empresario quedará ampliamente superada por la ganancia.

La reproducción material estricta, ajustada, estrecha, es una (comer, vestir, dormir para no morirse); la reproducción histórica es otra (lo que los obreros españoles, por ejemplo, han logrado de promedio en los primeros años del siglo XXI). Esta segunda

comprende, además de la primera, los gastos de sanidad, enseñanza, diversión, mejora en vivienda, coche, televisión, seguros, etc., del propio trabajador y la de los hijos (es la reproducción biológica).

Esta segunda, como la primera, depende del salario y, por tanto, es perfectamente calculable (la suma de los salarios de una empresa, o los de todas las empresas del país), es una cantidad concreta.

La reproducción personal y familiar del empresario, nos daría cantidades mayores que las de los trabajadores, pero por regla general, sin pasar de diez veces más que ellos, (mejor coche, casa, viajes, y poco más), lo podemos comprobar en cualquier empresario de nuestro pueblo o ciudad. Lo de la tele y las revistas, ya es otra cosa.

El sistema nos dice que lo que define al empresario no es lo que gasta en su reproducción (no puede comer el triple, ni tener mil trajes, ni correr mil juergas), sino lo que acumula.

De forma que en los casos extremos, ya no es que no puedan gastar más, sino que no pueden acumular más, y hacen hospitales, fundaciones culturales, etc. Porque, como vemos el sistema es ciego: acumular, amontonar, por una parte (el empresario), y ajustar, sujetar, congelar los salarios, por otra (el trabajador).

Para que esto funcione así, ha hecho falta montar una serie de instituciones ajustadas a este fin.

A esta forma de trabajar y a la presencia y actividad de las instituciones correspondientes nos hemos familiarizado de tal forma que nos parecen lo más natural del mundo. Nos hemos acostumbrado a ver así la forma de trabajar, y a ver cómo las instituciones, lo promueven, lo apoyan, lo defienden. Esto es “lo normal”. Y a ello ajustamos nuestra vida material, nuestras “formas” de vida, y nuestra forma de pensar.

Y en el seno de estas “formas” (de trabajar, de vivir -reproducirnos-, y de pensar) hemos de montar, de construir el

socialismo; las “formas” (de trabajar, de vivir -reproducirnos, y de pensar-) socialistas.

Debido a ello, debido a esta “de-formación”, el primer paso material, concreto, en la construcción real del socialismo, nos resulta más fácil de pensarlo y de realizarlo, que realizar o pensar su reproducción.

El primer paso a que nos referimos es la creación, el montaje de un proceso de trabajo colectivo por cuenta propia en el sector productivo. Por ejemplo, montar una cooperativa de trabajo asociado para elaborar pan.

Se unen diez trabajadores, adquieren los medios necesarios con sus ahorros o pidiendo un préstamo, e inician el proceso de fabricación y posterior venta del pan. Todo como si lo hiciera, por ejemplo, una familia que lleva un horno por su cuenta. Todo igual. Ninguna dificultad.

Hay que suponer que realizarán su trabajo utilizando la tecnología que por término medio utilizan las demás panaderías, y alcanzando el grado de productividad medio.

Por las mismas razones, es esperable que en la libre concurrencia con las demás panaderías del entorno, obtendrán un resultado en las ventas análogo al de las mismas.

**Los primeros pasos en el nuevo proceso.**-

Este primer paso, en la producción cooperativa, resulta bastante comparable al proceso productivo capitalista. Resulta perfectamente visible su paralelismo mutuo.

Se trata del proceso de trabajo material, visto en ambos casos en forma esquemática y abstracta (más atrás habíamos visto que un proceso de trabajo así, no se da nunca, sino que se dan enlazados constantemente, es decir, se reproducen constantemente -ningún carpintero hace una silla solamente-; y sin embargo, aquí lo hemos contemplado como si así fuera).

Pues bien, es precisamente en la reproducción de ambos procesos, donde se hacen perfectamente visibles las diferencias. Y es en la reproducción donde aparecen las "novedades", y por tanto los problemas nuevos y las soluciones nuevas. Nos referimos, naturalmente, al proceso de reproducción socialista, cooperativo; el otro, ya lo conocemos.

Suponiendo acabado el primer paso, en la forma en que lo acabamos de ver, al plantearse su continuación, su reproducción, se ha de planear su desarrollo, se han de proyectar sus distintos movimientos, en la siguiente forma, más o menos:

- En el capitalista, el planteamiento lo hará el empresario, en la forma conocida. Los costes, salarios y reposiciones materiales, se restan del valor obtenido del producto vendido, y el resto es su ganancia. Repuestos el valor obtenido, los costes de personal y materiales y equipos (instalaciones), el proceso se puede repetir una y otra vez. En cada ciclo lo que el empresario ha de decidir es, si la ganancia que va acumulando la dedicará a mejorar su reproducción personal (vivienda, ocio, coches, viajes, etc.), a la reproducción personal de los obreros (mejorando su salario), a la mejora de las instalaciones, a la ampliación de la escala de producción (mayores instalaciones), o si dedica la ganancia a la simple acumulación dineraria (metiendo el dinero en su banco).

- En el cooperativo o socialista, "todo" se presenta de "forma" distinta. La razón es que "todo el planteamiento" lo decide el propio trabajador colectivo. Este dato es la clave para entender que el proceso

> colectivo de trabajo por cuenta propia es “otra” forma de trabajar; y la forma de reproducirse sus procesos, es “otra” forma de organizar las mejores condiciones materiales y culturales en que se desarrollen estos procesos. Procesos de trabajo organizados de “otra” manera (por los propios trabajadores) implican instrumentos de reproducción (instituciones) organizados de “otra” manera, y el conjunto de unos y otras (trabajo e instituciones), dan una sociedad “distinta”, con una cultura “distinta”, y unas formas de pensamiento y de ver la vida “distintas”. Es la sociedad socialista.

¿Quién la verá?

Ese no es el problema, es decir, ese no es el problema que nos interesa ahora.

En este momento de nuestra historia europea, lo que se nos plantea a los socialistas marxistas es que, por primera vez en la historia, comienza a ser una realidad el nacimiento y desarrollo de procesos colectivos de trabajo por cuenta propia, en tal forma que pueden competir con los dominantes procesos colectivos de trabajo por cuenta ajena.

Y lo importante de esta realidad, es que se trata del primer paso en la construcción del socialismo. Y, repetimos, este primer paso se puede dar, y se está dando.

Nos detendremos ahora en los segundos, terceros y siguientes pasos.

Los segundos, terceros y siguientes pasos, constituyen lo que hemos llamado reproducción del primer paso.

Marx procuró, al estudiar el capitalismo, centrarlo todo en el proceso colectivo de trabajo por cuenta ajena; de manera que, al escudriñar en su estructura y funcionamiento, al identificar con claridad sus elementos y las relaciones entre los mismos,

pudiéramos disponer de la matriz, a partir del desarrollo de la cual, se hiciera comprensible el movimiento que siguen los elementos citados y sus relaciones al reproducirse, y así pudiéramos comprender los movimientos de conjunto de la sociedad capitalista.

Al mismo tiempo dejaba señaladas numerosas indicaciones sobre el mismo recorrido, pero esta vez referido al proceso colectivo del trabajo por cuenta propia y su consiguiente desarrollo.

Seguimos esas indicaciones.

De la misma forma que el proceso capitalista tiene dos protagonistas, dos tipos de sujetos activos, el proceso socialista sólo tiene uno.

Empresario y obrero, son estudiados minuciosamente por Marx en el seno del proceso de trabajo capitalista.

Nos detendremos ahora en el único protagonista del proceso socialista: el trabajador colectivo por cuenta propia.

Se trata de un sujeto colectivo (por tanto plural) y de composición heterogénea (con perfiles diversos en sus individuos componentes, en cuanto a su actividad se refiere).

El trabajador colectivo por cuenta propia, tiene como referencia directa para entenderlo, al artesano, al campesino. Es propietario de los medios de trabajo y del producto, y al mismo tiempo es el trabajador. Por lo tanto, en la teoría y en la práctica, ha de ser perfectamente entendible. Sin embargo…

Como es propietario de los medios de trabajo, lo es del producto obtenido, y en esto se parece al empresario.

Como es trabajador, se parece al obrero.

Lo dijimos más atrás al referirnos al arroz con leche de garbanzos.

Cuando se reunieron en una nave diversos artesanos para trabajar juntos, no lo hicieron por propia iniciativa, sino bajo el mando, y la responsabilidad económica de un empresario. La colaboración, la cooperación que así iniciaron no respondía ni económica ni laboralmente a su propia responsabilidad. El trabajador colectivo que allí comenzó a funcionar, no era el trabajador colectivo por cuenta propia, sujeto del proceso de trabajo socialista; es un trabajador colectivo por cuenta ajena, es decir el obrero colectivo de la relación capitalista de trabajo.

Cuando se inicia la reproducción, una vez finalizado el primer ciclo, el primer paso, el primer proceso de trabajo, las condiciones en que inicia la reproducción son distintas en el proceso de trabajo individual, en el colectivo por cuenta propia y en el colectivo por cuenta ajena.

En el individual y el colectivo por cuenta ajena, conocemos en la práctica real como se reproducen, en el colectivo por cuenta propia, hay todavía una corta experiencia.

En el corto recorrido de esta experiencia las formas de desarrollo apenas se corresponden con los principios a los que obedece su esquema teórico.

El peso de las formas capitalistas se nota extraordinariamente en una jovencísima forma socialista.

El trabajador colectivo por cuenta propia, huérfano de modelos propios, queda prendido en las formas que conoce, en las formas capitalistas.

De tal manera es así, que la organización del trabajo la copia del capitalismo, resultando el trabajador colectivo socialista una copia del trabajador colectivo por cuenta ajena. Sin tener, en consecuencia, en cuenta que éste último es una creación, hecha a su medida, del empresario, teniendo en esto como meta obtener la mayor ganancia; y ordenado, jerarquizado y ajustado su funcionamiento a espaldas absolutamente de los trabajadores.

Se da así el contrasentido de que un instrumento construido concienzudamente por los empresarios para ser mejor explotado (el trabajador colectivo por cuenta ajena), se libera de ellos y comienza a trabajar siguiendo las mismas reglas creadas para su mejor explotación.

Jornadas, retribución de trabajo, vacaciones, categorías, grupos profesionales, formación de equipos, jerarquía de mando, etc., son copiadas del proceso de trabajo colectivo por cuenta ajena.

Esta práctica, de funcionar como si hubiera empresario cuando no lo hay, tiene su explicación, tendría su explicación, en los primeros años de la aventura. Hoy, podría haber un cuerpo teórico, unos conocimientos adquiridos que permitieran ir cambiando la práctica, con el fin de ir lenta y progresivamente ajustándola a los nuevos objetivos perseguidos.

Si el objetivo del trabajador colectivo por cuenta propia no es la ganancia, porque la ganancia es el objetivo del capitalista, habrá que aclarar cual es el objetivo y una vez identificado, sacar las consecuencias que correspondan.

Y no hay que romperse la cabeza buscando el objetivo perseguido. No es otro que el mismo que persigue el artesano o el campesino. No hay más diferencias que en la “forma” en que se busca: individualmente en un caso y colectivamente en el otro.

El cambio de objetivo, de meta, es fundamental; y la razón es que lo cambia todo.

Pondremos un solo ejemplo.

El capitalista ordena el trabajo ajeno, no para vivir mejor él, sino para acumular capital, en forma de medios de trabajo (fábricas), o en forma de dinero (que permite adquirir más fábricas). Y este impulso no tiene meta conocida: acumular, acumular, acumular… sin fin.

Y esto, visto así, no es sino el efecto que produce el sistema, el conjunto de capitalistas, en su funcionamiento, sobre el capitalista

individual. El quisiera, en algún caso individual, parar, pero el sistema no se lo permite, las leyes de funcionamiento del capital (la tasa decreciente de ganancia, la composición orgánica creciente de su capital -cada vez mayor el capital en medios de trabajo, en proporción con el capital en salarios-), le empujan siempre hacia delante.

Siempre ajustando hacia la baja, todos los costes, y muy principalmente los salariales (el medio de reproducción de los trabajadores -obreros-).

El artesano, el campesino no tiene como meta acumular bienes ni dinero para adquirirlos; su meta es mejorar su reproducción. Y su mejor reproducción comprende además de los bienes de consumo, su descanso, su cultura, su desarrollo personal y social. En ningún caso el acumular bienes sin tregua, sin final conocido.

En este progreso hacia su mejora personal, hacia su mejor reproducción, encuentra, sin embargo un límite, un obstáculo: la productividad de su trabajo viene condicionada por ser un solo trabajador el que actúa, su fuerza de trabajo no es la adecuada a los grandes instrumentos de trabajo, así como su limitado patrimonio tampoco permitiría su adquisición.

Y en este punto aparece lo que se podría llamar el nacimiento “natural” del socialismo.

Asociamos nuestro patrimonio y nuestro trabajo y superamos así nuestra limitación funcional: la baja productividad. (La libre asociación de productores que refería Engels).

**El nuevo proceso y su sistema (aún inexistente).-**

El trabajador colectivo por cuenta propia, falto de un desarrollo de sus principios, funciona técnicamente como el trabajador colectivo por cuenta ajena.

Sin embargo, hay una diferencia que no se puede disimular; no hay un empresario que se lleve su ganancia; y eso se nota en lo que se llama cuenta de resultados. Hay más dinero a repartir entre los trabajadores, como es lógico.

Si trabajando la misma jornada, con parecido nivel de productividad (intensidad de trabajo), en el mismo sector de producción, y con la misma categoría, puedes llevarte más dinero a casa en el nuevo sistema del trabajo en cooperación por cuenta propia, el atractivo del mismo es innegable.

Esta ventaja evidente se puede apreciar, como vemos, a nivel de proceso de trabajo, es decir, en cada centro de trabajo; sin embargo, cuando estos centros operan en el seno de un conjunto donde su presencia es muy minoritaria, como es el caso de nuestro país, este efecto de ventaja comparativa queda mucho más amortiguada.

Sin embargo, considerando los dos sistemas, en su funcionamiento maduro (por ejemplo, como lo hace ahora el sistema capitalista), las ventajas aparecen con claridad. En un caso para los empresarios, en el otro para los trabajadores.

Pero en esta comparación global, hay una diferencia importante respecto a la que hacíamos entre procesos, uno frente al otro.

Los procesos concretos (por cuenta ajena y por cuenta propia) tienen existencia real, los podemos ver, medir y comparar (y sacar las consecuencias de la comparación).

Los sistemas, sin embargo, no los podemos ver, medir y comparar, porque uno de ellos está desarrollado, y el otro no.

El proceso de trabajo colectivo por cuenta ajena, en su reproducción sucesiva, ha ido creando sus condiciones técnicas

apropiadas para su forma concreta de funcionamiento. Y así hemos visto cómo ha ido ordenando las distintas tareas (subdividiéndolas, agrupándolas), atribuyéndolas a distintos trabajadores o grupos de trabajadores, mecanizando estas tareas, modificando las distintas herramientas (creando las máquinas), combinando unas y otras tareas, aplicando al movimiento de las máquinas fuerzas muy superiores a la humana, creando las fábricas, aplicando la automatización y la informática a los distintos procesos.

Todo esto ha creado una forma desarrollada del proceso colectivo por cuenta ajena. Una forma concreta, real, observable, medible y comparable con otra forma. Un aparato productivo especialmente montado para este sistema.

Para esta larga, paciente y bastantes veces violenta tarea, el director -protagonista (el empresariado) de la misma, ha ido montando, al mismo tiempo, las herramientas institucionales, las instituciones en que apoyar la estructura y funcionamiento del proceso productivo- reproductivo mencionado. Este andamiaje en cuya estructura hueca se expande y se enrosca el proceso de trabajo en su reproducción, acaba constituyendo un aparato altamente tecnificado y especialmente adecuado a este proceso de reproducción-desarrollo.

Estas dos estructuras (aparato productivo y aparato institucional), nacida la una para la otra (la segunda para la primera, y no al revés), y perfectamente ensambladas entre si, constituyen la forma real y concreta que adquiere el proceso colectivo de trabajo por cuenta ajena, en su repetición, desarrollo y reproducción.

La “pacífica” convivencia con el funcionamiento de estos aparatos, productor y reproductor, en nuestra vida ordinaria, crea un caldo de cultivo, unas formas de pensamiento, unas maneras de ver y entender la vida (unos valores), una cultura, en definitiva, sólidamente anclada en estas dos realidades, en estas dos matrices reproductoras.

Esto que estamos viendo y considerando es el desarrollo maduro, la reproducción consolidada, de una forma de trabajar: el proceso colectivo de trabajo por cuenta ajena.

Esto fue lo que estudió Marx en El Capital.

Tomándolo como norte, haremos unas consideraciones paralelas sobre la otra forma de trabajo: el proceso colectivo por cuenta propia.

No son consideraciones en el aire, porque partimos de una realidad, tan concreta y material como la que él tomó como punto de partida. Tan sólido y real es el proceso de trabajo colectivo por cuenta propia, como lo es el que se realiza por cuenta ajena.

Como su meta es otra, sus elementos distintos y las relaciones entre ellos distintas también (su estructura), su reproducción lo será también.

Y no solo hay que anotar estas diferencias, sino que asimismo hay que tener en cuenta el distinto periodo histórico, el distinto momento, en que se produce el recorrido, hasta su madurez, de un sistema, y las condiciones actuales, en que consideramos el inicial desarrollo del otro sistema.

Solo nos fijaremos, por señalar un punto esencial, en la capacidad técnica y financiera del trabajador colectivo por cuenta propia, hoy; absolutamente impensable cuando inició su rodaje el desarrollo del proceso por cuenta ajena. En la actualidad, un grupo de trabajadores en cooperación, pueden montar una factoría de fabricación de prensas hidráulicas, por ejemplo, sin necesitar a un empresario que ponga los medios de trabajo, ni que dirija el proceso: lo pueden y lo saben hacer ellos solos.

**El “molino triturador” en K. Marx. En el nuevo proceso no existe.-**

Hemos considerado, de forma separada, los procesos de trabajo, de una parte, y el sistema que componen en su repetición o reproducción, por otra parte. Hemos visto el proceso de trabajo por cuenta ajena, por un lado, y por el otro el sistema de producción capitalista. Cuando es más cierto que el proceso de trabajo por cuenta ajena, no existe y se desarrolla sino en el seno del sistema que componen el conjunto de todos los procesos, ellos, en su funcionamiento armónico y sostenible.

Ha sido sólo a efectos de su estudio que los hemos separado. Como estudiamos el corazón o el cerebro en el seno del cuerpo humano; siendo así que funcionan siempre dentro de él, y en combinación todos los miembros que lo componen.

Pues bien, el proceso de trabajo por cuenta ajena funciona y se desarrolla dentro de su “cuerpo”, de su sistema (como si fuera el cerebro dentro de su cuerpo correspondiente); sin embargo, el proceso de trabajo por cuenta propia funciona sin “cuerpo” propio, sin sistema propio. Para ser más exactos, funciona en el seno, en el “cuerpo” propio del proceso de trabajo por cuenta ajena. Funciona dentro de su sistema que le es extraño, que le es ajeno.

Esta situación tiene efectos importantes en su nacimiento y desarrollo. Hemos visto en apartados anteriores algunos de ellos. Ahora insistiremos en el aspecto que nos parece más destacable.

Marx llamaba “molino triturador” al proceso de trabajo por cuenta ajena, porque se iniciaba con un empresario que pretendía la mayor ganancia (como tendencia), imponiendo para ello (como tendencia) el salario menor posible.

Esta máquina, este molino, al empezar a funcionar, a dar vueltas, a reproducirse; en cada vuelta, además de producir un objeto material (su producto), reproduce a un empresario tendiendo a obtener otra vez la máxima ganancia, por una parte, y por otra parte un obrero con un salario lo más moderado posible. Y así en cada vuelta. Y así en cada proceso de trabajo.

La riqueza de esa sociedad queda así repartida en el mismo proceso en que nace.

Pero este molino no sólo reparte, al funcionar, la riqueza, sino que dada la forma en la que la produce y reproduce, produce y reproduce, la iniciativa, la dirección y el mando, de una parte, y la obediencia y la ejecución, de otra.

Y esta misma forma de repartir riqueza, y funciones (lo que los sociólogos llaman roles, y la gente de teatro papeles -el papel de malo, de bueno, de rico, de pobre, de tonto-), actúa, a su vez de molino, que va sacando, por un lado el saber, la cultura, el acceso a los roles brillantes socialmente, la elegancia espiritual, la finura, la exquisitez (singular y extraordinaria calidad), el buen gusto; y por otro, la notable ausencia de todas estas cualidades y adornos sociales.

El conjunto de todos estos procesos, en su funcionamiento integrado, en su conjunto, forma lo que llamamos el sistema capitalista.

Pues bien, haciendo un paralelismo, podemos seguir los mismos pasos, pero esta vez con el proceso colectivo de trabajo por cuenta propia.

En este proceso no hay un molino triturador.

El proceso, como en el caso anterior, persigue obtener un producto. Pero aquí la tendencia es a repartir entre todos los trabajadores el valor de lo producido, en la forma en que ellos mismos dispongan.

En ciclos sucesivos se mantiene la tendencia a hacer el reparto de la riqueza obtenida en la forma que dispongan los propios trabajadores.

Esta forma de producir y distribuir la riqueza, comporta producir y reproducir (distribuir) en la misma forma la iniciativa, la dirección, el mando y la obediencia y la ejecución; es decir, la tendencia es que sean los propios trabajadores los que decidan las formas concretas en que se han de planear y ejecutar los trabajos.

Y esta misma forma de producir y repartir riqueza y funciones, da a su vez las bases, las posibilidades, de la producción y acceso al saber, la cultura, los distintos roles sociales, etc.

La base material en la que se produce el anclaje en uno y otro sistema es la propiedad de los medios de trabajo, según hemos podido apreciar.

En un caso, la propiedad “separada” del trabajador, da como resultado las figuras del empresario y el obrero.

En el otro, la propiedad y el trabajo unidos, dan una nueva figura: el productor asociado.

Es la propiedad de los medios de trabajo, la que permite al productor asociado, disentir, no estar de acuerdo con las “formas” de producir y repartir la riqueza; con las “formas” de concebir y distribuir las tareas; y por tanto, en las “formas” de acceder, al saber, a la cultura, a participar en el dibujo y la realización de nuevas metas sociales, etc.

Y la reproducción de las nuevas formas que parten del proceso colectivo por cuenta propia, vemos como van, por su propia estructura, abriendo paso a la intervención de los propios trabajadores en el planteamiento de cada ciclo del proceso, en los distintos niveles y sectores. Y cada paso y cada decisión, basados en el hecho de ser propietarios de los medios de trabajo.

**La propiedad de los medios de producción: determinante.-**

Podríamos hacer un esquema muy simplificado.

Este esquema comprendería tres escalones.

Primer escalón:

- En el seno del mismo proceso de trabajo.
  Porque somos propietarios de los medios de trabajo, todo el producto nos lo apropiamos los trabajadores (como no tenemos empresario, todo es nuestro).

Segundo escalón:

- En el seno del mismo proceso de trabajo.
  Porque somos propietarios de los medios de trabajo, la organización técnica del trabajo la decidimos los propios trabajadores (definición de tareas y distribución de las mismas). Somos los amos y por tanto los directores.

Tercer escalón:

- En el exterior del proceso de trabajo.

Porque somos los amos y directores de los procesos de trabajo, o sea, de la producción, somos los que damos el visto bueno a las instituciones. Todo el aparato institucional responde a nuestros intereses y persigue, en su funcionamiento de conjunto, nuestros propios objetivos.

Como se puede apreciar, el esquema se puede aplicar exactamente igual a la estructura social capitalista o a la estructura social socialista, al trabajo colectivo por cuenta ajena o por cuenta propia.

Así lo analizó Carlos Marx y así lo seguimos nosotros.

En este esquema está el esqueleto del capitalismo y el esqueleto del socialismo.

Luego, ese esqueleto se rellenará de una manera o de otra; y así encontramos capitalismos desarrollados, capitalismos subdesarrollados, capitalismos en democracia, capitalismos en dictadura, capitalismos más conservadores, capitalismos más socialdemócratas; pero en todos ellos encontraremos el esqueleto que hemos analizado.

Con el socialismo ocurrirá igual; habrá diversas modalidades, pero en todas ellas podremos reconocer el mismo esqueleto que señalamos. Hay que observar en este punto, que entre las variedades de socialismo que consideremos, no podremos incluir, ni al comunismo soviético, ni a la socialdemocracia. Y la razón es clara: en ninguno de ellos se parte de la base de que los medios de trabajo son propiedad de los trabajadores.

La relación entre los escalones citados es la misma en uno y otro sistema.

Marx pudo estudiarlos sobre la realidad, en el caso del capitalismo, y los estableció, las relaciones, en el orden que las hemos descrito. Entendemos que en la construcción del socialismo se guardará el mismo orden, y con la misma subordinación entre ellos.

Como quiera que el sistema socialista no se monta sobre el vacío, sino que, como el capitalista, se desarrolla sobre otro sistema existente, el desarrollo inicial no responderá a la visión que se puede tener de un sistema desarrollado.

Como ya dijimos, sería como el desarrollo de un cerebro que se implanta en un cuerpo ajeno.

De esta manera, el primer paso, el inicio del primer ciclo del primer proceso de trabajo colectivo por cuenta propia, no respondería exactamente a la forma en que lo hemos definido, sino que tendría, mejor, que tendrá, que adaptarse a las formas que ya encuentra establecidas en el sistema en que nace.

Es decir, el sistema capitalista, en el pleno desarrollo de sus tres escalones, a lo largo de sus ciclos de reproducción, ha ido haciendo un “lugar”, le ha ido buscando una forma, unas funciones, al trabajo colectivo por cuenta propia; de tal forma que el grupo de trabajadores que quiere iniciar hoy, en nuestro país, un proceso de este tipo, se encuentra ya con la limitación de que no lo puede hacer como le parezca, sino que tiene que enfundarse en el traje que ya le han preparado.

Y esto no es más que el inicio; puesto que en los ciclos sucesivos de su reproducción, se encontrará con todos los aparatos reproductores propios del otro sistema, a los que tendrá que adaptar sus propios principios.

Y en estas tareas concretas consistiría lo que, con palabras más rimbombantes, sería la construcción del socialismo.

A estas alturas del estudio que iniciamos en el Cuaderno I, ya podemos contemplar con mayor claridad (o esa era la idea), el panorama que se ofrece a unos jóvenes trabajadores que quisieran caminar por la senda del socialismo marxista.

El primer escalón es la base: la propiedad de los medios de trabajo.

Y esto, no sólo porque se coloca en el inicio; no sólo por estar en primer lugar. El primer escalón, además de hacer posible materialmente el proceso (no se puede trabajar sin los medios), es la matriz de los escalones siguientes; es el molde del que toman forma el segundo y tercer escalón.

En el primer escalón está el mecanismo distribuidor del producto (la riqueza), de los conocimientos técnicos, y en último lugar (en última instancia, consideraba Marx) las formas de ver la vida, las formas de pensar, los valores, la moral, la ética, la cultura; que constituyen el segundo y tercer escalón, respectivamente.

Estos dos escalones, segundo y tercero, disponen sus mecanismos distribuidores, sus canales de reparto, en correspondencia con la forma de distribución que les viene ya adoptada en el primer escalón. No tienen poder de decisión para disponer su forma de distribución.

¿Quiere esto decir, que quién dispone de la riqueza, dispone también de la distribución de los conocimientos técnicos, y del acceso a la alta cultura, así como a decidir sobre moral, ética, decencia, buen gusto y formas de ver la vida?

La respuesta es, naturalmente, afirmativa.

El Marxismo vulgar, y los que de él se reían y se ríen, entendían esto de una forma bastante mecánica (si eres rico, eres sabio y decente), muy simplista.

Nosotros ahora sabemos ya cómo funciona la reproducción de los procesos de trabajo, y sus pausados ciclos.

Adam Smith dio en la tecla: sólo el trabajo crea valor.

Dicho de otra manera: la riqueza nace, se crea, en el proceso de trabajo.

Según la forma de ese proceso, por cuenta propia o ajena, la riqueza viene distribuida ya al producirse, de una u otra forma.

La reproducción, en sucesivos ciclos, o se acumula, o pasa a "enriquecer" a los propios trabajadores.

Y todo el aparato reproductor institucional y cultural comienza a distribuir saberes y formas de pensamiento en una de las dos formas indicadas.

Esta es la cadencia, el ritmo, con que quien ordena el trabajo, quien da forma al proceso de trabajo, acaba ordenando, dando forma a los principales procesos (políticos, institucionales, culturales) que dan carácter a una sociedad.

Y esto no se hace rápidamente, de forma mecánica, sino "a la larga".

Y es necesariamente a la larga por varias razones.

Es la primera, el hecho de montar una empresa sin el respaldo (la experiencia, la seguridad, el crédito) de un empresario; el hecho de iniciar algo nuevo y desconocido, cuando lo lógico es inclinarse por lo que hace la inmensa mayoría de trabajadores; el hecho de romper con la idea de que el espíritu emprendedor es

propio de los empresarios, no de los trabajadores ("yo prefiero ganarme mi salario y vivir tranquilo, las preocupaciones para el empresario", se oye decir); es sobre todo, la inexperiencia.

Los obstáculos se encuentran en los tres escalones que hemos citado, y además, estrechamente ligados entre sí.

Estas mismas ideas que acabamos de citar, son producto de una experiencia que nos envuelve completamente y que la mayoría de los trabajadores de nuestro entorno comprueba diariamente. Trabajar "es" eso: la riqueza, el saber, el mando, es "siempre" de otro; el trabajador no pilla más que el salario, y que no falte.

A eso le hemos llamado "una forma de ver la vida", y a eso lo habíamos situado en el tercer escalón, pero vemos que tiene su raíz en el primer escalón.

Esa forma de ver la vida (esa forma de pensar, de ver el mundo), empapa al trabajador de resignación, convenciéndolo de que no hay nada que hacer ("las cosas son como son", y esto lo comprueba diariamente, no es una mala idea de su cabeza). Lo hace desconfiado, desilusionado, incapaz de ver otro horizonte. Lo castra intelectualmente, cortando cualquier posibilidad de iniciar nuevos caminos; caminos que, por otra parte, estarían al alcance de sus posibilidades.

Vemos así, cómo la forma de pensar, de ver la vida, que crea en la mente del trabajador el hecho de trabajar como obrero (riqueza y saber "siempre" para el empresario) -o de ver trabajar como obreros a los compañeros-, esta forma de ver la vida, situada en el tercer escalón, influye a su vez en el primer escalón (en la posibilidad de convertirse en propietario de sus propios medios de trabajo, creando una nueva empresa).

Esta pescadilla que se muerde la cola, tiene, sin embargo, su cabeza y su cola; es decir, ese conjunto de procesos enlazados y rotando constantemente (lo que hemos llamado la reproducción), tienen un centro alrededor del cual giran, tienen una matriz, un molde que les da forma, y esa matriz y ese molde es el proceso de trabajo que les sirve de base material; si ese proceso es por cuenta

ajena, dará una forma especial a su reproducción; si es por cuenta propia dará otra forma a sus procesos de reproducción.

**Los modos de producción en K. Marx.-**

Estas ideas sobre los tres escalones, aparentemente tan simples, forman parte del núcleo teórico que manejó Marx en El Capital, y por tanto, están en el centro de su pensamiento.

Él les llamó modos de producción. Estudió en el libro citado el modo de producción capitalista, y de manera especial, lo que nosotros hemos llamado aquí el primer escalón, la producción, el trabajo productivo.

Lo más característico en su pensamiento es, seguramente, el enlace que establece entre los tres escalones: el trabajo, la producción, la política y la cultura (el pensamiento).

Estrechamente compenetrados en su desarrollo común, pero con el dominio, a la larga, de la producción.

Y en este sentido acabamos de ver que la forma de pensar de los trabajadores, influye esencialmente en el proceso de creación de nuevas empresas propiedad de los propios trabajadores. Y cómo, esa forma de pensar tiene su base en la forma de trabajar por cuenta ajena (que es la experiencia que conocen los trabajadores). Es decir, la influencia del primer escalón en el tercero, y la influencia de éste en el primero.

Esto nos ayudará a introducirnos en lo que nos parece más complicado en el proceso de construcción del socialismo en nuestras sociedades actuales.

Vamos a distinguir los tres escenarios en que nos movemos (los escalones): el trabajo (la producción), la política (el manejo de las instituciones) y el escenario de las ideas (la cultura).

Encontramos, en primer lugar, la producción. En ella domina absolutamente el proceso de trabajo por cuenta ajena, dónde el empresario decide el tipo de tareas que más le interesan, los medios técnicos para desempeñarlas, el tipo de conocimientos que ha de tener quien la desempeñe, los tiempos y cadencia de sus movimientos. Y todo ello, pensado y decidido con la sola intención de obtener la mayor ganancia, y sin la menor intervención de los trabajadores.

Pues bien, en el segundo escalón (en las instituciones) encontraremos los organismos adecuados para la instrucción y enseñanza de estas tareas, permitiendo así la reproducción -sustitución de la mano de obra utilizada en la producción-.

Con este ejemplo, sólo pretendemos que se observe la forma en que la “mano larga” de la producción señala a las instituciones de la enseñanza, los saberes, los conocimientos, el tipo de destreza que deben traer los jóvenes trabajadores, cuando vengan a solicitar un puesto de trabajo. Es decir, la forma de intervenir el primer escalón (la producción), en el segundo (las instituciones).

Largos años de este funcionamiento; largos años de este constante ajuste entre las tareas definidas por los empresarios y la cualificación de los trabajadores que las han de desempeñar, por parte de las instituciones; largos años de ver y comprobar, por parte de los trabajadores, que quien define las tareas que él ejecuta es el empresario, y quién se las enseña es el mismo empresario, o las instituciones de enseñanza siguiendo sus indicaciones; largos años, oyendo decir que las instituciones (institutos, formación profesional, escuelas, universidades, escuelas técnicas), han de ajustar sus títulos, sus enseñanzas, al mercado de trabajo, a lo que los empresarios necesitan que sepan sus trabajadores; largos años de esta práctica diaria vivida por los trabajadores, crea en su mente la imagen de una realidad firmemente asentada, consolidada, objetiva, “natural”.

Las categorías profesionales son creadas por los empresarios, en función de sus necesidades empresariales, y aparecen escritas en convenios colectivos y reglamentos de empresa. Para desempeñar cualquiera de ellas se han de acreditar unos conocimientos y unas aptitudes adquiridas en la propia empresa o en las instituciones, bajo las indicaciones de los empresarios.

Lo primero lo encuentran lógico y “natural”; si el empresario es el amo de la empresa él sabrá como la ha de organizar y qué tipo de conocimientos exige para sus trabajadores.

Lo segundo, es igual de lógico; si las instituciones de enseñanza no te dan los títulos y conocimientos que te exige el empresario para poder trabajar, ¿para qué sirven?

Esta realidad sólida se refleja en la mente del trabajador en forma de ideas, convicciones, opiniones, maneras de ver la realidad.

Es la penetración de unos escalones en los otros. Y es el reinado de la producción, imponiendo a la larga sus intereses.

Esta petrificación (convertirse en piedra) de los distintos escalones, y de las relaciones entre éstos, es lo que los hace aparecer como “naturales”, eternos (“toda la vida ha sido así”, es una frase que justifica su validez permanente).

Ante esta pretendida inmutabilidad (que no cambia), caben varias posturas. Las más conocidas: el comunismo ruso (la revolución; hay que cambiarlo todo y de golpe), trastoca el orden de las relaciones entre producción e instituciones, poniendo éstas, el partido, a dirigir la producción; y la socialdemocracia, que respetando los escalones y sus relaciones, pretende amparar a los trabajadores dentro del juegos de unos y otras.

Decíamos que ante esta aparente inmutabilidad, es cuando el grupo de jóvenes trabajadores socialistas marxistas se hacía la pregunta: ¿por dónde empezamos?

**Los primeros pasos están dados.-**

Habría que empezar recordando que alguien ha iniciado ya el camino. Alrededor de medio millón de trabajadores en nuestro país desarrollan su actividad en procesos de trabajo colectivos por cuenta propia. Trabajar en cooperación, colectivamente, con medios propios, significa haber prescindido del empresario -propietario-director.

Estos compañeros, ya han emprendido el camino.

La pregunta, por lo tanto, quizás no estaba bien formulada.

Se empieza por donde ellos han empezado.

Se empieza por donde empezaron los capitalistas.

Se monta un proceso colectivo de trabajo (en este caso por cuenta propia), y contando con la tecnología media del sector, y por tanto, con la productividad media, se acude al mercado con la producción obtenida.

No ocurre ningún cataclismo, ni se nota nada extraordinario en el mercado.

Los ciclos sucesivos de la reproducción del proceso, sí que harán aparecer en la superficie los cambios que han ocurrido en el interior de la producción.

Estos cambios, sin embargo, pueden no haberse interpretado correctamente. Quiere decir esto que, aflorados, surgidos, en el seno de un sistema distinto al propio, se les ha encuadrado en dicho sistema, desfigurando así su propio significado, o adjudicándole un sentido distinto del propio.

Esto hace que la labor (¿cómo se empieza?, ¿por dónde se empieza?) se presente particularmente borrosa.

En primer lugar: cómo hacer.

En segundo lugar: a quien nos referimos, quién es quien tiene que hacer.

Dedicamos unas líneas a la segunda cuestión, y luego vemos más despacio ambas y por su orden.

Recordamos otra vez que tratamos de un sistema nuevo, que surge, pero partimos de otro que en estos momentos domina toda la realidad de nuestro entorno.

Hablamos del socialismo que apenas asoma la cabeza, pero lo observamos desde nuestra realidad capitalista.

Nosotros, todos los socialistas y comunistas europeos, tenemos asumido (nos parece que tiene que ser así), que a los trabajadores se les “libera”, “se les ayuda” a salir de su situación, de su mala situación. Esta es la idea.

¿Quién es el liberador, el emancipador, el agente de la operación emancipatoria?

Los más espiritualistas dicen que ellos mismos, que los trabajadores se liberan a sí mismos. Esto es una propuesta de brocha gorda. Y quien la hace debía explicar despacio cómo lo harán, por dónde empezarán y por dónde seguirán. De todas formas, quien así opina está harto de redentores y de libertadores. Seguramente saben lo que se dicen, pero deberían decirlo y plantear los objetivos a alcanzar en el camino.

Dejando a los espiritualistas, lo lógico es que los más prácticos elijan los instrumentos que encuentran a mano: las organizaciones obreras, los sindicatos y los partidos obreros.

Y a este respecto, debemos recordar, que estos instrumentos se han creado y afinado en su larga práctica para “luchar” (en

realidad para colaborar) contra el capital, no para trabajar en el montaje del socialismo.

Luego volveremos sobre este asunto.

Lo haga quien lo haga, cómo se ha de hacer.

El trabajador colectivo del proceso de trabajo por cuenta ajena, funciona en el seno de un aparato montado a sus espaldas y cuyo objetivo diario es aumentar la ganancia del empresario.

La reproducción (el funcionamiento continuado) de este aparato viene asegurado por un aparato institucional, cuya finalidad esencial es la cómoda reproducción del aparato productivo.

Señaladas en el proceso de trabajo las funciones de los trabajadores (alejamiento de las decisiones, separación de la propiedad de los medios y los frutos de su trabajo) centradas en la ejecución de las órdenes y en la obediencia a los mandatos; en las instituciones no encontrará sino la confirmación de este reparto de las tareas.

La repetición de los procesos de trabajo, su reproducción, apoyados y encuadrados en la actividad institucional (Parlamento, Gobierno, Administraciones, Partidos Políticos, Sindicatos), no ofrecen, en su sistema de funcionamiento, oportunidad alguna a la tarea de construcción del socialismo.

En la producción por cuenta ajena, en sus procesos de trabajo, no cabe el menor elemento útil en la construcción del socialismo.

En las instituciones reproductoras del sistema de producción por cuenta ajena, no encontramos el menor elemento de apoyo en el camino del socialismo.

El sistema productivo capitalista está hecho exclusivamente para producir ganancia, y su aparato institucional, para apoyar este objetivo.

Por lo tanto, en principio, los elementos y sus relaciones (obrero y empresario; propiedad y dirección técnica del segundo y ejecución y obediencia del otro), en el primer escalón; las instituciones esenciales creadas expresamente para acorazarlo y custodiarlo, en el segundo escalón; y las costumbres, hábitos mentales, la cultura, que crean ambos en su larga reproducción, en el tercer escalón; en principio, decimos, no aportan ninguna utilidad en la construcción del socialismo.

Y sí contaminan y desdibujan la teoría y la práctica socialista.

De tal manera es así, que desde esas estructuras citadas, se imposibilita el tránsito a las estructuras socialista.

Hemos visto que el obrero colectivo, no es otra cosa que una forma concreta de trabajador (hay otras, como por ejemplo el campesino o el artesano), para ser más exactos es la forma concreta que adopta el trabajador cuando lo contrata el capitalista. Pues bien, el tipo de relaciones que establece con el capital, lo “inutilizan” para avanzar hacia el socialismo.

El obrero trabaja, existe como tal obrero, en el sótano del edificio que compone la sociedad capitalista. El panorama que contempla desde este lugar, la realidad que le rodea, le inutiliza para pensar, entender, y menos, comenzar a construir el socialismo.

Y es inútil sacarlo del sótano y llevarlo al primer piso, donde habitan las instituciones, o al segundo piso donde vive la cultura. Es inútil, porque en cuanto sale del sótano, deja de ser obrero, y se convierte en ciudadano; y como ciudadano, como público, puede ver, ahora sí, todo el edificio, y todo el entorno del edificio. Y puede solazarse, instruirse, educarse, culturizarse, cultivar sus aficiones, participar en el mundo de las instituciones culturales, políticas… a la mañana siguiente: al sótano, a obedecer, a ejecutar lo que han ideado y planteado otros. Y así… ¡Siempre!, siempre que siga siendo obrero.

Las instituciones están creadas y funcionan con la finalidad de mantener, preservar ese orden: el sótano (con su propio orden), y las instituciones con el suyo.

Por pura higiene mental, hay que repetirlo cien veces, como los niños en la escuela: el Partido Socialista y el Partido Comunista, junto con nuestros Tribunales, nuestro Parlamento, nuestro Gobierno, nuestras Patronales, nuestros Sindicatos, nuestras Fuerzas Armadas, nuestras Escuelas de niños, Institutos, Universidades, Iglesia Católica, Protestante, Judía, Islámica… todas las instituciones relevantes, que cuentan para algo, están de acuerdo en la existencia del sótano y el orden que reina en su interior.

Ellas no serán, en consecuencia, y como es natural, el motor del cambio hacia el socialismo.

**El enmascaramiento del trabajador en el propio concepto de "producción**".-

Desde el siervo y señor, no se pasó al capitalismo, no se podía pasar al capitalismo.

Para salir de la servidumbre hicieron falta otros sujetos y otras relaciones entre ellos.

El empresario (capitalista) es un sujeto nuevo en la historia; antes no había existido.

Su actividad en la producción material tiene como efecto principal la creación de otro sujeto nuevo, su compañero necesario: el obrero colectivo.

Estos dos sujetos nuevos en la producción, inician una nueva forma de trabajar que, con sus procesos de reproducción acaban creando una sociedad nueva: la sociedad capitalista.

Una sociedad capitalista, como la de nuestro país en la actualidad, obedece en su funcionamiento, se regula, por un sistema, pero no se confunde con él. Una cosa es la sociedad, y otra el sistema de reglas que sigue en su funcionamiento.

Eso quiere decir, que la forma de trabajar que domina en esa sociedad es la capitalista, pero hay otras; que las instituciones regulan principalmente la reproducción de esa forma de trabajar, pero también de otras; y que el conjunto de ideas, valores, formas de ver la vida, que dominan, corresponden igualmente a esa forma de trabajo, pero hay , también, otras.

De ello se desprende que no hay nada que impida que se den al mismo tiempo y sean válidas estas dos afirmaciones:

Una. De un Sistema no puede nacer otro. Del sistema capitalista no puede nacer el sistema socialista; sus reglas lo impiden.

Dos. En una sociedad donde domina un sistema pueden nacer y desarrollarse nuevos sujetos y nuevas relaciones en la producción, que acaben llevando al conjunto de la sociedad a que sea otro el sistema dominante en la misma

Eso es lo que quería decir que ninguna institución (partidos, sindicatos, universidades, etc.) actual, será el motor de la construcción del socialismo. Son instituciones de un sistema, y a sus reglas han de obedecer en primer lugar.

Sin embargo, la tentación es fuerte. En cuanto se habla de socialismo, hay la tendencia a pensar que un líder con visión y decisión, apoyado en un partido poderoso de masas, pueden ser el motor del socialismo (Lenin, Mao, Castro, Hugo Chavez, y los que vendrán).

Sin embargo, para ser lógicos y coherentes con lo dicho más arriba, se debería admitir, que, no solamente las instituciones actuales no serán el motor del socialismo, sino que las futuras tampoco.

Veamos. Las instituciones actuales, no lo pueden ser, porque son fruto (han sido creadas) para mantener otro sistema.

Las instituciones futuras (si son socialistas, supongamos) tampoco serán el motor del socialismo, y la razón es, precisamente, que son instituciones, y éstas no son sino instrumentos del motor que es (¡siempre!) la producción.

Esta forma tan arraigada de considerar a las instituciones (al Estado), como el motor del sistema, puede ser una maniobra más de ocultación, de enmascaramiento, del propio capitalismo, y que ha acabado contaminando al pensamiento socialista.

La base real, material, de este enmascaramiento, no seria otra que la intención de desviar la atención de la producción hacia otro escenario menos comprometido.

El propio término “producción” ya implica un primer enmascaramiento. La producción capitalista es un escenario donde se desarrolla un drama durísimo.

A los trabajadores, encuadrados en forma de obrero colectivo combinado a voluntad de los intereses exclusivos del empresario se les priva, no solo del fruto de su trabajo, sino, lo que es más importante, del “sentido”, de la ordenación, del control, del conocimiento del conjunto de su actividad. La absoluta dirección y mando por parte del empresario en este escenario, convierte a la función del obrero colectivo en mera ejecución, y la de cada pieza del obrero colectivo, cada obrero individual, en una caricatura del trabajador.

El efecto de esta “castración” colectiva en el conjunto del sistema productivo de un país, da idea del correlativo potencial del conjunto de los empresarios.

Importante, importantísimo, es el empobrecimiento material del obrero, correlativo al evidente y ostentoso enriquecimiento empresarial. Pero mucho más importante resulta a la larga el

empobrecimiento espiritual, cultural, intelectual del obrero, privado de toda iniciativa, de toda creatividad, de toda responsabilidad.

Desviar la atención de este drama es el objetivo de la acción de enmascaramiento consistente en pretender que en el Estado está la solución, que el Estado es quien ordena la producción, y, naturalmente, quien la puede ordenar de otra forma.

Esta visión inspira en gran medida al socialismo político existente: los comunistas antiguos conquistando al Estado por la fuerza, los socialistas y comunistas modernos, conquistándolo a través de las elecciones.

El primer enmascaramiento (el concepto mismo de producción) se desvanece en cuanto lo sustituyamos por ordenación del trabajo, o simplemente por el trabajo. La producción capitalista es la ordenación del trabajo por cuenta ajena. Y la producción socialista es la ordenación del trabajo por cuenta propia.

Es importante advertir lo unidos que van estos dos enmascaramientos porque se aprecia con mayor claridad su función de ocultación.

La producción, dicho así, nos incita a pensar en un sector con características muy propias, muy autónomo, y dónde el dato, la noticia, más esperada de él es el aumento o disminución de su volumen (referido siempre al producto obtenido) o el aumento o disminución de la productividad (referido normalmente a la tecnología aplicada).

Esta visión, habitual en la literatura especializada (económica), y en los medios de comunicación, oscurece, oculta el hecho de que estamos hablando de los trabajadores; y desde luego, prescinde de informarnos de si éstos desarrollan su actividad por cuenta propia o ajena.

Tampoco es tan importante, se dirá. Para un socialista, sí; para una organización socialista, sí. Es saber cómo va nuestra causa.

Por ejemplo. Los medios de comunicación nos dan información, con frecuencia, de países como Egipto, Siria, Irán, Irak, Argelia. ¿Sabemos si en esos países los trabajadores, en su mayoría, lo son por cuenta propia o por cuenta ajena? Incluso llegamos a pensar, ¿hay trabajadores en Irak?

Por ejemplo. Eroski, Fagor, Caja Rural; ¿nos ha dicho alguien que son cooperativas?

Para seguir el paso del socialismo existente, sí es importante que “la producción” no oculte a los trabajadores, al trabajo. La “producción” es la que nos alimenta y saca adelante a los países, a nuestro país; son los trabajadores. Y lo hacen, trabajando bajo la dirección y el interés del empresario, o en interés del propio trabajador.

Sí es importante.

**Las instituciones tapan, “velan” al propio trabajador.-**

Decíamos que son dos acciones combinadas, con el mismo objetivo: el enmascaramiento de la realidad central del trabajo, de los trabajadores.

La primera la acabamos de ver. Los trabajadores no existen. Existe “la producción”.

La segunda, no hace más que profundizar los efectos de la primera, y siempre en combinación con ella.

Las formas más comunes de esta ocultación se corresponden con planteamientos como éstos:

- Los problemas más graves de una sociedad (por ejemplo, la mejicana, la española), se deben a la desigual distribución de su riqueza.

- Lo primero es aumentar el pastel, luego vendrá su reparto (que decía Felipe González).

- Es obligación del Estado, de los Gobiernos, conseguir el bienestar general de sus ciudadanos.

La visión general que saca un trabajador de estos planteamientos vendría a ser: al margen de que hay que trabajar, y trabajar mucho (aumentar el pastel), el asunto central es que "luego", "fuera ya de la producción", hay que repartirlo bien (justicia, reparto justo, bienestar general).

El Estado, las instituciones, pasan a ocupar toda la pantalla. Procure usted, señor ciudadano, votar bien, a un partido que forme un Gobierno que obligue a los empresarios a pagar salarios justos, a conseguir seguridad e higiene en el trabajo, vacaciones, jornadas razonables; en una palabra: "trabajo decente".

Lo importante, en definitiva, (no nos engañemos) es conseguir un trabajo "decente", una buena educación, una sanidad eficiente, unas buenas pensiones, y una paz y orden público seguro.

Y "todo esto" quien lo da y lo asegura son las instituciones.

Y las instituciones las mueven, las manejan los partidos políticos, es decir, otras instituciones.

Las instituciones borran de la pantalla al trabajo. De tal manera, que cuando aparece como noticia, es porque no existe, porque no hay trabajo, es decir, aparece por el revés, en forma de desempleo.

Los Gobiernos, los Ayuntamientos, las Diputaciones, y los partidos que los manejan, son los que "llevan" a un país a la abundancia o a la pobreza: el Partido Comunista en China, el

Presidente Bush en E.E.U.U., Casto en Cuba, etc. Los trabajadores han desaparecido… de la pantalla.

Se trata, evidentemente, de una ocultación, de un enmascaramiento. Nadie niega la realidad -faltaría más-, simplemente se la enmascara.

La máscara está delante, tapando la realidad, que no desaparece, simplemente no se identifica a primera vista.

La máscara, en este caso, son las instituciones, la realidad es un trabajo, unos trabajadores, a los que se les ha privado de toda responsabilidad y decisión en la dirección de sus procesos de trabajo; y esa dirección y responsabilidad se la ha apropiado el empresario o el partido, según hablemos de un caso -E.E.U.U., la Unión Europea- u otro -China, Cuba-.

Y ¿por qué esta ocultación, este enmascaramiento? Lo que habíamos visto hasta ahora es que la producción es la realidad más profunda, y las instituciones no son sino los instrumentos que ella utiliza para su mejor desarrollo, para su reproducción, y por tanto son realidades, digamos, de segundo grado.

¿Por qué, entonces, ocultar este orden de importancia? ¿Por qué ese empeño de colocarnos a las instituciones delante, a dos dedos de nuestra vista, que no nos dejan ver lo que hay detrás, lo que ellas tapan?

Eso viene de antiguo. Ni la Nobleza, ni la Iglesia, ni la Realeza, ni las Universidades, ni los Monasterios, han tenido nunca el menor interés en mostrar, en explicar que toda su riqueza y esplendor no era otra cosa que el producto arrancado a los campesinos, artesanos, marineros, mineros. Te ponían la institución tan cerca, tan encima, tan amenazante, que se convertía en una máscara opaca, que tapaba toda otra realidad.

El proceso de trabajo por cuenta ajena, en nuestros días, equipa con tantos poderes al empresario, que lo hace absoluto protagonista de la producción, reduciendo a los obreros, a sus trabajadores, a meros ejecutores obedientes.

Tal posición de los trabajadores en la producción, no soporta una consideración serena por su parte. Hay que buscar, o bien otra forma de organizar el trabajo (el socialismo, por ejemplo), o enmascarar un despojo tan descarado de los trabajadores.

La pantalla utilizada ha sido bastante efectiva; hasta el punto que la han aceptado las organizaciones más importantes de los trabajadores (partidos y sindicatos).

No ha sido ni fácil, ni rápido el montaje.

La organización del trabajo, se deja en manos de los empresarios. Estos se dotan de los instrumentos que mejor pueden asegurar la reproducción de estos procesos. Y en esos instrumentos se aseguran su absoluto dominio sobre los mismos, de tal manera que si se produjese un fallo, se disponga de los poderes suficientes para corregirlo y seguir en la misma posición de dominio.

Es el aparato institucional dibujado en la Constitución (Corona, Parlamento, Gobierno, Administración, Tribunales, Partidos, Sindicatos, etc.); en la práctica, y por su propio juego, irreversible.

Justificación de este aparato ante los trabajadores. Son ustedes ciudadanos, los que votan a sus partidos, éstos aprueban el texto de la Constitución, que se somete a referéndum de todos los ciudadanos. El órgano más importante es el Parlamento, que lo maneja el partido o partidos que van ganando las sucesivas elecciones.

Puesto en funcionamiento este mecanismo, produce automáticamente el efecto deseado. Los obreros, vestidos de ciudadanos, votan y participan así en la actividad del mismo. Este es el efecto justificación (no le gusta el partido en el Gobierno, vote a otro).

Es igualmente automático el efecto enmascaramiento. Empiezan a funcionar las instituciones, y con su acción cubren toda la escena donde se ventilan los intereses de los trabajadores:

condiciones de trabajo (salarios, jornada, descansos, seguridad e higiene, seguridad en el puesto de trabajo), condiciones de vida (sanidad, pensiones, educación, ocio). Es decir, el reparto justo de la riqueza, la justa distribución de cargas y beneficios en la sociedad: el bienestar general.

Para el mejor aseguramiento de que se cumplen los objetivos que se pretenden, periódicamente (cada cuatro años, normalmente), se acude a la ciudadanía, por si es de su preferencia cambiar al equipo que gestiona el funcionamiento de las instituciones, el partido político que ganó las anteriores elecciones.

No hay, por tanto, otra cosa que discutir. Los problemas fundamentales en el vivir corriente de una sociedad europea o americana actual, son planteados y resueltos en el juego de las instituciones.

El efecto de ocultación o de enmascaramiento no quiere decir que la pantalla, la máscara no sea real.

Las instituciones (en este caso la pantalla) dibujan el futuro de cualquier joven trabajador en nuestras actuales sociedades.

En su horizonte se abre una doble escalera.

Una en el aparato productivo, y otra en los aparatos reproductores (en las instituciones).

En la primera, los escalones comienzan en el peón, y continúan por el oficial, encargado, técnico medio, ingenieros, letrados, jefes administrativos, jefes de producción, jefes comerciales, directores de áreas, gerentes, directores generales, etc.

Para cada escalón, las instituciones tienen preparados unos períodos de enseñanza y al final, el correspondiente título. Lo normal es que los títulos, las enseñanzas que acreditan, se corresponden con los oportunos escalones creados, como es lógico, por los empresarios.

En realidad, como se puede apreciar, se trata, a su vez, de una doble escalera; una en la organización del trabajo, y la otra, como reflejo de ésta, en las instituciones.

En los aparatos reproductores nos encontramos, también, una doble escala. Una, la del propio aparato, y otra en las instituciones de enseñanza, en que se recibe la enseñanza y el título, que habilita, que acredita la preparación, para el desempeño de cada uno de los grados en la escala. Desde soldado raso a general, en la administración militar; y desde conserje a director general, pasando por los jefes de negociado, de sección y de servicio, en la Administración civil.

Pues bien, tan reales son las escalas en las empresas, como las escalas en los aparatos reproductores. Y tan reales son unas y otras, como las escalas de sus títulos habilitantes. Reales son todas ellas.

Lo que ocurre es que el camino que indican las instituciones, en el que ellas son las protagonistas, la meta a la que nos conduce es a la reproducción del proceso de trabajo por cuenta ajena; cuando es precisamente su sustitución lo que se busca en el camino socialista.

Las instituciones ocultan, enmascaran el lugar dónde el socialismo marxista entiende que está la salida favorable a los trabajadores: en la ordenación del proceso de trabajo por ellos mismos.

Lo que se oculta: la ordenación que el empresario hace del proceso de trabajo, teniendo como única meta la obtención de la mayor ganancia; la creación y organización de todo el aparato institucional, para conseguir una continua reproducción de ese proceso.

La pantalla que lo oculta: la meta a conseguir es la obtención del bienestar general; y éste se consigue a través de la acción de las instituciones creadas y regidas, precisamente, para conseguir ese objetivo.

La trampa: buscar en la trama institucional el camino para ordenar el proceso de trabajo en forma colectiva y por cuenta propia.

La trampa no es cualquier cosa.

Hay que pensar que las instituciones obreras europeas, manejan en sus prácticas, en sus actuaciones, todo el instrumental teórico y práctico, que les suministran las instituciones del capital. Aceptando como objetivo común la obtención del bienestar general; aceptando como intocable el proceso colectivo de trabajo por cuenta ajena; y aceptando como método el juego institucional.

Y, naturalmente, sin presentar ninguna alternativa propia.

Y esas son las organizaciones obreras, partidos y sindicatos principalmente; hay que contar, para calibrar el peso de la trampa, a la abrumadora presencia de todo el aparato productivo e institucional del capital, con sus escalas jerárquicas que acabamos de ver.

Lo más efectivo, como trampa, en todos estos aparatos es la ingenuidad, la inocencia, la buena conciencia (por decirlo de alguna manera), con que actúan los individuos que los integran. Un oficial de las fuerzas armadas, un catedrático de la universidad, un cura de pueblo, una ama de casa, un ejecutivo de un banco, el secretario general del P.P., el secretario general del P.S.O.E., de I.U., de U.G.T, de C.C.O.O., el alcalde de un pueblo, un estudiante, cualquiera de ellos, desempeñan su función, en el absoluto convencimiento, de que están actuando correctamente. Y eso quiere decir, que actuando todos correctamente, honradamente, eficientemente, inteligentemente, están ofreciendo como camino ideal, en la vida laboral de los jóvenes, las rutas que señalan las escalas que hemos visto; quedando tapado con estas pantallas, el camino del trabajo en cooperación, la organización socialista del trabajo.

El camino que las instituciones señalan, ofrecen, a los jóvenes trabajadores para acceder a un puesto de trabajo, no es neutro, no sirve para cualquier tipo de organización de trabajo; ha sido pensado y construido para el proceso de trabajo colectivo por cuenta ajena. Y la jerarquía, los grados en la escala, la definición de los puestos, de

las categorías, de los grupos, de los equipos, de las áreas, están señalados e impuestos por el empresario; y las instituciones, en su organización, en su actuación, en sus objetivos, no hacen sino calcar ese orden, esa organización.

**El "molino triturador" no solo produce obreros; también los reproduce**.-

El molino triturador a que se refería Marx cuando describía el proceso de trabajo capitalista, que no solamente elabora mercancías en cada uno de sus ciclos, sino que, al mismo tiempo, produce por un lado al empresario (a la figura, al perfil, a la función del empresario), y por otro al obrero (su figura, su función); no sólo los produce, sino que los reproduce.

Ese mecanismo rotatorio va expulsando por un lado empresarios, por otro obreros; por un lado el mando, la iniciativa, el saber, la ganancia (la acumulación de la riqueza); por otro lado la obediencia, la ejecución, el conocimiento limitado a la tarea concreta, el salario (como coste que resta a la ganancia).

Las instituciones, en su conjunto, tienen como misión esencial reproducir, (mejor expresado), apoyar, asegurar esa reproducción; y ello, creando los artilugios, los aparatos más adecuados a tal fin.

Esto hay que reflexionarlo despacio.

En el escenario de la producción, se ordena el trabajo, se organiza su funcionamiento, en la forma que hemos visto, y con los efectos que hemos dicho.

Para que ese orden se mantenga y se reproduzca con fluidez y seguridad, se monta un aparato exterior a la producción, y que,

como calco de esta, produzca los mismos efectos. Es otro escenario, el escenario de las instituciones.

Los mismos efectos que el molino triturador: el saber, la iniciativa, el mando, la ganancia, por un lado; por el otro, la obediencia, la ejecución, el saber mínimo (castrado), el salario (el coste mínimo de la mano de obra).

No que cada institución produzca el efecto que produce cada proceso de trabajo. No. Son las instituciones en su conjunto las que lo hacen, lo consiguen.

Y no es que las instituciones, al igual que el proceso de trabajo, en su propio funcionamiento, produzcan empresarios por un lado y obreros por otro. No.

Quien produce empresarios por un lado y obreros por otro, es el proceso de trabajo, cuando lo organiza un capitalista.

La función precisa de las instituciones es la de apoyar, proporcionar los medios, materiales e intelectuales, para que los empresarios desarrollen sus funciones como tales.

Los empresarios no pueden, ellos solos, por sí mismos, manejar las inmensas ganancias que acumulan. El Banco de España se encarga de organizar un sistema de enormes depósitos, que garantizan la disponibilidad en cualquier momento de los mismos. Los bancos y las cajas de ahorros liberan a los empresarios de esa tarea. El Parlamento crea al Banco de España, y éste organiza estas funciones. De eso se trata, sólo un apoyo; lo otro, la separación entre salario y ganancia ya lo saben hacer ellos (el propio Parlamento le elabora la Ley del Estatuto de los trabajadores, los inspectores que lo vigilan y los Tribunales que lo aplican. Lo otro, ya lo saben hacer ellos).

Los empresarios no pueden, ellos solos, por sí mismos, hacerse cargo del manantial de saber que se deriva del “lugar” que ocupan, al igual que ocurre con la ganancia. El Parlamento se ocupa de crear por Ley, inmensos depósitos de saber, de conocimientos, de ciencia, siempre a su disposición. Universidades, centros de

investigación, parques científicos. Todos los órganos de elaboración y transmisión de la ciencia, tanto de los fenómenos y procesos materiales, como sociales, son de aprovechamiento esencialmente empresarial. Es cierto que los propios aparatos institucionales aprovechan estos conocimientos, pero en definitiva, si lo hacen, es para perfeccionarse y así servir mejor, atender mejor a las necesidades de los empresarios: su única finalidad colectiva.

De esta manera la riqueza acumulada comienza a funcionar en circuitos distintos, con movimientos distintos, en escenarios distintos a los de la producción misma. Los Bancos, las Cajas de Ahorros, como depósitos inmensos; los Fondos de Inversión, junto con las Bolsas, y sus instituciones complementarias, moviendo los capitales en busca de la mejor posición para repartirse las ganancias.

Estas instituciones siguen sus impulsos, sus movimientos propios, pero siempre sin perder su conexión con la producción, con el trabajo ordenado por cuenta ajena, única fuente de donde proviene todo su alimento. Sus movimientos propios, sus impulsos, les vienen transmitidos directamente por los lugares de la producción donde las ganancias son mayores. Son movimientos inducidos por el propio molino triturador. Por más que a veces puedan presentarse simulando tener movimientos propios.

De igual manera, y siguiendo el mismo esquema, la acumulación del saber que se desprende en el proceso de trabajo por cuenta ajena hacia el lado del empresario y que éste por sí mismo no puede gestionar, pasa a las instituciones citadas, las cuales, al igual que las instituciones financieras que acabamos de ver, acaban trasladándose a un escenario distinto del de la producción.

En este escenario, el de la ciencia, la investigación, la enseñanza, adquieren las instituciones, igualmente, un funcionamiento aparentemente autónomo, es decir, centrado sobre sí mismas. Cuando es más cierto que, a pesar de las apariencias se trata, asimismo, de movimientos e impulsos que reciben de su única fuente de alimentación: la producción, más concretamente el molino triturador del trabajo organizado por los capitalistas.

**El empobrecimiento material e intelectual del “trabajo obrero”, del obrero.-**

El continuo girar del molino en la producción capitalista en nuestras sociedades modernas, impulsando constantemente la riqueza material e intelectual hacia el lado de los empresarios y sus instituciones, tiene como efecto paralelo un inmenso empobrecimiento material e intelectual en el lado del obrero.

Recordamos enseguida que el obrero no es un individuo que trabaja, sino la forma que adquiere el trabajo cuando lo organiza el capital. Y cuando esto es así, el trabajo es colectivo, y se presta en régimen de absoluta obediencia, sujeción a disciplina, ausencia de iniciativa, y cobro de un salario señalado por los empresarios, como coste y en función de su ganancia media.

Esas son las características del trabajo obrero. Y en él entran, por tanto, desde el ingeniero al peón. Es el conjunto del trabajador contratado, empleado, el que elabora el producto, y la fuente de toda la ganancia.

Este trabajador colectivo por cuenta ajena, en el molino triturador de la producción, actúa de tal forma que empuja hacia el empresario, no sólo la mayor parte de la riqueza que produce, sino los conocimientos, la sabiduría que se desprende de su práctica. Y al mismo tiempo, como correspondencia, produce y reproduce su empobrecimiento material (relativo, en relación con la ganancia) e intelectual; el suyo y el de sus instituciones.

Recordemos, asimismo, que el empresario, el empresariado, (el capital, que se dice), se universaliza, se mundializa, se globaliza, y con él lo hace el obrero, el trabajo obrero.

La tendencia es a obtener la mayor ganancia. Es cuestión de productividad (donde entra, naturalmente, la calidad del producto) y costes, básicamente, para situar geográficamente el lugar de la producción. La tendencia, por tanto, es a universalizar el trabajo obrero. O lo que es lo mismo, la tendencia es a universalizar el empobrecimiento material e intelectual del obrero.

Así lo dijo Marx y no se quiso entender. Se tomó como una profecía lo que no era más que una exigencia sistémica (del sistema). El sistema exige este doble movimiento: enriquecimiento de un lado, y empobrecimiento del otro. Y así ocurre. Y así ocurrirá (si se sigue trabajando bajo ese sistema).

El que estas leyes funcionen en forma de tendencia, no quiere decir que no tengan eficacia.

Se entendió como empobrecimiento la carencia de lo más elemental para poder subsistir el obrero. Cuando el sistema, lo que plantea es que, según sea la productividad, los salarios se han de mantener a un nivel que permita obtener la ganancia media del capital. Lo cual permite un enriquecimiento constante y una productividad creciente, es decir, un mejor trabajo en calidad y cantidad creciente. El obrero siempre sujeto a los vaivenes de la ganancia. El obrero siempre rezando para que el empresario gane mucho y le pueda pagar el salario.

Un empobrecimiento relativo, en lo económico.

En lo intelectual, un empobrecimiento universal.

El sistema impide la creatividad, la iniciativa, la responsabilidad al obrero en su trabajo.

Reserva todas estas posibilidades al empresario.

El emprendedor es el empresario. Y como a las instituciones del empresario les da vergüenza que esto sea así, dicen que cualquiera puede ser emprendedor, naturalmente haciéndose empresario. Para que parezca que no es así, dicen que cualquiera

puede ser emprendedor sin tener trabajadores, haciéndose empresario… de sí mismo.

En todo caso lo que se omite, se oculta, es que el obrero, trabajador del capital, no puede serlo. No puede serlo por exigencia sistémica. No puede ser obrero y emprendedor al mismo tiempo.

Un sistema de producción que no permite al trabajador enriquecerse con el ejercicio de su creatividad, su iniciativa, su responsabilidad, su arrojo de emprendedor, compartido todo ello con sus compañeros de trabajo; y que reserva todo ello sólo al empresario, no puede, para reproducirse, sino acudir a sus instituciones, a las instituciones, para que enmascaren esta realidad, ocultando estos datos, estas características, esenciales de su funcionamiento.

Dado que el sistema produce, efectivamente, esos resultados, y además, de manera palpable, el trabajo de enmascaramiento ha de ser un trabajo fino.

Hay que partir de que “no hay alternativa” a este sistema. Y eso lo dirán y lo repetirán machaconamente todos los medios de formación de opinión: Universidades, libros, revistas, diarios, televisiones, radios, escritores, periodistas, políticos (de los que se dicen de derechas y de los que se dicen de izquierdas), sindicalistas, dirigentes de las iglesias. Todas las instituciones, sin excepción, nos convencerán de que no hay alternativa.

Hay que incluir aquí a las instituciones que se consideran antisistema, porque el simple “anti” no es una alternativa. “Otro mundo es posible”, no es más que admitir la posibilidad de que haya otros mundos; además no se trata de otros mundos, sino de otra manera de trabajar, de ordenar el trabajo.

Desde el momento en que se parte de ese principio, la consecuencia es lógica: hay que acomodarse en ese sistema.

El sistema tiene una matriz ordenadora con carácter inamovible: el trabajo de la producción material lo controla el empresario.

Por lo tanto, de eso no vamos a volver a hablar, nos dicen todas las instituciones. De eso, ni se habla.

“De eso ni se habla”, quiere decir más o menos: el trabajo obrero seguirá siendo trabajo obrero; pero a partir de ahí, podemos hablar, tratar y discutir de lo que ustedes quieran.

Y ahora, vienen las instituciones, en tromba, y dicen al obrero: hablemos de salarios, clases de salarios, cuantía del salario, salarios en relación con la productividad, salario por tiempo, salario por tarea, salario en relación con el índice del coste de la vida, salario a destajo; jornada, jornada máxima, jornada continua, jornada partida, jornada por turnos, jornada nocturna, jornada a tiempo parcial; contrato indefinido, contrato temporal, contrato de interino, contrato de trabajo eventual; descanso anual, descanso semanal, descanso diario; permisos excedencias…, ¿de qué más quiere usted tratar?

Sanidad, escuelas, centros de formación, becas, transportes públicos, control de los precios de los productos básicos, Seguridad Social, pensiones, residencias para mayores, vivienda asequible, centros de ocio y esparcimiento, centros culturales,… ¿de qué asuntos que le afecten quiere usted tratar además?

Juzgados que funcionen, seguridad ciudadana, Gobiernos central, autonómico, provincial y local honrados y eficientes, que prestan servicios de acuerdo a las necesidades de la ciudadanía…

El paro, la vivienda, el terrorismo… (los asuntos que más preocupan al personal -y a los obreros-, según las instituciones).

Ya se ve. El obrero puede pedir, “luchar”, lo que quiera, lo que más le afecte, que para responder están las instituciones. Excepto una cosa: la matriz, la ordenación del trabajo es intocable.

El ruido de las instituciones funcionando tapan la matriz: lo más importante.

Partiendo de esa matriz, las instituciones, todas, reproducen esa matriz. O sea, todas las respuestas que le dan al obrero esas

instituciones, son respuestas “para un obrero”. Si preguntara un empresario, obtendría respuestas “para un empresario”. Son instituciones nacidas (en su matriz) para eso: para resolver problemas entre empresarios y obreros, y como es natural, son instituciones capitalistas. Tienen su matriz capitalista, que responde a la matriz capitalista de la producción: de la organización del trabajo hecha por el empresario.

En consecuencia, el trabajo fino de las instituciones consiste, básicamente, en dar respuesta a todos los problemas del obrero, ocultando que esos problemas los tiene el obrero porque es obrero. Dando con ello la sensación de que esos problemas se plantean “siempre”, “en cualquier situación”, de la misma manera.

Es decir, atienden los problemas ocultando su origen, su causa; ocultando la matriz que los produce, y que siempre los seguirá produciendo, porque es su efecto lógico.

Si el trabajo por cuenta ajena, la matriz, arrincona al obrero, negándole la iniciativa, la creatividad, el control de su actividad y los conocimientos que de la misma deriva, limitándolo a tareas de ejecución; las instituciones encargadas de la reproducción de esta matriz, no pueden, por razones de sistema, cambiar este reparto de funciones. Y esto es, precisamente lo que hay que enmascarar.

Hay que ocultar la matriz de las instituciones, el motor que las impulsa y les transmite los mandatos a los que han de obedecer.

Para esta función de ocultamiento, no hay más que una solución: recurrir a otra matriz, colocar una matriz falsa en el lugar de la verdadera.

La matriz verdadera consiste en un fenómeno real y comprobable: el proceso de trabajo colectivo por cuenta ajena. Igual de reales y comprobables son sus efectos distribuidores de la riqueza y el saber.

La matriz falsa, la que oculta y enmascara a ésta, no puede ser real ni comprobable, al menos en una forma clara y evidente, porque una cosa no puede ser blanca y negra al mismo tiempo. Hay

que buscar una matriz borrosa, poco precisa, y sobre todo, que no sea fácilmente comprobable.

Y así se hizo.

La matriz falsa, que haremos pasar por la verdadera, y que servirá para enmascararla, será un concepto: el bienestar general.

Tendremos así:

- Una realidad: una matriz (el proceso de trabajo colectivo por cuenta ajena) y las instituciones que hacen de instrumentos para su reproducción.
- Una realidad falseada: una matriz que no existe, inventada, y unas instituciones que no corresponden a esta matriz, sino a la anterior.

O lo que es lo mismo:

- Un cimiento, el trabajo por cuenta ajena, que da marco y orientación a las instituciones.
- Unas instituciones que “disimulan” esa dependencia y pretenden hacernos creer que su creación y funcionamiento tienen como meta el bienestar general.

## RESUMEN-CONSECUENCIA DE LOS SEIS “CUADERNOS”.

Presentada así la cuestión, se produce un deslizamiento del foco de interés de los trabajadores y sus organizaciones, que pasa a centrarse en las instituciones.

Y así se entra en el terreno, en el escenario donde domina cómodamente el capital, los amos.

Ese desenfoque es el centro de gravedad de la desorientación de comunistas y socialistas europeos. Desorientación teórica que arrastra a una desorientación en sus prácticas. Prácticas desorientadas que enturbian el trabajo teórico de socialistas y comunistas.

Porque recordamos que para los socialistas marxistas una cuestión teórica es enseguida una cuestión práctica. Y una práctica (una actuación cualquiera) lleva en sí misma una postura teórica.

Apuntar el foco que ilumina nuestra teoría hacia el escenario de las instituciones (PARLAMENTO, gobierno, partidos, ministerios, leyes, etc.), implica inmediatamente que nuestras prácticas se dirijan a ese lugar, como ocurre en la actualidad.

Una corrección de enfoque, que apuntara al proceso de trabajo y a su estructura, acarrearía que nuestras actuaciones, nuestra práctica se anclara en ese espacio, centro de gravedad, como hemos visto, de toda la teoría y práctica marxista.

Todo el esfuerzo, todo el inmenso esfuerzo que socialistas y comunistas europeos han puesto, en las últimas décadas, en la transformación estructural de las instituciones (composición de los Parlamentos, formación de Gobiernos, alimentación y puesta a punto de los Partidos, control de televisiones públicas, conquista y gestión de Ayuntamientos, de Gobiernos Autonómicos, de altos órganos administrativos de nivel estatal, autonómico o local –Ayuntamientos y Diputaciones, etc., etc.); todo ese extraordinario esfuerzo, responde a una visión, a un enfoque teórico muy concreto que dice así: desde las instituciones hemos de lograr el bienestar general, el Estado del Bienestar.

Ese inmenso esfuerzo, inspirado por otra teoría, centrado en otro escenario (el cambio de estructura en el proceso de trabajo productivo, buscando la implantación y desarrollo del proceso de trabajo colectivo por cuenta propia), habría abierto con toda

seguridad, numerosas puertas que, sin embargo, hoy se encuentran cerradas. Y ello, tanto en el campo teórico, como en el campo de las prácticas.

Sí hay otra alternativa. Pero para ello hay que correr el centro de gravedad, teórico y práctico, desde las instituciones hacia el proceso de trabajo.

**********

## SELECCIÓN DE LAS OBRAS BÁSICAS UTILIZADAS


Adam Smith:

"Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las Naciones". Ed. España Bancaria- Librería Bosch. Barcelona, 1933.

David Ricardo:

"Principios de economía política y tributación". Ed. Fondo de Cultura Económica. México, 1973.

Karl Marx:

"El Capital. Crítica de la Economía Política". Ed. Fondo de Cultura Económica. México, 1946.
" Elementos Fundamentales para la Crítica de la Economía Política (Grundrisse). Borrador 1857-1858". Siglo XXI de España Editores. Madrid, 1972.

Karl Marx y Frederic Engels:

"El Manifiesto Comunista". Ed. Ayuso. Madrid, 1976.

“Obras Escogidas”. Editorial Fundamentos. Madrid, 1975.

Vladimir U. Lenin.

“Obras Escogidas”. Instituto de Marxismo-Leninismo. Moscú, 1961.

Joseph Stalin y Grigori Zinóviev:

“El socialismo en un solo país” Siglo XXI de España Editores, S.A. Madrid, 1976.

Mao Tse Tung:

“Obras Escogidas”. Ediciones en Lenguas Extranjeras. Pekín, 1972.

Lapidus y Ostrovitianov:

“Manual de Economía Política”. U.R.S.S., 1929. Traducción de Marta Harnecker en Ediciones Siglo XXI Editores,S.A. Argentina, 1974.

N. Boujarin y E. Preobrajenski:

“ABC du Comunisme. Ed. Maspero. París, 1971.

Antonio Gramci:

“La Política y el Estado Moderno”. Ediciones 62, S.A.. Barcelona, 1971
“Introducción a la Filosofía de la Praxis”. Ediciones Península. Barcelona, 1972.
“Pensamiento Político (El Partido)”. Ediciones Roca, S. A. México, 1973.

---

Louis Althusser y Etienne Balibar:

“Para leer el Capital”. Siglo XXl Editores, S.A. México, 1973.

Nicos Poulanzas:

“Poder político y clases sociales en el Estado capitalista”. Siglo XXl de España Editores, S.A., Madrid, 1972.
“Estado, poder y socialismo”. Siglo XXl de España Editores,S.A.. Madrid, 1979.

Charles Bettelheim:

“Cálculo económico y formas de propiedad”. Siglo XXl de España Editores, S.A. Madrid, 1973.
“Les Luttes de classes en U.R.S.S. 1917-1923” Ed. Maspero/Seuil. París , 1974.
“Les luttes de classes en U.R.S.S. 1923-1930” Ed. Maspero/Seuil.París, 1977.
“Les luttes de classes en U.R.S.S. 1930-1941” (Les dominés). Ed. Maspero/Seuil. París, 1982.
“Les luttes de classes en U.R.S.S. 1930-1941” (Les dominants).Ed.Maspero/Seuil. París,1983.
“Revolución cultural y organización industrial en China” Siglo XXl de España Editores,S.A. Madrid 1976.

Charles Bettelheim y Paul Sweezy:

“Algunos problemas actuales del socialismo”. Siglo XXl de España Editores, S.A. Madrid, 1973

Martin Nicolaus:

“El Marx desconocido. Proletariado y clase media en Marx: coreografía hegeliana y la dialéctica capitalista”. Cuadernos Anagrama. Barcelona, 1972.

Edward H. Carr:

“La revolución rusa. De Lenin a Stalin (1917-1929)”. Alianza Editorial, S.A. Madrid, 1981.

Herbert Marcuse:

“El final de la utopía”. Obras maestras del pensamiento contemporáneo. Ed. Planeta-Agostini, S.A..Barcelona, 1986.

---

Jaime Vera:

“Informe a la Comisión de Reformas Sociales. Una respuesta socialista al intento burgués de integración”. 1 de diciembre 1884. (copia mecanografiada).

Juan Díaz del Moral:

“Historia de las agitaciones campesinas andaluzas”. Alianza Editorial,S.A. Madrid, 1969.

Partido Comunista de España:

Segunda conferencia. “Manifiesto-Programa”. Edita Comité Executiu del Partit Socialista Unificat de Catalunya. Septiembre 1975.

Santiago Carrillo:

“Eurocomunismo y Estado”. Grupo Editorial Grijalbo.Crítica. Barcelona, 1977.

Enrico Berlinguer:

“La alternativa comunista”.Ed. Bruguera. Barcelona, 1978.

Jordi Solé Tura:

“Diccionario del comunismo”. DOPESA. Barcelona 1977.

Norberto Bobio:

“Derecha e Izquierda”. Santillana .S.A.. Taurus. Madrid, 1978.

Manuel Castells:

“La era de la información”. Alianza Ediorial, S.A. Madrid, septiembre 2000.

Juan Ramón Capella:

“Elementos de análisis jurídico”. Ed. Trotta, S.A. Madrid, 2002.

---

**SOBRE EL CONOCIMIENTO DEL COMUNISMO POR PARTE DE LA CLASE OBRERA DE NUESTRO PAÍS.**

**(Guiones para comentar)**

# ÍNDICE


**1. CUADERNO I-**
**Pág. 1**

**1.1.** Anarquistas, socialistas y comunistas en los comienzos de las organizaciones obreras. Pág. 1

**1.2.** La separación de comunistas y anarquistas. Pág. 8

**1.3.** Nuevo encuentro en el camino. Pág. 10

**1.4.** Problemas de identificación. Pág. 10

**1.5.** Un imaginario común. Pág. 15

**1.6.** Los inicios del moderno trabajo obrero. Pág. 19

**1.7.** Condiciones materiales necesarias. Pág. 22

**1.8.** Efectos sobre los trabajadores de la nueva forma de trabajar. Pág. 24

**1.9.** Toma de conciencia de su situación por parte del trabajador. Pág. 27

**1.10.** Identificación del “enemigo”: el amo. Pág. 29

**1.11.** La realidad material como origen de las

ideas del movimiento obrero.
Pág. 31

**1.12.** Otra realidad: los valores.
Pág. 36

**1.13.** La ciencia, fuente de conocimiento.
Pág. 40

**1.14.** Las ciencias de la naturaleza y las
ciencias de la sociedad.
Pág. 42

**1.15.** La ciencia y su alejamiento del mundo obrero.
Pág. 45

**1.16.** La aplicación de la ciencia a las relaciones
de la producción. El concepto de “valor”.
Pág. 47

**1.17.** Dos modelos de proceso de trabajo:
por cuenta propia y por cuenta ajena.
Pág. 52

**1.18.** El proceso de trabajo por cuenta propia.
Pág. 54

**1.19.** El proceso de trabajo por cuenta ajena.
Pág. 59

**1.20.** Una primera aproximación al concepto de “capital”.
Pág. 64

**1.21.** La ganancia del empresario. Composición
del capital y sus efectos.
Pág. 71

**1.22.** La reproducción del proceso de trabajo.
un primer acercamiento al concepto de “institución”.
Pág. 76

**1.23.** La reproducción del proceso de trabajo por cuenta ajena.
Pág. 81

**1.24.** Las instituciones se van adaptando a las

dimensiones y necesidades de la producción.
Pág. 87

**1.25.** El trabajo “improductivo” (no directamente productivo).
Pág. 95

**1.26.** Finalidad específica de cada institución.
finalidad del conjunto de las instituciones.
Pág. 98

**1.27.** El doble juego de las instituciones.
Pág. 102

**1.28.** Las incursiones del capital en el campo
de las instituciones.
Pág. 105

**1.29.** Las instituciones instrumentan la reproducción del conjunto
de procesos de trabajos de la producción material.
Pág. 108

**1.30.** A manera de resumen. Una primera noción
del concepto de “Estado”.
Pág. 111

**2. CUADERNO II.**
**Pág. 129**

**2.1.** Una primera incursión al campo de “la política”.
Pág. 129

**2.2.** El concepto de “poder”.
Pág. 131

**2.3.** Las realizaciones prácticas de los partidos socialistas.
Pág. 136

**2.4.** La práctica real de los partidos comunistas. La U.R.S.S.
Pág. 144

**2.5.** Dos sistemas: el socialdemócrata y el comunista.
Pág. 148

**2.6.** Un concepto de revolución: “dar la vuelta a la tortilla”.
Pág. 157

**2.7.** Pensar la revolución como un “vuelco”.
Pág. 162

**2.8.** El objeto al que se da el vuelco.
Pág. 166

**2.9.** El instrumento con el que se provoca el vuelco.
Pág. 171

**2.10.** La revolución de la U.R.S.S. Un planteamiento imposible.
Pág. 174

**2.11.** La confusión teórica y la confusión práctica.
Pág. 177

**2.12.** Consecuencia: las dificultades prácticas son determinantes. Pág. 181

**2.13.** El cambio puede ser profundo; rápido no.
Pág. 184

**2.14.** Un obstáculo: la pobreza teórica del movimiento obrero.
Pág. 187

**2.15.** Atasco en la práctica, se corresponde con atasco en la teoría.
Pág. 191

**2.16.** El movimiento obrero no es una revuelta cualquiera: es una manera de pensar la realidad.
Pág. 195

**2.17.** Partido Bolchevique (obreros) y Partido Menchevique (campesinos).
Pág. 199

**2.18.** El significado de le revolución rusa para el obrero.
Pág. 202

**2.19.** El proyecto del Partido Bolchevique.
Pág. 208

**2.20.** Tropiezo teórico: el objeto a expropiar por parte del Estado no es una “cosa”.
Pág. 212

**2.21.** Aportaciones de la revolución rusa al acervo teórico del movimiento obrero actual.
Pág. 216

**2.22.** La consideración del capital como una “cosa”. error teórico que se paga en la práctica.
Pág. 221

**2.23.** El “trabajo obrero” es una creación paciente y meticulosa. Es el reverso de la creación del capital.
Pág. 225

**2.24.** La experiencia rusa no contempló la profunda “miseria” del “trabajo obrero”.
Pág. 228

**2.25.** Lenin, entre lo deseable y lo posible: El protagonismo de los trabajadores o la eficacia en favor de los trabajadores.
Pág. 232

**2.26.** Las dos patas del comunismo en Lenin: los campesinos (cuenta propia), y los obreros (cuenta ajena).
Pág. 239

**2.27.** Vuelta al origen del problema: la separación del trabajador de sus medios de trabajo y del producto.
Pág. 243

**2.28.** El socialismo utópico y el socialismo científico.
Pág. 247

**2.29.** Consideración de las dos experiencias reales (comunismo ruso y socialdemocracia), como meros ensayos en el camino del socialismo.
Pág. 251

**2.30.** Se ha prestado más atención a denunciar el capitalismo que a crear las condiciones de desarrollo del socialismo.
Pág. 256

## 3. CUADERNO III
**Pág. 260**

**3.1.** Las “profecías” de Marx.
Pág. 260

**3.2.** El comunismo ruso como escuela del comunismo.
Pág. 267

**3.3.** Los principios teóricos marxistas y la realidad rusa.
Pág. 271

**3.4.** La previsión era que un capitalismo maduro
llevaría por sí mismo al socialismo.
Pág. 277

**3.5.** La “socialización” capitalista y sus efectos.
Pág. 284

**3.6.** ¿Qué es una asociación con “matriz marxista”?
Pág. 291

**3.7.** Las semillas de donde nacen los distintos
tipos de sociedades.
Pág. 297

**3.8.** La semilla del campo socialista. Consideraciones teóricas.
Pág. 303

**3.9.** El significado del “acompañamiento” en estos procesos.
Pág. 306

**3.10.** El acompañante.
Pág. 311

**3.11.** Los acompañados: el capitalista y el obrero.
Los acompañantes: las instituciones.
Pág. 314

**3.12.** Acompañante y acompañado. “Exterior e interior”.
Pág. 316

**3.13.** Capitalismo y socialismo arrancan de los procesos
de trabajo en la forma que los encuentran.
Pág. 330

**3.14.** La primera célula de la producción socialista.
Pág. 334

**3.15.** Los primeros pasos del trabajo socialista.
Sus rasgos esenciales.
Pág. 339

**3.16.** Un acercamiento al Marx “socialista”.
Pág. 345

**3.17.** Las reflexiones marcianas: un primer desbroce teórico.
Pág. 354

**3.18.** Un inconveniente teórico y práctico:
el hecho de no partir de cero.
Pág. 359

**4. CUADERNO IV.**
**Pág. 366**

**4.1.** El marco de desarrollo de la tarea
Teórica y práctica del socialismo.
Pág. 366

**4.2.** El imponente aparato de económico-institucional
capitalista de la medida del necesario esfuerzo capitalista.
Pág. 371

**4.3.** Lo esencial del esfuerzo: la diferencia del objetivo
buscado. Pág. 375

**4.4.** Un primer escalón.
Pág. 378

**4.5.** Un segundo escalón: la visión de un sistema
de cooperativas.
Pág. 380

**4.6.** Nueva consideración de los aparatos
reproductores: las instituciones.
Pág. 382

**4.7.** El partido político: su función en el conjunto institucional.
Pág. 387

**4.8.** Lo partidos políticos y sus distintas ofertas de soluciones.
Pág. 392

**4.9.** El partido político es la pieza de “una”
de las formas reproductoras.
Pág. 394

**4.10.** “El consenso”.
Pág. 396

**4.11.** La combinación de las instituciones:
en función del interés de los capitalistas.
Pág. 399

**4.12.** La vertiente institucional del movimiento obrero
actual en nuestro país. El papel que juega.
Pág. 410

**4.13.** Instituciones comunes e instituciones específicas.
En su conjunto realizan la reproducción de todas
las formas de producción.
Pág. 418

**4.14.** El objeto global a reproducir es la relación capitalista
misma. Pág. 422

**4.15.** El movimiento obrero, en consecuencia,
ha dejado como guía la teoría marxista.
Pág. 427

**4.16.** Los desvíos teóricos y prácticos en las
realizaciones históricas.
Pág. 430

**4.17.** El recorrido capitalista y el inicial camino socialista.
una consideración paralela.
Pág. 434

**4.18.** La desaparición del “amo”.
Pág. 441

**4.19.** La empresa cooperativa en su primera fase.
Pág. 443

**4.20.** El trabajo obrero y el trabajo socialista: su "impulso" es bien distinto.
Pág. 446

**4.21.** La estructura de la semilla (una cooperativa) permite conocer la estructura de un sistema cooperativo.
Pág. 448

**4.22.** El entorno capitalista desdibuja los perfiles propios de una cooperativa. Este mismo fenómeno ocurrió en el capitalismo incipiente.
Pág. 451

**4.23.** Las diferencia sistemáticas respecto a la empresa capitalista, aparecen en su reproducción.
Pág. 457

**4.24.** La sola presencia de una cooperativa produce efectos en las instituciones.
Pág. 462

**4.25.** La reproducción cooperativa y el mundo de la cultura.
Pág. 466

**4.26.** La cultura es función del tipo de proceso de trabajo material.
Pág. 473

**4.27.** Ya se puede profundizar un poco más en el concepto de "política".
Pág. 475

**4.28.** Aplicación de estos conceptos a los trabajadores de nuestro país.
Pág. 481

**4.29.** Las limitaciones sistemáticas del campo político, motivo del poco aprecio de los trabajadores por esta actividad.
Pág. 483

**4.30.** La punta del hilo de la madeja.
Pág. 486

**5. CUADERNO V.**
**Pág. 493**

**5.1.** El Estado, protagonista en la producción.
Pág. 493

**5.2.** Las instituciones, protagonistas.
Pág. 496

**5.3.** La propiedad de los medios de trabajo y
su manejo: dos problemas distintos.
Pág. 501

**5.4.** La conversión del vasallo en trabajador “libre”.
Pág. 506

**5.5.** La dirección del proceso de trabajo: punto esencial.
Pág. 508

**5.6.** Las dos fases que K. Marx distingue
en el capitalismo.
Pág. 511

**5.7.** Una práctica sin teoría. Una teoría sin práctica.
Pág. 513

**5.8.** La necesidad de reajustes teóricos.
Pág. 516

**5.9.** ¿Existe un proyecto obrero sobre la ordenación del
trabajo? Pág. 519

**5.10.** Dos escalones en dicho proceso.
Pág. 524

**5.11.** El primer escalón el “realizable”.
Pág. 526

**5.12.** El segundo escalón: las instituciones.
Pág. 529

**5.13.** Las instituciones, soporte material de las ideas sociales.
Pág. 536

**5.14.** La justificación del orden capitalista.
Pág. 541

**5.15.** Una función esencial en el conjunto institucional: ocultar, enmascarar la producción.
Pág. 545

**5.16.** Todas nuestras instituciones relevantes están, directa o indirectamente, inspiradas y pagadas por el capital.
Pág. 550

**5.17.** De ahí la decepción para un marxista, de la socialdemocracia.
Pág. 553

**5.18.** Una mirada a las instituciones culturales.
Pág. 556

**5.19.** Unas instituciones aparecen como más técnicas y otras como más ideológicas.
Pág. 560

**5.20.** El voluntarismo obrero y su límite: la estructura.
Pág. 563

**5.21.** Al orden del capital no se le derrota, se le sustituye.
Pág. 572

**5.22.** El comunismo siglo XXI.
Pág. 577

**5.23.** Depuración teórica del comunismo existente.
Pág. 579

**5.24.** El mesianismo de los partidos comunistas.
Pág. 584

**5.25.** El periodo de transición. Sus problemas.
Pág. 589

**5.26.** La práctica política acabó orientando a la teoría de nuestros partidos socialistas y comunistas.
Pág. 598

**5.27.** La teoría marxista y su aplicación.
Pág. 602

**5.28.** Relación de empresarios y obreros con sus respectivos partidos políticos.
Pág. 616

**5.29.** Las instituciones reproducen las asimetrías que se dan en las relaciones de la producción.
Pág. 621

**6. CUADERNO VI.**
**Pág. 630**

**6.1.** Las dos tendencias del socialismo europeo.
Pág. 630

**6.2.** Su partido no es marxista, dicen, en Alemania Willy Brand, en España Felipe González.
Pág. 635

**6.3.** La meta, y los pasos para alcanzar la meta.
Pág. 637

**6.4.** La meta de los que trabajan. La meta de los que no trabajan. Pág. 640

**6.5.** Cambia el proceso de trabajo, cambian las metas.
Pág. 642

**6.6.** El nuevo paraíso: el “bienestar general”.
Pág. 645

**6.7.** El peligro de los paraísos.
Pág. 648

**6.8.** El “nuevo” estilo en las investigaciones de Marx.
Pág. 650

**6.9.** Su aplicación práctica en la U.R.S.S.
Pág. 653

**6.10.** El socialismo se abre paso entre la

socialdemocracia y el comunismo ruso.
Pág. 659

**6.11.** El empobrecimiento teórico de la actividad
del trabajador de la producción material.
Pág. 661

**6.12.** La reproducción del proceso de trabajo y la teoría.
Pág. 664

**6.13.** La teoría y el trabajador.
Pág. 667

**6.14.** La explicación al resto del marxismo “barato”.
Pág. 672

**6.15.** Las ideas que sobre su condición llegan al obrero.
Pág. 676

**6.16.** La teoría no es inocente, ni cuando aparece como ciencia.
Pág. 679

**6.17.** El papel de la ciencia en la producción.
Pág. 681

**6.18.** La ciencia en la reproducción.
Pág. 684

**6.19.** La ordenación capitalista del trabajo, no tendría
alternativa. Pág. 686

**6.20.** ¿Por dónde se empieza?
Pág. 691

**6.21.** Se trata de un cambio en las estructuras productivas.
Pág. 694

**6.22.** Las luchas actuales tienen lugar en el
Seno de la estructura capitalista. No son tales “luchas”.
Pág. 697

**6.23.** Un “hecho nuevo” provocado por la alta
productividad en el capitalismo más maduro.
Pág. 701

**6.24.** Los procesos de trabajo, delante; las instituciones, detrás.
Pág. 705

**6.25.** Centrando las conclusiones.
Pág. 713

**6.26.** Estudiamos el socialismo en la forma
que Marx estudió el capitalismo.
Pág. 726

**6.27.** El proceso colectivo de trabajo por cuenta
propia: objeto real que irá marcando las líneas
de avance en el desarrollo del comunismo.
Pág. 729

**6.28.** Las novedades del nuevo proceso se hacen
particularmente notables, en su reproducción.
Pág. 734

**6.29.** Los primeros pasos en el nuevo proceso.
Pág. 736

**6.30.** El nuevo proceso y su sistema (aún inexistente).
Pág. 742

**6.31.** El “molino triturador” en K. Marx.
En el nuevo proceso no existe.
Pág. 745

**6.32.** La propiedad de los medios de producción: determinante.
Pág. 748

**6.33.** Los modos de producción en K. Marx.
Pág. 754

**6.34.** Los primeros pasos están dados.
Pág. 757

**6.35.** El enmascaramiento del trabajador en el
propio concepto de “producción”.
Pág. 761

**6.36.** Las instituciones tapan, “velan” al propio trabajador.
Pág. 765

**6.37.** El “molino triturador” no solo produce obreros; también los reproduce.
Pág. 772

**6.38.** El empobrecimiento material e intelectual del “trabajo obrero”, del obrero.
Pág. 775

**7. RESUMEN-CONSECUENCIA DE LOS SEIS “CUADERNOS”. Pág. 780**

**8. SELECCIÓN DE LAS OBRAS BÁSICAS UTILIZADAS. Pág. 782**